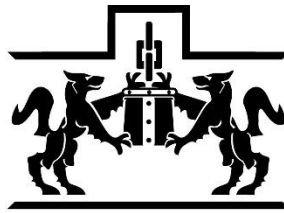


UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

Estudios con Reconocimiento de Validez Oficial por Decreto Presidencial
Del 3 de abril de 1981



LA VERDAD
NOS HARÁ LIBRES

**UNIVERSIDAD
IBEROAMERICANA**

CIUDAD DE MÉXICO ®

**“PRÁCTICAS Y DISCURSOS DEL IMAGINARIO TECNO SOCIAL DE
LA MODERNIZACIÓN EN PONCITLÁN, JALISCO”**

TESIS

Que para obtener el grado de

DOCTOR EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

Presenta

RUBÉN C. DÍAZ RAMÍREZ

Directora: Dr. David Robichaux Haydel

Lectores: Dra. Anne W. Johnson

Dr. Roger Magazine

INDÍCE DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN GENERAL	1
CAPÍTULO I. ¿CÓMO RASTREAR EL PROGRESO, MODERNIZACIÓN Y DESARROLLO?	37
I.A Una noche de siembra y eclosión	38
I.B El inicio del viaje en Poncitlán	41
I.C Relación entre teoría e investigación: criterios de revelación y precisión	44
I.C.1 Limitaciones y facilidades de un antropólogo en casa	48
I.C.2 Los sonidos de la constelación de la modernización	51
I.C.3 El hallazgo documental como evento antropológico	51
I.C.4 El uso de las imágenes como documentos para rastrear asociaciones	53
I.D La reflexividad antropológica de la categoría tiempo-espacio	55
CAPÍTULO II. EL MUNICIPIO DE PONCITLÁN Y SU REGIÓN: BREVE BOSQUEJO HISTÓRICO	59
II.A Señoríos cocas y españoles	59
II.A.1 Redes comerciales	61
II.A.2 La disputa por las tierras de españoles, mestizos e indígenas	62
II. B Las haciendas y las fuentes del imaginario tecno social	65
II. C El siglo XX	68
II. D Poncitlán en la actualidad	72
CAPÍTULO III. SUEÑOS INDUSTRIALES DE DESARROLLO Y SUJETOS PROGRESISTAS	79
III.A Relación de ideología e imaginario tecno social	80
III.A.1 Coproducción: imaginario del desarrollo y concretización jalisciense	82
III.B Regionalización para el desarrollo, entre el imaginario y la necesidad	84
III.B.1 El sueño de la investigación tecnocientífica para la industrialización	86
III.C Los sujetos del progreso	89
III.C.1 Gobernadores y sus visiones de desarrollo en Jalisco	92
III.C.2 Yáñez, literatura, desarrollo regional y progreso	92
III. C.2.1 Coproducción, imaginación y gobierno	94
III.C.2.3 Yáñez en Poncitlán: educación técnica y primaria	99
III.C.3 Sueños industriales: Francisco Medina Ascencio	102
III.C.3.1 El corredor industrial	103
III.C.3.2 Industrias instaladas, algunas cifras y nulo éxito en Poncitlán	108

III.C.3.3 Aficionados a la industrialización: los Alteños	110
CAPÍTULO IV. EL POZO Y LA VIRGEN: EL PROGRESO EN PONCITLÁN 1940-1950	114
IV.A Genealogías e historias del progreso a través de los hijos predilectos	119
IV.A.1 Héroes del progreso: comerciantes, intelectuales y curas	119
IV.B Intermedio. Los mecanismos de la difusión y transmisión	129
IV.B.1 El <i>Apéndice del Compendio de la historia de Poncitlán</i>	130
IV.C Primer acontecimiento cumbre: el pozo y el sistema de agua potable	132
IV.C.1 “La fiebre aftosa parece echar por tierra nuestros planes”	136
IV.D Segundo acontecimiento cumbre: Coronación de la Virgen del Rosario	138
CAPÍTULO V. ALIMENTACIÓN Y PROGRESO PARA LOS PONCITLENSES HUMILDES	151
V.A Comida de pobres y comida de ricos	153
V.A.1 Recolección y caza como fuente suplementaria de la alimentación	156
V.A.2 Engañar al hambre: caridad cristiana, regalos e invitaciones entre parientes y crédito	158
V.A.3 Oscilaciones del valor de las cosas	161
V. B El día que llegó el progreso	166
V.B.1 Refrescos, sociabilidad y mirada pública de la “modernización”	170
V.B.2 Los niños consumistas	173
CAPÍTULO VI. EL ASPECTO DE LA ROPA Y LAS TÉCNICAS CORPORALES	177
VI.A Hombres y mujeres de antes: ensarapados y vestidos de calzón de manta	180
VI.B La influencia del Norte en el imaginario y la vestimenta	188
VI.C Cholos, música de rock, música tropical y sociabilidad	193
VI.C.1 La imaginación mediática para las mujeres	197
VI.C.2 El conflicto por las fachas	198
CAPÍTULO VII. TRANSFORMACIONES EN LOS RITMOS DE LA AGRICULTURA “MODERNA”	208
VII.A La agricultura en Poncitlán: entre el imaginario tecno social y las prácticas concretas	210
VII.A.1 El temporal anual agrícola-religioso y sus transformaciones	211
VII.A.1.1 Transformaciones: el temporal ya no es regular, ni confiable	214
VII.A.2 Labranza y siembra	215
VII.A.2.1 Transformaciones: descoordinación del tiempo de labranza y siembra y la individualización del trabajo agrícola	217

VII.A.3 Cuidado del maíz	219
VII.A.3.1 Transformaciones. Paquetes tecnológicos, plagas y jornaleros	220
VII.A.4 Cosecha	222
VII.A.4.1 Transformaciones. Momento de cosecha y disminución del tiempo de transporte	223
VII.B Temporada de secas	227
VII.B.1 Transformaciones de la temporada de secas	230
VII.C Las demostraciones	234
CAPÍTULO VIII. EL ANHELO POR RADIOS, SONIDOS Y TELEVISIONES EN PONCITLÁN	244
VIII.A. Comercios, precios y estrategias de ventas	246
VIII.B. Esparcimientos populares, públicos y colectivos	252
VIII.C Radios públicos, sonidos y amplificación	259
VIII.D Pantallas públicas y grupales	269
CONCLUSIONES	277
APÉNDICES	294
REFERENCIAS	300

ÍNDICE DE FIGURAS E IMÁGENES

Mapa II.A Poncitlán y sus conexiones	73
Imagen III.A Extracto de propaganda del candidato Adolfo Ruiz Cortines en 1951	90
Imagen III.B Símbolos del progreso: Yáñez y Adolfo Ruiz Cortines en 1959	96
Imagen III.C Calles abiertas y agua en Guadalajara en 1959	97
Imagen III.D Agustín Yáñez en Poncitlán en 1953	98
Imagen III.E Francisco Medina Ascencio expone el mapa para el desarrollo de Jalisco en 1969	105
Imagen IV.A “Se aproxima la fecha de la Coronación de Ntra. Patrona” 1948	141
Imagen IV.B “Visitas importantes” 1949	143
Imagen IV.C “Desayunando con las Hermanas Águila” 1949	145
Imagen IV.D Fernando Vargas con la Virgen del Rosario 1950	147
Imagen V.A Publicidad de tele sándwiches de Bimbo	168
Imagen V.B Jóvenes en el Mocambo en 1958	170
Imagen VI.A Músicos en la presa de Poncitlán en 1926	182
Imagen VI.B Grandes visitantes en 1949	183
Imagen VI.C “Foto en lo que fue el camino real” en 1951	184
Imagen VI.D Portada de álbum <i>Llegó el Piporro, raza (...)</i>	192
Esquema VI.E La modernización de la indumentaria como teleología	202
Esquema VI.F Estilos culturales de vestir y técnicas corporales	203
Imagen V.G Emos y roqueros de San Miguel Zapotitlán y Atequiza en 2007	204
Imagen VI.H <i>The Cliché</i> en las fiestas de septiembre en San Miguel Zapotitlán en 2013	205
Imagen VII.A Registro para entrar a la parcela demostrativa en verde 2018	235
Imagen VII.B Rumbo al centro de la parcela 2018	236
Imagen VII.C Mirar la mazorca, 2018	238
Imagen VII.D Sociabilidad de los agricultores, 2018	240
Imagen. VIII.A Ofertas de tecnologías en navidad en 1973	248
Imagen VIII. B Consola de tocadiscos 1970	249
Imagen. VIII. C Radios “chiveros” en Poncitlán	252
Imagen VIII. D Banda <i>San Miguel</i> en diciembre de 1960	258
Imagen VIII.E “Sonido” en San Miguel Zapotitlán 2017	262
Imagen VIII.F El Zalate en la calle Juárez en 2018	272

ÍNDICE DE CUADROS Y TABLAS

Tabla II.A Crecimiento poblacional del municipio de Poncitlán 1950-2015	72
Tabla IV.A Hijos predilectos, héroes del progreso en Poncitlán 1950-1970	120
Cuadro V.A Porcentaje de consumo de alimentos por persona y número de días a la semana que se consumían en el municipio de Poncitlán en 1970	155
Tabla V.A Oscilaciones entre el valor de las cosas 1950-1970	162
Cuadro VII. Transformaciones en las temporadas lluviosa y de secas luego de 1950	232

AGRADECIMIENTOS

Mis agradecimientos a quienes posibilitaron que esta tesis arribara a buen puerto, a mi director David Robichaux y a los lectores Anne W. Johnson y Roger Magazine, mis gratitudes por su sabia insistencia en refinar mi etnografía, pulir mis argumentos y proponerme nuevas direcciones antropológicas. El conocimiento es un producto colectivo, en ese sentido, esta tesis es resultado de lo aprendido en seminarios, congresos y en discusiones con grandes amigos, cuya agencia se expresa en este texto.

Estoy en deuda con quienes me regalaron minutos u horas de su valioso tiempo y me enseñaron sobre cómo se vive y vivía en Poncitlán, San Miguel Zapotitlán y San Pedro Itzicán. En especial agradezco a José María Martínez Durán, Chema, con quien conversé durante horas afuera de su negocio y a don José y Pedro Maldonado, para quienes la historia es un tema serio que enlaza pasado, presente y futuro. También requiero mencionar a Eva Durán, quien sin conocerme me brindó su ayuda desinteresada y por supuesto a Elizabeth González Castellanos, por presentarme a la sociedad poncitlense. Don Víctor Trejo y su esposa Yolanda Talavera me incitaron a preguntarme por el futuro de Poncitlán. Ellos no fueron los únicos, pero sí los primeros en guiarme en el trabajo de campo.

Ernestina Orozco me ofreció la oportunidad de impartir un taller en las aulas de la Emsad 70 de San Pedro Itzicán, le estoy muy agradecido por la invitación. A los muchachos y chicas de la preparatoria también les doy las gracias por escucharme y enseñarme cómo es ser joven en San Pedro. En San Miguel Zapotitlán, algunos de mis tíos, primos y amigos fueron valiosos interlocutores, en ese sentido es que agradezco a los amigos de la plaza de San Miguel, con quienes [re]descubrí la sociabilidad y camaradería de la conversación amena, que era común hacia la década de 1960.

Mis familiares más cercanos fueron y son de gran soporte, mis padres siempre han sido partícipes de esta investigación. Y así como la tesis anterior, este es un homenaje a mis abuelos y a su generación. Asimismo, muchas gracias a Mariana, con ella dialogué en incontables ocasiones el contenido de la tesis y de esas pláticas surgieron ideas y nuevas maneras de interpretar mis materiales etnográficos.

Por último, esta investigación no se hubiera llevado a cabo sin el apoyo de la Beca Nacional otorgada por CONACYT y la beca como asistente en los proyectos de investigación a cargo de David Robichaux en la Universidad Iberoamericana. Resta añadir que las inexactitudes de esta tesis son responsabilidad mía.

INTRODUCCIÓN GENERAL

En junio de 2015 defendí mi tesis de maestría en la Universidad Iberoamericana en la que abordé cómo se transformaba la sociabilidad, a su vez que se reconfiguraba el uso prescriptivo de ciertos aparatos técnicos mediante su incorporación a la vida diaria de las personas en San Miguel Zapotitlán, Jalisco, municipio de Poncitlán. En primer lugar, realicé un esfuerzo por entender a mi sociedad de origen desde la antropología. En segundo lugar, dispuse mi etnografía como un argumento para matizar las teorías deterministas del cambio sociotécnico y describí transformaciones sutiles en el modo de relacionarse de las personas, alrededor y por medio de radios, altoparlantes, estéreos, reproductores MP3, televisiones, tractores, computadoras e internet.

Ya desde entonces, intuía en mis materiales etnográficos un punto sustancial, que es la presente tesis: las personas de San Miguel y Poncitlán expresan una predilección por el futuro. No obstante, esta predilección no es la obsesión moderna por el “futuro” como cualitativamente distinto del pasado (Wark 2020), sino la afirmación de que en los usos locales del tiempo es de mayor relevancia la interdependencia temporal del futuro, presente y pasado (Bryant y Knight 2019). Por esa razón es que los poncitlenses se apropiaron del lenguaje y prácticas del “progreso”, “modernización” y “desarrollo” para modelarse un porvenir y narrar sus experiencias vitales de cambio y también padecieron las contradicciones y lo imprevisible de la construcción del futuro.

Atendiendo a lo anterior, en esta investigación examino discursos y prácticas heterogéneas (expectativas, anticipaciones e imaginarios) de construir y desilusionarse por el futuro (Appadurai 2016, Jasanoff 2015) desplegadas por diversos actores, representantes de las élites regionales de Jalisco y Poncitlán y personas humildes del municipio. En específico, los actores de la élite regional están representados por los gobernadores del partido oficial posrevolucionario Agustín Yáñez (1904-1980) y Andrés Medina Ascencio (1910-1993). La elite católica poncitlense se refiere a quienes escribieron crónicas o documentos periodísticos en 1940-1950, de manera principal el cura Fernando Vargas Villalobos y sus allegados. Por fin, los poncitlenses humildes—un sinónimo local de pobres—son mujeres y hombres a quienes agrupo en la generación de mis abuelos—unos pocos nacidos a finales de la década de 1920 y la mayoría entre 1930 y 1940—y la generación de mis padres y tíos—nacidos en el periodo 1950-1970.

Los unos como los otros están de acuerdo en que el periodo de 1950-1970 fue de “progreso” y “desarrollo”, una época de mejoras sustanciales en las condiciones económicas y materiales en

Poncitlán, en específico en los aspectos siguientes: alimentación y vestimenta, religiosidad; infraestructuras y sistemas de agua potable; semillas mejoradas y cosechadoras mecánicas, además del consumo de aparatos electrónicos para aprovechar el tiempo de ocio y practicar sociabilidades lúdicas. Tan es así que Vargas Villalobos, el cura, empleó la palabra “intensificación” para expresar la creciente espiritualidad, civilidad y economía de 1950, año de la Coronación Pontificia de la Virgen del Rosario (Capítulo IV). Mucho de ese mejoramiento dependía además de los ingresos y remesas de los migrantes quienes viajaron a los Estados Unidos para trabajar, incluso desde 1930.

A partir de 1980, las elites gobernantes continuaron esgrimiendo el lenguaje del mejoramiento progresivo, pero ya para los gobernados el progreso y el desarrollo se detuvieron. Finalizó el sueño del porvenir sociotécnico hacia una deriva contemporánea caracterizada por la incivildad y la generalización de las individualidades, así como las irregularidades económicas, temporales y climáticas.

Por supuesto, una orientación hacia el futuro no significa que los poncitlenses fueron personas evasivas de su realidad ni que estaban alienadas por la ideología tecnológica estadounidense, tampoco sugiero que el futurismo era su única ocupación. En realidad, el argumento es que la capacidad para imaginar un porvenir diferente a la situación actual no es exclusiva de los grandes esquemas predictivos (como el marxismo) o de escritores utopistas y de ciencia ficción: las prácticas de construir el futuro son usuales entre los grupos humanos (Bryant y Knight 2019; Appadurai 2016). Y así como los esquemas predictivos buscaron simplificar la complejidad de la realidad contingente, asimismo, los poncitlenses hallaron en lo inevitable del progreso, desarrollo y modernización unas respuestas simples para resolver el tema del modo de vida a largo plazo.

Esta tesis se inspira en parte en la investigación de James Ferguson (1999) en Copperbelt, Zambia, que me llevó a “mantener un escepticismo apropiado hacia las historias de la modernización y al mismo tiempo tomar en serio el lugar que ocupaba [la modernización] en las concepciones de mis informantes”¹ (Ferguson 1999: 85). Esto significa reflexionar sobre los usos y aplicaciones del “progreso”, el “desarrollo” y la “modernización” de los poncitlenses, mientras que matizo las distorsiones teóricas de este paradigma. El punto principal de esta disquisición, entonces, es perturbar las narraciones que catalogan a unas sociedades “tradicionales”, “rurales”, como

¹“To be keep such appropriate scepticism toward the modernization story close to hand while at same time taking seriously the place that it occupied in the conceptions of my informants” (Ferguson 1999: 85). (De ahora en adelante, las traducciones son mías, a menos que se especifique lo contrario).

atrapadas en el tiempo pasado y a las sociedades “modernas”, “urbanas”, como “orientadas al futuro” (Giddens 1990 :177).

¿Por qué los poncitlenses se avinieron a usar los términos “progreso”, “desarrollo” y “modernización”? Primero, porque eran los discursos recurrentes de la esfera pública en el periodo 1950-1970. Segundo, porque esas arengas amoldaban considerablemente con sus expectativas de mejoramiento de la alimentación, vestido, infraestructuras y comunicaciones. Tercero, porque si el progreso prometía cambios en el futuro, los poncitlenses, quienes vivieron en ese periodo, observaron en su presente grandes transformaciones de su entorno. Por tanto, mis interlocutores se valieron de esas categorías para dar fe de lo acontecido y para modelar su porvenir.

Lejos de creer en el progreso, modernización y desarrollo, términos que agrupo con la denominación “constelación de la modernización”, como procesos o fuerzas determinantes de la realidad, es de mayor provecho considerarlos como “visiones colectivas de futuros deseables, institucionalmente estabilizadas y realizadas públicamente, animadas por entendimientos compartidos de formas de vida y orden social, alcanzables y soportados a través de los avances en la ciencia y la tecnología”² (Jasanoff 2015:4). Este carácter ficticio se acentúa al leer las conclusiones de autores como Jack Goody, quien ha demostrado por medio de casos etnográficos, que cada uno de los procesos o aspectos atribuidos al mundo de la modernización se encontraban en diferentes culturas del mundo consideradas “premodernas”. Por citar un solo ejemplo, Goody encontró el complejo de la “ética protestante” entre los *jain* en India, los seguidores de Confucio en China y los Wahabís en el norte de África (2004: 62).

Esos hechos no demeritan cómo las representaciones ficcionales generan efectos de realidad. El progreso, desarrollo y modernización son actores, hacen hacer cosas a los demás (Latour 2008), son parte de la trama del modo de vida en el pasado y en el presente. Los occidentales produjeron sus sociedades bajo el abrigo ideológico de la constelación de la modernización. Según el sociólogo estadounidense Robert Nisbet, el progreso es una de las ideas fundamentales de la historia de Occidente, “la idea de progreso sostiene que la humanidad ha avanzado en el pasado— a partir de una situación inicial de primitivismo, barbarie o incluso nulidad—y que sigue y seguirá avanzando en el futuro” (Nisbet 1980:19, 20). Esto se profesa sin garantía de ese avance.

² “As collectively held, institutionally stabilized, and publicly performed visions of desirable futures, animated by shared understandings of forms of social life and social order attainable through, and supportive of, advances in science and technology” (Jasanoff 2015:4).

Luego de la Segunda Guerra Mundial la teoría de la “modernización” “permitió a la idea burguesa del progreso gozar de cierta vida residual” (Jameson 2002:18). Mientras que este paradigma estaba siendo cuestionado por la izquierda radical, los movimientos feministas y las contraculturas en Estados Unidos, los residuos de la modernización fueron exportados como soluciones de “desarrollo” al resto del mundo “subdesarrollado”. Para algunos historiadores como Gilbert Rist el “desarrollo” es más un fenómeno de orden “religioso”, porque para los creyentes es una “certeza colectiva”, la cual puede ser debatible en privado, pero sería impropio dudar de su validez en público³ (2008: 22). Saurabh Dube presenta correctamente la incidencia de tales representaciones colectivas de mejoramiento futuro, al decir que “tomados en conjunto, los discursos de la modernidad y las teorías de la modernización, entrelazados inextricablemente, han articulado un Occidente/Europa imaginario—aunque tangible—, distendido y agrandado como historia, modernidad y destino para cada sociedad, cada cultura y cada persona” (2011:20).

Si el Occidente se imagina a sí mismo como “moderno”, asimismo, proyecta al resto del mundo hacia el polo de lo “no-moderno”, que adquiere distintos nombres según se prefiera: tradicional, primitivo, rural, entre otros. Para Bruno Latour, la “gran división interior”, que hacían los occidentales entre “sociedad”, “cultura”, “técnica” y “naturaleza” como campos ontológicamente distintos, se lanzó como una “gran división exterior” hacia los no-modernos. Supuestamente, dice el sociólogo francés:

Nosotros [los modernos] somos los únicos que hacemos una diferenciación absoluta entre la naturaleza y la cultura, entre la ciencia y la sociedad, mientras que todos los otros (...) no pueden separar realmente lo que es conocimiento de lo que es sociedad, lo que es signo de lo que es cosa, lo que viene de la naturaleza tal como es de lo que requieren sus culturas (Latour 2012: 148).

A partir de la lectura de Latour es posible desglosar cómo esos fragmentos de un imaginario de la “modernidad” en Occidente permean desde su cotidianidad hasta las prácticas académicas y científicas. En primer lugar, a los “premodernos” se les imputa la mixtura, por ejemplo, entre religión y gobierno, entre economía y parentesco, entre ciencia y mito. En segundo lugar, al contrario de los “primitivos”, los “modernos” se precian de efectuar una “adecuada” separación de estas mezclas (“purificación”), gracias al progreso del pensamiento científico.

³ “But social beliefs (...) are a kind of collective certainty; their concrete forms may be debatable, and they may even be doubted in private, but it would be improper to question their validity in public” (Rist 2008:22).

En este imaginario, como plantea el filósofo francés, tan solo los modernos son capaces de purificar esas primitivas y extrañas mezclas en ámbitos claramente definidos. “Este ideal de modernidad” permitía situar en las “otras culturas” “(...) a los elementos ‘culturales’, ‘arcaicos’, ‘reaccionarios’ (...)”. Aun cuando la “modernidad” está “impregnada” de los mismos elementos (Latour 2013: 28). De ahí la petición de “simetría”, esto es, que tanto los “primitivos” como los “modernos” sean estudiados en los mismos términos, describiendo las múltiples culturas-naturalezas (Strathern 1999:119).

Como se ve, la problemática del imaginario enlaza áreas tan diversas como la epistemología, la geopolítica y la economía. Asimismo, acierta un dardo en uno de los puntos medulares de la disciplina antropológica, esto es, la precaución de alejarse de las preconcepciones de la teoría de la modernización y su tiempo teleológico, mientras que se documentan los usos espontáneos que hacen los sujetos de estos vocablos y las prácticas en las cuales se mezclan la naturaleza, sociedad y técnica; en pocas palabras, esa es la labor emprendida a lo largo de esta tesis.

Así pues, este imaginario tecno social se expandía en el mundo como una gran onda sonora a partir de 1950. Su expansión se intensificó durante el periodo de 1960-1970, decayó como rumbo de los planes mundiales de transformación sociotécnica, pero continúa resurgiendo hasta la actualidad del siglo XXI. Prueba de ello es una serie de convergencias temporales. El 20 de enero de 1949, Henry S. Truman, presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, inauguraba su nuevo mandato con una arenga en donde prometía la continuación de la ayuda económica para reconstruir los países de Europa devastados después de la Segunda Guerra Mundial. Además, en su famoso “Plan de 4 puntos” Truman esbozaba las acciones para encaminar a los países “subdesarrollados” hacia el “desarrollo” por medio de la “modernización” de la “economía”.

En los términos de la época, los aspirantes a “modernos” debían ingresar el lado “libre” de la “humanidad” o bien alinearse al mundo del socialismo. Tanto los líderes de la URSS como de los Estados Unidos pretendían ser los continuadores del proyecto de “modernización” occidental, “ayudando a expandir los dominios de la libertad o la justicia social, ambos poderes se veían a ellos mismos como asistiendo las tendencias naturales en la historia mundial así como defendiendo su propia seguridad al mismo tiempo”⁴ (Arne 2007:4).

En años posteriores a 1950 los teóricos de la modernización norteamericanos—el imaginario comúnmente aceptado por el gobierno mexicano—exigían a las personas del mundo

⁴ “By helping to expand the domains of freedom or of social justice, both powers saw themselves as assisting natural trends in world history and as defending their own security at the same time” (Arne 2007:4).

actuar como sus “semejantes”, increpaban a los no-modernos a imitar a los ciudadanos de la “modernidad”. Alex Inkeles, participante del *Harvard Project on Social and Cultural Aspects of Development*, insistía:

Una nación moderna necesita ciudadanos participativos, hombres y mujeres que tengan un interés activo en los asuntos públicos y que ejerzan sus derechos y desempeñen sus funciones como miembros de una comunidad más grande que la de la red de parentesco y la localidad geográfica inmediata. A su vez, las *instituciones* modernas necesitan individuos que puedan mantener horarios, observar reglas abstractas, emitir juicios sobre la base de evidencia objetiva y seguir a las autoridades legitimadas no por sanciones tradicionales o religiosas sino por la competencia técnica⁵ (1975:324).

En México se inauguraba la época conocida como el “milagro mexicano”. Los primeros años, entre 1940 y 1950, el PIB “real” creció “a una tasa anual de 5.8%” (Garza 2003:42). “México entró en un periodo de despegue económico y creció rápidamente durante más de 30 años”. Hasta 1981 el PIB “real por persona en edad laboral (15-64 años) creció a razón de 3.6%” anualmente. El Estado promovió el “progreso”, por medio de políticas públicas, “la urbanización, la industrialización y la educación” de las comunidades mexicanas (Kehoe y Meza 2013: 237, 238, 240).

En el estado de Jalisco se iniciaban los sueños tecno sociales de la planeación del segundo corredor industrial de México en la década de 1960, principalmente durante la administración del gobernador Andrés Medina Ascencio (1965-1971). Aparentemente, este proyecto fundaría una esfera común regional de comunicación e industrialismo desde la ciudad de Guadalajara hasta sus periferias rurales. Si se lee la prensa de la época, los titulares exaltaban la fantasía del industrialismo, que supuestamente daría empleo a los habitantes de la región y atraería jugosas inversiones de empresas. El corredor industrial, a veces calificado de Jalisco de Chapala o de la Ciénega, se mencionaba, no solo en los periódicos, sino en los documentos internos de los gobiernos estatales y municipales, aunque mis interlocutores e informantes apenas recuerdan nada de esa ficción, en la cual los gobernadores “delegaron” (Latour 1988) un porvenir para los municipios de El Salto, Atequiza, Poncitlán, Ocotlán y La Barca.

⁵El énfasis en la palabra *instituciones* es del autor del artículo. “A modern nation needs participating citizens, men and women who take an active interest in public affairs and who exercise their rights and perform their duties as members of a community larger than that of the kinship network and the immediate geographical locality. In their turn, modern *institutions* need individuals who can keep schedules, observe abstract rules, make judgments on the basis of objective evidence, and follow authorities legitimated not by traditional or religious sanctions but by the technical competence” (Inkeles 1975:324).

Agustín Yáñez (1903-1980), connotado novelista, político y gobernador del estado de Jalisco durante el periodo de 1953-1959, participaba de esa fe en el imaginario progresista aderezada con sus propias interpretaciones:

Precisamente por titánicos, los problemas de Jalisco son estimulantes. Problemas titánicos como el de dotar de agua potable suficiente a Guadalajara, como el de la defensa de Chapala, como el de la provisión de la energía eléctrica que demanda nuestro desarrollo industrial (...). Un término compendia cuanto he dicho: progreso de Jalisco; pero no un progreso mecánico, deshumanizado; por el contrario, el progreso que tiene por punto de partida la elevación de los más bajos niveles de vida, la salud y cultura de las mayorías, el derecho al trabajo y a sus justos rendimientos, el imperio de las garantías individuales y sociales, sin excepciones ominosas (Yáñez 1958: 76-77).

Yáñez esperaba superar los “titánicos” inconvenientes de guiar a la población hacia el progreso. El gobernador delegaba a los sistemas de agua potable, a la energía eléctrica y a la industria, la tarea de conseguir la elevación de los “niveles más bajos de vida, la salud y cultura de las mayorías”. Es decir, participaba de una fe en la ciencia y la técnica como modo de acceso a un porvenir destacable. Cada uno de estos actores con poder de difundir sus visiones se atribuía el poder de transformar la realidad según sus ideas, con lo cual subsumían en su capacidad individual la “acción de múltiples agentes heterogéneos” (Latour 2008).

Estos hechos históricos exponen, en distintos niveles, cómo las categorías del imaginario tecno social de la constelación de la modernización eran narración y motor de los cambios que, como examino más adelante, fueron ejercicios de “coproducción” (Jasanoff 2004). En 1969 Octavio Paz elaboró un resumen que coincide en lo general con lo expuesto anteriormente, y además agregó: “El viejo sueño de los liberales mexicanos del siglo pasado parece haberse realizado: al fin México es un país moderno. Sólo que si se observa con cierto detenimiento el cuadro, se perciben vastas zonas de sombra. Una modernidad desconcertante” (2013: 269-279). Ese desconcierto proviene del desajuste entre el imaginario de la modernización occidental y la realidad del país. Ambas ponderan la existencia de un proceso unitario y homogéneo de cambio, si bien se encuentran llenas de contradicciones.

Además de esas visiones promulgadas por actores con poder de difundir sus opiniones, los poncitlenses llevaron a cabo prácticas que expresaban su aliciente del futuro como una “capacidad de aspiración”, definida como “una capacidad de orientarse mediante la cual la gente pobre puede

cambiar de manera efectiva ‘los términos de reconocimiento’ dentro de los cuales suele encontrarse atrapada, términos que limitan gravemente su capacidad de ejercer su voz y de debatir las condiciones económicas a las que están confinados” (Appadurai 2007 :247). En las rancherías y pueblos de Jalisco experimentaban la vitalidad de la “modernización” en los aspectos tangibles de sus vidas cotidianas:

Para mí eso [el contar con una radio] era muy importante, pues significaba que mi pueblo podía decir que entraba en una nueva etapa de *modernidad*. Cuando mi tía Félix llevó también el primer aparato de sonido, ella dijo muy seria a algunos hombres del pueblo que lo había comprado con la idea de impulsar el desarrollo de la comunidad⁶ (Cortés 2015).

Cuando leí por primera vez este párrafo escrito por Jesús Cortés, oriundo de San Miguel Zapotitlán, observé la tan común aspiración al “desarrollo” que se cumpliría con la adquisición de una radio. Coinciden con lo anterior las observaciones de Debra Spitulnik (1998) quien analiza la interdependencia entre modernidad y radio en Zambia. Ella también concluye que “la ideología de la modernidad expresada aquí [en el apego por la radio] incluye la idea/deseo [expectativa] de un movimiento hacia una mejor vida y una sociedad más evolucionada, alejándose de la vida ‘tradicional’” por medio de aparatos electrónicos⁷ (Spitulnik 1998:68).

Así como la radiofonía era considerada parte de la visión del progreso, otras infraestructuras, que fueron edificadas especialmente para acelerar los intercambios comerciales a favor de la industrialización, como carreteras y ferrocarriles, son reinterpretadas como esferas de sociabilidad y coordinadores de las relaciones sociales. Por ejemplo, cerca del tramo de la carretera libre a Guadalajara que cruza por Poncitlán surgieron clubes de radioaficionados, quienes instituyeron los primeros servicios de ambulancia en la cabeceras en la década de 1980. En un sentido similar, en Santo Tomás Apipilhuasco, Estado de México, según Aki Kuromiya, la carretera fue un elemento para “salir adelante”, es decir, “ganar comodidad material para vivir en mejores condiciones, como dicen los lugareños” (2006: 27).

Las aspiraciones de las personas comunes de Zambia y México coincidían con los imaginarios tecno sociales en ponderar el carácter transformador de las tecnologías, de acuerdo con sus propias prácticas de adopción. En última instancia, la modernización conminaba a las personas a trastocar

⁶ 1 de marzo de 2015. *El día en que llegó el progreso*. [Entrada de blog]. Consultado de: <http://sanmiguelzapotitlanjal.blogspot.com/2015/03/el-dia-en-que-llego-el-progreso.html>

⁷ “Perceived as the vehicle for the Africans to modernize (...) the ideology of modernity expressed here includes the idea/desire that one moves towards a better life and a more ‘evolved’ society, by moving away from ‘traditional’ life” (Spitulnik 1998:72).

su modo de vida supuestamente “tradicional” por una nueva relacionalidad y sociabilidad basadas en la fe en la ciencia y la técnica (traducidos como industria y consumo). Y en el Poncitlán de 1950 en adelante mis abuelos y tíos respondieron con entusiasmo a estas nuevas sociabilidades técnicas porque eran signos del futuro, se inauguraban cinemas, las mujeres se reunían alrededor de las radios al caer la tarde, las juventudes bailaban rocanrol y norteño y vestían ropajes exóticos sin parangón para sus antepasados. Esto sin dejar de lamentar la pérdida de otro tipo de sociabilidades religiosas, como la ausencia de las pastorelas en diciembre. El progreso, desarrollo y modernización:

Provocan una variedad sorprendente de visiones e ideas que tienen como finalidad hacer del hombre y la mujer tanto los sujetos como los objetos de la modernización, darles el poder para cambiar el mundo que los está cambiando a ellos, permitirles entrar al remolino y que lo hagan suyo” (Berman 2004: 88).

Ese “remolino” no es más que el horizonte de posibilidad del imaginario tecno social, que predefine para los sujetos cursos de acción prescriptivos. Como apunta el antropólogo Akhil Gupta para el caso de la India poscolonial, incluso en las “formas alternativas de modernidad” hay una sombra “penetrante y omnipresente” de la modernización expansiva de Occidente (2000:37). Ese es el diálogo en tensión que rescato con mis análisis, por un lado, las expectativas de los poncitlenses quienes anhelaban un futuro mejor y, por el otro lado, las opciones reales permitidas por las condiciones políticas y económicas.

Entonces, a partir de la conjunción de imaginarios tecno sociales y prácticas de anticipación del futuro es posible operacionalizar unas cuestiones: ¿Cuáles fueron las visiones a futuro deseables en Poncitlán basadas en la ciencia y la técnica?, ¿Qué actores (internacionales, nacionales, regionales o locales) las sostuvieron y difundieron?, ¿Cómo fueron difundidas y estabilizadas estas visiones por medio de instituciones públicas u otras prácticas?, ¿Cuáles fueron las prácticas de construir futuro de los poncitlenses?, ¿Coincidían estas construcciones de futuro con los imaginarios de las elites? Si es así, ¿Cómo y en qué sentido?

Andamiaje teórico conceptual

En este apartado desarrollo el andamiaje teórico conceptual de la tesis. Primero, explico por qué designo “constelación de la modernización” a la conjunción de los conceptos de progreso, desarrollo y modernización. Segundo, presento cuáles son los conceptos y teorías para el análisis de cómo los poncitlenses comprenden y practican el progreso, el desarrollo y la modernización como modelos de porvenir. A partir de esto, analizaré el material etnográfico que recopilé durante mi trabajo de

campo en Poncitlán y San Miguel Zapotitlán, con base en la lectura de los “imaginarios tecno sociales” (Jasanoff 2015), la teoría del “actor-red” (Latour 2008, 2012, 2013) y la teoría del futuro en términos de Arjun Appadurai (2017, 2000).

La constelación de la modernización

Propongo “constelación de la modernización”⁸ para indicar cómo aparecen enlazados los términos “progreso”, “desarrollo” y “modernización” en los discursos y prácticas estudiados⁹. Por el momento es una “analogía espontánea” (Bateson 1992: 101), tan solo un rótulo para designar la asociación entre esos conceptos. En su función indicativa, se implementa a lo largo del texto como una etiqueta para evitar la repetición de las tres palabras juntas, progreso, desarrollo y modernización. Si bien soy consciente de que cada una representa cuestiones distintas, las tres “designan de una u otra manera el paso del tiempo” (Latour 2012:27) y una direccionalidad hacia un tipo de futuro inevitable.

Al iniciar mi viaje antropológico de esta investigación me concentraba en el término “modernización” en solitario. Planeaba estudiar qué era lo “moderno” para las personas de mi pueblo de la infancia, San Miguel Zapotitlán, Jalisco, municipio de Poncitlán. Muy pronto, observé que comúnmente las palabras “progreso”, “desarrollo” y “modernización” son enunciadas juntas en los discursos de distintos sujetos. En consecuencia, decidí nombrar esta asociación entre términos como una “constelación”, cuando en un mismo discurso aparecen juntos y como equivalentes.

En Poncitlán, además de los anteriores, mis interlocutores usan verbos parecidos que son metáforas como “mejorar”, “levantarse”, “crecer”, “florecer”, “avanzar” y “salir adelante”. Atender a estas metáforas me permite enfocarme en diferentes aspectos de las experiencias positivas del cambio (Lakoff y Johnson 1980:28) o atender visiones de mejoramiento de la vida a futuro. Invariablemente, los vocablos más usuales en Poncitlán son progreso, desarrollo y modernización junto con sus sinónimos mejorar, crecer y salir adelante. Así registré durante mi trabajo de campo esas categorías y reconocí la verbalización de otras frases que registran los procesos contrarios, como “irse para abajo” y “decaer”.

Por lo pronto, titulo esas conjunciones de vocablos como constelación de la modernización o constelación de la modernidad. La Real Academia de la Lengua (RAE 2020) define constelación

⁸ Gilbert Durand habla de “constelaciones” o “enjambres” (2004:12, 46) en que se agrupan las imágenes de los imaginarios. A diferencia de cómo implementaré el concepto de imaginario tecno social, la ambición de este autor, más emparentado teóricamente con Claude Lévi-Strauss, es más grande que la mía, ya que espera analizar “el conjunto de imágenes y las relaciones de imágenes que constituye el capital pensante del homo sapiens” (Durand 2004:21).

⁹ Aki Kuromiya (2006: 19) también registró ese uso intercambiable entre las categorías relacionadas.

como un “conjunto de estrellas que, mediante trazos imaginarios, forman un dibujo que evoca una figura determinada”¹⁰. Por consiguiente, es permisible considerar cada una de esas palabras y sus prácticas asociadas como los puntos luminosos que son enlazados “mediante trazos imaginarios”. Estas asociaciones ocurrían también en los discursos académicos. Por ejemplo, en la obra de Gilbert Rist (2008), invariablemente para dar cuenta de la genealogía del concepto de desarrollo, el autor remitió a la categoría de “progreso” y en última instancia a la relación entre “progreso” y “evolucionismo” en el siglo XIX. Al investigar la historia de estas elaboraciones conceptuales, es como si el autor trazara un patrón entre los términos, el desarrollo apunta al progreso y éste al evolucionismo.

Estos ejercicios intelectuales se parecen a la operación como nos figuramos las relaciones entre las estrellas. Las constelaciones son patrones imaginarios con los cuales los humanos dibujan enlaces entre los astros. “La observación viene interpretada: no vemos puntos y líneas en nuestro campo visual, sino que vemos objetos y patrones más o menos reconocibles”¹¹ (Sismondo 2010: 16). Asimismo, las relaciones entre conceptos dependen del reconocimiento de patrones entre ellos. Por otro lado, los astrólogos sugieren que las constelaciones rigen el destino del mundo. Análogamente, la constelación de la modernización estableció acciones que transformarían el futuro de millones de personas.

No es mi propósito llevar más adelante esta analogía; por ahora, es suficiente con recordar que es un intento por asir un fenómeno que todavía me es dificultoso de enunciar. Remito a la rutina de Gregory Bateson, antropólogo británico, epistemólogo y pionero de la teoría de doble vínculo de la cibernética; explicó en un artículo su libro *Pasos hacia una ecología de la mente* que “los avances en el pensamiento científico proceden de una combinación del pensamiento libre y estricto, y esta combinación es el instrumento más valioso de la ciencia” (1992:101).

En el primero momento de este proceso, el antropólogo se suelta con el “pensamiento libre” por analogías. Luego de someter el material etnográfico al libre pensamiento viene el trabajo sistemático de probar los alcances de la analogía. Según Bateson, la generación del conocimiento es un proceso de ida y vuelta entre estos dos momentos. Me encuentro, por tanto, en la libre exploración con los materiales etnográficos. Pienso que una tesis es un ejercicio de pensamiento relativamente libre que inicia su apertura hacia el pensamiento estricto y logra apacentar su ímpetu

¹⁰ RAE Online. “Constelación”. Consultado de: <https://dle.rae.es/constelaci%C3%B3n>

¹¹ “Instead, observation comes interpreted: we do not see dots and lines in our visual fields, but instead see more or less recognizable objects and patterns” (Sismondo 2010: 16).

con la generación de un modesto conocimiento. Por lo pronto, la constelación de la modernización es un recordatorio de las relaciones entre los conceptos de progreso, desarrollo y modernización, tal como son enlazadas por los actores de esta investigación.

Imaginarios sociales e imaginación como hecho social y colectivo

Habiendo establecido que la constelación de la modernización es un rótulo para nombrar la interrelación entre progreso, desarrollo y modernización, ahora es momento de plantear las ventajas e inconvenientes de estudiar este tema como un “imaginario tecno social” (Jasanoff 2015). Antes de pasar a revisar este aparato teórico-conceptual, examino con brevedad el concepto antecedente de “imaginario social”. Aquí es imperante una advertencia: el tema es amplio y se estudia desde distintas perspectivas; por ahora solo me interesa como un contexto de apertura a la discusión de los imaginarios tecno sociales.

El papel del imaginario es vital en la reconstrucción histórica y etnográfica de cómo el mundo contemporáneo adquirió su consistencia. En términos sumamente generales, los imaginarios están lo suficientemente entretnejidos con el modo de vida de las personas, la política, la economía, la religión, entre otros campos, hasta el punto de que se pasa por alto el hecho de su origen históricamente situado.

Benedict Anderson compuso uno de los títulos que han ejercido influencia amplia en el estudio del “imaginario” (1993). El politólogo irlandés definió a la “Nación” como “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana”. Lo atrayente de su propuesta, de acuerdo con mi discusión, es el papel del imaginario en el proceso de formación nacional: “(...) Los miembros de la nación más pequeña nunca conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión” (1993:23).

Anderson propone como ejemplo de la importancia del imaginario en el surgimiento de la independiente nación mexicana la “novela nacionalista” al *Periquillo Sarniento*, publicada en México en 1816, cuyo autor es José Joaquín Fernández de Lizardi. La novela es pionera en su género (1993: 52-54). Su crítica a la administración española es un elemento unificador para los criollos novohispanos, así como para otros lectores, quienes edificaban el México independiente de España.

A partir de la propuesta de Anderson dos temas son considerados en lo siguiente. El primero es la correlación entre el poder de difundir un imaginario social y el poder político real. En segundo tema es la premisa de que la formación de un grupo social—en este caso la nación como

comunidad—conlleva la construcción de un imaginario. Ante lo primero, las élites letradas eran y son (en la actualidad la capacidad de difusión ahora es más accesible) las responsables de difundir ampliamente fragmentos del imaginario, porque cuentan con el acceso a las técnicas de producción y de difusión—la imprenta en este caso. Sobre lo segundo, las visiones que forman parte del imaginario no son especulaciones sin fundamento, por el contrario, repercuten en las prácticas y la experiencia real de los grupos.

El verdadero problema, conforme al argumento de esta tesis, no es describir el imaginario, sino investigar cómo esto llegó a suceder, cómo los imaginarios condicionan las prácticas reales y devienen actores. Esto implica examinar la red de difusión y prácticas de estos imaginarios. Hay otro problema, no menos acuciante: una cuestión es reconstruir estos procesos a partir de textos de individuos letrados e instituciones y otra cuestión es explicar cómo sucedió en otros grupos sin acceso a la producción y difusión textual. Hace falta un análisis que ausculte en la memoria oral los elementos del imaginario y los compare con los imaginarios escritos conseguiría subsanar esta limitación. Mi tesis busca, precisamente, atender a las dos dimensiones señaladas, tanto los imaginarios de las élites, como los de los menos privilegiados.

Una discusión distinta plantea el filósofo canadiense Charles Taylor, quien acuña el concepto de “imaginario social” para explorar cómo la “modernización” se constituye en una ficción vital para los occidentales. Este autor define imaginario social como “(...) Las formas en que las personas imaginan su existencia social, cómo se unen con los demás, cómo funcionan las cosas entre ellos y sus compañeros, las expectativas que normalmente se cumplen y las nociones normativas e imágenes más profundas que a ellas subyacen”¹² (Taylor 2004:23). Presenta como características del imaginario, el ser “inarticulado”, “complejo”, que “no puede expresarse adecuadamente en la forma de doctrinas explícitas, pues es ilimitada e indefinida por naturaleza” (Taylor 2006: 39).

A diferencia de Anderson, quien elabora a partir de los cruces de nacionalismo e imaginario, el énfasis de Taylor es en el problema del orden moral de las sociedades. Ya en un libro anterior sobre la “identidad moderna”, Taylor explora cómo el imaginario de la sociedad occidental “moderna” descansa en la premisa del respeto por los demás. Estas premisas operan como “horizontes” de posibilidad para la acción de los sujetos; aunque no retratan necesariamente las relaciones reales entre personas. Taylor explicaba que es en la “identidad” individual en donde se

¹² “(...) The ways people imagine their social existence, how they fit together with others, how things go on between them and their fellows, the expectations that are normally met, and the deeper normative notions and images that underlie” (Taylor 2004: 23).

incorporan estos imaginarios: como “(...) los compromisos e identificaciones que proporcionan el marco u horizonte dentro del cual yo intento determinar, caso a caso, lo que es bueno, valioso, lo que se debe hacer, lo que apruebo o a lo que me opongo” (Taylor 1996:43).

Obviamente, su discusión filosófica elude la práctica real en sociedades concretas. ¿Qué es rescatable de su discusión para el argumento de esta tesis? Es posible concordar con Taylor en lo siguiente: “(...) Las personas han funcionado siempre gracias a su comprensión implícita del repertorio común, sin necesidad de recurrir a ninguna perspectiva teórica de conjunto. Los humanos funcionaban con un imaginario social mucho antes de que se ocuparan de teorizar sobre ellos mismos” (Taylor 2006: 40). Para comprender lo anterior, aludo a Appadurai quien arranca su famoso libro al describir su experiencia “pre-teórica” de la “modernidad”. En su India natal percibió la “modernidad” británica y estadounidense por medio de revistas, teatro y películas norteamericanas, sin ser capaz de articular esta experiencia en forma coherente. Así operan los imaginarios, son sensaciones percibidas, memorias, imágenes, sonidos, olores relacionados ambiguamente con el progreso, el desarrollo o la modernización. Posteriormente, Appadurai se convierte en estudiante de antropología en una universidad europea. Por consiguiente, entra en contacto con el universo teórico de Occidente con la experiencia “directa” de la “modernidad”. Sus expectativas se moldean a partir de esa exposición. La palabra “directa” se encuentra entrecomillada, porque se puede interpretar que el antropólogo indio no solo experimentó la vida moderna en carne propia sino a través de lecturas teóricas, las cuales leyó como parte de su formación occidental. Primero como nativo, Appadurai percibió las sensaciones de la “modernidad”, luego, como académico, fue capaz de regresar a sus experiencias inarticuladas y plantearlas como un sistema teórico para comprender su vida anterior como una condición de subjetividad “poscolonial” (2005:1-2).

Yo viví una experiencia similar en San Miguel Zapotitlán. Al pertenecer a una parentela de ejidatarios presentía en el olor de los agroquímicos, en las semillas híbridas y en las maquinarias agrícolas los aspectos subrepticios de los planes modernizantes. Los percibía como parte integral de mi vida. Eran una sombra permisiva. Antes de mi contacto con la antropología era incapaz de articular coherentemente estas sensaciones. Y este carácter de descubrimiento insuficiente, si se quiere, construcción de mi realidad de origen, es el matiz de mis descripciones y análisis.

Entonces, es útil considerar al imaginario como asistemático, inarticulado y pre-teórico, como argumentan Taylor y Appadurai. Es así como advertí en mis materiales etnográficos de Poncitlán, que mis interlocutores se amparaban en la terminología del progreso, el desarrollo y la

modernización para encuadrar su experiencia del cambio. Sus relatos nunca llegaban a ser sistemas lógicos generales, ni tenían la intención de serlo. Sus descripciones de las primeras experiencias con la luz eléctrica, el cinema, las radios y las televisiones se detenían al no encontrar palabras para describir ese sentimiento de novedad y descubrimiento. Incluso los cronistas locales, quienes han registrado con empeño sus observaciones en textos escritos, acudían a intuiciones, especulaciones y retazos de teorías aderezados con sus propias imaginaciones.

En resumen, estas perspectivas teóricas se centran en explicar la relevancia de la imaginación en el mundo global, la relación entre el poder de difundir un imaginario y el poder real, la coproducción de los grupos y sus imaginarios y, por último, auscultan la circulación entre el imaginario de carácter inarticulado, asistemático y las teorías académicas. Como cualquier orientación teórica, el paradigma de los imaginarios sociales es una gran herramienta para ciertas cuestiones. ¿Cuáles son sus limitaciones? Una de ellas es “una omisión casi inexplicable de todos estos relatos clásicos de imaginarios sociales es una investigación detallada de las dos fuerzas más destacadas de la modernidad, la ciencia y la tecnología”¹³ (Jasanoff 2015: 8). Si bien en los textos de los autores anteriores hay alusiones a la ciencia y la técnica, apenas implementan un análisis mínimo de las prácticas concretas. Para remediar esta limitación, propongo y critico el concepto de imaginario tecno social, el cual será presentado a continuación.

El estudio de la constelación de la modernización como imaginario tecno social

El concepto de imaginario tecno social es propuesto inicialmente por Sheila Jasanoff, con formación en lingüística por la Universidad de Harvard, y su colega Sang-Hyun Kim, especialista en historia de la sociología de la ciencia por la Universidad de Edimburgo. En un primero acercamiento lo definieron como “la miríada de formas en que las visiones científicas y tecnológicas entran en los conjuntos de materialidad, significado y moralidad que constituyen formas sólidas de vida social” (2019 en Jasanoff 2015: 4)¹⁴. Con miras a ampliar y generalizar el alcance de este concepto, proponen que un “imaginario tecno social” se define por las: “(...) visiones colectivas de futuros deseables, institucionalmente estabilizadas y realizadas públicamente, animadas por

¹³ “A startling almost inexplicable omission from all of these classic accounts of social imaginaries is a detailed investigation of modernity’s two most salient forces: science and technology” (Jasanoff 2015:8).

¹⁴ “The myriad of ways in which scientific and technological visions enter into the assemblages of materiality, meaning, and morality that constitute robust forms of social life” (Jasanoff y Kim 2019 en Jasanoff 2015: 4).

entendimientos compartidos de formas de vida y orden social, alcanzables y soportados a través de los avances en la ciencia y la tecnología”¹⁵ (Jasanoff 2015:4).

Los imaginarios tecno sociales “enmarcan y representan futuros alternativos, ligan los tiempos pasados y los futuros, permiten o restringen la acción en el espacio, y naturalizan maneras de pensar acerca de los mundos posibles”¹⁶ (Jasanoff 2015:24). Este aspecto es central para el argumento de la tesis, puesto que el estado-nación mexicano, en su reinención posrevolucionaria, auscultó los emblemas del pasado (por ejemplo, la grandiosidad monumental de los aztecas) para recrear sus visiones de futuro. En el mismo tenor, los poncitlenses reivindican a sus héroes pasados del progreso como modelos a seguir para recuperar el desarrollo del municipio. En ese aspecto, la comparación entre pasado y porvenir es fundamental para la edificación de los imaginarios.

El antropólogo Claudio Lomnitz identifica con pertinencia esta relación entre nacionalismo mexicano y modernización: “Cada uno de los regímenes ideológicos que se han implantado en la historia de México (...) han buscado modernizar selectivamente, procurando modernidad en unos ramos y no en otros, transformando unas instituciones y no otras” (1999: 12). Pero la insuficiente atención de Lomnitz en las prácticas tecnológicas y en el carácter visionario de la “modernización” paraliza el alcance de su propuesta. Por su parte, otros autores sí aperciben la relevancia del imaginario en la edificación del nacionalismo posrevolucionario, pero lo hacen desde la literatura, como el libro de Ignacio Sánchez Prado *Naciones intelectuales: las fundaciones de la modernidad literaria mexicana* (1917-1959) (citado en Dalton 2015:210).

En el reconocimiento del poder de los imaginarios se augura una teoría del poder en la que sobresalen individuos quienes activamente buscan promover o imponer sus visiones. La ruta metodológica adecuada para registrar lo anterior consiste en “(...) preguntar cómo los actores con autoridad para dar forma a la imaginación del público construyen historias de progreso en sus declaraciones programáticas y cómo combinan con sus expectativas de ciencia y tecnología”¹⁷ (Jasanoff 2015: 26). En nuestro caso, personajes como Agustín Yáñez, el gobernador de Jalisco en 1953, y los curas y los cronistas poncitlenses de 1940 y 1950 movilizan distintos recursos para dar forma a la imaginación pública.

¹⁵ “As collectively held, institutionally stabilized, and publicly performed visions of desirable futures, animated by shared understandings of forms of social life and social order attainable through, and supportive of, advances in science and technology” (Jasanoff 2015:4).

¹⁶ “(...) By attending to the means by which imaginaries frame and represent alternative futures, link past and future times, enable or restrict actions in space, and naturalize ways of thinking about possible worlds” (Jasanoff 2015:24).

¹⁷ “(...) We can ask how actors with authority to shape the public imagination construct stories of progress in their programmatic statements and how they blend into these their expectations of science and technology” (Jasanoff 2015:26).

El concepto de imaginario tecno social es claro al respecto: permite articular la discusión del imaginario social con la descripción sistemática de las prácticas tecnológicas y científicas. Si se desea entender cómo los poncitlenses comprenden y practican el progreso, el desarrollo y la modernización se requiere prestar atención a cómo esta constelación es fuente del porvenir. Estos términos son mejor entendidos como imágenes poderosas, asistemáticas y vagas, de cómo debería ser el futuro, imágenes que orientan las prácticas actuales. De todas formas, persistentemente, a través de la historia los actores con mayor poder de difusión han intentado institucionalizar y realizar sus visiones del futuro sin tener en cuenta a los grupos subordinados. En el siguiente apartado profundizo en la noción de “coproducción” de sociedad, ciencia y tecnología la cual permite explicar cómo las visiones que las personas se hacen de la realidad edifican esa misma realidad y proponen modos de habitarla.

La noción de “coproducción”

En este acápite expongo cómo el concepto de imaginario tecno social surge del paradigma sobre la coproducción entre sociedad, ciencia y tecnología. Problematizo, además, cómo adaptar este concepto a la realidad mexicana, en donde escasean las investigaciones sobre el rol de la ciencia y la tecnología como parte de la sociedad. Si el concepto de imaginario tecno social se concibió para el caso estadounidense es ventajoso para otras latitudes también. Pese a que la actividad científica en Estados Unidos es local, sus repercusiones son globales. Jasanoff y Kim buscaron con el concepto de imaginario tecno social conciliar dos grandes tradiciones académicas de las décadas de 1980 y 1990 en un solo enfoque. Por un lado, el estudio del poder y la normatividad y por el otro lado, los estudios de la construcción social de la ciencia y tecnología (STC, por sus siglas en inglés *social construction of technology*).

La jerga de la coproducción surge de ese paradigma con el objetivo de explorar cómo “las maneras en las cuales conocemos y representamos el mundo (tanto natural como social)” condicionan “los modos que elegimos para vivir en ese mundo” (Jasanoff 2004:2). O en palabras del tecnólogo John Law “las representaciones moldean, influyen y participan de las prácticas de ordenamiento: el ordenamiento no es posible sin representaciones”¹⁸ (1994:25). En ese sentido, la ciencia y la tecnología, al ofrecer descripciones de la realidad, también dictan instrucciones sobre cómo vivir en el mundo. Lo mismo se puede decir de las descripciones de la sociedad en la

¹⁸ “(...) Representations shape, influence and participate in ordering practices: that ordering is not possible without representations” (Law 1994: 25).

antropología y la sociología. Ya sean descripciones sistemáticas—como las teorías—o desarticuladas como los imaginarios, son, también, fuentes de visiones sobre cómo son las relaciones entre personas y cómo es y debería ser el orden social.

Lo anterior implica la interdependencia, ya que la ciencia y la tecnología no son campos independientes de la sociedad; asimismo, la sociedad no es independiente de la ciencia y la tecnología. “Tenemos que dar evidencia de que la 'ciencia' y la 'sociedad' se explican de manera más adecuada mediante un análisis de las relaciones entre esas fuerzas y que se vuelven mutuamente inexplicables y opacas cuando aparecen por separado”¹⁹ (Latour 1988: 7).

Jasanoff escribe sobre Estados Unidos de Norteamérica en donde son públicamente aceptadas la ciencia y la tecnología como fuente de sus historias fundacionales. A estas alturas, en realidad, casi ningún país es inteligible sin un registro sistemático de la coproducción simultánea entre sociedad, ciencia y tecnología. David E. Nye, formado en la universidad de Minnesota, estudió las narrativas fundacionales de Estados Unidos desde el siglo XVIII. Según Nye, siguiendo la discusión de Jasanoff y Kim, Estados Unidos se “imagina” su relación con la naturaleza así como “su posición en la historia, en términos tecnológicos” (2003: 5).

El hacha, utilizada para crear la cabaña de troncos y el claro; el molino, el centro de nuevas comunidades; canales y ferrocarriles, utilizados para abrir tierras en el oeste para los asentamientos; riego, que convirtió el desierto "sin valor" en exuberantes tierras de cultivo²⁰ (Nye 2003: 4).

La obra de Nye es un caso ilustrativo de cómo los relatos fundacionales de una nación son una fuente valiosa para estudiar el imaginario tecno social; al contrario de Benedict Anderson, Nye se enfoca en el rol específico de varias técnicas como parte de las narrativas. El historiador expone cómo en los relatos fundacionales se coproducen la sociedad y la tecnología como dos partes inseparables. Las prácticas tecnológicas de los estadounidenses sirven tanto para imaginarse como una nueva comunidad diferente de Inglaterra, como para edificar un mundo habitable según este entendimiento. Además, en este estudio histórico, sus actores proyectan hacia el futuro un par de nociones esenciales, las cuales normarán la experiencia imaginaria de las relaciones entre las

¹⁹ “We have to give evidence that ‘science’ and ‘society’ are both explained more adequately by an analysis of the relations among forces and that they become mutually inexplicable and opaque when made to stand apart” (Latour 1988: 7).

²⁰ “The versions of the technological foundation story that emerged and circulated during the nineteenth were literally about creating society by applying new technologies to the physical world: the axe, used to create the log cabin and the clearing; the mill, the center of new communities; canals and railroads, used to open western lands to settlement; irrigation, which converted ‘worthless’ desert into lush farmland” (Nye 2003: 4).

personas y la naturaleza y entre las personas entre sí. Estas proyecciones son la abundancia de los “recursos” naturales y el establecimiento del libre mercado.

Cada una de esas narrativas rechazaron las nociones inglesas de escasez, como lo expresaron Ricardo y Malthus, y en su lugar abrazaron una creencia expansiva en la abundancia de recursos. Rechazaron los controles de precios y la regulación gubernamental a favor del libre mercado. Finalmente, asumieron un mundo en el que el acceso a la fuerza y la eficiencia constantemente se perfeccionaron. ¿Cómo podría algo, que no fuera el progreso, resultar del uso de fuerzas naturales para desarrollar los inmensos recursos de un continente vacío en una economía de libre mercado?²¹ (Nye 2003: 288).

Según Nye y Jasanoff, para entender cómo la ciencia y la tecnología se producen simultáneamente con la sociedad como proyectos de futuros es urgente atender a las relaciones entre el gobierno y los científicos. En este caso, las acciones de la comunidad científica estadounidense escaparon a su espacio nacional para tener repercusiones en los países del globo. Durante la década de 1950, la comunidad científica norteamericana discutía cuál era su papel frente al Estado ¿Frecuentarían al Estado a partir de una relación patrón-cliente?, ¿su relación se establecería en términos de su deber como ciudadanos? Al final, los científicos buscaron atesorar la “independencia” de la actividad científica y cumplir su rol de ciudadanos de Estados Unidos. La salida de los científicos a su dilema tuvo como propósito conservar la “neutralidad” al evitar caer en el compromiso político característico de los estados como la URSS frente a sus científicos (Dennis 2015).

Estas discusiones en Estados Unidos apenas entrevén la responsabilidad de las disciplinas científicas como colaboradores del expansionismo norteamericano como modelo del único e inevitable modo de vida futuro. Los científicos coadyuvaron a difundir síntesis del imaginario tecno social del progreso, el desarrollo y la modernización. Sobre todo, los científicos sociales de la época, economistas, sociólogos, antropólogos, entre otros, junto con diversas instituciones estadounidenses—como la Universidad de Harvard—en contubernio con instituciones globales—ONU, UNESCO, FAO—y los distintos países alineados.

Estos actores ayudaron a la publicidad del imaginario tecno social de la constelación de la modernización en el mundo: “A través del trabajo imaginativo de varios actores sociales, la ciencia

²¹ “Each rejected English notions of scarcity, as expressed by Ricardo and Malthus, and instead embraced and expansive belief in resource abundance. Each rejected price controls and government regulation in favour of the free market. Finally, each assumed a world in which access to force and efficiency in using it improved constantly. How could anything but progress result from using natural forces to develop the immense resources of an empty continent in a free-market economy?” (Nye 2013: 287-288).

y la tecnología se enredan en los performances y producen diversas visiones del bien colectivo, en escalas de gobernanza expansiva desde las comunidades al estado-nación hasta el planeta” (Jasanoff 2015:11)²². Por consiguiente, el concepto “imaginario tecno social” es atractivo para investigar esa difusión o cualquier situación en donde los imaginarios de los grupos poderosos son movilizadas mediante prácticas expansivas.

Existe, además, una justificación de peso para aplicar al caso mexicano estos conceptos. Las ciencias sociales en México—en su mayoría—han descuidado sistemáticamente la importancia de la ciencia y la tecnología en sus explicaciones. Al carecer de investigaciones empíricas en este campo, la esfera pública académica se encuentra plagada de especulaciones y generalizaciones vagas sobre el tema. Y peor aún, se perpetúa el imaginario de México caricaturizado como un país del pasado *a-tecnológico*—sin tecnologías propias—, mientras que hay otros países del futuro, tecnológicos *por naturaleza*, como los Estados Unidos, Corea del Sur o Japón. Detrás de esa cortina, las descripciones del consumo tecnológico en México se han caracterizado por presentar relatos de flujos unidireccionales Norte-Sur que minimizan el hecho de que las “innovaciones y descubrimientos toman muchas formas, ocurren en múltiples contextos y viajan en muchas direcciones”, además, esos relatos simplifican los procesos de “reinención, adaptación y uso”²³ en contextos puntuales (Medina et al 2014:2). Como he argumentado a partir de estas teorías de la coproducción de sociedad, ciencia y la tecnología, la actividad técnica y científica es expansiva hacia el globo, por lo cual tiene poco sentido contemplar este fenómeno desde los límites nacionales.

Estos prejuicios comienzan a erosionarse gracias a trabajos como los del historiador Vandari M. Mendoza (2018), quien investigó las patentes de invenciones en México entre 1821 y 1911. El autor explora el fenómeno complejo de interrelación entre la sociedad porfirista y el registro legal de los inventos de la época. Se basa en tres puntos específicos: 1) El “orden institucional”, es decir, las leyes y reglamentos de las patentes. 2) Los “grupos sociales relevantes”. ¿Quiénes fueron los inventores? 3). Los “campos de invención”. Cuáles campos fueron relevantes para la invención en esas fechas (2018 :25).

²² “Through the imaginative work of varied social actors, science and technology become enmeshed in performing and producing diverse visions of the collective good, at expanding scales of governance from communities to nation-states to the planet” (Jasanoff 2015:11).

²³ “Such views emphasize the transfer of supposedly superior technologies and ideas from North to South and do not acknowledge that innovation, invention, and discovery take many forms, occur in multiple contexts, and travel in many directions, nor do they acknowledge that diverse communities use scientific ideas and technologies in different ways” (Medina et al 2014: 2).

Según el autor, las patentes fueron mínimamente estudiadas en México porque eran consideradas simples “sueños tecnológicos que se encuentran fuera del límite de lo real y carentes de importancia para estudiar la relación entre técnica y sociedad” (2018: 17). Aun así, de estas prácticas surgieron aparatos, los cuales emergieron de la circulación mexicana de saberes, culturas y técnicas en ciertos contextos y, posteriormente, al pasar de los años, transformaron la vida de los mexicanos, por ejemplo los inventos “mexicanos” de la máquina de producir tortillas y la desfibradora del henequén²⁴ (Mendoza 2017).

En el caso de mi investigación, las élites de gobernantes de Jalisco transformaron la realidad y contaron historias de esa transformación. Ellos intentaron imponer su visión de un modo de vida basado en la industria para Jalisco. Tejieron sus promesas a partir de la matriz ideológica del despliegue del capitalismo (Capítulo III). Asimismo, los letrados de Poncitlán escribieron sus propios relatos sobre el progreso, identificando elementos que no necesariamente compartían las élites gobernantes, como el poder de la Providencia y la reverencia a Nuestra Señora la Virgen del Rosario (Capítulo IV). Estos representantes de las clases medias y altas de Jalisco pudieron materializar y difundir sus materiales a públicos amplios.

En contraparte, los poncitlenses humildes contaron oralmente sus historias de vida a partir de un argumento de progreso y desarrollo que aspiraba a expulsar al pasado la pobreza y la miseria (Capítulos V-VIII). En última instancia, enunciaron que el progreso se detuvo, lo cual expresa un rechazo de los negocios que sus antepasados acogieron con aceptación. En cada uno de estos capítulos se atiende la coproducción entre las categorías y la realidad, así como las exploraciones de cómo las tecnologías fueron adoptadas al modo de vida poncitlense.

Relacionalidad y esferas de sociabilidad técnica

Una vez declarada la fiabilidad del concepto de imaginario social es irrevocable apuntar qué entiendo por “relacionalidad” y esferas de sociabilidad técnica en función de lo expuesto hasta ahora. Relacionalidad define las vinculaciones entre actores cualesquiera, humanos y no humanos. Es un reconocimiento de los mundos entrelazados de actores que habían sido separados por la racionalidad de las clasificaciones científicas. La relacionalidad es una premisa de la

²⁴ En un excelente artículo, Mendoza reconstruye el proceso de invención de la máquina desfibradora del henequén en Yucatán. Los inventores de la máquina “descubrieron que era conveniente moverse, transitar de un sitio a otro para interrelacionarse, obtener ideas, recabar opiniones, conseguir sugerencias, examinar antecedentes técnicos, aprender procedimientos, adquirir experiencias y gozar de colaboraciones que les permitieron mejorar sus inventos” (2017: 101). Una tecnología emerge de la red tejida entre actores, contextos e ideas que son las fuentes desde donde los inventores se nutren para crear.

interdependencia de los actores, “humanos, no humanos, cuasi y post humanos” (Bruyn y Lütticken 2020:15). Para los casos de San Miguel Zapotitlán y Poncitlán la relacionalidad de los habitantes del campo con su entorno es clave para comprender su modo de vida cotidiano y las transformaciones que se suscitaron desde 1950 (Capítulos V y VII). Esta relacionalidad de origen “indígena” se caracteriza por una plena atención a la multitud de seres vivientes con quienes cohabitaban el campo: arbustos, animales y otras entidades difíciles de clasificar, como fantasmas y aparecidos. Este modo de relacionarse con la naturaleza les ayudó a los poncitlenses a paliar el hambre durante los años de carestía y desabasto (ver Capítulo V) y les otorga todavía una habilidad para sentir y vaticinar el clima, que es fundamental para decidir cuándo sembrar y cuándo cosechar (Capítulo VII).

Para la antropóloga Marilyn Strathern, si bien una definición especial de “relación” es inexistente, esta categoría es postulada como el principal objeto de estudio de la disciplina antropológica. Por lo general, la “capacidad específica de las personas de relacionarse unas con otras es tomada como una verdad fundamental de la existencia humana” (Strathern 2018:1-2). En específico, la antropología social británica distinguía entre “relaciones de sociabilidad (el tenor de las relaciones, transacciones, obligaciones entre personas)” de las “relaciones institucionales o de tipo sistémico: económicas, políticas, relaciones de género” (Strathern 2018 :6).

Para el estudio de las relaciones sociales el imaginario tecno social es un punto de entrada, ya que éste contiene juicios normativos de cómo son y cómo deberían ser las relaciones entre personas. Pero estas descripciones ideales pueden o no corresponder con la relaciones actuales y concretas. Por consiguiente, se atiende la disparidad entre los imaginarios y las relaciones concretas si se quiere realizar una descripción precisa de cuál es el rol del progreso, el desarrollo y la modernización en Poncitlán.

La teoría del actor-red simplemente introduce la cuestión de la interdependencia de los “humanos” y los “objetos”. La autonomía y la interdependencia son resultado de las redes heterogéneas y no son estados dados de antemano. Latour sostiene que las relaciones entre personas son organizaciones estables de cosas y humanos. Lo “social”, tal como lo define el autor francés, es “una sucesión de *asociaciones* entre elementos heterogéneos”²⁵. La definición es lo suficientemente amplia como para albergar casi cualquier elemento. La pregunta de cuáles elementos asociados son indispensables se resuelve con la investigación. Siendo esto así, la tarea

²⁵ Cursivas en el original.

de la antropología como la propongo es “rastrear” las asociaciones concretas cualesquiera sean las notables para los actores (Latour 2008: 19).

Lo social en esta perspectiva es un fenómeno “emergente”. La RAE define emergente como “que nace, sale y tiene principio de otra cosa” (RAE 2020). En consecuencia, lo social emerge de la asociación de cosas que no son sociales en sí mismas. Este asunto es distinto a otras perspectivas que ponderan la participación de las tecnologías en los asuntos humanos. Por ejemplo, Roger Silverstone sostiene que “las tecnologías mediáticas, como todas las demás tecnologías, tienen lo social por detrás, lo social por delante y lo social inmerso en ellas” (2004:231). A diferencia de Silverstone, pionero de los estudios culturales, Latour define lo “social” como una descripción de la estabilidad de los mundos humanos y no humanos en cadenas indisolubles.

Así pues, esfera de sociabilidad es simple y llanamente una categoría para captar ese entrelazamiento del entorno socio técnico con las materialidades y las personas. Una esfera es aquello que envuelve y arropa. Rodea como un elemento exterior, pero también informa lo que “está dentro de nosotros”: las normativas como pautas para actuar, la memoria, la identidad, los personajes ficticios, los sonidos, las imágenes. Para el filósofo Peter Sloterdijk la esfera es la representación fenomenológica por excelencia. Morar en el mundo significa “ser-en”, “estar-en” circunferencias de distintas cualidades: luz, sonidos, imágenes, sabores (2009: 276 citado en Díaz Ramírez 2016: 12-13). Estas esferas son las radios, sonidos, cinemas y televisores; pero también las infraestructuras y otras técnicas agrícolas son capaces de sostener las relaciones entre los humanos. En esta investigación este es uno de los puntos centrales. Cada uno de los capítulos ahonda en la relacionalidad, es decir, cómo diferentes objetos técnicos (cuasi-objetos o cuasi-sujetos en el vocabulario de Latour) son imponderables para la vida contemporánea en Poncitlán.

Para los gobernadores el corredor industrial con sus fábricas, carreteras e infraestructuras, fue el sistema técnico que resolvería el futuro de Jalisco en la ejecución de ese corredor se ostentaba su poder como sujetos del progreso (Capítulo III). En 1950, la gente de la cabecera identificaba el progreso con la construcción de un sistema de agua potable, que fue descubierto gracias a la Providencia de Dios y a la acción de la Virgen del Rosario, en conjunción con las obras de dragado del río Santiago, hechas para remediar la insolvencia del afluente del cual se servía la Nueva Compañía Eléctrica Chapala para producir la electricidad que iluminaba parte de la ciudad de Guadalajara (Capítulo IV). Posteriormente, en la década de 1960, la radio, cine y televisores marcaban el compás de la danza temporal de la vida cotidiana y el ocio, tanto en las rancherías como en la cabecera (Capítulo VIII). Y en especial, para la agricultura, los nuevos tractores y paquetes

tecnológicos de semillas mejoradas y agroquímicos reorganizaron las temporalidades de la producción y la cosecha, con ello desorganizaron y reorganizaron las labores colectivas de la producción agrícola (Capítulo VII).

La teoría del actor-red es una de los tres orientaciones teóricas de la década de 1980 en el nuevo campo de la estudios de ciencia y tecnología²⁶. Estos enfoques son: “la construcción social de la tecnología” (SCOT), los “sistemas sociotécnicos a gran escala” (LTS, *large-scale technological systems*) y la teoría del “actor-red” (ANT, *actor-network theory*). Esta trilogía comparte preocupaciones similares en relación con la relacionalidad socio técnica, las cuales suscribo. En primer lugar, aspiraron a enfatizar el asunto de las técnicas como eje central de las investigaciones, al responder a la cuestión de “porqué importan” las cosas en la vida social (Douglas 2012: s.n).

En segundo lugar, SCOT, LTS y ANT intentan complejizar las explicaciones reduccionistas del cambio técnico como la inventiva de un genio sobresaliente. En otras palabras, debaten el individualismo metodológico el cual persiste en cierta historiografía de la tecnología, por ejemplo, autores quienes ensalzan el genio de individuos singulares—por ejemplo, Yáñez—sin atender a la acción de múltiples actores en las explicaciones. Estas teorías amplían el análisis de los procesos de desarrollo tecnológico al centrarse en otros factores explicativos como los valores, la política o las acciones de los grupos socialmente relevantes. En tercer lugar, estos enfoques debaten, con igual ahínco, el determinismo tecnológico, premisa que supone que la tecnología es una fuerza independiente y determinante de cambio social. En sustitución del determinismo tecnológico, acuden a explicaciones que matizan el poder de la tecnología para transformar a las personas o las sociedades. En cuarto lugar, rehúyen las distinciones a priori entre “los aspectos técnicos, sociales, económicos y políticos de los desarrollos tecnológicos”²⁷ (Bijker et al 2012: 41).

Estas tres perspectivas se preocupan por examinar casos empíricos, antes que plantear grandes esquemas teóricos. 1) El caso más representativo de SCOT es la reconstrucción histórica del proceso de invención de la bicicleta (Pinch y Bijker 2012); 2) El proceso de electrificación de los Estados Unidos ha sido estudiado a detalle como un caso de expansión de un sistema sociotécnico de gran escala por Thomas Hughes (2012); 3) John Law investigó la red de elementos heterogéneos que permitieron a los barcos de los portugueses expandir el comercio en el mediterráneo (2012).

²⁶ Para acceder a un registro detallado del surgimiento de este campo disciplinario véase Wiebe E. Bijker, Thomas P. Hughes y Trevor Pinch (2012).

²⁷ “(...) Moving away from the inventor (or genius) as the central explanatory concept, from technological determinism, and from making distinctions among technical, social, economic, and political aspects of technological development” (Bijker et al 2012: 41).

En adelante, sostengo que la definición de “social” a partir de la teoría del actor-red es la adecuada para mis intereses, los cuales consisten en extender las limitaciones del concepto de imaginarios socio técnicos al aplicarlo al caso mexicano, a partir de información etnográfica de primera mano sobre Poncitlán, Jalisco.

Futuro, futuros e imaginario

La tesis que sostengo en este trabajo es que los poncitlenses expresan una predilección por el futuro en el presente, por lo cual el imaginario de la constelación de la modernización les brindó modelos de porvenir y marcos explicativos para insertar sus experiencias vitales a partir de 1950. En otras palabras, existía la posibilidad de hacer *algo*, porque ese *algo* estaba inscrito en el horizonte de posibilidad del imaginario tecno social. Las nuevas técnicas fueron incorporadas a la vida diaria porque, entre otras cosas, en ellas se delegaba el mejoramiento de las condiciones materiales y del entretenimiento.

Al contrario de los dichos de algunos autores que sin ninguna consideración por las realidades etnográficas rezan al aire pesadas sentencias, como la siguiente: “El futuro, ese desfiladero hacia el que apunta el progreso moderno, no tiene nada, para Benjamin, que conmueva la esperanza de los pueblos: es vacío, tiempo sin lengua” (Casullo 2004:41); esta tesis es el reconocimiento de que las personas, además de los marxistas, utopistas, escritores de ciencia ficción y movimientos sociales (Giddens 1990:177), cuentan con la capacidad de imaginarse en situaciones futuras, que distan de su condición actual mejorable (Appadurai 2016:249) y de que los humanos están constantemente orientados a la anticipación, expectativa, esperanza, especulación y destino sobre el futuro en sus vidas diarias (Bryant y Knight 2019:192).

La noción de que el futuro es cualitativamente distinto al pasado y que una sociedad es moderna cuando se aleja del modo de vida pretérito (Wark 2020: 21), es la punta de lanza de la teleología de la modernización. Así lo entienden autores como Anthony Giddens, quien señala que “la modernidad es inherentemente orientada hacia el futuro, de modo que el futuro tiene el estado de modelo contrafactual” de la situación en el presente (1990 :177). Ya sea que se dé un cambio progresivo (progreso) o guiado (desarrollo), una periodización moderna supondría nuevos albores y rupturas supinas entre tiempos distintos. En esa teleología es donde se inserta la idea de que la ciencia del futuro se encontraría purificada de creencias o valores (religión, política) y se dedicaría solamente a descubrir el funcionamiento de la realidad objetiva tal cual existe (Latour 2013:24). En ese sentido, la técnica sería el modo eficaz de aplicar la ciencia al control de la incertidumbre que

las fuerzas mecánicas de la naturaleza provocan en la vida humana. Esta distribución separa las temporalidades y delega en la praxis tecnocientífica el rol heroico de salvarnos de lo incierto mediante procesos orientados a establecer mejores controles en el futuro.

Algunos autores, como los antropólogos Rebecca Bryant y Daniel M. Knight (2019), argumentan que en realidad es imposible separar el flujo temporal artificialmente desde los postulados teóricos, ya que las designaciones de pasado, presente y futuro encierran clasificaciones y usos vernáculos del tiempo. De esta manera, la distribución de sociedades “tradicionales” orientadas al pasado y sociedades “modernas” orientadas al futuro es parte de una narración universalista que retrata el tiempo como lineal y orientado al fin último de las sociedades urbanas capitalistas de Occidente.

Aquí es cuando el postulado del control *en* el futuro se traduce en el control *del* futuro. En otras palabras, algunos actores están convencidos de que sus visiones de mejoramiento son las únicas viables y postulan un modelo único de futuro (Jasanoff 2015). Esto es claro cuando se revisa el proceso de industrialización y urbanización desde 1950, ya que en Jalisco, las elites regionales enarbolaron el corredor industrial como la única solución factible a la vida en el porvenir. Es así como en su carácter de anunciadores del capitalismo, los imaginarios pueden ser enarbolados como ideologías para imponer sistemas de valores supuestamente superiores, como sostendré en el Capítulo III.

Los ponciltenses, empero, experimentaron esas contradicciones entre autonomía y determinación, entre sus expectativas y la realidad, la desilusión y la fatiga de la imaginación (Bryant y Knight 2019:19). Por un lado, no fueron tan ingenuos como para creer sin vacilación en las promesas del trabajo en las fábricas que prometían los gobernadores de Jalisco como la clave para sacar adelante la economía en el periodo 1950-1970. Por el otro lado, muchos jóvenes de la época prefirieron irse a Estados Unidos, a los sembradíos o fábricas de allá, que también eran parte de un modelo industrial de la posguerra norteamericana, ellos escogieron encerrarse en *la jaula de oro*²⁸, porque, con todo y los riesgos, abusos y discriminaciones que sufrían en el Norte, los primeros migrantes regresaban y daban fe de que era viable “progresar” *en el otro lado*²⁹ (un tema tratado principalmente en el capítulo VI).

²⁸ Una expresión para indicar que aunque Estados Unidos era preferible a México, no dejaba de ser un prisión para los mexicanos.

²⁹ Una frase que alude al otro lado del río Bravo o de la frontera norte, Estados Unidos.

En suma, el control de los procesos productivos encerraba un emprendimiento colectivo por el control de la “naturaleza”, la cual, al ser descrita como impersonal y mecánica, se volvió objeto de la conquista del humano. Las tensiones y paradojas suceden cuando los humanos, entre estos los poncitlenses, se dan cuenta de que la “naturaleza” tiene agencia. Los agricultores poncitlenses han aprendido esta lección por la vía dolorosa, ya que el clima errático les recuerda cada año que la voluntad y la técnica son incapaces de controlar la lluvia, vientos o sequías; así lo expresa mi abuelo paterno Pedro Díaz³⁰: “Solo Dios Sabe. Nosotros nada más adivinamos. Pero siempre hay que poner a Dios por delante. Nosotros nada más hablamos para no quedarnos callados” (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, 1 de junio de 2018). Ya sea que se hable de Dios o del clima, hay en el pensamiento poncitlense un esfuerzo por controlar el futuro y la naturaleza y un reconocimiento de los límites del conocimiento del ser humano.

Por esa razón, se puede hablar entonces de una “producción” tecno social del “destino” o del futuro (Berain 2005:263), en cuanto a los ajustes entre las “expectativas” y las “antelaciones” (Bryant y Knight 2019), las especulaciones y las visiones de mejoramiento del imaginario tecno social de la industrialización. En la mayoría de las entrevistas y charlas con mis amigos poncitlenses, el “progreso” o el “desarrollo” adquieren sentido como marcos de sus historias de vida. Un hombre, a quien conocí en la plaza de Poncitlán, me repetía que él “la supo hacer en la vida”: laboró en un hospital de Los Ángeles, California, se hizo de dólares; trajo a México radios y camionetas; educó a sus hijos, quienes radican allá, y ahora goza de una pensión monetaria y de servicios médicos. Pero al final, se resalta la agencia individual como el motor de los logros personales. Este recurso lo utilizaron los gobernadores al tratar de postularse como los sujetos del progreso y asimismo, los poncitlenses hablan de sus “hijos predilectos”, yo les llamo “héroes del progreso”, como la fuente de la acción, aun cuando las transformaciones son el resultado de la interdependencia de la agencia de redes de actores.

La construcción del futuro a partir del imaginario tecno social de la modernización coincide con lo argumentado sobre el futuro como un “hecho cultural” (Appadurai 2016). Ambos presuponen que la gente acomete esfuerzos para buscarse el porvenir y rebaten las nociones vulgares que califican al hombre rural como encadenado al pasado. Con todo, ambos enfoques, el imaginario tecno social y el futuro como hecho cultural, pintan la acción de los hombres de un tinte demasiado voluntarista, cuando por el contrario; en incontables ocasiones, muchas personas simplemente

³⁰ Los nombres de mis interlocutores han sido cambiados por seudónimos, a excepción de mis familiares y personajes reconocidos del municipio, como los cronistas, personajes históricos, periodistas y políticos.

fueron arrastradas por los torbellinos de los procesos de acumulación de capital que se encontraban detrás de los frentes del desarrollo, progreso y modernización. De cualquier manera, es imprescindible recalcar la capacidad humana de proyectarse en situaciones distintas resulta un recurso valiosísimo para la vida en el Antropoceno, una esfera de incertidumbre, cambio climático, precariedad e irregularidades de la economía global. Arjun Appadurai argumenta que en el contexto contemporáneo global, la “imaginación”:

Se volvió un campo organizado de prácticas sociales, una forma de trabajo (tanto en el sentido de realizar una tarea productiva, transformadora, como el hecho de ser una práctica culturalmente organizada) y una forma de negociación entre posiciones de agencia (individuos) y espectros de posibilidades globalmente definidos” (2000:45).

Appadurai se refiere a cómo las migraciones y los flujos planetarios de imágenes incautan la imaginación de las personas por medio de sueños, expectativas y anhelos llegados de otras latitudes. “Los hijos ya crecidos regresan después de haber pasado un tiempo en extrañas partes del mundo (...) y los rumores y fantasías acerca de los nuevos lugares de residencia son adaptados a los repertorios de conocimiento y de acción realmente disponibles” (2000: 57). Esto sucede en Poncitlán desde las primeras migraciones a los Estados Unidos auspiciadas por el Programa Bracero 1942-1964 (*Mexican Farm Labor Program*) y desde el arribo de aparatos de transmisión de sonidos e imágenes. A partir de ello, los poncitlenses cataron el *American of life* en relatos y mercancías migrantes, que conformarían un elemento fundamental del imaginario hasta ahora.

Las imágenes en los medios de transmisión exponían a las personas, sin necesidad de moverse de sus lugares, a horizontes de posibilidad allende las distancias. “En ese sentido, los *media* [medios de comunicación masiva] constituyen una ‘movilidad multiplicadora’: ponen a disposición de los individuos un vasto despliegue de experiencias a las que de otra manera no habrían accedido, sin depender de la necesidad de viajar físicamente”. Principalmente, los mensajes mediáticos dan cabida al ejercicio del imaginario, porque “la experiencia mediática es una experiencia delegada, cultiva las facultades imaginativas” (Thompson 1998:249). Por la empatía que generaban esos consumos de imágenes es que los apologistas de la teoría de la modernización en la década de 1960 consideraban a las radios y otros transmisores los aliados estratégicos del “desarrollo”, ya que estos dispositivos promovían la “comprensión empática de otros modos de vida” (Sola Pool 1966: 103).

Al apropiarse de estas imágenes supralocales, la generación de mis abuelos y tíos hicieron de las dinámicas de la imaginación sus prácticas de aspiración, anticipación e imaginario. La

aspiración es “una capacidad de orientarse mediante la cual la gente pobre puede cambiar de manera efectiva ‘los términos de reconocimiento’ dentro de los cuales suele encontrarse atrapada, términos que limitan gravemente su capacidad de ejercer su voz y de debatir las condiciones económicas a las que están confinados” (Appadurai 2016: 247). La aspiración se relaciona con la “expectativa” en cuanto a las posibilidades afectivas de alcanzar el mejoramiento en un futuro que parece a la vista, pero es difícil determinar con exactitud cuándo se alcanza. En otro sentido, la “expectativa” parte de la experiencia pasada proyectada al futuro, “uno espera ciertas cosas con base en lo que ha venido antes”³¹ (Bryant y Knight 2019:72). De acuerdo con la idea del progreso, durante 1950-1970, si mis abuelos aumentaron su bienestar y nivel de vida material lo esperable era que para el tiempo de mis padres la situación fuera cada vez mejor. Pero el futuro construido en presente no es ninguna profecía certera, siempre existe la posibilidad de que las cosas sucedan o no, y siempre cabe la posibilidad de la aparición de futuros mezclados (capítulo IV), inesperados (capítulo V), coincidentes (capítulo VI), incontrollables (capítulo VII) y paradójicos (capítulo VIII), los cuales dan por traste y se entrelazan con el futuro supuestamente único e inevitable del imaginario tecno social de la industrialización y el comercio (capítulo III).

Por su parte, la anticipación “es el acto de mirar hacia adelante lo que también empuja hacia el futuro y prepara el trabajo previo para que ese futuro ocurra”³². La anticipación ocasiona por momentos la sensación de que el presente es inquietante y que solo es una antesala para el futuro (Bryant y Knight 2019:28, 43). De ahí que el periodo 1950-1970, los miembros de la generación de mis tíos y padres lo describan como un periodo de transición. Pero también, la generación de mis abuelos lo experimentó como un periodo de “progreso”, una periodización “vernácula” para describir que se estaban dando cambios hacia una condición mejor (Bryant y Knight 2019:28, 43).

En términos metodológicos, al describir las dinámicas entre expectativa, aspiración y las prácticas de antelación es donde la etnografía puede dar cuenta de la construcción del futuro en el presente. Desde el punto de vista teórico, el concepto del imaginario tecno social es el resultado de la hegemonía de un solo futuro por sobre múltiples operaciones vernáculas y variedades de futuros.

En específico, estos puntos atañen al contenido de esta tesis en cuanto a que el “progreso” se define para las personas humildes de Poncitlán como la superación del pasado mediante las transformaciones materiales tangibles, que vienen de consumir nueva comida, música, ropa,

³¹ “We expect certain things based on what has come before” (Bryant y Knight 2019:72).

³² “it is the act of looking forward that also pulls me in the direction to the future and prepares the groundwork for that future to occur” (Bryant y Knight 2019:28).

tecnologías, entre otras mercaderías asociadas a lo nuevo; pero buscando un equilibrio entre las prácticas de bienestar en el pasado y experimentando las contradicciones y paradojas de este nuevo modo de vida. En la década de 1950, en ocasiones frecuentes, en el rancho se luchaba por conseguir alimento (Capítulo V); apenas se conocían los quinqués, arados y la radio, pero en años posteriores los camiones Dina levantaban polvaredas, la Coronación de la Virgen del Rosario intensificaba la civilidad y la religiosidad; la luz eléctrica y los cinemas ambulantes y establecidos ampliaban los horarios de la noche y chicos y chicas enloquecían con agrupaciones musicales que escuchaban y admiraban en las pocas televisiones públicas. Por lo tanto, describo cuáles eran las aspiraciones y anhelos de mis interlocutores de Poncitlán, a la vez que registro las condicionantes de su realización. El horizonte de posibilidad desde el cual las personas trazaban sus destinos era la industria de la posguerra y la migración a los Estados Unidos: en resumen, las materializaciones del imaginario tecno social del progreso, desarrollo y modernización; el control de la naturaleza mediante la tecnociencia.

Recapitulación

Las teorías sobre la construcción del futuro, el imaginario tecno social y la teoría del actor-red son las adecuadas para responder a la cuestión general de esta investigación: ¿Cómo los poncitlenses comprenden y practican el progreso, el desarrollo y la modernización como modelos de futuro? Por medio de la etnografía describo cómo distintos actores—en los niveles global, nacional, regional y local—delegan en las comunicaciones (las infraestructuras y los medios de comunicación masivas) el papel de hacer progresar, desarrollar o modernizar la vida de las personas. Explico cómo se difundieron estas visiones y cómo fueron institucionalizadas. A partir de esta evidencia es como reconstruyo el imaginario tecno social del progreso, el desarrollo y la modernización en Poncitlán en esta tesis.

El origen de las informaciones para esta reconstrucción del imaginario tecno social es heterogéneo y reúne una buena cantidad de fuentes: entrevistas informales, observaciones, informes de gobierno, informes técnicos, textos hemerográficos, imágenes, videos, sonidos, libros de teorías de la modernización de la década de 1950. Cada una de estas fuentes constituye, no solo la evidencia de este imaginario, sino también conforman la red de traducciones y delegaciones en donde descansa la proliferación del progreso, el desarrollo y la modernización.

En un segundo plano, al centrarme en cómo los actores delegan el mejoramiento de su vida en las comunicaciones y técnicas, requiero de una teoría capaz de dilucidar cómo estas

comunicaciones son asociaciones de elementos heterogéneos y cómo lo social emerge de la estabilidad de esas asociaciones. En última instancia, analizar cómo se edifican las comunicaciones implica describir las prácticas concretas de realización de los imaginarios. Es decir, si el Estado mexicano posrevolucionario concretizó el progreso en carreteras y electricidad, en consecuencia, es justo conocer qué pensaron los poncitlenses de esas mismas carreteras, cómo se hicieron parte de sus redes y si las deseaban tanto como los representantes de las instituciones estatales.

En conclusión, en este capítulo elaboré un sencillo andamiaje teórico de mi investigación, el cual problematiza la relación del imaginario tecno social con las realizaciones y prácticas concretas, las visiones hegemónicas y las populares y la circulación entre ambas.

Justificación y clave teórico-etnográfica del orden de los capítulos

He argumentado que las prácticas de construir futuro en Poncitlán son heterogéneas se encuentran referidas en diversos ámbitos de la vida en común. En ese sentido, los capítulos reflejan esa heterogeneidad, la cual navega entre campos del conocimiento con relativa soltura, sin las ataduras de las categorías de cultura, economía, política, religión, entre otras. Al interesarme por la construcción del porvenir, en cada acápite enuncié cuáles son los modelos de futuro a partir de las evaluaciones de mis interlocutores, así como preciso a qué condiciones concretas se asociaba el pasado que deseaban superar.

Una investigación de este tipo obliga a ponderar los imaginarios tecno sociales de los representantes de las elites así como las prácticas y anhelos de los menos privilegiados. En ese sentido, los dos primeros capítulos, luego de las notas metodológicas y el contexto histórico etnográfico, son acerca de los discursos y prácticas de los representantes de las elites regionales de Jalisco y las elites locales de Poncitlán, ligadas al clero católico. Se corresponden con las preguntas de investigación: ¿cuáles fueron las visiones a futuro deseables en Poncitlán basadas en la ciencia y la técnica?, ¿qué actores (internacionales, nacionales, regionales o locales) las sostuvieron y difundieron?, ¿cómo fueron difundidas y estabilizadas estas visiones por medio de instituciones públicas u otras prácticas? Se trata de “(...) preguntar cómo los actores con autoridad para dar forma a la imaginación del público construyen historias de progreso en sus declaraciones programáticas y cómo combinan con sus expectativas de ciencia y tecnología”³³ (Jasanoff 2015: 26).

³³ “(...) We can ask how actors with authority to shape the public imagination construct stories of progress in their programmatic statements and how they blend into these their expectations of science and technology” (Jasanoff 2015:26).

En los últimos tres acápites ordeno las temáticas en función de los resultados de la primera entrevista que realicé en la cabecera. En esa comunicación con un comerciante de quien ya hablaré con más detenimiento, salieron a la luz los temas que se repetirían en las siguientes conversaciones con otros actores. Primero, la relevancia de la Coronación Pontificia de la Virgen del Rosario en 1950, los cambios en la alimentación y la ropa; la migración a los Estados Unidos, el cultivo del maíz y el trigo y los nuevos cinemas, radios, televisores, coches y demás artificios técnicos. Estos cuatro capítulos (V-IX) dan contenido a las cuestiones siguientes: ¿Cuáles fueron las prácticas de construir futuro de los ponciltenses?, ¿Coincidían estas construcciones de futuro con los imaginarios de las elites? Responder lo anterior implica reflexionar sobre los usos y aplicaciones del “progreso”, el “desarrollo” y la “modernización” de los ponciltenses, mientras que critico distorsiones teóricas de este paradigma.

El **Capítulo I** es una disquisición sobre cómo llevé a cabo esta investigación. Yo soy oriundo de la región lo cual presenta ventajas y desventajas para el tipo de datos que construí. Asimismo, me permito un comentario amplio sobre la utilización de documentos, sonidos e imágenes como puntos de partida para deshebrar la madeja de la red del progreso, modernización y desarrollo. Por último, la naturaleza temporal de las categorías clave de mi investigación me demanda a efectuar una reflexión sobre los usos del tiempo en la práctica antropológica.

En el **Capítulo II** presento notas históricas y monográficas de la región donde se enclava Ponciltlán, con el objetivo de caracterizar la investigación y para dotar de profundidad diacrónica a los eventos relatados a partir de 1950. Presento y adelanto parte de la historia de los actores quienes aparecerán a lo largo de estas páginas: ejidatarios, comerciantes, migrantes, “alteños” e “indígenas”; infraestructuras y comunicaciones.

En el **Capítulo III** analizo el papel de los gobernadores y el corredor industrial de Jalisco, que fue la máxima expresión del imaginario tecno social del progreso para las elites jaliscienses en el periodo 1950-1970. La industrialización como modelo económico y de vida fue el horizonte de posibilidad para el porvenir y el modelo único e inevitable del futuro. Este corredor es parte de la materialización de las políticas nacionales de desarrollo regional, políticas locales de descentralización industrial, el modelo mexicano de sustitución de importaciones y las inversiones estatales en la ciencia, que resolvieron inconvenientes de los procesos productivos industriales. En ese punto abordo la relación entre la expansión de la matriz ideológica del capitalismo (Žižek 2003) y su relación con el imaginario tecno social (Jasanoff 2015). No es de extrañar que los gobernadores divulgaron las bonanzas del “progreso” y el “desarrollo” y convencían a sus gobernados de ser los

desencadenadores del progreso. En este aspecto, dialogo con Larissa Adler Lomnitz, Claudio Lomnitz e Ilya Adler (2001b) sobre la formación de la persona presidencial como desencadenante de las transformaciones.

El contenido del **Capítulo IV** es un examen del imaginario tecno social de las élites católicas ligadas a los comerciantes de la cabecera. El progreso consistió en la construcción de un pozo y sistema de agua potable en 1948 y la Coronación Pontificia de la Virgen del Rosario como reina de Poncitlán en 1950. Mientras que los gobernadores confiaban en la ciencia y la tecnología para acrecentar el nivel de vida, en la cabecera, además, fue crucial la acción de la Providencia de Dios y de la Virgen, dando como resultado un futuro que mezcla en una sola red actores disímbolos como La Providencia y el pozo de agua potable. Desde 1948 y hasta 1950, los poncitlenses reunieron dinero para llevar a cabo una magna coronación de la Virgen, mercaron frutas y comida, rifaron cosas y llevaron a las cantantes de la farándula norteña—las hermanas Águila y La Torcacita—a cantar en el cine local Regio para ganar dinero de las entradas. Esta época es considerada por los naturales de la cabecera como un momento crucial de “intensificación” espiritual y económica—un término local—, organización de la sociedad civil y acercamiento a las condiciones urbanas. La narrativa de 1950 se constituyó en el imaginario tecno social tanto para las elites como para el pueblo común. Los cronistas transmitieron esta narración normativa crucial para la identidad poncitlense.

El **Capítulo V** es sobre las evaluaciones de mis interlocutores centradas en cómo el mejoramiento futuro se estaba acercando en función de las transformaciones en la alimentaciones. Diserto sobre la asociación de la dieta normal (maíz, frijol, chile; quelites, frutas silvestres, y en menor medida carne) con la *pobreza* y de la comida procesada con el *progreso* (Bimbo, Coca Cola, dulces y golosinas). En términos etnográficos, uno de los signos de cambio para la generación de mis abuelos—nacidos a finales de 1920 y entre 1930-1950—y de mis padres—nacidos alrededor entre las décadas de 1950-1960—es la posibilidad de consumir frutas y verduras de fuera, aumentar el consumo de carne, pero sobre todo lo demás, la promesa del “progreso” que arribó en Poncitlán con los alimentos procesados. Pero este futuro inesperado no anticipó la diabetes, desnutrición y obesidad que conllevó el consumo de procesados con altos niveles de azúcar y grasa.

El **Capítulo VI** es acerca de la “modernización” y el “progreso” en cuanto al aspecto de las personas, es decir, su vestimenta y maneras corporales. Las nuevas indumentarias y las maneras corporales de la “gente de antes” (calzón de manta, sombrero; vestidos sencillos, huaraches), fueron sustituidas por los poncitlenses por “estilos culturales” (Ferguson 1999) de vestimentas ligados a la

música, el imaginario radiofónico y televisivo, así como a la migración al Norte de México y los Estados Unidos. El resultado fue la emergencia de nuevas personas, sujetos quienes “progresaron” y se “modernizaron” mediante el consumo de nuevos alimentos e indumentarias. Si la teoría de la modernización pregonaba una sustitución de ropajes “tradicionales” por otros “modernos”, aquí doy prueba de la construcción de un futuro coincidente, en el cual los ropajes de antes y de ahora conviven en el presente.

Ambos capítulos IV y V suscitan una discusión sobre el surgimiento del “sujeto consumidor” como la persona apta para el mundo moderno (Sassatelli 2004; Miller 1995). A medida que las cosas (comida y vestido) circulan en el mercado son mercancías cuyo valor es de intercambio. Cuando las mercancías se consumen, entonces, se transmutan bajo sistemas de valor específicamente situados (Appadurai 1991; Kopytoff 1991). Al final, el sujeto consumidor emerge como resultado del proceso de consumo.

En el **Capítulo VII** repaso transformaciones en la experiencia del tiempo y el espacio, un punto fundamental para la discusión general de esta tesis sobre la orientación al futuro de los poncitlenses y el imaginario tecno social de la constelación de la modernización. La agricultura es un sitio etnográfico privilegiado para la observación de esas transformaciones temporales y de los intentos de la tecnociencia por controlar el clima y la naturaleza. Primero, el calendario agrícola-católico organiza los tiempos anuales en la región. Segundo, la siembra es una compleja práctica que demanda una intensa atención del clima y los ritmos temporales para el buen cuidado de los cultivos. Tercero, en la cosecha los agricultores han cimentado sus esperanzas y expectativas de mejorar en el futuro. Cuarto, la agricultura mecánica es un aspecto fundamental del imaginario tecno social de la industrialización en el periodo de 1950-1970.

Para Norbert Elias “con la creciente urbanización y comercialización, se hizo cada vez más urgente la exigencia de sincronizar el número cada vez mayor de actividades humanas y de disponer de un retículo temporal continuo y uniforme como marco común de referencia de todas las actividades humanas” (1989:65). A estas uniformidades las conceptualizo como grandes “escalas temporales” intrusivas (Redondi 2010). Mientras que en los “estadios primitivos” de la humanidad “aún están estrechamente vinculadas la producción de alimentos y las ceremonias culturales” (Elias 1989:62). A esas temporalidades entre el cultivo y la religiosidad les nombro ritmos temporales (Tsing 2015).

Resulta que esa escala temporal y los ritmos temporales (naturales-religiosos) Elias los admite como dos estadios de la evolución en la experiencia del tiempo. No obstante, según mis

investigaciones en Poncitlán, ambas temporalidades conviven en el caso de la agricultura. En especial, para los agricultores la mecanización del campo, un aspecto del imaginario tecno social de la “modernización” agrícola, supuso transformaciones en la experiencia de los ritmos y escalas temporales. La desorganización del trabajo agrícola colectivo, la individualización en la posesión de maquinaria y el cambio climático incitaron una reorganización del trabajo y los ritmos agrícolas. Sobre todo, el cambio climático fue vivido como una intensa alienación o extrañamiento de las regularidades climáticas y un desconocimiento del mundo. A pesar de estas cuestiones negativas, la maquinaria y nuevos puentes supusieron ventajas y facilidades para la siembra, cuidado de los cultivos y reducciones en el tiempo de traslado de las cosechas. En general, acaeció un mejor nivel de vida, como lo expresan mis interlocutores, pero un futuro descontrolado.

En el **Capítulo VIII** profundizo en un aspecto del imaginario y el consumo tecnológico que ya se asomaba en los capítulos anteriores, el cual ya había sido tratado en mi tesis de maestría (Díaz Ramírez 2016). Porque a pesar del mejoramiento económico, en Poncitlán hasta finales de la década de 1970 era prohibitivo para la mayoría de la población comprar un aparato técnico para uso individual. Ante este panorama respondo a la cuestión de ¿cómo hicieron los poncitlenses para acceder a las novedades técnicas costosas? La respuesta es que en esos años, entre 1950 y finales de la década 1980, los modos grupales de consumo técnico-mediático permitieron el acceso limitado de los poncitlenses a los artilugios novedosos del “futuro”, que fueron las amarras de una nueva sociabilidad poncitlense “moderna” (Latour 2012, 2008).

Así pues, registro los precios, modelos, estrategias de crédito y canales de distribución (comercios de electrodomésticos y vendedores ambulantes de fayuca³⁴) y posteriormente detallo cómo la televisión y radios públicas y colectivas se integraron a la larga tradición de esparcimientos públicos (Miquel 2015) ligada a la escala temporal agrícola-religiosa que instituía anualmente las temporalidades de trabajo y de ocio con pastorelas, fiestas patronales, quema de Judas, carnavales y cinemas ambulantes e instituidos, música de mariachi y de banda sinaloense.

Principalmente, lo que se vivió en Poncitlán fue la experiencia del surgimiento de esferas tecno sociales (Sloterdijk 2009) que forjaron la sociabilidad lúdica colectiva. Entre estas se encontraban los sonidos (sistemas de altoparlantes, amplificador y micrófono para reproducir música y mensajes), que fueron capaces de generar un estado subjetivo llamado “estar alegres”, ligado a la música y el sentido comunitario. Asimismo, las televisiones vistas a modo de cinemas se

³⁴ Contrabando introducido a México por la frontera norte del país.

insertaron en otros espacios donde se congregaban los poncitlenses para continuar con la genealogía de los cinemas ambulantes e instituidos.

Ambos, la televisión y los radios generaron espacios considerados “modernos”, por consiguiente, permitieron que las nuevas generaciones de poncitlenses crecieran en un entorno mediático que incitó su imaginación y les hizo anhelar comprar sus propias tecnologías para uso personal. Esto dio pie a un futuro paradójico en el que la generación de mis padres aspiraban a la sociabilidad tecno mediática, pero al consumir individualmente las televisiones y radios disolvieron las prácticas colectivas y públicas. Ya mi generación—nacidos entre 1980 y 2000—nos socializamos sin estas esferas auditivas de antaño y las televisiones ocuparon su lugar en la geografía doméstica del imaginario tecnológico del hogar. Sin embargo, los sonidos en los automóviles y las trocas sobrevivieron al paso del tiempo y ahora fundan la sociabilidad de jóvenes y adultos en la región.

Por último, finalizó este trabajo con las conclusiones generales y particulares. En este último tramo textual, hago énfasis en cómo experimentaron el progreso, desarrollo y modernización los miembros de distintas generaciones en Poncitlán. Asimismo, encamino mis discusión hacia nuevas rutas de investigación que fueron poco tratadas en esta tesis. Las conclusiones cierran con una brevísima reflexión que apunta a discusiones similares enfocadas en las prácticas de construir futuro, tales como las “tecnoutopías” (Mattelart 2000), “utopías” y “anti-utopías” (Krotz 2020) el “etnodesarrollo” (Nahmad 2014) y el “buen vivir” (Canqui 2011).

CAPÍTULO I ¿CÓMO RASTREAR EL PROGRESO, MODERNIZACIÓN Y DESARROLLO?

En las páginas siguientes expongo cómo realicé esta investigación. En esta tesis quiero compartir la extrañeza de mi propio mundo que experimenté al regresar a mi *terruño*. Este proceso de transformarme en antropólogo comenzó cuando planteé en 2013 mi proyecto de investigación de maestría para ingresar al programa de antropología social de la Universidad Iberoamericana. El asombro en esos años provenía del hecho de que mis abuelos asistían al cine varios días a la semana (ahora no hay cine pueblerino), contaban con altavoces que funcionaban casi como radiodifusoras; en suma, concurrían con curiosidad al arribo de cada una de las innovaciones técnicas. Consideraban superadas las penurias, la violencia y hambre de la primera mitad del siglo XX, parecían anhelar el futuro y despreocuparse por el pasado. En ese entonces no comprendía que era una predilección por el porvenir expresada en los discursos y prácticas modernizadoras.

En ese sentido, la etnografía con su énfasis en la observación atenta de los imponderables de la vida cotidiana resulta indispensable. En este caso, sin embargo, la sola dimensión sincrónica del registro etnográfico es insuficiente debido al carácter diacrónico de las transformaciones bajo la dirección del progreso, desarrollo y modernización. Imperceptiblemente, mientras consideraba el alcance de mis datos, se hizo obligatorio situar mi investigación en una etnografía diacrónica de los discursos y prácticas del imaginario tecno social en el periodo de transición de 1950-1970. Hacia allá apuntaban las memorias, imágenes y libros acerca de esta cuestión. Fijé la atención en el “contenido histórico” que pudiera extraer de las entrevistas y conversaciones con la gente de Poncitlán, con énfasis en cómo interpretan sus propias historias³⁵ (Nájera 2015:8).

Los últimos capítulos se acercan a los años contemporáneos y son también de mayor envergadura etnográfica acerca de la emergencia de la sociedad poncitlense contemporánea. Yo nací en 1987 durante los años de la crisis económica y los preludios del libre comercio. Mis memorias se inscriben en la década de 1990 e inicios de 2000, cuando las personas creían que un error en los sistemas computacionales detonaría el fin del mundo conocido. En ese sentido, incorporo a veces mis reflexiones acerca de las consecuencias de las elecciones de mis abuelos, padres y tíos, en función de que soy parte de la próxima generación de poncitlenses en quienes recae la responsabilidad de imaginar y construir el porvenir.

Uno de las principales retos metodológicos, como señala James Ferguson, consiste en “mantener un escepticismo apropiado hacia las historias de la modernización y al mismo tiempo

³⁵ “I look for historical content, but also the ways that people interpret their own stories” (Nájera 2015:8).

tomar en serio el lugar que ocupaba [la modernización] en las concepciones de mis informantes”³⁶ (Ferguson 1999: 85). Esto significa reflexionar sobre los usos y aplicaciones del “progreso”, el “desarrollo” y la “modernización” de los poncitlenses, mientras que, por otro lado, mantener una sana distancia de las distorsiones teóricas de este paradigma. Consciente de esas complicaciones, en las páginas siguientes anoto mis impresiones primeras en la línea de arranque de mi trabajo de campo, las limitaciones y alcances de ser antropólogo en casa, circunspecciones sobre la creación de datos y, por último, una reflexión crítica de la categoría de tiempo en la escritura antropológica (Fabian 2014).

I.A Una noche de siembra y eclosión

El día 12 junio de 2017 llegaba a la central camionera de Ocotlán desde la Ciudad de México, faltando pocos minutos para las 21 horas. Iba a pasar el primer mes de trabajo de campo exploratorio en Poncitlán y San Miguel Zapotitlán. Me encontraba poseído por el entusiasmo, a pesar de las diez horas de viaje. Me recibieron mi hermano Alejandro y mi tío Juan en la incansable camioneta Chevrolet de mi padre Martín Díaz. Mi padre estaba sembrando maíz híbrido en la parcela de un conocido agricultor ubicada en un potrero³⁷ al suroriente de San Miguel (le maquila la siembra como se dice entre los agricultores).

Es temporada de siembra, desde finales de mayo y hasta mediados de junio. El día doce es la víspera de la fiesta de San Antonio. Durante nuestro breve viaje hasta la parcela, mi tío Juan se asegura de generar una ambiente festivo. Si no podemos estar en la fiesta, estar en la plaza, cuando menos tendremos una porción de la algarabía dentro de nuestra burbuja técnico-auditiva. Conecta su teléfono celular al estéreo de la camioneta. Para alcanzar el estado subjetivo de “estar alegres” no hace falta tanto: una unidad de almacenamiento digital con música de banda sinaloense, un estéreo capaz de reproducir música desde el USB, con sus respectivas bocinas, así como un par de paquetes de seis cervezas Corona.

En la oscuridad de los potreros se vislumbran las lejanas luces naranjas de los poblados vecinos. Más lejos aún, los fulgores de la ciudad de Guadalajara. A unos trescientos metros de nuestra posición, avanza entre la negrura una cuadrilla de sembradores anunciando su presencia mediante los puntos luminosos de su tractor. La parcela está rodeada de cercas de piedra, las cuales

³⁶ “To be keep such appropriate scepticism toward the modernization story close to hand while at same time taking seriously the place that it occupied in the conceptions of my informants” (Ferguson 1999: 85).

³⁷ Un potrero es un área de parcelas ubicadas en contigüidad. Cada uno tiene un nombre: Barranquillas, El Hueso, La Bueyera, El Sauz.

nos valen de respaldo. Los haces de luz del tractor atraviesan de vez en vez la penumbra y el polvo, entonces son visibles lo miles de insectos revoloteando enfrente, arriba y sobre nosotros.

La sembradora los levanta de sus sueños juveniles para anunciarles la llegada de la noche nupcial. “Naturalmente” las lluvias deberían despertarlos cuando la humedad reblandece el suelo los arados apresuran esta operación. La naturaleza eclosiona fusionándose con la mecánica agrícola. Son estos insectos que atraídos por la luz del alumbrado público que se amontonan en la plaza de San Miguel durante las fiestas de junio: chicanas, los adultos del gusano nixticuil. Mientras tanto, los hombres cuentan historias de tesoros enterrados y de fantasmas aparecidos. Los incrédulos aderezan estos relatos con sus propias experiencias cuando fueron asustados por sombras de árboles y por sonidos de animales nocturnos, los cuales les jugaron una mala pasada cuando recorrían los sombríos y antiguos callejones de las parcelas. Estas pláticas se entremezclan con los episodios de vida de los hombres en las ciudades de los Estados Unidos. Relatos chuscos de las noches de bares y centros nocturnos aderezan la siembra.

En estos instantes de calmada alegría se acentuaron mis inquietudes antropológicas sobre la interdependencia en este modo de vida ligado al cultivo de los cereales (maíz y trigo principalmente). ¿Cómo se han fusionado las prácticas humanas con los ciclos de la “naturaleza”? ¿A raíz de qué se siembran variedades híbridas de maíz año con año en las tierras ejidales y privadas? ¿Por qué no cultivar maíz para comer?, ¿Cómo estos arreglos económicos son condicionantes del modo de vida de esta parte del mundo?, ¿Por qué los hombres cuentan anécdotas de experiencias en los Estados Unidos con tal naturalidad?, ¿Por qué son tan importante la música, los estéreos y las fiestas amplificadas?, ¿Cuál es el papel de la “modernización” en todo esto? Al momento de acostarme a dormir esas cuestiones se agolpeaban mi mente. Esa noche de siembra generaba una eclosión de extrañamiento.

La agricultura como la conocemos actualmente en Poncitlán es el resultado de la mezcla de prácticas antiguas (como detener los tornados y la lectura de las cabañuelas) con las nuevas prácticas estimuladas por los ingenieros extensionistas a partir de 1950 (como la siembra a precisión, la aplicación de herbicidas, las semillas híbridas). Aquí naturaleza y técnica forman un continuo. En este sitio uno se encuentra en las intersecciones de múltiples formas de vida: vacas y ganaderos; agricultores, tractores y plantas; bosques de mezquites y pastos donde las arañas tejen con rocío sus telas; capitalismo, contaminación y eclosión de vida. El paisaje ha adquirido forma gracias a la agencia de múltiples especies y artefactos a través del tiempo. Las temporalidades están marcadas por el temporal de lluvias y por el inicio de las fiestas de junio, un vínculo estrecho socio-

natural las cuales remiten a las temporalidades indígenas. En estos momentos descritos observo las múltiples transformaciones del anhelo de la modernización: la eficiencia del trabajo hecha tractor y maquinaria, el sueño del estilo de vida estadounidense rememorado en el discurso, la conjugación de la técnica con los ciclos naturales en la noche nupcial adelantada de los insectos.

La modernización, el desarrollo y el progreso son solo unas cuantas hebras más de esa trama compleja de actores. La siembra es una práctica resultante de cómo se buscaba controlar el futuro y por ello se implementaron los planes de “modernización” de la agricultura bajo el modelo de asistencia técnica a partir de la década de 1950. Una densa red de actores participó de este proceso, desde técnicos provenientes de los Estados Unidos en colaboración con empresas privadas e instituciones educativas nacionales, como la Universidad de Chapingo y la Universidad Autónoma Agraria Antonio Narro. Se junta también la relacionalidad de los moradores del campo con la naturaleza. Y, por último, actúa la naturaleza con sus caprichosos ciclos de lluvia, con las características de la tierra, con la abundancia o escasez de insectos, en pocas palabras, participa con su danza continua de eclosión y muerte.

Al final, esa complejidad se subsume en los nuevos entendimientos de los agricultores para quienes la siembra es un negocio: “Tenemos el dinero tirado en las parcelas”, es una frase recurrente. He hablado con agricultores quienes cuentan con su propia historia progresiva en donde el maíz ha sido transformado desde un fruto comestible hasta ser grano (mercancía) para la industria. En ese proceso los agricultores se han transformado a ellos mismos en un tipo nuevo de persona: de campesinos (los primeros ejidatarios) a productores (los actuales). El otro lado de la moneda es el consumo.

Si el verano es la temporada del trabajo, la época del otoño marca el momento de la temporada de la cosecha, cuando circula el dinero para comprar estéreos, pantallas planas, bocinas, ropa y muebles. En la cosecha futura pende el consumo. La última parte del año es el momento de “modernizar” la maquinaria, adquirir nuevos tractores, arados o refacciones. La cosecha es una época de algarabía, de amplificación de la subjetividad, de la esperanza en la ganancia. Igualmente, transcurre como el momento de ajustar cuentas con las deudas adquiridas durante los primeros meses del año, las mismas que han engordado a base de intereses. Los agricultores comentan con sus lacónicas frases: “A ver qué nos queda de la cosecha”. Es decir, están pensado al mediano plazo en qué beneficios obtendrán luego de pagar el crédito de semillas, maquinaria, maquilas, herbicidas, fertilizantes y demás gastos contraídos durante la siembra y cuidado de la parcela. La siembra no es un proceso estandarizado, regular, eficiente de producción de grano como habían prometido los

técnicos de la modernización; sino el encauce de decenas de agencias rebeldes. Se esfuma la confianza en la “modernización” y aparece la “precariedad” como forma de vida en cuanto el futuro es más incierto de lo que calculaban los técnicos agrícolas (Tsing 2015:20).

Al reflexionar en cada uno de estos aspectos surge la pregunta de cómo se originó esta forma de vida, quiénes son los actores responsables. Aquí se vincula el gran plan de la modernización con las prácticas de la “gente de antes”, como se les dice a los viejos de sombrero de ala ancha, calzón de manta, pistola y verdugillo³⁸, zarape y huarache. Incluso más, en estos campos reaparecen las conexiones inesperadas con esos ancestros desconocidos hablantes de la misteriosa lengua coca. Esta investigación busca explorar estos aspectos de la vida contemporánea en Poncitlán y San Miguel Zapotitlán: la transformación del maíz y el consumo de electrodomésticos, ambos aspectos entrelazados en la nebulosa de la constelación de la modernización en conjunto con las prácticas autóctonas.

I.B El inicio del viaje en Poncitlán

El lunes diez y nueve de junio de 2017 viajé en motocicleta por segunda ocasión en mi vida. Al contrario del primero el segundo viaje se tornaría en un momento significativo de mi investigación. Las calles pavimentadas recalentadas por el sol del verano estaban semivacías durante la hora de la comida en Poncitlán (entre las 14 y las 18 horas). Aclimatado al temple de la Ciudad de México, los treinta y cuatro grados Celsius me estaban dando una calurosa bienvenida a mi tierra originaria. Apenas circulaban un par de coches, apenas unas cuantas personas.

En esos momentos las tiendas comerciales cierran hasta la tarde, cuando los parroquianos aprovechan el clima más benigno para volver a la actividad callejera. Iba montado en la parte trasera de una pequeña motocicleta propiedad de Elizabeth, una amiga de mi pareja, quien accedió a presentarme a varias personas notables de Poncitlán. Luego de un trayecto de cinco minutos, arribamos a casa de la abuelita de Elizabeth, en el barrio de La Bandera Negra o de San Francisco. Entramos asoleados a la casa fresca de techo alto. Su abuela y dos de sus hijas estaban en la sobremesa. La hija mayor rondará los cincuenta años, cuarenta la menor. La madre posiblemente tiene ocho décadas vividas.

Mi guía les explicó el motivo de mi visita, “se llama Rubén, es antropólogo, está haciendo una investigación sobre la historia de Poncitlán”. Yo les aclaro: “quisiera saber cómo era antes el pueblo y cómo es ahora”. La abuela me escudriña con gesto altivo, los ojos duros. Luego de unos

³⁸ Una especie de navaja pequeña y curvada.

instantes su mirada se tornó dulce. Rápidamente ordena a una de sus hijas traerle “la libreta esa”. La libreta es el libro de J. Jesús De la Torre Navarro titulado “*Cosas de ayer y de hoy. Poncitlán*”.

La mayor me platica, “uy, todavía me acuerdo de cuando estaba empedrado. Era bonito, porque veía pasar a los lecheros que iban a ordeñar”. La abuela dice que a la Virgen la coronaron en 1950. “Pero a la Virgen la trajeron aquí en 1570 y tantos, estaba en la iglesia de Santa María, por eso unos días de la fiesta la llevan para allá”. Interviene la menor, “hay una leyenda, eran tres vírgenes, una se quedó en Guadalajara en catedral, la otra la traían, y allí en Santa María se hizo pesada y ya no se la pudieron llevar, quiso quedarse allí”. La abuela de Elizabeth agrega, “recuerdo cuando la coronaron, estaba el Arzobispo, le ponía la corona y se le caía, luego se la volvía a poner, hasta que fue a dar a los pies del padre Fernando Vargas. Él se la puso y se le quedó”.

La tía mayor me indica, “Poncitlán tiene un significado, viene de Ponzehui, así se llamaba el grupo de baile en donde estábamos”. La tía menor trabajaba en la biblioteca de Zapotlán del Rey, una ciudad al norte de Poncitlán. Me dijo que un día llegó una antropóloga oriunda de ese pueblo quien radicaba en los Estados Unidos. “Regresó nada más para saber toda la historia del pueblo”. “Ya sé con quién vayas. Ve con Raúl Arreola, pero creo que está en Wisconsin”. En ese momento, ella toma su teléfono celular y marca al número de la hija de Arreola. Me consigue una cita con ella. Por teléfono, nos recomienda acudir con doña Chelo Guerrero, con Luis Antonio Franco y con *El médico*, mejor conocido como el doctor Ramón Vargas.

Motivados por el interés y las recomendaciones, les dimos las gracias a las parientes de Elizabeth y partimos con la cara hacia el sol, listos para el nuevo viaje. Primero acudimos a la casa de Ramón Vargas. Su esposa nos atiende, sin embargo, lamenta que no podamos hablar con el médico quien está impedido por motivos de salud. Enseguida buscamos sin éxito a Chelo Guerrero en su casa. El entusiasmo de hace unos minutos se desvanecía entre la deshidratación. Por eso decidimos dejar la exploración para los días posteriores. Esto nunca sucedió: Elizabeth conseguiría un empleo de tiempo completo. Mi peregrinaje continuó a pie a lo largo de un año por las calles calurosas de Poncitlán.

Este breve relato tiene como objetivo ilustrar cómo además del cálculo del futuro, el pasado reciente se encuentra vivo en las memorias poncitlenses y además encierra unas cuantas particularidades de mi investigación acerca de las prácticas de la constelación de la modernización en Poncitlán. Primero, en los días de mi trabajo de campo las personas con quienes hablaba, al conocer mis propósitos investigativos, me despachaban con los especialistas de la memoria y de la historia: cronistas, viejitos y apasionados del pasado. Los más reconocidos son Luis Antonio Franco,

Pedro Maldonado, Raúl Martínez Arreola, Ramón Vargas y Ramón Escoto. Ellos se han visto involucrados con el negocio de la salvaguarda histórica y memorial de la ciudad. Luis Antonio ha publicado dos libros; Pedro es el cronista oficial; Raúl cuenta con un gran archivo de fotografías antiguas; Ramón, el médico, vivió más de un siglo y es reconocido por su sapiencia; Ramón, el músico y periodista, publica un semanario y editaba una revista dedicada a la vida poncitlense. En algún momento formaron un grupo de interesados en la cultura y la historia de Poncitlán. Los cronistas son hombres pasados los cincuenta años cuyos oficios les permiten dedicar un tiempo considerable a la historia y a la crónica. Hubo quien literalmente se negó a hablar conmigo de cualquier asunto: ¡para eso están los cronistas! Después me enteraría, por la maestra Olga Santiago, secretaria de educación del Ayuntamiento en esos años, que existe también un grupo de cronistas ligados a la Asociación de cronistas de Jalisco y Michoacán. Sin embargo, no pude acceder a hablar con los miembros de la Asociación.

Con la excepción de Olga Santiago, la historia escrita en Poncitlán es cosa de hombres, cuando menos en el discurso público. Afortunadamente conocí a mujeres quienes no se consideran ellas mismas cronistas, pero sí son apasionadas de la historia. También tuve la fortuna de conversar con mujeres quienes son muy visibles en la esfera pública, delegadas, profesionistas y amigas artistas.

Los libros publicados y las opiniones de los cronistas son realmente importantes para los poncitlenses como memoriales del progreso y como modelos posibles para el porvenir. En otras palabras, vinculan el pasado, presente y futuro con sus narraciones. Durante años, los interesados en conocer los acontecimientos pretéritos acudieron con los susodichos en busca de información. La memoria de mis amigos e informantes se entremezcla con los hechos publicados en los libros sobre Poncitlán. Como vimos anteriormente, doña Rosaura, testigo directo de la Coronación de la Virgen en 1950, continúa entretejiendo sus recuerdos con el libro de su paisano J. Jesús De la Torre Navarro. Esto no es una excepción sino una generalidad. Incluso los testigos directos de los acontecimientos me recomendaron leer los libros.

En San Miguel Zapotitlán, mi lugar de origen y el primer sitio en donde llevé a cabo trabajo de campo, la situación es diferente. La constante ha sido una carencia de textos escritos sobre el pasado y una nula producción de documentos sobre cualquier tema relativo a la comunidad. Hay apenas un par de líneas breves conocidas por pocas personas: una tesis de arquitectura de un miembro de la comunidad a la cual no he tenido acceso y una escueta monografía escrita por una profesora.

Una excepción es el blog del doctor Jesús Cortés oriundo de San Miguel, quien vive y trabaja en Tijuana, Baja California. En varias entradas ha publicado sus recuerdos sobre la vida en San Miguel en las décadas de 1960 y 1970. Leonor Hernández, delegada, me comentó sobre los planes de un grupo de sanmiguelenses para escribir un libro. Fortunato López Valenzuela, quien no es originario de mi pueblo, ha estado rastreando en documentos antiguos el origen del nombre de su propia localidad San Miguel Zapotitlán, Sinaloa. Buscando los “orígenes” del nombre descubrió una decena de permutas de nombre hasta el actual. En su periplo investigativo conoció de nuestro San Miguel y por extensión, recopiló un par de documentos. En conclusión, mientras que en San Miguel la investigación era más íntima gracias a la convivencia cotidiana; en cambio, en Poncitlán ejecuté una exploración etnográfica más distante.

I.C Relación entre teoría e investigación: criterios de revelación y precisión

Si la antropología social estudia la “capacidad específica de las personas de relacionarse unas con otras”, como una “(...) verdad fundamental de la existencia humana” (Strathern 2018:1-2), en esta tesis incorporo a nuestro entendimiento antropológico del tema de la “modernización” la descripción de una serie de relaciones entre “elementos heterogéneos” no-humanos, cuasi y post humanos que constituyen el andamiaje de la vida humana (Latour: 2008: 19). En Poncitlán y San Miguel Zapotitlán, como ilustré en los párrafos iniciales, a los agricultores y personas jóvenes, con sus diferencias entre hombres y mujeres, les interesan: los métodos de siembra, los estéreos, los electrodomésticos, los motores de coches, los teléfonos celulares, los santos y vírgenes, así como las películas y canciones de amor y desamor. La génesis de este estilo de vida se encuentra en el despliegue de la constelación de la modernización junto con las prácticas heredadas de otros modos de vida.

Mi tema versa sobre cómo observar en prácticas concretas esas abstracciones. Al inicio de la investigación me centré en seguir la palabra modernización. Mi planteamiento inaugural se basaba en la metodología de Debra Spitulnik ingeniería para estudiar la relación de modernidad y radio en Zambia, África. La antropóloga de los medios de comunicación masiva propone centrar la atención en los 1) “Modos de hablar sobre la modernidad”; 2) “La experiencia de la modernidad”; 3) “Las prácticas de la modernidad (la acción social, la cual incluye prácticas comunicativas que son lingüísticas y representacionales)”, 4) “Proyectos de modernidad (ideológicos y de época)”³⁹

³⁹ “Ways of talking about modernity (linguistic)”. “Experiences of modernity (phenomenological). Practices of modernity (social action, which includes communicative practices that are linguistic and representational)”. “Projects of modernity (ideological, and even epochal)” (Spitulnik 1998:64).

(Spitulnik 1998:64). Lo anterior puede desdoblarse de la siguiente manera: ¿Cómo hablan las personas sobre la modernidad?, ¿cómo es la experiencia de la modernidad?, ¿cuáles son las prácticas consideradas modernas? Y por último, ¿cuál es la relación de esas prácticas, discursos y experiencias con los planes estatales y las ideologías de la modernización?

Decidí evadir las preguntas directas sobre el tema y más bien busqué observar en qué momentos mis interlocutores exteriorizaban la palabra. Esta no es una estrategia de empirismo ingenuo, pues en todo momento esperaba respuestas acerca del estado de las transformaciones en donde intervinieran los términos de la constelación: “progreso”, “modernidad”, “modernización”, “desarrollo”. En cambio, deseaba evitar dirigir las respuestas hacia un tipo de cambio en particular: social, técnico, material, económico, etc. Junto al vocablo modernización aparecían otras palabras como “salir adelante”, “irse para arriba”, “levantarse”, “progreso”, “desarrollo”. Igualmente, observé con acuciosidad las prácticas relacionadas con esas palabras.

La metáfora de la madeja de hilos es ilustrativa al respecto. La modernización es como la bola enredada de múltiples hilos, cada hebra es una categoría enmarañada con las demás. Encontraba con relativa frecuencia enhebrada la trinidad de términos de progreso, modernización y desarrollo, junto con sus sinónimos locales. A esto último he nombrado constelación de la modernización o constelación moderna: la serie de transformaciones y relaciones entre estos términos se encadena con prácticas que buscaban “progresar”, “modernizar” y “desarrollar” a la sociedad.

En las décadas de 1950-1960 el progreso se alcanzaba mediante la modernización. Entre 1960 y 1970, aproximadamente, el desarrollo se inmiscuye como el plan detrás de la modernización económica. Luego de esas sucesivas transformaciones, en la actualidad, los teóricos de las instituciones internacionales y nacionales quieren volver “sustentable” al desarrollo. Lo vigente, tanto para el caso de México como para el mundo, es la exigencia que se le hace a las “tecnologías”. Se les suplica e impreca que se conviertan en actores para progresar, modernizar o desarrollar a las sociedades. Asimismo, impera la exigencia por transformar el modo de vida de las personas a imitación de los “modernos” países “desarrollados” cuya conducta se inclina al consumo tecnológico, supuestamente. El pasaje de incorporación al mundo “moderno” es la semejanza supuesta entre los imitados y los imitadores. Si bien cada uno de los tres conceptos esta constelación tiene su definición particular y puntualiza fenómenos delimitados, no obstante, prefiero describir cómo los actores establecen sus fronteras y combinaciones.

¿Quiénes son esos actores?, ¿cómo los elegí? Básicamente, los actores son quienes me salían al encuentro durante mi trabajo de campo, resultado de recomendaciones y fruto de encuentros fortuitos. El indicador más preciso para centrar mi atención consistió en leer, mirar, o hacer algo en donde aparecieran los vocablos progreso, modernización, desarrollo y sus variantes locales.

Aprendí acerca de Poncitlán con comerciantes, hombres en su mayoría. La cuestión de género es clara: un hombre joven cuando conversa con una mujer a solas no es “bien visto”. En las descripciones me esfuerzo por subsanar esta disparidad enfocándome en la perspectiva de las mujeres. En términos generales, cerca del 70 por ciento de mis interlocutores son hombres. Las edades de mis interlocutores—hombres y mujeres—se encuentran dentro de un rango de los cincuenta hasta los ochenta años. Serán menos mis informantes de cuarenta a los veinte años. Al contrario, mi contacto con los jóvenes menores de veinte se reduce a pláticas con un grupo de cinco o seis durante mi asistencia a un taller de pintura en el Centro Cultural Ramón Vargas de Poncitlán. Los actores de mi investigación no solo son personas de Poncitlán. También considero como actores a las académicas y académicos quienes trataron el tema del progreso, la modernización y el desarrollo en sus textos. Lo mismo considero actores a ciertos entes considerados no-humanos: las infraestructuras, los reproductores de sonido, el río Santiago, la Virgen del Rosario, entre otros.

Entablé amistad con técnicos de reparación de aparatos (un técnico en electrónica y un técnico en reparación de lavadoras y refrigeradores) y con un vendedor de objetos de segunda mano. Su entendimiento de las cosas, de las fallas técnicas, es primordial para revelar las sutilezas de la vida cotidiana enlazada con el desempeño técnico. Cuando un aparato se descompone deja ver las inscripciones materializadas por los ingenieros en sus circuitos, a la vista qué tipo de operaciones humanas son necesarias para echarlos a andar de nuevo: “(...) Incluso objetos que hace un minuto parecían ser totalmente automáticos, autónomos y exentos de agentes humanos, ahora están compuestos por multitudes de humanos que se mueven con frenesí (...)” (Latour 2005: 119). David Nye sostiene que reflexionar acerca de una herramienta exige una narrativa, “(...) Parece ser que contar historias y hacer herramientas evolucionaron simbióticamente (...)”⁴⁰ (2006: 5).

Mi acción en las calles tiene su correlato con mi seguimiento de páginas de Facebook de San Miguel, Tecualtitán, Mezcala de la Asunción, Santa Cruz el Grande y Poncitlán (localidades del

⁴⁰ “To explain what a tool is and how to use it seems to demand narrative... It seems more likely that storytelling and toolmaking evolved symbiotically, analogous to the way that oral performances are inseparable from gestures and mimicry” (Nye 2006: 5).

municipio). En ese sentido es que puedo considerar que este trabajo es un tipo de “etnografía digital” en términos del equipo de Sarah Pink, Heather Horst, John Postill, Larissa Hjorth, Tania Lewis y Jo Tacchi (2016). El énfasis de este tipo de investigación es averiguar cómo lo digital (lo que funciona con base a un código binario y ordenadores de algún tipo) se vuelve parte indisoluble de la vida cotidiana. En el Capítulo IX esta cuestión es más clara con las páginas de pueblos en Facebook que buscan retomar la consciencia de la sociedad civil y en ocasiones se vuelven espacios de discusión sobre los futuros posibles. Porque, de hecho, resulta ya tan común, tan fluidos los intercambios entre lo digital y lo no digital, que en la descripción etnográfica cito sin distinciones los casos recopilados en páginas de Facebook, blogs, canales de YouTube, como lo hacen mis paisanos en sus alocuciones cotidianas. Además, realicé entrevistas formales o informales por Messenger, WhatsApp o E-Mail, sin que esto supusiera ningún compromiso distintivo en el resultado de esos datos. Evidentemente, estas informaciones están contrastadas. Y por supuesto que el tema central de la tesis no es internet⁴¹, pero ya la realidad es inentendible sin este continuum *online-offline*.

San Miguel cuenta con una página de Facebook, la cual funciona para sus usuarios como un pueblo paralelo. Poncitlán, en cambio, abunda con páginas de negocios, ostentando su importancia comercial. Navegaba en estas páginas por medio de mi perfil personal. Recolecté capturas de pantalla de entrevistas realizadas por el chat de Messenger, así como de publicaciones que me interesaron, que fueran públicas. En cuanto al registro de las entrevistas informales y las conversaciones callejeras, me valía de la memoria. Inmediatamente después de esas conversaciones tomaba notas en el teléfono celular fuera de la vista de mis interlocutores. Esta operación buscaba reducir la irrupción en la atención de las personas cuando platicaban conmigo. La experiencia me enseñó a guardar la libreta de notas para después de las entrevistas y conversaciones.

En resumen: he realizado seis estancias de trabajo de campo, cada una con una duración de dos meses, abarcando el periodo 2017-2019. En 2015 investigué, durante dos meses, las transformaciones en las prácticas de sociabilidad y socialización en San Miguel Zapotitlán, para mi tesis de maestría. Me he valido de esa información en esta tesis. En total, sumo catorce meses de trabajo de campo efectivo hasta marzo de 2019 cuando regresé a la Ciudad de México. Como resultado de la investigación de doctorado, cuento con la cantidad de ochenta entrevistas. La calidad y la duración de las entrevistas es variable, entre charlas de quince minutos, hasta pláticas de un par de horas cubriendo diversos tópicos. Cuando ha sido viable, registré en audio entrevistas de entre cuarenta y sesenta minutos y el resultado son veinte grabaciones.

⁴¹Para una cuestión a detalle ver mi tesis de maestría Díaz Ramírez (2016).

El contenido es, por lo general, sobre el carácter del cambio. Mi pregunta inaugural es ¿cómo era el pueblo antes y cómo es ahora? Esta cuestión tan abierta permite a los respondientes iniciar sus repuestas y proseguir hacia cuestiones significativas para ellos. En sus contestaciones empecé a notar el uso espontáneo de las palabras “progreso” y “modernización” y de cómo los relatos implican transformaciones en la vida material y la presencia de nuevas tecnologías.

I.C.1 Limitaciones y facilidades de un antropólogo en casa

La condición personal de este trabajo de campo consistió en mi regreso a la localidad en donde viví hasta los veinte años. Realizar antropología en casa implica una serie de facilidades y dificultades. Me permito hablar un momento de mi historial de relaciones para comprender cómo es la interacción con las personas quienes comparten conmigo sus relatos, anécdotas y vidas. Esta descripción servirá para presentar cómo la constelación de la “modernización” genera mundos distintos para mi generación, así como para las generaciones anteriores.

Nací en una familia de ejidatarios. Mi abuelo es una persona de “respeto”, porque ocupó cargos como autoridad ejidal, defendió el ejido y me transmitió un sentido de pertenencia a la tierra. Mi padre también es un miembro respetado de la comunidad y reputado agricultor. De él aprendí, entre otras cosas, que el mantenimiento de las máquinas es uno de los problemas fundamentales de la vida agrícola. En los primeros años del siglo XXI decidí formar una banda de punk rock con amigos (otros hijos y nietos de personas reconocidas) imitando a las bandas norteamericanas de rock. La televisión satelital iniciaba su despegue al inicio del nuevo siglo, lo mismo la internet, nuestros modelos eran las bandas de rock de la costa oeste de Estados Unidos (Rancid, NOFX, Green Day). Nos creíamos “modernos”, en comparación con quienes escuchaban música de banda sinaloense.

La reacción de la opinión pública contra nosotros fue casi unánime; nos calificaron de satánicos, drogadictos, amanerados y buenos para nada. Nuestra música era considerada ruido y nuestra apariencia ruido visual (ver segunda parte del Capítulo VI). Sin embargo, no me quejo de “cómo la sociedad aprisionaba con sus normas anticuadas la identidad de mis amigos”. Al contrario, sostengo la opinión de que nosotros éramos una versión B de esa misma sociedad: una tecnosociedad con una perspectiva en el futuro, en los aparatos tecnológicos norteamericanos, en la música a volúmenes altos y en la superación del pasado por medio de la técnica “moderna”. En ese sentido, mi investigación tiene un carácter de aprendizaje, redescubrimiento y remembranza: incita a reaprender cómo imitamos modelos “modernizantes” para separarnos del pasado. Las copias

nunca son exactas y los resultados distintivos de nuestras imitaciones aparecen como parte de la heterogeneidad de las prácticas.

Al regresar a mi pueblo mis entrevistados debían reubicarme en las coordenadas de la comunidad. Ya no me presento como el adolescente de pelo largo, alborotador de la tranquilidad auditiva, sino como un serio estudiante de antropología social con ganas de conocer la historia, el pensamiento y el modo de vida actuales. En mi caso, me he amoldado a uno de los roles preestablecidos más comunes: soy clasificable como uno de los migrantes quienes viajan a otras ciudades (por lo general a los Estados Unidos) y vuelven a su pueblo. Tal vez ahora me verán con una suerte de historiador intratable (porque antropólogo todavía les suena a mis interlocutores como arqueólogo). A partir de ello, ¿cuáles son mis facilidades y limitaciones?

Mi posición como nieto de ejidatarios me facilitó el acceso al mundo íntimo de la agricultura. Esa misma afinidad con los ejidatarios hace que los opositores del ejido hablen con cautela en mi presencia. Si bien he hablado con gente del campo, como son ejidatarios, jornaleros e ingenieros agrónomos, debo reconocer un hecho: mi entendimiento de la agricultura está influido por los pensamientos y prácticas de mi padre, mi tío y mi abuelo. Por años trabajé en el campo como jornalero, y en los últimos tiempos estaba aprendiendo el oficio de conductor de tractor. Esto no es necesariamente un problema grave, pero sí una anteojera al momento de emitir mis juicios sobre el desenvolvimiento de la agricultura.

En el caso de Poncitlán, la cabecera municipal, mi acercamiento está condicionado por ser habitante de la periferia. Me trasladaba a diario hacia Poncitlán en el único servicio de transporte público: los camiones de segunda clase de La Ciénega. Es decir, me encontraba en la posición de cualquier obrero o visitante quien acude por cuestiones particulares a la cabecera municipal y regresa indefectiblemente a su rancho al caer la noche, justo antes del último camión de las 21 horas. Con algunos comerciantes famosos de Poncitlán nunca fui capaz de establecer un diálogo, debido a mis orígenes en una familia humilde de las rancherías. Estos comerciantes han sido pioneros en la compra y venta de electrodomésticos “modernos”.

Por último, requiero hablar de mi incursión en la comunidad, perteneciente al municipio de Poncitlán, de San Pedro Itzicán, en la ribera norte de la Laguna de Chapala. El trabajo de campo en la Ribera no estaba contemplado en el proyecto inicial. El contacto sucedió así, en Poncitlán conocí a Ernestina Orozco, quien fungía como encargada del Colegio de Bachilleres del Estado de Jalisco (COBAEJ) en San Pedro. Conversamos sobre la posibilidad de impartir una charla sobre mi trayectoria educativa. Ernestina buscaba mostrarme ante sus alumnos como un ejemplo de

superación personal del municipio de Poncitlán. Accedí a llevar a cabo una presentación sobre mi trayectoria profesional, que realicé el 1 de marzo de 2018. Ella notó cómo sus alumnos disfrutaron la charla y se motivaron. Mi sentido etnográfico me alertó sobre una oportunidad de conocer mejor esa localidad. Algunas personas de la cabecera consideran a los de San Pedro como “indios”. Esta es una complicada cuestión identitaria, ya que, en aquella comunidad, como en Mezcala, hay quienes se adscriben como indígenas, mientras que otras personas rechazan este epíteto.

Entonces, en San Pedro impartí un taller experimental durante el segundo semestre de 2018 a tres grupos de alumnos de la preparatoria. Ernestina me propuso trabajar sobre los temas de la construcción de la identidad y el rescate de “las raíces” y los “valores” propios de los jóvenes de San Pedro. Hablamos con los alumnos, básicamente, sobre qué significaba ser joven y vivir en aquella localidad ribereña. Realizamos un taller de fotografía con teléfonos celulares. En ocasiones aprovechaba los temas de la clase para preguntar sobre la vida de la localidad y los gustos de consumo musical de las chicas y chicos. Desafortunadamente, Ernestina dejó su puesto encargada de COBAEJ. Después de cerca de cuatro meses, entre el 12 de septiembre y el 17 de diciembre de 2018, se acabó esta experiencia.

Aprendí mucho de esa corta experiencia y generé vínculos de confianza con mis alumnas y alumnos. También de ellos aprendí sobre la histórica relación de subordinación entre San Pedro y Poncitlán basada en la supuesta diferencia étnica entre indígenas de la ribera y alteños comerciantes “blancos” de la cabecera municipal. Esta relación se traduce en una hostilidad en San Pedro hacia los extraños, un espejo de la discriminación hacia estas personas por parte de algunos poncitlenses. Este tema es una constante en diversas regiones de México a causa del historial de relaciones tensas entre “indígenas” y no-indígenas.

En su momento elaboraré con mayor detenimiento este aspecto de las relaciones en Poncitlán porque se acomodan en diversos autores en la escala de clasificación de lo moderno versus lo atrasado. Desde hace unos años, una proporción elevada de jóvenes de San Pedro sufren de problemas renales. Esto ha llamado la atención de algunos investigadores de la Universidad de Guadalajara quienes proponen una serie de causas para esta epidemia. Entre ellas, el consumo de pescado contaminado de la Laguna de Chapala, la mala calidad del agua potable, el estilo de vida, entre otros. Siguen surgiendo un mar de especulaciones al respecto. Posiblemente en esta historia se entrelazan los antiguos disquisiciones sobre los indígenas como no-modernos. Este tema importante es tangencial al argumento principal, pero tiene presencia a lo largo de la tesis.

I.C.2 Los sonidos de la constelación de la modernización

Una mención aparte merece el tema de los sonidos y la música. El haber aprendido a tocar música me volvió atento a la sonoridad de las esferas de sociabilidad. No tardé demasiado en escuchar historias sobre las peleas entre los amantes del rock y los de la música nortea, sobre los sonidos (altoparlantes conectados a un amplificador por donde se anunciaban los comerciantes y se reproducía música), así como tampoco me resultó difícil encontrar obras sobre la importancia del sonido para la génesis del mundo “moderno”⁴². Murray Schafer, el reputado padre de los estudios de paisajes sonoros, inició sus estudios en el sonido como una respuesta a ese mundo: “El paisaje sonoro moderno ha estimulado el apetito por el ruido”⁴³(1992:9).

La amplificación técnica del sonido es una de las prácticas distintivas de nuestro mundo contemporáneo. Su despliegue apenas ha sido explorado en las humanidades y en las ciencias sociales. En esta tesis, la amplificación juega un rol sustancial como la escala normativa en donde se modulan las prácticas individuales y grupales, públicas y privadas—como veremos en un capítulo posterior⁴⁴. La vida moderna “ha [n] exigido niveles más altos de sonido en la música y las actividades recreativas”⁴⁵ (1992:10). En nuestros términos, la amplificación del sonido es inherente a cómo se practica la sociabilidad en Poncitlán y San Miguel Zapotitlán. Ya lo dije anteriormente, nosotros y nuestros padres somos hijos de la técnica: adoramos nuestros amplificadores y nuestras bocinas.

I.C.3 El hallazgo documental como evento antropológico

Unir las diversas piezas de información en un relato coherente es un problema señalado por Spitulnik (1998) quien bregó con esas dificultades. La solución de esta autora se sostiene en el “método conjetural” (utilizado ampliamente en la antropología, aunque pocas veces explicitado) del historiador Carlo Ginzburg: “En la mayoría de los casos, la evidencia no está disponible en un solo lugar o en un solo tipo de fuente” (1980 citado en Spitulnik 1998:64). Es ineludible buscar y rebuscar en sitios insospechados, así como es vital indagar en medios inesperados. En mi caso, la información la encontré en entrevistas semiformales, informales, observaciones, sonidos, aparatos electrónicos, lecturas antiguas, periódicos, carteles, fotografías e imágenes. Cada uno de los cuales es un indicador para el investigador hacia otras fuentes insospechadas. Ayudan a rastrear el

⁴² Consúltese, por ejemplo, el excelente título de Emily Thompson (2002).

⁴³ “The modern soundscape has stimulated an appetite for noise” (Schafer 1992:9).

⁴⁴ Excepciones son la tesis de doctorado de Johannes Mulder (2013) y las clases de Gilbert Simondon (2016), el filósofo francés de la técnica en la década de 1970, en especial la lección “Amplificación moduladora” (Simondon 2016:149-154).

⁴⁵ “Higher levels of sound have been demanded in music and recreational activities” (Schafer 1992:10).

encadenamiento de “elementos heterogéneos” (Latour 2008:19), los cuales conforman las prácticas y discursos de la constelación de la modernización en su edificación como inevitable.

En este negocio las fuentes y los datos pueden surgir en contextos y situaciones inesperadas: “Por lo tanto, si un observador es fiel a la dirección sugerida por este desborde, será alejado desde cualquier interacción hacia otros lugares, otros momentos y otras agencias que parecen haberlas moldeado” (Latour 2005:239). Lo mismo he recorrido los archivos y las bibliotecas así como he visitado ciudades cercanas en busca de pistas y rastros de las prácticas la constelación de la modernización. Traté de recopilar información estadística accediendo a archivos históricos, libros, publicidad de la época, revistas y hemerotecas—principalmente la valiosísima hemeroteca en línea del periódico tapatío *El Informador*⁴⁶, lo cual se convirtió en otra fuente valiosa de datos cualitativos. En 2017 revisé los documentos sobre las dotaciones ejidales de Poncitlán y San Miguel Zapotitlán en el Archivo Agrario Nacional en la Ciudad de México. Además, en el 2018 acudí al Archivo Histórico de Guadalajara y a los archivos históricos de la Biblioteca Juan José Arreola en la capital de Jalisco.

Este método recalca el carácter del descubrimiento. Por ejemplo, en marzo acudí a la casa de la cultura Profesora Emilia Castellanos, ubicada en San Miguel Zapotitlán, con la intención de conocer el nuevo taller de grabado patrocinado por la organización civil de pintores jaliscienses *Rutas Plásticas*. Por curiosidad me acerqué a los estantes de libros y tomé uno sobre el Occidente de México editado por la Universidad de Guadalajara. Al abrir sus páginas al azar me encontré con un par de párrafos en donde el autor departía sobre Agustín Yáñez (1904-1980), quien fungió como gobernador de 1953 a 1959. Nuestro personaje escribió algunas de las páginas laureadas de la literatura mexicana. El gobernador ambientó dos de sus novelas justo en las regiones de Jalisco en donde planeó dos grandes proyectos de “progreso” y “modernización” económica: *Al filo del agua* (1947) está inspirada en Los Altos de Jalisco y *La tierra pródiga* (1960) en la Costa Sur. En sus discursos de campaña para gobernador de Jalisco propagaba la esperanza por el progreso.

Yáñez participó en la fe por la técnica característica del pensamiento modernizante. Entre su actividad progresista ayudó a esbozar la educación secundaria por televisión en México cuando fungió como secretario de la Secretaría de Educación Pública (SEP). A partir de 1932 Yáñez amistó con el ingeniero Guillermo González Camarena (1917-1965) (Chimal 2017:27), inventor pionero de uno de los primeros sistemas de televisión a color (SBS, por sus siglas en inglés *simplified bicolor system*) (Murray 2018 :234). A partir de ello se abre ante el investigador un claro rebotante de posibilidades. Rebuscando en internet sobre esta relación inesperada, encontré informes acerca de

⁴⁶ Hemeroteca de *El Informador*. Consultado de: <http://hemeroteca.informador.com.mx/>

la radio y la televisión educativa en México. Los informes fueron enviados por José Garza y de Gárate, experto del Instituto Latinoamericano de Cinematografía Educativa, al director de la UNESCO en la década de 1960. Este descubrimiento fortuito me permitió detallar este encadenamiento en donde se despliegan la educación gratuita, el Estado mexicano, la televisión, un gobernador escritor y un delegado de las instituciones internacionales quienes son movilizados en aras del “desarrollo”⁴⁷.

Unos meses atrás, cuando pintábamos el mismo edificio, estuvimos a punto de tirar a la basura unas hojas amarillentas. Resultaron ser parte de un curso por correspondencia para radiotécnicos. Supe gracias a una entrevista en Poncitlán que Juan Durán, quien es reputado como el primer radiotécnico de la cabecera, aprendió su oficio de un curso por correspondencia similar al encontrado en la basura, en concreto un curso de *Hemphill School*. ¡Cuántos más como él han sido parte de la introducción de tecnologías en las localidades de México! ¿Cuál ha sido el papel de los cursos por correspondencia en la educación técnica de los hombres de vanguardia del país?

Tanto Yáñez como los cursos por correspondencia estaban unidos por el hilo invisible del progreso técnico de las décadas de 1950 y 1960. Las relaciones inesperadas las descubrí leyendo documentos sin relación aparente con mi tema, y luego tejiendo estos sucesos en una narración informada por la teoría del actor-red. En ese sentido, considero a esos documentos como un cuasi-objeto o cuasi-sujeto: describen a la “modernización” y el “progreso” como una mezcla de discurso, lazo social, técnica y naturaleza. Como apunta Latour, “no bien seguimos de cerca algún cuasi-objeto, se nos aparece a veces como cosa, a veces como relato, a veces como lazo social, sin reducirse jamás a un simple ente” (Latour 2012: 131). Los documentos se desplegaron como puntos de partida para enviar al investigador a un viaje al pasado o al futuro de la constelación de la modernización.

I.C.4 El uso de las imágenes como documento para rastrear asociaciones

Las imágenes presentan al investigador, con seguridad, una de las fuentes inestimables para el estudio de los imaginarios del futuro. En antropología, Alfred Gell (2016) consiguió crear una teoría de las imágenes como extensiones de la agencia de las personas. Karen Strassler (2010) analizó cómo la fotografía popular en Java, Indonesia, materializa los sueños de la modernización y las tensiones de la ciudadanía indochina con el estado nación. Estos trabajos y otros encaminan sus

⁴⁷ “Instituto Latinoamericano de Cinematografía Educativa. Informe. 20 de junio de 1967”. Consultado de la página del Repositorio Digital. Comisión Económica para América Latina y el Caribe: https://repositorio.cepal.org/discover?rpp=20&page=1292&query=mexico&group_by=none&etal=0

reflexiones al hecho de que las imágenes son constitutivas del modo de vida de las personas en las sociedades pasadas y contemporáneas. Más allá de ser simples representaciones de la realidad, las imágenes construyen personas, sociabilidades y relacionalidad con el mundo. QUIZÁ AQUÍ LO DE RUBÉN GALLO.

En el caso de esta tesis, me interesa mostrar las transformaciones, en ocasiones sutiles, de los ropajes, los edificios, las personas desde 1950 y hasta la fecha, ya que las descripciones de las maneras corporales y la ropa que vocalizan mis interlocutores, aunque muy vivas en ocasiones, omiten detalles que podrían ser realizados por las imágenes. Aclaro, esto no es una pretensión de que la verdad verdadera del pasado sea solo accesible porque las imágenes son una representación más exacta de la realidad; más bien, sostengo sencillamente que “las imágenes nos permiten ‘imaginar’ el pasado de un modo más vivo” (Burke 2005 17). El uso documental de las imágenes encierra distintos problemas epistemológicos, teóricos y metodológicos,⁴⁸ que pueden ser salvados si se identifican “las circunstancias concretas en las que se produjo el encargo de la imagen y su contexto material: en otras palabras, el escenario físico en el que se pretendía originariamente que fuera contemplada” (Burke 2005: 227). Las imágenes que presento provienen en su mayoría de dos archivos distintos, los cuales constituyen diferentes acercamientos a la comprensión de las imágenes.

El primer archivo es el periódico *El Informativo*, editado por Ramón Escoto. Semanalmente, este periódico poncitlense publica en la sección llamada *La foto del recuerdo* alguna imagen del pasado de Poncitlán; provenientes del archivo personal de Luis Antonio Franco Acosta. Algunas de esas digitalizaciones de fotografías están firmadas por “Delgadillo”, fotógrafo, quien vivió en la cabecera y captó escenas relacionadas con personajes influyentes de la vida pública, como los presidentes municipales y reconocidos comerciantes. De este modo, estas fotos pueden ser consideradas “formas en que ciertos grupos sociales prominentes se veían a sí mismos” (Burke 2005: 39). Aun así, no se sabe con certeza si estas fotografías fueron encargadas por los personajes retratados o si el fotógrafo las tomaba y posteriormente las vendía, o si solamente las resguardaba en su estudio como documentos. En los siglos XX y XXI el periódico y Franco Acosta las han resignificado como parte del repertorio memorial de Poncitlán.

La segunda fuente son imágenes de archivos personales de mi familia. Al contrario de las fotografías públicas anteriores, las fotografías de familia son producidas para resguardar memorias privadas. En ocasiones ni siquiera circulan entre los miembros de la parentela y solamente son

⁴⁸ Para un tratamiento extenso de esos problemas, ver la obra de Burke (2005).

accesibles para el círculo cercano de familiares. Para sujetar estos momentos familiares se requerían, obviamente, cámaras fotográficas, difíciles de adquirir. Algunas de estas cámaras provenían de Estados Unidos, pero también los fotógrafos de profesión de la cabecera realizaban este tipo de retratos familiares a pedido de las personas. En esta ocasión he sacado de los cajones personales estas imágenes con el objeto de enmarcarlas junto con las imágenes públicas, para generar una serie donde se reflejen las transformaciones poncitlenses a través de los años.

I.D La reflexividad antropológica de la categoría tiempo-espacio

Para cerrar este capítulo desgloso una de las tantas críticas que se han hecho a la práctica etnográfica a partir del *giro reflexivo*. Es irrenunciable este sendero crítico porque los términos del imaginario tecno social (progreso, desarrollo, modernización) son categorías temporales y porque la práctica antropológica pende del tiempo como casi cualquier actividad humana. Mi reflexión se encamina pues a problematizar esta dimensión general en mi práctica antropológica personal antes de proceder directamente a la descripción sustancial de la experiencia vital del tiempo y el espacio de los poncitlenses.

La categoría de tiempo ha sido discutida por ciertos seguidores de Michel Foucault como un aspecto de la antropología como institución que produce conocimiento/poder (Fabian 2014, Vargas Cetina 2007). Principalmente, Johannes Fabian sostiene que los antropólogos usan la categoría de “tiempo” como recurso retórico para “crear distancia” con el Otro en la escritura etnográfica (2014 :28). Para detallar algunos de estos usos del tiempo Fabian implementa las categorías de 1) “tiempo físico”; 2) “tiempo mundano”, 3) “tiempo tipológico” y 4) “tiempo intersubjetivo”. Sus implicaciones son las siguientes: 1) El “tiempo físico” se corresponde con el tiempo “objetivo” o “neutral”. Para ejemplificar habla de las técnicas de datación como el carbono 14 que sirven para establecer escalas temporales aparentemente libres de “variación cultural”. 2) El “tiempo mundano” refiere a una relación discursiva con los grandes acontecimientos del mundo, por ejemplo, la Época Dorada o la Era de las Grandes Civilizaciones (Fabian 2014:22). 3) El “tiempo tipológico” es considerablemente el recurso con mayor presencia en la teoría de la modernización, progreso y desarrollo. Permítaseme citarlo en extenso:

Señala un uso del Tiempo que se mide, no como tiempo transcurrido, ni por referencia a puntos en una escala (lineal), sino en términos de eventos socioculturales significativos o, más precisamente, intervalos entre tales eventos. El Tiempo Tipológico subraya calificaciones tales como pre alfabetizado versus alfabetizado, tradicional vs. moderno,

campesino vs. industrial, y una serie de permutaciones que incluyen pares como tribal vs. feudal, rural vs. urbano⁴⁹ (Fabian 2014: 23).

4) El “tiempo subjetivo” es la aceptación reflexiva de dos premisas. Primero, el tiempo es una “dimensión” de la “actividad humana” más allá de constituirse solo en una “medición”⁵⁰. Por lo cual, la producción académica requiere una reflexión sobre los usos del tiempo en la praxis antropológica, además de inquirir en las experiencias temporales en la vida cotidiana de los interlocutores e informantes. Segundo, a medida que se entiende lo anterior, una parte de la reflexión antropológica se despliega como una esfera intersubjetiva o comunicativa donde convergen esas manipulaciones temporales.

En los capítulos siguientes criticaré puntualmente ideas preconcebidas del cambio que descansan en la concepción del tiempo tipológico. En Capítulo V y VI, por ejemplo, aludo a cómo las transformaciones en la comida y la vestimenta no representan nuevos “estadios” en la sociedad poncitlense; los alimentos “urbanos” no sustituyeron a los “rurales”, ni las vestimentas “tradicionales” fueron reemplazadas por indumentarias “modernas”. Más que representar tipologías de sociedades que se suceden unas a otras en el discurrir del tiempo, esos términos son entendibles como categorías sociales que usan los actores para relatar su experiencia vital, es decir, son elementos de un imaginario del mejoramiento y de las expectativas del futuro de los poncitlenses. De esto inquiera la cuarta categoría planteada por Fabian.

Soy consciente también de cómo uso los recursos temporales en esta tesis, he construido una convergencia temporal del periodo 1950-1970 y me sirvo de la historia y el pasado para analizar someter mi perspectiva como originario de Poncitlán a un extrañamiento. En primer lugar, remito constantemente al periodo 1950-1970, un periodo de transición hacia el “progreso”, “desarrollo” y “modernización” de acuerdo con mis interlocutores. 1950 es recordado como el año de la Pontificia Coronación de la Virgen del Rosario y la construcción de un sistema de agua potable en la cabecera (Capítulo IV).

⁴⁹ “It signals a use of Time which is measured, not as time elapsed, nor by reference to points on a (linear) scale, but in terms of socio culturally meaningful events or, more precisely, intervals between such events. Typological Time underlines such qualifications as preliterate vs. literate, traditional vs. modern, peasant vs. industrial, and a host of permutations which include pairs such as tribal vs. feudal, rural vs. urban” (Fabian 2014: 23).

⁵⁰ Se podría alegar, a la luz de la historia de la categoría de tiempo y de las técnicas, que el “tiempo” “objetivo” es inexistente sin la medición a través de dispositivos técnicos. Por ejemplo, Robert Levine indica que “la tradición de contar por medio de los relojes de la naturaleza se remonta a los comienzos de la historia” (2005:92). Pietro Redondi expone la relevancia de los mecanismos de medida, empezando por los relojes de los monasterios y el “documento más antiguo que se conoce sobre el uso del reloj mecánico en Europa es el gran tratado de liturgia *Rationale Divinorum Officiorum* de 1284” (2010:77). Como argumenta Martin Heidegger “la función del tiempo en la física es posibilitar la medición” (2009:25).

La elección de ese periodo, además, proviene de mi predilección, orientación teórica y límites materiales de esta investigación. En mi trabajo de campo conversé mayoritariamente con informantes e interlocutores quienes nacieron unos años antes de 1950 o durante las dos décadas posteriores. Ellos recuerdan “los cincuenta” y “los sesenta” como escenarios de vívidas y rápidas transformaciones de su entorno. Esas fechas coinciden también con el discurso famoso de Truman (1949), la Guerra Fría y el “milagro mexicano” (nótese cada una de estas categorías del “tiempo mundano”). Todo indica que hay una convergencia temporal que me sirve como un recurso para organizar mis materiales etnográficos.

En segundo lugar, el examinar el modo de vida de los poncitlenses en el pasado tiene ciertas ventajas para un “antropólogo en casa”. El pasado como otredad es una cuestión harto conocida para los historiadores. Aquí he accedido a un punto de vista satelital sobre Poncitlán desde la posición de alejamiento que me otorga mirar al pasado de las localidades, ya sea al adquirir el punto de vista de mis interlocutores o desde mi propia perspectiva. Esta sensación de conseguir precisión por alejamiento temporal es el segundo recurso del que me valgo para conseguir mis propósitos.

Al final, sé que mis elecciones se reflejan en la opción de ambos recursos—la convergencia temporal y la otredad por alejamiento temporal—lo cual orienta los resultados de este trabajo. Para avanzar en esta crítica reflexiva hace falta mencionar una última problemática con relación al tiempo, en concreto, cómo el tiempo tipológico está relacionado con el espacio. Lo anterior significa que algunos antropólogos al considerar una sociedad tipológicamente como “primitiva” o “subdesarrollada” clasifican arbitrariamente a las localidades como si fueran especímenes del pasado. Las palabras del británico Edward Burnett Tylor son una clara exposición de este modelo comparativo que se basa en el tiempo tipológico:

Las tribus bárbaras y salvajes, a menudo o más o menos bastante, representan las etapas de cultura a través de la cual, nuestros antepasados pasaron hace mucho tiempo, y sus costumbres y leyes a menudo nos explican (...) el sentido y la razón de las nuestras (1881:401).

Esta cita no pretende caricaturizar a los antepasados antropólogos. Tylor era consciente de que este era un modelo comparativo que para estudiar a la “humanidad” clasificaba a los “salvajes” como tipos de su propia sociedad en el pasado. Las complicaciones del asunto, además del colonialismo y racismo que soportaron esos apreciamentos, son pasar por alto el carácter teórico de este modelo

comparativo y confundir el etnocentrismo con ciencia. Este etnocentrismo consistente en suponer que el tipo más adelantado de sociedad era la propia y las demás culturas serían representantes de estadios menos avanzados. Lo principal es reconocer que, tanto en los discursos y prácticas del progreso, desarrollo y modernización, así como en la práctica antropológica, se cuele intencionada o inconscientemente:

El discurso evolucionista que la antropología todavía utiliza, propone que el tiempo no sólo es natural y laico, sino que está espacializado (sic), puesto que diferentes regiones del mundo están en tiempos diferentes entre sí, de tal forma que unas están más o menos ‘adelantadas’ o ‘atrasadas’ con respecto a otras” (Vargas Cetina 2007: 56).

Para Latour, estas divisiones temporales espaciales son resultado de una “gran división interior” que los “modernos” distinguen entre sociedad, cultura, técnica y naturaleza como campos ontológicamente distintos. La división interior luego se proyectó como una “gran división exterior” hacia los no-modernos (Latour 2012: 148). A partir de la lectura de Latour y Fabian es posible alertar sobre fragmentos temporales del imaginario de la “modernidad” en Occidente que permean desde su cotidianeidad hasta las prácticas académicas y científicas. Por ejemplo, a los “premodernos”⁵¹ se les imputa la mixtura entre religión y gobierno, entre economía y parentesco, entre ciencia y mito.

Por otro lado, al contrario de los “primitivos”, los “modernos” se precian de realizar una “adecuada” separación de estas mezclas, gracias al “progreso” del pensamiento científico. En estos fragmentos del imaginario de la modernidad, como plantea el filósofo francés, tan solo los modernos son capaces de purificar esas primitivas y extrañas mezclas en ámbitos claramente definidos. “Este ideal de modernidad” permitía situar en las “otras culturas” “(...) a los elementos ‘culturales’, ‘arcaicos’, ‘reaccionarios’ (...)” de la “modernidad Occidental”, aun cuando la “modernidad” está “impregnada” de los mismos elementos (Latour 2013: 28). Una vez realizada esta reflexión es momento de zambullirse en unas notas histórico etnográficas, para situar al lector en pleno contacto con Poncitlán y San Miguel Zapotitlán.

⁵¹ Rurales, tradicionales, primitivos, subdesarrollados, atrasados; tercer mundo, etc.

CAPÍTULO II. EL MUNICIPIO DE PONCITLÁN Y SU REGIÓN: BREVE BOSQUEJO HISTÓRICO

Esta es una historia que presenta las relaciones entre indígenas y no indígenas, los choques de la propiedad privada y la comunal, así como la primacía de las comunicaciones, las haciendas y la temprana presencia de artefactos técnicos en la región y en Poncitlán a partir de la llegada de los españoles. Es importante conocer estos procesos por la simple razón de que estos aspectos del modo de vida poncitlense reaparecerán a lo largo de esta tesis, transformados, invisibles, o estructuralmente tenaces, inmersos en las prácticas y discursos de los imaginarios socio técnicos del siglo XX y XXI. Desde muy temprano, la región estuvo configurada por los vaivenes del futuro.

II.A Señoríos cocas y españoles

Poncitlán era uno de los señoríos que Nuño de Guzmán encontró en 1530 en el ahora territorio de Jalisco. El poblado “parece haber sido víctima de una congregación forzada en su cabecera a raíz de la destrucción de 19 aldeas sujetas en los primeros años de la séptima década del XVI”. Ya para 1551 los franciscanos “estaban construyendo un convento en San Pedro y San Pablo en Poncitlán”, donde sembraron frutas de España y las regaron con el agua del río Santiago. Los franciscanos rigieron la congregación hasta alrededor 1740 cuando arribó un cura secular para administrar la parroquia (Gerhard 1996:91).

Una de las principales fuentes para conocer la vida de los indígenas de estos señoríos en los años posteriores a la conquista es la *Relación de Poncitlán y Cuitzeo*, cuyo texto fue asentado el 9 de marzo de 1586 (Acuña 1988: 119). El documento es al estilo de las relaciones históricas hechas en los dominios españoles durante el reinado de Felipe II y el resultado de una encuesta aplicada a los indígenas principales con el objetivo de registrar sus costumbres, religión, economía y demás aspectos monográficos. Las *Relaciones* son documentos preciosos por ser de los únicos de la época; sin embargo, se encuentran plagados de errores que derivan, entre otras cosas, de los malentendidos entre los encuestadores españoles y los indígenas.

Dicho lo anterior, se sabe que la subsistencia de los indígenas era una mezcla de caza, pesca y recolección, aunada al cultivo de milpas en temporada lluviosa. “Los mantenimientos eran tamales, tortillas y atole de maíz”, además de pesca en la laguna y el río; distinta caza, quelites, chocolate y chile. “Andaban, los hombres, en cueros y, las mujeres, con naguas de henequén”. Posteriormente, “andan vestidos de manta y camisa y zaragüel⁵² de algodón de tierra y, de ropa de Castilla: lienzo, paño y sayal” (Acuña 1988:127).

⁵² Calzón.

Al insigne fraile Antonio Tello le encandiló la belleza de las “indias”: “en todo el reino de Galicia son de muy buena disposición y cuerpos, y en general más hermosas que todas las de la Nueva España” (1891:9-10). Las costumbres que a los españoles parecieron aberrantes fueron las prácticas nativas religiosas. Al parecer en algunos de los pueblos tenían “ídolos” a los cuales se les ofrecía comúnmente pulque y sangre que manaba de cortes en las orejas de los sacrificantes. Por ejemplo, Poncitlán adquirió su toponímico de *Poncitl* “un ídolo quien ellos adoraban” (Acuña 1988: 128). Tello además condenó la poligamia de los indígenas de Nueva Galicia (1891: 353-355).

Los pobladores de Poncitlán hablaban coca, una lengua que “pertenece igualmente a la familia yutoazteca y que sin embargo exhibe más cercanía con la rama taracahita de dicha familia norteña, que con la corachol, sureña” (1943 en Alfaro Uribe et al 2018:9). En las *Relaciones Geográficas del Siglo XVI* hay noticia de que las comunidades de Poncitlán eran bilingües. Prueba de esto se encuentra en los topónimos de los pueblos escritos tanto en coca como en náhuatl. Por ejemplo, “el pueblo de San Miguel se decía, antes de la conquista, en la lengua de los naturales dél, *Taqualalantahui* y, en la mexicana, *Tolan*, que el uno y el otro [nombre] quiere decir lugar de enea o eneas” (Acuña 1988: 257). El bilingüismo en Jalisco es una cuestión debatida por los sabios e historiadores desde principios de siglo. La lengua cazcana, por ejemplo, era, para Alberto Santoscoy, un caso de “mexicano corrompido” y según Orozco y Berra se hablaba un “mexicano de Jalisco” (Santoscoy 1903: 330). Los indígenas de Poncitlán parecen haberse “aculturado” desde épocas tempranas a las lenguas foráneas. Una señal en ese sentido se encuentra en los registros parroquiales del siglo XVII, los monjes franciscanos del convento de San Pedro y San Pablo (establecidos desde 1530) clasificaron a una pareja de indios como “ladinos” en su registro de información matrimonial⁵³. El fenómeno ocurre a la inversa también en esa misma centuria, al adoptar los curas las palabras del náhuatl “*telpotle*” e “*ycpotle*” para anotar en el registro de la iglesia a jóvenes y jovencitas de San Pedro Itzicán a punto de casarse⁵⁴ (ver Apéndice 1).

⁵³ “En el pueblo de Ponzitlan en quince días del mes de mayo de 1791, ante mí el infraescrito Cura se presentaron para contraer matrimonio S.O.D.N.S. de esta iglesia Antonio de la Cruz y Ana de Moya (...), indios originarios de esta feligresía en el pueblo de Mezcala (...) Presentaron por testigos (...) a Juan Mateo de 40 años a Nicolás Santiago de 50 y a Antonio Paulino de 38. *Indios ladinos de Mexcala*”. Fuente: Poncitlán. *Libro de Información matrimonial 1772-1798*, foja 279. Imagen 345. familysearch.com. Adjunto el vínculo específico en la lista de referencias.

⁵⁴ “En 4 de marzo de 1754 se presentaron ante mí para efecto de contraer matrimonio Lorenzo de la Cruz, indio telpotle del pueblo de Yxican, hijo legítimo de Francisco Gaspar y de María Juana Petrona, [la pretensa] María Pasquala, india, ycpotle, de dicho pueblo, hija legítima de Juan Gaspar y de María Juana”. Los adjetivos en náhuatl se usaban solo para los indios de Itzicán. Por ejemplo, unos indios de la cabecera no se les escribe los adjetivos en discusión: “El 21 de abril de 1754 se presentaron ante mí para efecto de contraer matrimonio Diego Santos indio del pueblo de Poncitlán, hijo de Joseph Luis y de María Ana, Michaalea Magdalena, india de dicho pueblo de San Miguel, hija de Gerónimo Flores y de Juana Crescenciana, viuda de Antonio Salvador”. Fuente: *Poncitlán. Libro de información matrimonial 1727-1761*, Foja 69, Imagen 274. familysearch.com. Adjunto el vínculo específico en la lista de referencias.

Por último, existe la hipótesis de que la lengua coca es la misma que la lengua *pinome*. Este vocablo es el plural de *pinotl* o *pinutl* en náhuatl cuyo significado es “extranjero”. De ser así: “(...) Los cocas serían un grupo que emigró en dirección norte-sur en fechas probablemente no tan lejanas a la conquista, por lo que se les identificaba como *pinome*, es decir, ‘extranjeros’ (...)” (Alfaro Uribe et al 2018: 52). Esta hipótesis es plausible, aunque difícil de comprobar. Por los trabajos en las excavaciones, los arqueólogos han interpretado que el Occidente en el siglo XVI se encontraba en una etapa de transición y de migraciones poblacionales. Por el lado oriente, los purépechas, enemigos de los señoríos cocas, se expandían desde Michoacán hacia el oriente. Por el norte, los cazcanes, también hostiles, migraron hacia el sur luego de la desarticulación del sitio minero de Chalchihuites (Weigand 2015: 78). Otros autores, como el antropólogo Jesús Jáuregui, prefieren suspender estas especulaciones sobre el coca hasta no encontrar un vocabulario adecuado para su análisis (2007:191).

II.A.1 Redes comerciales

Una de las características que definiría para la posteridad la situación de Poncitlán dentro del espacio supralocal de la Nueva España es que se encontraba enclavado en una de las principales rutas comerciales de Mesoamérica. Los viajeros optaban por andar este camino “septentrional” (Castañeda 2006: 265) debido al miedo a los aguerridos cazadores-recolectores quienes merodeaban los territorios al norte del río “Chicnahuatengo” o “Chicnahuac (nueve aguas)” (Dávila Garibi 1927: 51-52), antiguo nombre del actual río Grande o Santiago.

Antes de la conquista, la red comercial se extendía desde el centro de Mesoamérica hasta el suroeste de los Estados Unidos pasando por el Occidente. Esta red mesoamericana operaba en 1519 el año en que arribaron los españoles y colapsó hacia 1530. Por la región circulaba la turquesa (uno de los productos más valiosos de la época), “cacao, plumas, sal, cobre, oro, plata, malaquita, azurita, crisocola, estaño, conchas, algodón, hematita, cinabrio, piritita, plomo, hierro especular, ópalo, cuarzo, calcedonia, sílice, obsidiana y riolita”⁵⁵ (Weigand 2015:48). Precediendo la llegada de Nuño de Guzmán a las poblaciones de los señoríos coca, las epidemias ya se habían expandido a causa del movimiento de los mercaderes por dicha red comercial (Weigand 2015: 49).

La ruta se convertiría posteriormente en el camino “septentrional” de Ciudad de México a Guadalajara (Castañeda 2006: 263). Por estos andurriales circulaban, además de los mercaderes, los

⁵⁵ “Cacao, feathers, salt, copper, gold, silver, malachite, azurite, chrysocolla, tin, shell, cotton, hematite, cinnabar, pyrite, lead, specular iron, opal, quartz, chacedony, chert, obsidian, and rhyolite” (Weigand 2015:48).

enormes hatos de ganado vacuno. En las llanuras del valle de Santiago los ganaderos engordaban reses para encaminarlas posteriormente a los rastros del centro en Querétaro o la Ciudad de México. Los mestizos y otros no indios, quienes no poseían acceso a la tierra, se empleaban como vaqueros en estas operaciones de ganadería. El ganado menor acudía desde Querétaro y Michoacán. El ganado mayor trazaba circuitos más complejos: los arreaban desde sitios tan lejanos como San Luis Potosí, el valle de Juchipila y Nochistlán; de la provincia de Ávalos- los actuales Sayula y Mascota- y desde Guadalajara. Luego terminaban su engorda en los pastizales de Chapala, Poncitlán y la Barca (De Arregui 1980: 113; Calvo 1989: 22, 118).

Diego de Navarro, vecino de Poncitlán y La Barca, se comprometió en 1638 a criar un poco más de 25 mil novillos. Cada año caminaban 20 mil reses hacia el Valle de Anáhuac⁵⁶ por “las puertas del reino”: Poncitlán y La Barca (Calvo 1980: 125, 126, 118). Este sistema requería de una amplia red de intermediarios en la engorda, transporte y venta del ganado. Incluso, Diego de Navarro contaba con su propio agente en la Nueva España quien aprovechaba los viajes para vender telas (Calvo 1989: 22, 118). Es así como estos ganaderos-comerciantes conectaban el área poncitlense con la red comercial del centro de México. Posteriormente, el camino operó como la carretera federal hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX y en 1960 se ostentaba como una de las insignias del corredor industrial de Jalisco.

II.A.2 La disputa por las tierras de españoles, mestizos e indígenas

Luego de la Guerra del Mixtón en 1541, rebelión generalizada en la Nueva Galicia, los primeros indicios de conflictos entre indígenas y españoles surgen en el siglo XVII. No obstante, los conflictos por los límites del territorio se incrementaron hacia el siglo XIX, siglo de las leyes de desamortización de los bienes de la iglesia, y de la promoción del liberalismo en México.

El historiador Ramón Goya Mejía anota que “no hay constancia que Nuño de Guzmán haya repartido tierras en la jurisdicción de Poncitlán” en los primeros años de dominio español en el siglo XVI. Pero después, “La Real Audiencia de la Nueva Galicia, en especial, cuando fue su presidente Santiago de Vera, otorgó a vecinos de Guadalajara gran cantidad de sitios y caballerías de tierra en la alcaldía de Poncitlán” (2012:248). Las haciendas y ranchos las habitaron los españoles mientras que “Cactlán, Mexcala y Yeguacan (Ixicán), pueblos sujetos, pueden haber disfrutado de cierta autonomía durante los primeros años” de la conquista (Gerhard 1996: 93).

⁵⁶ Valle de México.

Los primeros conatos de conflicto ocurrieron a raíz de los repartimientos de indios que sucedían desde el siglo XVII hasta el XVIII. “Entre los que más indios enviaron fueron los de Cajititlán, Cuyutlán, Tlajomulco, Tonalá, Tequila, Toluquilla, Tala, San Agustín, Nestipac, Tesistán, Poncitlán” (De León Meza 2016: 58). “El 7 de agosto de 1688 se hizo notar que los indios de Mexcala y San Miguelito habían ‘resistido todas las ocasiones’ que se les había ordenado trabajar” (González Navarro 2000:20). No obstante, es durante el siglo XIX cuando aumentan las tensiones entre indígenas y no indígenas por la propiedad de la tierra. Goyas Mejía (2011) ha estudiado con detalle estos problemas en la alcaldía de La Barca a la que pertenecía Poncitlán. En 1803, por ejemplo, el fundo de Ocotlán estaba invadido por la hacienda de Los Gachos, adyacente a la actual cabecera municipal. Asimismo, San Miguel, Santiago y San Pedro Itzicán “reclamaban que se les restituyeran sus tierras invadidas en parte por Nicolás Pérez de Vargas, dueño de la hacienda de San Pedro Mártir y otros propietarios españoles” (Goyas Mejía 2011: 174):

En ese mismo año, los indígenas de San Miguel y Santiago mantenían otro conflicto contra parcioneros de un rancho llamado San José Ornelas por la invasión de algunas caballerías de tierra. Los habitantes de San José alegaban estar en posesión de esos predios desde hacía más de dos siglos de antigüedad, lo cual trataron de demostrar-aunque sin documentos-, además de bloquear el acceso del ganado de los indios de San Miguel a los abrevaderos del Río Grande [Santiago] (Goyas Mejía 2011: 174).

La guerra de Independencia de 1810 suspendió con un paréntesis histórico la genealogía del conflicto entre indios y no indios en Poncitlán. Las comunidades indígenas, gracias a su tenaz organización supracomunitaria alrededor de la Laguna de Chapala, resistieron en el bastión de la Isla de Mezcala al ejército español:

La defensa de la Isla, ocurrida en los momentos bajos de las luchas por la Independencia, cuando entre 1812 y 1816 unos mil ‘indios de Mezcala’ y otras localidades cercanas, dirigidos por un cura Mestizo-Marcos Castellanos-y dos indios, uno del vecino Tlachichilco-Encarnación Rosas-y otro del mero Mezcala-José Santana-; resistieron el cerco de las tropas realistas” (Bastos 2011: 91-92).

La resistencia de los pueblos de filiación lingüística coca desencadenó en un armisticio con las fuerzas realistas el 25 de noviembre de 1816. “El armisticio con que se saldó el cerco conllevó la restitución de propiedades y es la base de un profundo orgullo local” en Mezcala (Bastos 2011: 92). Una vez cerrado el paréntesis de la lucha independentista, los locales inflamaron su espíritu de

ánimo valeroso para oponerse a las diversas opresiones. Dice el historiador Moisés González Navarro: “En Jalisco ocurrieron entre 1825 y 1885 nueve rebeliones campesinas en el norte, 11 en Chapala, nueve en el centro, siete en la región sierra-costa, seis en el sur y nueve en Tepic” (2000: 28). Por ejemplo, los representantes indígenas detuvieron al juez Epifanio Silva y al propietario de la hacienda de San Jacinto Cristóbal Gallardo cuando hacían el deslinde en los límites con la comunidad indígena de San Miguel [Zapotitlán] el 12 de noviembre de 1873. Luego de unas aclaraciones sobre la delimitación adecuada los indígenas los dejaron continuar⁵⁷.

Al final, a pesar de la resistencia de las comunidades indígenas, los españoles, y otros individuos no indios, se adueñaron de propiedades, ya fuera mediante la compra legal o mediante la simple apropiación ilegal⁵⁸. Situación que también sucedía al apropiarse los ricos de terrenos de “mestizos” y “criollos” desfavorecidos como documenta para el Norte de México el historiador François Chevalier (2013: 332).

Por su parte, en Poncitlán, desde finales del siglo XVIII, la población indígena estaba siendo suplantada por españoles y otras castas, mientras que los indios cada vez remitían hacia el sur a las serranías y la ribera de Chapala. En 1791 José Méndez Valdez recopiló datos sobre población y una breve crónica de la visita de los cantones de Jalisco, a petición de Jacobo Ugarte y Loyola “teniente general y presidente de Guadalajara”, quien gobernó a partir del 14 de marzo de 1791 (Sin nombre 1878: 117). Méndez Valdez registró ese año un total de 688 indios tributarios, 49 españoles y 52 castas. La totalidad de los españoles y castas residían en Poncitlán⁵⁹. Es de conocimiento de los cronistas de Poncitlán que a partir de la venta de los bienes de la Iglesia arribaron nuevos pobladores quienes comprarían esos bienes inmuebles. Además de esa situación, desde el siglo XVII los integrantes de las comunidades de Poncitlán trabajaban en haciendas y ranchos de propietarios no indígenas (Gerhard 1996:92).

⁵⁷ AGN. Dotación de ejidos (ejecución). Expediente núm. 23/1778. Fojas 22-27.

⁵⁸ Hubert Cochet registró un proceso en que los alteños expulsados de la región de Los Altos usaban sus ganados como vanguardia de la invasión de tierras comunales de los indígenas en Michoacán (1991). Una situación que bien podría haber sucedido en Poncitlán.

⁵⁹ Si la cifra de 789 tributarios totales de 1791 se multiplica por cuatro, una hipotética unidad doméstica que incluye dos padres y dos vástagos, el resultado es 3156 personas. Estos datos deben ser tomados con cautela. Méndez Valdez no dice cómo adquirió los datos, posiblemente de los padrones de la iglesia católica. En estos padrones, que Gerhard cita para todo el cantón de La Barca, estarán las cantidades por localidad, pero no tengo acceso a esa información. Aun así, la cantidad de tributarios por casta ilustra el punto de que progresivamente Poncitlán se convertiría en una localidad de ascendencia española, real e imaginaria.

II. B Las haciendas y las fuentes del imaginario tecno social

Mientras que las comunidades poncitlenses intentaban frenar los avances de los acaparadores de tierras, en ciudades y haciendas de Jalisco prendió la brasa de un imaginario tecno social del progreso, a finales del siglo XVIII y con especial intensidad en el XIX, que eclosionaría en el XX. El dieciocho fue testigo de una época convulsa para México; se sucedieron la guerra de Independencia de 1810 a 1827, la guerra contra los Estados Unidos de Norteamérica en 1847; la guerra civil de Reforma entre 1858 y 1861 y la segunda intervención francesa de 1862 a 1867. En las especulaciones sobre el futuro de la Nación mexicana en el siglo XIX la ciencia y la técnica se percibieron como un bálsamo ante la inestabilidad política, las guerras y guerrillas y las intervenciones extranjeras. En la labor científica y tecnológica se delegó la tarea de brindar orden y prosperidad al país, de presentar a la sociedad modelos alternativos al estado calamitoso de la nación (Jasanoff 2015:24).

La historiadora Moya López aventura la hipótesis de que los científicos, a finales del siglo XIX y durante el porfirismo, abrazaron el positivismo por “(...) la posibilidad de conocer el porqué de nuestro arribo al presente, con el deseo de dar fin a la historia hasta entonces vivida, y bajo el firme propósito de *construir un futuro* que dejaría de estar a la deriva” (1999: 131). Entre otras cosas, “los liberales *imaginaban* muchos grandes cambios que mejorarían la condición económica de México. Querían extender las vías de comunicación, y estaban dispuestos a conceder grandes subsidios a empresas de ferrocarriles, canales, telégrafos, etc.” (Scholes 1953:344).

Para el historiador mexicano Mauricio Tenorio Trillo, desde 1880 y hasta 1940, tanto en México como en Estados Unidos se vivió una “era científica”. En ambos países se esparció la influencia del positivismo de Comte y el evolucionismo de Spencer; posteriormente sobrevino el reinado del “pragmatismo”, el cual lubricó la penetración de “el giro hiper-científico, ahistórico y americanizado de la ciencia social de la posguerra”⁶⁰ (Tenorio Trillo 1999:1166).

En el contexto de reestructuración de la población de Poncitlán que inició en el XVIII, las haciendas florecieron en centros de abastecimiento de productos e innovación técnica. Lo anterior gracias a la relativa cercanía con el mercado de la ciudad de Guadalajara, disponibilidad de capital; presencia de ingenieros hacendados con relaciones con el presidente Porfirio Díaz, agua del río Santiago para riego y fuerza motriz y mano de obra de las comunidades vecinas.

Los principales ingenieros hacendados de esa época fueron “(...) Los ingenieros jaliscienses hermanos García de Quevedo, el ingeniero, político y propietario Manuel Cuesta Gallardo y el empresario proveniente de la Ciudad de México José María Bermejillo”. Miguel Ángel García

⁶⁰ “The hyscientific, ahistoricist, and Americanizing turn of post-war social science” (Tenorio Trillo 1999: 1166).

Quevedo y Zubieta además participó en la creación de los viveros de Coyoacán y la construcción de la fábrica de cigarros el Buen Tono en la Ciudad de México (García Corzo 2017:155, 156).

En la región se localizaban, entre las más destacables, las haciendas de Guadalupe, Vistahermosa, La Colonia, La Constancia, San Jacinto y la famosa de Atequiza. De las seis, “Atequiza (...) canalizó sus fuerzas y recursos productivos hacia el establecimiento de ladrillos, la elaboración de alcohol de maíz, la modernización de un molino de trigo, la extracción mecanizada de cantera y la generación de energía eléctrica” (Pacheco Urista 2012:127). En su máximo esplendor Atequiza agrupó los terrenos de varias haciendas que en totalidad les proveían a la sociedad Manuel M. Cuesta e hijo unas 12 847 hectáreas (2012: 131).

El sistema sociotécnico del ferrocarril del Pacífico en 1888 coadyuvó al transporte de los productos de las haciendas. Por ejemplo, “se estableció La Estación de Atequiza aproximadamente a 2.4 hm del casco de la misma hacienda”. “Además se instaló una estación del Ferrocarril Central Mexicano en su rancho adjunto de La Capilla” el cual “contó con líneas telegráficas propias, y posteriormente telefónicas, que le permitieron entablar comunicación entre cada una de las fincas asociadas y sus agencias comerciales” (Pacheco Urista 2012: 131). En Poncitlán los hacendados y propietarios agrícolas edificaron trojes, bodegas y casonas enfrente de la estación para asegurarse de una mayor cercanía con esta vía de comunicación mercantil. Trataré el tema en el Capítulo VIII.

Los peones originarios de las poblaciones de San Miguel Zapotitlán y Poncitlán aprendieron en las haciendas a manejar los artilugios o en su defecto observaron el funcionamiento de “máquinas de vapor, conocidas como ‘locomóvil’, que servían para mover trilladoras, empacadoras, desgranadoras (...), bombas de agua y tractores” (Gutiérrez 2016:25). Parte de este conocimiento maquinaal debió haberse incorporado al conocimiento tácito agrícola de los peones. Lo que es imposible de saber es cómo este conocimiento se tradujo en prácticas efectivas a la vuelta de los peones a sus comunidades. En todo caso, esta presencia de la mecánica abriría el camino al imaginario para las posteriores aceptaciones de la mecanización en el siglo XX (Gutiérrez Ruvalcaba 2016:28).

Incluso hay quienes conjeturan que la construcción del arquetipo del charro en el cine mexicano y mundial comienza con una serie de filmaciones y su posterior difusión en el mundo gracias a los hermanos Lumière. En la última década del siglo XIX Bon Bonard filmó estampas de la hacienda de Atequiza:

Estas películas pasaron a ser parte del repertorio de la compañía Lumière, que las distribuyó a nivel mundial con los siguientes títulos: *El amansador*, *Baño de caballos*, *Danza Mexicana*,

Elección de Yuntas, Lanzamiento de un caballo, Lanzamiento de una novillo, Un maganeo, y Pelea de gallos. Todas estas vistas se estrenaron en Guadalajara el 12 de noviembre de 1896, justamente tres días antes de finalizar la temporada del cinematógrafo. En los periódicos se lee que fueron ‘magníficos cuadros de costumbres campestres’ y se exhibieron agrupadas con el título de *Lanzadores y jineteadores de Atequiza*” (Vaidovitz 1989:121).

A finales del XIX e inicios del XX, además de la imaginación, los hacendados de Atequiza lograron transformar el paisaje de la región en un grandísimo cuasi-objeto donde anudaron la agencia del río Santiago y la Laguna de Chapala a sus planes de “progreso” que incluían el uso técnico del agua para riego y la producción de electricidad. Manuel Cuesta Gallardo tenía un “contrato firmado en agosto 15 de 1900 le autorizaba la ejecución de obras hidráulicas para utilizar el riego hasta la cantidad de 25 mil litros de agua por segundo del lago de Chapala y del río Santiago en el trayecto entre la hacienda de Atequiza a la ciudad de La Barca, Jalisco” (Vargas González 1993:31).

Uno de los principales y enormes proyectos de Cuesta Gallardo fue la desecación de la parte suroriental de la Ciénega de Chapala—en Michoacán—en conjunto con el propietario de la hacienda de La Guaracha. Para efecto de realizar la desecación se construyó un bordo de contención de las aguas desde la “hacienda de La Palma hasta la de Maltaraña (cuyo sitio isleño colindaba con el río Lerma) y continuó hasta Jamay. Terminada la obra en 1910, el estallido de la Revolución y el asesinato de Joaquín Cuesta Gallardo interrumpió el proceso” (Boehm Schoendube 2005:111).

“El 6 de junio de 1892 se constituyó la Compañía de Luz y Fuerza Motriz Eléctrica de Guadalajara Sociedad Anónima, uno de cuyos objetivos era cumplir un contrato que efectuó previamente el señor José María Bermejillo—miembro fundador de la sociedad—con el Ayuntamiento de Guadalajara para establecer el alumbrado público de Guadalajara”. Buscaban instalar “155 focos de arco y 250 lámparas de luz incandescente” en algunos de los sitios más importantes de la sociabilidad tapatía: “(...) La Plaza Principal, los portales adyacentes, el Palacio de Gobierno, el Palacio Municipal y las escuelas de adultos” (Ibañez González 2015: 5).

La carrera para la electrificación de la ciudad había comenzado. “Posteriormente, en 1899 se construye la planta hidroeléctrica de Las Juntas que proporcionará energía eléctrica a las fábricas textiles de La Experiencia y Atemajac situadas al norte de la ciudad” (Valerio Ulloa 2006:8). El 13 de julio de 1909 en la Ciudad de México se presentaron an el notario público Manuel Boja y un grupo de inversionistas, entre ellos Manuel Cuesta Gallardo, quienes conformarían la Compañía Hidroeléctrica del Chapala S.A. (Valerio Ulloa 2006 :14-15). Este organismo privado dibujó el sendero

de la electrificación de Jalisco hasta la segunda mitad del siglo XX cuando el sistema local se conectó al nacional a cargo de la CFE.

II.C El siglo XX

Y entonces estalló la Revolución de 1910 y el mundo “moderno” y de “progreso” de los hacendados explotó. En Poncitlán se sucedieron un par de acciones de armas: “Cleofas Mota, aguerrido ex mecánico de las minas de Etzatlán, después de defender a los indígenas de Nextipac, en Zapopan, desconoció a Madero en Poncitlán y aterrorizó al ejército federal y a las fuerzas del estado, pero el 12 de agosto de 1912 fue muerto” (González Navarro 2000:176). En 1922, Víctor Miguel Hernández Covarrubias, director del Colegio Militar, encabezó un ataque a Guadalajara. “El primer encuentro tendría lugar en los pasos del río Lerma, los demás en Ocotlán y Poncitlán”. En 1923, “Manuel Ávila Camacho batió al ex general Félix Barajas cerca de Poncitlán” (González Navarro 2001:15). Un hecho que ha sido replicado en los libros de los cronistas es la visita de Álvaro Obregón, ya sin brazo, a la estación de ferrocarril del Poncitlán en su campaña para apagar la rebelión delahuertista en 1924⁶¹.

En 1927 ardió la primera guerra Cristera. “Guadalajara-Poncitlán-Ocotlán-La Barca” era el frente sur donde las tropas federales contenían a los cristeros de Los Altos de Jalisco (Meyer 2013: 163). En Poncitlán el historiador Jean Meyer entrevistó al cristero Jesús Gutiérrez, pero, en términos generales, tan solo algunos individuos por iniciativa propia participaron en la revuelta. Algunas comunidades como San Miguel Zapotitlán inclusive se declararon anti cristeros y agraristas.

De la cabecera un par de miembros de la familia Becerra Castellanos murieron en el bando cristero; los demás Becerra migraron a Estados Unidos y regresaron a México en 1930⁶² (Franco Acosta 2017). Según Meyer, entre 1925 y 1929 “entraron en los Estados Unidos 250 000 mexicanos (el 16% de todos los migrantes) empujados por la guerra y la crisis económica” (2013:269). A raíz del incumplimiento de la circular del 29 de septiembre de la Secretaría de Gobernación “para que no se celebrara culto fuera de los templos, como conferencias, discursos y procesiones de imágenes” el 6 de noviembre de 1931 se desconoció el ayuntamiento de Poncitlán (González Navarro 2003b: 33).

En esos años también había salteadores de caminos y bandas de secuestradores que se confundían con los cristeros. El 22 de junio de 1932 “una gavilla asaltó el rancho de San Miguel, pero fue batida en Poncitlán” (González Navarro 2003b:101). En San Miguel varios de mis interlocutores

⁶¹ Hay una fotografía de este momento en la página de la Mediateca INAH. Consultado de: https://mediateca.inah.gob.mx/islandora_74/islandora/object/fotografia%3A454589

⁶² Pie de página de fotografía publicada en *El Informativo*. Año XIV. No. 763. 18 de junio de 2013.

de mayor edad recuerdan ver, o les fue transmitido oralmente, “mucho gobierno a caballo”, tropas que galopaban entre los corrales y senderos del pueblo. Tanto los bandoleros como el gobierno ajusticiaban personas colgándolos de árboles y postes del telégrafo (hay múltiples leyendas de aparecidos, colgados y tesoros en relación con este tema).

De mucha relevancia para la historia de la región es que en los años posteriores a la Revolución los hacendados conservaron propiedades y privilegios. En San Miguel, por ejemplo, el padre de Saúl González Jaramillo, quien participó en los ejércitos carrancistas, le informó a su hijo que los nuevos ejidatarios tenían en buena estima a los hacendados de San Jacinto (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, jueves 9 de enero de 2014). Aunque, en términos generales los personajes poderosos se concentraron en la cabecera municipal. Por ejemplo, en la cabecera vivió José W. Torres, político y terrateniente, quien posiblemente influyó en las evaluaciones de la Comisión Local Agraria sobre el reparto agrario. Cito en extenso lo que se escribió sobre Poncitlán porque enseña cómo se buscaba conservar los privilegios de los grandes propietarios. El documento se redactó en Guadalajara, en la fecha del 8 de marzo de 1916 y fue firmado por un tal “Gutiérrez”, presidente de la Comisión Local Agraria:

Con relación a la solicitud de tierras que hicieron los indígenas del pueblo de Poncitlán, está (sic) Comisión Local agraria ha tenido a bien dictaminar lo siguiente: Que el asunto de Poncitlán ha sido uno los casos difíciles que se han presentado a la Comisión para resolverlo con acierto, por estar este pueblo tocante a ejidos y a nuevos rancheros propietarios que lo rodean, en las mismas condiciones que otros muchos pueblos de la misma región favorecido por la laguna, por la vía férrea, por la densidad de población, por el fraccionamiento de la propiedad y la corta distancia a la capital del Edo.

Enseguida se lee:

Estas condiciones han favorecido indudablemente la creación de la clase ranchera de pequeños propietarios, que en la tierra que fue de ejidos han levantado sus propiedades, formando en conjunto una buena riqueza agrícola, comprando pedazo a pedazo la tierra en el transcurso de los años a los indígenas. La Comisión (...) deseosa de atender la solicitud de los indígenas y a la vez de salvar esa riqueza agrícola creada por la clase rural de rancheros o pequeños propietarios, ha necesitado mucho tiempo para formular este directamente (...). Los propietarios afectados para el reparto son los siguientes: José Ibarra de su terreno

llamado de “San Miguelito” 50 hectáreas. José W. Torres 100 hectáreas de la Cofradía. Por último, de la Hacienda de Guadalupe 450 hectáreas, para un total de 1014 hectáreas⁶³.

Este documento es claro al respecto de “salvar esa riqueza agrícola creada por la clase rural de rancheros o pequeños propietarios”. Entre esta clase rural se encontraba, por supuesto, José W. Torres, dueño de la hacienda La Granja (González Navarro 2003:43). Estos intentos de conservar tierras y privilegios enseñan cómo las haciendas habían perdido influencia regional y cómo también los propietarios sufrieron invasiones de los agraristas y ejidatarios, como el caso de Bartolo Gutiérrez quien “se quejó de que los ejidatarios de San Luis del Agua Caliente, Poncitlán, lo había despojado de 49 ha. de su pequeña propiedad, y rogó que le fuera respetada” (González Navarro 2003:82).

A esos hechos deben sumarse los pleitos inmemoriales entre hacendados y comunidades indígenas. En 1935 en un acta levantada en San Pedro Itzicán se “denunciaba los atropellos de la gente armada de Pascual Alejandre en perjuicio de los campesinos”. Ante lo cual el hacendado respondía que los campesinos desobedecieron “un mandato de la Suprema Corte de Justicia y del gobierno de Jalisco atacando con armas largas a vecinos de La Ocotera, pequeño rancho rentado a varios campesinos”. Un año después Alejandre se adueñó supuestamente de los terrenos sembrados de los de San Pedro (González Navarro 2003: 87, 97). En este contexto de reconfiguración de la propiedad, la cabecera se posicionaba en la región como un centro político y comercial donde se concentró la clase dirigente. Ya para estos años existió una clara diferenciación social entre los “indios” y la clase de propietarios y comerciantes de origen alteño, imaginario o real.

La sociedad poncitlense luego de 1930 parece devenir “moderna”. Había un cine llamado Cine Teatro Obrero, propiedad de Castellanos, cuya parentela daría descendencia a una de las familias ricas de industriales de Poncitlán: Montes Castellanos. Ramón Escoto Durán, editor del periódico local *El Informativo*, me ilustró de la presencia de embotelladoras de refrescos-gaseosas— de las cuales se conoce apenas nada (Conversación informal. Santa Cruz camino a Poncitlán, 4 de octubre de 2018). La estación del ferrocarril también admitía una circulación de mensajes, personas y mercancías que conectaron la cabecera con otros centros comerciales del estado de Jalisco, las ciudades de Ocotlán y Guadalajara. Usuarios habituales del ferrocarril eran los ricos comerciantes como José Pascual Alejandre- dueño de la hacienda Guadalupe, presidente municipal de

⁶³ AGN. Poncitlán, Jal. Expediente 42. Legajo 5. Serie CCA. Acción-Restitución.

Guadalajara durante 1930-; Alfredo Becerra-agricultor propietario y el afamado José W. Torres-terrateniente y político⁶⁴.

Para dar una idea de la concentración de los comerciantes en Poncitlán, a partir del Quinto Censo de población de 1930 (INEGI) contabilicé 123 comerciantes para una población de 2584 habitantes en la cabecera. En San Miguel Zapotitlán se procuraban el sustento mediante el comercio solo ocho personas de 635 habitantes. En cambio, el contraste es enorme con San Pedro Itzcán, una localidad indígena de la ribera de Chapala, en esos años no se registra ni un solo comerciante en una población de 714 habitantes (INEGI 1930: 92). A continuación registro a un par de estos comerciantes para mostrar las edades, género y composición de la parentela en cohabitación:

1). En la calle Benito Juárez, en el número treinta y dos, moraba Guadalupe Ríos, de cincuenta y ocho años, casado con María Dolores Meléndez de cuarenta y dos años. También cohabitaban, sin aclarar si son parientes o criados, Prisciliano Rosales, de veintinueve años, y Teresa Sahagún. Los hijos de la pareja formada por Guadalupe y María Dolores son Francisco, de catorce años, registrado como comerciante de abarrotes; Leonardo, de trece años, comerciante; Francisco, o Franco, de doce años y Pedro, el menor, de seis años. 2). En la calle Emilio Carranza, número veinticuatro, habitaban Martín Durán, de cincuenta y cuatro años, casado con Josefina Navarro. Dos de sus hijos fueron comerciantes, Juan, de veintiún años, comerciante; e Ignacio, de diecisiete, zapatero. Fueron los otros hijos, Fernando, de seis años; Avelino, de tres años; Socorro, de cuatro años, y Rita de un año.

En comparación, en San Miguel había solo ocho mercaderes. De estos quiero destacar dos parentelas. La primera conformada por Ladislao Cortés, de treinta y nueve años, casado con Paula Linares, de veintisiete años. Sus hijos fueron Nepomuceno de catorce años, Enrique de doce años, Teodoro de nueve años, Marcelina de seis años, Pablo de cinco y Librada de dos años. Pablo Cortés estudió para profesor y es considerado uno de los grandes promotores de la educación pública en el municipio. Coadyuvó a la fundación de la escuela primaria federal Guadalupe Victoria en el barrio de Santa María en el año de 1966. Además, ejerció como profesor de la (ETIC) Escuela Secundaria Técnica Industrial y Comercial No. 116, ambas instituciones de Poncitlán⁶⁵. Su hermano Teodoro era agricultor y regente de un comercio. Uno de los memorables *sonidos* (altoparlantes) de San Miguel,

⁶⁴ *El Informador*. Martes 1 de abril de 1930. Página 5: "Para su HDA. De Guadalupe, que está en el Municipio de Poncitlán, salió ayer a bordo del tren rápido, el señor José Pascual Alejandro".

⁶⁵ Archivo personal de Pablo Cortés Linares. En su biografía hecha con recortes de fotos y diversos documentos Pablo está en un par de fotografías con un grupo de escolares rodeando al escritor y político Agustín Yáñez, presumiblemente cuando éste desempeñó el cargo de Secretario de Educación Pública. Lo mismo se le ve con un grupo de niños en un recibimiento en la Ciudad de México con Gustavo Díaz Ordaz en 1969.

que formalizó el contenido publicitario aural del comercio en el rancho, fue operado por la esposa de don Teodoro Cortés (ver Capítulo VIII acerca de los sonidos).

La segunda parentela por destacar se conformó por Jacinto Ramírez, de sesenta años, quien vivía con María del Refugio Ramírez, de doce años, posiblemente su hija. Como huésped o empleado, habitaba con ellos Antonio Villagrana, mecánico originario de Guadalajara. Jacinto y María del Refugio profesaron el protestantismo. Posiblemente asistieron a la escuela protestante abierta en San Miguel desde 1873. Conozco de la existencia del mencionado instituto de protestantes en la segunda mitad del siglo XX gracias al testimonio del ingeniero Saúl González Jaramillo—finado. Sus informes los cotejé con los datos que ofrece el historiador Moisés González Navarro, quien encontró que en Jalisco, en las fechas mencionadas, “los evangélicos [se instalaron] en Santa María del Oro en Tepic al sur y en San Miguel Zapotitlán al oriente” (2000:145).

II. D Poncitlán en la actualidad

Poncitlán en la actualidad es uno de los 125 municipios de Jalisco, uno de los ocho que abarca la Zona Metropolitana de Guadalajara (ZMG) desde 2009. La tasa de crecimiento anual de población desde 1950 hasta 2015 es de 4.5%; una de las más bajas de la ZMG. La menor tasa de crecimiento es de Juanacatlán 4.3% y la mayor Zapopan 74.1% (MacCulligh 2017: 16).

Tabla II.A Crecimiento poblacional del municipio de Poncitlán 1950-2015

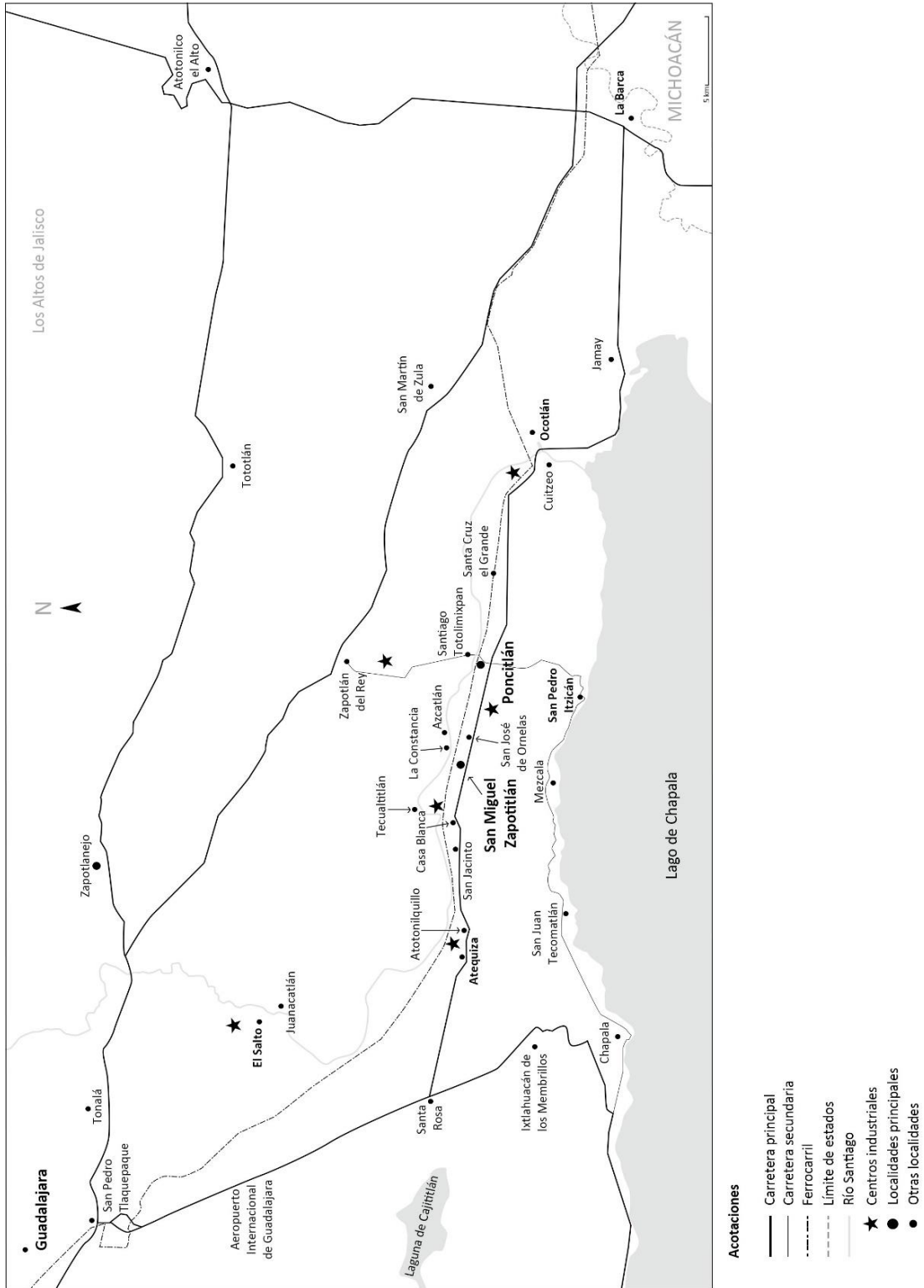
Población del municipio de Poncitlán									
1950	1960	1970	1980	1990	1995	2000	2005	2010	2015
13239	17268	22067	26905	32259	36893	40827	43817	48408	51944

Fuente: Elaboración propia a partir de MacCulligh 2017:16.

Las proyecciones demográficas aseguran que para el 2020 la población aumentará a 54 mil 707 habitantes (IEG 2019:11)⁶⁶ (ver Tabla II.A). De las setenta y una localidades de Poncitlán en 2010 la cabecera municipal era la más poblada con 13, 581 personas. San Miguel Zapotitlán representa el sexto puesto de la lista con 2225 habitantes (INEGI 2010). La cabecera es un nodo intermedio de la red de ciudades del centro de Jalisco cuya situación discurre a través del valle por donde corre el río Santiago hasta al valle de Atemajac donde se asienta la capital del estado Guadalajara.

⁶⁶ Instituto de Información Estadística y Geográfica de Jalisco.

Mapa II.A Poncitlán y sus conexiones



Fuente: Elaboración propia a partir de Google Maps, 2020

La carretera federal permite la articulación de Poncitlán: al oeste con la zona conurbada de Guadalajara y el área industrial del Salto; al este con Ocotlán; al norte con el sur de Los Altos de Jalisco y al sur con la ribera norte de la laguna de Chapala (ver Mapa II.A). Ya desde la década de 1960 con el gobierno de Andrés Medina Ascencio (1965-1971) los comerciantes e industriales de Guadalajara visionaron que esta región se unificara en una gran zona industrial y comercial que nombraron corredor industrial, una visión de futuro que delegó en la ciencia y la técnica industrial el mejoramiento de los jaliscienses, tema que abordaré en el Capítulo III sobre el corredor industrial.

Las localidades de Poncitlán se derivan de asentamientos de origen indígena y ranchos dispersos de propiedad privada. Esta es una de esas reminiscencias de la lucha entre las comunidades indígenas y los propietarios privados desde el siglo XVIII. Rodeando o entre los terrenos comunales se sitúan ranchos y pequeñas propiedades cuyo origen se remonta siglos. Los asentamientos más poblados se localizan en la ribera norte de la Laguna de Chapala, como son los pueblos de San Pedro Itzicán, Mezcala, San Juan Tecomatlán, Agua Caliente, Cuesta de Mezcala, La Zapotera, Chalpicote, La Peña y Tlachichilco del Carmen. Estas últimas comunidades son consideradas indígenas por los poncitlenses del centro. Algunas personas de las comunidades señaladas se auto adscriben y se reivindican como indígenas, como es el caso de Mezcala. Igualmente, aparte existen ranchos reconocidos desde la época de los títulos virreinales (1774), como San José de Ornelas.

Las actividades económicas predominantes son el trabajo en las fábricas del corredor industrial, los empleos en servicios diversos y las labores agrícolas y/o ganaderas (ver Anexo 1). Aunque se siembran diversas hortalizas (por ejemplo, chiles y chayotes en la ribera de Chapala) y frutas en el municipio (ver Anexo de Frutas), los cultivos principales son el maíz y el trigo. En años anteriores también se sembró sorgo y garbanza, que se usaron principalmente para producir pasturas para el ganado vacuno y porcino respectivamente.

En algunos poblados, cuyas parcelas cuentan con sistemas de riego, se practica un sistema de agricultura con rotación temporal de cultivos. Los principales son el trigo en primavera y el maíz en verano. En San Miguel Zapotitlán y otras localidades con somontano, generalmente en las laderas que pertenecen a las comunidades indígenas, hay “ecuaros” o desmontes, que se les nombra corrales cuando están cercados con piedra o alambre. En esos terrenos se crece milpa asociada con frijol y calabaza, para autoconsumo o para intercambios locales (ver Capítulo V y VI). Además, los

comuneros recolectan quelites y otras hierbas cerriles⁶⁷. En las poblaciones ribereñas se recurre a la pesca para el consumo ciudadano o local.

Según una tabla elaborada por la antropóloga Cindi MacCulligh (2017) en su estudio sobre la contaminación del río Santiago a causa de las descargas de residuos de las empresas del corredor industrial, Poncitlán se encuentra en el número 10 de los municipios manufactureros de Jalisco. La producción bruta anual fue en 2014 de 4,375 millones de pesos, las unidades económicas manufactureras (33) empleaban 2102 personas. En primer lugar se encuentra Zapopan cuya producción bruta total se calculó en 104,824 millones de pesos; era el segundo lugar en personal ocupado con 90,027 personas y presentó 4225 unidades económicas (MacCulligh 2017:55). Los empleos en las manufacturas y servicios dan salarios de entre los 1200 y 1500 pesos semanales. En cambio, un jornalero agrícola gana entre 300 y 350 pesos diarios, sueldos que suben anualmente, en la temporada de cuidado del maíz. Si bien este empleo es informal, ya hay agricultores quienes aseguran a sus jornaleros en el IMSS hasta el final de la temporada.

La migración a los Estados Unidos y a los estados del norte de México presentó un horizonte de mejoramiento de la economía para los ponciltenses, quienes migran al Norte cuando menos desde 1930. Las oportunidades de trabajo se acrecentaron en 1940 y 1950 con el Programa Bracero de migración temporal. Desde entonces se crearon enclaves o diásporas en ciudades como Chicago, Los Ángeles y en ranchos en California. Las organizaciones formales y grupos informales en suelo norteamericano fueron actores fundamentales para reunir recursos para la instalación de la luz eléctrica en la década de 1960 en San Miguel Zapotitlán, así como para diversas acciones de la sociedad civil transfronteriza en la cabecera. Por ejemplo, desde 1974 Poncitlán es ciudad hermana de Palmdale, California, como reza en la placa conmemorativa que está en la plaza de armas Miguel Hidalgo de la cabecera. Al final, el Norte ha sido fuente del imaginario del progreso y la modernización tanto para los migrantes como para quienes nunca salieron de sus localidades ponciltenses (ver la segunda parte del Capítulo V sobre la experiencia vital alimenticia de la “modernización”).

Una de las actividades económicas que, desde por lo menos la década de 1960, se anhela “desarrollar” es el turismo en la ribera norte de la laguna de Chapala. En 2002 “la secretaría de Turismo de Jalisco y la presidencia municipal de Poncitlán se coordinaron para construir una

⁶⁷ Si bien los sujetos de derecho legal son los comuneros, casi cualquier persona del pueblo recolecta plantas o se sirve de leña de arbustos del cerro, siempre y cuando no se afecten especies protegidas (como el palosanto) y se pida permiso a la autoridad competente, que, en este caso, es el presidente de la “mesa indígena”.

carretera panorámica entre Chapala y Cuitzeo, partiendo del cerro en vez de bordear el lago como el camino antiguo” (Moreno et al 2006). Aquí es donde se expresan de nuevo los conflictos entre las comunidades indígenas y los hombres de negocios de la cabecera ya que la expansión de la industria y de las zonas inmobiliarias urbanas tiene como límite la propiedad comunal y ejidal. A lo largo de la costa, desde Chapala hasta Ajijic, se construyeron residencias cuyos dueños son extranjeros jubilados. En el poblado de Mezcala los comuneros pararon el crecimiento de los fraccionamientos habitacionales.

En Poncitlán y en San Miguel Zapotitlán, algunas personas interpretan esto como una clara señal de que los indígenas son reacios al “progreso”. Por su parte, Vicente Paredes, originario de Mezcala, citado en un reportaje del periódico *The Guardian* (2017)⁶⁸, indicó que “no estamos en contra del progreso”; sino en contra de convertirse en “ciudadanos de tercera”, en sirvientes de canadienses y estadounidenses jubilados. Esta evaluación es justa. Por años, las comunidades lucharon por conservar el derecho de sus territorios comunales (en realidad pobres para la agricultura porque se encuentran en los cerros) y por años los inversores de todo tipo anhelan apropiarse de las vistas magníficas a la laguna de Chapala, y se desesperan porque los de San Pedro o de Mezcala “desaprovechan” la ribera que bien podría encumbrarse como un esplendoroso negocio turístico.

Esta cuestión es un tema abierto y las autoridades poncitlenses no parecen ceder a respetar las decisiones de las comunidades. Prueba de esto es una entrevista reciente al director de la oficina de Planeación Urbana, David Alejandro Carrillo, para aclarar las operaciones que se realizan este año 2020 para los programas de Ordenamiento Territorial para región de Chapala, Programa de Ordenamiento Ecológico, Plan de Integración Urbana y los Programas de Desarrollo Urbano. Ante la pregunta del reportero de *El Informativo* “¿qué tanto estas regulaciones ecológicas podrían afectar el futuro económico de Poncitlán?” el director respondió:

Como Gobierno Municipal obviamente queremos propiciar el *desarrollo y crecimiento* económico en áreas como la agropecuaria, comercios, servicios, industria y por supuesto, turística, pero todo esto de manera regulada y ordenada. Por eso defenderemos ante la SEDAMET que se reconozca como área urbana a la comunidad del Zapote, *que se propicie la utilización del suelo con fines turísticos a lo largo de la ribera del lago de Chapala*, así como

⁶⁸ <https://www.theguardian.com/global-development-professionals-network/2017/apr/04/the-american-expats-moving-into-the-mexican-riviera-and-breaking-up-indigenous-communities>

la consolidación de manera estratégica de reservas industriales y comerciales sobre la carretera Santa Rosa-La Barca⁶⁹.

A riesgo de simplificar la situación, esas palabras encierran las mismas visiones de la consolidación industrial sobre la carretera que los gobiernos repiten desde 1960; el mismo aferramiento a “que se propicie la utilización del suelo con fines turísticos a lo largo de la ribera del lago de Chapala”. Resulta grave que en esta respuesta se omitan los límites que representan las comunidades indígenas y la carencia de visiones alternativas a la economía industrial que, probado está, es la responsable de la terrible contaminación de la cuenca Lerma-Chapala-Santiago (MacCulligh 2017). La población de la ribera de Chapala es la que presenta mayores índices de padecimientos renales y entre los factores que causan este cuadro médico se encuentra la contaminación del sistema hidrológico.

La “democracia partidista” apenas ha resuelto ninguna de estas rencillas. En la cabecera todavía las familias principales de comerciantes y propietarios agrícolas son los líderes políticos del municipio. Por ejemplo, Everardo Velázquez gobernó un par de ocasiones a lo largo de su vida y sus sobrinos Maldonado también han ostentado el cargo de presidentes municipales. Para las elecciones locales en el periodo 1995-1997 surge la oposición del Partido Acción Nacional (PAN). El candidato del PAN Adalberto Becerra ganó las elecciones en el 2006, luego del triunfo de Vicente Fox en las presidenciales del año 2000 en los albores del siglo XXI. El año 2018 del triunfo presidencial de MORENA en México, en Poncitlán las elecciones las conquistó el partido Movimiento Ciudadano. Aun así, desde la sede central de Guadalajara se colocó a una operadora política de MORENA quien cuenta con gran influencia dentro del Municipio.

La religión sigue siendo mayoritariamente católica, aunque hay pequeños enclaves protestantes de relevancia histórica, Testigos de Jehová y otras denominaciones. Además de las religiones históricas e institucionales existe sobrada oferta de magia y brujería sincrética, así como nuevas espiritualidades, como la Escuela de Iluminación de Ramtha cuyo líder es la polémica estadounidense Judith Darlene Hampton. Sin embargo, al ser la religión católica predominante es, junto con las temporadas agrícolas, la gran organizadora del temporal que rige el año en el municipio, como expondré en el Capítulo VI.

⁶⁹ *El Informativo*. Año XVII. No. 933. Domingo 20 de septiembre de 2020. Las cursivas son mías para resaltar el uso de los términos de siempre: desarrollo, crecimiento, fines turísticos.

En Poncitlán se festeja la Virgen del Rosario el 7 de octubre, aunque la fiesta grande se celebra a partir del tercer domingo de noviembre porque en esa fecha se realizó la Coronación Pontificia en 1950 (ver Capítulo IV). La Virgen es una de las mayores fuentes de identidad para los católicos de la cabecera. Como en la vastedad de la república mexicana, cada una de las localidades cuenta con un santo patrono al cual se festeja en su día. En San Miguel Zapotitlán es precisamente San Miguel Arcángel el 29 de noviembre, pero además, se veneran a San Antonio, San Juan, San Pedro y San Pablo, respectivamente, los días 13, 24 y 29 de junio.

Ya desde estas notas se resalta el énfasis puesto en el futuro de los poncitlenses a lo largo de la historia. Son esos proyectos y visiones las que suelen divergir en cuanto a lo planteado por las autoridades y las peticiones de las comunidades. Pero la cuestión suele requerir matices por su complejidad. Ahora mismo, con estos antecedentes es suficiente para contemplar un cuadro histórico contextual lo suficientemente sólido para arrancar con un análisis pormenorizado de las transformaciones que trajeron las prácticas y discursos del imaginario tecno social de la constelación de la modernización.

CAPÍTULO III. SUEÑOS INDUSTRIALES DE DESARROLLO Y SUJETOS PROGRESISTAS

Este capítulo se adentra en la comprensión de cómo entendían el “progreso” y el “desarrollo” los representantes de las elites políticas de Guadalajara en el periodo 1950-1970, quienes creían haber brindado el progreso a los jaliscienses al alcanzar la meta de la industrialización. Este es el gran cuasi-proyecto que agrupa expectativas, antelaciones y especulaciones sobre la distribución de la naturaleza, la sociedad y la técnica en el futuro de Jalisco. Teóricamente, ahondo en la relación entre imaginario tecno social, ideología y subjetivación progresista. De acuerdo con las preguntas de investigación, el capítulo relata “cómo los actores con autoridad para dar forma a la imaginación del público construyen historias de progreso en sus declaraciones programáticas”, mientras, delegan sus expectativas de mejoramiento en la ciencia y tecnología (Jasanoff 2015: 26)⁷⁰.

Como muestra de esos “actores con autoridad” y “representantes de la elite política de Guadalajara” tomaré el caso de los gobernadores del estado de Jalisco, en quienes recayó la responsabilidad de organizar a cientos de actores humanos y no-humanos (Latour 2012, 1988) para ampliar las oportunidades de perfeccionar la vida de los jaliscienses. Su misión implicó encarnar los discursos progresistas internacionales, nacionales y regionales del desarrollo. En otras palabras, necesitaban ser contruidos como “símbolos del progreso” capaces de brindar el “desarrollo” a los ciudadanos. En este contexto, la industrialización se presentaba como el modelo idóneo para el futuro de Jalisco.

En específico examinaré las visiones de dos gobernadores, Agustín Yáñez (1904-1980)—en cargo de 1953 a 1959— y Francisco Medina Ascencio (1910-1993)—en cargo de 1965 a 1971—, ambos escritores, el primero más famoso que el segundo. Yáñez encarna el prototipo de “símbolo del progreso” y del intelectual comprometido con el desarrollo. Por su parte, Medina Ascencio se especializaba en divulgar su proyecto del corredor industrial Guadalajara-El Salto-Atequiza-Poncitlán-La Barca, el cual condensaba las políticas internacionales y nacionales de desarrollo por regiones y descentralización industrial en una fase de crecimiento demográfico. Con el análisis de ambos casos expondré la relación entre imaginario tecno social e ideología. El marco para el imaginario provenía de la matriz ideológica de la expansión del capitalismo industrial.

El capítulo tiene tres apartados. En el primero enhebro el hilo teórico de las categorías de imaginario tecno social, ideología y sujeto progresista. Mis datos históricos y etnográficos me

⁷⁰“(…) We can ask how actors with authority to shape the public imagination construct stories of progress in their programmatic statements and how they blend into these their expectations of science and technology” (Jasanoff 2015:26).

permiten sostener un diálogo matizado con algunas propuestas generalistas de la crítica marxista del discurso ideológico (Žižek 2003) y del nacionalismo como ideología (Adler Lomnitz et al 2001b). En el segundo apartado me adentro en el origen de las políticas de desarrollo regional en México y el modelo de desarrollo norteamericano por cuencas hidrológicas, los cuales son las plantillas desde donde se calca la edificación del corredor industrial en Jalisco.

En el tercero examino las visiones del imaginativo Yáñez y del pragmático Medina Ascencio. Estas visiones las extraigo de los recuentos históricos que narran su labor de constructores de infraestructuras (notas periodísticas, informes de gobierno) y busco elementos de sus visiones en unos cuantos de sus escritos disponibles. Dentro de este apartado tercero expongo el caso de José W. Torres, un terrateniente ligado a Poncitlán, político y editorialista del periódico *El Informador*, quien actualizaba en términos del “atraso” y el “progreso” las tensiones entre la imaginaria raza blanca alteña y los indígenas. Esto último lo hago con la intención de exponer que la misma matriz ideológica de la expansión del capitalismo industrial soporta tanto las intenciones loables de mejoramiento de la situación de las personas, así como la dominación de una clase sobre otra justificada por una supuesta superioridad racial, que se expresa en términos del lenguaje del imaginario del desarrollo. En el *ethos* profundo tapatío hay una creencia manifiesta en que Guadalajara es un núcleo de gente blanca en México. Tales ideologías aparecen y se ocultan en medio de estos esfuerzos por industrializar al país en el periodo de 1950-1970.

III.A Relación de ideología e imaginario tecno social

Es posible suponer a partir de las reflexiones del filósofo marxista Slavoj Žižek: “La existencia de una ideología en tanto matriz generativa que regula la relación entre lo visible y lo no visible, entre lo imaginable y lo no imaginable, así como los cambios producidos en esta relación” (2003:7). Esa matriz es el capitalismo industrial, el cual es el punto de partida y el límite efectivo del imaginario tecno social del progreso en el periodo contemplado. Žižek argumenta que el empleo negligente de ideología opone artificialmente realidad—verdadera—frente a representación—falsa realidad. No obstante, en “el espacio ideológico” el contenido “verdadero” o “falso” de los discursos es secundario a su “función respecto de alguna relación de dominación social (‘poder’, ‘explotación’). De hecho, si las consignas enunciadas son verdaderas, esto es “mucho mejor para el efecto ideológico” (2003: 15), ya que “*la lógica misma de la legitimación de la relación de dominación debe permanecer oculta para ser efectiva*” (Žižek 2003:15)⁷¹.

⁷¹ Cursivas en el original.

Un imaginario tecno social, sin embargo, no es necesariamente una ideología, aunque potencialmente su divulgación pueda derivar en un efecto ideológico o de justificación de la dominación. Para autores como el historiador Gilbert Rist el “desarrollo” es más un fenómeno de orden “religioso” y menos de orden ideológico. Para los creyentes, el “desarrollo” es una “certeza colectiva”, la cual puede ser debatible en privado, pero sería impropio dudar de su validez en público. En cambio, una ideología es siempre debatible en la esfera pública⁷² (2008: 22). Aquí no espero zanjar esta discusión, pero cuatro críticas se pueden elaborar para ajustarla a los objetivos de esta tesis.

Primero, el punto fundamental es que no parece haber ocultamiento en el periodo 1950-1970, sino, por el contrario, una manifiesta visibilidad de los planes para instalar el capitalismo industrial en Jalisco. Inclusive, en la década de 1960 el racismo de ciertos representantes de la elite, que asimilaba el desarrollo industrial a las aptitudes innatas de una supuesta raza blanca originaria de Los Altos de Jalisco, era parte de la esfera pública. Una prueba de esta visibilidad es la propaganda periodística, radiofónica y televisiva. Por ejemplo, el periódico jalisciense *El Informador*, que además de comunicar al público, operó como un canal propagandístico de las visiones de los gobernadores. En Poncitlán se distribuía y leía este tabloide, aunque, es dificultoso determinar el grado de penetración de los mensajes de este “aparato ideológico el Estado” en los lectores (Althusser 2003: 125).

Segundo, una de las flaquezas de las propuestas de estos apologistas del análisis de la ideología es que “se enfocan en el lenguaje y se asocian menos directamente con la acción y el performance o con la materialización a través de la tecnología”⁷³ (Jasanoff 2015: 20). Más lejos que el simple discurso, los sueños de industrialización, incompletos e insuficientes, eventualmente se materializaron en fábricas, carreteras, puentes, plantas de luz, escuelas y comercios. Estas eran visiones que daban certeza de su efectividad al materializarse.

Tercero, el pensamiento crítico, además, suele sucumbir a las quejas agrestes en contra de la ideología, sin apenas evaluar lo que sucedió en la realidad. Marshall Berman expresa correctamente que los pensadores de la modernización en el siglo XIX “(...) lucharon exhaustivamente con sus ambigüedades y contradicciones”; en ese sentido, “sus autoparodias y tensiones interiores eran algunas de las fuentes de su poder creativo”. Mientras que, sus colegas

⁷² “But social beliefs (...) are a kind of collective certainty; their concrete forms may be debatable, and they may even be doubted in private, but it would be improper to question their validity in public” (Rist 2008:22).

⁷³ “Ideology usually focuses on language and is less directly associated with action and performance or with materialization through technology” (Jasanoff 2015: 20).

del siglo XX, “(...) hacen polarizaciones más rígidas y generalizaciones categóricas” de las consecuencias negativas del capitalismo modernizante en la vida de las personas.

Cuarto, como señala Gilbert Rist (2008), dependiendo del punto de vista que se adopte, el “desarrollo” significará cuestiones distintas. Desde el punto de vista del “desarrollador” las intenciones parecerán loables (Rist 2008:2). Desde esa perspectiva, las buenas intenciones de gobernadores y la lógica de acumulación del capitalismo conforman dos elementos que parten de la misma matriz ideológica, pero sus efectos de realidad deben ser estudiados histórica y etnográficamente. Este deslizamiento entre las supuestas virtudes de la honradez y la mera ganancia, que tiende a ser captado como hipocresía, ya lo había comprendido Max Weber. El ilustre alemán cita los axiomas morales del norteamericano Benjamin Franklin como ejemplo de este doble rasero: “La honradez es *útil* porque proporciona crédito; también lo proporciona la puntualidad, etc.” (Weber 2004:60). Es decir, ciertas virtudes adquieren utilidad en el capitalismo, pero esto no demerita necesariamente la sinceridad de quienes las predicán. En ese predicamento están enredadas las intenciones loables de los actores y el soporte ideológico al capitalismo.

A partir de esas críticas propongo evaluar etnográfica e históricamente el progreso, la modernización y el desarrollo como prácticas de imaginar un modo de vida futuro, que van de los imaginarios a la concretización. Tal como propone Jasanoff con la noción de coproducción de sociedad e imaginario: “Las maneras en las cuales conocemos y representamos el mundo (tanto natural como social) son inseparables de los modos que elegimos para vivir en ese mundo” (Jasanoff 2004:2). En palabras de Arjun Appadurai: “La imaginación es un escenario para la acción” y no es solo una operación mentalística (2001: 23). Estos discursos y planes del “progreso” y el “desarrollo económico” en el periodo 1950-1970 se difundieron como un modelo de vida alternativo, que superaría el estado lamentable de hambre y miseria en el cual estaban empantanados quienes gastaban sus fuerzas en el trabajo agrícola. En 1950, esto suponía el 82.41% (2574 personas) del total de la fuerza de trabajo del municipio de Poncitlán (3124 personas) (INEGI 1950). La edificación de fábricas no tuvo el efecto de mejoramiento esperado en el municipio, pero sirvió para realizar la acción progresista de las elites tapatías.

III.A.1 Coproducción: imaginario del desarrollo y concretización jalisciense

La obra de Benedict Anderson supuso el establecimiento de un campo de estudio bajo la premisa de que las sociedades elaboran imágenes colectivas de ellas mismas. La ideología supondría la operación nefasta de justificar la dominación de una clase sobre la otra con base en estas imágenes

de la sociedad. En cambio, el concepto de imaginario socio técnico precisa que las categorías y su concretización se coproducen, es decir, se construyen a la par. El énfasis, entonces, radica en estudiar cómo se materializaron los términos de “progreso”, “desarrollo” y “modernización”, los cuales representan justificaciones y narraciones de cómo sería una nueva vida en el futuro.

Estos relatos provenían de una esfera pública mundial donde se estipulaba la transformación del mundo gracias a la modernización basada en un supuesto estilo de vida norteamericano, inherentemente “moderno”, “democrático” y “liberador”, que se caracterizaba por la racionalidad; eficiencia tecnocientífica que se traducía en “fábricas, automóviles, teléfonos, radio, televisión, programas espaciales y por supuesto el poder nuclear”⁷⁴ (Winner 1989:20). Estos paquetes de estilo de vida norteamericano se divulgaron conjuntamente al *Plan Marshall* para la reconstrucción de Europa, la doctrina Truman y el “plan de 4 puntos”, una serie de políticas exteriores estadounidenses implementadas para contrarrestar la influencia de la URSS en los países del mundo (Winterhalt 2018).

A partir de lo anterior, es necesario entender estas políticas de desarrollo regional como parte de las acciones geopolíticas de la Guerra Fría. Estados Unidos externalizó un modelo de “desarrollo económico”, sustentado en el imaginario tecno social, cuando dentro de sus fronteras otros imaginarios eclosionaron en la esfera pública como alternativas a la “modernización”. Uno de estos, que vaticinaba *el fin del trabajo y la expansión atómica y robótica*, imaginaba una tendencia universal hacia la disminución de la ocupación industrial provocada por el “automatismo de la industria de base de energía atómica o de las operaciones realizadas por telemanipulaciones” (Friedman y Müller 1963:902). Otros imaginarios iniciaban el descrédito del capitalismo como forma de vida desde la contracultura, los movimientos de izquierda, los feminismos y el movimiento ecologista (Jameson 2004:18). Al interior de Estados Unidos el modelo se cuestionó; no obstante, el “desarrollo” se exportó como la solución vital para países que, como México, fueron catalogados como “subdesarrollados”.

Obviamente, más allá de la suposición de que México es un mero imitador de los planes estadounidenses, existe una larga historia de cooperación y difusión entre ideas y proyectos mexicanos y norteamericanos que complican este panorama. Para algunos historiadores hubo un espacio común de discusión científica entre ambos países cuando menos desde finales del siglo XIX hasta la década de 1940 (Tenorio Trillo 1999). En el siglo XX, en el contexto de la industrialización

⁷⁴ “The factory system, automobile, telephone, radio, television, space program, and of course nuclear power have all at one time or another been described as democratizing, liberating forces” (Winner 1989:20).

mexicana, fue vital la colaboración entre el Instituto Mexicano de Investigación Tecnológica (IMIT) y la *Armour Research Foundation* (ARF), para elaborar respuestas a problemas conjuntos de los procesos industriales mexicanos y estadounidenses (Gómez- Gavarriato 2020).

La cuestión del corredor industrial Guadalajara-La Barca resume cómo se trajo a la realidad mexicana esta narración internacional del desarrollo. Se narró como una historia donde los gobernantes elevaron la calidad de vida de los jaliscienses mediante la creación de puestos de trabajo en fábricas. Pero estas narraciones no fueron solo palabras, se acompañaban con nuevas factorías, carreteras para mover los productos, presas para producir electricidad para la industria que daban muestra de que cómo el estilo de vida estaba siendo transformado efectivamente. En ese sentido, para las personas iletradas fue más sencillo compartir estas visiones de nociones abstractas al ser materializadas en obras e infraestructuras: “Ellas prometieron desde hace tiempo modernidad, desarrollo, progreso, y libertad a las personas alrededor del mundo” ⁷⁵ (Appel et al 2018: 3).

III.B Regionalización para el desarrollo, entre el imaginario y la necesidad

El periodo 1950-1970 coincide con el “milagro mexicano” comprendido entre 1940 y 1970. Estos años de mejoramiento económico fueron consecuencia de varios factores, entre estos, la inversión estatal en infraestructura, las políticas de regionalización para el desarrollo y los acertados proyectos de desarrollo científico y tecnológico, encabezados por el Banco de México y el Instituto Mexicano de Investigaciones Tecnológicas (IMIT) (Gómez- Gavarriato 2020). En estas páginas deshiló las hebras de esta madeja del desarrollo al señalar de dónde vienen estas políticas y modelos y cómo se buscaron implementar en México. Realzo específicamente la cooperación del IMIT con instituciones científicas y tecnológicas estadounidenses y la inspiración del modelo de desarrollo de cuencas hidrológicas de Estados Unidos.

El vocabulario de la región, al parecer, se encontraba por igual en boca de personas comunes, académicos y políticos en el periodo de 1950-1970 (Rodríguez Sala 1960:231). Estas ideas iban y venían desde instituciones internacionales y nacionales a través de documentos y acuerdos. En un documento de la ONU, firmado por la Comisión Económica para América Latina, el Instituto de Planificación Económica y Social y la Oficina de Cooperación Técnica de las Naciones Unidas, se anota: “La política económica regional se ocupa de la movilización y la utilización de recursos para

⁷⁵ “Material infrastructures (...) are dense social, material, aesthetic, and political formations that are critical both to differentiated experiences of everyday life and to expectations of the future. They have long promised modernity, development, progress, and freedom to people all over the world” (Appel et al 2018: 3).

el desarrollo, visualizado geográficamente con el desarrollo de las regiones—o de una región determinada—de un país” (1971: 1). Este desarrollo regional debía armonizarse con las políticas nacionales con el énfasis puesto en el “uso económico del territorio” (ONU 1971:2); el aprovechamiento de los recursos “naturales” disponibles, la capacidad instalada de las industrias y la *utilización* de las personas (en su mayoría campesinos e indígenas) como mano de obra para las industrias, posteriormente como mercado de masas para las mercaderías y los medios de comunicación (Alba 1963:104).

Los primeros modelos de regionalización para el desarrollo principian en México a partir de las comisiones de cuencas hidrológicas en 1943. Supuestamente, el primer estándar detrás de los esfuerzos de desarrollo regional en Jalisco es el *Tennessee Valley Authority* (TVA), implantado en Estados Unidos luego de la Gran Depresión, según consigna el equipo de urbanistas e historiadores conformado por Juan Manuel Durán Juárez, Raquel Edith Partida Rocha y Alicia Torres Rodríguez (1999:109). El acta del TVA fue firmada el 18 de mayo de 1933 por el presidente estadounidense Franklin Delano Roosevelt (1882-1945). El TVA pretendía resolver problemas en Tennessee que eran similares a los del valle del río Santiago y otras cuencas mexicanas: “Inundaciones, suministro de electricidad a hogares y empresas y replantación de bosques. Otras responsabilidades de TVA escritas en la ley incluyeron mejorar los viajes en el río Tennessee y ayudar a desarrollar los negocios y la agricultura de la región”⁷⁶.

Lo más importante para el argumento de esta tesis es que estos esfuerzos generaron mixturas que transformaron regiones enteras en donde materializaba el “desarrollo”. En otras palabras, se reconfiguraban la naturaleza, la técnica y la sociedad. Al ignorar las divisiones arbitrarias de los estados, la regionalización proponía una nueva delimitación “con bases culturales y económicas” (Rodríguez Sala 1960:234), que acentuaba la interrelación de localidades en un ámbito supralocal llamado *región*. En la década de 1960 se proponía para estas “regiones” mexicanas un “capitalismo experimental”, caracterizado por las inversiones públicas y privadas en infraestructura e industria (Alba 1963: 108). En consonancia, la región se constituyó un lienzo poblado de espacio y de recursos donde esbozar el nuevo modelo de vida basado en la industria.

Según algunos autores tempranos de este paradigma de desarrollo la “región” se define como “un territorio que se presta a un análisis y a un proyecto para su desarrollo económico. El

⁷⁶ “(...) Such as flooding, providing electricity to homes and businesses, and replanting forests. Other TVA responsibilities written in the act included improving travel on the Tennessee River and helping develop the region’s business and farming”.

Tennessee Valley Authority Act (1933). Consultado de <https://www.ourdocuments.gov/doc.php?flash=false&doc=65#>

desarrollo económico regional está influido por los acontecimientos del pasado, las condiciones del presente y las *concepciones del futuro*” (Randall 1958:585). Explícitamente, estos autores conceptualizaron la región como una esfera de “posibilidades futuras”. Tal como plantea Jasanoff, lo anterior coincide con los objetivos de los imaginarios tecno sociales: “Enmarcan y representan futuros alternativos, vinculan tiempos pasados y futuros, habilitan o restringen acciones en el espacio y naturalizan formas de pensar sobre mundos posibles”⁷⁷ (Jasanoff 2015: 24).

Mas allá de las imaginaciones, los pensadores y políticos mexicanos coincidieron en promocionar estas políticas regionales de desarrollo para intentar resolver los desafíos del crecimiento demográfico de la década de 1960 y los problemas derivados de la industrialización de la Ciudad de México (Chonchol 1967; Moreno y Nahmad 1961). En consecuencia, el “nacionalismo económico” cuya meta era “la industrialización” hizo eco de los modelos estadounidenses de desarrollo regional. Dentro de este nacionalismo económico se subscribió la “tesis política” del “desarrollo nacional” (Hernández Moreno y Nahmad 1961: 147), la única alternativa que pudieron imaginar estos actores a partir de la matriz ideológica del capitalismo que propuso:

En países subdesarrollados es por regiones la forma viable de realización, puesto que permite en forma coordinada incrementar la producción de bienes a un ritmo más acelerado que el de los incrementos de la población y es posible entonces utilizar los excedentes del ingreso para el incremento del consumo de la misma (Hernández Moreno y Nahmad 1961:163).

En consecuencia, se planearon proyectos de industrialización regional, como el de Ciudad Sahagún en Hidalgo y el corredor industrial de Jalisco, empapados de los almíbaros de la constelación de la modernización. La política pública desde la década de 1940 y hasta 1980 se configuró dentro de este paradigma. En 1980 el presidente en turno sostenía lo siguiente: “De allí que el objetivo sea: ‘revertir el proceso de concentración poblacional en el altiplano y en las grandes ciudades congestionadas, para bajarla a los litorales en puertos industriales y distribuirlas, además, en las zonas de mayor potencial de nuestro territorio’” (José López Portillo 1980 en Pérez 1983:157).

III.B.1 El sueño de la investigación tecnocientífica para la industrialización

El Instituto Mexicano de Investigaciones Tecnológicas (IMIT) surge en estos ánimos del Estado por guiar el desarrollo económico de México con base a la ciencia y la técnica aplicadas a la industria.

⁷⁷“(…) By attending to the means by which imaginaries frame and represent alternative futures, link past and future times, enable or restrict actions in space, and naturalize ways of thinking about possible worlds” (Jasanoff 2015:24).

Las investigaciones aplicadas del IMIT son una de las principales causas del mejoramiento económico del “milagro mexicano” según la historiadora Aurora Gómez-Gavarríato (2020:1249). Los antecedentes del IMIT remiten a la cooperación entre México y Estados Unidos para el desarrollo industrial a finales de la Segunda Guerra Mundial.

Primeramente, el Banco de México comisionó a la *Armour Research Foundation* (ARF) un estudio sobre las condiciones de la industria en el país en 1944. Enseguida, a partir de este encargo, se llevó a cabo la Conferencia Mexicano-Americana en Investigación Industrial en la ciudad de Chicago del 30 de septiembre al 6 de octubre de 1945, “que tenía como propósito reunir a líderes en cuestiones industriales y educativas de ambos países para generar discusiones mutuamente benéficas” (Gómez-Gavarríato 2020: 1257). Esta empresa la “encabezaron Gustavo P. Serrano, secretario de Economía y, Eduardo Villaseñor, director general del Banco de México” (Gómez-Gavarríato 2020: 1257-1258). En su conferencia final, Eduardo Villaseñor, en sintonía con el ambiente reinante, aludió a un sueño industrial: “Relató que la noche anterior había soñado que se sacaba la lotería y que usaba ese dinero para crear en México un instituto de investigaciones industriales” (Gómez-Gavarríato 2020: 1265).

El 1 de junio de 1950 se constituyó el IMIT formalmente (Gómez-Gavarríato 2020:1273). El personal consistía en un equipo de científicos e ingenieros mexicanos y estadounidenses. Este acompañamiento estadounidense terminó en 1954 cuando el IMIT se independizó del ARF (Gómez-Gavarríato 2020:1283). El perfil del director es una muestra de cómo se valoraba la imaginación en estos puestos con miras a construir futuro. El director debería contar “con una formación técnica general, y con una iniciativa, habilidad e imaginación excepcionales” y que fuera joven, pues “la investigación es primordialmente un asunto de jóvenes”, y un joven es más adaptable a los cambios rápidos” (2020: 1270). Entre las labores que desempeñaba el IMIT, contaba con asesorías a las empresas, elaboraba informes sobre los cuales el Banco de México otorgaba préstamos e investigaba en áreas estratégicas en búsqueda de la sustitución de importaciones.

Al enumerar los proyectos que realizó el IMIT (130 entre 1950 y 1954) es posible observar la orientación de la ciencia y la técnica hacia el mejoramiento de los procesos industriales que involucraban la elaboración de productos a partir de la producción agrícola: desarrollo de harina de maíz nixtamalizado; estabilización nutricional de la harina de maíz nixtamalizado mediante mezcla de proteínas de soya, garbanzo y cacahuate; sustituto del carbón vegetal utilizando carbón semiantracítico de Oaxaca y carbón antracítico de Sonora; desarrollo de cera de los desechos de la industria del henequén; desarrollo de productos industriales a partir del garbanzo, tales como

almidón, proteínas, aceites o fibras; la desfibración del kenaf y el estudio de celulosa para papel (*Hibiscus cannabinus*) (Gómez-Gavarrato 2020: 1277). En otras palabras, las investigaciones implicaban cadenas de producciones que ligaban los centros industriales con el campo.

Entre sus logros más importantes se cuenta la producción de harina de maíz para la preparación de tortillas. De este modelo, posteriormente, se benefició la planta industrial de Maíz Industrializado S.A. (MINSA) e incluso la empresa *Quaker Oats*, establecida en Sherman, Texas y Los Ángeles, California. *Quaker* pagó regalías al IMIT durante quince años por la propiedad industrial de la patente (Gómez-Gavarrato 2020:1278).

En cuanto a los proyectos para empresas mexicanas reconocidas dentro de la industria de Jalisco, se encuentran los siguientes: Cervecería Moctezuma y tequilas Cuervo, Sauza y Herradura pidieron asistencia para mejorar sus respectivos procesos de producción. Industrias AGA “contrató al IMIT para resolver problemas del uso de nitrógeno líquido”. Celanese Mexicana, instalada en el corredor industrial, colaboró con el IMIT en diversos proyectos, entre ellos “el aprovechamiento en la manufactura de papel de los *linters* de algodón que se producían como desecho”⁷⁸. Por último, Bimbo solicitó al IMIT “un proceso de concentración al vacío que condujera a un material estable para ser fabricado durante la época de cosecha de la fresa y usado todo el año para la elaboración de mermelada con fines de exportación” (Gómez-Gavarrato 2020: 1293).

Otros autores consignan que la ciencia y la técnica se orientaron en forma de política pública hacia las “explotaciones forestales, agrícolas, ganaderas, a las empresas refinadores de petróleo y crudo y a la petroquímica, a las industrias siderúrgicas, a las de materiales de construcción, a las de comunicaciones y transportes y de suministro de energía eléctrica” (Ortega Mata 1966:556). Es ostensible, sin embargo, que entre 1976 y 1980 “la región petrolera comienza a recibir en forma creciente” “la inversión del sector industrial” (Pírez 1983: 167). Para esos años, en 1976 el IMIT “realizó 72 evaluaciones técnico-económicas y financieras de proyectos industriales con fines de crédito, que sumaban inversiones por 6982.5 millones de pesos” (Gómez-Gavarrato 2020:1298).

El declive de esta institución atañe a reformas constitucionales luego de la crisis de 1982. En la década de 1993 se promulgó la nueva ley del Banco de México, que limitó sus atribuciones al “combate de la inflación”. Por esa razón se eliminó el Departamento de Investigaciones Industriales del Banco de México y al año siguiente “el IMIT fue clausurado por Francisco Gil Díaz, quien entonces presidía el Banco de México” (Gómez-Gavarrato 2020:1303).

⁷⁸ *Línteres* son las fibras de algodón muy corta, que se adhieren a las semillas luego de que han sido separadas las fibras largas. Consultado de: <https://www.wgc.de/es/produkte/baumwoll-linters>

Vistas en conjunto, las soluciones a las dificultades de las empresas se estipularon como desencadenantes del mejoramiento general de la sociedad. Esto es así porque el imaginario socio técnico consideraba el modelo de la industrialización como la única salida viable para mejorar la economía. En consecuencia, “la industrialización como determinante de una nueva forma de vida abarcaba los aspectos todos de la vida económica y social” (Hernández Moreno y Nahmad 1961: 163). Estas industrias no solo representaban nuevas modalidades de producción, sino una total transformación del modo de vida de las comunidades y su correlato. Es decir, se presentaron como alternativas totales que impactarían en el trabajo, la vivienda, el consumo, el ocio, las comunicaciones, la sociabilidad y el tipo de persona—subjetividad—capaz de transitar en esta realidad que buscaba el progreso y el desarrollo económico. La labor de los políticos, en esa coyuntura, fue coordinar, encauzar y difundir las bondades de estos paquetes de “modernización”.

III.C Los sujetos del progreso

Los mandatarios mexicanos, investidos de pontífices imaginarios de la nación, llegaban a fusionarse con la noción del progreso y fueron controlados por su misma idea de futuro. En la propaganda que aparece en la Imagen III.A se pide a los tapatíos brindar una “magna recepción” al candidato a la presidencia Adolfo Ruiz Cortines en su visita a Guadalajara en 1951. La asimilación de estos personajes de la política como “símbolos de progreso” es una operación que ha sido poco explorada en el ámbito de la ideología y el nacionalismo. Larissa Adler Lomnitz⁷⁹, Claudio Lomnitz Adler e Ilya Adler escribieron sobre la construcción del candidato como “símbolo nacional” (2001b: 307), pero dejaron fuera de consideración la subjetivación de los mandatarios a los preceptos de la constelación de la modernización.

¿Qué significa que una persona sea empalmada metonímicamente con la noción abstracta de progreso?, ¿Cómo una persona real se transformaba en símbolo del progreso? Transmutarse en símbolo de progreso representa un proceso de subjetivación de los imaginarios tecno sociales del desarrollo. Este es un argumento similar al de Adler Lomnitz et al sobre la “construcción de la persona del presidente de la República” en las campañas presidenciales (2001:305): “Durante la campaña el candidato recorre México y recibe apoyo, quejas, peticiones y alabanzas de una gran diversidad de grupos e individuos, quienes reclaman posiciones de negociación privilegiadas” (Adler Lomnitz et al 2001: 305). En estos recorridos convence a los demás y se convence a él mismo de su

⁷⁹ En el libro que cito, la antropóloga Larissa Adler Milstein utiliza su apellido de casada, que es Adler Lomnitz, por tanto, la cita hace referencia a este último apelativo.

investidura. Una situación similar ocurría con estos gobernadores—Agustín Yáñez y Medina Ascencio—quienes trataron de persuadirse persuadiendo, que eran sujetos aptos para brindar el progreso, el desarrollo y la modernización, que eran capaces de imponer sus visiones de mejoramiento y encauzar a multitudes de actores humanos y no-humanos para conseguir sus objetivos.

Imagen III.A Extracto de propaganda del candidato Adolfo Ruiz Cortines en 1951

lo integran, invitan a todos sus correligionarios y al Pueblo de Jalisco sin distinción a tributar a nuestro Candidato C. DON ADOLFO RUIZ CORTINES una entusiasta y magna recepción tanto en esta Ciudad como en los demás lugares del Estado que visitará y hemos señalado.

DON ADOLFO RUIZ CORTINES es símbolo de progreso y de concordia para la familia mexicana y por ello todos debemos sostenerlo para su exaltación a la Primera Magistratura del País en bien de la Patria.

CAUSA RUIZ-CORTINISTA

de diciembre de 1951

Fuente: *El Informador*. Lunes 10 de diciembre de 1951

Para algunos promulgadores de esta matriz ideológica era claro que el desarrollo exigía una determinada subjetivación. Por ejemplo, ciertos representantes de la intelectualidad académica mexicana de la UNAM en 1960 declararon lo siguiente: Los políticos “han de confiar lo bastante en la eficiencia de su propia ideología y del espíritu revolucionario para estar seguros de que en ella y en él encontrarán soluciones que eviten sufrimientos e impidan injusticias” (Alba 1963:82). Este punto no debería causar extrañeza, esta relación del fenómeno interior del sujeto y las condiciones exteriores de la economía es parte del argumento de Max Weber (2004). En su archiconocido texto sobre la ética del capitalismo en Alemania, Weber argumenta que ciertos valores protestantes, los calvinistas en específico, podrían acunar una economía basada en la acumulación de capital.

Autores como Jack Goody desenmascaran el eurocentrismo de Weber al presentar esta ética como una característica de Occidente; otros investigadores constataron la existencia de la “ética protestante” entre los *jain* en India, los seguidores de Confucio en China y los Wahabís en el norte de África (Goody 2004: 62). Pero fundamentalmente, Weber estaba en lo correcto al relacionar subjetividad—interioridad—y economía—exterioridad.

Para los economistas y sociólogos de las instituciones de desarrollo durante el periodo de 1950-1970, la condición para que un país subdesarrollado formara parte de la comunidad del mundo de la modernización, consistió en la imitación de prácticas de exterioridad que producirán una interioridad característica. Al campesino y al indígena mexicanos se les demandaron conductas racionales, puntualidad, ahorro, apertura a las ideas nuevas, democracia, entre otras aptitudes. Como escribió el economista Alex Inkeles: “Es solo cuando el hombre ha experimentado un cambio de espíritu—ha adquirido ciertas nuevas formas de pensar, sentir y actuar—que llegamos a considerarlo verdaderamente moderno”⁸⁰ (1966:140).

Una cuestión similar indicó Joseph J. Spengler: “La capacidad para la modernización y el crecimiento auto sostenido se logra cuando las formas apropiadas de hacer se han internalizado en las mentes de los hombres, apoyadas por sanciones externas e incorporadas en repositorios de información públicos de la sociedad”⁸¹(1966:329). Al comentar las tempranas teorías de la modernización Samuel P. Huntington resumió los esquemas típicos de la subjetividad contrastiva entre el “hombre moderno” y el “hombre tradicional”:

El hombre tradicional es pasivo y condescendiente; él espera continuidad en la naturaleza y la sociedad y no cree en la capacidad del hombre para cambiarlas o controlarlas. El hombre moderno, por el contrario, cree tanto en la posibilidad como en la conveniencia del cambio, y confía en la capacidad del hombre para controlar el cambio y lograr sus propósitos⁸² (1966:287).

En México algunos ideólogos contrastaron la “personalidad básica del mexicano” con las “actitudes psicológico-sociales adecuadas” para el desarrollo. Al contrario de los ociosos e irresponsables

⁸⁰ “(...) It is only when man has undergone a change in spirit—has acquired certain new ways of thinking, feeling, and acting—that we come to consider him truly modern” (Inkeles 1966:140).

⁸¹ “Capability for self-sustaining modernization and growth is attained when appropriate ways of doing have become internalized in men’s minds, supported by external sanctions, and built into a society’s public repositories of information” (Spengler 1966:329).

⁸² “Traditional man is passive and acquiescent; he expects continuity in nature and society and does not believe in the capacity of man to change or to control either. Modern man, in contrast, believes in both the possibility and the desirability of change, and has confidence in the ability of man to control change so as to accomplish his purposes” (Huntington 1966:287).

mexicanos, para conseguir el desarrollo se requieren individuos de “personalidades desarrolladas, maduras en múltiples sentidos” (Uribe Villegas 1962:444-445). No menos se les exigió a los gobernadores, quienes debían encarnarse en carne propia estos ideales.

A continuación, examinaré las visiones hegemónicas de futuro de Agustín Yáñez y Medina Ascencio, sustentadas en la expansión industrial, difundidas en los periódicos y en otros textos. En estas informaciones es posible exhibir cómo los gobernadores se exhibían como símbolos del progreso.

III.C.1 Gobernadores y sus visiones de desarrollo en Jalisco

Jesús González Gallo (1947-1953), Agustín Yáñez Delgadillo (1953-1959), Juan Gil Preciado (1959-1964) y Francisco Medina Ascencio (1965-1971) “fueron quienes encabezaron el proceso de transformación de Jalisco” (Rueda Velázquez 2019: 73). Sus mandatos atraviesan el periodo 1947-1971, que coincide con los años del progreso para los poncitlenses. En este periodo hubo cierta continuidad en sus proyectos, que permitió la prolongación de elementos del imaginario de la constelación de la modernización a través de dos décadas. Estos personajes fueron notables organizadores de dispares agentes humanos y no-humanos (Latour 2013; 2012; 1988). De ellos se esperaban “los conocimientos más profundos—teóricos y prácticos—de la economía, y que vayan unidos: a una *imaginación* muy desarrollada que permita apreciar—con base en índices rudimentarios—la complejidad de una situación, y la mayor sensibilidad política” (Ahumada 1966:8).

Según el politólogo Roderic Ai Camp los intelectuales políticos mexicanos “asumieron ese papel con entusiasmo, creyendo que contribuían a la reconstrucción de un México nuevo y moderno” (1981:138). Estos transicionales gobernadores canalizaron las tendencias generales internacionales y nacionales hacia el desarrollo por regiones y la descentralización de la industria. Sobre todo, buscaron “esculpir los destinos de la nación” con modelos técnicos, económicos y sociales capaces de sostener un porvenir esplendoroso para los habitantes de Jalisco (Anderson 2007:84).

III.C.2 Yáñez, literatura, desarrollo regional y progreso

El crítico literario Mark D. Anderson propone que Agustín Yáñez (1904-1980) se presentó, en sus textos, entrevistas y discursos, como una “persona”—una subjetividad—que encarnó los ideales de la Revolución Mexicana, así como un modelo de ciudadano orientado al “cambio futuro” (2007:80, 82, 96). Lo que Anderson advierte como una tensión entre “universalismo” y “nacionalismo” es, sin

duda, la reinterpretación del imaginario universal del progreso como modelo regional (Anderson 2007:83). En última instancia, Yáñez encarnó el progreso y “esculpió” el destino de Jalisco mediante la aplicación local de soluciones de desarrollo, supuestamente universales.

Por cierto, no es mi objetivo presentar una explicación de la historia como resultado de los esfuerzos titánicos de individuos geniales. Al contrario, como “actores” los mandatarios “no [son] la fuente de la acción sino el blanco móvil de una enorme cantidad de entidades que convergen hacia [ellos]” (Latour 2008: 73). Dicho con otras palabras, en Yáñez convergen los anhelos del progreso, la fe en la técnica, la administración pública, los planes de modernización y desarrollo y la creación literaria. En su actividad desembocan los planes de desarrollo regional del periodo 1950-1970 para llevar a cabo la construcción de infraestructuras, que posteriormente decantó en la edificación del corredor industrial.

La vida de Yáñez conjugó en un solo proyecto su labor política y literaria (Anderson 2007:80). Desempeñó el cargo de Director de la Oficina de Radio de la Secretaría de Educación Pública (1932-1934) y jefe del Departamento de Bibliotecas y Archivos Económicos de la Secretaría de Hacienda (1934-1952). En 1953-1959 fue electo gobernador de Jalisco; enseguida subsecretario de la Presidencia entre 1962 y 1964, secretario de Educación Pública en 1964-1970 y ulteriormente, en 1977-1980, presidente de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos⁸³ (Glantz 1994). A sus cargos nacionales se debe sumar el haberse desempeñado como “jefe de la delegación mexicana a la decimoprimeras asamblea general de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO)”⁸⁴, durante el mandato del presidente de México Adolfo López Mateos—1958-1964 (SEP 2015).

El carácter transicional de la obra del escritor jalisciense es ilustrativo de la época de metamorfosis posrevolucionaria. Yáñez auscultaba las tensiones entre el modo de vida en las regiones rurales del país, que surgían de sus interconexiones con la “modernización”, “a partir de 1947 nos escribe Yáñez en su narrativa la transición del México tradicional a una sociedad moderna” (Vogt 2005:17). Un ejemplo de estas observaciones son sus escritos acerca de los sonidos de Guadalajara. El escritor realizó una “honrada historia de la ciudad” a través de los sonidos en su obra de 1943 *Genio y figuras de Guadalajara*.

⁸³ Para una lista amplia de sus cargos, sugiero la referencia que da Anderson (2007:83). Consultado de: <https://colnal.mx/integrantes/agustin-yanez/>

⁸⁴ Consultado de Secretaría de Educación Pública, 01 de enero de 2015, consultado de: <https://www.gob.mx/sep/acciones-y-programas/agustin-yanez>

Yáñez se vale de sus recuerdos provinciales para escribir una oda a los sonidos de la vida campirana de la ciudad de Guadalajara a punto de desaparecer. En su relato mezcla tanto los toques de campana de las iglesias, “por cuya lengua hablan los santos patronos”, como los automóviles y ruidos mecánicos de las factorías, asimismo las aves y la música de fonógrafos (Yáñez 2004 :37). Supo observar y plasmar cómo los sonidos habituales que marcaban el ritmo de la vida cotidiana iban siendo sustituidos por cadencias mecánicas, ruidos maquinistas, ondas electrónicas y tintineos de la sociedad de consumo naciente.

III. C.2.1 Coproducción, imaginación y gobierno

El 24 de septiembre de 1952 Yáñez fue agasajado con una cena para celebrar su ingreso como “miembro tutelar de El Colegio de México”. En su discurso de agradecimiento exclamó su visión de lo que consistía el gobierno: “Para acometer esa labor política que, por lo expuesto, no deja de ser, en realidad, labor de novelista, de un novelista que conjuga la realidad con la imaginación”⁸⁵ (1958: 26). La visión del escritor jalisciense descansaba en la suposición de que la “Patria” se encontraba envuelta en “una transformación que se asemeja a la de la realidad en la recreación del arte”. Estas palabras se asientan en el trasfondo de la planeación para el desarrollo. En especial, es notable cómo el escritor delega en la “imaginación” la construcción del “futuro” de Jalisco: “La imaginación, dilatando hacia el futuro las tareas del servicio social, imprime trayectorias a la realidad presente y al trabajo conjunto de los ciudadanos” (1958: 25-26).

Esas transformaciones suponían la coproducción de creación literaria como ensayística y como ratificación de modelos de progreso para Jalisco. En ese sentido, el ejercicio de planeación era similar a literatura, en cuanto a un “diseño, anticipado por la imaginación, de una realidad mejor” (1958:25). En la novela *La tierra pródiga* de 1960 Yáñez describió cómo los caciques de la Costa pelearon entre ellos por la hegemonía. En sus páginas relata cómo llegaban los “rumores” de un “proyecto” de desarrollo (133). “Seguían llegando máquinas (...). Derrumbaban árboles, rompían montañas, rellenaban abismos, inferían cicatriz permanente, honda, larga, en el paisaje”. Incluso el escritor anotaba cálculos presupuestales de obras como parte del relato (1960: 133, 184, 244-245). En la realidad la Comisión de Planeación de la Costa de Jalisco fue creada el 21 de septiembre de 1953 (DPEJ 1959:293). El objetivo consistía en “ligar el altiplano con la Costa y el puerto de Manzanillo. Ligándose así las áreas proveedoras de materias primas comestibles (...) con los

⁸⁵ Anderson cita a un par de autores quienes se percataron de esta relación de responsabilidad ciudadana y creatividad literaria: John S. Brushwood (1970) y Alfonso Rangel Guerra (1969).

principales centros de demanda. Estas obras, como las demás, incluyeron aportaciones ciudadanas: En Autlán de Navarro los usuarios “aceptaron aportar 10 millones de pesos para la pavimentación de la carretera” (DPEJ 1959: 163, 167).

La metáfora del “escultor” de la nación puede ser tomada casi literalmente aquí. Es ostensible que durante el mandato de Yáñez se levantaron las polvaredas del futuro al construirse cientos de kilómetros de carreteras, “445.5 km de nuevas carreteras pavimentadas, 67 km de terracerías y 1437 km de caminos vecinales, con un costo de \$143 millones”⁸⁶ (DPEJ 1959:159).

En específico, durante este gobierno se terminó de pavimentar la carretera federal Santa Rosa-La Barca, que es la conexión del futuro corredor industrial. Además de las vías de comunicación, “construyó o amplió 80 centros escolares” y “nuevos edificios, dotados de los adelantos técnicos modernos”, para las escuelas de Odontología, Economía y Politécnica en Guadalajara (DPEJ 1959: 74, 60). Otras grandes obras fueron terminadas, como presas, canales, obras hidráulicas y demás infraestructuras, las cuales requieren de la acción de obreros constructores, planeadores, arquitectos, ingenieros; tierra, cemento, agua y acero. Al final, como suele decirse, la “modernización” agujerea la tierra y levanta un edificio. No solo mediante el discurso ideológico, sino a través de coproducción narrativa y la transformación efectiva del paisaje jalisciense.

Estas nuevas asociaciones de elementos heterogéneos fueron contempladas como resultado directo de las visiones de mejoramiento de Yáñez. Para la edificación de la Casa de la Cultura Jalisciense en Guadalajara, se presume que “las ideas personales del Lic. Agustín Yáñez fueron desarrolladas por el Arq. Julio de la Peña” (DPEJ 1959:48). Por lo tanto, los mandatarios se focalizaban como los desencadenadores de la acción progresista. Como escriben Larissa Adler Lomnitz, Claudio Lomnitz y Ilya Adler para el contexto de las campañas presidenciales, estas prácticas por medio de las cuales se exhibe al gobernador modifican “la persona misma del [gobernador], ya que su historia personal se transforma en parte de la historia y sociedad nacional”, que es la historia del progreso (Adler-Lomnitz et al 2001b:306).

Este punto se deriva del anterior, ya que en los informes de gobierno se presentaban las pruebas de las capacidades de acción de los mandatarios. En estos documentos es donde realmente se resalta la condición de símbolos del progreso de estos sujetos. Los juristas hablan de estos informes de gobierno como ejercicios de rendición de cuentas: “La obligación permanente de los mandatarios o agentes para informar a sus mandantes o principales de los actos que llevan a cabo

⁸⁶ Dirección de Promoción Económica Jalisco (DPEJ).

como resultado de una delegación de autoridad, que se realiza mediante un contrato formal o informal y que implica sanciones en caso de incumplimiento” (2002:14). El libro publicado como informe de gobierno, titulado *Nueva Imagen de Jalisco* (1959), condensó la labor de Yáñez en su periodo de gobierno 1953-1959. Como se observa, el mismo título antecede la retórica visual en donde se mostró lo que vengo alegando aquí: Tanto la conversión de Yáñez en símbolo de progreso, como la narración de la acción material de la imaginación sobre el paisaje jalisciense.

En este libro las imágenes muestran dos temas generales. El primer tema son las transformaciones del paisaje: Tierra removida, agujeros, enormes caminos y presas, alambres, hierro. El segundo tema es Agustín Yáñez figurado cerca de la acción donde sucedían esas transformaciones. Se le representaba cercano a las multitudes porque se concebía: “Un gobernante que cate los designios colectivos y los encauce para fraguar una obra que merezca el recuerdo de las generaciones futuras, porque sea ejemplo de colaboración estrecha del pueblo con el Gobierno” (1958:14). En estos retratos apenas faltan ocasiones para inmortalizarlo a una distancia prudencial del presidente de la república Adolfo Ruiz Cortines, que en la escala jerárquica es el último y más alto eslabón imaginario del desencadenamiento del progreso y la modernización del país.

Imagen III.B Símbolos del progreso: Yáñez y Adolfo Ruiz Cortines en 1959



Fuente: *Nueva Imagen de Jalisco*, 1959:176

En la Imagen III.B es notable cómo se retrató al presidente Adolfo Ruiz Cortines (con corbata moño), “símbolo del progreso”, junto a Yáñez (segundo a partir de la izquierda), mientras recorren las obras de construcción de la carretera Guadalajara-Cihuatlán, que habría de comunicar la capital del estado con la costa del Océano Pacífico (1959:176). En esta representación visual cada elemento remite al contexto del progreso: el gobernador junto al presidente se representan como pruebas de progreso al estar supervisando una de las infraestructuras capitales para el desarrollo del estado de Jalisco, una carretera.

Imagen III.C Calles abiertas y agua en Guadalajara en 1959



Fuente: Nueva Imagen de Jalisco, 1959:44

En la Imagen III.C se capturan las calles abiertas del centro de Guadalajara. Abajo a la izquierda hay una presa y a la derecha un chorro de agua que brota de un tubo. Yáñez observaba la escena a lado de un niño y otros espectadores. Se sobreentiende que el paisaje se transformaba efectivamente gracias a la acción del gobernador. En ambas imágenes se reconstruye visualmente la acción de los gobernantes quienes construyen obras e infraestructuras, porque eso era parte sustancial de lo que se entendía como “progreso”. Asimismo, era parte fundamental de cómo los mandatarios se ungían con el aceite del “progreso” y la “modernización”.

Imagen III.D Agustín Yáñez en Poncitlán en 1953



Fuente: *El Informativo*. Sección Foto del Recuerdo. A partir del archivo personal de Luis Antonio Franco Acosta. Año XVI. No. 846. Domingo 20 de enero de 2019

Estas evidencias discursivas e históricas revelan cómo Yáñez entendía la coproducción de imaginación, gobierno y progreso y cómo sus seguidores estaban persuadidos de que era un sujeto progresista, quien cambió la faz de Jalisco con técnica y ciencia. A continuación, cierro este acápite describiendo porqué los poncitlenses consideraron a Yáñez un símbolo del progreso. En Poncitlán el escritor jalisciense inauguró la escuela primaria J. Jesús González Gallo el mes de abril de 1958 (Imagen III.D). Posteriormente, sus campañas en favor de la educación técnica en México erigieron

el ambiente oportuno para que los poncitlenses pidieran una escuela secundaria técnica en la cabecera. Con estas obras, este personaje se alineó con la elite poncitlense, para edificar la escuela técnica. Ambos, el gobernador y quienes pidieron por la institución educativa son considerados “hijos predilectos” o “símbolos del progreso”.

III.C.2.3 Yáñez en Poncitlán: educación técnica y primaria

Durante el periodo de gobierno de su colega Andrés Medina Ascencio (1965-1971), Yáñez fungió como Secretario de Educación de Jalisco. El escritor y político condensó los discursos internacionales, nacionales y regionales en una cuestión relevante: La promoción de la educación técnica. El lunes 27 de mayo de 1968, “(...) el Lic. Agustín Yáñez (...) declaró concretamente que al señor Presidente le interesa que Guadalajara se convierta en uno de los principales centros de enseñanza técnica de la República”⁸⁷. Ante las presiones geopolíticas de la *Alianza para el Progreso* y la inminente instalación del corredor industrial, promovieron la enseñanza técnica. A nivel internacional, la educación técnica estaba contemplada como el Punto 7 de la *Declaración a los pueblos de América y Carta de Punta del Este (Alianza para el Progreso)*:

7) Eliminar el analfabetismo en los adultos del Hemisferio y para 1970 asegurar un mínimo de seis años de educación primaria a todo niño en edad escolar de la América Latina: modernizar y ampliar los medios para la enseñanza secundaria vocacional técnica y superior, aumentar la capacidad para la investigación pura y aplicada, y proveer el personal capacitado que requieren las sociedades en rápido desarrollo⁸⁸ (1961).

Esta *Alianza para el Progreso* es parte de la respuesta americana a los esfuerzos del presidente norteamericano Harry S. Truman de propulsar al desarrollo a los países subdesarrollados a punta de técnica y ciencia modernas. Según David Robichaux (Comunicación personal, 2020), la *Alianza para el Progreso* es la respuesta estadounidense al modelo cubano de desarrollo y modernización implementado con el advenimiento del gobierno de Fidel Castro en 1959.

El lunes 1 de julio de 1968, Yáñez, en presencia de representantes del Congreso del Estado, militares y representantes de la UNESCO, presumió de 584 alumnos graduados de la Escuela Técnica Industrial 61 en Guadalajara. Entre los graduados se encontraban en especialidades como tejido mecánico, mecánica automotriz, soldadura y forja, especialistas en ajuste de banco y,

⁸⁷ *El Informador*. “Interés en que Guadalajara sea un gran centro de enseñanza técnica”, martes 28 de mayo de 1968. Año LI-Tomo CXCIV. Página 1.

⁸⁸1961. *Declaración de los pueblos de América y Carta de Punta del Este (Alianza para el Progreso)*. Consultado de: <http://www.memoriapoliticademexico.org/Textos/6Revolucion/1961-DPA-APE-APP.html>

destacablemente, cincuenta y dos especialistas en radio y televisión⁸⁹. La palabra “técnica” expresa la inmediata preparación de los jóvenes para el trabajo en el futuro corredor industrial. El modo de vida contemporáneo exigía la producción de técnicos de diferentes tipos. La educación tan solo reflejaba esta deriva hacia el mantenimiento de las máquinas, la electricidad, los motores, la contabilidad y la gerencia de las empresas. En estos años las carreras técnicas eran estimadas; al contrario de la actualidad, cuando los técnicos son vistos como profesionistas de segunda categoría.

Los periódicos difundían la proliferación de las nuevas escuelas técnicas. Inclusive, en sus páginas de anuncios publicaban promocionales de estos centros educativos de nivel medio superior en la ciudad de Guadalajara. Los prestigiosos colegios con nombres en inglés se sumaron a estos esfuerzos, como el Columbia *College* Panamericano⁹⁰ o las más modestas instituciones como la Secundaria Técnica Comercial, que ofrecían “colegiaturas económicas”⁹¹. Aparecieron, asimismo, centros técnicos con carreras exclusivas para mujeres, como secretaria y auxiliar de contabilidad, como es la Escuela Técnica Industrial y Comercial No. 25⁹².

Yáñez estuvo en contacto con la elite poncitlense, miembros del Club de Leones—ricos empresarios y comerciantes—y ciertos personajes de la política local, quienes son recordados como “hijos predilectos de Poncitlán” por su labor para organizar el progreso, de quienes prestaré más detalles en el Capítulo IV.

El 25 de octubre de 1968 *El Informador* publicó una nota en donde consigna que se invertirían de seis a siete millones de pesos para la construcción de la escuela Secundaria Técnica ETIC 116 en Poncitlán. “Esta localidad será un pivote para el desarrollo de la zona que comprende cinco municipios (...). Los diversos sectores de la localidad mostraron su entusiasmo ante la idea de hacer progresar no sólo este municipio sino el llamado ‘corredor de la Ciénega’, que comprende municipios ribereños relacionados con el desarrollo de la región”. Este centro educativo se contempló funcionalmente para atender la demanda de técnicos para las industrias del corredor industrial y para brindar empleo a la fuerza de trabajo poncitlense.

La noticia destapó a Poncitlán como un candidato a convertirse en un futuro núcleo educativo regional. Esta visión a futuro inflamó los ánimos locales, dada la posición histórica

⁸⁹ *El Informador*. Lunes 1 de julio de 1968. “Más de 500 graduados en la Escuela Técnica Industrial Federal No.61”. Año LI. Tomo CXCVI. Página 1-A.

⁹⁰ *El Informador*. “Columbia *College* Panamericano (...). Técnico en electrónica, radio y televisión”. Domingo 7 de agosto de 1966. Página 3-A.

⁹¹ *El Informador*. “Secundaria Técnica Comercial”. Domingo 5 de septiembre de 1965. Página 6-B.

⁹² *El Informador*. “En Agosto inicia su matrícula la industrial No. 25”. Jueves 25 de julio de 1968.

subordinada de la cabecera a las ciudades de Ocotlán y La Barca. En esos años era presidente municipal Gerardo Becerra y presidente del Patronato para recaudar fondos José Luis Guerrero:

Don Miguel Montes, así nomás, puso una cuarta parte del monto [según el periódico *El Informador* donó 50 mil pesos en la década de 1960, que en realidad corresponde con la décima parte del presupuesto]⁹³, por conducto de sus agentes de ventas y [gracias] a la amistad que tenía con el gerente de Celanese⁹⁴, completaron la mitad; la parroquia con limosnas y el pueblo en general se comprometieron a completar el resto, con rifas, eventos del cine, etc. Parecería que no se podía cumplir y, Don Salvador [Flores] desde su oficina de la unión ganadera local, les pedía una ayuda de “ahuevo” a todos los que iban a que les autorizara facturas para vender ganado, se aceptaba desde un huevo de gallina, de pato, de guajolote, de lo que fuera, hasta chivos, borregos, becerros y hasta vacas” (Martínez s.f. 34).

Los miembros del Patronato fueron: “Presidente Sr. José Luis Guerrero; Presidente Honorario, Dr. Enrique G. de León López; secretario, Prof. Roberto García Talavera y Tesorero, Miguel Montes Castellanos”. El martes 21 de octubre de 1969 *El Informador* divulgó que la escuela secundaria había sido atraída al municipio por la insistencia de los integrantes del Club de Leones⁹⁵ de Poncitlán. A partir del “(...) panorama social de la región y viendo que Poncitlán está situado en la parte central de la llamada Zona Industrial de la cuenca del río Lerma [Santiago], entre La Barca y Guadalajara, [se] acordó la construcción de una escuela secundaria técnica industrial”.

Luego de tres años, “fue aprobado el proyecto con las condiciones siguientes: Tener disponibles urbanizados, agua potable, drenaje en una zona adecuada de 33,000 metros cuadrados de terreno, y la cantidad de \$500,000.00”. En la fecha de la publicación del periódico, los poncitlenses habían reunido 400 mil pesos y había sido levantado el primer edificio del plantel. La ahora Secundaria Técnica Número 6 se terminó en 1978. Varias personas de la cabecera nacidas a partir de 1950, como el fotógrafo Raúl Martínez, palparon el éxito de este proyecto, que vinculó a Poncitlán con los ánimos nacionales e internacionales de difusión de la educación técnica en los países subdesarrollados

⁹³ *El Informador*. “Construirán un centro técnico en Poncitlán”. Martes 21 de octubre de 1969. Página 11-B.

⁹⁴ Celanese mexicana, si bien está ubicada en el municipio de Poncitlán, incentivó la economía en la ciudad de Ocotlán.

⁹⁵ En su página oficial el *Lions International*: “Los Leones servimos. Es así de sencillo y lo ha sido desde que empezamos en 1917. Nuestros clubes son lugares donde los individuos dedican tiempo y esfuerzo a mejorar sus comunidades y el mundo”. Consultado de: <https://www.lionsclubs.org/es/discover-our-clubs/mission-and-history>

En las páginas anteriores argumenté que Agustín Yáñez se transformó en un símbolo del progreso en Jalisco mediante su encarnación de la matriz ideológica del capitalismo industrial. En términos de la coproducción (Jasanoff 2015) de narración y sociedad, el escritor y político jalisciense explícitamente defendía que su labor de gobernante equivalía a la creación literaria artística. En sus actividades fue posible alumbrar las acciones de elementos heterogéneos que fueron asociados para crear las infraestructuras que son los cimientos del posterior corredor industrial.

III.C.3 Sueños industriales: Francisco Medina Ascencio

Andrés Medina Ascencio (1910-1993) es el divulgador de una visión de mejoramiento a futuro basada en el modelo de la industrialización por regiones como panacea de los problemas sociales. Nació en Los Altos de Jalisco, en Arandas, en 1910, al filo de la Revolución. Estudió abogacía en la Universidad de Guadalajara. Escribió su tesis sobre Hitler y Mussolini en 1934, un momento en que un sector de la elite de Guadalajara simpatizó con el fascismo: “Según el futuro gobernador de Jalisco ayer estaban con Mussolini ‘sólo unos; ahora, unos solos no están con él’”. (González Navarro 2003: 179). Además, publicó dos libros endemoniadamente difíciles de conseguir: *Vidas forjadas* y *Vocación heroica*.

La carrera política de este gobernador es larga, relacionada con las cuestiones técnicas y la “modernización”. En 1936 se empleó en el área de pensiones federales del Banco de México. Como he señalado anteriormente, el Banco de México era uno de los pilares de la investigación tecnocientífica en México, junto con el Instituto Mexicano de Investigaciones Tecnológicas (IMIT). Medina Ascencio ostentó el cargo de Director de Economía y Hacienda durante la gubernatura de Yáñez (1953-1959) hasta su elección como presidente municipal de Guadalajara en el trienio 1963-1965, coincidiendo con el periodo del mandato del gobernador Juan Gil Preciado (1959-1964). Con frecuencia apareció retratado al lado de Yáñez en las giras y supervisiones de obras públicas. Gobernó Jalisco de 1965 a 1971 y a partir de 1972 fue embajador en Italia, Túnez y la FAO. Su trayectoria incluyó la formación de la entidad paraestatal Servicios Metropolitanos, que operó en la Ciudad de México en 1976, y fue miembro del consejo coordinador del Conalep de los estados de Jalisco, Nayarit, Colima y Aguascalientes (Fomentar 2016).

Medina Ascencio se presentaba como un técnico. Si bien no hablaba directamente de su persona, el gobernador redactó en un pequeño ensayo sobre el tema de los municipios mexicanos una definición de un administrador municipal, que alude a su propia trayectoria política en diversos cargos públicos:

El administrador municipal nunca puede ser considerado un político, sino un técnico; como un gerente empresarial que no es dueño del negocio ni menos un controlador de funciones, sino un conocedor administrativo que sabe y conoce (...) todos los vericuetos y caminos de la vida municipal y de los elementos que le dan satisfacción a los habitantes en los servicios diversos que sostiene y mantiene una municipalidad, según Adolfo Posada en su obra *El régimen municipal de la ciudad moderna* (1988: 116).

Se rinde pleitesía a este personaje, entre otras cosas, porque fundó la Casa Hogar para niños desamparados en Guadalajara en 1959. Pero en especial, sobresale por su labor constructora, que como Yáñez, levantó las polvaredas del futuro. Gestionó la construcción del Aeropuerto Internacional, el gasoducto Salamanca-Guadalajara y más de 700 aulas escolares.

En específico se recuerda su labor en pro de la modernización y el progreso porque coadyuvó a la conexión del sistema estatal de luz eléctrica con el sistema nacional. El sistema estatal de luz eléctrica, dependiente de la Nueva Compañía Eléctrica de Chapala, arriesgaba el proyecto urbano e industrial de Jalisco debido a los apagones causados por la baja producción eléctrica. Desde la década de 1945 y hasta la década de 1960 la región sufrió de una severa sequía. Por eso, la productividad de la Nueva Compañía que aprovechaba la fuerza hidráulica del río Santiago estaba en aprietos. En 1968, la Nueva Compañía “es absorbida, para formar parte de la Comisión Federal de Electricidad (CFE)” (Duran et al 1999: 114).

Dentro de sus logros, Medina Ascencio impulsó un templo del consumo en Guadalajara motivando la realización del centro comercial Plaza del Sol, “impulsando a empresarios Jaliscienses para su creación”⁹⁶. Sin embargo, el corredor Industrial se vislumbra como su obra magna. En este proyecto difuso convergen el empuje internacional del modelo de desarrollo por regiones basado en la industrialización, las políticas nacionales de descentralización industrial y los ánimos nacionalistas que prometieron el progreso.

III.C.3.1 El corredor industrial

Sueños: “El corredor industrial de Jalisco no es sólo un esquema del futuro, sino una realidad en proceso de desarrollo”⁹⁷. Esta forma de plantear al corredor como un esquema de futuro es típico de los imaginarios tecno sociales. Ya que estos “enmarcan y representan futuros alternativos, ligan

⁹⁶ *Ojo Político*. Consultado de: <http://www.nnc.mx/categoria/portada/ojo-politico/104817>

⁹⁷ *El Informador*. Martes 18 de marzo de 1969: Página 2-C.

los tiempos pasados y los futuros, permiten o restringen la acción en el espacio, y naturalizan maneras de pensar acerca de los mundos posibles”⁹⁸ (Jasanoff 2015:24).

La “mega retórica del desarrollismo” como lo llama Arjun Appadurai (2001) consiste en la expresión pública de elementos del imaginario tecno social en la promoción que realizaron el ejecutivo y su equipo del corredor industrial. Fue una visión de mejoramiento de Jalisco basada en la industrialización, en consonancia con las políticas nacionales de desarrollo regional y los soportes técnicos internacionales a los países subdesarrollados y la urgencia por evitar la super concentración industrial como pasaba en el entonces Distrito Federal⁹⁹.

Medina Ascencio aludió a la *necesidad* del “desarrollo” en las siguientes palabras: “Jalisco está obligado a incrementar su desarrollo económico, urgentemente, no sólo por el prurito de industrializarse, sino por la primera razón básica de nuestro crecimiento demográfico explosivo de 8.2 por ciento anual en Guadalajara y de 4.3 por ciento en todo el Estado, para tener lo necesario y que nuestra población viva con la dignidad que requiere cada mexicano”¹⁰⁰. El gobernador justificó la “obligación” del “desarrollo” con los datos sobre crecimiento demográfico, en sintonía con las justificaciones de los economistas y políticos nacionales.

Se sumaron a estos esfuerzos en pro de la industrialización de Medina Ascencio, la Comisión Lerma-Chapala-Santiago—de la cual el gobernador era miembro—que nació en 1950 para resolver las dificultades del uso y aprovechamiento del agua. Asimismo, para “armonizar la programación regional con la problemática de desarrollo nacional” se “creó el Plan Lerma Asistencia Técnica (PLAT)”. Ambos planes se inspiraban el *Tennessee Valley Authority* (TVA), modelo de desarrollo por cuencas hidráulicas de Estados Unidos (Durán et al 1999: 110).

Tales visiones abstractas de progreso, desarrollo y modernización adquirieron solidez en planes, proyectos, giras y obras públicas. En la Imagen III.E de la página siguiente aparece el mandatario cuando exponía un mapa con la división regional para el desarrollo de Jalisco en 1969. Junto a la mano derecha del gobernador, se observa una línea oscura gruesa que representa el trazo imaginario del corredor industrial. Este se definió como “una franja de tierra que se extiende por 90 kilómetros a partir de la población de El Salto, pasando por Atequiza, Poncitlán, Ocotlán, hasta llegar a La Barca. Su extensión asegura suficiente espacio para cualquier proceso de expansión”¹⁰¹.

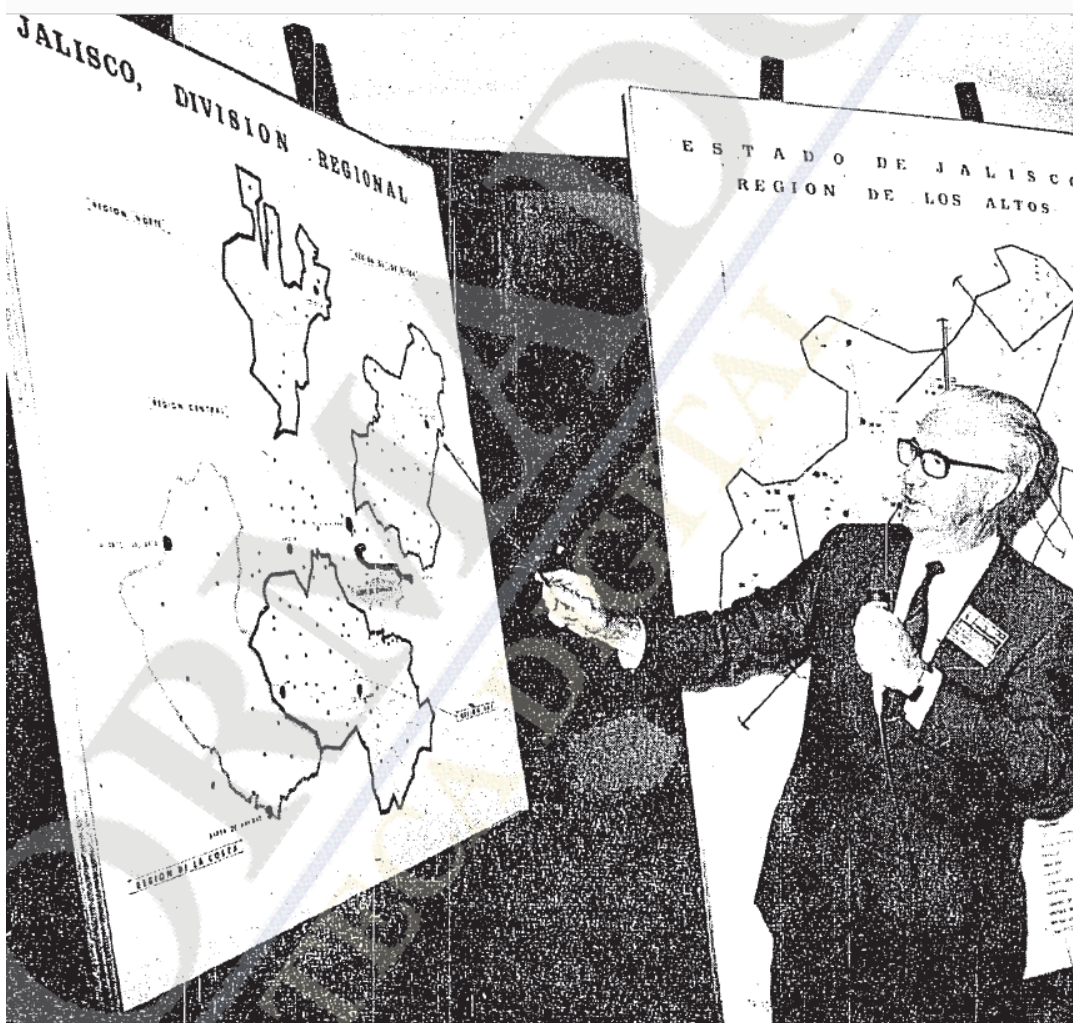
⁹⁸ “(...) By attending to the means by which imaginaries frame and represent alternative futures, link past and future times, enable or restrict actions in space, and naturalize ways of thinking about possible worlds” (Jasanoff 2015:24).

⁹⁹ *El Informador*. Sábado 5 de agosto de 1967. Página 2-A.

¹⁰⁰ *El Informador*. Martes 18 de marzo de 1969. Página 1.

¹⁰¹ *El Informador*. Martes 18 de marzo de 1969. Página 1.

Imagen III.E Francisco Medina Ascencio expone el mapa para el desarrollo de Jalisco en 1969



Fuente: *El Informador*, martes 18 de marzo de 1969

El lunes 7 de agosto de 1967 *El Informador* imprimió una nota, intitulada “Se hace la valoración de la futura región industrial Ocotlán-La Barca”¹⁰², cuyo contenido informaba sobre las Juntas de Promoción Industrial en las ciudades de La Barca y Ocotlán. Las juntas sirvieron de punto de encuentro entre los industriales y los agentes del Estado. Se reunieron Luis Urrutia, representante de Octavio Campos Salas, secretario de Industria y Comercio; Gustavo Balanzario presidente del Comité Organizador Pro-Industrialización de Ocotlán; Antonio Ruiz Equihua funcionario de Nacional

¹⁰² *El Informador*. Lunes 7 de agosto de 1967. En este cambio de nombre ya se advierte la vaguedad de esta visión en términos de un proyecto articulado.

Financiera (NANFINSA); Juan Manuel Flores Martín del Campo, presidente de la delegación de la Pequeña Propiedad Agrícola; Ernesto Negrete Páez, coordinador general del Comité de Promoción Industrial de Ocotlán; Alberto Gómez Salazar presidente municipal de Ocotlán y acompañando al ejecutivo Juan Delgado Navarro jefe de departamento de Economía.

En las exposiciones se pretendía convencer a los potenciales inversores de las bondades de estas aspiraciones industriales para el progreso. El sábado 5 de agosto de 1967 en el Club de Leones de Ocotlán Medina Ascencio: “Exhortó a todos los inversionistas a empujar el desarrollo industrial de Ocotlán, sin regateos y con mucha decisión, ofreciendo el 10 por ciento del capital de cada nueva industria para impulsarlas, en acciones negociables”. Luego de este impulso de promoción el Estado se retiraría de la inversión ¹⁰³. Un editorialista de *El Informador*, posiblemente José W. Torres¹⁰⁴, quien asistió como testigo, relata lo siguiente: “Nos llamó la atención la actitud del Gobernador Medina Ascencio, que se ha convertido en una verdadera fuerza espiritual en lo que respecta a su fe en el porvenir de Jalisco”. Este periodista loaba al mandatario por ser una fuerza espiritual del futuro y por sus aptitudes: “Plena posesión del poder”, “dominio moral absoluto”, “confianza en sí mismo” y porque sus proyectos “se basan en estudios y realidades”. En resumen: “Y Jalisco, con esa firmeza y esa fe de su Gobernante, se siente seguro también de su futuro y tiene confianza en él”¹⁰⁵.

Ante este público, se sugirieron los siguientes “productos susceptibles de comercialización”:

1. Obtención de harina de cereales de maíz y trigo, principalmente, almidón, fécula, gluten y harina de gluten (recuérdese los desarrollos exitosos del IMIT en este ramo).
2. Empacadora de frutas y legumbres.
3. Obtención de harina de legumbres.
4. Industrialización del maíz para la obtención de aceite, celulosa para fabricación de cartón; carbón y ácido piroleñoso; alcohol y aceite de fusel; pegamentos, *furfural*¹⁰⁶.
5. Industrialización de la cebada malteada.
6. Enlatado de carne de pescado de agua dulce.
7. Preparación de pescado seco y salado.
8. Aprovechamiento de desperdicios pesqueros para elaboración de fertilizantes.

¹⁰³ *El Informador*. Sábado 5 de agosto de 1967. Páginas 1-A y 2-A.

¹⁰⁴ Este personaje escribió durante años una sección editorial en *El Informador*. En la década de 1960 sus escritos sirvieron como propaganda de este proyecto, como expondré más adelante.

¹⁰⁵ *El Informador*. Miércoles 9 de agosto de 1967. Página 4-A.

¹⁰⁶ Aceite de fusel es un tipo de alcohol de uso industrial. Furfural es un aldehído derivado de subproductos del maíz, avena, trigo y aserrín. Se usa en la “fabricación de resinas sintéticas (...) intermediario químico y como solvente selectivo en la refinación de aceites lubricantes” (Becerra e Ibarra 1993:2).

9. Plantas pasteurizadoras de leche.
10. Obtención de caseína.
11. Forrajes y alimentos balanceados para aves y ganado.
12. Industrialización de vísceras de ganado bovino y porcino.
13. Industrialización de huesos, pezuñas y cuernos de ganado.
14. Producción de abono orgánico a base de basura y desperdicios.
15. Fabricación de tabiques de primera para construcción.
16. Fabricación de tubos de barro vitrificados.
17. Integración de la industria textil.
18. Diversas industrias de aprovechamiento de productos agropecuarios locales¹⁰⁷.

Durante esta gira Medina Ascencio visitaba en Ocotlán, La Barca y Poncitlán las obras que se enmarcaron como logros dentro de este cuadro de mejoramiento imaginario. En Poncitlán, hicieron antesala en el nuevo mercado municipal de 44 locales, que tuvo un costo de 284, 197.76 pesos. En especial, contemplaban en su gira a la fábrica de Dulces Montes, la cual se levantó en 1938 como la insignia de la modernización y el progreso poncitlense. Desde la cabecera, la comitiva del gobernador volaba en helicóptero hasta Zapotlán del Rey en donde se construiría otra escuela Secundaria Técnica Industrial¹⁰⁸.

Un año después, en 1968, *El Informador* exponía los resultados del estudio socioeconómico sobre la viabilidad del corredor industrial. Estos resultados son un derroche de optimismo por la abundancia de recursos, obras e infraestructuras. Se ensalzaron las conexiones carreteras entre el corredor y La Piedad-Sahuayo-Zamora-México y desde Ocotlán al sur de Los Altos de Jalisco por Tepatitlán de Morelos. El ferrocarril tendía su troncal de Ocotlán hacia Atotonilco el Alto y hasta Guadalajara. En aquella ciudad contaban con una pista aérea de 60x1600 metros. Orgullosos estaban de los 350 teléfonos locales, 5 líneas de larga distancia a Guadalajara, 1 a La Barca y otra a Yurécuaro, así como de las 12 líneas de telégrafo¹⁰⁹.

En el ramo de la energía eléctrica servían las subestaciones Cuitzeo y Anita, con capacidad de 39, 500 KVA. En los territorios aledaños a Ocotlán discurría el gasoducto Salamanca-Guadalajara. En cuanto a la disponibilidad del agua, se vanagloriaban de contar con uno de los sistemas hidráulicos de mayor envergadura del país, el sistema Santiago-Chapala. Este punto es importante,

¹⁰⁷ *El Informador*. Lunes 7 de agosto de 1967. Páginas 1-C y 2-C.

¹⁰⁸ *El Informador*. Sábado 5 de agosto de 1967. Página 1 y Página 2-A.

¹⁰⁹ *El Informador*. Miércoles 12 de junio de 1968. Página 12-C.

porque desde el siglo XIX las primeras industrias se instalaban en las orillas del río Santiago para aprovechar su fuerza hidráulica. Es en estas fechas, sin embargo, cuando el Santiago es convertido en la “alcantarilla del progreso” (MacCulligh 2017). “El río Santiago cuenta en este punto con capacidad permanente de absorción de drenajes industriales”¹¹⁰.

En cuanto a los *recursos* humanos de las comunidades, la mano de obra se presentaba como adaptable a las “exigencias de la industria moderna”. “El clima de las relaciones obrero-patronales se caracteriza por la tranquilidad constructiva producto de la capacidad de diálogo y la comunidad de objetivos”¹¹¹. Más relevantes les parecían las cifras de producción entre los municipios, producían en total: 19, 500 toneladas de maíz; 1, 300 toneladas de sorgo; 4400 de garbanzo y 420 toneladas de cebada malta. Los ganaderos contaban con 25 mil cabezas de ganado bovino; 10 mil cabezas de ganado porcino y 5000 de caprino¹¹². Recursos aprovechables por las fábricas.

Con objeto de adquirir hegemonía como centro educativo, como ya argumenté anteriormente, las elites de Poncitlán presentaban a Medina Ascencio la construcción de la Escuela Secundaria Industrial Técnica, “que sirva de base a la preparación de los elementos expertos que se utilicen en fábricas e industrias que se proyecten en los ya mencionados cuatro municipios”¹¹³.

Durante los años siguientes cada una de las obras concretadas en Jalisco apuntaba a su utilidad para ese proyecto. Por ejemplo, la subestación eléctrica núm. 2 en Guadalajara “tiene como objeto aumentar la capacidad de beneficio eléctrico para esa zona, y particularmente para gran parte del corredor industrial El Salto-La Barca”¹¹⁴. Aprovechando la algarabía, algunos propietarios intentaron vender terrenos ubicados en el corredor industrial. Un anuncio de ocasión ofertaba 900 hectáreas en Atequiza a 0.25\$ centavos de peso el metro cuadrado¹¹⁵.

III.C.3.2 Industrias instaladas, algunas cifras y relativo éxito en Poncitlán

En 1962 se instaló en Atequiza Cyanamid (ahora Cytec), empresa química. En 1962 se levantó en Atotonilquillo otra fábrica química, Ciba Geigy Mexicana. En 1967 se inauguró “la fábrica de Celulosa y Derivados (Crysel), productora de fibra acrílica” (MacCulligh 2017: 12-13). En 1969, José W. Torres brindaba a la luz pública unos datos sobre las empresas instaladas en el corredor industrial; estas

¹¹⁰ *El Informador*. Miércoles 12 de junio de 1968. Página 12-C.

¹¹¹ *El Informador*. Miércoles 12 de junio de 1968. Página 12-C.

¹¹² *El Informador*. Miércoles 12 de junio de 1968. Página 12-C.

¹¹³ *El Informador*. Lunes 28 de octubre de 1968. Páginas 1-C y 4-C.

¹¹⁴ *El Informador*. Viernes 12 de diciembre de 1969. Página 1.

¹¹⁵ *El Informador*. Viernes 12 de diciembre de 1969. Página 7-B.

informaciones deben ser tomadas con precauciones dada la tendencia propagandística de este editorialista.

La Cyanamid invertía en su empresa 25 millones de pesos, Ciba 7 millones. En La Barca había una de “productos lecheros” con 12 millones de pesos invertidos. Nestlé en Ocotlán, 180 millones, 300 empleados. En Poncitlán, La Celanese contaba con una inversión de 600 millones y ofrecía “ocupación a 1, 973 empleados”. Otra industria, “textil de fibras artificiales”, invertía 200 millones de pesos y daba empleo a 300 personas. Dulces Montes contaba con 4 millones de pesos en inversiones y ocupaba 130 personas. Ya en la zona de El Salto, cerca de Guadalajara, una factoría de fibras acrílicas invertía 237 millones de pesos y tenía 447 empleados. Por último, una industria textil, 24 millones de pesos y 650 empleados¹¹⁶.

“En 1972 las actividades más importantes en la totalidad del corredor eran diecisiete de las cuales ocho eran industrias químicas, cinco industrias alimenticias, una textil, dos metalmecánicas y una de productos de hule”. Tres años después, en 1975 según la *Guía Industrial de Jalisco* existían 38 empresas, cuya inversión era de “3 265 millones de pesos y generaban empleo para 9043 personas” (Durán et al 1999: 119).

No obstante, estas ilusiones se comprometieron ante la realidad de Poncitlán en donde la mayoría de la fuerza de trabajo seguía manteniéndose con los trabajos agrícolas. Las industrias fueron relevantes hasta finales de esa década, en mayor medida hasta después de 1980. En 1993 estos eran las industrias del corredor industrial y zonas comprendidas dentro del sistema hidrológico Lerma-Chapala-Santiago: Poncitlán contaba con 115 establecimientos, un personal ocupado de 2790 y una producción bruta de 810 717 pesos. Lo superaban La Barca (128 establecimientos); Chapala (142); El Salto (184) y Ocotlán (424). Por debajo se encontraban Ixtlahuacán de los Membrillos (61 establecimientos); Jamay (43) y Juanacatlán (19) (Duran et al 1999: 122).

Este despliegue industrial es considerado la obra de Medina Ascencio. Como he argumentado, la visión del corredor industrial representaba un “escenario para la acción” de las elites tapatías de políticos, industriales y comerciantes (Appadurai 2001 :23). En el siguiente apartado descubro cómo un personaje de ese círculo de la elite política reinterpreto los añejos conflictos entre las poblaciones de alteños e indígenas de Poncitlán conforme al imaginario del corredor industrial. Este es un caso de los efectos ideológicos diferenciados con que se relaciona el imaginario tecno social con la matriz ideológica del capitalismo.

¹¹⁶ *El Informador*. José W. Torres. “El corredor industrial de Jalisco y el Occidente de la República”. Domingo 6 de abril de 1969.

III.C.3.3 Aficionados a la industrialización: los Alteños

José W. Torres, editorialista, terrateniente y político jalisciense, representa el aspecto racista de la ideología del progreso y concluye imaginariamente que el futuro y el telos industrial le es inherente a la raza blanca jalisciense. Antes de tratar este tema es necesaria una digresión para entender la trayectoria de este agente. Este político poco estudiado nunca tuvo la celebridad de Yáñez y Medina Ascencio, pero su vida está igual de intrincada con los hechos revisados como la de sus congéneres famosos.

José W. Torres poseía un poco más de 380 has al sur de Poncitlán, cerca del lindero con el territorio de San Pedro Itzcán¹¹⁷. Según un documento sobre las acciones de restitución del ejido de la cabecera, José W. Torres viajó el 29 de enero de 1916 a la capital del estado para hacer constar la donación “voluntaria y gratuitamente” de 200 hectáreas para el nuevo ejido¹¹⁸. Sin embargo, en el Acta de posesión y deslinde el reparto le afectaba solo 100 hectáreas¹¹⁹. Este hombre fue uno de los *constituyentes*, quienes firmaron la Constitución de 1917 en el Congreso de Guadalajara. No obstante, en la década de 1920 promovió el surgimiento de la Cámara Nacional Agrícola, institución que se oponía al Artículo 27 y estaba en contra el reparto agrario en Jalisco (González Navarro: 23, 63). Según el historiador Moisés González Navarro, misteriosamente “se condonó” “su deuda en un predio de Poncitlán” (2003:329).

En cuanto al tema que atañe, “José W. Torres y otros atribuyeron la decadencia de los “indios” a su psicología: estaban destinados a desaparecer por agotamiento o por asimilación de razas superiores” (González Navarro 2003: 91). Si esto pensaba sobre los “indios”, en cambio, exaltaba de los alteños, grupo descendiente mayoritariamente de campesinos españoles que poblaron la región de Los Altos en el siglo XVI.

La población alteña de Jalisco constituye el núcleo más importante de raza blanca de toda la América Latina habiendo demostrado su superioridad a través de siglos en muchos aspectos conocidos de todos; su dinamismo, espíritu de lucha y tenacidad para el trabajo; sus campos de cultivo son los más pobres de Jalisco, pero su energía y capacitación, los hace que tengan un tipo de vida superior al de la clase campesina de otras zonas de tierras privilegiadas por su fertilidad¹²⁰.

¹¹⁷ AGN. Exp. 41. Legajo 3. Serie CCA. Acción restitución. Asunto. Trabajos técnicos informativos. Foja: 015.

¹¹⁸ AGN. Exp. 42 Legajo 4. Serie CCA. Acción Restitución. Foja 002.

¹¹⁹ AGN. Exp. 42 Legajo 4. Serie CCA. Acción Restitución. Foja 031-032.

¹²⁰ *El Informador*. “Seguimos con la industrialización de Jalisco”. Domingo 13 de agosto de 1967.

En sus editoriales claramente se nota la admiración de José W. Torres por Medina Ascencio, un alteño nacido en Arandas. Los nativos de Los Altos, prosigue: “Tienen mucha afición por la industrialización de los productos del campo, agrícolas y ganaderos”. Y llega a afirmar que la carretera entre Poncitlán—núcleo alteño—y San Pedro Itzcán—comunidad indígena—se construyó “con la finalidad de que todos los habitantes de Los Altos conozcan el perímetro de su zona (...) con lo cual todos los pobladores de Los Altos tendrán acceso fácil con el Lago que unificará la fase industrial con la turística”¹²¹.

Desde entonces las comunidades de la ribera de Chapala son consideradas tres signos bien esclarecidos: mano de obra para las empresas alteñas y mercado para las mercancías alteñas, zona apta para huertas de frutas y espacio turístico para los alteños y los turistas de la ciudad. Así se imaginaban los promotores del corredor industrial a la ribera: “7 kilómetros, 250 metros, con maravillosos panoramas y atardeceres y posibilidades amplias para adquirir terrenos para siembra o para construir; hacia Poncitlán muchos frutales”¹²².

Obviamente, esta no es una voz que representaba a la vasta mayoría de los jaliscienses adinerados, aunque sí a un amplio sector de Poncitlán y Guadalajara ligado a la pequeña propiedad y los negocios, con un fuerte sentimiento de ascendencia alteña, real o imaginaria. En términos de este imaginario Guadalajara se consideraba un santuario de gente blanca en México. En contraposición, el sur del país y de Jalisco estaba habitado por gente indígena morena. Como expuse en el Capítulo II esta geografía étnica imaginaria es una continuación de los añejos conflictos por la propiedad desde el siglo XVII.

Terratenientes como José W. Torres y algunos hacendados quienes seguían activos en los años inmediatamente posteriores a 1910 asociaron a los ejidatarios y el reparto agrario con el sur indígena. Este racismo ideológico pervivía y se expresaba implícitamente en el proyecto del corredor industrial con la participación de estos personajes como voces autorizadas de la esfera pública. Aunque Medina Ascencio coqueteó con la ideología del fascismo italiano en su juventud, no hay evidencia de que fuera abiertamente racista. En pocas palabras, se justificaba la dominación de la clase industrial y comercial jalisciense bajo el aspecto de la superioridad de la supuesta raza alteña. Lo anterior significa, en términos teóricos, que la matriz ideológica del capitalismo industrial se actualizaba dentro del imaginario tecno social del corredor industrial.

¹²¹ *El Informador*. “Seguimos con la industrialización de Jalisco”. Domingo 13 de agosto de 1967.

¹²² *El Informador*. “La región industrial de las riberas del lago de Chapala”. Domingo 4 de mayo de 1969. Página 4-A.

Consideraciones finales

En este capítulo he argumentado que Agustín Yáñez, Francisco Medina Ascencio y otros representantes de los grupos de elite de Jalisco delegaban en la teleología de la industria el mejoramiento futuro de la condición de los jaliscienses luego del periodo 1950-1970. El único modelo alternativo de futuro para Jalisco lo encontraban en el marco estrecho de la matriz ideológica del capitalismo industrial. Este imaginario descendía desde las políticas de desarrollo internacionales hasta el nacionalismo expresado como “desarrollo nacional” en México (Moreno y Nahmad 1961). De tal manera que los planes de desarrollo regional servían como bisagras entre los intereses de la expansión de la industria mundial, el nacionalismo y la autonomía relativa en las regiones. Aquí he sostenido que este esfuerzo de los políticos es un intento por controlar con la brida de la intención humana los procesos ya desbocados de transformación sociotécnica. En ese sentido es como el progreso devino actor y los gobernantes canales de su difusión.

Estos modelos totales de vida basados en la industrialización, se implementaron para solventar el crecimiento demográfico y los problemas derivados de la centralización de las industrias en la Ciudad de México. Algunas instituciones científicas y tecnológicas resultaban prometedoras para lograr los sueños de la industrialización, como el IMIT, pero las presiones políticas de las décadas posteriores a 1970 derivarían en su desaparición. Latour advierte adecuadamente que esta delegación de la agencia en las *cosas* es uno de los mecanismos de los poderosos para sostener su hegemonía (Latour 1988). Distribuciones adecuadas de redes de actores humanos y no humanos dan garantías a los grupos en el poder, con mayor solidez incluso, que los discursos ideológicos.

La teoría de los imaginarios tecno sociales también advierte de que es en las prácticas y la materialidad de las obras e infraestructuras en donde se encuentran las respuestas a la permanencia de ciertos grupos en el poder (Jasanoff 2015). Los representantes de estos grupos tienen la capacidad de difundir y persuadir a las poblaciones de que sus expectativas para el futuro interesan a toda la población. Y la prueba de su poder son las inmensas transformaciones del paisaje jalisciense por medio de carreteras, sistemas de luz eléctrica, presas, escuelas y demás presencias materiales del poder de los gobernantes. En espacios concretos lograban materializar las nociones abstractas de la constelación de la modernización.

Estas obras no solo fueron el producto de la megalomanía y la mega retórica de los mandatarios; fueron útiles para los ciudadanos, ya que estas construcciones les otorgaban la prueba fehaciente de la capacidad de sus gobernantes para brindar el “progreso” y el “desarrollo”. Sobre todo, las escuelas y carreteras, así como otras esferas de la “modernización”, permitieron en cierta

medida a las personas sentir la “cualidad vivencial” de la “modernización” (Appadurai 2001:25). Así, los gobernadores se transformaron en símbolos del progreso, en sujetos del progreso, capaces de cumplir sus promesas. Sus historias personales se funden con los relatos del progreso y el desarrollo (Adler Lomnitz et al 2001b). Sin embargo, para ello subsumen la labor de cientos de agentes humanos y no-humanos como pendientes de su capacidad individual.

Estas conclusiones necesitan ser matizadas enseguida. Ya he argumentado que la industrialización apenas representó unas cuantas fuentes de empleo en Poncitlán. Aquí me limité a describir, desde el punto de vista de las elites jaliscienses, qué significaba la constelación de la modernización y cómo buscaron materializar estas ideas abstractas en la realidad, mientras se persuadían persuadiendo de que eran sujetos de progreso. Es en específico este capítulo en donde se observa la coproducción de un discurso del “progreso” a través del desarrollo regional y la ejecución de esa visión en el corredor industrial, realidad y representación emergiendo a la vez, lo cual se bosqueja en cómo Agustín Yáñez concebía que gobernar y escribir novelas eran la misma actividad imaginativa y especulativa.

El corredor industrial extendió las dendritas de la ciudad y resolvió el destino de la región al instituir un cuasi-objeto o cuasi-sujeto que anuda la naturaleza, cultura, sociedad y técnica bajo la demanda del principio del desarrollo por la industria. En el siguiente acápite analizo cómo comprendían el progreso los representantes de la elite católica y comercial de Poncitlán.

CAPÍTULO IV. EL POZO Y LA VIRGEN: EL PROGRESO EN PONCITLÁN 1940-1950

En este capítulo examino cómo entendían el “progreso” en Poncitlán los representantes de la clase media y media alta católica. En el imaginario de este grupo ligado al clero local, a finales de la década de 1940 e inicios de 1950, acontecieron dos eventos trascendentales en Poncitlán. El primero fue la construcción de un pozo y una red de agua potable en 1948 y el segundo fue la Coronación Pontificia de La Virgen del Rosario como Reina de Poncitlán en 1950. En relación con el argumento de esta tesis, ambos sucesos daban fe a los poncitlenses de que el futuro había arribado a la cabecera, uno que todavía mezcla en una sola red la técnica y la religión. Así pues, la coordinación de los poncitlenses es muestra de las prácticas de anticipación y antelación que son fundamentales para la realización de los imaginarios (Bryant y Knight 2019; Appadurai 2016).

Los hechos descarnados son los siguientes: en 1947 se iniciaba la captación de las aguas de un manantial, el cual brotaba en la margen sur del río Santiago (del sistema hidrológico Lerma-Chapala-Santiago) cuando una cuadrilla de trabajadores e ingenieros del gobierno del estado dragaban el cauce, con el objetivo de incrementar el caudal, que disminuyó considerablemente a raíz de la extracción de agua para uso de los habitantes de Guadalajara y el aprovechamiento de la fuerza motriz hidráulica para producir electricidad. Para el cura de la parroquia de Poncitlán, Fernando Vargas Villalobos, el manantial explotaba gracias a la acción de la Divina Providencia y de la Virgen del Rosario, patrona de la cabecera.

Esta narración de los “acontecimientos cumbres”, como los describió Vargas Villalobos en su periódico local *El Paisano*, se convertiría en un mito fundacional del Poncitlán “moderno” y “ciudadino”. En esos años, entre 1947 y 1950 el semanario *El Paisano* documentaba cómo se ejecutaban las obras para el pozo y sistema de agua y también registraba la acciones de los poncitlenses en aras de reunir fondos para ejecutar la Coronación. Estos momentos de “intensificación” (un término de Vargas Villalobos, el cual explicaré a su debido momento) de la espiritualidad y la economía se transmitieron a través de libros de cronistas locales, y por medio de la oralidad, a las jóvenes generaciones como un relato del progreso. A partir de ello, el año de 1950 es recordado como un modelo de espiritualidad y civilidad para las generaciones de poncitlenses actuales, se rememora como una guía posible para el futuro de Poncitlán. En términos de la discusión sobre la antropología del futuro, este relato es evidencia de los “pasados colectivos” y la anticipación de un futuro posible (Bryant y Knight 2019: 17).

Así como en el capítulo anterior conferencí sobre la coproducción de ficción y realidad por medio del caso del corredor industrial, en este acápite, la primera parte del argumento es sobre la coproducción del mito fundacional de los acontecimientos cumbres y las transformaciones efectivas que se materializaban en la cabecera, que son inseparables. Los poncitlenses veían cómo se abrían las cañerías para el agua, cómo se engalanaba el templo para la Coronación, a su vez, leían, quienes sabían, en el periódico o escuchaban en las comunicaciones orales cómo se llevaban a cabo esas obras piadosas e infraestructurales. La segunda parte del argumento es acerca de los diferentes actores involucrados en estos entendimientos del progreso. Aquí es claro cómo la sociedad poncitlense estaba siendo edificada gracias a la asociación de actores heterogéneos (el manantial, el río Santiago, el pozo, la Providencia, la Virgen, los hijos predilectos, entre otros) (Latour 2012, 2008, 1988), que no suelen aparecer en los relatos del progreso promulgados por los gobernadores de Jalisco.

El punto fundamental es la existencia de actores quienes cuentan con el poder de difundir sus visiones a una población amplia. Los “acontecimientos cumbres” son entendibles como parte del imaginario tecno social local (Jasanoff 2015), cuya difusión de contenidos es medida del poder de actores sobre las visiones del porvenir en la cabecera. En Poncitlán, se atribuían las transformaciones progresistas a personajes distinguidos como “hijos predilectos”, una advocación similar a los “próceres de la patria” o a los “jaliscienses ilustres” en las retóricas nacionalistas. Estos son los héroes locales del progreso, quienes contaban con amistades políticas con los líderes de Guadalajara e incluso superaban en popularidad a los gobernadores Francisco Medina Ascencio y Agustín Yáñez.

Los héroes del progreso o hijos predilectos pertenecían a la elite católica o a los gremios de ganaderos y comerciantes. Algunos de ellos intentaron mejorar la condición de vida de los poncitlenses según sus visiones personales. Posiblemente el estudio de estos laureados líderes sirva para “comprender el proceso de formación de la burguesía” que encontraba en el progreso la razón de su identificación (Adler-Lomnitz y Pérez Lizaur 2001:185). En especial, los hijos predilectos contaban con dos espacios desde los cuales persuadir al público, el púlpito y el semanario referido, *El Paisano*. Ellas y ellos buscaban apuntalar el futuro poncitlense bajo dos certezas fundamentales, distintas aunque interrelacionadas, la confianza en la técnica y la fe en la intervención de Dios, por acción de la Providencia, en el mundo. Ambos aspectos estaban mezclados en el relato del progreso de Poncitlán.

Aquí resulta adecuado atender a la diferencia entre genealogía e historia planteada por Appadurai (2001), con el objetivo de captar las sutilezas de esta cuestión entre la aceptación de los discursos internacionales y nacionales de la constelación de la modernización y su reelaboración local en consonancia con la fe en la Virgen, Dios y La Providencia. La “historia” sirve para explicar las articulaciones entre las interpretaciones y prácticas locales con los discursos y materializaciones regionales. “La historia nos lleva hacia afuera, de modo de conectar los patrones de cambio a universos de interacción cada vez más grandes” (Appadurai 2001: 88). La construcción del pozo de agua potable coincide con la *historia* de los esfuerzos progresistas del Estado por solucionar los problemas de abastecimiento de agua potable, tanto en la ciudad de Guadalajara como en las localidades del extrarradio. Los mandatarios y los poncitlenses coincidían en ponderar la construcción de estas infraestructuras como elementos fundamentales de la vida mejorada en el futuro cercano.

En cambio, si la historia conduce hacia lo “exterior”, “la genealogía conduce hacia adentro, es decir, hacia disposiciones culturales y estilos que pueden estar fuertemente asentados y arraigados en las instituciones y en la historia de los *habitus* locales” (Appadurai 2001: 88). En consecuencia, a diferencia de la historia del progreso en Jalisco, en la *genealogía* del progreso en Poncitlán se asociaban la agencia de la Virgen y la Providencia de Dios, elementos clave de la identidad poncitlense y el culto arraigado de la Madre de Dios en la cabecera.

Las interacciones entre genealogías e historias suponen problematizar la supuesta secularización del proceso de “modernización”. Hay quienes sostienen que el progreso es la secularización de una noción religiosa de transformación teleológica del mundo, por ejemplo, Robert Nisbet indica: “A partir del siglo XVIII especialmente, la intervención divina acabó pareciendo innecesaria dado que la perspectiva de progreso no necesitaba de sostén exterior” (Nisbet 1991:90). Por su parte, el escritor Lee Tuveson apunta cómo gradualmente el rol de la Providencia fue transferido hacia las “leyes naturales” por medio de las cuales se manifestaba la palabra de Dios¹²³. Bajo este panorama, por ejemplo, en las visiones estatales de los gobernadores—presentadas en el capítulo anterior—la acción divina como actora del progreso, la modernización y el desarrollo resultaba inexistente. No porque los líderes fueran abiertamente ateos, sino porque, su condición

¹²³ “Gradually the role of Providence was transferred to “natural laws” whereby alone God was thought to operate in His world. Such a transfer from earlier conceptions of direct intervention by the deity was, of course, the product of a Cartesian and Newtonian emphasis on the universality and immutability of Mathematica principles” (Tuveson 1964: xi).

política les impedía relacionar abiertamente el progreso con la intervención divina en la esfera pública, dada la laicidad del Estado mexicano.

Algunos otros autores descubren complejas interrelaciones entre “desarrollo”, “modernización” y religión. Ya he hablado anteriormente de cómo Rist señala las similitudes del “desarrollo” y las “creencias religiosas” en cuanto a la aceptación pública como un cuasi dogma universal (Rist 2008). Según la antropóloga Anne Johnson, en la bibliografía antropológica abundan los ejemplos de prácticas mágicas y religiosas como respuestas a la “modernización”. Cita, por ejemplo, a Raquel Romberg quien documentó “cómo algunos brujos, chamanes y curanderos se han hecho expertos en las políticas del ‘Estado del bienestar’ con la finalidad de ayudar a abogados, empleados, madres solteras y gerentes corporativos a realizar trámites y ganar pleitos legales” (2015:10). Para el caso africano, los antropólogos Jean y John Comaroff sustentan la opinión de que el ritual en África intenta “afectar el flujo del poder en el universo” al responder a las “contradicciones creadas y (literalmente) engendradas por los procesos de transformación autorizados en el nombre de la modernidad”¹²⁴ (1993: xxx).

Desde el punto de vista de los escritores en países occidentales, la relevancia del enraizamiento de religión y modernización (léase progreso y desarrollo) variará en dos posiciones según expresen una interpretación hacia dentro del Occidente o hacia afuera a las sociedades Otras. El filósofo Jürgen Habermas, representante de estos análisis del núcleo occidental de la modernización, estaba convencido de que la “modernización cultural”, “formas modernas de acompañar la conciencia con derechos abstractos, ciencia moderna y arte autónomo (...) nunca podrían haber sido desarrolladas aparte de las formas organizacionales de la cristiandad helenizada y la Iglesia Católica Romana, sin sus universidades, monasterios y catedrales” (2002:147). La idea del Dios “unificado e indivisible” derivaría, con la “modernización”, en la “objetivación” de una “naturaleza externa” sujeta a “leyes” y la “subjetivación” de un “mundo social familiar” dentro de una “comunidad de personas actuantes responsables” (Habermas 2002:148). Lo anterior está planteado de manera similar al argumento de Charles Taylor sobre la moralidad entre los individuos quienes comparten el imaginario de la modernización (ver el Andamiaje teórico).

No obstante, hacia afuera de Occidente, esos “entrelazamientos” de religión y política, técnica y religión, magia y ciencia, “aparecen como figuras de ausencia, carencia y fracaso” de las

¹²⁴ “As an experimental technology intended to affect the flow of power in the universe, is an especially likely response to contradictions created and (literally) engendered by processes of social, material, and cultural transformation, processes re-presented, rationalized, and authorized in the name of modernity in its various alibis (‘civilization’, ‘social progress’, ‘economic development’, ‘conversion’, and the like)” (Comaroff and Comaroff 1993: 30).

sociedades en su afán por modernizarse; las cuales apenas son pálidas “imágenes imperfectas en el espejo del Occidente secular, inmaculado” (Dube 2011:23). La pertinente separación de religión y técnica o de religión y política es la carta de presentación de los países Occidentales y es el ideal de futuro que proponen como meta a los demás países (Latour 2012). Sin embargo, estas interacciones entre historias y genealogías del progreso encierran realidades complejas en donde las “fuerzas de la modernización continuamente se reapropian de elementos que han sido categorizados como no-modernos, para producir su propia efectividad”¹²⁵ (Mitchel 2000: xviii).

Con ánimo de mostrar cómo los entendimientos sobre el progreso en Poncitlán condensan estas problemáticas, el capítulo está dividido en cuatro apartados. En el primero brindo una biografía sucinta y contextual de algunas y algunos de los hijos predilectos de Poncitlán, la cual se corresponde con las preguntas de investigación, ¿Qué actores (regionales o locales) sostuvieron y difundieron imaginario? En el segundo apartado presento un Intermedio donde explico la relevancia de los documentos escritos sobre los “acontecimientos cumbres”, de los cuales se nutre el mito fundacional de la nueva vida progresista en Poncitlán. En esos textos se encuentra explícita la estructura de estos acontecimientos como una narración con introducción, problema y cierre. Este apartado responde a las preguntas de investigación: ¿cuáles fueron las visiones a futuro deseables en Poncitlán basadas en la ciencia y la técnica? y ¿cómo fueron difundidas y estabilizadas estas visiones?

En el tercer y cuarto apartados estudio la narración de los “eventos cumbres”, el punto central del imaginario tecno social en esa época. Para explicar lo sucedido, el cura Fernando Vargas Villalobos implementaba el término local “intensificación”. Este vocablo reflejaba sus observaciones sobre cómo se amplificaba la comunalidad y la subjetividad hacia un estado de mejoras materiales y espirituales. El tercer apartado retrata el primer acontecimiento cumbre el descubrimiento del manantial y la edificación del pozo y sistema de agua potable. El cuarto apartado presenta el segundo acontecimiento cumbre la Coronación. En ambas muestro las mixturas entre técnica y religión y la red de asociaciones entre elementos heterogéneos (Latour 2012, 2008) que hicieron emerger la sociedad poncitlense en ese entonces y que sustentan la vida contemporánea.

¹²⁵ “As a result, modernizing forces continuously re appropriate elements that have been categorized as non-modern, such as religious elements, in order to produce their own effectiveness” (Mitchel 2000: xviii).

IV.A Genealogías e historias del progreso a través de los hijos predilectos

Los imaginarios tecno sociales son colectivos por definición (Jasanoff 2015). Este punto debe ser contemplado a la luz de las diferenciaciones y jerarquías sociales dentro de las comunidades. Como indagué el Capítulo III, los gobernadores contaban con el poder de difundir sus visiones a públicos masivos en Jalisco. En Poncitlán los hijos predilectos son quienes asumen este papel de difusores de visiones de mejoramiento a futuro en las localidades y son intermediarios entre los temas de la esfera pública en los niveles internacionales, nacionales y regionales.

Sin entramparme en los pormenores de sus disquisiciones teóricas, aquí sigo un programa parecido al planteado por Claudio Lomnitz (1999) en cuanto a la investigación del rol de los intelectuales locales en la instauración de una esfera pública nacional. En sus notas metodológicas propone “especificar los sistemas de distinción cultural interna” de las comunidades en donde operan los intelectuales—cronistas y demás actores con incidencia en la opinión pública. Enseguida, evaluar “si los valores culturales en cuestión son compatibles con los que prevalecen entre los intelectuales de los centros de poder nacional, así como con las formas culturales de representación estatal” (1999: 147).

La primera recomendación, “especificar los sistemas de distinción cultural interna”, propone conocer las especificidades de la diferenciación de actores quienes contaban con la posibilidad de difundir sus visiones. ¿Quiénes eran?, ¿Cómo difundieron sus visiones?, ¿Coincide éstas con el estudio de la *genealogía* del progreso en donde se consideran las “disposiciones culturales y estilos que pueden estar fuertemente asentados y arraigados en las instituciones y en la historia de los *habitus* locales”? (Appadurai 2001: 88).

La segunda recomendación supone estar atentos a la *historia* del progreso, es decir, comparar si los entendimientos de los locales eran similares a las interpretaciones de otros actores en las esferas supralocales. Aquí me contento con realizar la primera recomendación, al apuntar quiénes son estos actores y señalar porqué son considerados los hijos predilectos en su función de desencadenantes del futuro.

IV.A.1 Héroes del progreso: comerciantes, intelectuales y curas

Raúl Martínez Arreola, abogado y fotógrafo, nacido alrededor de 1950, considera que existieron tres héroes del progreso en Poncitlán: el empresario don Miguel Montes; el cura Fernando Vargas y el político don Salvador Flores G. “Eran para mí los tres mosqueteros, los que con espada en mano,

sometían al maligno, defendían al pueblo y buscaban siempre con sus acciones el progreso de esta bendita tierra”¹²⁶ (s.f. 33-34).

El hijo predilecto de mayor renombre fue el famoso cura Fernando. En libros, videos, imágenes y memorias de los poncitlenses Vargas Villalobos es un desencadenante de los mejoramientos en Poncitlán. Los demás hijos predilectos están relacionados con este sacerdote, quien arribó a la cabecera en 1941. De sus escuetas biografías—en realidad existe escasa información disponible más allá de los mismos datos que se repiten sobre sus participaciones en la vida pública poncitlense—responderé a la cuestión de ¿qué los distinguía de los demás poncitlenses para ser laureados como héroes del progreso? Todos fueron católicos, ricos, progresistas y caritativos. En la Tabla VI.A los asiento de acuerdo con su ocupación, origen y el medio propio para difundir anuncios u otras informaciones. En otras palabras, estos actores incidían en la vida pública de la cabecera por su fama como comerciantes, industriales o sacerdotes, pero también porque contaban con medios de difundir mensajes: periódicos, cinemas y sonidos. El sonido es un altoparlante que se conectaba a un amplificador y micrófono. La bocina podía girar en la dirección que se requería para aprovechar el viento y transmitir las alocuciones¹²⁷.

Tabla IV.A Hijos predilectos, héroes del progreso en Poncitlán 1950-1970

<i>Nombre</i>	<i>Ocupación</i>	<i>Origen</i>	<i>Medio de difusión</i>
Fernando Vargas Villalobos	Sacerdote	Guadalajara	Púlpito y periódico local
Soledad de la Torre Navarro	Comerciante	Altos de Jalisco	Sonido
Ramón Jiménez	Comerciante	Sin información	Cine
Miguel Castellanos	Comerciante Industrial	Tototlán	Sonido

Fuente: Elaboración propia

1). El cura Vargas es progresista porque básicamente logra unir a los poncitlenses en la adversidad contra distintos enemigos: La fiebre aftosa, el desánimo de los agricultores y la falta de recursos

¹²⁶ Estas líneas provienen de una copia de las memorias no publicadas de Raúl Martínez. Me las obsequió cuando lo visité durante mi trabajo de campo en 2018.

¹²⁷ En el Capítulo VIII profundizaré en los sonidos como parte de la sociabilidad técnica de Poncitlán.

para construir el sistema de agua potable. Actuaba como un director de las agencias de los actores involucrados, porque era un orquestador del progreso. En términos generales, el cura es respetado por la feligresía, incluso más allá de su labor como guía espiritual. No es raro ver a los sacerdotes participar en los asuntos políticos, económicos y culturales de las comunidades. En las actuales procesiones, ferias y desfiles las encabezan las autoridades históricas (miembros de las familias de renombre Vázquez, Maldonado, Castellanos, etc.), las autoridades actuales del Ayuntamiento y el “padre” en turno.

Vargas nació el 28 de febrero de 1891 en Guadalajara, hijo legítimo de Gerónimo Vargas y de Enedina Villalobos. Asistió al Asilo Josefino de Jóvenes Obreros en Guadalajara donde el polifacético cura aprendió tipografía y música. Ingresó al seminario menor de San José en donde continuó “cultivando la poesía y el canto” (De la Torre 1993: 119). El 25 de noviembre de 1917 se ordenó sacerdote y desde entonces participó del periodismo en proyectos diversos como la revista *La Saeta* y posteriormente en *Voz de Aliento*. Esta cuestión es relevante, porque pasados los años se convirtió en editor del periódico *El Paisano* en Poncitlán, desde donde regía a la opinión pública y divulgaba sus visiones de mejoramiento basadas en la edificación de obras públicas. Pero antes de establecerse en la iglesia poncitlense, primero lo destinaron a Tuxpan, en el sur de Jalisco. Enseguida le nombraron sochantre del santuario de San Juan de los Lagos y después capellán de Jiquilpan. Durante diecisiete años fue párroco en Juchitlán.

Por fin, en 1941 recibió la parroquia de Poncitlán de manos del “vicario foráneo licenciado Margarito Ortega”. En la cabecera guío a su rebaño durante veinte años hasta su traslado de nueva cuenta a San Juan de los Lagos en Los Altos de Jalisco (De la Torre 1993: 119-120). Conviene citar las palabras del ingeniero Pedro Maldonado, cronista oficial de Poncitlán, en donde abunda sobre la diligencia progresista de Fernando Vargas Villalobos: “Para mí fue el detonante más grande del desarrollo contemporáneo de Poncitlán” (Entrevista. Poncitlán, 23 de junio de 2017). Vargas fue un detonante y cada uno de los hijos predilectos fueron detonantes. Es decir, provocaron estallidos. Pero un detonante no es en sí mismo la causa directa de las explosiones, sino el agente activador quien encauza la acción de los demás agentes para desencadenar las acciones posteriores.

El porqué de este poder organizador recae en dos cuestiones, según Pedro Maldonado. Primero, fue un detonante por su relación de intermediario con los políticos poderosos de Guadalajara y por sus gestiones para materializar en suelo poncitlense los sueños de construcción de infraestructuras que se proponían como política pública para el desarrollo económico regional. En palabras del cronista: “Ese señor cura era muy amigo, dijera la raza, así como que uña y mugre,

con el gobernador de ese entonces, que fue Jesús González Gallo [gobernador de Jalisco durante el periodo de 1947 a 1953]. Este cura logra (...) que Poncitlán no aportara dinero alguno a la construcción de la carretera (...)” (Entrevista. Poncitlán, 23 de junio de 2017).

Segundo, Vargas lograba organizar a una cantidad de actores heterogéneos para cumplir sus propósitos: “Ese hombre, siendo el señor cura, que él no tenía nada que ver en la vida política, (...) logra organizar a Poncitlán (...) empiezan a organizarse muchas cosas, en el municipio por intercepción de ese hombre” (Entrevista. Poncitlán, 23 de junio de 2017). Por ejemplo, la instalación del sistema de agua potable, la Coronación de la Virgen del Rosario, la electrificación del pueblo, la edificación del templo de Chapitas y de la Virgen de Guadalupe, entre otras medidas de mejoramiento.

Ahora bien, ¿cómo lograba el sacerdote Fernando Vargas comunicar e imponer sus visiones? Gracias a su autoridad, desde el púlpito y las publicaciones de su periódico, dominaba la esfera pública y lograba ganar apoyo para sus propósitos. Como recuerda don Alberto González—quien contaba 89 años al día de nuestra entrevista—el cura Vargas bosquejaba sus planes durante los sermones y allí mismo imprecaba a sus feligreses. Utilizaba fórmulas similares a este ejemplo: “A ustedes y ustedes les toca comprar el alumbrado del atrio” (Entrevista. Poncitlán, 21 de junio de 2017). Según Raúl Martínez Arreola, abogado, escritor y fotógrafo poncitlense, incluso en su ausencia de Poncitlán, Vargas mantenía comunicación desde San Juan de los Lagos con los líderes de la cabecera.

Por tanto, la amistad con políticos, la capacidad para organizar a los feligreses para construir infraestructuras, el poder de difundir sus visiones, además de la autoridad emanada de su cargo de sacerdote supusieron que Vargas fuera encumbrado por las generaciones actuales de poncitlenses el principal hijo predilecto. Pero los logros decisivos de su distinción cultural fueron la organización de la Coronación de la Virgen del Rosario y la construcción del sistema de agua potable.

2). Soledad de la Torre Navarro es la heroína del progreso. Nacida el día 23 de noviembre de 1905, fue la tercera hija de Nicolás de la Torre Navarro y Concepción Navarro Flores. Casó con Ramón Esparza Ruvalcaba el día 23 de marzo de 1927 con quien engendró dos hijos: Gustavo y Raúl (De la Torre 2019b). Falleció en 2009 a los 103 años y el 8 de marzo de 2019 le rindieron un homenaje en la plaza municipal de la cabecera por su vida de comerciante exitosa. Además, ejerció como la primera y única presidente municipal por un par de meses en 1965. En palabras de su sobrino Eduardo de La Torre Becerra:

Reina de Poncitlán, mujer bella, emprendedora, talentosa, creativa, exitosa en el comercio, pero sobre todo mujer recia y de carácter y fue la matriarca de la familia. Fue esposa de Ramón Esparza Ruvalcaba, primo del gobernador Jesús González Gallo¹²⁸.

En el ethos de los comerciantes poncitlenses los negocios famosos son recordados con especial énfasis. Entre estos se encontraba el local de Soledad de la Torre. Chole de la Torre, como le apodaban, regenteaba una de las clásicas “tiendas de todo” en el periodo analizado. Eran misceláneas en donde surtía valiosas y raras mercancías. En especial, ofrecía camas, colchones y ropa de cama. Según su sobrino Eduardo de la Torre Becerra, “daba muchas facilidades [a sus clientes] para hacerse de su cama, de su salita, o de una ropa, zapatos”. En una entrevista para un programa de crónica, doña Chole de la Torre decía que viajaba en el tren hasta Guadalajara y a Puebla para adquirir esos productos¹²⁹. Eduardo De la Torre rememora cómo las personas de la ribera de Chapala, quienes iban a la cabecera a realizar sus compras, dejaban “encargadas” sus compras en casa de su tía Soledad de la Torre.

Ella contaba con uno de los artilugios sociotécnicos de la época, el cual funcionaba para generar una esfera de sociabilidad sonora: un sonido—un altavoz conectado a un micrófono, por medio del cual anunciaba sus productos. En varias ocasiones mis interlocutores recordaban cómo se pregonaba en las décadas de 1950 y 1960, “ya llegó la leche con Chole de la Torre”. La relevancia de los sonidos en esta sociedad es incontrovertible (ver Díaz Ramírez 2016) ya que sus propietarios controlaban el espacio público y tan solo la radio podía hacerles competencia. Esta tecnología permitía anunciar productos e informar sobre asuntos de interés colectivo, como las llegadas y partidas de los camiones hacia Guadalajara.

En las fotografías de la época la retrataban en las reuniones públicas junto con Fernando Vargas, el médico Ramón Vargas Gutiérrez y el político Everardo Velázquez. Estas reuniones se organizaban con las artistas de música ranchera La Torcacita y las Hermanas Águila—supuestamente primas de Vargas—, quienes acudían a Poncitlán con el objetivo de brindar conciertos para generar recursos para la Coronación de la Virgen. En ese aspecto cercano a la iglesia y la actuación, Soledad de la Torre, dada su habilidad para montar escenografías, se dedicaba a crear representaciones en carros alegóricos de ángeles, santos y de la Virgen del Rosario.

¹²⁸ Eduardo de la Torre Becerra. Publicación de Facebook, 4 de marzo de 2019.

¹²⁹ Programa de televisión: *De Kiosko en Kiosko*.

Entonces, Soledad de la Torre se distinguía por su participación en el comercio y en la vida pública y religiosa. El contar con un sonido también le supuso cierta distinción en la localidad, aunada a la caridad y buen trato con sus clientes. De su paso por la política solamente expresaba: “Son cosas muy difíciles esas”¹³⁰. Así como a Vargas, la asociaron con el gobernador González Gallo debido a su matrimonio con un primo del ejecutivo de Jalisco.

3). Luis Antonio Franco Acosta, cronista, nacido en 1951, señala a Ramón Jiménez, propietario de uno de los dos cines de Poncitlán, el cine Regio¹³¹, como uno de los hijos predilectos de Poncitlán. “Al igual que otras familias, [que] había[n] llegado a Poncitlán, el Sr. Jiménez [era] un hombre agradable que supo ganar el cariño del pueblo”. Fungió como secretario de mejoras materiales en 1938-1942; “más que tesorero, fue el alma de todas las mejoras que se realizaron en esa época, como fueron: reparación del cementerio municipal, la construcción del mercado, acondicionamiento de la plaza principal, pavimentación de las baquetas de las principales calles” (2002:139). Jiménez aparece en estas crónicas como el “alma de las mejoras”, ya que su posición de secretario de mejoras materiales le supuso actuar de intermediario entre los planes locales de mejoramiento y los proyectos de construcción de obras e infraestructuras promovidos por el Estado de Jalisco.

Aunado a su posición de hombre público, Jiménez era un modelo de rico comerciante privado, quien era reconocido también en Guadalajara. Por las curiosas noticias de *El Informador*, registraban las visitas de hombres de negocios a la capital del estado, se sabe que el dueño del cine Regio aprovechaba los fines de semana para visitar la ciudad con fines comerciales. Por ejemplo, el sábado 9 de septiembre de 1939, se fue de Guadalajara para Poncitlán: “a bordo del tren de Los Reyes, el señor Ramón Jiménez, se fue ayer para su residencia en esa población, quien vino para atender asuntos mercantiles en esta ciudad”. La misma situación se repitió el día 24 del mismo mes y año¹³².

El polifacético personaje además de regentar el cine se dedicaba en estas ocasiones a vender ganado y aparatos agrícolas. El 17 de septiembre de 1939 anunciaba en la sección de Anuncios de Ocasión de *El Informador*: “Vendo 45 vacas en producto. Véame o escriba a Ramón G. Jiménez. Obregón 34, Poncitlán, Jalisco”¹³³. El 29 de octubre de 1939 publicitaba: “Vendo tractor

¹³⁰ Programa de televisión: *De Kiosko en Kiosko*.

¹³¹ El primero y más antiguo fue el Teatro Cine Obrero que data de la década de 1930.

¹³² *El Informador*. Sección “De la Sociedad Tapatía”. Sábado 9 de septiembre de 1939. Página 7; Domingo, 24 de septiembre de 1939. Página 14.

¹³³ *El Informador*. Viernes 15 de septiembre de 1939. Página 4; Domingo 17 de septiembre de 1939. Página 8.

Hart-Parr 50 H.P. Arado, discos, bomba 12 [pulgadas] y picadora de pastura”¹³⁴. Unos años después, el sábado 3 de mayo de 1941, Jiménez pagó otro anuncio: “Vendo muy barato equipo de trilladora y locomóvil todo perfectamente revisado. Como nuevo”¹³⁵.

El cine Regio, “que en su tiempo fue el orgullo de Poncitlán” (Acosta Franco 2002: 140), fue la obra magna en donde se reflejaba la “distinción cultural” de Jiménez. Ya desde la década de 1930 existió el Teatro Cine Obrero de José Castellanos, un espacio que acaparaba el público cinematográfico de la cabecera. En octubre de 1939, José Castellanos fue asesinado y en consecuencia, el Teatro Cine Obrero decayó como esfera de la sociabilidad poncitlense¹³⁶. Dos años antes de esa fecha, en 1937, Jiménez levantaba el edificio del nuevo cinema de Poncitlán. En esos años los asesinatos y secuestros eran comunes. El jueves 4 de junio de 1942 el *Informador* publicaba que Jiménez fue secuestrado. Gracias a este antecedente desafortunado, es posible inferir el valor del cine: superaba los 20 mil pesos. Jiménez conocía personas de confianza quienes podían solventarle un préstamo de esa cantidad. En su cautiverio, sus captores le obligaron a escribir una carta a su esposa Josefina Ochoa: “Josefina: me agarraron los del cerro y me exigen una cantidad bastante grande, pero convenimos que me van a dar libre por \$20,000.00 (veinte mil pesos). Anda al molino y dile a don Eduardo o a don Felipe que me los faciliten, y se garantice con el cine o con el rancho, o con lo que gusten; la cuestión es que está mi vida de por medio”¹³⁷.

Para obtener una comparación estimada, por la misma cantidad exigida para el rescate de Jiménez, en 1947 se reconstruyó la Plaza de Poncitlán: “(...) Utilizando en su pavimentación ladrillo mosaico, instalando arbotantes y bancas de cemento con un costo de \$20,000 [pesos]” (Gobierno del Estado 1947: 206). Según Franco Acosta, “cuentan que multitud de personas, de todas las edades y condición social, se veían en el Templo, pidiendo a la Virgen del Rosario un milagro, porque sólo un milagro podía salvar de la muerte al Sr. Jiménez” (2002:140-141). Y así fue: el Sábado 6 de junio de 1942 se publicaba la noticia de la liberación del dueño del cine Regio gracias a la intervención oportuna del ejército¹³⁸. Poco tiempo después, los Jiménez Ochoa abandonaron Poncitlán, posiblemente hacia Guadalajara o hacia la Ciudad de México.

¹³⁴*El Informador*. Miércoles 25 de octubre de 1939. Página 4; Domingo 29 de octubre de 1939. Página 8; Lunes 30 de octubre de 1939. Página 4; Miércoles 1 de noviembre de 1939. Página 4.

¹³⁵*El Informador*. Sección “Anuncio de Ocasión”. Sábado 3 de mayo de 1941. Página 2.

¹³⁶*El Informador*. “Asesinato en Poncitlán”. Martes 24 de octubre de 1939. Página 1. Año XXII. Tomo LXXX. Número 7609. *El Informador*. “Asesinos que han sido descubiertos”. Martes 14 de noviembre de 1939. Página 1. Año XXII. Tomo LXXX. Número 7630. “El móvil del homicidio fue el robo (...)”. Los autores (...) Víctor Flores García y Francisco y Antonio Baeza”.

¹³⁷ *El Informador*. (...)”. Jueves 4 de junio de 1942. Página 1 y 2a. Año XXV. Tomo XC. Número 8554.

¹³⁸ *El Informador*. Sábado 6 de junio de 1942. Página 1 y Página 2. Año XXV. Tomo XC. Número 8556.

Según Luis Antonio Franco, en 1945, antes de marcharse del pueblo, Jiménez se entrevistaba con Vargas, el empresario le dijo al sacerdote: “Sr. Cura, yo quiero dejarle un recuerdo a Ntra. Sra. Del Rosario; hágame el favor de informarme el costo de los emplomados de la iglesia y yo le doy dinero para que los compre”. Para recabar los fondos para los emplomados donaba Jiménez el dinero de las entradas de dos días de funciones en el cine Regio (2002:141). Ya desde entonces, el cine amortiguaba los gastos de reparaciones del templo, además de servir de escenario para ocasiones políticas y esfera para la recreación mediática.

Resulta claro cómo Jiménez fue un modelo exitoso en términos comerciales, así como Soledad de la Torre. De igual manera, como lo hacía Vargas, el dueño del cine era un actor bisagra entre los proyectos de infraestructuras y obras públicas promovidas por el Estado y las mejoras materiales en beneficio de la cabecera. También se le describe cercano al pueblo, tanto que, los feligreses suplicaron a la Virgen para intervenir en su liberación. Dos retribuciones de este hijo predilecto son de especial interés para los poncitlenses. Una, la donación de los emplomados del templo. Dos, el levantamiento del cine Regio daba prestigio a Poncitlán al contar con una sala de este “moderno” entretenimiento. Junto con los sonidos, los cinemas escanciaban la experiencia vital de la “modernización” en la esfera pública poncitlense.

4). El último actor es Miguel Montes Castellanos, dueño de la fábrica de Dulces Montes, donde se procesaban golosinas de leche mayoritariamente. Este empresario descendía de una parentela de negociantes cuyo linaje lo iniciaba Miguel Montes Jiménez. Este hombre era originario de Tototlán, en el municipio de Ocotlán, al sur de Los Altos de Jalisco. Montes Jiménez “ya había vivido allá con los chilangos, ya tenía ideas diferentes”, dice Pedro Maldonado (Entrevista. Poncitlán, 17 de marzo de 2018). En la década de 1930 arribaba a Poncitlán y contraía matrimonio con “Genoveva Castellanos, quien había sido viuda de Ángel Maldonado. Ella sí era de aquí, hermana de José Castellanos, dueño del cine”. El único hijo quien procrearía la pareja fue Miguel Montes Castellanos. Montes Jiménez era un versado en el diseño de carteles, los cuales pegaba en las paredes de las viviendas de Poncitlán para publicitar la venta de huevos. Lo mismo que Soledad de la Torre contaba con un sonido para hacer anunciar sus mercancías. Sin embargo, quien realmente se considera un hijo predilecto es su vástago Montes Castellanos.

De nueva cuenta, Pedro Maldonado relata que, “ya para ese momento había gente que hacía dulces como Rosalío Aguilar como Juan Ignacio De la Torre”. No obstante, Montes “progresó”—“se fue para arriba”—mientras que sus competidores “se fueron para abajo”, dejaban de vender. Esto ocurría así porque el empresario “se conecta con el exterior y empieza a vender y a

vender” (Entrevista. Poncitlán, 17 de marzo de 2018). Una de sus estrategias consistía en enviar una caja con golosinas a cada encargado de las oficinas de correo del estado. En un texto anexo a los dulces Montes pedía a los empleados del correo que probaran sus natillas y “si eran de su agrado lo recomendaran e hicieran su pedido”. Así es como estableció un sistema de distribución de dulces por correo postal (Congreso del Estado de Jalisco 2017: 1). Entre sus conexiones con el exterior se cuenta su participación semanal en la publicidad del programa de alcance nacional *En familia con Chabelo*.

Ya desde 1968 el periódico tapatío *El Informador* loaba a Montes con frases como las siguientes: “Entre los representantes del sector privado se cuenta un industrial que para su negocio dulcero ha fijado el consumo mínimo de leche en 14,000 litros diarios, los cuales preparados producen varias toneladas de dulce. Esta actividad viene señalando un auge en el incremento pecuario de bovinos de alto registro y de caprinos de mayor productividad lechera, aparte de hacer sonar el nombre de la región en el aspecto industrial”. En esos términos, la presencia de la fábrica de Dulces Montes estaba considerada un aliciente para el mejoramiento de la ganadería, “el fomento al ganado seleccionado, en cuya labor ha sido auxiliado por el gobierno del Estado y la Secretaría de Agricultura y Ganadería”¹³⁹. Estos ganados seleccionados se criaban principalmente en su rancho La Manga, abierto en 1962.

Aparte de esa cuestión, las inversiones de Montes se publicitaban como ejemplos sobresalientes del éxito del corredor industrial durante el gobierno de Andrés Medina Ascencio. Si bien producía sus natillas “en una cazo de cobre” desde 1938¹⁴⁰, la alta demanda le “obligaría” en 1968 a modernizar su planta de producción con maquinaria alemana. Entre sus inversiones se cuentan: la Industrializador de Maíz Sociedad Anónima (IMSA), “dedicada al procesamiento de maíz amarillo y fructosa” edificada en la zona industrial de Guadalajara en 1970. Seis años después, en 1976, creaba CREMENA, donde procesaban fécula de maíz. Finalmente, en 1986 anexaban la planta ANDI de fabricación de chocolates (Congreso del Estado 2017: 5).

Montes Castellanos, como los otros héroes del progreso, participaba en la política también. Los tres hombres de esta parentela ejercieron como presidentes municipales: Montes Jiménez, Montes Castellanos y por último Juan Carlos Montes Johnston quien fungió entre 2015 y 2018. Montes Castellanos es el máximo exponente del fervor por la “modernización” que se condensaba en su fábrica de dulces, en donde las recetas rancheras se transformaban en productos elaborados

¹³⁹ *El Informador*. Sábado 26 de octubre de 1968. Página 12-B.

¹⁴⁰ Dulces Montes. “Una historia con mucho futuro”. Consultado de: <https://www.montes.com.mx/empresa>

y empacados. En el Capítulo III expuse cómo se vinculaba con las altas jerarquías políticas jaliscienses para exigir una escuela secundaria técnica para el municipio, con el afán de educar a los futuros obreros y técnicos para las industrias del corredor industrial de Jalisco.

Resulta evidente cómo otros personajes son recordados con cariño por los poncitlenses, como los médicos Ramón Vargas Gutiérrez y Pablo Maldonado. Este último, fue sobrino del eterno cacique Everardo Velázquez y su parentela goza de prestigio en la cabecera. La familia de la Torre es famosa por su participación en los negocios y la política. Por ahora basta con estas biografías para cumplir con los propósitos de este apartado, que son descubrir qué distingue a estos actores de las personas comunes, porque son recordados como hijos predilectos.

Entonces, algunos de los rasgos principales que distinguían a estos actores son, los cuatros eran cercanos al catolicismo progresista del cura Vargas; gozaban de una situación económica privilegiada; conjugaron los negocios y la política; se vincularon con las instituciones estatales para intervenir por la edificación de obras públicas e infraestructuras. Es remarcable cómo estas parentelas arribaron de otras localidades en algún momento de las primeras tres décadas del siglo XX. La familia Montes era del sur de Los Altos, los De la Torre de la región de Los Altos, Vargas provenía de Guadalajara. Estos actores no solo representaban lo novedoso conjugado con las costumbres piadosas del catolicismo, sino también, eran quienes contactaban con el mundo de las ciudades. Especialmente relevante, ellas y ellos organizaron las mejoras materiales e integraron a la vida poncitlense diversos artilugios considerados índices de la “modernización” y el “progreso”, como son el agua potable, los sonidos, cinemas, máquinas y fábricas industriales.

Es indudable cómo los hijos predilectos fueron personas excepcionales, pero suponer que las transformaciones del progreso son provocadas por la agencia única de esos personajes es incurrir en un error de individualismo metodológico que acentúa el poder de estos actores para difundir sus visiones y controlar la esfera pública. Para esta tesis, los hijos predilectos solo representan los indicadores guía hacia un nudo de agencias invisibles y heterogéneas (Latour 2012, 2008). Son los actores quienes personifican las intenciones del progreso y por lo tanto, reflejan las intenciones del Estado, de las instituciones internacionales, de los empresarios, e inclusive la acción de la Providencia de Dios.

A partir de ello, es posible exponer estos rasgos como parte de la *genealogía* del progreso en 1940 y 1950. Los poncitlenses designaban a estos organizadores de agencias múltiples como la fuente directa de la acción. Así como los gobernadores se construyeron como símbolos del progreso porque la acción de muchos actores se precipitaba en sus decisiones, asimismo, en Poncitlán, los

hijos predilectos constituían modelos del éxito basados en un estilo de persona “fuertemente asentado y arraigado” (Appadurai 2001: 88) en el individuo católico, rico, progresista y caritativo.

IV.B Intermedio. Los mecanismos de la difusión y transmisión

Las visiones y acciones de hijos predilectos se transmitieron de generación en generación por diversos mecanismos. En 2018 cuando inicié mi trabajo de campo intensivo en la cabecera me llamó la atención cómo mis interlocutores en algún momento de nuestras conversaciones recordaban la Coronación. Lo que me sorprendió verdaderamente fue cómo incluso los testigos directos remitían a los libros que narraban la Coronación. En sus memorias estaban entrelazados el pasado y el presente, los hechos como ellos los vivieron y las interpretaciones narradas en los libros. Esta observación apunta hacia una fundamental importancia de las representaciones escritas en la memoria social de los poncitlenses. Por medio de esta labor de los cronistas este periodo es conocido en la actualidad como uno de progreso y se apela a este modelo de vida para el futuro poncitlense.

En la década de 1940 se editaba un periódico semanal llamado *El Paisano*, cuyo director era el presbítero Fernando Vargas Villalobos y su administrador José Luis Vargas. También escribía el renombrado médico Ramón Vargas, quien no era pariente de los otros dos. El periódico se consignaba como un mensual “católico-social” con licencia de la “autoridad eclesiástica”. En especial, este semanario se dedicaba a publicar exhortaciones a sus lectores sobre diversos asuntos de la moral y la vida pública, como las fiestas patronales. Una de sus principales funciones consistía en describir las transformaciones materiales que acontecían en Poncitlán. En las páginas de *El Paisano* los poncitlenses leían sobre las escenas de las que estaban siendo testigos.

Un libro parece vincular en una genealogía del progreso aquellos noticias periodísticas de 1950 con los textos posteriores de los cronistas: *Compendio de la historia de Poncitlán, Jal. Y de Nuestra Señora del Rosario*, del sacerdote Luis Enrique Orozco (sin fecha, publicado alrededor de 1950). De esta obra profundizaré enseguida. Este hombre también publicó en 1954 un volumen sobre las historias de las advocaciones de la Virgen María veneradas en Jalisco, al cual tituló *Iconografía mariana de la Arquidiócesis de Guadalajara*; desde donde los cronistas, en especial Luis Antonio Franco Acosta, retoman datos históricos sobre el municipio.

Posteriormente, aparecería el título *Cosas de ayer y hoy*, de José Jesús de la Torre Navarro (1993), hermano de Soledad de la Torre. En la década del 2000 la *Revista Vida*, imprimida en la prensa de Ramón Escoto, dedicó textos sobre la Virgen y una amplitud de otros temas relacionados.

Por último, los cronistas se han encargado de interpretar y divulgar ampliamente la importancia de las transformaciones de la década del progreso de 1950. Ya sea mediante la publicación de fotografías en el periódico contemporáneo *El Informativo*—editado por Ramón Escoto—, gracias a la publicación de libros de leyendas y crónicas—leídos con avidez por los radicados en Estados Unidos—y publicaciones en Facebook, Pinterest y YouTube.

Ante esto, es difícil sostener que estas narraciones sean producto exclusivo de las elites católicas. Este mito fundacional del progreso de Poncitlán, los eventos cumbres, es reinterpretado por las personas comunes. No obstante, el argumento fundamental continúa inalterado, se trata de un fenómeno de circulación que garantiza la transmisión efectiva de estos textos en donde los héroes del progreso sostenían su prestigio, ganaban control de la esfera pública y transmitían sus visiones de mejoramientos futuros basados en la técnica y, además, en la religión (Jasanoff 2015).

En las páginas siguientes expongo esta narración de los eventos cumbres que se transmitió durante décadas como el relato normativo del progreso de 1950. En sus líneas se enreda la “genealogía”—la interpretación hacia dentro de la comunidad—y la “historia” del progreso—la interpretación hacia afuera en los niveles estatal, nacional e internacional (Appadurai 2001: 88). La genealogía del progreso estaba representada por la narración de cómo la acción de la Virgen y la Providencia inspiraba la acción organizadora de Vargas, lo cual encauzaba la “historia” de la construcción de obras e infraestructuras en Jalisco.

IV.B.1 El Apéndice del Compendio de la historia de Poncitlán

En el cuadernillo aludido del *Compendio de la historia de Poncitlán, Jal. Y de Nuestra Señora del Rosario*, su autor el canónigo Luis Enrique Orozco decidió agregar un *Apéndice*, el cual agrupa un par de noticias publicadas en *El Paisano*, cuya autoría se atribuye a Fernando Vargas. Posiblemente algunas de tales notas fueron escritas por Ramón Vargas o por José Luis Vargas. No obstante, la autoría exacta es secundaria a su contenido. El *Apéndice* abre con lo siguiente:

Me ha parecido oportuno añadir al Compendio (...) dos acontecimientos cumbres, que más que en la Historia, deben estar grabados con caracteres indelebles en el corazón de los buenos hijos de Poncitlán, me refiero a la introducción del agua potable en la población y a la Coronación Pontificia de Nuestra Señora del Rosario. Son estos dos acontecimientos que, en el orden material y religioso, han colocado a Poncitlán en un lugar de honor y prestancia entre los pueblos más católicos y progresistas del Estado de Jalisco (1950: 24).

Estas líneas son ricas en referencias al argumento que he planteado hasta ahora. Por un lado, indican la interacción entre exterioridad—acontecimientos cumbres—e interioridad subjetiva—grabados en el corazón de los poncitlenses—que supone una de las medidas de transformación que indica el progreso para Fernando Vargas. Enseguida se nota también la conjunción de otros pares de palabras supuestamente dicotómicos que son enlazados en el texto. Los pares de la *técnica y religión* y mejoras *materiales y espirituales*. Si estas categorías nacían juntas en el discurso, en lo subsecuente se acentuaba lo espiritual a lo material y lo religioso a lo técnico, por eso es imprescindible notar que el texto es una sola secuencia narrativa de los eventos cumbres. La lista es extensiva, pero necesaria, ya que resume la estructura del relato de los acontecimientos cumbres. Además, registra la participación de la agencia de la Providencia de Dios y la Virgen del Rosario como responsables estos eventos:

1. El agua de Poncitlán escasa y mala (pp. 25-26).
2. Estudios bacteriológicos del agua de Poncitlán (pp.26-28).
3. La Providencia de Dios, como en otro tiempo la vara de Moisés en el desierto, hace brotar de las rocas ribereñas del río Santiago, que pasa a orillas de Poncitlán, abundante agua potable (pp.28-29).
4. Se formaliza el asunto del agua potable (pp.30-31).
5. La fiebre aftosa parece echar por tierra nuestros planes (pp.33).
6. El Sr. Cura Vargas trata de levantar el ánimo del pueblo justamente abatido por los estragos de la Fiebre Aftosa (pp.34-35).
7. La introducción del agua potable en Poncitlán es un hecho (pp.40-43).
8. Presidentes municipales (pp.44).
9. Cinco años de anticipación del Sr. J. Jesús de la Torre excita a sus paisanos a celebrar dignamente el IV CENTENARIO de la traslación de la SMA. VIRGEN DEL ROSARIO a Poncitlán (pp.45-46).
10. Exordio y epílogo del sermón que pronunció el Sr. Presb. Lic. D. Alfonso Toriz Cobián el día 7 de octubre de 1948 (pp.47-50).
11. El Párroco y Pueblo de Poncitlán solicitan respetuosamente de la Sagrada Mitra la Coronación Pontificia de Ntra. Señora del Rosario (pp.49-55).
12. Contestación de la Sagrada Mitra (pp.56).
13. Hay que agregar la casa porque muy pronto tendremos fiesta (57).
14. Primeras providencias. Interesante junta en el Curato (pp.58-60).

15. Otra junta en el cine Regio (pp.60-62).
16. Preces con que se pidió a Roma la Coronación Pontificia de la imagen de Ntra. Señora del Rosario (pp.62-65).
17. Coronación de Ntra. Señora del Rosario de Poncitlán (pp.68).
18. Remoción del Sr. Cura Vargas (1950: 72-73)¹⁴¹.

A continuación brindaré un resumen, comentando en lo esencial puntos clave para entender cómo funciona esta narración imaginativa hacia “dentro” de la comunidad, en relación con las “disposiciones culturales y estilos que pueden estar fuertemente asentados y arraigados en las instituciones y en la historia de los *habitus* locales”. Y hacia “afuera”, “de modo de conectar los patrones de cambio a universos de interacción cada vez más grandes” (Appadurai 2001: 88).

IV.C Primer acontecimiento cumbre: el pozo y el sistema de agua potable

Para los habitantes de las ciudades del siglo XXI es difícil imaginar la vida sin los sistemas hídricos. Detrás de la simplicidad de un hidrante se oculta un sistema técnico apabullante de extracción, limpieza, bombeo y distribución del agua. Conlleva la gestión en instituciones burocráticas estatales, la operación de leyes federales y de procesos técnicos. Implica, por sobre todo, la disponibilidad y la escasez de este recurso natural que discurre por las redes sociotécnicas de los sistemas de agua y permite la vida colectiva. En 1950 de las 2740 viviendas del municipio tan solo 256 contaban con agua entubada de uso exclusivo, 916 agua entubada de uso común. En contraste 1266 viviendas atendían su necesidad acuífera con agua de pozo, 52 de aljibe o depósito y 250 se declararon sin servicio de agua (Censo 1950).

Las obras de dragado del río Santiago, las cuales posibilitaron técnicamente el descubrimiento del manantial, iniciaron en 1947 y continuaron hasta 1955. Éstas se añaden a un larga lista de modificaciones al río que se efectuaban desde principios del siglo XIX. Entre otras, extracción de agua para los regadíos de las haciendas, canales de riego, la instalación de la Presa Poncitlán en 1893 y las compuertas reguladoras de mampostería en 1905 (Rodríguez Langone 1999:167, 171). Desde entonces el Santiago se transformó, primero bajo la sombra del “progreso” decimonónico y después por las medidas del “desarrollo” a mediados del siglo XX, en un “cuasi-

¹⁴¹ En el documento original se habla de “remoción”, es decir, retirar del cargo. Pero, se explica que esa remoción es un regalo. Vargas Villalobos cita la carta que le envió el cardenal Garibi Rivera: “Estando vacante en el Coro de la Basílica de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos una de las Canonjías por el fallecimiento del M.I. Sr. Canónigo D. Darío Gutiérrez y queriendo proveer convenientemente conforme a Derecho a esa vacante y *reconocer y premiar* en alguna forma su dedicación abnegada a los trabajos apostólicos, especialmente como párroco de Juchitlán y Poncitlán” (1950:72). El énfasis es mío.

objeto” o “cuasi-sujeto”, una mixtura de técnica, naturaleza y sociedad (Latour 2012, 2008), difícil de administrar y cuyos problemas atañen no solo a Jalisco en singular, sino también a Michoacán, Guanajuato y Estado de México.

En las páginas siguientes presento, primero, cómo se relataba hacia dentro de la comunidad una “genealogía” del progreso que atribuía el hallazgo del manantial a la agencia de la Providencia de Dios. Segundo, añadiré datos “históricos” que se conocen sobre este venero y su posterior transformación en pozo y sistema de agua (Appadurai 2001: 88). Esto con ánimo de alumbrar las articulaciones entre ambas versiones. Este análisis es prueba de cómo se entrelazaban elementos heterogéneos (Latour 2012, 2008), los cuales no asoman en los informes generales sobre el “desarrollo” en Jalisco, como los examinados en el Capítulo III sobre el corredor industrial.

Genealogía del manantial en la comunidad. En el *Apéndice* Fernando Vargas Villalobos¹⁴² caracterizaba a los ponciltenses como estancados en un estadio aún más atrasado que el hombre cavernario por no disponer de fuentes limpias de agua potable. “Al hombre cavernario, salvaje, sin más ley que la natural y viviendo de los frutos silvestres y de la caza, éste procuró habitar cerca de las fuentes donde mitigar su red” (Vargas 1950:25). Casi como los esquemas del evolucionismo cultural decimonónico, Vargas apuntaba que la disponibilidad de agua potable es la base infraestructural desde donde emana la “vida religiosa, política, económica” así como la “mentalidad” y las “costumbres” de las personas.

Poncitlán se asienta cerca del cauce del río Santiago, el agua la extraían las personas de pozos o directamente del centro del río. Pocos observaban las prácticas de higiene como el hervir el agua para matar las bacterias, ante lo cual proliferaba la disentería, la tifoidea y la parasitosis intestinal (Farías Martínez 1945:21). Las compras de agua a los vendedores de una localidad cercana insinúan la existencia de una economía política del agua en el municipio. Por esas razones, el médico Farías Martínez describía:

El punto negro de esta población es precisamente la falta de agua potable. El agua bebida es obtenida en el cercano rancho de San Sebastián, donde se encuentra un manantial de agua potable; dicho manantial tiene unos 7 metros de diámetro, y aproximadamente un metro ochenta de profundidad (...). Además, el acarreo del agua se verifica en cántaros llevados por burros, sin la más mínima precaución higiénica (Farías Martínez 1945: 12).

¹⁴² Posiblemente, por el tema de higiene, este pasaje del *Apéndice* fue escrito por el médico Ramón Vargas. Pero la autoría es del cura Vargas Villalobos.

Enseguida asociaba el consumo de refrescos y aguas “electro puras”: “Entre las personas más cultas de la población”. Y agregaba, “también en algunas casas consumen el agua de San Sebastián hervida, pero en la mayoría de los hogares el agua es ingerida tal como se les entrega” (Farías Martínez 1945: 13). En su defecto, eso cultos eran quienes se permitían pagar con regularidad los 25 centavos del precio de una Coca Cola, cuyo consumo se asociaría a la “modernización”. En contraposición estarían quienes sin atender a las prácticas de higiene “modernas” aprovechaban el agua de los pozos para satisfacer sus necesidades. Ya fuera mediante la compra de agua a los vendedores de San Sebastián o por medio de la extracción de pozos localizados en los corrales, estos últimos individuos se encontrarían en el mundo primitivo según el esquema de Vargas.

Ahora bien, una vez enunciado este contexto acuático, en el párrafo siguiente indicaré cómo se encadenaban en el primer evento cumbre las agencias de la Providencia de Dios, el agua del venero, las políticas del desarrollo regional y la organización del sacerdote Vargas.

En la estructura del *Apéndice del Compendio de la historia de Poncitlán*, uno de los títulos reza: “*La providencia de Dios, como en otro tiempo la vara de Moisés en el desierto, hace brotar de las rocas ribereñas del río Santiago, que pasa a orillas de Poncitlán, abundante agua potable*” (Vargas 1950:28). Que demuestra perfectamente cómo el descubrimiento de un venero solo pudo haber sido efecto del actor principal, la Providencia de Dios. Enseguida se describe cómo sucedió lo anterior: “[Por accidente:] El Sr. Ing. D. Elías González Chávez, vocal ejecutivo de la Comisión de Planeación en el Estado, y que en esa ocasión estaba dirigiendo el trabajo de profundizar más el cauce [del río Santiago], inmediatamente se entrevistó con el Sr. Cura D. Fernando Vargas para comunicarle tan sensacional hallazgo (...), brotaron cuatro o cinco veneros que con fuerza, arrojaban gran cantidad de agua que se mezclaba con la del río, pero distinguiéndose de ella por su color límpido (...)” (Vargas 1950:29).

Posteriormente, se describe cómo el ingeniero González Chávez convocaba a una junta a los vecinos poncitlenses para comunicarles que el presupuesto aproximado era de 140 mil pesos¹⁴³, para “construir una caseta, instalar una bomba y construir un depósito con capacidad para 200 mil litros de agua”. A través del programa de mejoras materiales en conjunción con las aportaciones ciudadanas, se estipulaba que el Gobierno del Estado pagaría la mitad y los ciudadanos la otra mitad. En el informe de gobierno del entonces gobernador del estado de Jalisco el Lic. J. Jesús González Gallo, leído ante la H. XL Legislatura en Guadalajara el 1 de febrero de 1953, se registraba lo siguiente:

¹⁴³ Siete veces el valor del cine Regio: 20 mil pesos.

Se captaron unos manantiales localizados en la margen derecha del río Santiago. Sobre dicha captación se construyó una caseta para bombas y casa-habitación para el bombeo, y se instaló también un equipo tipo vertical accionado con control eléctrico. En la población propiamente dicha se tendieron tuberías constitutivas, de la red de distribución del sistema, cubriendo las calles más importantes que aseguraban la instalación inmediata de tomas domiciliarias. Simultáneamente se construyó un tanque de regularización y almacenamiento de 200 metros cúbicos de capacidad, el que quedó completamente terminado. Se erogó la cantidad de \$76, 897.91 (Informe de Gobierno 1953:113)

Para recaudar el dinero se formaría una Sociedad Civil que eligió a los siguientes representantes: “Presidente, Sr. Cura D. Fernando Vargas, vicepresidente, Sr. Ricardo Flores Guillén; Secretario, Dr. Benjamín Casillas; tesorero, Sr. Miguel Montes Jr.; vocales, Sres. Julio Becerra, Juan Durán y J. Nieves Muñoz” (Vargas 1954:30-31). En estos nombres se reconocerá a Miguel Montes Castellanos, uno de los hijos predilectos. Además, la sociedad civil contaba con la rúbrica de Juan Durán, reconocido como el “radiotécnico”, y otros ilustres apellidos de Poncitlán. En estos encadenamientos de actores se vislumbran las interpretaciones locales del progreso (genealogía). En los párrafos siguientes anoto la historia del manantial, pero desde la perspectiva de la “historia” regional de los sistemas hídricos.

Historia del manantial. La historia de la gestión del sistema hidrológico Lerma-Chapala-Santiago es sumamente compleja, así que daré detalles mínimos, pero suficientes para mi argumento¹⁴⁴. En la década de 1940 se instalaba el corredor industrial Lerma-Toluca, “dos décadas después, la del Atlacomulco-Ixtlahuaca que, junto con el crecimiento poblacional de la zona, coadyuvaron a impactar los sistemas de suministro de agua y drenaje” (Boehm 2005:116). Desde 1945 hasta 1958 Jalisco sufrió de una sequía, la cual afectó los niveles de la Laguna de Chapala y el caudal del río Santiago, de donde se extraía agua para el riego del trigo, consumo humano y producción de energía eléctrica (Rodríguez Langone 1999:156)¹⁴⁵. Lo anterior, sumado al crecimiento demográfico de la ciudad de Guadalajara, provocaba disminuciones importantes en el nivel de Chapala y la disponibilidad del agua aprovechable.

¹⁴⁴ Para obtener detalles véase Boehm, Brigitte (2005) y Durán et al (1999). “Cuencas hidrológicas y ejes industriales: el caso de la cuenca Lerma-Chapala-Santiago” y los volúmenes del título: *Los estudios del agua en la cuenca Lerma-Chapala-Santiago*, editados por el Colegio de Michoacán (COLMICH).

¹⁴⁵ En 1945 la precipitación anual fue 298.0 m.m. La media entre 1950 y 1960 es de 820 m.m. Con años excepcionales, 1960-1110.0 m.m y 1967-1221.5 m.m. (IGE 1978: 14).

Por lo demás, apenas en 1948 la “Ley Reglamentaría del párrafo quinto del artículo 27 constitucional en materia de aguas del subsuelo” aprobada por el Congreso de los Estados Unidos Mexicanos “estableció claramente la competencia legislativa del gobierno federal sobre las aguas subterráneas y la obligación de los usuarios de obtener un permiso para su explotación y utilización” (Rolland y Vega Cárdenas 2010: 161). Esta ley estaba supeditada a las previsiones de extracción que requerían los sistemas industriales y la agricultura intensiva de riego, sistemas sociotécnicos promovidos como parte de las políticas de desarrollo regional.

Las obras de dragado del río Santiago, las responsables técnicas de revelar el manantial en Poncitlán, fueron parte de las soluciones estatales para aumentar el caudal del río (Boehm 2005:117). El dragado estaba inextricablemente unidos a esa *historia* de la regulación del cauce para aumentar la corriente, que, a su vez, garantizarían la producción de electricidad de la Nueva Compañía Hidroeléctrica de Chapala. Porque, antes de su conexión con el sistema nacional de electricidad, la totalidad del proyecto de industrialización de Jalisco, sin excluir la iluminación de la capital, pendía de una suficiente corriente del Santiago. Cuando Guadalajara extrajo líquido de esas mismas aguas para uso doméstico de los civiles de la ciudad, la situación se vio agravada.

La draga del río, hecha en aras del desarrollo regional, abría la posibilidad de hacer brotar los veneros, lo cual fue revelado *adentro* de la comunidad poncitlense como la acción de la Providencia de Dios y la gracia de la Virgen. Nótese cómo la estabilidad de ese pequeño caos de aguas brotando dependía de la eficaz organización de Vargas, quien movilizaría a los representantes del Estado y a sus feligreses para construir un sistema sociotécnico capaz de canalizar, almacenar y distribuir el flujo de las aguas. Ese papel de orquestador de agencias heterogéneas encumbraría al sacerdote como un héroe del progreso sociotécnico en Poncitlán. Es así como la genealogía local del progreso en Poncitlán estaba trenzada con la historia nacional y regional del desarrollo industrial y la urbanización de Guadalajara y daba fe del arribo del futuro en el presente.

IV.C.1 “La fiebre aftosa parece echar por tierra nuestros planes”

Como en cada narración, cada coproducción de realidad e imaginario, en el intermedio ocurre una circunstancia trágica: una epidemia irrumpe y echa por tierra los proyectos de contar con un sistema digno de agua potable limpia. “A finales de 1946 aparece en México la fiebre aftosa, venida quizás del Brasil, quizás de otra parte. Es una enfermedad desconocida en el país y los veterinarios no se encuentran preparados para enfrentarla. Presionado por los Estados Unidos (...) el gobierno mexicano elabora un programa de emergencia” (Meyer 1983: 93).

No cuento con datos exactos del daño ocasionado en las poblaciones referidas, pero es posible conjeturar la magnitud del desastre si pensamos que en 1950 el 82.41% de la población económicamente activa se dedicaba al “campo” en el municipio de Poncitlán. En números absolutos de 3791 potenciales trabajadores 3124 eran agricultores o ganaderos o ambos (IGE 1979:24). Los agricultores solían tener algún ganado para producir leche o para utilizar a los animales como fuerza de tracción. En esos años los ganaderos comenzaban a vender “casi la totalidad de la leche traída de los ranchos” a la empresa internacional Nestlé asentada en los límites con el municipio de Ocotlán (Farías Martínez 1945:14).

En Poncitlán, los agricultores de la época pensaron que la fiebre aftosa era una artimaña del gobierno para deshacerse de las yuntas de bueyes y caballos como fuerza de tracción para el trabajo agrícola: “La gente cuenta que con estrategia el gobierno mandó a eliminar todo tipo de animales de trabajo (...). Después el gobierno manda un poco de apoyo para que pueda el campesino comprar un tractorcito y empezar ya a modificar la situación (...). Y para que ya no compres animales para trabajar, sino un tractor, y ahí nació la idea (Entrevista. San Miguel Zapotitlán, 12 de diciembre de 2018). Estas interpretaciones de la epidemia encierran la incertidumbre ante esta situación. Escribía Vargas:

Hace ya algunos meses que animados de los mejores deseos de cooperar al progreso y bienestar del pueblo y estimulados por las promesas del Sr. Presidente de la República y del Sr. Gobernador del Estado, en el sentido de introducir el agua potable a esta población, mediante la cooperación de la misma, emprendimos una labor de convencimiento a fin de que el pueblo pusiera de su parte la cooperación que exigían los citados Mandatarios, y a decir verdad, conseguimos mucho en poco tiempo, pero cuando ya teníamos casi asegurado el éxito de la empresa, en mala hora vino la fiebre aftosa echando por tierra nuestros proyectos, pues la mayor parte de las personas que se había comprometido a cooperar en dicha obra, cambiaron de parecer y “dejaron por la paz” el asunto importantísimo del agua (...). No faltan objeciones a este respecto y la más común es la siguiente: “Así como hemos estado sin agua potable desde hace muchos años, bien podemos aguatarlos sin ella”, al menos mientras pasa el desequilibrio económico ocasionado en estos últimos días por la fiebre aftosa (Vargas 1950: 34-36).

Al final, luego de sobrellevar los estragos de la epidemia de la fiebre aftosa los poncitlenses lograron progresar ante la adversidad para hacer realidad el objetivo de terminar el pozo de agua potable. El

primer acontecimiento cumbre del progreso de Poncitlán terminaba con éxito. El sistema de agua potable permanecería como fiel recordatorio del progreso, sus redes se extenderían hacia el futuro en la memoria social poncitlense como un logro del cura Fernando Vargas. Mediante esta gesta transitó Poncitlán desde un estadio salvaje hasta ser un pueblo de los “más progresivos de Jalisco”, en palabras de Vargas.

La historia no termina aquí. En el *Apéndice del Compendio de Historia de Poncitlán* se cuenta cómo, luego de lograr lo descrito anteriormente, Vargas se empeña en organizar la Coronación de la Virgen del Rosario. Es importante señalarlo, ambos relatos son contiguos, aparecen como una sola línea argumental. En un segundo momento de la genealogía del progreso en la cabecera, la importancia de la Coronación de la Virgen opacaría la alegría por el agua potable.

IV.D Segundo acontecimiento cumbre: Coronación de la Virgen del Rosario

En 1948 se terminaba la introducción del agua potable en la cabecera. La planeación de la Coronación es una de las principales prácticas de construir el futuro para los poncitlenses en el periodo analizado. A partir de ese año se organizaba el segundo “acontecimiento cumbre” que culminaría esta narración con la Coronación Pontificia de la Virgen del Rosario en 1950. En este evento trascendental se contaba la superación de las penurias causadas por la epidemia de la fiebre aftosa. De ahí que el padre Vargas Villalobos utilizaba la categoría “intensificación” de la vida espiritual y económica, en los textos que aparecen en el *Apéndice*, los cuales primero se publicaron en el semanario *El Paisano*, para indicar esta transformación colectiva y subjetiva de las personas. Este semanario, con sus noticias, informaba a la feligresía de qué estaba sucediendo y les incitaba a participar en estas anticipaciones para organizar la Coronación (Appadurai 2016).

Este pasaje encierra la mixtura de mejoras materiales y espirituales (las cuales comúnmente son categorías contrarias en algunos discursos), así como el primer acontecimiento cumbre enredaba la acción de la Providencia con las obras e infraestructuras técnicas. El arribo del futuro en 1950 se presentaba en esos textos como una intensificación, porque esos años fueron de comunalidad exaltada al organizarse la feligresía para financiar la Coronación mediante recolectas de dinero, al acrecentar la fe en la Virgen a imitación de otros pueblos piadosos de Jalisco y, además, porque la visita de las cantantes de música ranchera La Torcacita, Matilde Sánchez Elías, y las Hermanas Huerta, Luz y Aurora, lustraron esa temporada con un tinte hiper mediático y urbano¹⁴⁶.

¹⁴⁶ No era inusual que los artistas de ese entonces se sumaran a los esfuerzos por electrificar poblaciones o conseguir entre otras mejoras materiales, ver por ejemplo sobre la Caravana Corona en el estudio del mariachi del antropólogo Jesús Jauregui (2007: 340). La Caravana Corona fue una gira que agrupó muchos músicos ahora consagrados (El Piporro,

Las coronaciones de imágenes de la Virgen María deben entenderse como uno de los vaivenes del proceso de apropiación de los católicos y la secularización del espacio público que pretendía el gobierno mexicano, que se acrecentaba con Plutarco Elías Calles en las décadas de 1920 y 1930. El estado posrevolucionario intentó prohibir las manifestaciones públicas de culto, lo cual desencadenaría, entre otras razones, en la primera y segunda guerra “Cristera” de 1927 y 1934 respectivamente. Luego de guerras y acuerdos políticos, los poncitlenses imitaron la práctica de la coronación de otras feligresías católicas de Los Altos de Jalisco: Ayo el Chico y Jalostotitlán.

La relación entre los comerciantes y sus santos y vírgenes es usual en la historia supralocal de fervorosos católicos. El 6 de octubre de 1746, Matías de la Mota y Padilla representante de “los vecinos mercaderes” de Guadalajara presentaba una solicitud a la Diputación de Comercio de la ciudad para cobijarse bajo el manto de la Virgen de Guadalupe. “Consideran que para el buen éxito en todos sus comercios, deben implorar a la protección de los Santos, especialmente de aquellos que tienen mayor valimiento, por sus méritos, siendo nuestra Señora la Virgen María la que a todos excede” (Santoscoy 1993: 339-340).

En Ocotlán, en la municipalidad vecina de Poncitlán, desde las dos primeras décadas del siglo XX, los gremios de comerciantes juran lealtad al Señor de la Misericordia. Cada día 20 de septiembre se ejecuta la “entrada de los gremios”. Los hombres, representantes de los gremios del comercio, entran hincados hasta el altar en donde juramentan su lealtad ante la imagen de Cristo. La devoción popular proviene de los años posteriores a la prohibición del culto cuando los católicos salieron a las calles en procesiones para festejar a sus santos, una actividad que había sido impedida durante la persecución religiosa del Estado mexicano en la década de 1920.

En el citado *Apéndice*, uno de los puntos era el “Exordio y epílogo del sermón que pronunció el Sr. Presbítero Licenciado don Alfonso Toríz¹⁴⁷ Cobián el día 7 de octubre de 1948”. En el texto se leía lo siguiente:

¿No es este el mismo Poncitlán que hace apenas un año asistía con dolor al exterminio de su ganado, de ese ganado que para tantos hogares significa el pan de cada día? ¿Cómo explicarse entonces el rápido cambio que hoy presenciamos, de angustia a paz, de tristeza a regocijo? ¡Ah, bien lo sabéis! Es que Poncitlán siente ya próxima la hora de que esa imagen bendita, a cuya sombra caminaron las generaciones de cuatro siglos, sea coronada en el

Mariachi Vargas de Tecalitlán, José Alfredo Jiménez, Alberto Vázquez, etc.), anduvo en los cuatro rumbos de la república mexicana entre 1956 y 1982, patrocinada por la cervecera que lleva ese nombre (Montoya Arias 2016: 99).

¹⁴⁷ El apellido aparece con tilde en los textos, por lo que he decidido preservarlo.

nombre y la autoridad del Romano Pontífice, Vicario de Jesucristo aquí en la tierra. Por eso su dicha es inmensa (...). Ya desde ahora, el nombre de Poncitlán volará por todas partes como símbolo de amor a la Virgen, vendrán las muchedumbres atraídas por la fama de vuestras fiestas y, tal vez, hasta materialmente resultareis beneficiados. Mas no deben ser ni el honor mundano, ni las ventajas temporales lo que os estimule a proseguir la obra comenzada. Vuestra única ambición sea esta: glorificar a María y salvar vuestra alma (Citado en Vargas 1950: 47-48).

En este exordio Toríz Cobián coqueteaba con la posibilidad de que los poncitlenses se beneficiarían económicamente con la Coronación, aunque reclusa inmediatamente. Por un lado, la Coronación causaba el “rápido cambio” anímico de “tristeza a regocijo”, de “angustia a paz” a los poncitlenses. Por el otro lado, la Coronación implicaba una “intensificación” de las actividades económicas. Transcribo a continuación un párrafo de una página de *El Paisano* donde se aprecia cómo los textos del periódico son parte de las prácticas discursivas de anticipación de la Coronación (ver Imagen IV.A):

Todos sabemos que éste será, indudablemente el acontecimiento más extraordinario y grandioso que pueda consignar en sus páginas la historia de Poncitlán. Por otra parte, los pueblos que en éstos últimos días han tenido la inmensa dicha de ver coronadas sus sagradas imágenes con el rito más solemne que usa la Sta. Iglesia para esos casos, nos acaban de dar una hermosa lección que debemos aprender nosotros que estamos en vísperas de hacer público y notorio el amor y la devoción que profesamos a la Madre de Dios en su dulce advocación de Ntra. Señora del Rosario. Y esos pueblos, Ayo el Chico y Jalostotitlán, salieron avante en sus grandiosa y delicada empresa, de sus celosos párrocos y A LA DOCILIDAD INCONDICIONAL¹⁴⁸ de sus respectivos feligreses (...). No ignoramos que, omitiendo lo antes dicho, tendrá que restarse mucha lucidez a las fiestas patronales, pero bien sabe la Santísima Virgen que nuestra situación económica no es muy bonancible y que si omitimos algo de lo que hemos hecho en años anteriores, lo hacemos con el único fin de añadirlo, y con creces, en el gran día de su Coronación. (...) No ignoramos pues que todos los encabezados de los días del novenario hagan una labor intensa de convencimiento y persuasión entre los miembros reacios (...) (Vargas 1948).

¹⁴⁸ Mayúsculas en el original.

Imagen IV.A “Se aproxima la fecha de la Coronación de Ntra. Patrona” 1948



EL PAISANO
 PERIÓDICO MENSUAL. RELIGIOSO—SOCIAL.
 Registrado como artículo de 2a clase en la Oficina de Correos de Poncitlán el día 8 de enero de 1945.
 Con Licencia de la Autoridad Eclesiástica.
 Director, Presb. FERNANDO VARGAS. Domicilio. JUAREZ 44 Bis. Administrador, JOSE LUIS VARGAS.

Año IV | Poncitlán, Jal., Agosto 31 de 1948. | Núm. 46

Se aproxima la fecha de la Coronación de Ntra. Patrona.

Estando ya muy próximas las fiestas que año con año celebra esta parroquia en honor de su celestial Patrona, la Sma. Virgen del Rosario, nos ha parecido oportuno hacer las siguientes consideraciones:

Es casi seguro que para el mes de noviembre del año de 1949 se nos conceda la gracia de la Coronación Pontificia de Ntra. Señora del Rosario, según nos lo tiene prometido el Excmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo Dr. D. José Garibi Rivera.

Todos sabemos que éste será, indudablemente el acontecimiento más extraordinario y grandioso que pueda consignar en sus páginas la historia de Poncitlán.

Por otra parte, los pueblos del Arzobispado de Guadalajara que en éstos últimos días han tenido la inmensa dicha de ver coronadas sus sagradas imágenes con el rito más solemne que usa la Sta. Iglesia para esos casos, nos acaban de dar una hermosa lección que debemos aprender nosotros que estamos en vísperas de hacer público y notorio el amor y devoción que profesamos a la Madre de Dios en su dulce advocación de Ntra. Señora del Rosario.

Y esos pueblos, Ayo el Chico y Jalostotitlán, salieron adelante en su grandiosa y delgada empresa, gracias a la inteligente organización de sus celosos párrocos y A LA DOCILIDAD INCONDICIONAL de sus respectivos feligreses.

Es seguro que uno de los medios o recursos empleados por dichos pueblos para hacerse de fondos, tan indispensables para el caso, fué la economía previa. Pues bien, ya que nosotros no hemos hecho tal cosa en años anteriores, es de urgente necesidad que nos empeñemos por hacerla siquiera en el presente año. Si omitimos, por ejemplo, y sólo por ésta vez, castillos y pólvora de mano, o al menos, reducimos nuestros egresos por éste concepto, tendremos una economía de seis a siete mil pesos que bien se podían emplear en la adquisición de ornamentos para el servicio divino, en el arreglo de la Sacristía en la pintura del friso del templo o en otras cosas por el estilo.

No ignoramos que, omitiendo lo antes dicho, tendrá que restarse mucha lucidez a las fiestas patronales, pero bien sabe la Sma. Virgen que nuestra situación, económica no es muy bonancible y que si omitimos algo de lo que hemos hecho en años anteriores, lo hacemos con el único fin de añadirlo, y con creces, en el gran día de su Coronación.

Es urgente pues que todos los encabezados de los días del novenario hagan una labor intensa de convencimiento y persuasión entre los miembros reacios de sus respectivos grupos a fin de que, si no aumentan los donativos que han acostumbrado hacer en años anteriores, al menos, no los rebajen pretextando la omisión o reducción de la pólvora de mano y castillos.

Por supuesto, que todo lo dicho en éste sentido, no pasa de ser una mera sugerencia que deseáramos vivamente fuera aceptada con beneplácito por todos y cada uno de los habitantes de ésta población; pues de no ser así, las fiestas patronales se celebrarían, en el presente año, SIN OMITIR UN SOLO PUNTO DEL PROGRAMA ACOSTUMBRADO; sin embargo, con bastante pena, nos permitimos hacer ésta aclaración: Si al aproximarse más la fecha señalada para la Coronación de Ntra. Señora del Rosario, no se cuenta con lo necesario para afrontar decorosamente la situación, se aplazará dicha Coronación uno o más años, pues es preferible la demora, al peligro de hacer el ridículo.

Para terminar, creemos pertinente hacer del conocimiento de los hijos de Poncitlán, que desde hace tiempo se encuentran fuera del terruño, que en el presente año se ha trabajado, con mas o menos intensidad, en preparar las cosas para el deseado acontecimiento de la Coronación.

Hace algunos meses que se terminó

(Pasa a la 2a. pag.)

Matrimonio

El amor, como principio de la perfecta unión conyugal, deja a veces mucho que desear en relación al matrimonio, si examinamos detenidamente uno de los problemas más trascendentales de la vida humana, cual es el de la formación de un hogar.

Cierto que el amor incluye sentimientos que fomentan el bienestar, como la ternura, y hasta la comprensión; más a medida que pasa el tiempo el amor sufre una transformación: o bien se trueca en sereno y apacible echando sus raíces en lo más profundo del sentimiento cuando los hijos nacen, o bien se desvanece lentamente al surgir los defectos insospechados de los hombres. ¡Cenizas de una hoguera que bien puede hacer infeliz un hogar!

Otro de los problemas del matrimonio se origina en las modalidades características de cada sexo: el hombre es por naturaleza duro, activo y lógico; la mujer en cambio es pasiva, intuitiva y sentimentalista. Enorme diferencia, repito, que sólo criterios sanos y comprensivos ayudarían a nivelar.

No cabe la menor duda que el matrimonio es una ciencia y como para tal, tanto el hombre como la mujer deben estar preparados concienzudamente en lo que se refiere a la moralidad de sus actos en común. De donde resulta, que la castidad, antes del matrimonio, es indispensable.

El desenfreno de las pasiones en una juventud corrompida, si es que deja capacidad para engendrar, dá a la vida esqueletos idiotas o mutilados; hijos que serán el mudo pero implacable reproche a los que, en mala hora, fueron sus padres.

La soledad en los hogares forma un círculo de infinita tristeza que de momento puede estallar sórdidamente en el divorcio o adulterio. En cambio, si hubiera lágrimas, risas y bullicio de chiquitines, el cuadro sería enteramente distinto. Los hijos son el círculo de hierro que ata a los esposos estrechamente.

Otra de las condiciones indispensables para la felicidad del hogar, es la piedad más sólida. Un hogar donde reina la virtud y se reza con fervor, es un trasunto del cielo porque ahí vive Dios.

JOSE LUIS VARGAS.

Fuente: *El Paisano*, núm. 46, 31 de agosto de 1948. Raúl Martínez, Archivo Personal, 2018

En ese párrafo se consigna “el acontecimiento más extraordinario y grandioso que pueda consignar en sus páginas la historia de Poncitlán”, lo cual, es, a la luz de los años, un anhelo que se convertiría en realidad. Ahí se alude a las coronaciones de Ayo el Chico y de Jalostotitlán y se pide la imitación de la “docilidad incondicional” de los feligreses alteños. Además, Vargas alienta a los miembros de su iglesia a acrecentar la gloria de la Coronación al “restarle lucidez a las fiestas patronales”, a

cuentas de que “bien sabe la Santísima Virgen que (...) si omitimos algo de lo que hemos hecho en años anteriores, lo hacemos con el único fin de añadirlo (...) en el gran día de su Coronación”. Se lee en la publicación del periódico cómo los planes del futuro se discutían en una especie de esfera pública religiosa conformada por la prensa católica, las organizaciones católicas, así como los sermones desde el púlpito. Incluso, los “reacios”, quienes no quieren donar, son imprecados a cooperar.

En una junta realizada en el cine Regio el día 28 de noviembre de 1948 “a la cual concurrieron todos los encabezados del Novenario de Nuestra Señora del Rosario y un considerable número de personas de las distintas clases sociales”, Vargas leyó un estimado de gastos que ascendía a 415, 626.00 pesos de la época (Vargas 1950: 60). En este total se sumaban la construcción del Santuario de la Virgen de Guadalupe (65, 000 pesos) y del templo del Señor de Chapitas (145,000 pesos) y otras adquisiciones diversas, como un órgano marca Espinet (20, 925 pesos) (ver Apéndice 2). El estimado de gastos era veinte veces el valor del cine Regio (valuado en 20 mil pesos). Una cifra muy superior al presupuesto para el pozo y la bomba del manantial de agua potable, que ascendía a 140,000 pesos, de los cuales el Estado de Jalisco aportó 67, 897.91 (Informe de Gobierno 1953: 113).

Con esta considerable fastuosidad esperaban complacer a la Virgen y hacer progresar a la cabecera. ¿Cómo haría el pueblo de Dios ponciltense para reunir esa cantidad cuando se quejaba: “nuestra situación económica no es muy bonancible”? (Vargas 1948) Es ahí donde el término de intensificación describe las expectativas increíbles que se esperaba de la feligresía en cuanto a la cooperación. Muy pronto se vio que la intensificación espiritual era inseparable de la materialidad del dinero, lo cual es signo de que se trataba de estabilizar una mixtura de religión y economía. Para ello se colectaban fondos entre comerciantes, ganaderos, agricultores y pueblo en general. Caí sobre la cabecera, centro comercial del municipio, la responsabilidad de lucir su habilidad como comerciantes al generar el dinero para los gastos mediante las recolectas y la venta de productos.

En las siguientes líneas se observan las comisiones organizadas para recaudar fondos. Hago notar el término “intensificación” como resultado de las antelaciones de la futura coronación.

-*Intensificación* de las actividades de la Acción Católica en la parroquia, Sr. presbítero don J. Guadalupe Camarena. *Intensificación* de las actividades de las Asociaciones piadosas. Sr. presbítero don Mauricio Arellano.

-*Intensificación* de la instrucción religiosa entre niños y adultos. Sr. cura don Fernando Vargas.

-Venta de flores en la plaza y rifa de objetos, Señoritas Guadalupanas.

- Lotería de cartones cada ocho días en la plaza principal, señores J. Jesús de la Torre, Rafael Castellanos, Domitilio Becerra y Ramón Romo
 - Jamaicas¹⁴⁹ Srta. Alicia de la Torre y señoras Elena Lozano y Justina Lara.
 - Teatro. Sra. Catalina Becerra de V. y Srtas. María Romero Becerra.
 - Colecta entre agricultores. Sres. Javier Becerra y Julio Becerra.
 - Colecta entre ganaderos. Sres. Pedro Navarro, Salvador Flores G. y J. Jesús Muñoz.
 - Encargado de las alcancías. Sr. Luis Flores.
 - Regalos para las loterías. Sras. Soledad de la Torre y Teresa Flores Castellanos.
- Iluminación del interior del templo. Sres. Manuel Castellanos G. y Juan Ignacio de la Torre (Vargas 1950: 58-59).

Imagen IV.B “Visitas importantes” 1949



Fuente: *El Informativo*. Año XIV. Núm. 670. 28 de mayo de 2017. Archivo personal de Luis Antonio Franco Acosta

¹⁴⁹ Aguas endulzadas y saborizadas con la flor de la jamaica.

Desde ese entonces, las familias encargadas de los comités de recaudación de fondos coinciden más o menos con la actual clase de comerciantes: Becerra, Castellanos, De la Torre, Flores, Muñoz, Romo, entre otras. También, se consignaba la participación organizadora de Soledad de la Torre Navarro, quien donaría los regalos que se entregarían a los ganadores de los juegos de lotería en las quermeses.

Aparte de las cooperaciones entre los habitantes del municipio y la recolección de dinero por medio de la venta de productos; una de las estrategias más impresionantes para mis interlocutores poncitlenses fue la movilización de las estrellas de cine y de la música regional ranchera mexicana, artistas quienes fueron invitadas a Poncitlán para dar funciones musicales con el objetivo de generar dinero para la coronación.

Mis amigos e informantes me comentaron con orgullo cómo el dueto de las Hermanas Águila—parientes de Vargas, según Pedro Maldonado—así como la actriz apodada La Torcacita, se apoderaron de los corazones poncitlenses¹⁵⁰. No se sabe el monto exacto aportado por estas intérpretes, ni cuánto se les pagaba, lo único es que parte del dinero de sus funciones contribuía para los gastos de la Coronación.

Debió impresionar sobremanera a los poncitlenses el presenciar cómo las actrices de renombre acudían a un rancho de Jalisco donde apenas unos años atrás ni siquiera existía un sistema de agua potable limpia. El pie de página de la Imagen IV.B el cronista Luis Antonio Franco redactó:

Visitas importantes. Como ya he mencionado en escritos anteriores, al solicitar un Comité la Coronación Pontificia de la Virgen del Rosario y Patrona de Poncitlán (...) se invitó a un grupo de artistas de talla internacional, para su presentación en el cine Regio y recabar fondos para los gastos de la mencionada Coronación. Como podemos ver en la foto en el balcón de la casatienda de [Soledad] Chole de la Torre [primera y única presidenta municipal], de pie, y de izquierda a derecha: niño Adolfo de la Torre, la cantante de ranchero más famosa de esa época, Matilde Sánchez “La Torcacita”, la gran actriz Sofía Álvarez, que trabajó con Cantinflas en “Ahí está el detalle”, “México de mis recuerdos” al lado de Joaquín Pardavé (...). A su lado, Carmen de la Torre (la niña). Se hospedaron en la casa del Sr. Everardo Velázquez (...).

¹⁵⁰ La Torcacita interpreta “Tú solo tú” en la película “Perdida” de 1949: <https://www.youtube.com/watch?v=GjJwUmGJvMc>

Los poncitlenses atestiguaban un evento sin precedentes, los líderes y la clase de comerciantes estaban demostrando a la Virgen su capacidad de organización intensificando la colecta de dinero. Asimismo, los políticos y los héroes del progreso presumían de sus conexiones con las esferas mediáticas de la farándula urbana mexicana, con las luminarias de la radio y la televisión. En pocas ocasiones los personajes mediáticos desbordan sus medios para adentrarse en la vida cotidiana, en su lejanía descansa parte de su aura. Pero en 1950 es como si la radio se hubiera intensificado por obra de la Virgen del Rosario y de los progresistas poncitlenses. Primero el logro del agua potable, enseguida la aparición de los cantantes, para finalizar con la Coronación Pontificia de la Virgen del Rosario. Al final, es como si la Coronación intensificara económica y emocionalmente a Poncitlán.

Imagen IV.C “Desayunando con las Hermanas Águila” 1949



Fuente: *El Informativo*. año XIV. Núm. 744. 5 de febrero de 2017, archivo personal de Luis Antonio Franco Acosta

De nuevo al pie de página de la Imagen IV.C:

Esta foto captada en el año de 1949 (...) donde el Sr. Manuel Castellanos González, comerciante muy conocido en Poncitlán y la región, quien él y su esposa, la Sra. Teresa Flores, ofrecieron un desayuno al mejor dueto de América, “Las hermanas Águila”, acompañadas por personalidades de esta localidad. De pie y de izquierda a derecha: 1.- Manuel Castellanos Jr. (Tito), 2.-Sr. Everardo Velázquez, 3.-Sr. Manuel Castellanos G., 4.- Dr.

Ramón Vargas, 5.- Roberto González “La Chiche”, 6.-pianista de las Hnas. Águila, 12.-Sr. Cura Fernando Vargas, 13.-Rosa Castellanos, 14.-Soledad de la Torre. Con anterioridad les he comentado que fueron varias funciones de este dueto y otros artistas de talle nacional e internacional, con la finalidad de, a través de sus presentaciones en el cine “Regio”, recabar fondos para la Coronación Pontificia a la imagen de la Virgen del Rosario de Poncitlán, en noviembre 19 de 1950.

El despliegue de los miembros prominentes de la clase comerciante, el clero y las artistas, reunidos con la intención de recabar capitales habla de cómo se estaba edificando el sentimiento de progreso en esas décadas, un sentir que, como expondré en el Capítulo VIII, se esfumaría años después.

Por fin, llegaba la conclusión de la gesta el 19 de noviembre de 1950. Junto con el sistema de agua potable, la Coronación encumbraba el mito fundacional de un “moderno” y “progresista” Poncitlán. A continuación, transcribo el acta de la Coronación y brindo testimonios de dos testigos del evento cumbre.

Acta de la Coronación

En la Parroquia de Poncitlán, el día 19 de noviembre de 1950 (Año Santo). Reinando felizmente en la Iglesia Ntro. Smo. Padre el Papa Pío XII, gobernando en el Arzobispado de Guadalajara el Excmo. Y Rvdmo. Sr. Arzobispo Dr. José Garibi Rivera, siendo Presidente de la República el Sr. Lic. Don Miguel Alemán y gobernador del Estado el Sr. Lic. Don J. Jesús González Gallo, teniendo la autorización por escrito del M. I. y V. Cabildo Vaticano, el mismo Excmo. Y Rvdmo. Sr. Arzobispo don José Garibi Rivera, coronó en el atrio el templo del Sr. de las Chapitas, en el barrio de Sta. María, a las 12 y 35 minutos p.m. a la Santísima Virgen el Rosario, ante la presencia de muchos millares de fieles, sujetándose dicha acta al Ceremonial propio para el caso. La corona que se colocó en las sienes de la Santísima. Virgen María la hizo le orfebre Salvador Orozco de la ciudad de Guadalajara (...). Después de la Coronación que terminó aproximadamente a las 2p.m. fue traída en procesión la Santísima Virgen por toda la calle de Ramón Corona cantando todo el pueblo el himno que compuso exprofeso el Sr. Cura Vargas, con música del maestro Francisco Aceves (q.e.p.d.); dando vuelta por la calle Vicente Guerrero para tomar la calle Juárez hasta hacer la entrada al templo Parroquial. Todas las calles del pueblo estuvieron primorosamente adornadas y el Templo se adornó con ricas telas, y abundantes flores naturales (Vargas 1950: 70).

Imagen IV.D Fernando Vargas con la Virgen del Rosario 1950



Fuente: Publicación de Facebook, Raúl Martínez Arreola

Fragmento del “Himno a Ntra. Señora del Rosario, para el día de su Coronación, Poncitlán, Jal.

Estrofa I”.

Poncitlán hoy escribe en su historia, el más dulce y sublime poema;
Poncitlán hoy se cubre de gloria, porque canta con su amor y su fe,
El amor que este pueblo profesa, a la Virgen del Santo Rosario,
Es herencia de suma riqueza, que a sus hijos España dejó.

Doña Rosaura Flores, testigo de la coronación, me confesaba que al intentar coronar a la Virgen el arzobispo de Guadalajara José Garibi Rivera fue incapaz de colocar la corona en su lugar. “Cuando la coronaron, estaba el arzobispo, le ponía la corona y se le caía, se la volvía a poner hasta que fue a dar a los pies del cura Fernando Vargas, él se la puso y se le quedó”. La Virgen se negaba a ceder ante las manos ajenas del encumbrado arzobispo de Guadalajara; por el contrario, aspiraba a ser coronada por nuestro héroe local del progreso. Raúl Martínez apuntó algo similar:

Justamente el día de la coronación sucedió que en el momento culminante, contando con la presencia del Nuncio Apostólico, el Sr. Arzobispo, el Párroco, Sacerdotes y fieles se procedió a colocar la corona sobre la cabeza de la imagen, correspondiendo el honor de coronarla al Nuncio Apostólico acompañado del Sr. Arzobispo Garibi Rivera; por circunstancias inexplicables la corona no se sostenía en su lugar. Ante esta situación, se le pidió al Sr. Cura Fernando Vargas (párroco en ese entonces), su intervención. Subió al templete, tomó la corona en sus manos, la colocó sobre la imagen y en el primer intento se sostuvo en su lugar; teniendo esa distinción de nuestra señora hacia su párroco¹⁵¹.

Al terminar este inmenso trabajo de organización de agentes heterogéneos, Fernando Vargas fue “premiado” para encabezar la iglesia de San Juan de los Lagos en los Altos de Jalisco en 1961, ciudad en donde fallecería en 1979 (Franco Acosta 2002:222). En la Imagen IV.D está retratado junto a la imagen de la Virgen en 1950.

La narración que presenté en páginas anteriores subsume la labor de cientos de personas quienes cooperaron y se organizaron para llevar a cabo las transformaciones de su localidad. Tampoco se cuenta quiénes eran los “reacios” a cooperar, ni conocemos sus motivos. De esas personas se sabe poco, porque este es un relato que está contado desde el punto de vista del

¹⁵¹ Publicación de Facebook de Raúl Martínez Arreola. 6 de octubre de 2019. Consultado de: <https://www.facebook.com/originalstudioderaulmarreola/> El himno fue compuesto por Ramón Vargas.

sacerdocio y representa las visiones de la elite política y comerciante de Poncitlán. Este análisis ratifica que el progreso se experimentaba como una intensificación espiritual y material. La Virgen del Rosario es el actor principal ya que incita a los poncitlenses a la acción. Esta genealogía de los entendimientos locales del progreso coincide con la historia supralocal de las coronaciones de la Virgen en Jalisco. Además, expone las relaciones entre la clase política de Poncitlán, y de los hijos predilectos, con personajes del ambiente urbano.

Consideraciones finales

En este acápite he descrito qué entendían por “progreso” los representantes del clero católico y de la elite comercial de Poncitlán en el periodo 1940-1950, lo cual se resume en la narración de los “acontecimientos cumbres” que los poncitlenses de la actualidad rememoran como un modelo de porvenir basado en la intensificación de la espiritualidad y economía. Singularmente, los hijos predilectos, héroes del progreso, son quienes escribieron acerca de estos sucesos trascendentales, que, posteriormente, serían transmitidos por los cronistas y demás entusiastas del pasado. Al final, se estableció una narrativa normativa del progreso, que, en la actualidad, circula en forma de libros, crónicas, publicaciones de Facebook y videos de YouTube. Esa narrativa era simultánea a la realización de la construcción del pozo y la Coronación Pontificia de la Virgen del Rosario, por lo cual, así como el discurso del corredor industrial se hacía mientras se narraba, asimismo los eventos cumbres figuran como un proceso de coproducción de relato y realidad.

La articulación entre “genealogía” e “historia” del progreso confirma esas afirmaciones (Appadurai 2001). Siguiendo a Appadurai, “genealogía” llamé a los orígenes de los entendimientos locales, a la diacronía hacia dentro de la comunidad, como es interpretada “culturalmente”. La “historia” supuso visibilizar cómo esas prácticas y entendimientos locales se insertan en las lógicas supralocales, en este caso, dentro de los proyectos del desarrollo regional promovido desde el Estado mexicano y los organismos internacionales. En ese sentido es que los hijos predilectos operaban como intermediarios entre esos niveles. Las características de los hijos predilectos son parte del imaginario de diferenciación poncitlense que, en términos de Claudio Lomnitz (1999) podría llamarse un “sistema de diferenciación cultural”. Los héroes del progreso eran católicos, políticos, comerciantes con vínculos con personajes de la elite de Guadalajara. Poseían el poder de difundir sus visiones entre la población y se vincularon con las instituciones estatales para injerir en la edificación de obras públicas e infraestructuras. Varios de ellos arribaron desde localidades de Los Altos en algún momento de las primeras tres décadas del siglo XX; representaban lo novedoso,

conjugado con las costumbres piadosas del catolicismo. Y además, integraron a la vida poncitlense diversos artilugios considerados índices de la “modernización” y el mejoramiento técnico, como son los sonidos, cinemas, máquinas y fábricas industriales.

En términos teóricos, he ensayado las limitaciones de la teoría del imaginario tecno social que opera bien para explicar cómo las elites delegan en la ciencia y la tecnología sus expectativas de mejoramiento de la sociedad y trabajan para convertir esas visiones en obras e infraestructuras. En última instancia, promueven proyectos que se ciernen como horizontes de posibilidad para las personas comunes. Pero esta teoría no contempla los casos en que otras agencias se encuentran mezcladas con la técnica y la ciencia. En ese sentido limitante, los imaginarios tecno sociales en su énfasis en la ciencia y la tecnología, omiten los “entrelazamientos” de religión y política, técnica y religión, magia y ciencia (Dube 2011), porque la teoría de Jasanoff (2015) está pensada para realidades occidentales, donde supuestamente el factor principal de coproducción de narrativa y sociedad son los relatos científicos y tecnológicos. Con el objeto de no caer en la trampa de dividir artificialmente esos aspectos de la realidad hice uso del bagaje teórico de Latour (2012, 2008).

La noción de red de asociaciones de elementos heterogéneos admite la mixtura de esos aspectos de la realidad que otras teorías suponen como mutuamente excluyentes. Además, permite trazar el origen de la acción individual como un cúmulo concentrado de otras agencias—la Virgen del Rosario, la fiebre aftosa, los veneros de agua, los gobernadores. Esto se estipula sin pretender que las clasificaciones que hacen los propios actores sean erróneas o incorrectas. Por esa razón describí cómo están entrelazados la religión y la técnica. Resulta sencillo renunciar a las dicotomías clásicas entre secularización y religión. No obstante, como mostré en estas páginas, y como soportan las investigaciones empíricas (Johnson 2015; Comaroff y Comaroff 1993), es de mayor provecho explicar la persistencia y la coexistencia de estas aparentes divisiones.

Por último, los poncitlenses de entonces se expusieron a transformaciones materiales tangibles, sentidas como intensificaciones colectivas y subjetivas. Por esa razón, en la actualidad, 1950 es la temporada que se estipula como modelo para recuperar el progreso, modernización y desarrollo de Poncitlán en el futuro. Los cronistas y otros de mis informantes rememoran con nostalgia los años de antes, que “eran bonitos”. Y hacía allá remiten parte de sus esperanzas para remediar la precariedad económica, violencia e individualismo de la actualidad. En ese pasado imaginario se vislumbra un escenario para el futuro. Pero, ¿qué otros imaginarios existieron?, ¿cómo entendían el progreso, desarrollo y modernización las clases humildes? Estas cuestiones serán tema del capítulo siguiente.

CAPÍTULO V. ALIMENTACIÓN Y PROGRESO PARA LOS PONCITLENSES HUMILDES

Mis antepasados de San Miguel Zapotitlán y Poncitlán asociaron la dieta normal del campo con la *pobreza* y la comida procesada con el *progreso* del futuro en el presente. Con ánimos de explorar esas divergencias en los sistemas de valor locales apuntaré pormenores de la alimentación de los poncITLENSES en el periodo 1950-1970, cuando hay una transformación notable en el tipo de alimentos consumidos. Las parentelas “humildes”—un sinónimo local de pobres—padecieron hambre en momentos difíciles. En ocasiones, el único alimento ingerido eran tortillas con sal. En parte, esto se debe a que la cosecha de maíz, el cultivo principal, que servía para venta y autoconsumo, en ocasiones se vendía a los hacendados, quienes tras el reparto agrario sobrevivieron como intermediarios comerciales.

Durante ese periodo la situación comenzaba a transformarse, puesto que los ingresos de algunas parentelas mejoraron con la migración a los Estados Unidos y las mayores cosechas de maíz y trigo gracias a la tecnificación de la agricultura. Estas transformaciones coincidían con las campañas publicitarias agresivas en la radio y televisión de alimentos procesados que ofertaban productos relativamente baratos, empacados vistosamente, novedosos y cargados de azúcar y aceite, que comenzaron a proliferar en ambientes rurales y urbanos de México. En ese contexto, mis amigos e interlocutores de Poncitlán vieron un “progreso” en la disponibilidad de nuevos productos alimenticios, que parecía contrariar la condición de hambre y escasez de antes de 1950.

El futuro había arribado en forma de consumo. Se conectaba el imaginario tecno social de la producción industrial con los anhelos de los poncITLENSES a través de los nuevos artículos, los cuales eran materializaciones, objetivaciones del valor de novedad de la “modernización” (Miller 1995). En consonancia con el argumento central de esta tesis, para esas generaciones de poncITLENSES los anhelos de mejor alimentación estuvieron condicionados por el horizonte de posibilidad del industrialismo, el cual decantaba la alimentación hacia el consumo de procesados. Marcas como Bimbo y Coca Cola taladraban hasta la saturación en el imaginario poncITLENSE y cuando la situación económica de mis paisanos prosperó ya no se inhibieron ante la ingesta de refrescos y guzgueras, baratas pastas de harina, Sabritas y mucho aceite, cantidades desconsideradas de frituras. Al principio todo eso era un lujo novedoso, pero con el paso de los años los artículos mencionados se abarataron hasta la situación actual en 2020.

Las consecuencias del futuro inesperado, de ese consumo de procesados, son visibles hasta la actualidad, se observan en varias dimensiones de la sociedad poncITLENSE. Una de esas

dimensiones es la gran proporción de obesos y enfermos de diabetes, a causa de la genética exacerbada por hábitos dañinos, como el consumo excesivo de azúcares y grasas. ¿Cómo llegamos a esa situación cuando en San Miguel Zapotitlán y Poncitlán crecían cañas, mangos, naranjas, café, tabaco, quelites, maíces? Una variedad que se remonta a los frutales plantados por los franciscanos en los monasterios y hospitales de indios en el siglo XVI, la cual en los siglos posteriores abastecía el comercio de Guadalajara (Rueda 2009:344) con un abanico tanto de frutas de huerta como silvestres, una variedad apreciable en el Apéndice 3.

Con el objetivo de examinar algunos aspectos este proceso de transformación hacia la mitad del siglo XX divido el capítulo en dos apartados. En el primero describo cuál era la “comida de pobres”, como la consideraban la generación de mis abuelos, nacidos en el periodo 1930-1950. Fundamentalmente, la comida de pobres eran frijoles, tortillas y chile; muy ocasionalmente manteca y carne, complementados con quelites, hierbas y frutas silvestres. Ellos sabían dónde buscar y encontrar, dónde cazar o pescar; cuáles bayas o frutos cortar, en qué arbustos o árboles crecían con dulzura, lo que ilustra una relacionalidad de los poncitlenses con la naturaleza, la cual yo describo como una plena atención a la heterogeneidad de multitud de seres vivientes con quienes cohabitaban el campo. Una cuestión que ampliaré en relación con las temporalidades en el Capítulo VII.

El problema no eran ni la variedad ni la presencia de esas provisiones, como señala una monografía de la época elaborada por el Instituto de Geografía y Estadística de Jalisco: “La población del municipio de Poncitlán, carecía de una *alimentación continuada*¹⁵² de elementos necesarios para la nutrición” (IGE 1978:41). El consumo de ciertas cosas estaba supeditado a la disponibilidad por temporadas y a los vaivenes de las especies vegetales y animales. Tan es así que para adecentar su ingesta diaria fueron básicas otras pericias de la sociabilidad, la caridad cristiana, las invitaciones a comer y los regalos de parientes y amigos, con ánimos de encontrar cierto control sobre el futuro del consumo.

Aquí también analizo cómo esos alimentos en algunas ocasiones se intercambiaban o se vendían por dinero y en otras se consumían. Ante eso, resulta adecuado caracterizar esos aprovechamientos del valor de uso y valor de cambio de los productos disponibles como oscilaciones situacionales entre regímenes de valor mercantiles y sistemas de valor específicos de Poncitlán (Appadurai 1991, Kopytoff 1991). Estas oscilaciones del valor de las cosas explican por qué las frutas silvestres, como el guamúchil, se asociaron con la pobreza, porqué los huevos de gallina

¹⁵² Énfasis mío.

se usaban como moneda de intercambio para adquirir diversos productos y servicios y porqué se prefería vender maíz, trigo, pescado y leche antes que consumirlos.

En el segundo apartado describo cómo los poncitlenses valoraron como signos del arribo del futuro de la “modernización” y el “progreso” los panes y dulces de las fábricas. En términos del antropólogo británico Daniel Miller (1995) esos bienes fueron “objetivaciones” de valor de la “modernización”. En pocas palabras, se asoció el progreso y la modernización con los nuevos alimentos procesados, en específico el caso de Bimbo, empresa que estableció una fábrica en el corredor industrial de Jalisco. Para completar esta exploración, muestro casos sobre el imaginario y sociabilidad basados en la ingesta de Coca Cola en sitios de venta considerados “modernos” en la cabecera y apunto sobre la imposibilidad para algunos niños pobres de adquirir esas nuevas golosinas. Para finalizar, escribo sobre la transformación de una generación de infantes—nacidos entre 1950 y 1970—en nuevos “sujetos consumidores” con un gusto por lo dulce (Sassatelli 2014).

V.A Comida de pobres y comida de ricos

La dieta diaria de los poncitlenses en 1950, la comida de pobres, consistía básicamente en tortillas, frijoles (de la olla, cocidos, o refritos con manteca) y chile (salsa de jitomate o tomatillo, sal y chile molidos en el molcajete). Además, bebían aguas frescas de frutas, tisanas de hierbas del jardín y atoles de maíz. Ocasionalmente, gustaban leche de vaca o de chiva; comían queso fresco, carne de res, así como distintos alimentos de temporada—calabaza de Castilla en otoño, pescado durante la cuaresma, guajes en mayo. Al decir de varios testigos de la época, “cuando no había más, comíamos gordas con sal”, con lo cual se asume que podrían faltar otros alimentos, pero la tortilla de maíz era indispensable. La gente “se llenaba”, satisfacía su apetito en su mayoría, con la ingesta de tortillas. Del maíz se elaboraba el pinole, que era el único alimento de los trabajadores del campo. Se portaba en un morral y los trabajadores tomaban puñados de pinole conforme realizaban sus labores, lo cual les permitía continuar trabajando sin detenerse para comer.

Obviamente, este menú básico no era exclusivo de Poncitlán. En Ciudad Obregón, Sonora, durante los primeros años de 1960, a los braceros, quienes pululaban en la ciudad en espera de su aceptación para cruzar a Estados Unidos, les vendían la “gallina”, un platillo que consistía en un plato de frijoles, salsa martajada y tortillas: “Las que uno se pudiera comer”, como me dijo un migrante. El precio de la gallina era un peso (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, 13 de marzo de 2019).

El consumo de carne de cerdo—en chicharrones—y de chiva—en birria—se lo permitían los poncitlenses en ocasiones especiales como las fiestas patronales, bodas o bautizos. Algunas personas contaban con vacas y chivas de las cuales se aprovechaba su leche para consumo directo o para elaborar quesos. En los corrales paseaban cóconos, patos y gallinas. Los guajolotes eran condimentados en mole para las bodas y las gallinas aderezaban los caldos. Sin embargo, los propietarios de las aves decidían no sacrificarlas con vistas a la obtención de huevos, que eran indispensables como medio de intercambio para pagar por ropa o entradas al cinema en San Miguel y en la cabecera. Los guajolotes, cerdos, chivos y borregos se guardaban también por la posibilidad de venderlos ante una emergencia o necesidad de dinero en efectivo. Para ello, las personas arreaban o cargaban sus animales arriba del camión, ruta que en ese entonces atravesaba por el centro los poblados, y se iban a venderlos a Guadalajara.

Por lo general, las personas de las rancherías acudían los domingos a Poncitlán para comprar carne de res en el mercado municipal. Los carniceros entregaban la carne amarrada con un mecate; luego los clientes, al llegar a sus localidades, colgaban la carne de una viga de madera o en un sitio alto durante la noche del domingo, para consumirla el lunes siguiente. Los bistec de res se preparaban como cecina, salados y secos. La refrigeración técnica, si bien operaba en ranchos y haciendas de ricos ganaderos para conservar la leche, era anormal en la cabecera o sus satélites (Entrevista, 9 de septiembre de 2018).

Al contrario de las personas humildes, en la casa de los ricos de Poncitlán, “en la comida no podía faltar diariamente la carne: cerdo y res”. Doña Otilia—quien en 2018 contaba con noventa y dos años—aprendió a cocinar en la década de 1950 con una mujer pudiente, apodada La Zarca, quien se dedicaba al comercio al por menor en la cabecera. En su casa, diariamente, se servía sopa aguada con carne asada de res o un guisado, además de pan salado—birote—y las correspondientes tortillas (Conversación informal. Poncitlán, 13 de octubre de 2018).

Las encargadas de la preparación de alimentos eran las mujeres. Se despertaban alrededor de las 4am, procedían a moler en el metate y echar tortillas para la comida de la familia. La madre de don Alberto se levantaba y encendía la lumbre, ya fuera con un trozo de madera o con una boñiga (Conversación informal. Poncitlán, 21 de junio de 2017). La prendía por dentro, mientras que por la parte de afuera la humedecía, esto lo realizaba con el objetivo de preservar la flama durante el resto del día. A la mañana siguiente, dentro del estiércol había una pequeña brasa con la cual encendería el nuevo fuego. Antiguamente, se usaban los fogones y el banco para tortear, que funcionaban con

leña. Posteriormente, la estufa de petróleo inició su aparición hasta las estufas de gas en las cocinas de las personas pudientes de la cabecera en la década de 1960.

Cuadro V.A Porcentaje de consumo de alimentos por persona y número de días a la semana que se consumían en el municipio de Poncitlán en 1970

Alimento	0 días	1 día	2 días	3 días	4 días	5 días	6 días	7 días
Carne	30.04	25.01	17.30	11.06	3.85	1.11	0.83	10.80
Huevo	31.98	10.21	16.08	9.96	5.18	2.42	2.14	22.03
Leche	37.80	4.85	4.69	3.06	1.68	1.43	3.20	43.29
Pescado	56.46	13.30	9.44	5.69	3.12	1.63	2.68	7.68
Pan	32.72	8.82	7.11	5.44	2.66	1.77	2.58	38.91

Fuente: Elaboración propia a partir de “Características alimenticias porcentaje (1970)” (IGE 1978:42)

El IGE (Instituto de Geografía y Estadística de Jalisco) calculaba el consumo de ciertos alimentos por persona en el municipio a partir de los datos del Censo de Población y Vivienda de 1970. La conclusión a la que arribaron fue que “la población del municipio de Poncitlán, carecía de una alimentación continuada de elementos necesarios para la nutrición” (IGE 1978:41). Estas cifras son útiles para ilustrar cómo en un periodo de veinte años la carencia en el consumo de alimentos seguía siendo manifiesta, como recuerdan mis informantes.

El Cuadro V.A muestra el porcentaje del total de la población que consumió ciertos alimentos, cuántos días a la semana. Se observa que un tercio de la población del municipio (alrededor de 7000 personas de un total de 22067) declaraba no comer ningún día los siguientes productos: carne, huevo, leche y pan. Lo cual indica que este tercio poblacional basaba su alimentación en la dieta de pobres, tortilla, frijoles y chile. En cambio, diariamente, el 10.80% de la población ingería carne (2383), 22.03% huevo (4861), 43.29 % leche (9552), 7.68% (1694) pescado y 38.91% pan (8586)¹⁵³.

Gracias a estas cifras es posible figurarse los dos grandes grupos aludidos en este análisis: Los humildes y los ricos. El consumo de pescado, a pesar de la cercanía con Chapala y el río, era

¹⁵³ En la tabla original no se anotan las cantidades de población. Los cálculos son un aproximado.

relativamente raro; ocurría en Cuaresma y días santos. La leche la bebía casi la mitad de la población, porque incluso hasta un jornalero relativamente pobre era capaz de mantener una vaca para la ordeña o, en su defecto, era capaz de solventar la compra de leche a crédito con un conocido. Por supuesto, algunas familias se permitían comer legumbres y verduras, como es el caso de un informante de Poncitlán quien declaró que sus familiares sembraban rábanos, lechugas y maíz en un terreno en Santiago Totolimixpan, junto al río Santiago. Mi interlocutor me confesó “estábamos pobres, pero comíamos bien” (Conversación informal. Poncitlán, 14 de marzo de 2018).

Este cuadro se enfoca en indicadores de “progreso” desde el punto de vista del IGE, como la ingesta de pan y proteínas (carne, huevo, leche pescado). Salvando ciertos detalles que el cuadro omite, por ejemplo el consumo de frijoles y frutas, la información complementa los informes cualitativos que presento aquí. Juntos dan un panorama del tipo de “comida de pobres” y “comida de ricos” cómo la concebían en Poncitlán. La principal separación entre ambos mundos era el consumo de carne, que era considerado de mayor valor. Este no es un alegato sobre el valor nutricional de la proteína animal frente a la proteína vegetal de los frijoles; sino una interpretación del pasado a partir de las evaluaciones de mis interlocutores, quienes me describieron una situación de carencia alimenticia y sus expectativas de mejoramiento en el futuro cercano. Ante esto, los poncitlenses consiguieron alimentos del entorno con los cuales complementaron la dieta básica, los cuales se fueron asociando a una condición de pobreza.

V.A.1 Recolección y caza como fuente suplementaria de la alimentación

Los poncitlenses ligados al campo contaban con habilidades y destrezas que provienen de una relacionalidad con la naturaleza que, a falta de mejor título, considero de origen indígena. Se trataba del conocimiento del entorno, del cerro y del valle, que les permitió recolectar hierbas y frutas y cazar animales. “Comíamos todo de la naturaleza”, me cuenta don Alberto—nacido alrededor de 1929. La recolección de alimentos silvestres se convirtió en un indicador de pobreza. A partir de esto, la relación con la naturaleza se trastocó ostensiblemente hasta el punto de que rechazaban comer hierbas y frutas autóctonas, por ejemplo los zapotes.

Don Alberto y sus hermanos iban al cerro para sembrar o trabajar la tierra en Ahuatlán, municipio de Zapotlán de Rey. De camino aprovechaban para cortar tunas maduras de los nopales, además de los frutos dulces de los zalates, guamúchiles, mezquites y las uvalanas—bayas color morado oscuro (Entrevista. Poncitlán, 21 de junio de 2017). “Nosotros comíamos nopales y lo que nos encontráramos en el campo”, rememora don Teófilo—quien en 2018 contaba con alrededor de

ochenta años. Él recolectaba panales de abeja, “los macheteaba”, y los llevaba a la casa para colocarlos en las ramas de un árbol. Luego les extraía la miel (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, 4 de marzo de 2018).

Las frutas “naturales” se consideraban asociadas a la gente pobre, aunque se consumían ampliamente. En esta categoría se enlistan el guamúchil, mesquite, ciruela (jocote en el centro y sur del país) y zapotes. El caso de este último fruto es notable. Los árboles se encontraban desperdigados por los potreros de San Miguel¹⁵⁴, son dulcísimos y, se dice, buenos para provocar sueño. No son comidos por las razones aludidas. Las ciruelas y guajes se consideraron comida de “indios” de la ribera de Chapala, aunque las personas disfrutaron comerlas.

Ahora bien, con otras frutas ocurre lo contrario, ya que cambiaron su calidad de mercancías a ser frutas silvestres. Durante el siglo XIX el municipio de Poncitlán cultivó y recolectó frutas para el mercado de Guadalajara. San Miguel Zapotitlán contaba con la mayor variedad frutícola del municipio. Por ejemplo, las huertas de aguacate y mango fueron privadas antes de la Revolución de 1910; en el periodo analizado, no obstante, era posible conseguir frutos de las huertas, dado el caso de que ya no eran unidades de producción para el mercado. Las frutas pasaron de ser mercancías para formar parte del entorno, ahora consideramos a los mangos como a las uvalanas, algo dado, rústico, que hay en la naturaleza (ver Apéndice 3). En cambio, otros quelites, como el tomatillo milpero, que han sido reducidos por el abuso en la aplicación de herbicidas, se consideran una delicadeza¹⁵⁵ en la actualidad. De entre estos, las verdolagas siguen consumiéndose con carne de cerdo, pero el quelite blanco se desprecia como comida de pobres o humildes.

Así como el consumo de frutas les permitió ingerir azúcares, la carne proporcionada por la caza era una fuente alterna de proteína. Sin embargo, en este régimen de economía moral, la carne de estos animales silvestres era considerada sucia. Eran cazados los siguientes animales: ardillas, víboras, güilotas (codornices), tlacuaches, armadillos y venados. Resulta un predicamento que, en un contexto de abundancia ganadera, las personas humildes vieran la carne de res como inalcanzable. En Poncitlán, un informante recordó que cada cierto tiempo el ferrocarril atropellaba una vaca del ganado de un hacendado. “La mayordoma le daba la carne a las personas para que el hacendado no le cobrara a ella por el animal muerto”. Enseguida, mi informante llevaba carne a su

¹⁵⁴ Un potrero es un área de parcelas contiguas, cada uno tiene un nombre. Cada uno tiene un nombre: Barranquillas, El Hueso, La Bueyera, El Sauz.

¹⁵⁵ 45 pesos el kilo en la cabecera, el 5 de septiembre de 2018.

madre, quien la preparaba en cecina, “la cocíamos con limón y la colgábamos de un alambre” para conservarla por varios días (Conversación informal. Poncitlán, 14 de marzo de 2018).

La pesca en este ambiente ribereño se menciona raramente en los relatos de mis interlocutores. Por un lado, ya desde entonces se conocía el aumento de la contaminación derivado de los desechos vertidos al caudal del río Santiago por la empresa Celanese, que se instaló en 1947 y con su “progreso” inició la irreversible contaminación de las aguas. Por el otro lado, como ya mencioné, el consumo de pescados estaba relacionado con el periodo especial de Cuaresma y días santos. Y lo más notable es que en la cabecera municipal a partir de 1970 proliferaron las marisquerías a imitación de la cocina costeña de Nayarit, Mazatlán y Sinaloa, mientras que la cocina de la ribera de Chapala se volvió prácticamente desconocida¹⁵⁶.

Estas pericias para ampliar la dieta diaria expresan los regímenes de valor de la economía moral cambiante. Es importante tener en cuenta que este es el trasfondo en donde posteriormente se contrastan las mercancías nuevas—como el pan Bimbo y los refrescos. En otras palabras, de estas evaluaciones surgen los contrastes entre la caza y la recolección contra la posterior abundancia de artículos de consumo. Progresar significó evitar el hambre y tener a disposición verduras y frutas, que venían del mercado y no de las prácticas de caza y recolección.

La relacionalidad con el entorno que socorrió la carente nutrición es considerada un hábito del pasado, de los viejos, de “cuando no había de otra”, algo con que contrastar la imaginación de la “modernización”. A continuación relato un aspecto para completar este sucinto panorama de cómo los poncitlenses humildes paliaban el hambre. Estas son las relaciones de sociabilidad entre personas, sostenidas en los valores de la caridad cristiana, regalos entre parientes y amigos, las invitaciones a comer y el crédito con los mercaderes trashumantes.

V.A.2 Engañar al hambre: caridad cristiana, regalos e invitaciones entre parientes y crédito

“Mi mamá compraba costales de arroz y piloncillo. Esto les daba de comer a las personas que no podían comprar sus alimentos. Para conseguir este dinero, hacía olla de tepache y lo vendía. De allí pagaba el arroz y el piloncillo para dárselo a la gente”. Esta transcripción de las palabras de doña Susana Labra, comerciante de la cabecera, resume la labor caritativa de su madre en la década de 1960. La parentela Labra es reconocida como una de las familias exitosas en el comercio, pero con

¹⁵⁶ A mi abuelo le enseñaron los jornaleros de San Pedro Itzcán a cocinar caldo de cangrejo con ciruela (jocote en el centro y sur de México). Receta: Cocer recaudo (jitomate, cebolla y cilantro) con agua. Moler ciruelas verdes y agregarlas al agua. Luego incorporar los cangrejos y dejarlos cocer unos minutos. Se sirve como un caldo de pescado cualquiera, con tortillas y se le agrega limón. Sarah Bak-Geller Corona y Rocío Moreno (2017) lograron recopilar un recetario de la ribera de Chapala, en donde aparece la receta del caldo de cangrejo y otras comidas con base al pescado.

todo y esa riqueza, hasta ellas llegaron a pedir fiada la leche a los ganaderos. La madre de doña Susana Labra pertenecía a la Cofradía de San Vicente de Paul¹⁵⁷, santo parisino del siglo XVII, considerado el padre de la caridad organizada.

La práctica de la caridad hacia los pobres se encontraba extendida en cierto grado. En las casas de los ricos se llegaron a adoptar ancianas pedigüeñas y hombres desempleados quienes arribaban de otros sitios. En San Miguel, mis bisabuelos paternos, quienes no pertenecían a ninguna organización católica, admitieron a un hombre, quien se quedó a vivir y a trabajar con ellos. Posteriormente, mi abuela paterna acogió en su vivienda a un ancianita. Con esas acciones concretaban el mandato cristiano: “Dar de comer al hambriento”. En un sentido meramente economicista, la caridad ayudaba, en cierta medida, a redistribuir la riqueza de las clases sociales que se encontraban en condiciones de mayor solvencia económica.

Aparte de la caridad cristiana, la cual apenas era un paliativo, uno de los mecanismos de provecho para conseguir ciertos alimentos fueron los intercambios y regalos entre parientes y amigos. Las visitas a los parientes, que conformaron una esfera de la sociabilidad poncitense, implicaban regalos y otros intercambios. Los visitantes solían aparecer en las viviendas de sus familiares con elotes, mangos, guayabas, frijol y otros alimentos. En consecuencia, los parientes regalados se encontraban en deuda con sus parientes regaladores. A estos se les obsequiaba de vuelta en cuanto surgiera la oportunidad. Los préstamos de alimentos también se estipulaban entre los miembros de las parentelas y consistían en artículos más difíciles de conseguir como piloncillo, manteca o veladoras. La misma situación funcionaba entre vecinos, aunque condicionada por obligaciones menores que con los parientes.

Otra pericia de la sociabilidad fueron las invitaciones a comer. Los anfitriones invitaba a sus compadres, familiares y amigos: “Véngase mañana a almorzar”. Los invitados solían acudir gustosos a los almuerzos o comidas, que reforzaban las relaciones sociales y nutrían el cuerpo en este contexto de escasez alimenticia. Mi abuelo Santos Ramírez siempre dispuesto a aleccionarnos con anécdotas sabrosas nos contaba sobre una famosa visita a un compadre. Este le invitó a comer bistec de res, aderezado con chile de molcajete y tortillas de maíz. Cosa rara que alertó a Santos de un ingreso inesperado de su compadre. El anfitrión le dijo ufano: “Compadre, sírvase un pedazo de carne; cuando menos para engañar la tortilla”. Entonces, Santos agarró su carne asada y la pasó sobre una tortilla. Enseguida se comió la tortilla. Levantó de la servilleta (en esos años las mujeres

¹⁵⁷ Entrevistas realizadas por Pedro Maldonado y Juan Fernando López Labra. “Charlando con Susana Labra”. 25 de enero de 2018. Consultado de: <https://www.youtube.com/watch?v=H7LadKMZJK>

cosían y bordaban) una tortilla más y de nuevo la acarició con la carne. Comió la tortilla y dejó intacto el bistec, así continuamente hasta quedar satisfecho de *gordas*—tortillas gruesas—, pero sin haber comido su carne asada. “Compadre, ya acabé de comer”—exclamó Santos. Le responde el anfitrión, “pero compadre si no se comió la carne, qué, no le gustó”—“¿No dijo que nada más era para engañar la tortilla?”.

La explicación de esta anécdota, contada medio en serio y medio en broma, sugiere sutilezas locales de las relaciones entre hombres, los límites entre la presunción y la dignidad. Quizá por ser nieto y originario de San Miguel tengo un entendimiento privilegiado de este pasaje. La anécdota resulta esclarecedora porque ilustra el régimen de valor de la economía moral en donde la carne era considerada comida de ricos.

La clave interpretativa es la locución, “cuando menos para engañar la tortilla”. En un primer nivel de significado alude a una ostentación del consumo cárnico. El enunciado refiere a que la cantidad de bistec es poca, pero, en este contexto, significa lo contrario: comerían un alimento sumamente valioso por escaso, que, incluso en pequeñas cantidades era difícil de conseguir. La presunción en este contexto de hambre es una cuestión delicada. Una invitación en la cual se aperciba afección de ese tipo es rechazada. De ahí que mi abuelo se burlara de su compadre al realizar literalmente lo que el otro sugirió de manera simbólica: sazonar la tortilla y rechazar el bistec, una abstención que representa un acto de dignidad suprema. En un segundo nivel, la anécdota juega con la imposibilidad de que en 1950 un jornalero agasajara a su invitado con carne, sin ser esa una ocasión especial, como una boda, un bautizo o una fiesta patronal.

Pasando a un asunto distinto, el crédito es la última pericia que puntualiza los detalles de la sociabilidad en este régimen de hambre y miseria. Los vendedores trashumantes y establecidos dejaban fiado productos como azúcar o manteca. Los poncitlenses pagaban posteriormente en especie, con huevos, leche o frijol. Esta actividad económica consentía el establecimiento de lazos sociales de larga duración entre deudores y acreedores. Sin embargo, el crédito era más común con artículos caros o escasos como ropa, huaraches o herramientas. Un ejemplo es la longeva pareja de comerciantes poncitlenses de sombreros, quienes rondaban los noventa años en 2018. Ellos me contaron: “Luego viene gente que dice a mí me traían cuando era niño”. Sus fieles clientes de las décadas de 1960 y 1970, “la gente de antes”, ya fallecieron, pero los nietos y los hijos continúan asistiendo a su negocio (Conversación informal, 15 de mayo de 2018).

Este breve examen de las ventajas de la sociabilidad para adquirir comida en el periodo de 1950-1970 complementan el informe sobre las pericias que hicieron los poncitlenses humildes para

acceder a una dieta más amplia que las tortillas, frijoles y chile. En el apartado siguiente explicaré cómo los alimentos oscilaron entre regímenes de valor mercantiles y específicamente situados, entre mercantilización y desmercantilización (Sassatelli 2004, Appadurai 1991, Kopytoff 1991). En este contexto se insertaron los nuevos alimentos procesados en 1960 que son considerados por el imaginario poncitlense los triunfos de la “modernización” y el “progreso”. Esto suma elementos novedosos a los regímenes de valor de la economía moral en relación con la economía capitalista y el consumo (Sassatelli 2004; Miller 1995; Appadurai 1991; Kopytoff 1991).

V.A.3 Oscilaciones del valor de las cosas

En la Tabla V.A resumo los productos de mayor importancia en Poncitlán de acuerdo con su incorporación en un régimen de valor mercantil o a un régimen de valor de la economía moral específicamente situada. Los valores que aparecen en la Tabla V.A son *alimento*, *sociabilidad* y *mercantil*. Alimento significa su asociación con la comida de pobreza descrita anteriormente. Sociabilidad alude a las relaciones sociales alrededor del consumo de alguno de los alimentos referidos. Mercantil indica una relación mediada por las mercancías. En la columna *Relaciones* anoto el tipo de relación diádica entre agentes mediada por un producto, que representa un solo eslabón de la red de relaciones entre humanos y no humanos establecida mediante el consumo (Latour 2008). *Alcance* es la situación de las relaciones sociales de acuerdo con su extensión regional o local.

Una vez explicada la Tabla V.A procederé a analizar estas oscilaciones, para ello requiero principiar con aquellas de alcance regional: maíz, trigo, pescado y leche. Estas supusieron vínculos con actores y entidades con la capacidad de articular localidades en una esfera común supralocal de intercambios mercantiles. Estos actores son los mercados de Guadalajara y las empresas representantes de la industrialización y del corredor industrial. De los cuatro productos anunciados, el maíz es clave para la dieta y economía poncitlense. Para admirar esas oscilaciones en su profundidad diacrónica añadiré observaciones sobre finales del siglo XX y la actualidad en el año 2020. Al final, en un apartado distinto, profundizo en la cuestión de las nuevas mercancías consideradas índices de “progreso” y “modernización”.

Tabla V.A Oscilaciones entre el valor de las cosas 1950-1970

Producto	Tipo de valor	Relaciones	Alcance
Maíz blanco ¹⁵⁸	<i>Mercantil</i>	Agricultor-Coyote	Regional
	<i>Mercantil</i>	Agricultor-CONASUPO	Regional
	<i>Mercantil</i>	Agricultor-Tortillero	Regional y local
	<i>Alimento</i>	Agricultor-Parientes	Local
Tatema ¹⁵⁹ de blanco	<i>Sociabilidad</i>	Agricultor-Parientes	Local
Maíz prieto	<i>Alimento</i>	Agricultor-Cliente	Local
Trigo ¹⁶⁰	<i>Mercantil</i>	Agricultor-Coyote	Regional
	<i>Mercantil</i>	Agricultor-CONASUPO	Regional
	<i>Mercantil</i>	Agricultor-Molinero	Regional
	<i>Alimento</i>	Agricultor-Parientes	Local
Trigo-Pan	<i>Ritual</i>	Agricultor-Carguero	Local
Huevos	<i>Alimento</i>	Propietaria-Gallina	Local
	<i>Intercambio</i>	Propietaria-Comerciante	Local
	<i>Préstamo</i>	Propietaria-Pariente	Local
	<i>Préstamo</i>	Propietaria-Vecina	Local
Frutas	<i>Alimento</i>	Recolector-Parientes	Local
	<i>Alimento</i>	Recolector-Amigos	Local
Ponche de frutas	<i>Ritual</i>	Cargueros-Personas	Local
Leche	<i>Mercantil</i>	Ganadero-Nestlé	Regional
	<i>Mercantil</i>	Ganadero-Dulces Montes	Local
Pajaretetes ¹⁶¹ de leche	<i>Sociabilidad</i>	Ganadero-Amigos	Local
Leche-Queso	<i>Mercantil</i>	Ganadero-Clientes	Local
Pescado	<i>Mercantil</i>	Pescadores-Compradores	Regional
	<i>Religioso</i>	Pescadores-Vendedores	Local
Verduras	<i>Mercantil</i>	Agricultores-Comerciantes	Local y regional
Bimbo	<i>Mercantil</i>	Comerciante-Empresa	Regional
	<i>Progreso</i>	Consumidor-Comerciante	Local
Refrescos	<i>Mercantil</i>	Comerciante-Empresa	Regional
	<i>Progreso</i>	Consumidor-Comerciante	Local
	<i>Sociabilidad</i>	Amigos-Amigos	Local

Fuente: Elaboración propia

¹⁵⁸ Existían otras variedades de maíces como el tabloncillo, pero ya pocos los cultivan y los nombres se van olvidando.

¹⁵⁹ La tatema consiste en dorar elotes en las brasas o al carbón para comerlos en una reunión con amigos o familiares. Si no se cuenta con siembra propia se acostumbra a pedir los elotes a los parientes o conocidos.

¹⁶⁰ El trigo criollo variedad Cuquíno se sustituyó por la variedad Lerma a partir de 1950.

¹⁶¹ Pajarete es una bebida de leche bronca, recién ordeñada, café, azúcar y alcohol. Es posible sustituir el café por Chocomilk, u otro chocolate soluble en polvo, y omitir el alcohol.

El maíz blanco tendió hacia el valor mercantil y conservó los valores alimenticio y de sociabilidad. Con ánimo de visualizar esa tendencia, acudo a un aspecto de la teoría de la articulación del campesinado al sistema capitalista planteada por el antropólogo Ángel Palerm: la fórmula M-D-M, en donde M significa Mercancía y D representa Dinero. Esta fórmula, tomada de Karl Marx, resulta útil para caracterizar la tendencia del maíz y otros productos hacia su valor mercantil. El maíz se intercambiaba por dinero para adquirir otras mercancías, como aceites y Sabritas, que se elaboraban mediante la producción industrial de este grano. La fórmula aplicada al maíz sería: M (Maíz)-D- (Sabritas, Aceites, otros alimentos). En esa dirección, los agricultores podían entregar la cosecha a *coyotes*—intermediarios—, tortilleros o la CONASUPO. Algunos agricultores de San Miguel, por ejemplo, vendían al dueño de Almacenes Franco en Guadalajara. Este empresario de las telas también engordaba ganado con maíz cosechado en el ejido de San Miguel. En su defecto, los productores de maíz comerciaban con intermediarios de Poncitlán, como Genaro Becerra.

En cuanto a su valor de sociabilidad, los elotes de maíz blanco, que se cosechaban en mínimas cantidades durante los meses de septiembre y octubre, son el pretexto para las *tatemas*—elotes asados a las brasas—que instituyen momentos de sociabilidad entre familiares y amigos. Ya explayé el hecho de que con el maíz blanco se elaboraron los únicos alimentos que los poncitlenses humildes ingerían en ocasiones, los cuales son alineados a la condición de pobreza y miseria: tortillas, atole y pinole. En contraste, el maíz prieto o tabloncillo se estipuló el indicado para el pozole, que es un platillo para ocasiones especiales. A partir de los últimos años en 2010-2020 las empresas buscaron orientar la producción de maíz amarillo, rico en almidones. Para estimular la siembra de la variedad *waxi* los compradores incluso ofrecieron bonos en dinero efectivo por tonelada. La proliferación de estos cultivos refuerza la tendencia hacia la mercantilización del maíz, que se transportaba por un espacio regional.

Con el trigo, que desde la época de las haciendas en el siglo XIX es un grano para el mercado, aconteció una situación similar. En el caso de este cereal, en 1960 regresaba al pueblo trasmutado en pan industrial y pastelitos azucarados: M(trigo)-D- (Pan Bimbo, pastelitos). Generalmente, estos productos son los que se asociaron a la “modernidad”. Su presencia en comercios los estableció como espacios de la modernización y proporcionaron esferas para la sociabilidad, como detallaré enseguida. Aparte de eso, con el trigo se elaboraron *gorditas*, panes horneados en casa¹⁶², cuyo valor ritual era central para las fiestas de junio de San Miguel Zapotitlán, conocidas como *días alegres*—13, 24 y 29 de junio. Quienes *agarraban* el cargo para organizar la fiesta del año siguiente

¹⁶² Se hornean a partir de una masa de trigo integral, con manteca de cerdo y azúcar.

adquirían la responsabilidad al tomar gorditas, aguardiente o ponche, de una mesa de dones, que dejaban los antiguos cargueros.

Otro de los productos con un valor especial en relación con la religiosidad es el pescado. En la ribera de Chapala, el pescado se vendía antes que aprovecharse para consumo local. El dinero obtenido se intercambiaba por otras mercancías: M(Pescado)-D-M (Carne, refrescos, otros alimentos)¹⁶³. De nueva cuenta, su valor específicamente situado en la economía moral cambió al ingresar al régimen religioso como parte de las comidas permitidas durante los días de ayuno de la semana santa y días santos.

De vuelta al ámbito secular, en esta región ganadera, las vacas se conservaron para ordeña. Anteriormente introduje este tema al mencionar la ventaja de los ganaderos quienes podían vender la leche a Nestlé en Ocotlán desde 1930 y a Dulces Montes a partir de la década de 1950, pero los ganaderos también comerciaban leche, quesos, crema y requesón con clientes locales. Algunos individuos de la generación nacida en 1930-1940 acostumbraron a reunirse en la plaza de San Miguel para degustar quesos frescos como botana. Esta práctica de sociabilidad incluía la ingesta de aguardientes, cervezas y “changuitos”—refresco de cola con alcohol, tequila o aguardiente. En la plaza solía ensayaba la banda de viento *San Miguel*, con lo cual, se aseguraban música gratis.

La cuestión de los animales, que no está reflejada en la tabla, es particularmente relevante para especificar las oscilaciones entre el valor mercantil y la economía moral. Por un lado, se evitaba sacrificar a las vacas, gallinas y patos por el valor de intercambio de la leche y los huevos. A diferencia de las vacas, las aves de corral requerían cero inversión en pasturas. Tan solo se les dejaba una fuente de agua potable y estas aves picoteaban insectos y plantas en el corral. En específico, con los huevos se pagaba el abono al crédito a los vendedores ambulantes—quienes vendían ropa o artículos del hogar—y para sufragar las entradas a los cinemas de San Miguel Zapotitlán y Poncitlán.

Los cerdos tampoco requerían costos de alimentación, ya que andaban sueltos por los terrenos de San Miguel comiendo hierba y lirios de la orilla del río Santiago (Conversación informal, 12 de marzo de 2018) Posteriormente los puercos se amarraban o guardaban en chiqueros y los alimentaban de desperdicio—sobras de comida. Luis Ramón Velazco me confesó que a finales de 1970, la gente comentaba: “Mi tía va a matar ese puerco, se ve que está bueno, lo engordaron bien”. O cuando mataban una res “Oye, que fulano mató la res, hija de tal vaca, esa va a estar buena”. Me

¹⁶³ Antonio García Cubas, el famoso geógrafo mexicano, reportó haber cenado en los últimos años del siglo XIX en una fonda de la Ciudad de México: “Unos ricos pescados blancos de Chapala, empanizados, tan tiernos y bien preparados” (1901:164).

dijo que las personas tenían conciencia de cómo se producían los alimentos hasta el punto de conocer personalmente la vida de los animales. En otras palabras, en los animales veían la agencia del humano quien agrupó sus intenciones junto con las características del animal (Conversación informal, 23 de septiembre de 2015).

Ya adelanté que frutas como el aguacate, limas y mangos se cultivaron en el siglo XIX para el mercado regional. Pero desde el siglo XX sufrieron un proceso de desmercantilización ya que dejaron de ser cultivos mercantiles para clasificarse como parte de la naturaleza circundante. Si bien las huertas siguen siendo propiedades privadas, basta con pedir permiso al dueño para cortar y rellenar un costal con mangos. En su defecto, nadie se queja si los chicos cortan unos cuantos frutos. Otros árboles como las guayabas son abundantes y se disfrutan. Asimismo las naranjas y guanábanas. Por el contrario, el consumo de algunos frutos silvestres desapareció porque se les asoció con la pobreza: capulines, uvalanas, camichines y zapotes. En una zona intermedia entre el rechazo y el goce estarían los guamúchiles, unas vainas que se disputan los humanos y los insectos mayates. Estos, se dice, son de gente humilde o *ranchera*—rústica. En la actualidad se prefieren las frutas que se cultivan en otros sitios: Plátanos, manzanas o sandías.

El último grupo de alimentos que presento es el de las verduras, en lugar de comerse se cultivaron por su valor mercantil. Las únicas excepciones quizá son la cebolla y el jitomate, bases de innumerables platillos cotidianos. Por su parte, hubo agricultores en San Miguel que aprovechando la cercanía del río Santiago con las vías del ferrocarril sembraron hortalizas en los terrenos adyacentes. Con el agua del río se regaron las hortalizas y se transportaban por tren a Guadalajara (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, 23 de septiembre de 2015).

En resumen, en las páginas anteriores pinté un cuadro de la condición de pobreza y las pericias requeridas para solventarla, basadas en la relacionalidad con el entorno y las relaciones de sociabilidad. Esta evaluación de las oscilaciones de las cosas en regímenes de valor mercantiles y específicamente situados de la economía moral descansa en el supuesto de que la mercantilización no arrasó de plano el modo de vida “indígena” de Poncitlán. Y si bien se identificó éste con el atraso y la pobreza, aun así, significaba un bálsamo ante las dificultades económicas durante el periodo de 1950-1970. Los últimos productos de la Tabla V.A son los asociados al imaginario de la “modernización” y “progreso” y son las mercancías que “objetivan” estos regímenes de valor (Miller 1995). En la aceptación de estas novedades es donde verdaderamente exuda la orientación al futuro de los poncitlenses. Como ya indiqué, a finales de 1960 y gracias a la migración, las personas

contaron con mayores posibilidades de comprar estas cosas, en las cuales delegaron sus expectativas de mejoramiento.

V. B El día que llegó el progreso

En el periodo de 1950-1970 los productos industriales —refrescos, panes y pastelillos procesados; pastas para sopas, aceite y azúcar—se expandieron en México. Las marcas nacidas alrededor de esos años son parte esencial del imaginario de los mexicanos, aunque su asociación con la ciencia y la tecnología parecen oscuras en la actualidad. Sin embargo, para los hijos de la generación de nacidos en el periodo de 1930-1950, la presencia del pan Bimbo representaba el pleno derecho a entrar a la “modernización”. Esto condensaba los “éxitos” de los procesos industriales “científicos” y “técnicos” para las industrias, así como para los poncitlenses para quienes contrastaba con la situación de escasez y pobreza. El doctor en biblioteconomía Jesús Cortés, oriundo de San Miguel Zapotitlán, lo relata a partir de sus recuerdos de la década de 1960 cuando afirma que contar con pan Bimbo: “Era muy importante, pues significaba que mi pueblo podía decir que entraba a una nueva etapa de modernidad”¹⁶⁴ (Cortés 2015).

Empero, la publicidad que interpeló al sujeto poncitlense afanoso de novedades, con expectativas de superación del hambre y la miseria, es parte de la proliferación exitosa de este producto. Al principio, Bimbo esperaba cubrir la demanda de pan de caja en la Ciudad de México, pero expandió sus operaciones a las zonas rurales. En 1945 Lorenzo Servitje, Jaime Jorba, Jaime Sendra, Alfonso Velasco y José T. Mata fundaron la empresa Panificación Bimbo, S.A. Lorenzo Servitje heredó la experiencia panadera de Juan Servitje, un inmigrante catalán, quien junto con Bonet y Tinoco formaron la pastelería El Molino en la Ciudad de México.

En 1956 se instaló la fábrica Bimbo de Occidente (Guadalajara) en el corredor industrial. Desde 1947 organizaron su flotilla de vehículos repartidores, los cuales eran distribuidores, a su vez que unidades de publicidad rodante. Justo en 1950 la empresa ideó vehículos, apodados “38”, a los cuales se les acondicionaron altavoces, tocadiscos y micrófonos, con el objetivo de “anunciar los productos en rancherías y pequeños pueblos”¹⁶⁵. Esta estrategia recreó el comercio trashumante en las localidades rurales que consistía en anunciar con perifoneo pomadas, medicinas naturistas, aceite de hígado de bacalao, entre otros. Además, esa estrategia de comercialización se basaba en la popularidad de los sonidos—amplificaciones de música reproducida por tocadiscos—en el

¹⁶⁴ “El día que llegó el progreso”. Consultado de: <http://sanmiguelzapotitlanjal.blogspot.com/2015/03/el-dia-en-que-llego-el-progreso.html>

¹⁶⁵ “Nuestra historia”. Grupo Bimbo. Consultado de: <https://grupobimbo.com/es/nuestra-historia>

periodo de enorme notoriedad de la radio. Los repartidores solían ser animadores y publicistas, pegaban carteles en las paredes de los negocios y se encargaban del convencimiento de los nuevos clientes en el campo mexicano.

En 1948 Bimbo ofertaba un surtido de pan blanco (chico y grande), tostado, negro, dulce, bollos y panqués (de tres tamaños). El pan se publicitó como “higiénico” y se enfatizó la “calidad” del mismo, garantizada por la prueba visual que admitía el celofán transparente, “lo que permitía a los consumidores apreciar su frescura al momento de compra, a diferencia del papel encerado de la competencia que frecuentemente ocultaba panes en mal estado” (Bimbo sin fecha: 23).

En su publicidad intentaron abarcar a los sujetos del campo y de la ciudad. En ésta aludían a la tecnificación, que era parte del discurso en el periodo analizado: “Ese agradable sabor de buen pan que tiene el Pan Bimbo se debe a que se hace con una fórmula exclusiva, preparada especialmente con *técnicos de esta panificadora*”. Mencionaron incluso un tema de sospecha en las comunidades, que los panaderos rebajaron la calidad de sus ingredientes: “En el pan BIMBO *todo se pone bueno*: la harina, la manteca, la leche”. Además, conscientes de sus potenciales clientes agricultores, se presentaron como amigos del productor de trigo: “La Panificadora BIMBO compra sus harinas en la época de la cosecha de trigo para asegurarse una calidad uniforme durante todo el año. Y por todos sus ingredientes la Panificadora BIMBO *paga los precios más altos del mercado*” (BIMBO sin fecha: 41).

Si esto no era suficiente, la campaña de Bimbo hacía una apología de la “modernización”, uno de cuyos sostenes era la sociabilidad familiar alrededor del televisor. Estos carteles que se pegaron en las paredes de los comercios en México preludivieron la proliferación de televisores de finales de 1960 como ilustra la Imagen V.A. Este pan era inferior en calidad al birote que se horneaba en los territorios jaliscienses, pero supo conectar con el imaginario de predilección de lo nuevo y el futuro para una población ávida de novedades.

Jesús Cortés relata con detalle inestimable cómo sucedió la aprobación del Bimbo en San Miguel Zapotitlán en los primeros años de 1960. Lo que se lee entre líneas en el texto es la aceptación del nuevo pan solamente porque era una novedad:

Para tratar de que se animara mi tía, el repartidor abrió un paquete de pan tostado y empezó a repartir unas piezas entre la gente, a mí me tocó también hacer la prueba. Una de las clientes que estaban ahí con la mayor elegancia se llevó el pan a la boca y después hizo un gesto asintiendo y respaldando la calidad de lo que había probado. A mí me dio la impresión de que estaba fingiendo, porque realmente a mí no me gustó, pienso que porque

estábamos acostumbrados al pan dulce que llevaban de Poncitlán. Debo aclarar tal vez que en esa ocasión la camioneta llevaba solamente la línea de pan de Bimbo, no incluía los pastelitos de Marinela, ni tampoco la línea de pan de la Tía Rosa, que salió después. Fueron unos momentos de nerviosismo, que a mí me parecieron muy largos, en los que mi tía Félix también probó el pan y, después de reflexionarlo unos minutos, finalmente dio el esperado sí para que el repartidor dejara sus productos (Cortés 2015).

Imagen V.A Publicidad de tele sándwiches de Bimbo



Fuente: *Bimbo*, sin fecha: 41

Los asistentes de la escena, para evitar la pena de quedar como *rancheros* o pueblerinos ante los repartidores: “Pusieron su mejor cara de circunspección, tratando de que quedara muy claro que ellos ya sabían lo que era este tipo de pan” (Cortés 2015). Este orgullo, esta circunspección, es un rasgo característico de cómo se dio el beneplácito a las novedades que representaban la “modernización”.

Esto no significó que las personas compraran estas chucherías, las cuales seguían siendo inalcanzables para los sectores humildes. Un amigo de Poncitlán, quien era un adolescente en esos años, recuerda al sobrino de un reputado político y presidente municipal de la cabecera, quien compraba un pastelillo Gansito: “Se comía la mitad y la otra mitad la tiraba al suelo”. Este gesto dirigido hacia los testigos era una muestra de superioridad. Si se recuerda la anécdota que mi abuelo Santos me contó sobre la carne, se recordará que la presunción es un rasgo despreciable. Un rico, a quien poco le importaban las relaciones con sus prójimos, les despreciaba precisamente al exaltar lo que los humildes condenaban. Además, tirar comida al suelo representaba un acto de soberbia dada la condición de pobreza general. Mi amigo me confesó que se le antojaba levantar el Gansito—pastelito Bimbo—del suelo y comerlo (Conversación informal. 15 de mayo de 2018).

La fórmula general M(trigo)-D- (Pan Bimbo) expresa correctamente cómo el trigo se intercambió en forma de mercancía, para comprar otras mercancías; elaboradas, a su vez, de trigo, el mismo trigo cultivado en la región, que se procesó en la planta de Bimbo de Guadalajara. Este grano retornaba en forma de pan de molde, dentro de un paquete, ilustrado con figuras simpáticas, las cuales se volverían imágenes poderosas de remembranza para poncitlenses como mi amigo y Jesús Cortés.

El consumo iniciaba su camino como modelo para el futuro de Poncitlán. Estos productos objetivaron los valores de la novedad y supusieron un paso hacia la superación de las penurias de la escasez y el hambre de esas décadas (Miller 1995). De pronto, los comercios se miraban surtidos de alimentos con empaquetados coloridos, que contrastaban con la dieta de frijoles, tortilla y chile. De nuevo Jesús Cortés, testigo privilegiado, narra los “progresos” que su tía Félix Cortés acumulaba en su tienda comercial en San Miguel Zapotitlán. La tienda de doña Félix fue centro de exhibición de la “modernidad”: “Por varios días el pan Bimbo fue una de las principales atracciones en la tienda, aunque yo diría que a la mayor parte de la gente no le gustó el pan al principio” (2015). Tiendas de abarrotes, restaurantes y mueblerías fueron esferas para la sociabilidad medida por las “cosas” de la modernización.

V.B.1 Refrescos, sociabilidad y mirada pública de la “modernización”

La Coca Cola es una mercancía que objetiva los valores de la “modernización” (Miller 1995), en este caso porque se vendía en sitios que adquirirían estatus de “modernos”. En la plaza de armas de Poncitlán se instaló una fuente de sodas alrededor de 1960. “Había unas máquinas increíbles, muy *modernas*, bajaban la palanca para despechar cervezas de barril y refresco”. En esa fuente de sodas se vendieron novedades como Gansitos, refrescos y cerveza de barril (Conversación informal. 15 de mayo de 2018). Para la juventud de la cabecera estos sitios eran espacios fundamentales para la nueva sociabilidad, desde la nostalgia son evocados nombres como: El Olímpico, El Mocambo, La Palmita, Casa Blanca, entre otros. En la Palmita, doña Paula su propietaria, madre de Raúl Martínez Arreola, incluso prestaba a los comensales revistas de novedades asociadas a lo “moderno”, como la de *Kalimán* y *Memín Pingüín*.

Imagen V.B Jóvenes en el Mocambo 1958



Fuente: *El Informativo*, 2019, Núm. 866, a partir del archivo personal de Luis Antonio Franco Acosta¹⁶⁶

La Imagen V.B enseña uno de los espacios de sociabilidad aludidos. Nótese el peinado a lo Elvis Presley del joven del centro, quien está junto al hombre sonriente con sombrero. Obsérvese que

¹⁶⁶ *El Informativo*. Año XVI. Núm. 866. 9 de junio de 2019.

tan solo dos de los jóvenes exhiben botellas: uno está vestido con chaqueta oscura, recargado en la mesa, otro, el niño a su lado, manipula un envase transparente. En la mesa hay otra botella junto al muchacho quien está a punto de llevarse a la boca una especie de bocadillo. El cronista Luis Antonio Franco relata la escena, oponiendo esta sociabilidad a la de los años venideros basada en la televisión:

En esta foto de 1958 vemos a un grupo de jóvenes y adolescentes conviviendo por la noche, en el restaurante “Mocambo” (a un costado de la plaza), que era el centro de reunión de muchas familias, jóvenes o novios (...). Eran muy pocos los televisores aún en Poncitlán, por lo que se reunían grupos donde se contaban chistes, leyendas, historias de personajes locales, sobre futbol, etc. Y casi todos se conocían, viviéndose años de mucha paz y convivencia.

Un asunto relativo a la materialidad del consumo de refrescos permite ilustrar las relaciones que establecían los clientes y los dueños de los comercios. En esos años las bebidas gaseosas se embotellaban en vidrio y el comerciante era copropietario de los envases junto con la empresa. Entonces, había dos opciones para los clientes, una, establecer una relación de amistad o cuasi amistad con el comerciante para que prestara el envase, dos, tomar el refresco en el lugar. Esta materialidad del envase suponía la habituación a la presencia del cliente quien platicaban con el dueño del local comercial y con otros clientes.

El consumo del refresco era una práctica pública. Posteriormente, la idea de los envases retornables permitió el desplazamiento del consumo hacia otros espacios. Así, este cambio en la tipología del envase redefinió las esferas públicas y privadas del consumo. Esta visibilidad pública del consumo se trastocó con la proliferación de los envases para llevar, que incitaron una mayor privatización del consumo, lejos de la mirada de los otros. A esos espacios los considero esferas de “modernización”, precisamente porque, entre otras cosas, las personas entraban en contacto con productos “modernos”. Incluso, esos espacios o esferas permitían una apertura a la mirada pública que estaba atenta a quiénes consumían esos nuevos artículos.

Entre estas esferas de modernización sobresalieron los cinemas establecidos y ambulantes. Algunas empresas refresqueras como la Pepsi ofrecían “*cinito gratis*”, mientras aprovechaban la ocasión para comercializar sus refrescos. Los cinemas ambulantes de Pepsi se plantearon como estrategias para ganar clientes a la refresquera poderosa La Favorita, la cual embotellaba y repartía Coca Cola. En 1969, Manuel Castellanos, oriundo de la cabecera, ostentó el cargo de distribuidor

autorizado de la Embotelladora La Favorita S.A.¹⁶⁷. Manuel Castellanos regalaba ocasionalmente cajas de “refresquitos”, por ejemplo a los amigos del padre de Raúl Martínez Arreola, quienes se reunían en la plaza de Poncitlán¹⁶⁸.

No obstante, el prestigio de los refrescos y su incorporación a las esferas de sociabilidad no fue solo responsabilidad de su asociación imaginaria con la modernización, sino su aceptación también fue motivada por la carencia de agua potable en Poncitlán. En la cabecera, las personas extraían agua de pozos en los corrales o del río Santiago, “con la creencia de que en el centro del río el agua es absolutamente pura (...)”. También, “consumían el agua de San Sebastián¹⁶⁹ hervida, pero en la mayoría de los hogares el agua es ingerida tal como se les entrega” (Farias Martínez 1945: 12-13)¹⁷⁰.

En este contexto, ¿sorprende acaso que las refresqueras aprovecharon la situación de la carencia de agua potable para vender sus gaseosas? Llama la atención cómo para el médico Guillermo Farias Martínez, quien no era originario de Poncitlán, el consumo de refrescos era práctica común de las “personas cultas”. Estas personas adoptaron la práctica “higiénica” del consumo de refrescos y “aguas electro puras”. En el periodo de 1950-1970 estas personas “cultas” eran los ricos propietarios, comerciantes y políticos de la cabecera, quienes no bebían agua de pozo. En contraposición estarían quienes sin atender a las prácticas de higiene “modernas” aprovechaban el agua de los pozos para satisfacer sus necesidades. Evidentemente, estos últimos eran quienes se alimentaban de frijoles, maíz y chile.

La publicidad predicaba al refresco como la única respuesta al calor y la sed. Estos mensajes calaron en este contexto de carencia de agua potable, hasta la construcción del pozo a finales de la década de 1940, como relaté en el Capítulo IV. “Cuando el calor y la fatiga hacen a ustedes sentirse cansado y sediento, busque el conocido refrigerador rojo que dice: ‘Coca-Cola’. Nada puede substituir a Coca-Cola bien helada” (Anexo 4). Una frase de ley para algunas personas hasta la actualidad.

El precio de veinticinco centavos de una Coca-Cola no era excesivamente prohibitivo, pues representaba una décima parte del salario diario de un jornalero (veinticinco pesos). Y aunque esta bebida ya existía antes de 1950 lo que sucedió en el periodo contemplado fue el entrelazamiento

¹⁶⁷ *El Informador*. Sábado 22 de marzo de 1969. Página 5-C.

¹⁶⁸ Raúl Martínez Arreola. Documento engargolado con sus Memorias. Sin fecha.

¹⁶⁹ Una población del municipio desde donde se acarrea a Poncitlán.

¹⁷⁰ Precisamente, uno de los eventos cumbre del “progreso”, como lo calificó el cura Fernando Vargas, es la construcción de un pozo de agua potable, que satisfizo la necesidad de agua limpia (Capítulo 4).

de varios factores: precios relativamente bajos, un distribuidor en la cabecera, poca disponibilidad de agua potable, venta en espacios de sociabilidad y asociación con prácticas de “progreso” o “modernización”. Todo lo anterior conjugaba para que estos refrescos se arraigaran en el imaginario y la vida diaria en Poncitlán.

V.B.2 Los niños consumistas

Quienes recuerdan con ahínco esos instantes son los niños y adolescentes quienes se transformarían en sujetos del consumo, personas aptas para el arribo de la modernización y quienes concretizarían el futuro en el presente. Esto se observa claramente en la Imagen V.B donde la mayoría de los retratados son niños, adolescentes y jóvenes. Los niños eran los más impresionables con el despliegue de mercancías nuevas. Pero el gusto por lo dulce no es atribuible tan solo al empuje de la publicidad y la industria moderna.

Para el caso de San Miguel Zapotitlán, mi bisabuelo Marcelino Campos criaba abejas para obtener miel y cera para elaborar veladoras. A finales de la década de 1940 y principios de 1950 los niños de la generación de mis abuelos asistían a la escuela rural (donde ahora se ubica el DIF) que estaba a unos cuantos pasos de la propiedad de mi bisabuelo. Marcelino les daba trozos de panales a los chiquillos golosos para que degustaran la miel, y así conseguía una cera limpia. De esa manera, esa generación de sanmiguelenses paladeaban ocasionalmente el dulzor melífero. En la cabecera, los infantes disponían de los sobrantes de producción de la fábrica de Dulces Montes. Estos sobrantes los tiraban en la ribera del río Santiago con el objetivo de quemarlos. Una miríada de chiquillos seguía al camión que transportaba el dulce y antes de proceder a la quema, el encargado dejaba a los niños juntar unas bolas grandes de dulce de leche (Entrevista. Poncitlán, 10 de marzo de 2018).

Posteriormente, algunos de los infantes, los hijos de la generación de mis abuelos, trabajaban de otras maneras con el objetivo de conseguir dinero para comprar pastelitos, dulces o refrescos. Esos ingresos también costeaban las entradas al cine o el derecho a mirar televisión¹⁷¹. Los niños fueron quienes con mayor ahínco buscaban esa nueva vida del futuro que parecía haberse materializado. En Poncitlán, una primera fuente de ingresos infantiles era el pago por desgranar maíz. Los chiquillos acudían a la bodega del comerciante Javier Becerra en donde almacenaba mazorcas, les pagaban unos cuantos centavos por medida desgranada, lo suficiente para comprarse

¹⁷¹ En la década de 1960, las primeras televisiones se miraban como el cine. Eran públicas, los dueños cobraban unos centavos para dejar mirar la televisión. Aunque también algunas personas dejaban asistir gratis a las personas. Estas prácticas las describo en mi tesis de maestría y serán ampliadas en el Capítulo VIII.

guzgueras—chucherías. Según recuerda un amigo, a este trabajo también acudían “familias enteras”. Una segunda fuente de ingresos para los pequeños provenía de los pagos que recibían por ayudar a cargar las bolsas del mandado de las señoras en el mercado (Conversación informal. Poncitlán, 11 de abril de 2019).

Por su parte, en el campo, la situación era ligeramente distinta. Los niños hijos de agricultores ayudaban a sus padres con el trabajo del campo y no recibían salario. Pero podían emplearse por una paga en las labores con otros agricultores, conocidos o parientes. Mi padre, por ejemplo, ayudaba a uno de sus tíos paternos en las labores del campo, recibía una paga de 55 pesos a la semana a finales de la década de 1970. Con esto colaboraba al gasto de la casa y guardaba unos cuantos pesos para derrochar en sus gustos. Mi padre con su primo y su hermano compraban unos bocadillos de jamón y unos refrescos en el centro de San Miguel y enseguida se colaban a la función de cine los fines de semana. Y tal como sucedía con las invitaciones a comer, el disparar—convidar a los amigos—refrescos se instituyó práctica habitual de la sociabilidad de jóvenes y pequeños.

Los infantes se adoctrinaron en el nuevo consumo, y gracias a su ingenio consiguieron adquirir golosinas caras para el presupuesto de sus padres. Los niños adecuaron sus habilidades en esta economía para acceder al consumo de novedosos productos. Estas generaciones crecieron en un ambiente percibido de transición, ya que fueron testigos de innumerables transformaciones en su modo de vida. Posteriormente, ya como adultos, experimentarían lo que la generación de sus padres anhelaba: un futuro de “progreso” y “modernización” en donde el hambre se superaba con abundancia. Quienes mejoraron sus ingresos con empleos en Estados Unidos o trabajos fabriles hacia 1980, orondos, ya podían comprar carne con relativa frecuencia, otros tipos de frutas y refrescos, frituras, dulces y panecillos, por supuesto. Ellos son los miembros de esta generación quienes pasados los años exclaman que el progreso se detuvo.

Ya para mi generación en la década de 1990 el consumo de esas golosinas era común. En mis recuerdos más valiosos está el visitar a mis abuelos paternos luego de la escuela. Allá en la casa de ellos, me preguntaban, “¿Hijo, tienes hambre?”. Por lo general contestaba que no, entonces me decían lo siguiente: “Qué bueno que no tengas hambre, porque nosotros siempre teníamos”. Mi abuelita siempre me daba unos pesos para que pudiera comprar en la tienda de Rosa o con doña Consuelo unas Sabritas, chicles o dulces *Sonrics*. Mi memoria de la infancia, así como la de mis amigos y compañeros de generación, ya se encuentra entrelazada a esas marcas comerciales y chucherías comestibles. Y para mis abuelos el verme crecer gordo y contento, sin hambre, era la

prueba de que en sus vida habían valido la pena las resoluciones que tomaron para brindar el progreso a sus descendientes.

Consideraciones finales

Resta finalizar este capítulo, he planteado los derroteros de nuevas investigaciones en este tema y un par de puntualizaciones en cuanto a la teoría del consumo. Este recuento en que se opone pobreza a progreso parte de las evaluaciones que realizaron mis informantes de San Miguel y Poncitlán. Un balance exacto del tema de la alimentación requiere analizar con mayor detalle las fechas posteriores al periodo de 1950-1970. Por ejemplo, en esa dirección, las sopas de pastas se incorporaron a la alimentación, muchas veces como platillo principal. La manteca también fue sustituida lentamente por el aceite a través de las décadas de 1980-2000. Y en esta sustitución es necesario explorar la influencia de las campañas de la Secretaría de Salud y la hegemonía del discurso de la obesidad, que designaban a las grasas como el enemigo principal a combatir.

En la actualidad, sin embargo, en otro giro de la higiene y la salud, al consumo garrafal de azúcar se le atribuyen los problemas de obesidad que antes eran consecuencia de la ingesta de grasas en exceso. Estas cuestiones son significativas para el rumbo de nuevas investigaciones en torno al problema de los imaginarios del progreso y la alimentación, que escapan al alcance de este capítulo.

En cuanto a la teoría del consumo, en este examen ahondé en cómo los productos clave de Poncitlán oscilaron entre regímenes de valor mercantil y específicamente situados de la economía moral (Sassatelli 2004, Appadurai 1991, Kopytoff 1991). En otras palabras, gracias a esta evaluación de la dieta de los humildes en 1950-1970, en un contexto principalmente agrícola, fue posible esbozar articulaciones entre economías mercantiles supralocales y locales. De esa cuenta, he establecido unas coordenadas etnográficas para entender cómo la tendencia hacia el valor mercantil de las cosas sitúa a los ponciltenses imaginariamente dentro de las márgenes de la “modernización”. Sin embargo, lo anterior no supone el fin de la relacionalidad de ciertos ponciltenses con la naturaleza, ni la erosión de las relaciones sociales a causa de la individualización consumista (Miller 1995). Implica, en un sentido, que ciertas prácticas asociadas a la pobreza—como la recolección de algunas frutas y quelites—desaparecieron y la alimentación mejoró efectivamente con la ingesta de carne y otros alimentos.

A partir de dos observaciones de Roberta Sassatelli aterrizo esta cuestión en referencia al consumo. Primero, el mercado capitalista presenta al consumo como una “actividad social

significativa” (2004:190), porque el mismo acto de adquirir productos novedosos representaba una marca de distinción social para los poncitlenses. Tan es así que la sociabilidad de algunos jóvenes de la cabecera giraba alrededor del consumo de refrescos en sitios que pueden ser considerados centros de la “modernización”. Segundo, “el consumo es una esfera de la acción social regulada sobre la base del principio de la expresión de la individualidad” (Sassatelli 2004:203). En otras palabras, la autorrealización que es un acto de desmercantilización de las cosas paradójicamente descansa en el consumo de ciertas mercancías. En ese sentido, las novedades fueron ampliamente reincorporadas a la sociabilidad local, en específico los niños se transformaron en sujetos de consumo de dulces y panecillos procesados.

Este acercamiento hacia el consumo es inadecuado de caracterizar como el simple paso de una sociedad campesina o rural hacia una sociedad urbana. De esa observación proviene el énfasis en el término de “oscilación”, que implementé a lo largo de este texto para describir esas articulaciones entre la economía mercantil y los regímenes de valor locales. La teoría del imaginario capta esas sutilezas en el nivel de los significados sociales: los poncitlenses reniegan de la pérdida de calidad del pan artesanal, pero aceptaron con entusiasmo a Bimbo, que significó la entrada a la “modernización”. En el siguiente capítulo retomo esta discusión sobre consumo, expectativas e imaginarios a partir de la descripción etnográfica de las transformaciones en la vestimenta.

CAPÍTULO VI. EL IMAGINARIO DEL NORTE Y LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN: “MODERNIZACIÓN” DE LOS ESTILOS CULTURALES, MÚSICA, ROPA Y TÉCNICAS CORPORALES

A diferencia de los proyectos a gran escala del imaginario tecno social del desarrollo y la narración normativa del progreso analizados en los capítulos III y IV, en este acápite describo la experiencia de la “modernización” y el “progreso” en cuanto al aspecto de las personas: su vestimenta y maneras o “técnicas corporales” (Mauss 1979:337). Para ello, me baso en las pláticas de mis interlocutores y amigos para quienes las vestimentas y técnicas corporales ligadas a la música resultaron expresiones fundamentales sobre las expectativas de mejoramiento de su modo de vida.

Aquí examino nuevos consumos en Poncitlán a partir del periodo 1950-1970, en específico la apertura a las modas y estilos, consecuencia de las experiencias de los migrantes en Estados Unidos quienes las compartían con sus conocidos al regresar a México. Asimismo, para poncitlenses quienes viajar fue prohibitivo en ese periodo, como mujeres o niños, los mensajes e imágenes venidos de lugares distantes transmitidos por la radio, televisión, cine y revistas, inflamaron la imaginación sobre nuevos trajes, músicas y comportamientos (Appadurai 2016).

Para auxiliarme a explicar estas transformaciones heterogéneas de la indumentaria me es de utilidad la discusión de James Ferguson (1999), antropólogo quien, a partir de su investigación en el Copperbelt, Zambia, planteó una herramienta teórica que considero bastante eficaz para superar ciertas distorsiones de la teoría de la modernización. En concreto, criticó la premisa de la existencia de sociedades duales en las que “persisten” costumbres del “pasado” mezcladas con prácticas “urbanas del futuro”. Esta premisa resulta de un entendimiento en el que lo tradicional y lo moderno son considerados términos opuestos. Si esto se traslada a la discusión de este capítulo, una vestimenta “urbana” en una localidad sería signo de “modernización”, mientras que un ropaje “rural” sería considerado un indicio de persistencia “tradicional” (Manzano 2010).

Ferguson propuso que lo tradicional y lo moderno representan para los participantes de una comunidad específica “categorías sociales” que sirven a los sujetos para adscribirse a ciertos comportamientos y consumos. Un “estilo cultural” se define como una serie de “prácticas que significan diferencias entre categorías sociales” (Ferguson 1999: 95). No es que las categorías sean inherentemente opuestas, sino que las personas se adscriben a ellas para diferenciarse entre sí, para formar grupos sociales diferenciados y en casos de movilidad para mantener alianzas entre grupos. De especial interés para el argumento de este acápite, Ferguson propone el término “cosmopolita” para hablar de las características asociadas a lo moderno y “localistas” para agrupar a quienes practican actividades asociadas a lo tradicional (Ferguson 1999: 91-92).

Entonces, el estilo es una “competencia performativa” (Ferguson 1999: 96) que se aprende en la socialización y está constreñido por el horizonte de posibilidad del industrialismo y el consumo. En términos etnográficos, el estilo refiere a las descripciones puntuales de los comportamientos de las personas en cuanto a sus modos de moverse, vestirse, hablar, escuchar música, bailar, que los poncitlenses anhelaron y practicaron. La propuesta de Ferguson coincide en lo general con lo planteado por Marcel Mauss, quien define “técnica corporal” como “la forma en que los hombres, sociedad por sociedad, hacen uso de su cuerpo en una forma tradicional”, significando aquí tradicional lo socialmente aprendido. Mauss notó en Francia la función de transmisión de técnicas corporales de los medios de comunicación, observó cómo “la moda de andar americana nos estaba llegando a través del cine” (1979:339).

El concepto de estilo cultural me permite realizar el análisis de los estilos culturales, el cual dividido en dos apartados. En el primer apartado describo cómo eran las maneras corporales y los ropajes de la “gente de antes”, las últimas personas criadas bajo los balazos de la Revolución de 1910 y la guerra Cristera de 1927, y cómo iniciaban las primeras transformaciones. Los hombres de antes vestían calzón y camisa de manta, huarache, sombrero y gabán; las mujeres sencillos vestidos, rebozo y huaraches. La generación de mis abuelos y de mis padres y tíos los recuerdan como hoscos, de modos violentos, serios, como se les retrata en las fotografías de la época. Sin embargo, también la “gente de antes”, principalmente los hombres, cambiaron su calzón por pantalón de vestir.

En el segundo apartado se verá cómo los poncitlenses cultivaron estilos que imitaron las técnicas corporales y trajes del Norte de México, los Estados Unidos y los personajes de la música y las películas del cine mexicano. La figura del músico y cómico apodado El Piporro fue uno de los modelos del estilo norteamericano, la primera moda para la juventud de la época. La noción de ruptura generacional en Poncitlán nace en la década de 1950 cuando la generación de mis abuelos viajó al Norte y trajo de allá el estilo “norteamericano” música, baile y prendas que fueron contempladas como una “modernización” de la vestimenta y las técnicas corporales de la “gente de antes”. Aquí es claro cómo “norteamericano” y “gente de antes” son dos categorías sociales para diferenciar a grupos que se visten y oyen músicas aparentemente distintas. Mantenerse en el estilo moderno también permitió a los migrantes mantener la posibilidad de ser aceptados en los ambientes de las sociedades norteamericanas gracias a su vestimenta.

Una advertencia es necesaria: no pretendo describir rupturas generacionales, en realidad, estos estilos son intergeneracionales, ya que lo norteamericano funciona ahora como antes para la adscripción y diferenciación de los grupos sociales. Además, si lo norteamericano en la década de 1950 era

lo “moderno”; en cambio, ahora es visto como lo “tradicional” para mis amigos y los chicos y chicas de la actualidad. En suma, esta es una narración de coexistencia de estilos, de interdependencia temporal, más que de sustitución de unos por otros o de rupturas radicales entre el pasado y el futuro.

A partir de esa primera diferenciación entre “gente de antes” y “norteños” las siguientes generaciones de poncitlenses comenzaron a imitar y reinventar sus propios estilos culturales musicales, posibilitados por el imaginario de los viajes, la música de la radio y las imágenes de la televisión y el cine. Por consiguiente, en el tercer apartado me ocupé de los estilos de la generación de mis padres y tíos. De la década de 1960 nace la rivalidad entre “roqueros” y “rancheros” que continuaría hasta los pleitos de mi generación en los primeros años del siglo XXI. En este apartado presento un esquema de los diferentes estilos culturales que han surgido desde 1950: norteño, ranchero, sinaloense, tecno banda, duranguense, alterado, grupos románticos, cumbia tropical, rock cumbia, cholo, roquero, emo y punk californiano.

En ese esquema además represento cómo los estilos culturales son una conjunción de las trayectorias personales y las “determinaciones estructurales” (Ferguson 1999:101). Este proceso es consecuencia de las limitadas posibilidades del trabajo agrícola en Poncitlán para permitir el mejoramiento económico de la población y la imposibilidad del corredor industrial, materialización del imaginario tecno social de las élites de Jalisco, para otorgar las oportunidades prometidas en el periodo 1950-1970. Por consiguiente, para esas generaciones uno de los medios más inmediatos de “progreso” fue la migración hacia los Estados Unidos. El imaginario del Norte es fundamentalmente un anhelo de bienestar futuro en Poncitlán (Appadurai 2016). La migración se convirtió en una de las principales metas aspiracionales de los poncitlenses, antes y ahora, quienes soñaban con migrar a Chicago o California para reunir dinero, construirse una casa; comprarse una troca, calzado y pantalones de calidad, radios, cámaras de fotografías; pagar la manda o la fiesta del santo y en general adquirir mercancías que fueron consideradas de mejor factura y mayor facilidad para conseguir allá que en México. Pero también, además de lo meramente económico, en este proceso se advierte un componente imaginativo. Los poncitlenses basaban sus anhelos sobre el despliegue de las máquinas de ensoñaciones que eran la radio y las películas.

En este punto es cuando las categorías de imaginario tecno social e imaginario social cumplen su función explicativa al considerar la vestimenta y maneras corporales, el estilo cultural, como un encuentro entre lo estructural y la agencia de las personas. A partir de lo anterior es posible recomponer un cuadro de este proceso, en el cual el imaginario del progreso y la modernización

expresan las experiencias vitales de transformación de los poncitlenses en cuanto a la indumentaria y las técnicas corporales.

VI. A Hombres y mujeres de antes: ensarapados y vestidos de calzón de manta

Don Alberto me describió las maneras corporales y la vestimenta de los hombres a finales de la década de 1940 y en la década de 1950. En esos años, los hombres vestían con calzón largo de manta, a la cintura una faja en donde guardaban su dinero y ocultaban las pistolas o navajas. “Porque en ese tiempo la gente era muy difícil. Tan simple como un comentario: ¡qué me ves!, ¡soy o me parezco! Si les contestabas mal, por eso te mataban”. Don Alberto rememora que cuando algún hombre se acomodaba el sombrero inclinado hacia abajo, tapándole los ojos, “mejor ni te le arrimes porque anda encabronado” (Entrevista. Poncitlán, 21 de junio de 2017).

Este modelo de masculinidad estaba ligado a las técnicas corporales y la vestimenta. “El vestido no solamente indica el sexo, la edad, la ocupación y la posición social de una persona, sino que también va ligado a un conjunto de sentimientos, y sirve además para domar y canalizar las emociones fuertes” (Schwarz 1976: 305). El sarape además de complementar a las prendas de manta constituía una ocultación de los medios de la violencia de los hombres. Guardar las armas debajo del sarape les permitía esconder las intenciones violentas. Asimismo, de ese modelo de masculinidad son propias las actitudes hurañas y el enojo que estaban incorporadas en la actitud de tapar el rostro con el sombrero. Los viejos de *antes* se mataban por cualquier desavenencia, “por ignorancia, por falta de educación”, me comentó don Wilfrido en San Miguel Zapotitlán (Conversación informal, 10 de marzo de 2019).

Las mujeres vestían sencillos vestidos, huaraches y rebozos; mantilla como tocado para la misa dominical. En general a la mujer se le exigía ser recatada en lo público y hogareña en lo privado. Mi abuela materna cosía los calzones de manta y las camisas de mi abuelo, en su defecto, remendaba las prendas agujereadas. Las niñas aprendían a coser servilletas y mantillas—pañales para los bebés—con la técnica de punto de cruz, habilidad que adquirían en casa y en la escuela rural. Pero, en esos años, hasta el hecho de conseguir un botón era dificultoso por falta de solvencia económica y por escasez de mercería. De nuevo cito a don Alberto, “los hombres vestían una camisa con solo dos botones, porque eran muy difíciles de conseguir”. Mi abuela paterna además almidonaba las servilletas, calzones y camisas de mi abuelo, cada día antes de despedirlo cuando se marchaba al trabajo.

Según el Censo de 1950, de la población de 1 año y más en el municipio de Poncitlán (12847), el 69% calzaba huarache o sandalia (8910), el 29% zapatos (3742) y el 2% andaban descalzos (195). Por su parte, en relación con el género: el 77% de los hombres usaban huarache o sandalia (4853) frente al 63% de las mujeres (4057). El uso de zapato era ligeramente mayor en las mujeres 36% (2385) frente al 22% de los hombres (1357), pero también había mayor cantidad de mujeres descalzas (2%, 103) que hombres descalzos (1%, 92), aunque es una diferencia poco significativa.

Don Arturo me habló de una fiesta ofrecida por su bisabuelo en el San Miguel de la primera mitad del siglo XX. Su futuro abuelo propuso sacar a bailar a su futura abuela, hija de su bisabuelo Brígido. Entonces intervino don Brígido, le dijo al pretendiente: “de esta raya para allá con huaraches, de esta raya para acá con zapatos”. Porque, como me señaló don Arturo, “en ese entonces quienes traían zapatos se distinguían por ser los ricos”. Su bisabuelo era de los *ricos* del pueblo. Esos viejos ricos de antes: “Hacían mucha distinción”, aunque, como sentencia al final de su plática: “Y de todas maneras se casaban” entre personas pobres y ricas (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, 21 de abril de 2019).

Quienes calzaban huaraches eran distinguidos de quienes portaban zapatos. Pero, por lo menos en San Miguel, estas distinciones no eran tan fuertes como para impedir las nupcias entre unos y otros. En Poncitlán las diferencias eran mayores entre clases sociales; allá los miembros de las familias de ricos comerciantes se casaban con otros comerciantes ricos.

Estas descripciones de los hombres y las mujeres de antes encierran evaluaciones del progreso hechas por las nuevas generaciones de entonces. Me las comunicaron los longevos testigos nacidos a finales de 1920, la década de 1930, y quienes percibieron la luz de este mundo en el periodo de 1940-1950. Ellas y ellos vieron en las actitudes de sus antepasados unos modales que ya no correspondían a su realidad. En ese sentido, advirtieron como signo de “progreso”: la presencia de botones, telas y demás mercería que supuso una posibilidad nunca vista para autogenerar una imagen adecuada a los tiempos contemporáneos. Es en este punto donde el consumo de imágenes se adentra en los imaginarios poncitlenses, como detallaré enseguida.

En cuanto a los modos violentos del modelo de masculinidad—posiblemente comportamientos adecuados para los tiempos de la Guerra Cristera de 1927 y la Revolución de 1910—según mis interlocutores comenzaba a transformarse con la llegada de la escuela secundaria técnica a finales de la década de 1970, cuando los recios poncitlenses de antes comenzaron a tolerar la mirada de los otros. La violencia continuaría en los años venideros, con todo y los cambios de huarache a zapato y tenis. Lo importante, sin embargo, es apuntar cómo los poncitlenses esperaban

que mediante sus ropajes distintos emergerían nuevas personas mejoradas, progreso y modernización. El calzón de manta del siglo XX fue una indumentaria frecuente para los poncitlenses de las clases humildes hasta 1950. En la Imagen VI.A aparece un grupo de músicos a un costado de la presa en el río Santiago. Según Franco Acosta, la fotografía fue tomada en 1926 durante una fiesta de cumpleaños del entonces presidente municipal. En términos generales esta es una representación fiel del aspecto de los hombres de antes; hasta cierto punto, ya que estos mariachis visten sus mejores atuendos, posiblemente se habían acicalado para esta ocasión pero no se descarta la posibilidad de que esas fueron sus únicas prendas. Los hombres retratados ahí son morenos, bigotudos, salvo el niño y las dos figuras del fondo indistinguibles. Esta agrupación musical estaba conformada por violín, guitarra, tambor y tarola, posiblemente tocaban sones de “mariachis tradicionales” (Jauregui 2007); sin embargo esto es solo una hipótesis que será desarrollada en el capítulo VIII.

Imagen VI.A Músicos en la presa de Poncitlán en 1926



Fuente: *El Informativo*. Año XVI. No. 843. 30 de diciembre de 2018. A partir del archivo de Luis Antonio Franco Acosta

Posteriormente, el calzón de manta fue sustituido por pantalón de vestir y fueron añadidas las chamarras al repertorio de gabanes o sarapes. El sombrero será una constante hasta el siglo XXI y en la actualidad continúa siendo un distintivo de quienes adoptan un estilo de vestir ligado al rancho o a la música de banda sinaloense.

Imagen VI.B “Grandes visitantes” en 1949



Fuente: *El Informativo*. Año XV. No. 800. 4 de marzo de 2018. A partir del archivo de Luis Antonio Franco Acosta

La Imagen VI.B de esta serie presenta a un grupo de artistas junto con un nutrido contingente de políticos y comerciantes poncitlenses de renombre. La fotografía es de 1949 cuando las estrellas acudieron a soportar con el dinero de sus presentaciones la Coronación de la Virgen en 1950 (ver Capítulo IV). De izquierda a derecha aparecen numerados en la imagen: Chela Durán de Vargas, Paz Águila, Matilde Sánchez, la Torcacita, Esperanza Águila, Ramón Durán, Rafael Luna, Sofía Álvarez, Miguel Montes Castellanos y Francisco Becerra García. Abajo, la niña es la hija de Paz Águila y Alberto Escobar, representante del dueto de cantantes de rancho. Al fondo se aprecia la presa del río Santiago. Ya para entonces el calzón de manta fue sustituido por pantalón de vestir. Asimismo, se agregaron otras prendas como las chamarras, que visten cuatro de los diez hombres a cuadro.

A la actriz Sofía Álvarez, tocada con rebozo en el centro del cuadro, la rodean dos varones: a la izquierda Juan Durán (radiotécnico afamado), a la derecha Miguel Montes (héroe del progreso, ver Capítulo 1). Estos dos hombres “progresistas” no usan sombrero en la foto al igual que el presentante de las artistas, quien porta gafas oscuras. Francisco Becerra García, el hombre alto de la derecha, aparece sin sombrero, como correspondía a la gravedad de la ocasión. A su lado, está un individuo cuya postura desgarbada le hace parecer borracho—o se sostiene el pantalón, que se le cae.

Imagen VI.C “Foto en lo que fue el camino real” en 1951



Fuente: *El Informativo*. Año XVI. No. 844. 6 de enero de 2019. A partir del archivo de Luis Antonio Franco Acosta

En la Imagen VI.C se vislumbra una diversificación usual del traje típico: el overol. La fotografía se generó en 1951 en ella se observa a la familia Flores Estrada en el antiguo camino real, ahora avenida Lázaro Cárdenas. El overol era común para los rancheros adultos y niños. Al ser elaborado de mezclilla proporcionaba una opción tanto para el trabajo agrícola como para la vida cotidiana. Una amiga de la cabecera, cuyo padre era caporal de la hacienda de la Soledad al norte de Poncitlán, me platicó que el viejo hacendado gustaba de uniformar a sus peones con overol (Conversación

informal, 27 de abril de 2019). Mi padre, quien nació en la década de 1960, odiaba vestir overol, pero “no había de otra”.

Por su parte, es notable que las mujeres van peinadas. Una, la de la izquierda, recoge su cabellera en una “cola de caballo”. La segunda, de la derecha, se encuentra ataviada con trenzas. Estas mujeres se diferencian de las artistas quienes llevan suelto el cabello. Sus vestidos de una pieza son confeccionados con telas estampadas, plegados a la cintura y su largo es hasta el tobillo.

Dos últimas observaciones completarán el cuadro que he narrado sobre estas mudas de vestimenta y técnicas corporales. En primer lugar, en la Imagen VI.B, por culpa del encuadre de la fotografía, no se registraron los pies de los personajes. Asimismo, en la Imagen VI.C el pasto esconde las extremidades inferiores de los retratados, a excepción del hombre de la parte derecha quien levantaba una pierna y por eso se capturó cómo calzaba huaraches. Esta observación podría indicar nada más unas situaciones particulares de la producción de fotografías que son arbitrarias, como el pasto que oculta accidentalmente los pies. No obstante, es factible hipotetizar que el ocultamiento del calzado esconde unas convenciones particulares que solo un estudio profundo de las fotografías de la época revelarían. Esta es una hipótesis para desarrollar en futuras investigaciones.

Segundo, es necesario observar cómo las mujeres en ambas imágenes sonríen abiertamente; por el contrario, los rostros de los hombres son serios, aunque sin llegar a presentar rasgos adustos. Esto es así porque precisamente para el modelo de masculinidad de antes, la expresión prescripta era la seriedad. No es que los hombres de antes no sonrieran, sino que el talante público consideraba la gravedad del rostro adusto como una conducta propia de los hombres; al revés, la sonrisa discreta era parte del modelo de femineidad. La excepción a esta seriedad convencional masculina son las expresiones faciales de Juan Durán, Miguel Montes y el representante de las artistas en la Imagen VI.B: todos ellos portan sonrisas satisfechas. En los rostros francos y plenamente sonrientes se avistaban las nuevas maneras corporales que buscaban diferenciarse del pasado hosco.

Antes de la proliferación de prendas los poncitlenses reconocían la heterogeneidad del aspecto de las personas conforme a sus movimientos corporales. Varias observaciones soportan esta premisa. Primero, antes de la llegada de la luz eléctrica en la década de 1960 en San Miguel, las personas eran capaces de distinguir las siluetas de los demás. El padre de don Arturo, “veía a un hombre a lo lejos y le decía, mira, ahí viene Fulano de tal. Se acercaba el otro, y sí, era quien decía. Lo conocía a lo lejos nada más por el modo de caminar”¹⁷² (Conversación informal. San Miguel

¹⁷² Mirar en la oscuridad.

Zapotitlán, 22 de abril de 2019). Moverse, la silueta, el aspecto de la ropa, cada uno de estos signos eran constitutivos de las personas.

Segundo, la institución social de los apodos en San Miguel y Poncitlán deriva de ese reconocimiento de las siluetas y maneras corporales. Esta institución consistía en la práctica de comparar rasgos físicos de un individuo con objetos, personajes mediáticos, canciones o con otras personas. Por ejemplo, un hombre desaliñado, con los pantalones caídos, se le compara con “Cantinflas”. Una mujer morena, con rebozo, trenzas, se le dice la “india María”. Lo mismo puede señalarse de los apodos que exaltan cierto atributo físico: el gordo, el prieto, el chaparro, el palo seco, etc. A un tío le apodaban “El chilaquil”, por su color de piel claro y su cabello rojizo. A partir de esto, es obligatorio recordar cómo durante este periodo de hambre y pobreza (Capítulo V) un cuerpo delgado era signado de mal aspecto, mientras que la gordura era considerada una óptima configuración del cuerpo, tanto en hombres como en mujeres¹⁷³.

Tercero, a las personas aludidas solo les quedarían dos opciones, incorporar el apodo como parte de su identidad y su presentación pública del yo o bien rechazarlo violentamente, a riesgo de fallar y ser víctima frecuente de las burlas de los demás. Este aspecto de las relaciones públicas entre los hombres y mujeres en muchas ocasiones se sustentaba en estas burlas y bromas sobre el aspecto físico del otro, lo que en mi tesis de maestría llamé “llevarse y aguantar” (Díaz Ramírez 2016). Por ejemplo, en una relación de mucha confianza, un hombre llamaría a otro *El cara de putazo* porque padece una malformación en el rostro.

Esta apertura al juicio público, la cual me aventuro a datar en la década de 1950, debe ser entendida en contraste con la cerrazón a la mirada de los hombres de *antes*, a quienes retraté en las páginas anteriores. Igualmente, podría plantearse la hipótesis de que esta violencia simbólica instituida permitió que la violencia real entre los hombres se contuviera. A menudo estos asuntos han sido frecuentemente pasados por alto, pero significan la emergencia de una relacionalidad entre personas, personajes y cosas fuertemente arraigada en Poncitlán. Los autores quienes han discutido los estereotipos nacionales, por ejemplo Roger Bartra (1987), aprenderían más acerca de los usos que los mexicanos dan a los arquetipos imaginarios del cine si trabajaran con mexicanos rurales y proletarios reales.

Regresando al punto central, antes de la variabilidad de la moda existían prácticas de expresar y observar la heterogeneidad en el aspecto de las personas por las técnicas corporales. En

¹⁷³ La quema de Judas en el Sábado de Gloria tenía también una burla instituida de las personas, que comentaré en el Capítulo VII.

algún momento entre 1950 y 1970, el modelo masculino de los hombres de antes con su traje de calzón de manta, sombrero, huarache y sarape y el modelo femenino con sus sencillos vestidos, huaraches y rebozos, se asociaban a una condición de “atraso” y “pobreza”. Y poco a poco, en ese periodo transicional, los únicos quienes vestían de esa guisa eran los personajes de las películas: “revolucionarios” e “indios” cinematográficos. Ante lo cual, el traje típico de los hombres de mitad del siglo XX comenzaba a ser coligado con lo rural e indígena, con apoyo de las representaciones cinematográficas.

Es así porque el desaliño y la vestimenta como índices de atraso no eran rasgos exclusivamente atribuidos a los “indios” pobres; se juzgaba como “atrasado” a cualquier individuo por sus modales corporales, antes que por su color de piel o pertenencia étnica. De esto da cuenta José de Jesús De la Torre Navarro en sus recuerdos sobre “El Güero Zalate”¹⁷⁴ en el periodo de 1940-1950: “Este era un personaje, un hombrón de cuando menos 1.90 metros de estatura (...) nunca se cambiaba de ropa, menos bañarse (...) algunas personas compadecidas le regalaban ropa y como era natural, siempre los pantalones le quedaban cortos” (1993:185). El Güero Zalate era una de las personas reconocidas como “güeros de rancho” de piel blanca, ojos de color, constitución fuerte, cabello claro¹⁷⁵. Así que, ya fueran blancos o morenos, las maneras corporales eran el parámetro para medir el atraso o el progreso de las personas en Poncitlán.

En resumen, en los apuntes anteriores presenté evidencia etnográfica y visual de cómo eran la vestimenta y las técnicas corporales de *antes*, como antesala para adentrarme en las evaluaciones de mis informantes quienes observaron el “progreso” y la “modernización” en el nuevo uso de pantalones de vestir, zapatos y otras prendas como chamarras. Al final, si el traje de manta y las técnicas corporales feroces se estaban volviendo anticuadas—solo vueltas a sacar del armario durante los desfiles patrios de septiembre y noviembre.

Entonces, ¿cuáles eran las vestimentas que se consideraban “modernas”?, ¿cómo estas transformaciones exponen el reconocimiento del aspecto de las personas?, ¿cuáles son las fuentes imaginarias de estas transformaciones? Y por último, ¿cómo encaja en este esquema el imaginario techno social? En las páginas siguientes reviso la influencia de los Estados Unidos y la música nortea

¹⁷⁴ El zalate es un árbol frondoso, de tronco ancho, mide treinta metros de alto aproximadamente, de ahí la analogía con el hombre alto y posiblemente corpulento.

¹⁷⁵ En ocasiones se llega a consignar que estas personas de piel muy blanca andan coloradas por su exposición continua al sol. Lo que hace posible su comparación con la figura del *redneck* en Estados Unidos. Aunque el carácter peyorativo no es el mismo, un güero de rancho a veces puede aparecer estereotipado como ignorante y católico recalcitrante.

en estas transformaciones de la vestimenta para quienes crecieron en el municipio de Poncitlán durante el periodo 1950-1970.

VI. B La influencia del Norte en el imaginario y la vestimenta

Los jornaleros, agricultores y comerciantes desfavorecidos encontraron en la migración a Estados Unidos un avance para “progresar”. Salir del pueblo era una de las experiencias vivenciales de la “modernización” en 1950 y era una entrada para el futuro. Para la generación de nacidos antes de 1930, también en las décadas posteriores, el Norte significó un mejoramiento económico ante la situación de pobreza y hambre de Poncitlán, como se vio en el Capítulo V. Quizá de la misma magnitud consistió el hecho de que viajar representaba la ampliación imaginaria de los estilos de vida, la moda y el consumo. Esta amplificación imaginaria de otros mundos posibles ya había sido estimulada por la radio, pero el Programa Bracero de migración y trabajo temporal, posteriormente la migración ilegal, incrementaban las posibilidades de materializar una salida del rancho hacia la ciudad, o a otros ranchos, en Estados Unidos.

Por un lado, los salarios *allá en el Norte* eran significativamente mayores. Don Ricardo me comentó que recibía 105 dólares semanales en una tienda de dulces en Chicago en la década de 1960 (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, 13 de marzo de 2019). Don Arturo comenzaba ganando un dólar con cincuenta la hora en la empresa Ovaltine en 1961. Algunos más ganaban hasta trescientos dólares semanales en la pizca de la cebolla en California, otros trabajos fabriles en ese estado ofrecían un salario de diecisiete dólares la hora en la década de 1970, los salarios más bajos eran de seis dólares por hora (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, 30 de abril de 2019).

El tipo de cambio promedio en 1950 era un dólar por 8.65 pesos mexicanos. Así continuó hasta 1954 cuando subió a 11.34 y en 1955 a 12.50, cifra que se mantuvo hasta 1976 cuando ascendió a 19.90 después del 1 de septiembre. En 1977 era de 22.69 y fue aumentando pocos centavos hasta llegar a 22.98 en 1980 (INEGI 1986: 811). Si se comparan los salarios que ganaban los migrantes en Estados Unidos con los 25 pesos por jornada en Poncitlán para un jornalero agrícola en 1950, se comprenderán las palabras de don Manuel—nacido en 1928: “Gracias a los Estados Unidos Poncitlán se levantó, también los Estados Unidos [progresaron] gracias a los mexicanos” (Conversación informal. Poncitlán, 14 de marzo de 2019). Don Manuel me platicó: “Les mandabas 100 dólares a tu familia, era muchísimo dinero, muchos de aquí se hicieron ricos cuando los braceros”. Él es jubilado por el hospital Cedros del Sinaí, en Beverly Hills, California. Desde hace

veinticinco años percibe 1200 dólares al mes de pensión. Su vida, como la de otros migrantes más jóvenes, es un péndulo entre los Estados Unidos y México.

Por el otro lado, tanto Estados Unidos como los estados del Norte de México generaron para los poncitlenses una apertura al mundo en cuanto al consumo de modas y nuevas maneras corporales. Como señala Appadurai sobre los individuos de las diásporas: “regresan después de haber pasado un tiempo en extrañas partes del mundo (...) y los rumores y fantasías acerca de los nuevos lugares de residencia son adaptados a los repertorios de conocimiento y de acción realmente disponibles” (2000: 57). En mi trabajo de campo en San Miguel Zapotitlán y Poncitlán escuché múltiples conversaciones que describen claramente esta condición contagiosa del imaginario del Norte. Por ejemplo, un hombre—nacido alrededor de 1940—conversaba con otro más joven. El mayor recordó cuando regresaron a San Miguel unos muchachos quienes habían viajado a los Estados Unidos: “Traían unos Levis nuevecitos. Vieras que bonito se veía eso”. Esa visión de los nuevos pantalones de mezclilla, contrastante con el calzón de manta y los huaraches de los viejos, le empujaba a inscribirse en el Programa Bracero. Unos meses después de descubrir los Levis, viajaba a Empalme, California, en 1956. Posteriormente residía en Chicago, donde miraba la nieve por primera vez en su vida y le asustó tanto, que el miedo casi le impide asistir a su trabajo (San Miguel Zapotitlán, 16 de abril de 2019).

En ese sentido, las raíces del modo de vida contemporáneo en Poncitlán contienen un potente asidero imaginario en ese momento de la historia de la migración. Hasta el punto de que actualmente hay quienes hablan de sus yardas sin podar en Stockton, California; otros alardean del *American Power*, de la potencia de sus trocas—camionetas pick up—, que trajeron de los yonques—deshuesaderos y ventas de automóviles de segunda mano Asimismo, la ropa “americana” siempre ha representado lo nuevo y lo mejor. Desde los ya mencionados Levis en 1950, hasta los pantalones de cholos miembros de las gangas (pandillas)—con sus señas para “tirar barrio” y sus bicicletas *low rider*—hasta los tenis Nike en 1980. Mi generación, quienes devenimos adolescentes durante los primeros años del siglo XXI, basaba su identidad en la música de rock y las subculturas de patinadores de la costa Oeste de California.

Inclusive, hay muchachos de las generaciones más jóvenes, primos, amigos y conocidos, quienes son bilingües y residen en México porque sus padres decidieron regresar al terruño. Estos estímulos de imágenes lejanas nos llegaron a quienes nunca hemos viajado a Estados Unidos al tener en la mira a los paisanos quienes retornaban al pueblo con ajuares, movimientos corporales e historias de lugares remotos. En su defecto, también nosotros, como nuestros abuelos, sorbimos de

las películas, canciones, videos y programas televisivos, elementos del *American way of life* que hemos reconstruido y se enmarañan con nuestra identidad.

Esta evidencia cualitativa me sugirió que estaba ante una continuidad Estados Unidos-México a la cual nombré “suburbanización” (Díaz-Ramírez 2016)¹⁷⁶. Según una definición usual, un suburbio es una zona residencial a las afueras de la ciudad (Cambridge 2020). Por lo general son áreas habitacionales consideradas de clase media para quienes desean escapar de las urbes y su contaminación. Estas zonas residenciales son laboratorios intensivos de futuros posibles, siguen lo suficientemente cercanas a la ciudad central aunque ya degradadas hacia lo rural. Una definición más específica considera lo “suburbano” como “un entorno construido para proporcionar una manera de ser que no es ni rural ni urbana”¹⁷⁷ (Silverstone 1994: 56). Este no es momento para desarrollar ampliamente esta hipótesis, pero sí considero pertinente reflexionar sobre esta continuidad en cuanto al imaginario de la vestimenta y las técnicas corporales que analicé en este acápite.

En ese punto es donde entran a escena las influencias en el vestir y las técnicas corporales del Norte de México a través del estilo de música norteño. Este estilo musical adhiere buena parte de su repertorio del corrido, una forma musical que nació en el siglo XIX y se amplificó en el XX. Los corridos, según Vicente T. Mendoza, “pertenecen a nuestro acervo literario musical y tiene como antecedente más remoto el romance castellano (...) que se conoce en España con el nombre de *Carrerilla* o *romance corrió*”. Los primeros de los que se tiene registro se compusieron en el “último cuarto del siglo XIX (...), [son] piezas en que se relatan las hazañas de guerrilleros, valientes y rebeldes a los gobiernos” (Mendoza 1990 :19). Ahora bien, el estilo norteño, que deriva de aquellos corridos, es considerado por diversos autores como la quintaesencia de la expresión musical fronteriza. La etnomusicóloga Catherine Ragland apunta:

La música norteña, con la forma de la balada corrido en su núcleo, es el género de música popular que inicialmente viajó con los trabajadores migrantes y, después de que terminó el Programa Bracero, con el viajero indocumentado en particular (...). *Norteña* es el género de música popular moderna que se asoció específicamente con esta comunidad, la experiencia de la migración y la búsqueda de trabajo¹⁷⁸ (2009: 16).

¹⁷⁶ <https://dictionary.cambridge.org/es/diccionario/ingles/suburb>

¹⁷⁷ “A built environment constructed to provide a way of being which is neither rural nor urban, and which is both supported by and supports particular political, economic and social relationships—a form of life; to see the suburban as an idea and as an ideal—a dream for those wishing to escape the density of the city” (Silverstone 1994: 56).

¹⁷⁸ “Norteña music, with the corrido ballad song form at its core, is the popular music genre that initially travelled with migrant workers and, after the Bracero Program ended, with the undocumented traveller in particular(...).Norteña is the

Eventualmente, las letras de estas canciones reflejaban la experiencia del desplazamiento, los conflictos raciales y culturales, así como las transformaciones sociales del periodo de 1950-1980. La radio, discos de vinil, películas y posteriormente los casetes en 1970 y 1980 coadyuvaron a la proliferación de la música norteaña al sur de la frontera, donde este estilo musical “se asoció a las poblaciones de la clase trabajadora a través del país”¹⁷⁹ (Ragland 2009:17). El Estado mexicano se sumaba a este fenómeno transfronterizo al buscar ampliar la radioemisión hasta el sur de los Estados Unidos para luchar contra la influencia de los medios norteamericanos en los migrantes mexicanos (Robles 2012:34). Este fenómeno ha sido llamado pan-mexicanismo por autores como Priscila Pilatowsky quienes consideran esta práctica una extensión de la legitimidad ideológica-cultural del Estado posrevolucionario (2019).

En 1960, mientras que en Estados Unidos el movimiento hippie y el rock psicodélico movilizaban al mercado de la contracultura en México una de las primeras modas del futuro que contagiaba a los migrantes poncitlenses fue el complejo norteaño: el baile llamado “taconazo”, las polkas ejecutadas por conjuntos de acordeón, contrabajo, saxofón, bajo sexto, acordeón y percusiones, así como el estilo de vestir y actuar del cómico Eulalio González, El Piporro (Imagen VI.D). El Piporro y otros artistas se empezaron a volver famosos en la Caravana Corona en la década de 1950 (Montoya Arias 2017:101). Don Wilfrido trabajaba en Ciudad Obregón, Sonora, cuando la radio explotaba con los acordeones de agrupaciones como Los Alegres de Terán, Ramón Ayala y Los Bravos del Norte y Los Montes del Norte, exponentes notables de este movimiento (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, 2 de mayo de 2019).

Eulalio González nació en Los Herreras, Nuevo León, en 1921, falleció en 2003. El complejo de El Piporro abarcaba más que la música norteaña. Participaba en películas desde 1950, las de mayor renombre con Miroslava Stern, Pedro Infante, Javier Solís y otras estrellas del firmamento mediático. Cantaba norteaño y mariachi, fundamentalmente con humor. Lo principal de su personaje es el aspecto de su traje, botines vaqueros, pantalón Levis, sombrero tejano, cuera y pistola fajada, y su baile, el taconazo, que encarnaba en una de sus canciones famosas con el mismo título. En esa canción recomienda agarrar del brazo a la bailadora, sacar polvo al piso con el tacón del botín y tener cuidado con los balazos que puedan dispararse accidentalmente de la pistola.

modern popular music genre that became specifically associated with this community, the experience of migration, and the search for work” (Ragland 2009: 16).

¹⁷⁹ “The advent of cassette technology in the 1970s and 1980s brought another kind of mobility of the music, and, in cassette format, norteaña began to travel back to Mexico, where it became associated with working-class populations throughout the country” (Ragland 2009: 17).

Imagen VI.D Portada de álbum *Llegó el Piporro, raza (...)*



Fuente: The Strachwitz Frontera Collection UCLA¹⁸⁰

El Piporro fue un cómico, en contraste con la seriedad del macho mexicano al que aluden mis interlocutores. Sus ajuares de cuero son llamativos y sus interpretaciones jocosas destilan temas escabrosos como asesinatos y celos hacia las mujeres. Estos estilos de atuendo exageran el modo de ser norteamericano, hasta convertirlo en un estereotipo y un arquetipo donde se anudaban las tensiones de los cambios acaudalados en esos años, recuérdese que la migración era un asunto casi exclusivo de la movilidad de los hombres. Un ejemplo de esas complicadas sublimaciones de los celos violentos aparecía en las letras de algunas canciones. Por ejemplo, en la canción de El Piporro, titulada “Jesús Cadena”, en la que relata un baile donde la “güera Chabela” andaba “en brazos de otro hombre”, lo cual provocó los celos de Jesús Cadena, quien la balaceó como escarmiento. Piporro comenta en tono burlón: “y le tiró a pegar, las seis balas, con todo y casquillo, con eso tuvo”. La historia continua,

¹⁸⁰ Consultado de: <http://frontera.library.ucla.edu/recordings/jesus-cadena-25>

Chabela agonizante dijo, ya aleccionada: “Ay, miren qué caro cuesta el andarlos *malcornando*”—es decir, engañando a los hombres.

Esta violencia sublimada en letras de canciones representaba las relaciones violentas entre hombres y mujeres. Para el periodo examinado la violencia contra las mujeres puede considerarse constituyente del mismo complejo de masculinidad de los hombres de antes. Como concluye Ana María Fernández Poncela en su estudio sobre las construcciones de género en la canción popular mexicana “si tanto se pretende dominar y subordinar a las mujeres, es porque no están lo suficientemente dispuestas a ello, sino todo lo contrario” (2002:205), es decir, las féminas no sucumbían a su rol de compañeras de estos norteños empistolados y demostraban tener su propia agencia.

Evidentemente, estos ideales de comportamiento requieren ser cotejados con casos concretos. Aquí el argumento principal es hacer notar cómo una de las primeras modas marcaba la pauta para que los poncitlenses imitaran de estos modelos imaginarios la vestimenta y los movimientos corporales, como el baile de polcas y taconazo. Obviamente, esto no significa que todos los hombres vistieran como El Piporro o que todas las mujeres aceptaran bailar con un violento. Lo resaltante es que son estos estereotipos mediáticos, junto con las experiencias que los migrantes contaban al regresar al rancho, de donde emergen las expectativas del “progreso” y la “modernización” para algunos poncitlenses migrantes en 1950-1970.

La apertura al mundo más allá de la comunidad influiría la ola posterior de migraciones al Norte. El estímulo económico era uno, si no el principal, de los motivadores de la migración, pero también, el imaginario servía como estimulante primordial. Las ciudades, los personajes mediáticos y las oportunidades de salir del rancho confluyeron con las mejoras de los ingresos. En suma, de las expectativas emergieron posibilidades reales. En el siguiente apartado exploro cómo otros estilos culturales musicales, distintos al complejo de El Piporro, influenciaron a una generación más joven de migrantes, así como las consecuencias que esto tuvo en la sociabilidad de los jóvenes y jovencitas.

VI.B.1 Cholos, música de rock, música tropical y sociabilidad

Don Jesús me explicó el imperio del imaginario del Norte en los anhelos de la siguiente generación de poncitlenses migrantes:

En esos años en Poncitlán nada más había dos fábricas [Dulces Montes y Celanese], el trabajo del campo era mal pagado. No había trabajo, no había oportunidades. Los de la generación de la Segunda Guerra Mundial se fueron con el Programa Bracero. Regresaban

con dólares. Juntaban dinero y se compraban aquí una televisión. O se iban a la capital y regresaban con dinero. Pero los que iban a Estados Unidos les iba mejor, cargaban dólares. Eso motivó a las siguientes generaciones.

En estas frases es claro cómo la observación de los migrantes de “generación de la Segunda Guerra Mundial” inflamaba el imaginario de los poncitlenses jóvenes de aquel entonces. Los dólares, las televisiones compradas con dinero verde les permitían anhelar un mejoramiento en su modo de vida. Al apropiarse de este imaginario, de un Norte pleno de oportunidades y dólares, consumo de ropa y aparatos técnicos, las personas hacen de las dinámicas de la imaginación sus prácticas de aspiración y anticipación. La aspiración es “una capacidad de orientarse mediante la cual la gente pobre puede cambiar de manera efectiva ‘los términos de reconocimiento’ dentro de los cuales suele encontrarse atrapada, términos que limitan gravemente su capacidad de ejercer su voz y de debatir las condiciones económicas a las que están confinados” (Appadurai 2016: 247).

Las experiencias vitales de la “modernización” fueron diferentes tanto para quienes viajaban en 1940 y 1950, como para quienes lo hicieron en años posteriores. La fuente el imaginario tendería a ser distinta para quienes nacieron en 1950, 1960 y 1970. El modelo de futuro de El Piporro, a pesar de ser un constructo “urbano”¹⁸¹, mediático, ligado a la experiencia de los migrantes en las ciudades del norte del país y los Estados Unidos, era considerado por los poncitlenses cercano al rancho, a la ruralidad de la gente de antes. En contraste, la adopción de algunos jóvenes de entonces de la música de rock y el estilo de cholos (pandilleros) de la década de 1980 causaba honda impresión a las poncitlenses.

Aun así, la “modernización” no deriva automáticamente en la “erosión de las autoridades tradicionales” (Manzano 2010), ni nada por el estilo como la sustitución de indumentarias “tradicionales” por otras “modernas”. Aquí ocurría simplemente una ampliación del repertorio de vestimentas, técnicas corporales y estilos musicales que los jóvenes de entonces experimentaban como “progreso” y “modernización”. Tanto los seguidores de El Piporro como los de *The Doors* son “miembros de una sola sociedad; ellos no representan la co-presencia de dos diferentes tipos sociales o estadios evolucionarios, sino estilos contrastantes en un único entorno social” (Ferguson

¹⁸¹ El tema de la radio es de especial interés para estudiar las interacciones entre lo “rural” y “urbano”. Los músicos vernáculos del campo con posibilidades migraban hacia las grandes ciudades para buscar contratos de grabación o para que su música se transmitiera por la radio (Pilatowsky 2019:6). Luego, esa música que había sido creada e imaginada en el ámbito rural, volvía al campo amplificada por la radio y los aparatos de reproducción musical. Posiblemente, estos dos ámbitos que han sido entendidos como dos espacios distintos, sean en lo fundamental un mismo fenómeno, tesis defendida por algunos antropólogos como Anthony Leeds (1994).

1999:102)¹⁸². En última instancia son formas diferentes de consumo de lo ajeno percibido como “moderno”.

En este contexto, esto presentaba una nueva expresión de rivalidad de grupos juveniles, cuyas identidades y sociabilidad se diferenciaban mediante estilos de vestir y modales corporales de acuerdo con el consumo de música. Estas observaciones son indicadores de esta etapa de transición cuando se instauraba un imaginario del progreso y la modernización cuya base eran las expectativas generadas por la migración y los medios de comunicación masiva. Para exponer con propiedad etnográfica estos asuntos teóricos presentaré la historia de vida condensada de un amigo entrañable de Poncitlán, con quien pasé horas de conversaciones mientras duró mi trabajo de campo. Hablábamos en especial acerca de la música de rock y la vestimenta de los miembros de las contraculturas en Estados Unidos.

El 7 de mayo de 2018 me presenté en un negocio en Poncitlán, su propietario mi amigo comerciante¹⁸³ nació en 1951. Él y su esposa me recibieron excelentemente en mis primeros días de trabajo de campo en la cabecera. En corto, la apasionada vida de este comerciante es una suma de las condiciones que he venido anunciando anteriormente, entre la migración, la adopción de estilos culturales basados en la música, y los anhelos venidos de otras realidades que se incorporaron a la realidad poncitlense. El caso es representativo de la amplitud de las expectativas imaginarias de las personas de Poncitlán en un sendero distinto a quienes se influían por el estilo norteamericano.

En la década de 1960, mi amigo comerciante trabajaba de ayudante general en la reconocida abarrotera de Mundo en el centro de Poncitlán. En aquellos días Mundo encendía su radio de onda corta y sintonizaba los discursos del cubano Fidel Castro. A mi amigo comerciante le gustaba escucharlos y desde entonces simpatizaba con la ideología socialista de la Revolución Cubana y de Ho Chi Minh de Vietnam. Luego compraría su primer radio con un vendedor ambulante de “fayuca de la buena”, era una Hitachi de onda corta. En esa década, se juntaba con un grupo de muchachos quienes escuchaban música rock. Uno de los líderes de este grupo fue Ramón Escoto, una relación sobre la cual comentaré más adelante. En el cine mi amigo comerciante aprendería sus primeras palabras en inglés de boca de Tarzán, quien empujaba un coche y exclamaba: “*push*,

¹⁸² Ferguson registra el uso de dos términos locales para hablar de lo mismo: “Cosmopolitas” y “localistas”: “Cosmopolitans and localists alike are members of a single society; they represent not the co-presence of two different social types of evolutionary stages but contrasting styles within a single social setting” (Ferguson1999: 102).

¹⁸³ Le llamaré de aquí en adelante “mi amigo comerciante”.

push". A partir de ese universo de sonidos e imágenes nuevos aprendía mi amigo comerciante sobre el mundo exterior, como otros poncitlenses de su época.

En 1969 migraba a California, Mundo le prestaría los 500 pesos para pagar su viaje de ida. Regresaría definitivamente a Poncitlán en 1993, veinticuatro años después. En Los Ángeles, California, se involucraba con el movimiento chicano y otras reivindicaciones de izquierda que criticaban, desde la contracultura, entre otras cosas, a los modelos de modernización y desarrollo, el estatus quo de la sociedad de consumo y el trato discriminatorio a las minorías étnicas. Según me comentó, era miembro de la organización Centro de Acción Social Autónomo (CASA); allí conocería a líderes chicanos como César Chávez. En la década de 1970 se forjaría un noviazgo con una chica norteamericana de ascendencia griega quien estudiaba literatura hispanoamericana en la Universidad de California (UC) San Diego; desde entonces mi amigo comerciante acudía a varios cursos a la universidad. Además, participaría en un proyecto liderado por Wayne A. Cornelius¹⁸⁴ para estudiar la migración ilegal a Estados Unidos.

Volviendo al punto central de este argumento, mi amigo comerciante incorporaba a su repertorio corporal la relevancia del estilo de vestimenta para los norteamericanos de la década de 1970 en Los Ángeles. Él viste en ocasiones con gorras estilo revolución cultural china, shorts, chancletas de plástico, camisas desabotonadas en la parte superior del pecho, a veces gorras de beisbolista. Me dice que a algunas personas de Poncitlán no les gusta su ropa ni sus maneras corporales. Él me explica que éstas son derivadas de sus años de residencia en Estados Unidos, que moldearon sus inclinaciones corporales. Allá, junto con su mejor amigo, asistían a los barrios peligrosos de Los Ángeles, "con puro malandro y malviviente". Me cuenta que fueron amigos de los "marielitos" en la década de 1980, quienes migraron de Cuba descontentos de la Revolución Cubana.

Me explicó: "Cuanto estás allá te vuelves duro". Se levanta y camina demostrando agresividad, anda con el pecho hinchado, dando grandes zancadas y balancea los brazos apretados con rudeza. Luego: "Si te ven así", encoje el cuerpo, arquea la espalda, baja la mirada, "te tumban". "Y también si vas caminando muy alzado [levanta el mentón apuntando al cielo], también te tumban". Tumban significa golpear en la jerga de las pandillas, en ocasiones matar. "Tienes una de dos: o sabes pelear o sabes correr. Yo sabía correr, aunque sí me tocó pelearme algunas veces" (Conversación informal. Poncitlán, 15 de junio de 2018). Mi amigo comerciante me demostró cómo

¹⁸⁴ Investigador en política migratoria e inmigración de la UC San Diego.

había incorporado en sus repertorio de técnicas corporales esa situación de violencia en las calles del este de Los Ángeles.

Me gustaba caminar por una de las calles principales del *downtown* en Los Ángeles. Me gustaba ir en mi tiempo libre. Me sentía muy bien ahí, era lo máximo. Allí miraba a los negros cuando empezaron a adueñarse del *downtown*. Muy bien vestidos, con sus zapatos bien *chainaditos*¹⁸⁵. Sus camisas, así [señala la suya], de colores llamativos, chillones. Y ya para entonces se empezaban a usar los peinados afro (Conversación informal. Poncitlán, 5 de octubre de 2018).

Se levanta de la silla y me indica con su cuerpo cómo caminaban los afroamericanos: la parte superior del torso echada hacia atrás, meneándose a los lados con estilo. Con esta recreación me enseñaba tanto la admiración por el estilo afro de 1970 así como la fascinación que la ciudad de Los Ángeles había ejercido en su imaginación. En la trayectoria de vida de mi amigo comerciante se conjugan los anhelos del futuro de los jóvenes poncitlenses en 1960, la acción de la radio, el cine y la migración como acervos del imaginario de mejoramiento futuro. El haber elegido la música de rock y las fchas de los pandilleros, tanto representaba una constricción de la situación donde residía, tanto como expresaba sus decisiones personales.

VI.B.2 La imaginación mediática para las mujeres

La migración brindaba elementos para conformar el imaginario de la nueva vestimenta en Poncitlán, pero inclusive quienes estaban en México sucumbían a las nuevas modas y estilos sin haber viajado. La radio y la televisión con sus accesos imaginarios a otras realidades compensaban la inmovilidad de quienes no contaban con la posibilidad de desplazarse físicamente. Entre estos grupos estaban las mujeres, para quienes era dificultosa la migración sin acompañamiento masculino.

Hubo mujeres quienes rompían la monotonía de vestimenta asignada a su género. Así me lo platicó Gaby en la cabecera. En una ocasión, Gaby miró entre las pertenencias de su familia la fotografía de una mujer con el pelo bien arreglado, “usando una minifalda, una blusa coqueta y un chaleco”. Le preguntó a su abuela, “¿quién es esa muchacha, abuelita?”. “Soy yo”, le contestó. Gaby me comentó: “no podía creer que en la década de los cincuenta mi abuela usara minifalda”. “Era feminista ella”. Para exponer este hecho: “mi abuela es de esas mujeres que no se deja. Si algo le dicen, ella les contesta, no se queda callada”¹⁸⁶. “Le tocó vivir la época del rock and roll”. Enseguida,

¹⁸⁵ Un anglicismo que significa zapatos brillantados, boleados. Deriva del vocablo *shiny* en inglés.

¹⁸⁶ Mi informante posiblemente confunde la década de 1950 con la de 1960 cuando surge la moda de la minifalda.

“vi una foto de mi mamá, ella usaba las faldas largas hasta el tobillo”. En el esquema de Gaby, uno muy adecuado a la teleología de la modernización, no había cabida para que su abuela quien vivió una época anterior a su madre usara minifalda mientras que su madre vistiera faldas hasta el tobillo. Gaby concluyó con una sana observación etnohistórica: “no cabe duda de que en cada época es diferente”.

Una generación de chicas, nacidas entre 1960-1970, crecieron escuchando a Los Apson, Alberto Vázquez, Angélica María y demás representantes del rock and roll mexicano traducido al español. Posteriormente, otras chicas fueron cautivadas por Menudo, *boy band* originaria de Puerto Rico, que actuaba desde 1977 y posteriormente se volverían famosos en la década de 1980.

Resulta significativo que estas nuevas bandas de rock and roll soportaban su popularidad no solo en su música, sino, también en el aspecto corporal de sus participantes. En ese sentido, las muchachas de San Miguel Zapotitlán miraban y escuchaban estas bandas en las primeras televisiones en 1960 y 1970, inclusive antes que oírlos a través de las transmisiones radiales. Las primeras televisiones en esas décadas eran públicas, quienes contaban con televisores permitían mirarlas a los conocidos, familiares y amigos y unos cobraban una mínima entrada para dejar ver la tele a los demás (ver Capítulo VIII).

Esto es traído a la palestra para ejemplificar cómo las mujeres, uno de los grupos quienes no pudieron migrar, estaban igualmente influidas por las modas contemporáneas. Esto es así porque los canales mediáticos en el país recorrían las localidades haciendo volar la imaginación de mujeres y hombres. Estos nuevos estilos de vestimenta ligados a la música se expandieron en Poncitlán, pero esto no significa que no existieran tensiones e inquietudes. En las siguientes páginas apunto sobre una red de amigos quienes gustaban de escuchar rock y se enemistaron con otro grupo de amigos, quienes se identificaban con la música y vestimentas “rancheras”. Esto lo hago para exponer las tensiones, reacomodos, evaluaciones y explosividades emocionales que la materialización de este imaginario de la “modernización” supuso para los jóvenes a finales de 1960 y principios de 1970.

VI.B.3 El conflicto por las fachas

Ramón Escoto Durán es el editor del periódico *El Informativo* de la cabecera. Pertenece a la generación de nacidos en la década de 1950. Creció en una familia de músicos de la cabecera:

Escoto, Durán y Flores¹⁸⁷. Uno de sus tíos le enseñó a tocar boleros en la guitarra. Sin embargo, me confesó: “cuando vi un grupo de rock, pensé, la ando regando, los grupos de rock son lo mejor”. Ese grupo que removió la imaginación de Ramón fue Toncho Pilatos de Guadalajara¹⁸⁸. Ramón inauguraba un tipo de sociabilidad callejera basada en el estilo de vestir y el consumo de música que contrastaba conscientemente con los estilos norteño (ranchero) de la generación anterior.

En la cabecera Ramón y un par de amigos conformaron un grupo de rock en la década de 1970 que nombraron Billy Desmadre. El título proviene de la idea de nombrar a la agrupación con el nombre de una “cuatrero” famoso, de ahí decidieron usar Billy. Desmadre para identificarse con la sociabilidad desmanada del rock. Las personas de Poncitlán les decían “el vil desmadre”: “éramos el terror aquí nosotros, éramos los primeros roqueros”. Ramón observaba cómo actuaban y vestían los roqueros en Guadalajara y estudió la música de las agrupaciones urbanas. Posteriormente:

Me vine aquí a Poncitlán y junté gente que le gustara. Entonces coincidió que llegó mi primo de México y él ya traía el rock. Y luego un amigo de Estados Unidos, que ya traía el rock. Y nos juntamos, luego invitamos a más cuates que creímos que nos podían acompañar (Entrevista. Poncitlán, 1 de octubre de 2018).

Luego me comenta ufano: “No te miento, llegamos a ser cuarenta o cincuenta, todos con el mismo rollo, todos, nos juntábamos en un lugar como aquí y no cabíamos”. Pronto, los discos de vinil de quienes regresaban de Estados Unidos u otras ciudades de México configuraban una esfera de escucha de música novedosa para estos roqueros que se conformarían como un grupo contracultural juvenil de la década de 1970. “Traían casetes, traían discos”. Abunda Ramón en este punto: “mi primo vino de México y traía el altero así de grande de discos, todo *The Beatles*, un chingo de música, nos decía, ¿ya escucharon a *Grand Funk [Railroad]*? No, ahí está, ah, ¿ya escucharon *Jethro Tull*?”.

El mismo rollo consistentemente era el consumo de música rock, fumar marihuana y compartir unas maneras y ropajes distintivos: “Todos traíamos el pelo largo, todos usábamos mezclilla, todos odiábamos a los rancheros” (Entrevista. Poncitlán, 1 de octubre de 2018). Los “rancheros” eran quienes se inspiraban en la música norteña, el mariachi o la banda sinaloense.

¹⁸⁷ Vicente Flores, originario de Poncitlán, tocó la trompeta con la gran orquesta de Luis Alcaraz en los primeros años del siglo XX.

¹⁸⁸ Grupo de rock del “*underground*” formado en 1960. Toncho en jerga significa que se droga con pegamento o solventes.

Estos preferían los accesorios de cuero, los sombreros y los botines vaqueros. Los rancheros también se identificaban a ellos mismos como católicos, mientras que acusaban de satánicos a los roqueros.

Estas tensiones entre roqueros y rancheros expresaban la asimilación a ciertos elementos del imaginario del mejoramiento. Tanto lo “norteño” como lo “roquero” fueron elementos que provenían del exterior, introducidos ya sea gracias a los migrantes quienes retornaron de otras ciudades o a través de la expansión de los mensajes de la radio y la televisión. Pero los muchachos en Poncitlán se separaron en dos agrupaciones distintas con sus músicas y vestimentas identitarias. Precisamente las peleas se presentaban en el ámbito de la práctica de comparar el aspecto de las personas, como apunté unas páginas atrás.

Según Ramón el odio de los rancheros se expresaba en quejas en contra de las corporalidades: “Nos echaban malo, nos decían: cabrones andan bien greñudos, parecen viejas”. Los roqueros se defendía en un punto medular de la identificación ranchera: “nosotros nos defendíamos con lo mismo de siempre, les respondíamos que Cristo traía el pelo largo, ¿también era joto?” (Entrevista. Poncitlán, 1 de octubre de 2018).

Mi amigo comerciante era miembro de esa cuarentena de amigos melencidos, quienes se reunían para escuchar a Billy Desmadre en la década de 1970. En una ocasión le pregunté qué opinaban sus padres sobre el rock, me contestó que “nada. Estaba tolerado” (Conversación informal. Poncitlán, 5 de octubre de 2018). Estas rivalidades entre “estilos culturales” suponían conflictos entre grupos de jóvenes más que conflictos generacionales. Las peleas entre hombres eran frecuentes en las esferas de sociabilidad poncitlense, porque los roqueros, aunque escuchaban música diferente, acudían a los mismos bailes durante los días de ocio en Poncitlán. Así continuó la situación durante algunos años hasta que en una ocasión rancheros y roqueros culminaron en una bronca descomunal:

Total que un día nos agarramos a chingadazos, todos esos rancheros que se juntaban contra nosotros los roqueros (...). Donde está el Santuario, desde ahí empezaron los chingadazos, y nos fuimos así: tra, tra, tra, tra, un ratito, y luego caminando llegamos hasta la plaza y le dimos vuelta al barrio de la Bandera Negra y llegamos hasta donde termina el pueblo a golpes. Y se puede decir que casi fue un empate, nosotros mandamos a varios de ellos a que los cosieran [las heridas] y al revés, nosotros también quedamos con los ojos morados. Y de ahí para acá se acabó el problema, ya cada que nos veían, nos saludan: ¡quihubo camaradas! Se acabó el problema, ya cada vez que tocábamos, ellos en su espacio y nosotros en lo de nosotros.

Cuando Ramón me contó este relato no pude dejar de compararlo con la experiencia de mis amigos en San Miguel en los primeros años del siglo XXI. Nosotros también teníamos amigos en ciudades de México y de Estados Unidos quienes no compartían sus hallazgos musicales. Además, contábamos con las primeras páginas de internet sobre grupos musicales y la cuenta de MySpace donde cientos de bandas locales de rock intercambiábamos recomendaciones de música. En San Miguel los rancheros eran quienes escuchaban bandas reconocidas como movimiento duranguense. Es decir, tecno-bandas que tocaban exclusivamente con aparatos electrónicos: teclados, bajos eléctricos, baterías eléctricas. Como El Piporro, estos duranguenses surgieron en la frontera Norte de México y sur de Estados Unidos.

Sobre nuestra generación puedo afirmar con suficiente seguridad que las tensiones eran además un conflicto de clase. Nuestro grupo de amigos éramos hijos de ejidatarios con tierras, comerciantes, obreros con ingresos relativamente estables. Los duranguenses eran sobre todo hijos de jornaleros y obreros de las fábricas circunvecinas. En el caso de la primera contracultura los amigos de Ramón en la década de 1970 sus situaciones eran similares. Ramón y mi amigo comerciante no eran ricos comerciantes, no obstante, descendían de parentelas prestigiosas y relativamente prósperas de la cabecera. Eran muchachos quienes habían elegido el estilo cultural del rock que se alejaba aparentemente del norteño y ranchero, aunque ambos emergieron del mismo horizonte de posibilidad de la migración a Estados Unidos, el industrialismo y la sociedad mediática de consumo en el periodo contemplado de 1950-1970.

A lo largo de estas páginas he descrito la relevancia de las transformaciones de la indumentaria y las técnicas corporales de los poncitlenses, asuntos que se resumen en el concepto de estilo cultural (Ferguson 1999). Anoté que las teorías de la modernización generaban distorsiones al considerar que cada nuevo estilo suponía una ruptura con el pasado y una sustitución de vestimentas por otras. En el Esquema VI.E procuro representar estas teorías. Se observa cómo el tiempo se conceptualiza como una flecha hacia el futuro que se aleja del pasado. En ese esquema los casos e informaciones que he presentado se acomodarían así: la ropa de la gente de antes se alinearía en el polo del pasado y sería estipulado como un caso de vestimenta tradicional y rural. Por su parte, el “impacto” de la sociedad industrial generaría nuevas modas que sustituirían a las anteriores, siempre hacia estilos “modernos”, “urbanos”, que se alinearían con el polo del futuro.

La convivencia entre tipos tradicionales y modernos simultáneamente se interpreta en la teoría de la modernización como índice de “sociedades duales”, “tendidas entre el pasado y el

futuro”, entre lo “rural” y lo “urbano”. O en su defecto, se apela a la categoría de híbridos para hablar de “procesos socioculturales en los que las estructuras o prácticas discretas, que existían en forma separada, se combinan para generar nuevas estructuras, objetos y prácticas” (García Canclini 2001: 14). Así tendríamos híbridos de rural y urbano, pasado y futuro, moderno y tradicional, etc.

Esquema VI.E La modernización de la indumentaria como teleología



Fuente: Elaboración propia

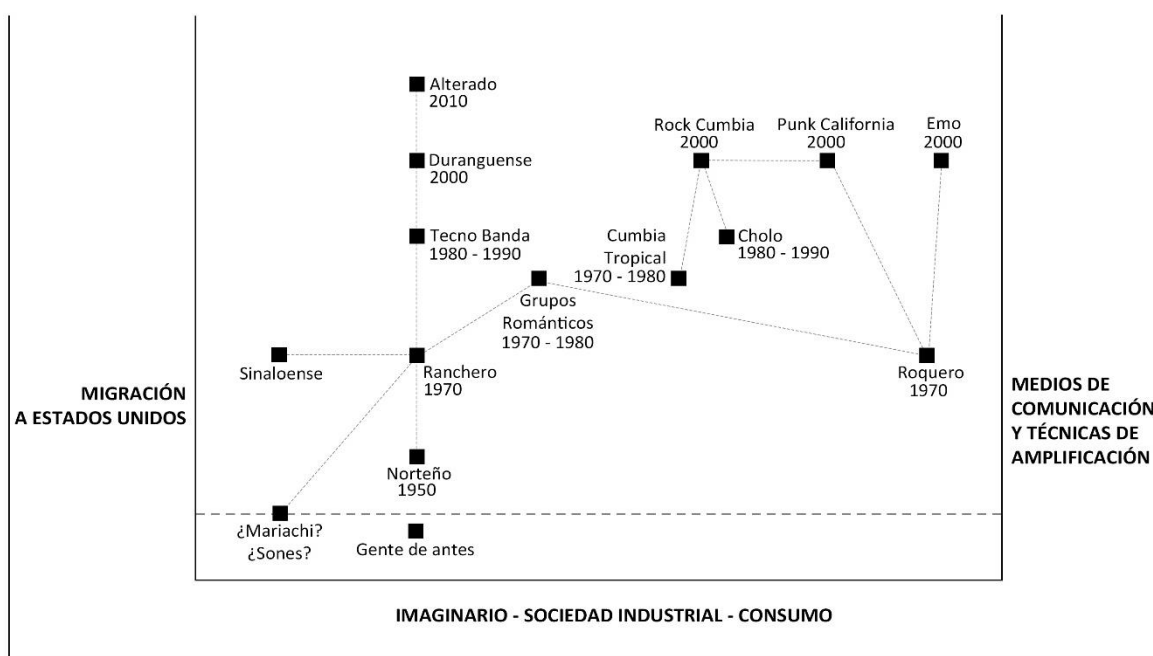
No obstante la facilidad relativa para encajar la información en este esquema de cambios súbitos en una línea temporal, las descripciones aquí mostradas obligan a discernimientos distintos de las transformaciones de los estilos culturales. En el Esquema VI.F ¹⁸⁹ represento una interpretación alternativa a partir de lo que presenté a lo largo de este capítulo.

El Esquema VI.F es una representación del horizonte de posibilidades, es decir, condensa visualmente las delimitaciones que constriñen las decisiones personales en el marco que brinda la sociedad industrial, la migración, el consumo y los medios de comunicación a partir de 1950. La elección de un estilo cultural en relación con la migración tiene que ver con el mantenimiento de alianzas de los migrantes en las sociedades norteamericanas de México y en Estados Unidos. Los cholos aunque en México vistieran distinto debían seguir siéndolo al otro lado de la frontera Norte. Pero para los demás chicos quienes no viajaban el estilo cultural era simplemente un modo de asumirse como distintos a sus congéneres, sus padres y sus abuelos. El imaginario como lo concibo en esta tesis se abstrae de las trayectorias donde se enlazan los constreñimientos estructurales, los anhelos y las historias de vida concretas. Es en este nivel en donde el imaginario tecno social del progreso, el desarrollo y la modernización se articula con las visiones de mejoramiento futuro de los poncitlenses.

¹⁸⁹ Este esquema está basado en las críticas a la teoría de la modernización teleológica de Ferguson (1999:107) y Friedman y Friedman (2008: 110, 244).

Se observa un área central delimitada por dos medios rectángulos, dentro de esa zona hay categorías que representan los estilos culturales: gente de antes, norteño, ranchero, sinaloense, grupos románticos, cholo, roquero, tecno banda, cumbia tropical, duranguense, rock cumbia, punk california y alterado. Cada uno aparecería en Poncitlán en algún momento entre 1950 y la actualidad, lo que se indica con un número que representa el año aproximado de su génesis. Cada categoría se conecta con otras mediante una línea discontinua. Por afuera, al lado izquierdo, anoto “migración a Estados Unidos”, al lado derecho, “medios de comunicación y técnicas de amplificación” abajo, “capitalismo-sociedad industrial y consumo”. Son los constreñimientos del horizonte de posibilidades de donde surgen los estilos culturales como elementos del mismo imaginario socio técnico.

Esquema VI.F Estilos culturales de vestir y técnicas corporales



Fuente: Elaboración propia

Este esquema muestra cómo los estilos culturales están ligados a los consumos musicales. Cada uno está datado aproximadamente en un fecha, pero esto ya no implica las temporalidad lineal como en el Esquema VI.E, sino la contigüidad de estilos culturales de música y vestimenta y sus transformaciones, ya no radicales, sino genealógicas. Cada uno de estos universos de vestimenta y

música son una “categoría social” (Ferguson 1999) que condicionaba las relaciones entre las personas (por ejemplo, las tensiones entre jóvenes primero en 1970 y después en 2000).

Lo norteño, cholo y roquero son categorías diferenciales, junto con las de clase, género y edad, por medio de las cuales los grupos de personas se autoidentifican en una misma sociedad, la migración, la producción industrial, el consumo, los medios de comunicación y las técnicas de amplificación. La categoría “gente de antes” plasma la única “ruptura” que mis informantes percibían: la superación de los modales huraños y el traje de calzón de manta, huaraches y zarape del pasado, por un nuevo horizonte de elecciones posibles de vestimenta, entendido como “progreso” y “modernización”. Esta ruptura está indicada por una línea gris punteada y remite a la intensificación de la migración a los Estados Unidos durante el Programa Bracero. Si se recuerda, en 1950 la primera moda fue el norteño, cuyo arquetipo fue la figura de El Piporro.

Imagen V.G Emos y roqueros de San Miguel Zapotitlán y Atequiza en 2007



Fuente: Archivo personal

Veinte años después, una nueva generación de migrantes se identificarían como cholos, rancheros o roqueros, como fueron los casos de amigo comerciante y Ramón Escoto en Poncitlán. Esa nueva generación transmitiría esos estilos culturales en la cabecera a quienes no habían viajado, junto con la acción expansiva del imaginario de los discos de rock, la radio y la televisión. Por lo tanto, ensancharon el imaginario y el horizonte de posibilidad desde donde los poncitlenses construyeron sus trayectorias de vida futura. En el esquema VI.F, enseguida se nota cómo se alinean en una sola genealogía las categorías de norteño, ranchero, sinaloense, tecno-banda, duranguense y alterado, lo cual indica la compatibilidad de esos estilos. Los anteriores son considerados opuestos a cholo, roquero, emo y punk californiano, los cuales son agrupados como compatibles. Esta gran división alcanzaba hasta mi generación a principios del siglo XXI. No obstante, además de esas dos grandes categorías contrarias, también hay estilos que confluyen, grupos románticos de 1970 y rock cumbia de 2000. En especial, los grupos románticos fueron agrupaciones que coquetearon en su etapa formativa con la música rock, pero terminaron tocando baladas románticas y canciones bailables. El grupo La Revolución de Emiliano Zapata es el caso de mayor reconocimiento. Otros románticos con guitarras eléctricas fueron Los Muecas, Fredy's, Los Bukis.

Imagen VI.H *The Cliché* en las fiestas de septiembre en San Miguel Zapotitlán en 2013



Fuente: Archivo de Cintia Ramírez

Conforme transcurrían los años, en lugar de rupturas entre vestimentas “modernas” y “tradicionales” (Manzano 2010) existía coexistencia de indumentarias heterogéneas. Esto ha llegado hasta el punto de que en la fiesta de San Miguel Zapotitlán un día la música la pagaban quienes se alinean al norteño y se ameniza la noche con bandas sinaloenses y agrupaciones de acordeón y bajo sexto. Y otro día, quienes se identificaban con los grupos románticos de la década de 1970, contrataban grupos musicales que interpretaban los éxitos de los Pasteles Verdes u otros conjuntos musicales similares.

El 21 de septiembre de 2013 la banda de rock local The Cliché subió al escenario para amenizar el primer día de la fiesta de San Miguel Arcángel en San Miguel Zapotitlán (Imagen VI.H). La música rock no se consideraba adecuada para tocarse en una fiesta patronal, pero la banda sinaloense La Rosalitos, que organizó por un par de años la fiesta del día 21, les invitó a participar. Además, los músicos de The Cliché interpretaron canciones del repertorio ranchero para tratar de congeniar con el público orientado mayoritariamente a ese estilo y género musical. Esas mixturas entre lo roquero y lo ranchero son acercamientos entre grupos quienes intentan pulir las diferencias sociales existentes.

Consideraciones finales

En este capítulo he mostrado cómo los poncitlenses anhelaban y adquirirían nuevos estilos culturales de acuerdo con las posibilidades que la condición mediática y migratoria les brindaba en el periodo 1950-1970. Las transformaciones de la vestimenta y las técnicas corporales fueron consideradas índices de la “modernización” y el “progreso”, porque, como en el caso de la alimentación, les permitieron adentrarse en el futuro y dejar atrás un contexto de pobreza y hambre. La generación de nacidos en el periodo 1930-1950 generaron la primera ruptura con la “gente de antes” a través del estilo “norteño”. Desde este punto las personas y grupos de las generaciones siguientes sociabilizan y se diferencian usando estilos culturales como categorías sociales. La música y el cine son aspectos primarios y por sí mismos constituyen amplios temas de investigación. La elección del Norteño no es fortuita, es resultado de una de las trayectorias preferidas de mejoramiento de los poncitlenses: la migración al Norte de México y los Estados Unidos. El imaginario del Norte constituye una de las fuentes principales de anhelos y da pie a prácticas de anticipación que los poncitlenses incorporaron en su repertorio (Appadurai 2016).

Conforme se observan los pormenores de este proceso, es claro cómo para mis interlocutores estas elecciones fueron experiencias vitales. Si bien el industrialismo de la posguerra,

la agricultura y la migración eran las condicionantes estructurales que constreñían la acción de los poncitlenses, también es cierto que en sus decisiones e imaginación exhibían su capacidad de construirse un porvenir en un ambiente adverso.

Para cerrar, es importante explicitar un eje secundario que atraviesa este examen teórico-etnográfico, que es cómo la violencia entre hombres ha adquirido diversos sentidos e intensidades desde 1950, desde la sublimación simbólica de la violencia en las canciones de norteño, hasta la relacionalidad entre hombres que siempre ha estado acompañada de rudas prácticas para ejercer la hombría, como el “llevarse y aguantar” o las peleas entre grupos, que describí en mi tesis de maestría y retomé en las páginas anteriores (Díaz Ramírez 2016). Esto es igual independientemente de que se trate de los “hombres de antes”, los seguidores de El Piporro o los rancheros y los roqueros.

Esta relacionalidad instituida es posiblemente una expresión de las desigualdades de oportunidades y de conflictos de clase en la esfera pública que supuran en la vestimenta y las corporalidades. Hasta qué punto la violencia entre hombres y mujeres puede ser leída bajo este prisma interpretativo es una tarea que rebasa el objetivo de esta tesis. Aun así, quiero indicar unos derroteros para investigaciones posteriores. Sería crucial analizar el control del cuerpo y de la ropa que visten las mujeres como uno de los indicadores de violencia de pareja. Por ejemplo, en Poncitlán, las mujeres son vigiladas acuciosamente en el espacio público tanto por varones como por las mismas féminas. Es pertinente de igual manera indagar en cómo el trabajo asalariado de las mujeres en la década de 1980 permitiría a las chicas comprar sus propias atuendos y por tanto controlar su imagen pública sin intervención del marido, quien era el que pagaba anteriormente. Si se siguen estos hilos investigativos es posible describir uno de los aspectos que la violencia adquiere en las relaciones hombre-mujer.

El horizonte de posibilidad que erigía el nuevo orden capitalista suponía una salida a quienes practicaban una agricultura que oscilaba entre la subsistencia y la comercialización. En el capítulo siguiente me adentro en las circunstancias particulares de esta agricultura, su orden temporal y sus transformaciones.

CAPÍTULO VII. TRANSFORMACIONES EN LOS RITMOS DE LA AGRICULTURA “MODERNA”

En este capítulo resalto que la agricultura no solo mejoró las condiciones de vida para algunos agricultores y jornaleros, sino también supuso una carga de ansiedad y preocupaciones conforme el campo se orientó al mercado de granos. Antes que presentar un argumento economicista sobre la mecanización del campo, el eje principal de este capítulo es que la agricultura encierra una mirada de prácticas heterogéneas de construir futuro, como las que analizo en los otros capítulos de esta tesis. Algunos teóricos han popularizado que la globalización o la época posmoderna apareja un profundo cambio en la experiencia temporal (Harvey 2003). David Harvey propuso que alrededor de 1973 la sustitución del modelo fordista hacia un modelo flexible de producción acarrea una radical compresión del tiempo y el espacio. “Empleo la palabra ‘compresión’ porque, sin duda, la historia del capitalismo se ha caracterizado por una aceleración del ritmo de vida, con tal superación de barreras espaciales que el mundo a veces parece que se desploma sobre nosotros” (Harvey 2003:267).

Las críticas del argumento demasiado general de Harvey no se hicieron esperar y recaen principalmente en la desatención a otros aceleramientos en el estilo de vida de las personas. Según May y Thrift la luz eléctrica significó para las personas una reconfiguración del ciclo día-noche más radical que el impacto temprano del ferrocarril en el siglo XIX (2001: 11). Además, según estos autores, Harvey implementa para su análisis “unos cuantos textos elitistas”, pinturas o literatura, con lo cual es “difícil obtener una representación de cómo esos cambios fueron experimentados por el público”¹⁹⁰ (2001: 12). La investigación de la variedad de experiencias espaciotemporales no debería reducirse al análisis del arte sino también buscarse en otros ámbitos de la vida humana.

Así pues, yo considero que la agricultura es una de las temáticas privilegiadas que no ha sido tomada en cuenta para el análisis antropológico de las transformaciones temporales. No solo como actividad productiva sino también como modo de vida, la agricultura es la actividad que posiblemente cuenta con mayor cantidad de dispositivos para calcular, prevenir y actuar sobre el tiempo futuro en Poncitlán. El “progreso” y la “modernización” de acuerdo con mis interlocutores desencadenaron transformaciones a partir de 1950. Principalmente, los agricultores y habitantes del campo experimentaron un extrañamiento profundo en cuanto a la irregularidad del clima y las fechas de siembra y cosecha debido a tres procesos relacionados: el cambio climático, el viraje del

¹⁹⁰ “With most attempts to codify the new experiences of time and space emergent in this period coming from a few, relatively elitist texts (most notably, the fine arts, experimental literature or the academy” (May y Thrift 2001: 12).

trabajo colectivo al individual y las nuevas consideraciones temporales que introdujeron instituciones estatales y empresas agrícolas. Para los agricultores resulta una alienación de su mundo porque las prácticas que tenían para habitarlo y comprenderlo ahora son inciertas. El futuro está en descontrol. Resulta necesario anotar que la inconsistencia climática y los ciclos de sequía (Gutiérrez Núñez 2020 :228) y desbordamientos del río Santiago¹⁹¹ han sido una constante más que una excepción. El entorno expresa su agencia de modos diversos y los poncitlenses han debido adecuarse a estas incertidumbres mediante prácticas de atenuación y vaticinio, entre ellas los adivinamientos y antelaciones sobre los días propicios para la siembra, cuidado y cosecha de los cultivos.

La agricultura poncitlense desde 1950 enlaza los imaginarios tecno sociales de la industrialización en función del control de la “naturaleza”, se anudan las escalas temporales de instituciones supralocales y los ritmos propios de las plantas y los habitantes del campo, en suma, se presenta la agricultura como una red de asociaciones de actores heterogéneos (Latour 2008). Porque, además, la escala temporal agrícola poncitlense es también la de las festividades y prácticas de la religiosidad católica. De hecho, en algunos calendarios famosos que compran anualmente los agricultores, entre estos el *Anuario de liturgia, astronomía y meteorología Rodríguez Azpeitia*, la escala temporal anual agrícola-religiosa es unitaria¹⁹².

Con objeto de bregar en esa complejidad temporal, por un lado, uso la categoría del historiador milanés Pietro Redondi (2010), quien propone que el fenómeno del “tiempo” en Occidente es una “estratificación de escalas temporales”, una frase que describe las multiplicidades de prácticas espaciotemporales y la jerarquía que existe entre ellas (Redondi 2010 :23). Por el otro lado, me sirvo de las sugerencias de la antropóloga Ana Tsing en cuanto al “observar la interacción de ritmos y escalas temporales en las formas de vida divergentes que se juntan”¹⁹³ (2015: 23), lo cual es adecuado para caracterizar a la agricultura como modo de vida en Poncitlán.

Independientemente de los cambios, el año se dividía y se divide en dos temporadas o zafas¹⁹⁴, la de secas y la de lluvias. A partir de lo propio, para describir y analizar algunas de las

¹⁹¹ Véase la cobertura que ha hecho *El Informador* acerca de las inundaciones del río Santiago a lo largo del siglo XX: “Franquicias a los damnificados de las inundaciones”, *El Informador*, jueves 5 de diciembre de 1935, página seis. En 1967 sucedió una grave desbordamiento del río: “Se perdieron”, *El Informador*, martes 5 de septiembre de 1967, página 8-C.

¹⁹² Este es un cuadernillo que se edita en la ciudad de Guadalajara. En sus páginas se presentan los días y fiestas de guardar del catolicismo, las liturgias y los ciclos lunares. Al final de sus páginas, se encuentra un esquema en forma de espiral que augura la calidad del clima y lluvia de acuerdo con una división en años: “estéril”, “fértil”, “muy fértil” y “muy estéril”. Se trataría de lo que la RAE define como piscator, una “especie de almanaque con pronósticos meteorológicos”.

¹⁹³ “Patterns of unintentional coordination develop in assemblages. To notice such patterns means watching the interplay of temporal rhythms and scales in the divergent lifeways that gather” (Tsing 2015: 23).

¹⁹⁴ Si bien el significado de zafa es cosecha, en San Miguel Zapotitlán es sinónimo de temporada.

transformaciones temporales que implican el cultivo agrícola divido el capítulo en tres apartados de acuerdo con las dos temporadas del año. En el primer apartado fragmentaré el análisis conforme las etapas siguientes, en la temporada de lluvias: 1) Inicio de año: Cómo viene el temporal, 2) Inicio del temporal: cuándo empieza el temporal, 3) Labranza y siembra, 4) Cuidado del maíz, 5) Cosecha. En el segundo apartado cerraré con unos descripciones sobre la temporada de secas: 1) Preparar el sistema de riego y 2) Carnaval y Quema de Judas. En el tercer apartado describo un par de “demostraciones de maíz en verde” que son las exhibiciones donde se publicitan las nuevas tecnologías que están preocupadas por el control y manejo del futuro en el presente.

VII.A La agricultura en Poncitlán: entre el imaginario tecno social y las prácticas concretas

Un resumen de la agricultura en Poncitlán ayudará a contemplar el panorama general de “modernización” del campo. Durante el tiempo de lluvias el cultivo de mayor importancia es el maíz y el trigo se cultiva en el tiempo seco del año. Los ejidatarios usaban el maíz para autoconsumo con venta de excedentes al mercado o vendían la totalidad de la cosecha al mercado o rentaban sus parcelas a los más solventes y preferían marcharse al Norte. A partir de 1950, las instituciones agrarias consideraban dirigir la agricultura de la región hacia la producción mecanizada de maíz, sorgo, garbanzo y trigo. Estos granos alimentarían de materia prima a las industrias del corredor industrial en 1960, sorgo para pasturas, trigo para las fábricas de panes procesados y para los molinos de Guadalajara; maíz para tortilla en la ciudad, pero también para producir almidón de maíz, celulosa, aceites y otros derivados.

A partir del análisis de Cynthia Hewitt de Alcántara, sobre la agricultura mecanizada en 1940, es posible inferir que las políticas agrarias mexicanas estaban influidas por un imaginario tecno social de la modernización agrícola: “Una visión del agro mexicana caracterizada por empresas agrícolas comerciales en que desempeñaban parte importante las semillas de alto rendimiento, los fertilizantes y la maquinaria” (1999: 77). En la década de 1940, el Estado mexicano junto con instituciones internacionales y de científicos agrícolas planearon introducir semillas mejoradas de maíz copiadas del campo estadounidense. Los primeros intentos fracasaron principalmente por la inadaptación de las semillas al entorno mexicano sujeto a iliquidez de lluvia, sequías y otros fenómenos climáticos incontrolables. En 1957, concluyeron que “los esfuerzos de modernización del maíz debían concentrarse en aquellas zonas donde la humedad fuera lo más adecuada posible” (Gutiérrez Núñez 2020: 231). Enseguida, idearon que el sorgo para forraje impulsara el desarrollo del campo, con lo cual promovieron las fábricas de pasturas y la cría de cerdo, como sucedió en El

Bajío guanajuatense y también en la región de Poncitlán (Gutiérrez Núñez 2020: 237). En cada vaivén ocasionado por el timón estatal, los ejidatarios debían organizar su modo de vida bajo el compás de nuevas formas de control, cultivos y escalas temporales de instituciones gubernamentales (Banco Rural, CONASUPO) y empresas comerciales supralocales.

Por el otro lado estaba la experiencia temporal de los ejidatarios y habitantes del campo: en San Miguel Zapotitlán la producción del maíz era un modo de vida pendiente de una plena atención del agricultor a su entorno. Para los agricultores de la generación de mi abuelo—nacidos entre 1930-1950—una práctica común de auscultar el espacio consistía en advertir “cuándo entra” y “cómo viene el temporal”, es decir, se referían al vaticinio del inicio y el final, y la calidad de la temporada lluviosa. Ellos aprendían a estar alertas de los indicios del mundo: ver el cielo y las nubes; sentir el frío, calor, humedad. Como moradores del mundo recibían conocimiento “explorándolo, atendándolo, siempre alerta al signo por el cual se revela” (Ingold 2000:55). Advertir el paisaje implicaba también la conciencia de los ritmos de vida de otras especies animales y vegetales que, en conjunto, compartían el espacio común. En última instancia para estos sanmiguelenses morar en el mundo era una experiencia de intensa relacionalidad con el entorno.

Esto apuntala diversas vicisitudes. Primero, el tiempo no es un fenómeno independiente de los actores humanos y no humanos, dado que cada ente se encuentra sujeto a diversos ritmos y pulsos vitales que se entrelazan en una danza de escalas temporales y ritmos de vida. Segundo, derivado del primer punto, las personas “interiorizan” las pautas de las escalas temporales “externas”. A lo largo de la vida los ejidatarios aprenden las habilidades y sensibilidades suficientes para navegar en estas escalas, ritmos y pulsos temporales. Tercero, las escalas temporales son interdependientes y este es el caso de la agricultura y el calendario católico, aunado a las escalas temporales del Estado y las empresas comerciales. Cuarto, las transformaciones no representan un cambio total entre una etapa “rural” y una “moderna”, sino ajustes en la organización y sentir el tiempo (pasado-presente-futuro).

VII.A.1 El temporal anual agrícola-religioso y sus transformaciones

Cómo viene el temporal. Al inicio del año los agricultores realizaban una serie de observaciones para “ver cómo viene el temporal”. Es decir, pretendían captar la calidad del futuro temporal de lluvias y secas en el año para elegir cuándo empezar los trabajos para la siembra. El sistema se llama “cabañuelas” y se sustenta en la correspondencia fractal de los días con los meses. Mi bisabuelo Marcelino Campos Cortés lo usaba y lo transmitió a mi padre: el día primero del nuevo año miraban

el clima a lo largo de la jornada para ver si era lluvioso, frío, seco, ventoso, caluroso, soleado. Los días siguientes atendían la calidad del clima de la misma manera. Así proseguían por 12 días. Cada uno de los días representaba un mes del año (día 1=enero, día 2=febrero, día 3=marzo, día 12=diciembre, etc.). El día 13 de enero se reanudaban las observaciones, pero ahora consideraban la cuenta de los meses hacia atrás: el 13 representaba diciembre, 14=noviembre, 15=septiembre, etc. Hasta regresar a enero cuya representación es el día 25. Si llovía el primero o segundo de enero se decía que habría “cabañuelas”, lo que significa que el temporal se auguraba lluvioso.

Este sistema, además de vaticinar el clima, expresaba una regularidad que ratificaba la correspondencia día-mes, es decir, los días 1 y 2 son fríos generalmente, como lo son los meses de enero y febrero. Los días 3 y 4 son ventosos y soleados; al igual que marzo y abril, temporada de polvaredas y remolinos. A partir de los días 5, 6, 7, 8 y 9 la temperatura aumenta y suele llover; similarmente, mayo es uno de los meses calurosos y presenta las primeras precipitaciones la lluvia es regular a partir de junio, julio y agosto. En los días 10, 11 y 12, retorna el frío y lloviznas ocasionales, condiciones que se presentan en octubre, noviembre y diciembre.

¿Cuándo empieza el temporal? Una vez determinada la calidad del temporal, se calculaba el inicio del temporal. Para este asunto consulté a mi abuelo Pedro Díaz Rojas—nacido en 1930—quien me dijo que antes (en el periodo de 1950-1970) el inicio del temporal de lluvias se calculaba: “a partir del miércoles de ceniza se cuentan cuatro meses”. Generalmente “empieza el 13 de junio” (la fiesta de San Antonio en San Miguel y otras comunidades) y hasta “dos días antes o después de esa fecha”. Otros agricultores me señalaron que es entre el 13 y el 20 de junio. En mayo se suscitan las primeras lluvias, pero se dice que el temporal “entra de lleno”—lluvias regulares—hasta junio.

Animales. Los ritmos de vida de estos entes se amalgaman a la serie de observaciones que un habitante del campo aprendía durante su vida. Usar estas advertencias de los animales descansa en la premisa de que las bestias campestres y domésticas presienten los sucesos futuros¹⁹⁵. De entre los animales que indicaban las lluvias se decía que las cigarras—chicharras— “llaman el agua”. Esto es así porque la temporada de apareamiento de estos insectos interceptaba con las primeras lloviznas de mayo y junio. Durante la temporada seca y de borrascas si se escuchaba a los pájaros “madrugadores” al alba, las aves anuncian el viento, en lugar de lluvia. En octubre el mirar mariposas revoloteando en los charcos de agua son un indicador del final de la temporada de precipitaciones.

¹⁹⁵ Aparte del temporal, se dice que los perros aúllan cuando fallecerá una persona, o escuchar cantar a una gallina supone también la muerte de un miembro de la comunidad.

Apercibimiento del entorno. Mi abuelo Pedro Díaz antes de preparar la tierra para la siembra, elegía una piedra de la parcela y le daba la vuelta. Buscaba manchas de humedad. Dependiendo del tamaño de la mancha era la abundancia de agua y la dirección del manchón de humedad precisaba la dirección por donde las nubes de tormenta se acercarían. La dirección de “donde se viene el agua” era aproximadamente el noreste. Hacia esa posición en el cielo suelen aparecer los sistemas nubosos, se sabía que llovería si arreciaba el viento y si las nubes eran lo suficientemente oscuras y grandes¹⁹⁶. Otra señal en el entorno para profetizar el tiempo era el aspecto del cerro el Venadito. Decían los viejos por la mañana si amanecía el cerro revestido con un velo de neblina: “El venadito pide agua”.

La sensibilidad para profetizar el arribo de la lluvia adquiría en ocasiones precisión inusitada. Mi abuelo don Pedro Díaz Rojas recordó cuando se estaba empedrando la calle Hidalgo en San Miguel alrededor de 1950. Les advirtió a los empedradores que guardaran sus herramientas en lugar de abandonarlas en la calle, como solían hacer al final de la jornada. Les profetizaba que ese día llovería. No le creyeron. Esa noche: “se vino una tormenta pareja” y las herramientas nadaban en las aguas al día siguiente.

Al final, aun contando con sistemas complejos de predicción como las cabañuelas y a pesar de la atención plena del entorno, las predicciones siempre conllevaban un alto grado de incertidumbre. Para mostrarme esto mi abuelo me platicó este recuerdo: en una ocasión, un amigo le preguntaba cómo vendría el temporal. Mi abuelo le respondía de inmediato: “Solo Dios sabe. Nosotros nada más adivinamos. Pero siempre hay que poner a Dios por delante. Nosotros nomás hablamos por no quedarnos callados” (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, 1 de junio de 2018). Estas formas de relacionarse con el entorno suponían un grado de certeza sobre la regularidad en el transcurrir del tiempo a través de la interpretación e intuición de los indicios del espacio, pero siempre abierta a la incertidumbre del futuro que escapa a la comprensión humana. Enseguida, mostraré cómo esa certeza fue trastocada conforme transcurría el periodo 1950-1970.

¹⁹⁶ El reconocimiento climático además de adelantarse a las circunstancias es un sistema de prácticas que permiten incidir directamente en los meteoros dañinos. Por ejemplo, una granizada puede acabar con cientos de hectáreas de maíz en unos minutos. Ante una inminente granizada, se dibujaba una cruz de sal en el suelo. Quien realizaba este conjuro se encomendaba a Dios y pedía detener la tormenta. Luego de dibujar la cruz, el azote del granizo paraba o se mitigaba su intensidad. Algo similar ocurría con los tornados, llamados culebras de agua. Cuando la amenazante cola de la culebra baja desde una nube, un niño inocente (virgen), o cualquier persona en realidad, debe tomar un machete o un cuchillo y con el instrumento en mano hace movimientos cortantes en dirección de la culebra. Si la operación funcionaba, habría cortado la culebra y conjurado el peligro de este violento animal nuboso.

II.A.1.1 Transformaciones: el temporal ya no es regular, ni confiable

Una de las principales lamentaciones de los actuales agricultores es la falta de regularidad del temporal a pesar de los esfuerzos de la modernización agrícola por controlar la naturaleza en el futuro. Así lo expresó un comunero de San Miguel:

Han cambiado muchas cosas. Muy fácil. Antes las personas estaban atentas desde dónde venía el agua para sembrar. Ahora el temporal está muy cambiado, no se sabe cuándo empieza, o cómo viene. Los jóvenes saben muchas cosas. Pero, por ejemplo, ya no aprendieron cómo ver el temporal o cuál tierra está buena para sembrar (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, 21 de abril de 2019).

Mi padre Martín Díaz me explicó las implicaciones de la irregularidad del temporal para las anticipaciones de la siembra y la nacencia del maíz:

Anteriormente entraba el temporal de lluvias entre el trece y el veinte de junio; ahorita nos llueve en mayo o a veces nos llueve hasta fines de julio, entonces el tiempo ya no es confiable, no sabemos ni cuándo nos va a llover. Para empezar, ahí nos afecta en la nacencia; hay mucha semilla que se nos echa a perder porque a veces nos cae una tormenta, moja la semilla pero ya no llueve, ahí ya se pierde parte de la siembra, hay que volver a invertir, volver a sembrar (Entrevista. San Miguel Zapotitlán, 9 enero 2014).

El momento que se elige para la siembra es crucial. Quienes siembran ante los primeros signos de lluvia se arriesgan a una abrupta interrupción de las precipitaciones. Si deja de llover la tierra se secará y la planta será incapaz de nacer. En su defecto, la planta que logró nacer morirá a causa de la escasez de humedad. Quienes esperan demasiado se aventuran a la desgracia de que inicie de lleno el temporal de lluvias y sucedan dos escenarios: en uno será imposible sembrar debido a la humedad excesiva de la tierra, en otro, la parcela podría inundarse y ahogar los maíces recientes.

Ahora los agricultores acuden a los noticieros por las predicciones de las estaciones climatológicas, como las del Canal 4 de Guadalajara. No obstante, en conjunto, el sistema de predicción climático-temporal es sumamente incierto por la irregularidad del inicio y calidad del temporal. En consecuencia, el cambio climático se percibe en San Miguel Zapotitlán como un profundo desconocimiento y una alienación del mundo. Los viejos ejidatarios están pensando si hicieron bien en arrancar hectáreas de árboles para conseguir parcelas, si valió la pena contaminar el río Santiago. En el año 2019 la región sufrió una de sus peores sequías en años. Cientos de hectáreas tuvieron que resembrarse porque las plantas murieron por la falta de agua. Supe de un

agricultor quien se suicidó al no soportar la presión que acarrear las deudas contraídas a raíz de esta catástrofe. Otros más decidieron vender o rentar sus parcelas a los agricultores solventes, dando pie a la concentración de la tierra en manos de poderosos propietarios agrícolas.

Presumiblemente, esta falta de certeza, a causa de las transformaciones en las escalas temporales de la siembra del maíz, se refleja tanto en la economía como en la subjetividad de los agricultores. La incertidumbre del temporal se suma a las deudas contraídas y malos precios de compra de la cosecha, como uno de los factores de la ansiedad que padecen quienes siembran actualmente. Mi padre, suegro y conocidos ejidatarios padecen de un estrés que ya les ha pasado factura con diferentes enfermedades. Como me explicó un joven agricultor en una plática durante mi trabajo de campo:

La mayoría de los que siembran lo sufren. Es como un pozo. Luego la gente dice, para el próximo año le salgo con la cosecha, pero no sales y te vas hundiendo más. Mira, me despertaba en la madrugada, mi cabeza no me dejaba en paz, no podía dormir. Andaba todo desesperado. Mi mente me estaba volviendo loco (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, 23 de febrero de 2019).

Estos padecimientos mentales son indicadores de esta relación entre temporalidades exteriores y la experiencia interior del tiempo de las personas, consecuencia de las transformaciones acontecidas en el campo durante los últimos setenta años. El futuro pinta cada vez más difícil y descontrolado buena parte de la responsabilidad, además de las presiones del sistema capitalista y las nuevas necesidades de consumo, recae en la pérdida de la regularidad del temporal de lluvias y en el decaimiento de los sistemas de certeza que representaban las prácticas para predecir el tiempo en San Miguel Zapotitlán. En las siguientes páginas continuaré con el relato de las transformaciones de las temporalidades en los otros periodos del temporal.

VII.A.2 Labranza y siembra

Las primeras lluvias a mediados o finales de mayo reblandecían el suelo al punto de encontrarse apto para la labranza y siembra. Estos días eran, y son, propicios para preparar la tierra para la siembra del maíz—posteriormente también para el sorgo a partir de 1960. Además, quienes poseían riego iniciaban la labranza al finalizar la zafra del trigo en mayo. Para reconocer las transformaciones será útil hablar de la organización colectiva del trabajo en el ejido ya que desde la repartición de tierras en 1927 y hasta 1950 algunas de las actividades del trabajo agrícola se organizaban comunalmente. Me comentó sus observaciones el ingeniero agrícola Saúl González Jaramillo—

alrededor de 80 años a la fecha de nuestra conversación—: “Los ejidatarios eran muy solidarios, se juntaban todos y como iba poniéndose la tierra, así iban entrando con sus yuntas de bueyes, se llevaban parejo las parcelas de quien fuera, se iban parejo”. Igualmente, para alimentar a los bueyes, y “una o dos vaquitas” que “casi todos los ejidatarios tenían”, “se hacía una “rotación de potreros”¹⁹⁷. Algunos se dejaban sin sembrar para conservar los rastrojos o los brotes de trigo.

Las decisiones para comenzar a ocuparse y reservar una parcela eran comunitarias y dependían de una evaluación de la idoneidad de los terrenos (cuando “iba poniéndose la tierra”). Este compromiso en común implicaba también que los ejidatarios “se prestaban días, se prestaban faenas” entre sí¹⁹⁸. En otras palabras, existía una organización del trabajo y una coordinación comunal del tiempo en el ejido de San Miguel Zapotitlán: “siempre había una manera que todos fueran juntos” en los tiempos de labranza y siembra (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, jueves 9 de enero de 2014).

Así como el inicio de temporal se calculaba a partir del calendario católico—miércoles de ceniza—se consideraba que el temporal entraba de lleno el día de San Antonio 13 de junio cuando arrancaban los “días alegres”. Además de esa fecha, en San Miguel se festejaban el 24, día de San Juan, y el 29, día de San Pedro y San Pablo¹⁹⁹. Un ejidatario me explicó las convergencias y asociaciones entre santoral católico y el temporal de lluvia para quienes vivieron en 1950:

Los días alegres eran cuando ya terminaba lo que es [la cosecha] del trigo, daban gracias y daban una fiesta (...), eso significaba que ya habían sacado su trigo y que ya andaban sembrando el maíz. Está conectado con lo que es la agricultura, ellos tenían sus tradiciones en relación con los mentados y muy famosos, que mucha gente nos acompaña, los días alegres. San Antonio porque era el devoto del área femenina, San Juan porque era el que nos daba el agua, (...) en el caso de San Pedro porque era el que regulaba [la lluvia]. No sé si todavía el santo tendrá una llave en la mano, [le pedían] no mucha agua, no poca, que no nos vaya a caer una granizada, que no un *borrascón*—borrasca—, que no sea demasiada agua, es el que regula, porqué San Antonio era la imagen de las damas, San Juan era el que ya nos llegaba el agua, pero San Pedro era el que la regulaba (Entrevista. San Miguel Zapotitlán, 16 de septiembre de 2015).

¹⁹⁷ Un potrero es un área de parcelas contiguas, cada uno tiene un nombre: Barranquillas, El Hueso, La Bueyera, El Sauz.

¹⁹⁸ La faena es trabajo colectivo obligatorio, similar a la mano vuelta.

¹⁹⁹ Se tiene memoria de que estas fiestas estaban extendidas en las comunidades del municipio hace años. Todavía en las localidades de Casa Blanca, San Jacinto, San Pedro Itzicán se realizan fiestas en estas fechas.

Los ritmos de la agricultura se enlazaban de esa guisa con las temporalidades católicas y los santos asociaban sus características al modo de predecir el temporal. Las personas contaban con la certidumbre de que el día de santo Santiago (25 de julio) y el de San Pedro siempre llovía. Una convergencia temporal más se amalgamaba durante este periodo de labranza y siembra a las dos descritas: los migrantes solían viajar o regresar a Estados Unidos de acuerdo con estas fiestas. A veces, al finalizar los días alegres se iban al Norte para seguir laborando allá y en ocasiones migraban antes, expresamente para reunir dinero para pagar el cargo de la fiesta del año próximo. Los migrantes también “acomodaban” sus vacaciones para retornar en alguna de las tres festividades de su devoción.

El papel de los santos era fundamental en relación con el temporal en la región entera. A estos se les pedía y festejaba por el buen temporal (no mucha agua, no poca). El 15 de mayo día de San Isidro Labrador, patrón de los que trabajan la tierra, se celebraba la misa del buen temporal, en Poncitlán y en otras localidades. Así mismo, desde cuando menos cien años atrás, la Virgen de Zapopan—insignia de la religiosidad tapatía—se lleva en procesión a Chapala para pedir por la lluvia. Cuentan incluso que, ante un panorama de sequía extrema, los pobladores sacaban a los santos a pasear por los senderos de los ejidos. Supuestamente, en una ocasión, los encargados de pasear al santo lo “bañaron en el Tanque”—aguas de manantial almacenadas en una piscina en el cerro de San Miguel—inmediatamente azotaba una tromba. El final del verano de la canícula suele terminar el 25 de julio, día de la fiesta de santo Santiago, la cual se celebra en la localidad homónima al norte de Poncitlán.

VII.A.2.1 Transformaciones: descoordinación del tiempo de labranza y siembra y la individualización del trabajo agrícola

Conforme los años transcurrían los ejidatarios empezaban a hacerse cargo de sus parcelas individualmente; esto supuso que las decisiones acerca del momento de la siembra dejaran de contemplarse de manera grupal. En medio de esta individualización se encuentra la adquisición de maquinaria agrícola. Una par de ejidatarios me contaron de las campañas de erradicación de la fiebre aftosa en 1947 como un ardid para sustituir los bueyes y caballos de labranza por maquinaria agrícola. “Dos años después de eso andaban tocando casa por casa que había facilidades para comprar tractores” (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, 8 de octubre de 2019).

Alrededor de 1940 y 1950 los ejidos contrataban cuadrillas de tractores en La Barca y Jamay. Atestiguar cómo trabajaban estas cuadrillas supuso una gran impresión a los ejidatarios—“llegaban

las cuadrillas y hacían fregadera y media”, terminaban rápido las labores. Además, el ejido de San Miguel contaba con un tractor y una cosechadora. Luego algunos agricultores pudientes influidos por el campo estadounidense compraron sus propios tractores y cosechadoras. Enseguida, otros agricultores se organizaban para solicitar crédito para adquirir un tractor.

Se observa a nivel nacional cómo la mecanización del campo era una política pública sostenida desde 1940. Los créditos a corto y largo plazo del Banco Rural permitieron a ciertos agricultores de mayores ingresos comprar tractores y arados mecánicos (Hewitt 1999:70)²⁰⁰. En algún momento entre 1950 y 1970, los ejidatarios de San Miguel se dividían entre propietarios de maquinaria agraria y ejidatarios quienes seguían usando arados y caballos. Bajo la presión de la mecanización del campo promovida desde el Estado, así como el avistamiento de los beneficios de pagar por maquila. En consecuencia, los propietarios de tractores vendían su tiempo de trabajo agrícola a los demás, quienes no contaban con máquinas. De nuevo cito a Saúl González para una apreciación de esos años: “Ahora es el problema porque, a pesar de la maquinaria, siempre andan a la carrera los agricultores, ¿verdad?, el tiempo se los está llevando” (Entrevista. San Miguel Zapotitlán, jueves 9 de enero de 2014). De ese modo, en lugar de dejar más tiempo de ocio como pregonaban los apologistas de la mecanización se obligaban los propietarios de tractores a pasar mayores jornadas laborales.

Aunado a la incertidumbre por la regularidad de la lluvia, los agricultores “andaban a la carrera” por tres razones principalmente. Primero, si se era propietario de maquinaria, en múltiples ocasiones se atendían prioritariamente las parcelas ajenas antes que las propias. En consecuencia, incluso un tractorista debería obrar a prisa antes de la llegada de las lluvias de junio para alcanzar a labrar sus tierras y las ajenas. Si no se era propietario y la siembra se obraba por maquila, entonces se quedaba sujeto a la disponibilidad de los tractores. En ambas situaciones, el manejo de los tiempos de labranza y siembra se organizaba de acuerdo con los arreglos de palabra que realizaban los ejidatarios con los propietarios de maquinaria.

Segundo, las parcelas de los ejidatarios no se encuentran siempre en zonas adyacentes. Incluso con la propiedad de un tractor, el agricultor debía trasladar sus aperos de un potrero al otro. Estos viajes y traslados por caminos en mal estado reduce las ventajas en tiempo que brindaban las

²⁰⁰ Número de tractores en uso en México: 1950: 22711; 1960: 55537; 1970: 91354 (Wood 1979 :8). Esta cifra incluye arados, sembradoras y otros implementos agrícolas.

Número de tractores importados por año. 1950:6370; 1951: 9758; 1952:4281; 1953:4266; 1954: 5360; 1955: 7705; 1956: 5685; 1957:4582; 1958:5514; 1959: 6314; 1960: 6313; 1961: 4635; 1962: 4891; 1963: 5857; 1964: 8731; 1965: s.d.; 1966: s.d.; 1967: 5481; 1968: 6789; 1969: 6897; 1970: 3600 (Hewitt 1999:73).

maquinarias. Tercero, a lo anterior es necesario agregar un punto más: los ejidatarios necesitaban establecer una comunicación frecuente con los vendedores para conseguir agroquímicos, fertilizantes y semillas a tiempo. Estos productos no preexistían en todo momento, ya que los vendedores conseguían los agroquímicos con los proveedores de las empresas situados en Michoacán o La Barca.

En consecuencia, la descoordinación de los ejidatarios resultaría en una fragmentación de los tiempos de la siembra, “andar a la carrera”, agravada por la incertidumbre climática. La disponibilidad de tractores facilitaba las labores de labranza y siembra; los arados podían arar a mayor profundidad y a partir de 1990 las sembradoras de precisión colocaban la cantidad de semilla exacta a la distancia requerida. Además, un tractor o una cuadrilla de tractores lograban reducir los tiempos de labranza y siembra. Pero si se observa el cuadro en amplitud, la maquinaria no necesariamente resarcía las preocupaciones temporales de los agricultores. En esta etapa crucial de transición a la agricultura mecanizada, el ejidatario barajaba un conjunto de complejas consideraciones temporales como las primeras lluvias y la disponibilidad de maquila de tractores y semillas.

VII.A.3 Cuidado del maíz

Los diversos cuidados del maíz suceden a partir de junio y hasta mediados de septiembre cuando las plantas crecieron sus elotes. Antes de las transformaciones industriales, los cuidados se resumían principalmente en el deshierbe y en ocasiones la fertilización de las parcelas. En el caso de los ecuaros²⁰¹ el deshierbe es de mayor relevancia, ya que los desmontes suponen la eliminación de arbustos y quitar piedras para preparar el área de sembrado. El padre de mi tío le explicaba que la siembra es muy delicada porque cuando la milpa asciende también lo hacen otras plantas a su alrededor:

La milpa es como la mujer (...), tu arrímatele a tu mujer, hazle un cariñito, del modo que sea, y la vas a tener contenta. A una milpita tú la ves que está en el zacatal, arrímate y corta el zacate, sacúdele el zacatal (...), cuando le haces ese jalecito, luego regresas y se pone bien bonita y se está burlando del zacate. Si dejas una milpa abandonada no te deja nada (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, 8 de octubre de 2019).

²⁰¹ Desmontes en las laderas del cerro en donde se sembraba milpa para autoconsumo: maíz asociado con frijol y calabaza. Estos ecuaros son llamados corrales cuando están cercados de piedras. Por lo general, los derechos de sembrar un ecuaro son de los miembros de la comunidad indígena de San Miguel Zapotitlán.

Mas allá de esas operaciones de deshierbe, para la fertilización “la materia verde en las parcelas”, el zacate era el único medio de fertilizar el suelo, hasta la promoción de los abonos químicos (Entrevista. San Miguel Zapotitlán, jueves 9 de enero de 2014). En los ecueros se quemaba la maleza, la ceniza residual fertilizaba el suelo. Pero, en general existía escasa implementación de abonos animales.

A mediados de septiembre la planta ya habría llenado sus frutos y el trabajo humano decrecería. Es la temporada cuando convergen las temporalidades de la sociabilidad del consumo de elotes (ver Capítulo V) y las fiestas patronales de San Miguel Zapotitlán y Poncitlán. El 21 de septiembre arrancaba el novenario en honor a San Miguel Arcángel. La fiesta patronal culminaba el 29 de septiembre con un gran baile en la plaza. Los jornaleros contaban con dinero para gastar en ropa para estrenar los días de fiesta. Asimismo, los agricultores se relajaban. La fiesta de la Virgen del Rosario es el 7 de octubre, sin embargo, a raíz de la Coronación Pontificia en 1950 se estableció el festejo el tercer domingo de noviembre. En resumen, esta revisión pronta de estas efemérides católicas ofrece un panorama de las coincidencias del final de la temporada de cuidado del maíz y las fiestas de la religiosidad católica a fines de año.

VII.A.3.1 Transformaciones. Paquetes tecnológicos, plagas y jornaleros

A partir del periodo 1950-1970, las innovaciones de la agricultura mecanizada se promovían en paquete: implementación de semillas mejoradas, fertilizantes y agroquímicos. Las nuevas plantaciones trajeron plagas de insectos y proliferación de hierbas dependientes de los ciclos de siembra y, por tanto, del control químico. En resumen, la agricultura mecanizada aumentaba el tiempo de trabajo en la temporada del cuidado de la planta. En consecuencia, se requería de mano de obra, la cual se obtenía de la parentela de los agricultores más el empleo de jornaleros. Para los jornaleros esto supuso un aumento de los ingresos.

Un ejemplo de este acrecentamiento del trabajo de cuidado es consecuencia de la explosión de la plaga del nixticuil o gallina ciega—complejo de la especie *phyllophaga* (Ramírez Salinas y Castro Ramírez 2000:17). Las chicatanas, adultos del nixticuil, aparecen año con año gracias al reblandecimiento del suelo a raíz de las primeras lluvias y su eclosión coincide con la temporada de siembra y las fiestas de junio. Algunos años miles de chicatanas revoloteaban al son de las bandas sinaloenses en la plaza de San Miguel Zapotitlán. Junto con los norteños el avistamiento de estos seres anticipa la sociabilidad de los días alegres y las duras labores de los jornaleros. Las hembras preñadas en el vuelo nupcial regresaban a los campos de cultivo para depositar su huevos. De los

huevos nacerán los gusanos nixticuil los cuales devoraban unos meses después las raíces de las milpas.

Es en estos momentos cuando se requiere del trabajo de los jornaleros, quienes son contratados principalmente para aplicar los agroquímicos y abonar el suelo. Mis propios datos acerca de la ocupación de jornaleros concuerdan con los de otros autores en una cuestión clave: la mecanización no reducía el número de jornaleros empleados en el cuidado de la milpa; al contrario, la aplicación de agroquímicos supuso un aumento de la demanda de empleados temporales en el campo a raíz del incremento de las plagas. Según Hewitt de Alcántara “las relaciones entre maquinaria y personas empleadas aumentaron siete veces en los predios grandes (entre 1940 y 1960), 3.5 veces en los ejidos y un 80% en las pequeñas explotaciones” (1999:77).

Por lo tanto, la solicitud de jornaleros en la agricultura de San Miguel estaba condicionada por los ritmos de vida de los insectos. Estos seres y otros (gusano cogollero, gusano trozador, gusano alambre; *thrips* chupadores; hongos *fusarium spp* y *rhizoctonia spp*), así como variedad de hierbas consideradas plagas (Johnson, aceitilla, chayotillo, hoja ancha, guía enredadera, teocinte o maicillo) inciden en las condiciones temporales de empleo de los jornaleros en esta etapa de cuidado del maíz. Por lo tanto, son factores económicos de relevancia tanto para agricultores como para jornaleros. Para los primeros las plagas son gastos añadidos y para los jornaleros representan ingresos por buenos salarios (300 pesos el día por seis días, 7200 mensuales, con posibilidad de horas extra pagadas al doble; en comparación con un salario de 1200 pesos semanales, 4800 mensuales, en una fábrica del corredor industrial).

Una amiga quien laboraba en la fábrica de muebles Loma Alta en San Miguel me comentó cómo en las empresas de la región contemplan una gran rotación de empleados entre junio y agosto cuando suceden los cuidados del maíz. Yo conocí jornaleros quienes como estrategia económica-temporal viajaban a Estados Unidos durante un par de años, regresaban a México para las fiestas de junio y vivían durante los últimos meses del año con el dinero de salarios ganados en “el otro lado”. En los meses de enero, febrero y marzo se empleaban en una de las fábricas de la región y en la temporada de cuidado del maíz obraban como jornaleros. Se contempla a partir de esos apuntes cómo estos actores, cuyo acceso a la tierra está restringido, son expertos en bregar en los tiempos y economías de Poncitlán.

VII.A.4 Cosecha

El último tramo del año arrancaba con las mencionadas fiestas patronales. Las lluvias seguían hasta octubre, pero ya desde septiembre se esperaba una disminución de las precipitaciones. Este periodo es de transición hacia la temporada seca del año. El maíz se empezaba a trillar en diciembre. Dependiendo de las lloviznas decembrinas, en enero se cosechaba también. Antes de las transformaciones de 1950 las personas piscaban manualmente el maíz: a mano o apoyados con un “pixcador”²⁰² arrancaban las mazorcas y las arrojaban a una canasta colgada a su espalda. Para recoger la cosecha también se empleaban un par de jornaleros, aunque ya para las fechas dichas el ejido contaba con una cosechadora mecánica estacionaria.

Al encontrarse el ejido al norte del río Santiago las cosechas debían transportarse varios kilómetros por caminos y senderos hasta el único puente ubicado en Poncitlán. Me relató mi tío Antonio Ramírez cómo desde el potrero lejano de El Sauz tardaban tres días—“tres jalones”—para transportar las cosechas hasta San Miguel: “Uncía uno cinco o cuatro yuntas de bueyes con la cosecha de maíz o de garbanzo en una carreta de madera”. La primera jornada terminaba en el potrero de El Caracol. Los encargados del transporte desuncían los bueyes y dormían en el lugar, mientras algunos de ellos cuidaban el cargamento. La segunda jornada cubría hasta las últimas casas al oeste de Poncitlán, donde descansaban otra noche. La jornada final era el último tramo de diecisiete kilómetros hasta desde las afueras de la cabecera hasta San Miguel, el cual lo recorrían en otro día (8 de octubre de 2019). En suma, daban un rodeo de alrededor de cincuenta kilómetros a una velocidad promedio de 2km/hora, para acarrearlo hasta sus viviendas.

Los meses finales del año los agricultores “no trabajaban ya” según Antonio Ramírez, simplemente pasaban horas del día desgranando su maíz a mano o en unas ruedas de olotes de un metro de circunferencia. La única actividad de anticipación que realizaban en diciembre y enero era la preparación de la semilla para la próxima temporada de siembra del año venidero. Esto consistía en elegir la mejor simiente: sin picaduras de insectos, sin defectos de forma, grande. En pocas palabras, el final de la cosecha inauguraba una temporada de un par de meses de ocio, en especial para quienes no sembraban trigo en el tiempo de secas.

Precisamente es en esta coyuntura cuando, de nueva cuenta, las temporalidades de la religiosidad católica coincidían con los ritmos agrícolas. A finales de noviembre y principios de diciembre daban comienzo los ensayos para las Pastorelas. Hacia 1940 mi bisabuelo Julio Ramírez

²⁰² Un instrumento de metal terminado en punta el cual se amoldaba a la mano. Permitía abrir las hojas exteriores que cubrían la mazorca para arrancarla con relativa facilidad.

acompañaba a las Pastorelas con música de violín y tambora. Para 1950 y 1960 los ensayos ocurrían en la casa mi tía Juana Díaz. Estas escenificaciones de la peregrinación de la Virgen María con San José y el Niño Dios se ejecutaban desde la época decembrina en las posadas, continuaban con el arrullo del Niño Dios en los nacimientos de las casas y cesaban hasta el 6 de enero del año siguiente. Junto con las fiestas patronales, estos momentos eran los únicos para la sociabilidad pública hasta la proliferación de las radios y televisores (ver Capítulo VIII).

VII.A.4.1 Transformaciones. Momento de cosecha y disminución del tiempo de transporte

Principalmente en dos aspectos los agricultores de San Miguel notaron transformaciones de signo negativo en relación con la temporada de cosecha los cuales ninguna técnica contemporánea ha logrado solventar y que las escalas temporales de las instituciones gubernamentales y comerciales agravaron. Por un lado, también percibieron un aspecto positivo en el tiempo de acarreo de la cosecha de las parcelas al pueblo (de tres días se redujo a unas cuantas horas). Y, por el otro lado, una transformación tanto positiva como negativa: el advenimiento de la agricultura por contrato a principios del siglo XXI. Enseguida describo los pormenores comenzando con el cálculo de la cosecha y cierro con la descripción de la agricultura por contrato.

Primero, la necesidad de calcular el momento justo para cosechar ante la inminencia de precipitaciones al final del año. Este asunto se relacionaba con las lloviznas invernales y el control de humedad de los granos que exigían las Bodegas Populares de CONASUPO.

A partir de consideraciones complejas, basadas en el sistema de cabañuelas y demás recursos descritos con anterioridad, el agricultor elegía los días propicios para sembrar anticipándose a los días de la cosecha. De esta elección dependía de que el secado y maduración del grano coincidiera o no con las lloviznas decembrinas. El maíz se seca más a temperatura de diez grados centígrados en un día soleado que en un día lluvioso o nublado. “Ambos días tienen la misma cantidad de unidades térmicas, pero la energía adicional proporcionada por la energía radiante en un día soleado mejora considerablemente el proceso de secado” (Pioneer 2015:19).

Cuando el agricultor cosechaba y almacenaba su cosecha para autoconsumo o semilla, la humedad no representaba un grave inconveniente, ya que podía secarse al sol antes de consumirse. Sin embargo, para el periodo de 1950-1970 la cosecha contemplaba un balance delicado de las escalas temporales de la mecanización de la agricultura y los ritmos climáticos. Principalmente en tres aspectos: las lluvias invernales, los estándares de calidad de CONASUPO y la disponibilidad de cosechadoras.

A partir de 1961 la estatal CONASUPO operaba como el principal comprador de maíz en la región y en México. Uno de los objetivos loables de esta institución consistía en erosionar el poder de los coyotes-intermediarios quienes compraban a precios bajos la cosecha de los agricultores. Esta institución no lograba acabar con el coyotaje, pero sí introducía desbalances en los pormenores temporales de la cosecha. En San Miguel Zapotitlán había una bodega CONASUPO—llamada también “reciba”. CONASUPO exigía al agricultor que la semilla presentará ciertos estándares de calidad. Uno de los de mayor importancia es el siguiente: “El maíz debe reunir las características de calidad siguientes: seco, sano, limpio y libre de olor a fermentación o putrefacción”. CONASUPO sabía de la aparición de lluvias durante la cosecha y, por esta razón, en su reglamento toleraba hasta el 14% de humedad por tonelada de grano de maíz. En su defecto, los encargados de las bodegas recibían el grano con una humedad superior al 14% “mediante la deducción de 5kg. por tonelada por cada medio grado excedente al límite sin castigo”. En un caso extremo, por ejemplo, con humedad entre el 17.5% y 18% se le restaban 40 kg por tonelada para compensar²⁰³. Así, se reclamaba un control pormenorizado de la humedad en la parcela durante la cosecha.

El punto crucial es que el agricultor requería con anterioridad deducir el momento preciso para cosechar, el cual se encontraba supeditado a la conjunción temporal de la humedad del grano y la disponibilidad de cosechadoras. Las máquinas trilladoras seguían un orden, cosechaban por potreros. Si una parcela concreta todavía no estaba lista para la trilla, las cosechadoras se marchaban de la zona el ejidatario debería esperar a la disponibilidad de las trilladoras. Si el maíz estaba listo y se mojaba, era necesario esperar un par de días o una semana para el correcto secado siempre bajo el riesgo de que, de nueva cuenta, las precipitaciones reincidieran. Estos complejos cálculos temporales son otra de las habilidades aprendidas por los agricultores conforme las escalas temporales de las instituciones nacionales agrícolas y la mecanización del campo transformaban la agricultura en el periodo 1950-1970.

Segundo. La cosecha tardaba tres días en ser transportada desde el ejido hasta San Miguel. Hubo algunas mejoras en el transcurso de 1960 cuando una panga permitía cruzar el río Santiago a la altura de San Jacinto, gracias a lo cual, el tiempo de transporte se redujo de tres a dos días. Pero la panga añadía gastos al transporte y se corría el riesgo de naufragar. La ventaja máxima sucedería en 1970 cuando se construía el puente federal de La Constancia, consintiendo un trayecto más directo entre el ejido y el pueblo de San Miguel. Lo anterior supuso una reducción potencial del tiempo de transporte. Digo potencial porque para sacar provecho de esta técnica de mejoramiento

²⁰³ *El Informador*. Domingo 22 de octubre de 1972.

harían falta también vehículos de carga y camionetas capaces de acarrear los granos, además de las clásicas *trailas*—remolques de madera—arrastradas por tractores. Afortunadamente para los agricultores ya para esa década algunos contaban con camiones de carga. Esta conjunción de autotransportes más infraestructura permitió que para 1970 las cosechas se transportaran en apenas un par de horas de las parcelas a la bodega CONASUPO o en su defecto a las recibas de intermediarios en Guadalajara, Ocotlán y Poncitlán.

Tercero. En una economía con relativa poca solvencia al corto plazo, la cosecha se instauraba como un horizonte futuro sobre el cual descansaban las expectativas de consumo de los agricultores. Decían: “vamos a comprar un arado, para las cosechas”. Adquirir un mueble nuevo, “para la cosecha”. La cosecha ampliaba el universo especulativo e imaginario de los agricultores conforme a la confianza de adquirir dinero por el intercambio de grano.

Agricultores activos en el periodo 1950-1970 me comentaron sobre los préstamos del estatal BANRURAL. Esta institución conformada para suplementar la carencia de capital para inversión en los ejidos cobraba las deudas con la cosecha. Varios de los primeros propietarios de tractores adquirían créditos para maquinaria en BANRURAL. No obstante, la cuestión de los créditos fue dificultosa para la mayoría de mis interlocutores por varias razones relacionadas principalmente con la corrupción y los devenires climáticos. Hewitt de Alcántara anota una síntesis precisa de la situación de los créditos:

Unos cuantos años de mal tiempo, o precios bajos para los artículos de exportación, o la corrupción dentro de una sociedad dada [de agricultores a quienes prestaba BANRURAL] (o dentro de un servicio regional de un banco oficial) fueron así suficientes en muchos casos para anular los pequeños márgenes de beneficio mantenidos por los clientes mejores dotados (...) (1999: 70).

Algunos agricultores en una mala racha de cosechas ralas se verían obligados a ceder sus derechos de parcela (en pocas palabras las vendían aunque estaba penado por la Ley Agraria) o en su defecto se orillaban a rentar las parcelas y migrar a los Estados Unidos. A partir de 1970 los ingresos conseguidos por los migrantes en los trabajos de Estados Unidos o el Norte de México solventaban deudas contraídas y nuevas inversiones en maquinaria y equipo agrícola. Pero esta situación sería de mayor importancia a partir de 1980, como lo ratifican también las observaciones del urbanista Gabriel Pérez para el caso de San Miguel Zapotitlán (2010:103).

Los propietarios de las mueblerías de la cabecera, y posteriormente los magnates de los emporios a crédito como Coppel y Elektra, comprendían este fenómeno de anticipación de las cosechas como ingreso seguro para el futuro y aprovechaban para promover el consumo fiado o a crédito “para las cosechas”. Diciembre y enero eran los meses cuando los agricultores saldaban parte de sus deudas y adquirían nuevas al comprar artículos como ropa, camas, muebles y, más adelante, radios, televisores, muebles de tocadiscos y otros artilugios.

Cuarto. Una de las transformaciones fundamentales que expresaba las problemáticas y complejos aspectos de anticipación del futuro en la agricultura es la siembra por contrato. A partir de la década de 1980 el Estado presionaba a los agricultores a anticipar el monto de la cosecha para firmar contratos con los industriales. La Bolsa de Chicago, en donde se juegan las especulaciones sobre los precios de los granos internacionales, se instauraría como el referente para los precios del maíz en los contratos de San Miguel. Básicamente, unos tres meses antes de la cosecha, los agricultores cerraban un contrato donde anticipaban la cantidad de toneladas de grano que estimaban que produciría la cosecha. Este modelo obligaba a quienes poseían o usufructuaban menos tierras a asociarse con otros agricultores para comercializar el grano. La variabilidad de la cosecha es una de las razones principales que los orilla a agruparse para los contratos. Un agricultor quien no cumple con la cantidad de toneladas anticipadas es penalizado por ACERCA, la institución estatal comisionada de mediar entre los agricultores y los industriales compradores de grano. Entonces, al estar dentro de un grupo, las pérdidas individuales de una cosecha se balancean con los excedentes de otra cosecha.

Este modelo dio pie a la terciarización agrícola. Emergieron empresas que se encargan de solventar el servicio de gestión de los contratos. Los proveedores de tales servicios son especialistas con finas cualidades para los negocios y para la organización logística: líderes carismáticos, quienes comprenden los ritmos de la siembra y son capaces de gestionar los trámites de decenas de agricultores quienes llevan peor las complejidades de los financiamientos, coberturas y demás mecanismos de la fiscalización de la agricultura “moderna”. Estos personajes son ingenieros de las añejas familias agrícolas de la cabecera o personas capacitadas en las escuelas de CONASUPO en la década de 1970. Estas empresas se están convirtiendo rápidamente en potentes negocios agrícolas en la región central de Jalisco, porque suelen conjugar el servicio de contratos con préstamos en especie de agroquímicos y maquinaria condicionados a las cosechas.

Justamente, estas empresas de servicios ocuparon el vacío estructural que a su desaparición dejaban las instituciones estatales, por ejemplo CONASUPO cerró en 1999. Sin embargo, a pesar de

ese supuesto encogimiento, el Estado seguiría presente en el campo de Poncitlán como árbitro y regulador de la agricultura por contrato.

En suma, las transformaciones llevaron a los agricultores a reorganizar los ritmos de la siembra a partir de nuevas escalas temporales de instituciones estatales y comerciales que, en nombre de la modernización de la agricultura, desajustaron las complejas organizaciones temporales de la producción del maíz. Resta comentar ahora las actividades y transformaciones en la temporada de secas.

VII.B Temporada de secas

La temporada de secas abarca los meses de enero, febrero, marzo, abril y parte de mayo. Una vez acabada la cosecha de maíz los agricultores con parcelas de riego procedían a la siembra del trigo o del garbanzo. En conjunto, la temporada de secas, como la de lluvias, presentaba momentos específicamente pautados para la siembra de trigo y garbanzo así como temporalidades instituidas para el ocio.

Preparar el sistema de riego. Según recuerda Saúl González, alrededor de 1950 existía un sistema de “bordos” para retener agua de lluvia, además de un sistema de embalses y canales heredado de las haciendas. Los ejidatarios procedían a anegar las tierras para sembrar el trigo—variedad Cuquío—y el garbanzo. El trabajo de esta temporada consistía en crear bordos y limpiar las zanjas y canales de riego. Se realizaba por faenas, como me explicó mi tío Antonio Ramírez: “Era como una obligación que tenía uno”.

Se juntaba la gente y decía ‘vamos a echar el pretil’²⁰⁴, [lo hacían] ‘a pura pala’ para juntar aniego y sembrar garbanzo. Toda la gente se iba, duraban hasta una semana haciendo un bordo, bien grandote, con palas o como pudieran, pero toda la gente, bien atascados de lodo, [pero] dejaban los aniegos [listos]. [A partir de eso] en ocho o quince días, quienes tenían chance iban sembrando su garbanzo (...). [Esto se hacía porque antes] había agrupación (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, 8 octubre 2018).

Así es como, por faenas, elaboraban el bordo, y el agua inundaba las parcelas. Subsiguientemente, en 8 o 15 días sembraban con la humedad residual. También por faenas limpiaban canales y zanjas por donde “nos traíamos el agua”. Para limpiar el gran canal de San Miguel y la Constanca la faena era de “7 metros de piquete de pala” por ejidatario. Mi tío Antonio Ramírez se reunía con su tío

²⁰⁴ RAE 2020: “Murete o vallado de piedra u otra materia que se pone en los puentes y otros lugares para preservar las caídas”. En este caso, el pretil era para evitar que el agua escapara de un bordo.

Jesús Ramírez y don Wilfrido para entre los tres terminar la faena correspondiente. Él recuerda que para estos trabajos “se juntaba mucha gente”, “nos dábamos la mano” unos a los otros. Cuando alguno de ellos no asistía a su faena le pedían a un conocido que la realizara en su representación.

Luego de la siembra del trigo el resto era esperar a la cosecha en abril o mayo. En esta temporada se presentaban vientos y remolinos de tierra, además de la Cuaresma en marzo o abril. En los años alrededor de 1950 la Cuaresma iniciaba y culminaba con dos eventos de la sociabilidad y religiosidad católica que eran esperados por los sanmiguelenses en esta temporada de relativo tiempo de ocio: el Carnaval y la quema de Judas, respectivamente.

Carnaval y quema de Judas. En los días del carnaval se organizaban los “recibimientos”. Los “charros”—quienes gustaban de cabalgar—recibían a los charros de las poblaciones vecinas. Ambos preparaban harina con colaciones para arrojarse unos a los otros. En Poncitlán se arrojaba agua a los transeúntes. Don Wilfrido me platicó cómo preparaba “cántaras de huachicol”, una receta especial de tequila, jugo de naranja y limón, además de diferentes refrescos. Los charros paseaban por el pueblo arrojando harina a las personas y entre ellos. Luego se iban a recibir a los toros. Algunos de los charros iban por los toros de los ganaderos y asimismo, arriaban a los bueyes del ejido desde sus corrales apostados en el agostadero del cerro (un lugar conocido como Las Pilas).

Enseguida se iban hacia el toril, charros y ganado. En el toril entraban y daban vueltas echándose harina mientras que los “viejos de antes” cantaban una canción especial. Ninguno de mis interlocutores recuerda con exactitud la letra o la tonada, solamente me platicaron que era un cántico especial entre profano y religioso: “era como el Alabado”²⁰⁵ (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, 5 de marzo de 2019). Después de esta rueda de ganado y hombres se procedía a un jaripeo donde los jinetes lazaban y jineteaban a los toros y bueyes. Así pues, el Carnaval inauguraba los días de la Cuaresma.

Hacia el final de la cuaresma en el Viernes Santo se celebraba la quema de Judas, “una de las diversiones de las personas de antes” la cual estaba sujeta al calendario agrícola-católico (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, 22 de febrero de 2019). La quema de Judas acaecía el Sábado de Gloria, pero desde el Viernes santo acontecía una práctica que hacían los llamados “hijos de Judas”. A continuación presento un extracto de mi diario de campo en donde don Wilfrido me explicó esta práctica que solamente acontecía en la temporada de la Cuaresma:

²⁰⁵ Un cántico religioso que se corea a las 12 de la noche en el velorio de un difunto, tanto para espantar al diablo como para pedir por el descanso del alma del difunto.

Muchachos con las caras pintadas de negro se agrupaban en cuatro equipos. Cada equipo se encargaba de robar prendas de las casas dividiendo el pueblo en cuatro. Otros se quedaban en la plaza adelantando la escritura de los versos de la herencia de Judas. Los muchachos llegaban en la noche a las casas y, aprovechando la oscuridad, sustraían un objeto: ropa, macetas con plantas, herramientas. Varias personas les dejaban comida “para los hijos de Judas”, arroz con leche, café o canela en infusión. Otras personas se desvelaban para evitar la sustracción de sus pertenencias. En esas ocasiones, los hijos de Judas se dividían. Con maña, unos hacían ruidos en una dirección para hacer creer al dueño que entrarían por un lado de la casa, mientras los demás entraban sigilosamente por el otro lado.

Hay relatos de las grandes habilidades de los hijos de Judas para engañar a quienes velaban y robar a pesar de la vigilancia. Al día siguiente:

El Sábado de Gloria las personas de San Miguel se reunían en el Zalate [gran árbol junto a la Iglesia] para recuperar sus pertenencias y para mirar quemar a Judas. El muñeco lo traían de Poncitlán y era de pólvora. Primero lo paseaban por el pueblo. Le subían en una mula o un burro. Rosendo Cortés se vestía de María llorosa y andaba detrás del Judas. Mientras tanto lloraba y gritaba: “Ay, me vas a dejar sola Judas”. Los hombres jocosos le respondían: “no te quedas sola, nosotros te hacemos compañía” y trataban de abrazarla. Entonces, las personas se encontraban en el Zalate en donde colgaban a Judas. Allí, los hijos de Judas leían la herencia de Judas declamando un verso jocosos sobre la relación entre el objeto y su dueño. El dueño o la dueña pasaban a recoger su pertenencia y les cobraban “un diez o un veinte” para otorgarles sus cosas (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, 22 de febrero de 2019).

Estos relatos sirven tanto para describir las convergencias de temporalidades agrícolas-religiosas así como para mostrar cómo pasaban en tiempo de ocio las personas de San Miguel antes del arribo de televisores y demás aparatos electrónicos (para las transformaciones en los tiempos y la sociabilidad de las teles y radios ver el Capítulo VII). En las líneas siguientes cerraré estos pormenores con las transformaciones que vivieron los sanmiguelenses en las décadas de 1950 a 1970, que son reorganizaciones en los ritmos del trabajo y desaparición de las prácticas que se realizaban en la temporada de ocio de la Cuaresma.

VII.B.1 Transformaciones de la temporada de secas

Ocurrieron tres transformaciones principales que cambiaron esta temporada de secas. La primera fue la instalación de un sistema de bombeo en 1960 para extraer agua del río Santiago con las cual se regaban las plantaciones de trigo. La segunda fue la utilización de maquinaria que hizo innecesarias las faenas, dando por terminada esta forma de trabajo colectivo obligatorio. Tercero, desaparecieron el Carnaval y la Quema de Judas como espacios de sociabilidad de la religiosidad católica.

Primero, la bomba de agua supuso el final del sistema de bordos y anegación de antaño. A partir de la década de 1960 el agua de riego se extraía directamente de grandes canales que conectaban con el río Santiago, y era dirigida por canales cada vez de menor anchura hacia las parcelas. La supervisión de la bomba de agua y las tandas de riego implicaba la emergencia del puesto de “celador”. Esta persona se encargaba de la vinculación con las autoridades municipales y estatales para los pormenores legales sobre el uso del agua del río Santiago. Además, junto con los ejidatarios, elegía los momentos de echar a andar la bomba, supervisaba que las tandas de riego se sucedieran según los tiempos establecidos y vigilaba el trabajo de los “regadores”—jornaleros a quienes se contrataba para regar las parcelas.

Si bien he descrito anteriormente cómo en el tiempo de labranza y siembra de la temporada lluviosa los nuevos aires de la “modernización” agrícola supusieron la desorganización del trabajo colectivo ejidal, el sistema de riego conseguía que todavía fuera necesaria la unión de los ejidatarios. Un ejemplo de esto bastará para establecer lo anterior. Las parcelas con riego comúnmente se encontraban rodeadas de zanjas, una mala comunicación entre el dueño de la parcela y el celador desembocaba en que, en cierto momento, el agua inundaba el único paso que un agricultor tenía para acceder a su parcela. Esta cuestión era en suma enojosa para los agricultores porque retrasaba su acceso a la parcela, por tanto, impedía las labores. Por esa razón y otras más, resultaba primordial establecer una buena comunicación con el celador para conocer los tiempos en los cuales el agua pasaría por los terrenos.

Segundo, la introducción de maquinaria pesada, junto con la bomba para extraer agua, erosionaba el sistema del trabajo obligatorio por faenas. Las máquinas retroexcavadoras empezaban a recorrer los caminos de los ejidos principalmente hacia 1980. Estas se empleaban para llevar a cabo faenas que antes se realizaban colectivamente, como el deshierbe de parcelas con hacha azadón y la ya mencionada limpieza de los canales y zanjas. Al reducirse las horas empleadas en faenas, el tiempo de ocio de algunos agricultores sufría una expansión relativa en la temporada

de secas, una cuestión relacionada con la tercera y última transformación percibida por mis interlocutores en San Miguel.

Tercero, si bien el Carnaval se practicaba hasta las últimas décadas del siglo XX, éste se desprendería de los “recibimientos” y los jaripeos asociados a los animales de tracción del ejido, ya que los animales fueron sustituidos paulatinamente por tractores y arados mecánicos. La Quema de Judas desaparecería hacia 1970. El cura prohibió esta práctica de la religiosidad porque se olía en la quema de Judas y la lectura de la herencia unos orígenes poco católicos, posiblemente indígenas. En consecuencia, por un lado, el tiempo de ocio en la temporada de secas aumentaba, mientras que, por el otro lado, las diversiones establecidas para ocupar la atención de los sanmiguelenses se esfumaban. El tema encierra una profunda complejidad que ya se vislumbra desde las primeras páginas de este capítulo. La agricultura es un modo de vida para los habitantes del campo, una esfera supeditada a múltiples temporalidades y actores heterogéneos. Un verdadero agricultor es, en últimas instancias, un *crono nauta* competente.

La intuición, cálculo y previsión de los tiempos es una competencia en la cual nos socializamos quienes crecimos en el seno de una parentela de agricultores. Aun así, mi descripción está lejos de captar los matices y complejos cálculos temporales que vi hacer a mis mayores. Consciente del enredo que supone para un externo captar cómo se acompasaban las “escalas temporales” (Redondi 2010) y la “polifonía” de la agricultura (Tsing 2015), en el Cuadro VII.A confecciono un resumen de las principales transformaciones examinadas en este capítulo de acuerdo con las dos grandes temporadas del año y cada uno de los periodos y prácticas donde se anticipaban los ritmos temporales. En la columna se verá en negritas y cursiva la temporada de año. Debajo de ese título aparece el nombre de las divisiones, en cursiva, en que me basé para el análisis. Bajo cada una de esas divisiones enumero las transformaciones comentadas.

Cuadro VII.A Transformaciones en las temporadas lluviosa y de secas luego de 1950

Temporada de lluvias

Inicio del año, cómo y cuándo viene el temporal. Transformaciones:

- 1- Temporal irregular.
- 2- Alienación del conocimiento del mundo.
- 3- Cambio climático.

Labranza y siembra. Transformaciones:

- 1- Descoordinación del tiempo de labranza y siembra.
- 2- Fragmentación e individualización del tiempo de trabajo.
- 3- Mecanización.

Cuidado del maíz. Transformaciones:

- 1- Paquetes tecnológicos y plagas.
- 2- Aumento de la economía de los jornaleros.

Cosecha. Transformaciones

- 1- Complejos cálculos para determinar el momento de cosecha.
- 2- Reducción del tiempo de transporte de la cosecha.
- 3- Cosecha como expectativa del consumo imaginario futuro.
- 4- Agricultura por contrato.

Temporada de secas

Preparar el sistema de riego. Transformaciones:

1. Instalación de una bomba electromecánica.
2. Desaparición del trabajo colectivo de las faenas.
3. Coordinación del riego bajo la guía de un celador.

Carnaval y quema de Judas. Transformaciones:

1. Disociación del Carnaval de la práctica de los charros.
2. Prohibición y desaparición de la quema de Judas.
3. Aumento del tiempo de ocio.

Fuente: Elaboración propia 2020

En términos generales, en la temporada del cuidado del maíz aumentaba el tiempo de trabajo por el incremento de las plagas y los nuevos trabajos derivados de los paquetes tecnológicos. Las labores disminuían en temporada de secas al desaparecer las faenas. Las temporalidades de la religiosidad del verano se siguen llevando a cabo y todavía son potentes marcados de la experiencia temporal en Poncitlán. En cambio, desaparecieron en San Miguel el Carnaval, la Quema de Judas y las Pastorelas, eventos de la temporada de secas. La explicación de estas desapariciones atañe a otros factores, aquí tan solo me interesa señalar estas presencias y ausencias porque inauguraban o cerraban las temporalidades para los agricultores y para la población amplia a partir de 1950.

El aumento del tiempo de ocio hacia finales de año se acentuaría con la convergencia de las vacaciones escolares y la temporada reina del consumo, Navidad. Dada la tendencia hacia el futuro de los agricultores, basada en las expectativas de la cosecha, el consumo se acompasaba con la temporada decembrina. Las labores colectivas organizaban en una sola temporalidad la zafra del maíz o del trigo, pero la adquisición de tractores personales, maquinaria propia, así como la desaparición de las faenas derivarían en una clara individualización del trabajo agrícola hacia unidades más pequeñas de producción. Ya no era “todo el ejido” la unidad productiva, sino grupos reducidos basados en la fuerza de trabajo de la parentela y la contratación de jornaleros. En resumen, es evidente cómo la mecanización del campo tendía en esos aspectos hacia la individualización del trabajo agrícola (a diferencia de otras prácticas que he analizado en capítulos anteriores).

Para cerrar este capítulo tan solo hace falta desgranar un aspecto más de las transformaciones en las temporalidades agrícolas que son modos de construir futuro en San Miguel Zapotitlán y Poncitlán. Detrás de la mecanización se escondía una tremenda confianza en el imaginario tecno social de la ciencia y la técnica. En conjunto con instituciones y prácticas agrícolas de los ponciltenses, la tecnociencia sí ayudaría a incrementar las cosechas y sí conseguía beneficios para los agricultores, quienes se adaptaban a las transformaciones. Pero el elemento que en última instancia mediaría en este entramado espacio temporal de la agricultura fueron las empresas de agroquímicos y maquinaria. Pioneer o Monsanto empujaban las transformaciones del campo en la dirección conveniente a los intereses de la industria, sus propios intereses.

En el periodo 1950-1970 los extensionistas y asesores de BANRURAL fueron los actores quienes dirigían el tipo de agricultura en Poncitlán. Sin embargo, según mis interlocutores, de a poco, los ingenieros asesores de las empresas globales sustituyeron al antiguo extensionista como direccionadores de las tendencias agrícolas. En las páginas siguientes describo cómo en las

“demostraciones” los ingenieros pretenden introducir “nuevas tecnologías” para el campo. A nadie sorprende a estas alturas el hecho de que con esas nuevas tecnologías intentan convencer a los agricultores de la llegada de controles efectivos en la certidumbre de la nacencia de la semilla y otros productos, cuyos dardos mercantiles buscaban apaciguar las tendencias ansiosas de los sembradores y la incertidumbre sobre los resultados de la cosecha. Los ingenieros ingeniosos en retórica aderezan sus demostraciones con anhelos y esperanzas de mejoramiento. Los cuales son raras veces creídos por los escépticos agricultores.

VII.C Las demostraciones

Una demostración de parcela es una exhibición en directo de los beneficios de las plantas crecidas de semillas mejoradas. Esos beneficios se enseñan en “parcelas demostrativas” en donde se reúnen ingenieros agrónomos y agricultores para observar y evaluar cómo creció el maíz. Además, las demostraciones son publicidad de innovaciones de semillas y agroquímicos, mientras se agasaja a los agricultores con comilonas, rifas y artículos publicitarios. Si se tiene la oportunidad de pasear por Poncitlán en la época del maíz elevado se notará que a orillas de la carretera hay carteles curiosos con códigos como los siguientes: “Berrendo de Asgrow”, “3057W Pioneer”, “DK-2061”, los cuales son variedades de semillas mejoradas. El inmenso campo de Poncitlán es una fábrica de grano y éstas parcelas son su publicidad. Para entender las demostraciones no hay recurso mejor que una serie fotográfica acompañada de una descripción que narra las circunstancias particulares de las demostraciones en “verde”, las cuales, en sí mismas, son narraciones también.

Invitaron a mi padre a una demostración de maíz el 9 de octubre de 2018. La demostración se lleva a cabo en una parcela en el potrero de La Bueyera, Tecualtitán, municipio de Zapotlán del Rey. La invitación es un impreso de color verde y amarillo con el logo de DEKALB y la frase “Experiencia para tu campo”. Acudimos al potrero que linda al norte con el ejido de San Miguel. La parcela en cuestión se encuentra cercana a los cerros que forman la barrera norte del valle del río Santiago.

La entrada está resguardada por dos mezquites y un estante con un letrero de Monsanto y varias empresas más, como se aprecia en la imagen VII.A. Una chica morena, de unos treinta años, está anotando en unas hojas el nombre, domicilio, teléfono, hectáreas sembradas, tipo de maíz cultivado de los agricultoras quienes vienen llegando. A su lado se encuentra otra mujer, la ingeniero encargada de la zona de Chapala y Atequiza. Los agricultores la miran entre socarrones y con

respeto. Le preguntan: “¿usted también anda metiéndose en las parcelas?” Ella contesta, “sí, claro, también soy ingeniero”. Los hombres callan ante la investidura de su aura técnica.

Imagen VII.A Registro para entrar a la parcela demostrativa en verde en 2018



Fuente: Trabajo de campo, 2018

Imagen VII.B Rumbo al centro de la parcela 2018



Fuente: Trabajo de campo, 2018

Entre todos somos unos diez agricultores, pero ya se encuentran otros diez o quince dentro de la parcela demostrativa. Estos instantes son de lúdica sociabilidad entre ejidatarios de ejidos vecinos Tecualtitán, Poncitlán y San Miguel quienes se cuentan chistes y anécdotas relacionadas con el

campo. ¿Cómo van vestidos los agricultores? Sin excepción, llevan puesto un pantalón de mezclilla, dos o tres de ellos fajados con cinturones piteados²⁰⁶; calzan botas, otros más botines de marca Establo o similares. Soy el único con tenis de tela. Incluso la ingeniera ostenta unas botas marca “Discovery” adornadas con flores. Se usan camisas de botones o camisetas simples. Las edades: mi hermano y yo somos de los más jóvenes, él veintiocho y yo treinta y uno, los demás rondan arriba de los cuarenta años. Salvo tres, la mayoría estamos tocados con gorras de distintas marcas: John Deere, de tractores; CASE, agricultores; Asgrow, semilleros. Nos regalan una gorra verde amarilla de DEKALB. En algún momento, uno de los ingenieros se acerca y nos toma una fotografía con su teléfono celular.

Ya aprovisionados para cubrirnos los cráneos, nos sentamos en ronda a la sombra de unos mesquites. Detrás de mí, en la puerta de alambre ciclón está colgada una lona con los datos desglosados de la parcela: variedad de maíz, gastos por hectárea y totales. El presupuesto lo elaboraron los ingenieros quienes trabajan en ACERCI la empresa de venta de insumos patrocinadora. En la lona se leía: “Productor: Roberto. Fecha de siembra: 2 de junio de 2018. Híbrido(s): DK-2061Y. Cultivo anterior: Trigo. Costo directo por hectárea: 20 636.50 pesos”.

Luego de unos minutos, los agrónomos nos movilizaron dentro de la parcela. El recorrido consiste en observar, caminar entre las plantas, sentarnos rodeados del maíz, tocar las mazorcas y sentir el peso de éstas; exponernos a los colores brillantes de los carteles y la propaganda de los agronegocios. Dentro de la parcela pararemos en “dos estaciones” para escuchar una charla sobre el desarrollo de la planta del maíz. En la tercera estación, nos servirán una “comida de agradecimiento”.

Delante de mí camina una fila de diez agricultores, tocados con su respectiva gorra de la empresa (ver Imagen VII.B). Los de enfrente notan el tamaño de las mazorcas, han advertido que éstas han crecido a poca altura, en comparación con otras plantas en sembradíos diferentes a este (me llegaban al pecho, digamos que crecieron un metro sesenta arriba del suelo). Luego de buenos quince minutos entre los surcos llegamos a la primera estación. Dentro del cultivo han tumbado las matas de maíz en un área de 4x4 metros para instalar una carpa. Aquí nos acercamos a la sombra y un ingeniero nos da la bienvenida. Lleva unas lonas que cumplen la función de diapositivas.

El actor principal de la demostración, por supuesto, es el maíz DK-2061Y. Conforme a las lonas nos explica las características de este maíz cuyo antepasado fue diseñado a solicitud de los agricultores: “Nos pedían un maíz rústico, para las laderas de los cerros. Este maíz tiene las

²⁰⁶ Artesanía que consiste en dibujar patrones y diseños en un cinturón con hilo de pita.

características rústicas de su antepasado, pero acondicionado para los terrenos planos como este”. A mi espalda comentan: “están buenas las mazorcas, pero quedó rala la milpa”, en referencia a la baja densidad entre plantas. El ingeniero replica que precisamente eso sucedió por culpa de la plaga del gusano cogollero, eso explicaría la baja densidad de plantas. En esa parcela de dos hectáreas se sembraron cuarenta mil semillas de la variedad promocionada.

Imagen VII.C Mirar la mazorca, 2018



Fuente: Trabajo de campo, 2018

El ingeniero nos conmina hacia la segunda estación. El agrónomo a cargo presume de haber trabajado durante 13 años en Ocotlán. Primero nos cuenta un chiste (“aquí nada más vamos a durar cinco horas, así que no se preocupen”) y después entra en materia usando recursos retóricos de la televisión que son bien conocidos por esta generación de ejidatarios acostumbrados a la TV, como hablar de “la hora *chimengüenchona*”, una frase del personaje cómico Beto el Boticario, interpretado por Roberto Ramírez Garza en el programa *La carabina de Ambrosio* de la década de 1970. El ingeniero es simpático, moreno, mide alrededor de un metro sesenta de alto, es robusto,

habla fuerte y consigue la atención de la gente. Además, sus ayudantes nos ofrecen agua o refrescos para mitigar el calor, unos cuatro o cinco grados más alto dentro del maizal que afuera, unos treinta y seis grados centígrados. Habla con conocimiento del mundo de los agricultores, por ejemplo dice: “La planta tiene muchos enemigos, desde las plagas, el clima, hasta los acaparadores y los pepenadores-quienes van a recoger el maíz tirado que la máquina cosechadora no pudo absorber”.

Nos movemos hacia la segunda estación. Allá, el ingeniero se expresa directamente en términos que hacen sentido al agricultor en relación con las expectativas de la cosecha en el futuro y la incertidumbre por los resultados de la siembra: “La gente dice que la agricultura es como echar un volado. Pero no es un volado, son muchos volados”. Habla con énfasis sobre el “control”, lo que se puede controlar y las “condiciones incontrolables”. Se puede controlar la cantidad y tipo de semilla, cantidad de fertilizante y el tipo de labranza utilizado. No puede controlarse la humedad, la temperatura, las tormentas y los vientos (los agricultores atentísimos). Al final de su discurso añade sobre la existencia de “condiciones que no se pueden controlar, pero se pueden mitigar” y bromea en un punto crucial de la religiosidad: esas condiciones se mitigan con “tecnología” “no sacando al santo a pasear a las parcelas”. Caras serias.

Luego de ese prelude discursivo, el ingeniero da recomendaciones puntuales sobre las plagas: “traten de tener los callejones²⁰⁷ limpios de las parcelas, porque son los hoteles de las plagas. Aplican los venenos y las plagas vuelan a los callejones. Cuando se acaba el efecto regresan al cultivo”. Enseguida pide preguntas al público. Los agricultores comentan acerca de una terrible plaga de gusano cogollero, así como las dudas sobre el peso final de las mazorcas. Pero este intercambio de opiniones es solamente el antecedente de la publicidad de una “nueva tecnología”.

Esta tecnología es un paquete que consiste en “tres tipos de productos de aplicación temprana para la protección del maíz ante las condiciones incontrolables del clima”. En su discurso es claro cómo el mensaje publicitario está enfocado en los problemas temporales que he descrito anteriormente referentes a la nacencia del maíz y la predicción de cómo vendrá el temporal. Para cerrar su alocución, sin reparos nos dio una muestra precisa de futurología maicera, una predicción basada en la confianza del imaginario tecno social de la modernización de la agricultura: “En el futuro ya no les vamos a vender semillas, les vamos a vender cacahuates japoneses”. Ante el público expectante continuó: “Semillas producidas con una capa protectora de nutrientes, fungicidas y lo

²⁰⁷ Los callejones son los caminos y espacios laterales que circundan la parcela. Generalmente, los agricultores procuran tenerlos sin maleza, aplicando herbicidas agresivos o cortando la hierba con casangas-un tipo de machete arqueado.

que se necesite, que envolverá la semilla del maíz” protegida para el futuro. El agrónomo remató con seguridad diciendo que “para allá vamos, señores”.

Luego de veinte minutos, y con ese colofón, salimos de la parcela. Me impresionó cómo la demostración está estructurada como una narración en tres estaciones, la primera es una introducción, la segunda donde se revela la “nueva tecnología”, la tercera es la conclusión donde se resuelve el relato con un banquete. La verdadera publicidad no era para el maíz híbrido, sino para la “nueva tecnología”, la semilla mejorada que puede hacer frente a las condiciones incontrolables del tiempo.

Imagen VII.D Sociabilidad de los agricultores, 2018



Fuente: Trabajo de campo, 2018

Las imágenes VII.C y VII.D son de una segunda demostración en una propiedad de un rico comerciante de la cabecera, se llevó a cabo el 12 de octubre de 2018. Aquí la empresa que patrocina a este agricultor ingeniero es Pioneer. De nueva cuenta hay alusiones al imaginario tecno social: “La innovación y la tecnología trabajando para ti”. Al igual que la demostración de DEKALB, Pioneer promocionó un nuevo “paquete de tecnologías”: un “tratamiento” para la semilla que incluye fungicidas e insecticidas, además de fertilizante para el “arranque del crecimiento del maíz” que

ofrece “veinte días de protección”. De manera similar a la tecnología de DEKALB, alude al “control” del momento de siembra que se sostiene en las consideraciones temporales ya mencionadas a lo largo del capítulo. Dos agricultores ya notaron las similitudes y preguntaron. El ingeniero dice que la diferencia es en el tipo de fungicida que utilizan en su empresa, el cual es “un poco mejor que el de la competencia”.

Mi padre me ha dicho que en las demostraciones los ingenieros no hablan del manejo integral de los insecticidas, el tiempo y frecuencia de aplicación, el grado de peligrosidad, los costos y demás detalles que son realmente importantes para un agricultor. Pregunté a un ejidatario de alrededor de sesenta años cuándo habían comenzado las demostraciones. Él recuerda las primeras en el año 2000. Otro de los ejidatarios agrega: “las primeras las hacía Carlos Martínez”, un gran agricultor de la cabecera. Las demostraciones como las de hoy son distintas a las demostraciones en cosecha, en donde se está al pendiente de las tolvas (medida cuando se llena el depósito de la cosechadora) y las hectáreas cosechadas para mirar si rompen los récords que son entre las doce y catorce hectáreas, como me explicó uno de los ingenieros agrónomos.

¿Entonces a qué venimos si no es a escuchar sobre innovaciones tecnológicas? La respuesta estaba frente a mis ojos: bajo una carpa estaban acomodados cerca de 100 agricultores esperando la comida, además de rifas de gorras, botas y costales de semilla (Imagen VII.D). Este día los birrieros—una familia que se dedica a vender un platillo muy apreciado llamado birria—se equivocaron de sitio y tardaron en acudir, lo cual dio lugar a una prolongada ingesta de refrescos y cervezas.

Los agricultores y otros jornaleros acuden a las demostraciones por la convivencia y para disfrutar de la birria en compañía de amigos y conocidos, a salud de los ricos agricultores, a quienes inclusive les deben dinero. Por supuesto, las explicaciones de los ingenieros les parecen interesantes y aprenden, pero no son tan ingenuos como para arriesgar miles de pesos en un producto nuevo sin tener en claro los beneficios de su uso, y muchos de los agricultores son tan testarudos como para seguir realizando las mismas prácticas por años a pesar de los regaños de los ingenieros. La orientación hacia el futuro de los agricultores no es una carrera loca por cada novedad; ya bastante experiencia les sobra para reconocer los delicados equilibrios temporales de la siembra y sus desbalances ante nuevas prácticas o productos.

Durante la comida, otro de los ingenieros ha señalado lo siguiente: “No hay que tenerles miedo a las nuevas tecnologías”; aunque ya la mayoría de nosotros no le prestamos atención porque ya hemos visto circular los platos con sabrosa birria y cervezas heladas Corona. Uno de los

agricultores más extrovertidos gritó: “Eso está muy bien [lo de las tecnologías]. Ya nada más falta que nos den crédito”. El ingeniero le responde: “Ya sabes que siempre te hemos dado crédito”. Y así es, la mayoría de los presentes posiblemente esté endeudados hasta vender la cosecha y quizá ni siquiera esos ingresos les saquen del pozo de la deuda.

Al final, esta descripción enseña cómo se vivencian las demostraciones de parcelas en verde, el tipo de experiencia sensorial y narrativa que despliegan los ingenieros-demostradores en aras de promocionar productos de las empresas globales y nacionales de agroquímicos y semillas. Esta retórica alude al futuro y al anhelo de la ciencia agrícola por controlar las complejidades temporales de la siembra del maíz. Además, como se leyó en los párrafos anteriores, las demostraciones pretenden redirigir la práctica agrícola según sus innovaciones tecnológicas.

Consideraciones finales

En conclusión, he argumentado que las transformaciones en la experiencia del tiempo fueron vividas intensamente por los agricultores y habitantes del campo. Resulta significativo que los principales cambios emergieron de desajustes en el fino tejido temporal anual. El imaginario tecno social de la modernización de la agricultura contemplaba un mayor control de la naturaleza y de los procesos de producción del maíz, con el objetivo de incrementar la producción. Con lo cual estaban planteando un escenario futuro en que la tecnociencia dominaría la naturaleza. Pero la agricultura mecanizada nunca ha estado en control del proceso productivo. La agricultura contemporánea, como la de 1950, es un complejo modo de vida donde se acompasan las escalas temporales de la “modernización” con los ritmos de la agricultura. En realidad, el futuro se descontrola.

Aun así, el campo en Poncitlán es un laboratorio de prácticas e innovaciones técnicas que, en conjunto, pretenden mejorar los procedimientos de cultivo, para así aumentar la producción de grano. Las empresas como Pioneer o Monsanto monitorean con microscopio los ejidos mexicanos donde se practica la siembra mecanizada. Y aunque la siembra es susceptible de mejorarse conforme a nuevas técnicas, se deja de lado el hecho de que la agricultura es una compleja organización de los ritmos temporales (Tsing 2015) del maíz, aunado con los ritmos de vida de los agricultores y de una heterogeneidad de actores (Latour 2008).

Para cerrar, debo remitir al argumento central de este capítulo que consiste en que la agricultura en Poncitlán es una práctica de creación de futuros, tanto en el anhelo por la cosecha para pagar deudas y consumir ropas o electrodomésticos, como en la serie de previsiones y anticipaciones que se realizan cada año para conducir a buen puerto el ciclo productivo del maíz y

el trigo. Este punto es fundamental para entender cómo los poncitlenses tiene una predilección por el futuro, y por esa razón usan el discurso del progreso, desarrollo o modernización como fuente del imaginario tecno social de mejoramiento de sus condiciones de vida.

Si bien la ciencia y la técnica agrícola trajeron beneficios a los sembradores, nunca fueron el control de la naturaleza que se pensaba alcanzar mediante el progresivo mejoramiento de los procedimientos tecnocientíficos, los desajustes temporales de los ritmos productivos maiceros a las escalas temporales (Redondi 2010) de las instituciones estatales y empresas conllevaron serios cuestionamientos sobre la viabilidad del proyecto de “modernización” del campo. Esto impacta principalmente en dos cuestiones. La primera, la contaminación de los suelos y la asfixia de afluentes, ríos y arroyos derivada del uso de pesticidas y agroquímicos diversos. La segunda, es el tremendo desbalance psico-social que los nuevos acompasamientos a las escalas temporales de la agricultura “moderna” supone a los agricultores. Esta agricultura también es parte del cambio climático en la era del Antropoceno, y ya los efectos regresaron a Poncitlán: se perciben las irregularidades del temporal de lluvias como una alienación y desconocimiento del mundo. Sumado a lo anterior, las condiciones económicas para los pequeños ejidatarios y agricultores es cada año peor en comparación con las de intermediarios y servicios terciarios que sustituyeron las posiciones del vacío estructural dejado por las instituciones estatales a su desaparición. Este drama es resultado de los vaivenes del proyecto ejidal que desde sus inicios se fusionó con un modelo comercial de producción agrícola (Hewitt de Alcántara 1999). Junto con el corredor industrial de Jalisco, la agricultura comercial es el cumplimiento del último sueño del imaginario socio técnico del periodo 1950-1970.

CAPÍTULO VIII. EL ANHELO POR RADIOS, SONIDOS Y TELEVISIONES EN PONCITLÁN

En los capítulos anteriores describí una heterogeneidad de prácticas y discursos, anhelos y expectativas de mejoramiento asociados por los ponciltenses con el imaginario tecno social de la constelación del progreso, desarrollo y modernización. En este capítulo amplio y profundizo en un aspecto del imaginario y el consumo tecnológico que ya se asomaba en los capítulos anteriores, el cual ya había sido tratado en mi tesis de maestría (Díaz Ramírez 2016). He sustentado en las páginas anteriores que aumentaron los ingresos de personas de los agricultores, migrantes y jornaleros, pero esta apreciación es insuficiente para dar cuenta de cómo ciertas tecnologías proliferaron en la región. Porque a pesar del mejoramiento económico, en Poncitlán hasta la década de 1970 era prohibitivo para la mayoría de la población comprar un aparato técnico para uso individual.

Ante este panorama surge la cuestión de ¿cómo hicieron los ponciltenses para acceder a las novedades técnicas costosas? La respuesta es que en esos años, entre 1950 y finales de la década 1980, los modos grupales de consumo técnico-mediático permitieron el acceso limitado de los ponciltenses a los artilugios novedosos del “futuro”, y así estos “objetos” “no sociales” fueron las amarras de una nueva sociabilidad ponciltense “moderna” (Latour 2012, 2008). Prueba de ello son las insistentes memorias de mis interlocutores, las cuales rebosan de relatos emotivos sobre las prácticas grupales de escuchar la radio y los sonidos que amenizaban la jornada diaria con música así como las funciones de cinema y el modo grupal de mirar la televisión. Aquí no me concierne tanto el proceso semiótico de recepción de los mensajes mediáticos, sino la capacidad potencial de estos aparatos para devenir espacios o esferas públicas donde los ponciltenses se congregaban para compartir el tiempo dedicado al ocio.

Por consiguiente, este capítulo es un recuento de las estrategias para acceder al consumo técnico mediático en la segunda mitad del siglo XX y es además un examen de cómo se cultivó el anhelo de un futuro modo de vida tecnológico. Se construyó un futuro paradójico en que mis padres pudieron comprar sus propios aparatos, pero ya sin la sociabilidad colectiva y pública de antaño que anhelaban. Fueron estos innovadores pasatiempos tecno sociales, a la par de la organización del ocio en establecimientos donde se vendían productos “modernos” como refrescos y pastelitos procesados (ver capítulo V) y el consumo de música y estilos culturales del Norte (capítulo VI), los que ofrecieron los ingredientes para una nueva “cultura” “urbana” ponciltense, un proceso similar a la difusión de la “cultura de masas” estadounidense por medio de cinemas y radios entre los

trabajadores hispanos y afrodescendientes de Chicago en el decenio de 1920 en Estados Unidos (Cohen 1989:21).

Para exponer esta relacionalidad sostenida por tecnologías mediáticas me apoyo en una lectura de algunas de las principales premisas teóricas del filósofo alemán Peter Sloterdijk (2009). La categoría de “esfera” es análoga a la teoría del actor red, ambas llaman la atención sobre del modo en que actores no humanos dan continuidad a lo humano. Una “esfera” envuelve y arropa. Informa lo que “está dentro de nosotros”, suspende las divisiones entre lo interior y lo exterior, lo público y lo privado. Para Sloterdijk la esfera es la metáfora por excelencia de la persistencia englobante de medios (audio, imágenes, atmósferas, entre otros) para la comunalidad. Por tanto, desde un punto de vista filosófico y existencial, morar en el mundo significa “ser-en”, “estar-en” circunferencias de distintas cualidades (2009: 276 citado en Díaz Ramírez 2016: 12-13). Otros autores célebres como Edmund Carpenter y Marshall McLuhan (1960) notaron esta cualidad de las ondas sonoras para generar espacios y la figura de la “audioesfera”, sin centro y expandida en todas direcciones por la difusión de las ondas sonoras, ha sido vinculada por artistas al imaginario tecno social de una utopía audio comunitaria (Bailey 2020:33).

Con esto en mente, dividí el análisis de este capítulo en cuatro apartados. En el primer apartado respondo cómo en Guadalajara y en Poncitlán fue posible comprar tecnologías asociadas al imaginario tecno social de la modernización; registro los precios, modelos, estrategias de crédito y canales de distribución (comercios de electrodomésticos y vendedores ambulantes de fayuca²⁰⁸). Además, planteo la insolvencia del poncitlense promedio para adquirir electrodomésticos de uso individual. En el segundo apartado detallo la genealogía de entretenimientos públicos, ligada a la escala temporal agrícola-religiosa, la cual organizaba anualmente las temporalidades de ocio con pastorelas, fiestas patronales, quema de Judas, carnavales y cinemas ambulantes e instituidos, música de mariachi y de banda sinaloense. Estas distracciones callejeras no desaparecieron a causa de las tecnologías, por ejemplo, el cine Teatro Obrero de la cabecera operaba desde 1940 y coexistía con esos divertimentos. No obstante, hacia finales de 1970 algunas de las actividades lúdicas de la religiosidad popular que servían de divertimento se dejaron de llevar a cabo. Aquí se insertaron las nuevas radios y televisiones, compradas con dólares y/o traídas de los Estados Unidos, como los nuevos espacios para la sociabilidad.

En el tercer apartado describo cómo radiorreceptores, bocinas, amplificadores y demás parafernalia tecnológica se ensamblaron como esferas tecno sociales de la comunalidad sonora.

²⁰⁸ Contrabando introducido a México por la frontera norte del país.

Esas esferas hicieron emerger un estado que los locales llamamos “estar alegres”, consistente en una amplificación de las emociones positivas, un aumento perceptible de la subjetividad y la comunalidad. En la década de 1950 surgieron los “sonidos” (sistemas de altoparlantes), las primigenias esferas auditivas tecno sociales envolventes de San Miguel y la cabecera. Los raros tocadiscos y bocinas fueron puestos en alquiler a los poncitlenses quienes no podían pagar músicos en vivo y así emergieron los “sonideros”, similares a los espectáculos “urbanos” que llevan el mismo nombre. La fiesta patronal no volvería a ser la misma desde que las tecno bandas de 1980 y 1990 impulsaron la asociación de amplificación técnica con el mejoramiento de las celebraciones y la hombría. Y los sistemas de amplificación de los sonidos en automóviles de las subculturas de cholos y migrantes se transformaron en los modos grupales y callejeros de sociabilidad para la mayoría de la juventud entre 1980 y 1990.

El cuarto apartado es equivalente al apartado tercero, pero centrado en los televisores, los cuales se insertaron a modo de cinema en la genealogía de espectáculos públicos. Los dueños de teles eran, por lo general, ricos propietarios agrícolas y comerciantes; resulta notable que las primeras estaban en el centro de la vida pública tanto en San Miguel Zapotitlán como en la cabecera, a un lado de la carretera federal, a unos metros del templo católico y contiguas a las plazas. Pasado el tiempo, en los últimos años del siglo XX, conforme las tiendas a crédito y los mejores sueldos facilitaron a los poncitlenses el acceso a los aparatos electrónicos para disfrute personal y privado, ocurrió un paulatino retroceso de las sociabilidades públicas y las televisiones pasaron a ser un elemento esencial de los espacios privados del hogar. La generación de mis abuelos—nacidos entre 1930 y 1940—había soñado con tener sus propias tecnologías que eran parte de las prácticas públicas del ocio y abarcaban a la comunidad, la generación de mis padres—nacidos entre 1950 y 1970—fueron apantallados por esos dispositivos electrónicos y fueron incitados a comprarlos, y mi propia generación—nacidos entre 1980 y 1990—ya nos socializamos en un ambiente de tecnologías privadas y hogareñas.

VIII.A. Comercios, precios y estrategias de ventas

En este apartado muestro cuáles eran las opciones para comprar un electrodoméstico para uso personal en Poncitlán y datos sobre modelos y precios de radiorreceptores y telerreceptores. Entre los decenios de 1950 y 1970 había tres maneras de comprar un aparato electrodoméstico, mediante las tiendas departamentales de Guadalajara, con los pocos vendedores ambulantes y en Estados Unidos de Norteamérica. Es hasta 1970 cuando se fundaron las primeras “mueblerías” en la

cabecera equivalentes a las casas comerciales de electrodomésticos de la capital jalisciense. Sumado a lo anterior, había otro impedimento para el uso frecuente de tecnologías de reproducción de audio y música: el sistema de suministro eléctrico se instaló hasta los primeros años de la década de 1960. Antes de esa fecha, la operación de los radios²⁰⁹ se constreñía al suministro eléctrico de baterías y generadores de electricidad con base de gasolina.

Iniciaré con los precios y modelos de Guadalajara. En la ciudad, comercios de alta alcurnia como Sears y más modestos como Mayco promocionaban los electrodomésticos con detalladas descripciones en anuncios de *El Informador*, diario con proyección regional leído en Poncitlán. Algunos ejemplos son los siguientes: las televisiones Majestic “(consoleta de veintiún pulgadas, sin copa atrás, circuito de veinte bulbos)” tenían un precio de 3190 pesos en 1960²¹⁰. En 1968 la TV Phillips modelo Cadete fue descrita como un “televisor de mesa, en moderno acabado semi mate. Pantalla de cuarenta y ocho cm (diecinueve pulgadas)” con un precio de 3495 pesos, y dos modelos de televisor Philcolor de veinticinco pulgadas, uno más lujoso que el otro con gabinete, se ofertaban en 8995 pesos y 11795 pesos respectivamente²¹¹.

Además de alardear de las características de los artículos, la publicidad presumía de las facilidades del pago a crédito, lo cual fue una estrategia importante de comercialización de estos y otros enseres electrodomésticos. Sears presentaba en 1973 una pantalla de TV “modelo de lujo con pantalla de sesenta y un cm (veinticuatro pulgadas)”, precio de contado 3898 y mensualidades de 215 pesos a pagar en más de veinte meses. Decía el anuncio que el pago de mensualidades incluía “servicio y refacciones por quince meses”. Este mueble según Sears: “Proporciona imagen nítida aún en zonas alejadas y aunque haya interferencias de otros aparatos eléctricos. Con dos bocinas en bafles laterales para mejorar la fidelidad del sonido. Elegante acabado con chapa de nogal acabado poliéster brillante”²¹².

Había ofertas también en la tienda Mayco y otras de la capital de Jalisco, como una radio consola Philips con las últimas novedades de la época, “transistores” y “banda F.M”, la cual incluía “tocadiscos semi automático de cuatro velocidades estereofónico” y “gabinete de madera”. De contado el consumidor pagaría por la consola Philips 2995 pesos, a crédito se podía obtener “con un peso de enganche y más de un año de plazo sin interés. O más de veinte meses treinta y siete

²⁰⁹ La Real Academia de la Lengua Española (RAE) acepta el uso del femenino y masculino para hablar del radiorreceptor y señala que en México y gran parte de América los hablantes prefieren usar el género masculino para referirse a esas tecnologías. Aunque en las transcripciones de mis interlocutores hay uso de ambos, masculino y femenino.

²¹⁰ *El Informador*. Viernes 29 de abril de 1960. Página 10.


²¹¹ *El Informador*. Sábado 4 de mayo de 1968. Página 6-B.

²¹² *El Informador*. Lunes 10 de diciembre de 1973. Página 6-D.

pesos semanales”. En las ofertas de diciembre Mayco prometía lujosas radio consolas Admiral incluso más caras que una TV a 6695 pesos, crédito de ochenta y tres pesos semanales, y televisores General Electric de mesa, pantalla de cincuenta y un cm a 3295 pesos o cuarenta y un pesos semanales²¹³. Estos últimos datos se aprecian en la imagen VIII.A.


Imagen. VIII.A Ofertas de tecnologías en navidad en 1973

Ahorre \$300 en Precio Navideño



83 SEMANALES.
RADIO ESTEREO CONSOLA ADMIRAL A.M. y F.M. ESTEREO MULTIPLEX. Siesta Switch. Discoteca. Gabinete madera y poliester. Precio lista \$6,995.00 **PRECIO MAYCO** \$6,695.00 con UN PESO ENGANCHE y más de un año plazo sin intereses. O más de 20 meses \$83 semanales.
POLIZA DE SERVICIO GRATIS POR UN AÑO

Ahorre \$250 en Precio Navideño



41 SEMANALES.
TELEVISOR GENERAL ELECTRIC DE MESA 3 PASOS DE FRECUENCIA. Pantalla 51 cms (20 pulgadas) Instavisión. Precio lista \$3,545.00 **PRECIO MAYCO** \$3,295.00 con UN PESO ENGANCHE y más de un año plazo sin intereses. O más de 20 meses \$41 semanales.
POLIZA DE SERVICIO GRATIS POR 3 MESES

Fuente: *El Informador*. Lunes 10 de diciembre de 1973. Sin página.

Los precios eran prohibitivos incluso para los tapatíos de la ciudad, pero ya en la década de 1970 en la cabecera se instalaron mueblerías con precios asequibles y a crédito. La señora Eva—nacida en 1953—compró una radio consola de tocadiscos en Poncitlán en 1971 (Imagen VIII.B). Ella estudió la carrera de secretaria ejecutiva taquimecanógrafa y durante años fue la experta encargada del registro civil del Municipio, además laboró en empresas del corredor industrial de Jalisco. Entre su colección de acetatos hay uno del “homenaje a Elvis Presley y Rocky Russell” (Conversación informal. Poncitlán, 27 de abril de 2019).

El precio de su consola Audio Sonic era de quinientos pesos en una de las primeras mueblerías de la cabecera propiedad de Carolina Flores, originaria de San Miguel Zapotitlán, nacida en una parentela de propietarios terratenientes. Por otro lado, don José de Jesús—nacido en 1956—recuerda que los radorreceptores disponibles en las rancherías del municipio eran más económicos

²¹³El énfasis es mío. *El Informador*. Lunes 10 de diciembre de 1973. Sin página.

que en la ciudad, una de pilas costaba entre ochenta y cien pesos, y entre doscientos y doscientos cincuenta pesos “una de casa, grande de madera” (Entrevista. Poncitlán, 9 de septiembre de 2018).

Imagen VIII. B Consola de tocadiscos 1970



Fuente: Trabajo de campo, 2019

Algunos poncitlenses, como doña Eva, consiguieron sus equipos en la cabecera y otros más en Guadalajara; sin embargo, para la vasta mayoría era impensable acceder a las tecnologías aunque estuvieran en oferta. El salario de un jornalero era de veinticinco pesos semanales en la década de 1950. Incluso con un grandísimo sacrificio el pagar una sola mensualidad de un aparato radiofónico “rebajado” con un precio de 319 pesos en pagos mensuales de veintiséis pesos le supondría un cuarto de su ingreso mensual²¹⁴. Según el informe del Instituto de Geografía y Estadística de la Universidad de Guadalajara (IGE) para “1970 el 56.17% de la población económicamente activa” unas 3170 personas de un total de 5644 del municipio “ganaba menos de 500 pesos mensuales”, una cantidad por debajo del salario mínimo en la ciudad y el campo que era de 795 y 742.50 pesos

²¹⁴ *El Informador*. Domingo 23 de noviembre de 1952. Página 12.

mensuales respectivamente. “Más de la mitad de los trabajadores no obtenían el mínimo para su subsistencia”, mucho menos para un televisor (IGE 1971:26). Aun así, los comerciantes tapatíos insistían, salieron a los caminos polvorientos para promover sus productos hasta los domicilios de los clientes potenciales. En una nota sobre un robo de radiorreceptores con un valor de tres mil pesos publicada el domingo 13 de noviembre de 1966 en *El Informador*, se notificaba:

El robo fue denunciado ayer en la mañana por el señor José Félix Díaz Zepeda, agente vendedor de la negociación propietaria de la camioneta y los aparatos. En las oficinas del Ministerio Público de la Cruz Verde, se presentó y dijo que a eso de las 21:30 horas del viernes, llegó a Guadalajara a bordo de la *camioneta procedente de Michoacán a donde había ido a hacer gira de trabajo*²¹⁵. Llegó directamente a su domicilio de la calle Frías número 387 y se acostó a descansar. No se enteró en el curso de la noche de ningún ruido sospechoso que lo pusiera en alarma y por ello fue hasta ayer en la mañana que se enteró de que las puertas de la camioneta habían sido forzadas y de su interior habían desaparecido los radios²¹⁶.

Esos aparatos sustraídos posiblemente terminaron revendidos a bajos precios. Uno de estos vendedores ambulantes fue exitoso en tierras poncitlenses, por poco tiempo. El cronista Pedro Maldonado me comentó que, “allá por los setenta”, había un individuo originario de San José de la Pila, localidad del municipio, “quien vino de Estados Unidos, de esos típicos braceros”, es decir, que aprendió las mañas del comercio y el gusto por las tecnologías en el Norte. Decía Pedro de él que “su negocio era vender grabadoras, (...) ya era una grabadora de más calidad, una radio que ya tenía F.M., una radio que tenía más calidad auditiva, ya manejaba un tipo de sonido estéreo²¹⁷ y cosas por el estilo” (Entrevista. Poncitlán, 17 de marzo de 2018).

Don José Maldonado, padre del cronista poncitlense, compró una de esas grabadoras y otras personas de la cabecera adquirieron a crédito sus reproductores de sonido con ese vendedor. Sin embargo, el cuento terminó mal para este bracero comerciante ya que las autoridades lo atraparon y encarcelaron porque su mercancía era “fayuca” (Entrevista. Poncitlán, 17 de marzo de 2018). No obstante el peligro, otros vendedores transfronterizos siguieron llevando fayuca a la cabecera—en

²¹⁵ El énfasis es mío.

²¹⁶ *El Informador*. Domingo 13 de noviembre de 1966. Página 7-B.

²¹⁷ La historia del sonido técnico estereofónico, de dos canales auditivos, se retrotrae hasta el siglo XIX; sin embargo las radiodifusoras lo incorporan a su repertorio en la década de 1960. En Poncitlán desde la década de 1970 se popularizaron los “estéreos”, nombre que por metonimia llegó a significar reproductor de sonido. Lo mismo sucedió con otras palabras como “grabadora” y “sonido”.

especial productos de plástico y tecnologías, desde coches hasta cámaras fotográficas—antes del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) firmado el 17 de diciembre de 1994 por el presidente estadounidense George Bush, el ministro de Canadá, Brian Mulroney, y el entonces presidente de México, Salinas de Gortari.

En ese sentido, quienes comenzaron a hacerse de estos electrónicos para disfrute personal fueron los braseros y migrantes, también conocidos como “norteños”. Ninguno de mis interlocutores recuerda el nombre de los negocios donde compraron sus artículos electrónicos en Estados Unidos, pero sí reconocen el valor de poseer uno de esos signos de la concretización de un futuro mejor en Poncitlán. En realidad, la mayoría de las cosas que en manos de los norteños se introducían al país no eran demasiado voluminosas. El diseño de estos artilugios pensados para poblar los espacios privados del hogar “moderno” resultaba en objetos grandes y pesados no aptos para los largos viajes en tren y camión que realizaban los migrantes. Aun así, algunos braseros se arriesgaban a cargar con tales fardos y lograron introducirlos con éxito.

Don Manuel, quien iba al Norte desde el cuarto decenio del siglo XX, me dijo muy satisfecho un día: “Yo fui el primero que traje un radio a Poncitlán. Antes nadie tenía. Me lo traje de electricidad y de pilas, porque donde vivía no había luz todavía. Pero yo fui el primero. Y lo andaba presumiendo, con la familia, los amigos, con todos; cuando echábamos la cervecita sacaba mi radio y nos poníamos a escuchar música” (Conversación informal. Poncitlán, 20 de junio de 2017). Por las razones ya expuestas, de los más populares fueron los portátiles llamados “chiveros”, porque los procuraban los vaqueros y pastores de chivas; eran livianos, funcionaban con baterías, estaban forrados de cuero y tenían añadida una correa para colgarse del hombro.

Estos “chiveros” terminarían asociados localmente a la vida campirana y específicamente a las actividades mañaneras de los ganaderos. Todavía durante mi juventud en San Miguel vi y oí cómo los vaqueros en la ordeña de las vacas a las 5am o 6am sintonizaban estaciones radiofónicas como Radio Ranchito 102 F.M. de Morelia, Michoacán. Los vaqueros y pastores amenizaban sus labores con la recepción de canciones de los eminentes expositores de la música ranchera, como Miguel Aceves Mejía (1915-2006). Es razonable entonces que esos dispositivos fueron las primeras evidencias para los poncitlenses del arribo de un sinfín de novedades técnicas que se presentarían en los años venideros. En la Imagen VIII.C se observan un par de estos *chiveros*; se conservan en calidad de recuerdos aurales de las abuelas o padres fallecidos y porque sirvieron para inflamar los anhelos de las nuevas generaciones por las tecnologías.

Imagen. VIII. C Radios “chiveros” en Poncitlán



Fuente: Trabajo de campo, 2019

En resumen, entre las décadas de 1950 y 1970 era más sencillo adquirir un radiorreceptor que un televisor, en alguno de los tres modos posibles descritos. Para entender a profundidad cómo y porqué fueron tan exitosas estas tecnologías en Poncitlán, más allá del factor económico, es menester dar cuenta de cómo emergieron prácticas grupales y públicas, esferas poncitlenses alrededor de las pantallas y ambientes sonoros. Como argumentaré enseguida, la radiofonía, grabadoras, sonidos y reproductores de música y televisores ambientaron la sociabilidad poncitlense y se tornaron insustituibles medios de establecer vínculos entre las personas.

VIII.B. Esparcimientos populares, públicos y colectivos

Para cumplir el objetivo que he planteado, requiero insertar la genealogía de las esferas de sociabilidad técnica poncitlenses en una lista de otras sociabilidades y entretenimientos públicos: toros y jaripeos, carnavales, quema de Judas, pastorelas, cantinas y la música y el baile en vivo de

las fiestas patronales. El filósofo e historiador Ángel Miquel (2005) ha notado sin desarrollar demasiado el tema que los espectáculos callejeros y las incipientes proyecciones cinematográficas, asociados a la “modernidad” en las ciudades y el campo, deben ser puestos lado a lado para su análisis con otros divertimentos populares (Miquel 2005:19). Aquí desarrollaré esa noción para entender la fecundidad de radios y teles como elementos patentes del imaginario tecno social de la modernización.

En el capítulo VII expliqué que antes y ahora la escala temporal agrícola-religiosa pautaba las temporalidades de ocio y trabajo en Poncitlán y los ambientes festivos comunitarios sucedían una vez al año y se repetían anualmente (ver capítulo VII). Este punto es relevante, pues como se verá, los cinemas, la radiodifusión y el consumo televisivo público estimularon el desprendimiento de los divertimentos colectivos de esa escala temporal agrícola-religiosa y dieron pie a que la esfera tecno social del ocio se expandiera. Esto no significa la secularización completa de las temporalidades del ocio, ya que las fiestas patronales en honor a diversos santos y vírgenes todavía fueron grandiosos eventos de la sociabilidad para todas las clases sociales en la región.

Algunos de los únicos entretenimientos colectivos para los poncitlenses antes del arribo de dispositivos electrónicos fueron las fiestas religiosas con actividades lúdicas (para descripciones más detalladas ver capítulo VII). En febrero el Carnaval permitía un ambiente dionisiaco antes de la Cuaresma de marzo o abril, en específico era así para los charros y la gente de a caballo. La quema de Judas, representación incluida en este complejo relacionado de la semana santa, también desplegaba juegos colectivos, como atrapar cerdos embadurnados de manteca o subir al palo encebado—un tronco vertical embarrado de cera o manteca en cuya altura colgaban platos, vasos u otros objetos—para conseguir un premio. Las mayores distracciones, sin embargo, fueron las fiestas patronales. En San Miguel había celebraciones en junio los días 13 de San Antonio, 24 de San Juan y 29 de San Pedro y San Pablo y el novenario del patrono San Miguel Arcángel que culminaba el 29 de septiembre. Y a finales del año, las pastorelas de diciembre agrupaban a los poncitlenses para admirar las representaciones del peregrinaje de la Virgen María y San José hasta el nacimiento del Niño Dios en el famoso pesebre de Belén.

Por razones ajenas al cambio tecnológico, en las décadas de 1970 y 1980 varias fiestas populares desaparecieron. A finales de 1970 el cura de San Miguel Zapotitlán prohibió la quema de Judas; no cuento con la versión de ese sacerdote, pero debió perturbarle un episodio performativo en que un hombre disimulaba ser la “viuda de Judas” y los espectadores le gritaban alusiones sexuales. Sumado a lo anterior, se acusó de ladrones a los “hijos de Judas”, jóvenes quienes

siguiendo esta práctica instituida se pintaban la cara de negro y por la noche sustraían objetos de las casas de los sanmiguelenses para luego devolverlos a sus dueños en la “lectura de la herencia de Judas”, en donde se recitaban versos que comparaban de manera guasona las cosas robadas con sus propietarios.

Las pastorelas, “los pastores”, dejaron de celebrarse hacia 1980. Nadie sabe la razón, pero me comentaron que fue debido a que los intérpretes de los roles esenciales (el pícaro Ermitaño, un *trickster* quien correteaba a niños y niñas; los diablos, Luzbel, Asmodeo, Tentación y otros personajes como El Charro) envejecieron o se encontraban en los Estados Unidos. En otras localidades de la región los pastores siguieron siendo fundamentales hasta hoy en día para la expresión de la religiosidad popular, tanto en rancherías de la margen norte del río Santiago, como Azcatlán, así como en las comunidades indígenas de la ribera norte de Chapala, como Mezcala. Sin embargo, en San Miguel Zapotitlán ya no se oyeron aquellos parlamentos decembrinos: “Tentación: ¿Cuál es tu aflicción? —Luzbel: Ese Dios que ha de nacer”²¹⁸.

Desde 1930, a la par de las representaciones de la religiosidad popular, también había espectáculos seculares. Por temporadas llegaban cines ambulantes de gitanos y varios días a la semana operaban los cines instituidos—colocados dentro de edificios especializados con horarios semanales definidos. Los cines instituidos dotaron de regularidad al ocio cinematográfico semanal y ampliaron los pasatiempos más allá del calendario religioso. En la cabecera, estaba el Teatro Cine Obrero propiedad del comerciante José Castellanos. En esos años, una orquesta musicalizaba las películas del cine mudo. El proyector lo operaba Juan N. Durán²¹⁹, quien propagandeaba las funciones con volantes de este tipo:

Cero y van dos, dos formidables estrenos con el incansable empresario Juan N. Durán saluda a su público. Ahora presenta nada menos que la Dama del Cine Nacional Medea de Novara en La Paloma. Hoy miércoles 7 de septiembre de 1938. Dos regias funciones. Tarde a las 5:30. Noche a las 9 en punto (Franco Acosta 2018: 272).

Además de las funciones de los miércoles y sábados, había una matiné los domingos por la mañana (Franco Acosta 2018:271). El precio era de cincuenta centavos en la luneta y veinticinco centavos en

²¹⁸Parlamento del *Coloquio de la Virgen de Guadalupe*, de San Miguel Zapotitlán, anotado por la profesora rural María Rojas Díaz alrededor de 1960.

²¹⁹ Juan Durán aparece a lo largo de esta investigación como el operador técnico de la “modernización” y el “progreso”. Fue taxista en 1930, operador de cine, animador de los eventos públicos, ya que contaba con un sonido con micrófono para amenizar los eventos y fiestas. Lamento no haber podido averiguar mayores detalles de este personaje, quien supuestamente vivió hasta los cien años.

las gradas. Los poncitlenses de escasos recursos solían pagar la entrada con huevos de gallina como adelanté en el capítulo V. En fechas similares, en Guadalajara, el “Cine Regio (la catedral del sonido)” presumía una mayor variedad de funciones y precios en un horario entre las cuatro y las veintitrés horas. En la ciudad cobraban setenta y cinco centavos la luneta y veinticinco centavos el balcón²²⁰. En el Poncitlán de 1941 funcionaba el Cine Diana, propiedad de Ramón Jiménez, quien aparece en el capítulo IV sobre los “héroes del progreso”. En febrero de 1969 el Diana fue reinaugurado bajo el nombre de Teatro Cine Diana (Franco Acosta 2018: 278). El inmueble albergaba representaciones teatrales y “la nueva administración había programado distintas funciones de entretenimiento en los días que no había exhibición de películas”, por ejemplo, lucha libre los martes y los viernes “concurso de aficionados al canto” (Franco Acosta 2018: 181).

En esos mismos decenios y posiblemente más atrás en el tiempo, los circos y cines de gitanos, “húngaros” como les apodaban, aparecían en las rancherías alejadas y en las afueras de la cabecera con carpas improvisadas o plantados bajo cielo raso en temporada de secas. Las refresqueras (Pepsi y Coca Cola) emularon el cine de gitanos, pero gratuito, a modo de estrategia de publicidad. “Venían en unas camionetas muy bien equipadas con altavoces, mantas, lonas, una planta de luz y un proyector de películas” (Franco Acosta 2018: 280), se acomodaban en una vieja pared de adobe y los asistentes acarreaban sus sillas para luego sentarse a mirar las novedades cinematográficas. El cronista poncitlense Franco Acosta escribe que los camiones de las refresqueras se estacionaban en las esquinas de las calles y se dedicaban a destapar los refrescos de los consumidores, quienes intercambiaban las corcholatas por boletos para entrar a una rifa de artículos publicitarios (vasos, charolas y jarras). Por la noche, se realizaba una función de cinema y como epílogo se rifaban los artículos entre los asistentes con boleto (Franco Acosta 2018: 280-281). Este sorteo provocó que los poncitlenses se desvelaran fuera de sus horas habituales de acostarse, es decir, si se recogían a las veinte horas diariamente, en los días de “cinito” lo postergaban hasta la medianoche.

Generalmente, los asistentes de los cines se dirigían a la plaza de armas a la serenata nocturna dominical, que terminaba entre las veintidós y veintitrés horas. En la serenata, los hombres andaban en grupos de amigos en la plaza, circulaban en una dirección, mientras que las mujeres transitaban en el sentido contrario. Los chicos compraban serpentinas, confeti y flores, las cuales cargaban envueltas en hojas de vástago. Si a un muchacho le gustaba una chica, en la primera vuelta se acercaba y le arrojaba confeti o serpentinas. En otra vuelta le regalaba una flor. Si la mujer

²²⁰ *El Informador*. Viernes 15 de marzo de 1937.

aceptaba la flor podía ser el inicio de una posible relación. Aunque, como me platicó don Salvador—nacido alrededor de 1940—“si la mujer te decía, quítate por allá con tu cochina flor, pues ya sabías que ahí se acababa” (Conversación informal. Poncitlán, 12 de abril de 2019).

Obviamente, las serenatas y los entretenimientos religiosos involucraban a las personas de maneras que no eran posibles en los cinemas. La participación en pastorelas y en la quema de Judas era hasta cierto punto sagrada y obligatoria y si bien estos eventos eran para ser disfrutados por cualquier persona, para los intérpretes implicaban una transformación corporal relevante y una fundamental producción de relaciones sociales. Sin embargo, para algunos poncitlenses jóvenes en esos años, los cines constituyeron sus esferas de sociabilidad paralelas. Allí dentro, los muchachos se arrojaban cosas entre ellos y cortejaban a las jovencitas, los hombres gritaban en las escenas álgidas y se cuenta de algún embravecido “ranchero de antes” quien descargó unos balazos en la pantalla improvisada de un ambulante para matar al personaje villano.

Una vez repasados los divertimentos anteriores paso al tema de la música, un ámbito transformado por los radiorreceptores. Como en otros lugares, existieron cantinas y billares famosos en donde se oía música en vivo y en vitrolas y tocadiscos, establecimientos que fueron zonas exclusivas de los hombres adultos. En San Miguel se hallaba el billar de doña Félix Cortés y la cantina de don Pablito Hernández, “muerto dos veces” (fue fusilado por los cristeros pero sobrevivió y luego falleció realmente), quien fue testigo de borracheras, peleas y asesinatos. También las bodas y bautizos daban lugar al baile y la escucha de música y su alcance era amplio ya que se invitaba con generosidad a parientes, amigos, conocidos y vecinos. Pero estas pachangas se hacían coincidir con los días de las fiestas patronales, las cuales fueron las esferas de entretenimiento musical por excelencia.

La música de la región antes de 1950 era de mariachis. Aunque no cuento con datos suficientes para afirmarlo, tres evidencias etnográficas soportan esta hipótesis. Primero, la región de Poncitlán se encuentra dentro del área del “mariachi tradicional”, el cual “como elemento de la cultura mestiza, permanece, con variaciones en Nayarit, Zacatecas, Aguascalientes, Jalisco, Colima, Michoacán, Guerrero y Oaxaca” (Jáuregui 2007:30). Segundo, las imágenes de la época sugieren la presencia de mariachis. Si se observa la Imagen VI.A, presentada en el capítulo VI, se admira un conjunto de cuatro músicos que se corresponden más o menos con el número de integrantes (cuarteto o quinteto) y algunos de los instrumentos musicales tocados por los mariachis tradicionales (guitarra, guitarrón, violín, vihuela, tambora, arpa) según el antropólogo especialista

en el tema Jesús Jáuregui (2007); en los retratados en Poncitlán uno carga violín, otro guitarra y dos más unas percusiones, tambor y tarola respectivamente.

Tercero, mi bisabuelo Julio Ramírez Rodríguez—nacido en 1891 y fallecido en 1971—tocaba tambora, tarola y el violín en agrupaciones similares a la descrita y además ensayaba las pastorelas junto con otros músicos de Azcatlán y Mezcala. También sabía reparar los instrumentos de percusión con cueros de vaca o de chiva. La banda de mi bisabuelo consistía en una alineación de violín, tambora, tarola, tololoche y otro instrumento tañido con arco, “como un violonchelo” (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, 7 de marzo de 2019). Quienes lo oyeron, conocidos y nietos, no saben cómo describir el sonido de las piezas interpretadas por mi bisabuelo, me dijeron que su música sonaba “como improvisada”. Lo que les causó grata impresión es que cuando el conjunto actuaba se disponían las parejas a bailar zapateado alrededor de un sombrero tirado en el suelo (Conversación informal, San Miguel Zapotitlán, 8 de octubre de 2018). Es curioso que conforme ascendían los mariachis de las industrias culturales, asimismo descendía su relevancia como música en vivo en Poncitlán.

Uno de los hijos de mi bisabuelo, Cecilio Ramírez, integró con sus compatriotas una banda sinaloense en lugar de una agrupación de mariachi “de la gente de antes”. Los miembros de esta generación, nacidos entre 1930 y 1950, prefirieron los estilos culturales musicales del Norte de México y sur de Estados Unidos, como las bandas de tamborazo y tuba y los conjuntos norteños de acordeón y bajo sexto. Lo propio sucedía con las películas y los programas radiofónicos difusores de estos nuevos estilos musicales. En la Imagen VIII.D está la banda *San Miguel*, en la parte central inferior aparece en cuclillas mi tío abuelo Cecilio Ramírez con una tarola. Nótese cómo esta banda no cuenta con la enorme tuba característica de las bandas sinaloenses actuales, cuyos precios ascienden arriba de los cuarenta mil pesos.

A partir de 1960 las fiestas se vigorizaron conforme los ingresos de los migrantes aumentaban, a veces se iban al Norte con el objetivo específico de reunir dinero para pagar el “cargo”, es decir, para conseguir dinero para financiar las celebraciones de junio o septiembre o en su defecto de noviembre, mes de la Virgen del Rosario en la cabecera (capítulo IV). También los agricultores alcanzaron, intermitentemente, mejores cosechas gracias a las nuevas técnicas de cultivo, como asenté en el capítulo VII. A raíz de lo anterior, los “cargueros” contrataban cada vez a famosos grupos norteños y bandas sinaloenses para amenizar los bailes nocturnos. Los mariachis o las agrupaciones como la de mi bisabuelo Julio Ramírez se esfumaron. Posteriormente, bandas y

norteños propulsaron una carrera para amplificar su sonido que decantaría en los sistemas ostentosos de bocinas.

Imagen VIII. D Banda *San Miguel* en diciembre de 1960



Fuente: Archivo personal

En Poncitlán y San Miguel se recuerda una gira de una de las bandas sinaloenses más emblemáticas de este movimiento: *El Recodo* de don Cruz Lizárraga. Mi tío Antonio me platicó:

Quando la difunta María Rojas trajo la banda *El Recodo* no cabía la gente en la plaza, era un *bandonón* [grande en número de integrantes y por el espectáculo]. A nosotros se nos hacía extraño porque, cuando vino, pues *asina* era de enorme el *pitonón* que traían, pues era la tuba. La sombra de la tuba, con las luces del escenario, daba vueltas en el piso; toda la gente estaba bien emocionada, hasta con la boca abierta” (Conversación informal, San Miguel Zapotitlán, 8 de octubre de 2018).

Con estos detalles es posible dar una idea del impacto que causaba la banda sinaloense y cómo la músicaailable, cinemas y representaciones de la religiosidad engalanaban una plena vida pública del entretenimiento en Poncitlán en el siglo XX. Es en esta tradición audiovisual del ocio colectivo donde se introducirían las televisiones y radios públicas a partir de la década de 1960. Fueron las prácticas grupales de ver tele y oír radio las que vigorizaron un nuevo modo de vida “urbano” poncitlense. Estos espectáculos eran para goce de la colectividad, incluso en los entretenimientos de paga, las personas sin recursos lograban acceder o veían las películas desde lejos, se procuraban participar en un ambiente de fascinación en estos espectáculos del “futuro”. Esto induciría a los niños y niñas nacidas entre 1950 y 1970 a empaparse de pantallas y referentes audiovisuales que ellos anhelarían durante su vida adulta. Posteriormente, esta generación buscaría el refugio de esferas tecno sociales para su tiempo libre.

VIII.C Radios públicos, sonidos y amplificación

¿Cómo accedieron los poncitlenses al consumo de las novedades tecnológicas siendo estas mercancías tan caras? Otros investigadores intentaron contestar esta pregunta para los contextos “urbanos”. Así pues, existe evidencia histórica del siglo XIX de cómo las personas en la capital de México accedían mediante distintas estrategias, que no necesariamente implicaban la compra a las “máquinas de sonido”, a los fonógrafos patentados por Thomas Alva Edison en la década de 1870. Según el historiador Jaddiel Díaz Frene, “en los archivos judiciales se conservan casos de robo y estafa que permitieron la circulación de las máquinas hacia sectores que en general tenían bajos recursos” y algunas personas alquilaban los fonógrafos (2016:276, 278).

Este tema, como otros sobre tecnología, ha sido investigado desde una cómoda perspectiva ciudadina, donde hay todo tipo de datos e informaciones, con lo cual se acrecienta el desconocimiento de las transformaciones tecnológicas en contextos “rurales”. Afortunadamente, otros estudiosos han registrado parte de esos modos no individuales de acceso a la tecnología en contextos campiranos. Es el caso de Ortiz Boza quien relata que en San Antonio de las Huertas, una comunidad mazahua del Estado de México, en la década de 1970, “el hecho de contar con un tocadiscos hizo que las personas que lo tenían lo alquilaran para fiestas y los buscaban como padrinos de sonido para ambientar las fiestas; así alquilaban no solamente el aparato, sino también los discos o casetes” (Ortiz Boza 2016:76). En 1980, Jáuregui observó en Nayarit:

En el Juanacaxtle descubrí al mariachi tradicional vigente, pero tan sólo en su parte religiosa, pues para el ‘baile de parejas’ se utilizaba música ranchera con un tocadiscos que

funcionaba mediante una planta de gasolina, transportada a lomo de mula” (Jáuregui 2007:17).

Sumado a ese esfuerzo, aquí exploro cómo los aparatos de reproducción sonora refundaron la esfera lúdica del entretenimiento en Poncitlán en nuevas esferas tecno sociales que fueron las amarras de las relaciones sociales entre 1950 y 1980. Esas esferas hicieron emerger un estado que los locales llamamos “estar alegres”, consistente en una amplificación de las emociones positivas, un aumento perceptible de la subjetividad y la comunalidad. Estar alegres es inversamente proporcional al “estar apagados”, al silencio asociado con la tristeza y la falta de vida. De hecho, antes de 1980, cuando una persona fallecía la norma obligaba el silencio “de todo el pueblo”, los sonidos se apagaban y las conversaciones eran en voz silente. Esta costumbre contrasta con otras usanzas de Jalisco y Nayarit en que el mariachi tradicional canta y toca “parabienes” en los velorios de *angelitos*-niños fallecidos (Jauregui 2007:274).

Los primeros gramófonos arribaron a la cabecera posiblemente en los primeros decenios del siglo XX, pero es a partir de 1960 cuando proliferación otros dispositivos aurales que funcionaban de manera idéntica. A pesar de las mejoras relativas en los ingresos debido a la migración y mejores cosechas de los agricultores, la mayoría de los poncitlenses no lograba comprar una tecnología de ese tipo para uso personal. Sin embargo, la generación de nacidos entre 1930 y 1940 y sus hijos nacidos entre 1950 y 1970 rememoran con insistencia estos dispositivos aurales considerados índices de la “modernización” de Poncitlán. Aquellos poncitlenses fueron expuestos a un ambiente sonoro radiofónico que les incitó a anhelar el adquirir sus propias tecnologías en el futuro.

En páginas anteriores he mencionado dos de los nombres locales para los primeros radios (grabadoras y chiveros)²²¹. Ahora resulta indispensable señalar que los poncitlenses llamaban “sonido” a casi cualquier tecnología de reproducción de audio alrededor de la cual emergía una esfera para la sociabilidad: radiorreceptores, tocadiscos, grabadoras, estéreos, reproductores de MP3; perifoneo, sonideros, altoparlantes, autoestéreos, micrófonos con bocinas, entre otros. Esta categoría local advierte del entrelazamiento indisoluble de aparatos electrónicos, música y audio, y relaciones entre personas; en palabras de Latour este fenómeno designa una red de asociaciones de elementos heterogéneos fundamentada en la música (2008). Así pues, a continuación anoto

²²¹ Estos nombres coloquiales son indicativos de cómo los usuarios entendían las tecnologías. Marco Ramírez Cornejo escribió en un libro sobre los sonideros de la Ciudad de México. Consignó que su “tío Amado” “armó en su juventud—tendiendo como base un manual comprado en em mercado del baratillo de Tepito—lo que él denominaba *radio de aire*; no requería corriente eléctrica [en realidad se refiere a que no hacía falta suministro de la red de electricidad] y tenía una pequeña bocina que ponía en el patio cerca de la calle para que los vecinos escucharan” (2010:6).

cómo accedían los poncitlenses a los primeros “sonidos” de la “modernización” y cómo emergían esferas para las relaciones sociales.

Al atardecer, en los antiguos barrios de Poncitlán, San Francisco *vox populi* Bandera Negra y Santa María, era corriente ver congregaciones de entre cuatro y hasta una decena de mujeres quienes juntas escuchaban las radionovelas²²² (Conversación informal. Poncitlán, 1 de octubre de 2018). Según testigos de la época, “el tiempo se paraba” cuando las estaciones emitían *Porfirio Cadena, el ojo de vidrio*, escrita por Rosendo Ocañas. Asimismo, otros jóvenes de entonces, de la generación de mis abuelos, nacidos entre 1930 y 1940, crecieron en un ambiente radiofónico que eclosionaba en las calles. Don Wilfrido me comentó cómo en San Miguel:

Nosotros nos la pasábamos acostados en la banqueta, oyendo las peleas de box en la radio que tenía un hombre apodado El Manco. En las mañanas hasta se oían las peleas de Japón. Un día iba yo a cuidar las vacas y ahí donde ahora vive Salvador Torres no me acuerdo quién vivía antes, la pared tenía una rajadura. Me estuve ahí, arriba del caballo, escuchando la pelea de un boxeador mexicano, uno de los antiguos, a las seis de la mañana (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, 22 de marzo de 2019).

En la cabecera, Mundo, famoso comerciante cuyo establecimiento se encuentra todavía a un costado de la plaza, sintonizaba señales radiofónicas de países como Cuba, de modo que sus empleados y clientes escuchaban sin proponérselo los discursos de Fidel Castro en la década de 1970. A mi amigo comerciante—nacido en 1951—le inspiraron esas arengas revolucionarias y quiso poseer un radiorreceptor, el cual compró en cuanto pudo permitiéndolo al vendedor ambulante de fayuca. Ambas generaciones, la de los primeros braceros y la de sus hijos, cultivaron el anhelo de poseer aparatos de reproducción y emisión de audio para uso individual en un futuro cercano, luego de haberse socializado en un ambiente sonoro de la modernización.

Además de esos accesos indirectos al consumo de radionovelas y otras narraciones radiofónicas, iniciando en alrededor de 1950 existió una esfera tecno social cuyo nombre era “el sonido”, un artefacto “hechizo”²²³, logrado al conectar un gramófono o tocadiscos y un micrófono a un amplificador, el cual enviaba la señal eléctrica por un cable hasta un altoparlante de trompeta

²²² Esta actividad era hasta la década de 1990 propia de las mujeres en los ranchos de Michoacán, como escribe Martha Chávez Torres: “Bordar o tejer mientras escuchan sus radionovelas favoritas o conversan es un pasatiempo muy productivo. De las emocionantes historias narradas en las radionovelas salen las servilletas, toallas, carpetas y colchas; y los manteles y almohadones que adornarán el hogar paterno, el de algún familiar o algún día el suyo” (1998:221).

²²³ Este vocablo se usa para designar una innovación de ingeniería local que consiste en un objeto que ha sido ensamblado o copiado con partes de otros objetos o tecnologías.

levantado unos quince metros del suelo. El altoparlante transducía la señal eléctrica en ondas sonoras. Antes del suministro continuo de electricidad se echaba a andar con la corriente de baterías o la proveída por un generador de luz de gasolina. El altoparlante se giraba en varias direcciones para que las melodías y los mensajes abarcaran los cuatro rumbos del espacio poncitlense y gracias al viento y el eco del cerro El Venadito las ondas sonoras cubrían a la localidad entera y generaban la sensación de arrojar a la gente dentro de una esfera comunitaria que resonaba afuera y adentro de las personas (Díaz Ramírez 2006).

Imagen VIII.E “Sonido” en San Miguel Zapotitlán 2017



Fuente: Trabajo de campo, 2017

El sonido cumplía el propósito de anunciar productos como leche o carne de cerdo recién sacrificado, horarios de las reuniones de las comunidades agrarias, campañas de salud e informes de las escuelas. Pero lo principal era cómo, cada día desde temprano, la jornada iniciaba con música reproducida en ese aparato. Los varones solían de manera anónima dedicar versos y canciones a sus pretendidas, pero también dedicaban melodías a sus amigos, y quienes pagaban unos centavos podían mandar felicitar a los cumpleaños con las “mañanitas”. Los sanmiguelenses, hasta la actualidad, salen de sus casas para escuchar cuando suenan los anuncios. El sentido del oído de quienes crecimos en esta esfera tecno social nos permite corresponder a las señales del espacio acústico de la comunidad.

Los sonidos para estar alegres eran propiedad de los miembros de la clase comerciante quienes cobraban por el servicio de anuncios, rondas de canciones y felicitaciones, así pues tampoco afirmo que eran comunales totalmente. Hay un aspecto de clase y de prestigio inmiscuido en la posesión de estas tecnologías, hasta el punto de que los dueños de sonidos fueron considerados “héroes del progreso”, como ya adelanté en el capítulo III. En San Miguel ensamblaron sonidos varios integrantes de la familia Cortés los hermanos doña Félix (ver Imagen VIII.E) y don Alberto Cortés y sus primos don Pablo y don Teodoro Cortés Linares; además una tecnología similar la manejaban los dueños del cine Bugazán, mis tíos Carmen Rojas Díaz y Marcos Campos Jáuregui.

En la cabecera, hasta donde abarcan mis hallazgos, Soledad de la Torre y Miguel Montes Castellanos operaban cada uno su sonido. Los encargados de echar a andar estas esferas de tecno sociabilidad fueron, además de publicistas, unos versados en los éxitos musicales de México, y eran medianamente ricos en este contexto, hacía falta solvencia económica suficiente para adquirir los acetatos de novedad.

Resulta posible que situaciones similares surgieran en otras comunidades de México y el mundo. He encontrado evidencia histórica y etnográfica de praxis tecnológicas análogas en varias regiones de Jalisco, en la meseta central de México y otros países como Corea del Sur. Los sonidos fueron y son relativamente comunes en las localidades de las márgenes norte y sur del río Santiago, en las comunidades de la ribera norte del lago de Chapala (por ejemplo San Pedro Itzicán) y en ranchos del sur de los Altos de Jalisco (por ejemplo Otatán). Artefactos equivalentes fueron reportados en 1940 como parte del equipamiento de edificios del Conjunto Urbano Presidente Alemán (CUPA) en Tlatelolco, Ciudad de México, “ejemplos tangibles de incipiente ingreso a la modernidad y el progreso”: “Los departamentos del CUPA poseían unos altoparlantes desde donde se difundía el mismo programa para todas las familias” (Giglia 2012: 109, 110). Al parecer, estos

sistemas fueron promocionados por académicos estadounidenses para implementarse como radios locales en países “subdesarrollados” en ausencia de sistemas radiofónicos instituidos, este es el caso descrito por Ithiel Sola Pool para Corea del Sur en 1960:

Los altavoces cuestan alrededor de un dólar, y el empresario [propietario] los conecta con un sintonizador-amplificador central que funciona con baterías y tal vez una grabadora de cinta que él posee, utilizando un cable militar que cuesta solo unos treinta centavos por cada cien pies. El pueblo está provisto de música la mayor parte del día²²⁴ (1966:107).

Los sonidos de altoparlantes todavía funcionan en estas fechas, pero ya no es factible catalogarlos como esferas tecno sociales. Hacia 1980 los sonidos dejaron de reproducir música y dedicar canciones para utilizarse solamente como medio de notificación de asuntos de interés colectivo.

En Poncitlán, la propietaria de un comercio quiso revivir esta esfera sonora en una de las colonias periféricas. En 2010 instaló un altoparlante arriba de su negocio, lo conectó a un amplificador marca *Siren* y añadió un micrófono. Me dijo que lo hizo “por gusto, para que estuviera esto alegre”. Desde las siete treinta y hasta las dieciséis horas el sonido reproducía canciones de Juan Gabriel y Luis Miguel, entre otros artistas mexicanos grabados en casetes. Cuando uno de sus amigos cumplía años le daba las mañanitas a las seis de la mañana, según ella, “los vecinos estaban muy contentos”; hasta cuando algunos la demandaron por ruidosa. Los desconformes juntaron firmas y acudieron a las autoridades del Ayuntamiento. Alegaron sufrir dolores de cabeza y otras molestias causadas por la música indeseada, sin embargo ella piensa que la obligaron a apagar su sonido “por envidias” de otros comerciantes de la zona porque con sus anuncios beneficiaba su propio negocio y el de sus conocidos. (Conversación informal. Poncitlán, 18 de mayo de 2018).

Lo anterior indica cómo los lazos sociales que soportaban la esfera del sonido se desataron, y si bien se conservan en San Pedro Itzicán y otros lugares de la región, donde aún suenan desde el alba hasta el atardecer, han sido despojados de su sentido comunitario de antaño en Poncitlán y en San Miguel Zapotitlán. Estas descripciones son prueba del alcance y las limitaciones de las esferas tecno sociales en que las ondas sonoras conformaron espacios de sociabilidad. Así pues, con esta evidencia sostengo el argumento de que esas tecnologías públicas permitieron el acceso limitado a la mayoría de la población de Poncitlán a las novedades de la época. Para cerrar este apartado resta disertar sobre las repercusiones de la música reproducida técnicamente causadas a la música

²²⁴ “The loud-speakers cost about a dollar, and the entrepreneur connects them with a single, central, battery-operated tuner-amplifier and perhaps tape-recorder unit that he owns, using army wire that costs only about thirty cents per hundred feet. The village is thus provided with music most of the day (...)” (Sola Pool 1966:107).

interpretada en vivo y la difusión de otras esferas tecno sociales hacia el octavo decenio del siglo XX.

Debido a que algunos poncitlenses sí compraron ciertas tecnologías acústicas “modernas”, se hizo común el alquiler, más barato que el precio de los grupos musicales, en específico para fiestas de menor alcance en función del número de asistentes, bodas, bautizos y quinceañeras. Para designar esos sistemas sonoros se usaba la palabra “sonidero”, cuya definición iba más allá de los simples aparatos ya que englobaba el ambiente creado por la reproducción de música y la presencia de una especie de maestro de ceremonias quien parlaba por un micrófono saludos y felicitaciones. Aquellos sonideros eran equivalentes a lo que se entiende ahora como “sonidero”, un espectáculo de música reproducida (cumbia y cumbia rebajada), luces y baile, fenómeno “urbano” supuestamente específico de las barriadas de Monterrey y Ciudad de México.

Lejos de admitir su carácter general “urbano”, la evidencia etnográfica es suficiente para plantear que los “sonideros” fueron una esfera tecno social extendida en zonas rurales de México y no solamente en las ciudades. Según me platicó el periodista local Ramón Escoto, en 1960 don Juan Durán ya exhibía espectáculos idénticos, aprovisionado de un tocadiscos, bocinas y micrófono para entretener en los eventos patrios del Ayuntamiento y para alegrar las celebraciones de quienes no conseguían pagar música en vivo. Cuando un poncitlense aludía a estos eventos preguntaba “¿quién va a tocar en la fiesta de Fulano?” y le respondían “los negros”, es decir, los oscuros discos de acetato del sonidero de Juan Durán (Conversación informal. Poncitlán, 1 de octubre de 2018). En una práctica de campo a la que asistí en calidad de invitado con un grupo de alumnos de la Universidad Iberoamericana, acompañé a David Robichaux a San Jerónimo Amanalco, Estado de México, donde una alumna del posgrado haría su estadía etnográfica en casa de don Simón Xochimil, anciano hablante de náhuatl. Don Simón tenía a resguardo en un tejabán, entre herramientas y costales de maíz, una bocina de altoparlante de trompeta, un tocadiscos y un amplificador; según me comentó, formaban parte de un “sonidero” con el que deleitaba musicalmente a parientes y amigos en las festividades.

Dejando de lado el alcance de este fenómeno, las fiestas patronales de la región poncitlense eran impensables sin música en vivo. En este aspecto, los sonidos o sonideros no sustituyeron los conciertos. Lo sucedido fue que hacia 1970 las agrupaciones nortteñas y las bandas sinaloenses iniciaron una carrera por maximizar la amplificación de su audio. Esto como parte de las transformaciones en la industria musical a nivel nacional en cuanto a la incorporación de cantantes en las agrupaciones, quienes al ser opacados por el resto de los instrumentos se apoyaron en

micrófonos y bocinas para hacerse oír, y sobre todo debe entenderse en relación con los requerimientos de altos volúmenes para conciertos masivos de la tecno banda luego de 1980 (Vaqueros Musical, Banda Toro, Banda Machos, entre otras).

En Poncitlán, a mayores decibeles se correspondieron una elevada subjetividad y una comunalidad amplificadas. En consecuencia, hacer una fiesta prestigiosa, además de presentar variedad de bandas y norteños, solicitaba potentes bocinas y amplificadores y juegos de luces y humo artificial. Las fiestas patronales se transformaron en una imitación en menor escala de los aparatosos *shows* de las tecno bandas. Los poncitlenses se acostumbraría a grupos amplificados técnicamente no sin cierta resistencia de la generación de mis abuelos a quienes el volumen les sigue pareciendo excesivo. Pero lo relevante es que la amplificación terminaría asociada por las generaciones jóvenes por un lado a la “modernización” y el mejoramiento de las fiestas patronales y por el otro lado a las sociabilidades dionisiacas, al *estar alegre* y la hombría.

En este imaginario tecno social un joven con un “moderno” equipo auditivo, mejorado en fidelidad y volumen, había logrado una de las aspiraciones locales de mejoramiento y progreso. Algunos poncitlenses adquirieron equipos de audio rimbombantes encendidos para hacerse notar en el espacio acústico poncitlense. Aquí acoplaron las prácticas de los migrantes aficionados a la “cultura” de las modificaciones de automóviles en Estados Unidos con las nuevas aspiraciones de los jóvenes del XXI. Hasta la fecha, los locales sabemos distinguir a los *norteños* por sus trocas—camionetas con placas de Illinois o California—y sus autoestéreos amplificados cuando circulan en las calles de rancherías y de la cabecera haciendo retumbar los vidrios de las casas.

Estos sonidos no eran exclusivos de los coches, pues también se acomodaban a las bicicletas estilo *low rider* predilectas de los miembros de pandillas de los barrios de Santa María, El Toril y Santiago Totolimixpan. El arquitecto Guillermo—nacido alrededor de 1990—recuerda ver automóviles modificados y pandillas (*gangas, clicas*) con sus sonidos escuchando música cerca de El Toril, donde se halla un perímetro de la Escuela Secundaria Técnica No. 6 (Conversación informal. Poncitlán, 18 de diciembre de 2018). Sin embargo, este modo de sociabilidad callejero inspirado por Estados Unidos (así como otros estilos musicales revisados en el capítulo VI) pronto se generalizó al repertorio de actividades lúdicas de la mayoría de los grupos de jóvenes de la cabecera. Para la generación de Guillermo Salcedo en términos llanos “ya no hay nada que hacer en Poncitlán los fines de semana”, salvo las escapatorias con los amigos a “pistear”—beber alcohol y estar alegremente amplificados—arriba de las trocas en circulación. Es común que los jóvenes y no tan jóvenes, y en menor medida jovencitas, se agrupen en automóviles oyendo música abajo del nuevo

puente de la carretera federal o en el área aledaña a la Unidad deportiva cerca del Panteón Municipal. Incluso la serenata, actividad descrita como uno de los divertimentos públicos de las décadas de 1950 y 1970, ahora se ha actualizado con un desfile dominical de trocas, motocicletas y autos, los cuales dan vueltas en las calles que rodean la plaza de Poncitlán.

La praxis de la amplificación dio pie a nuevos oficios como los ingenieros acústicos quienes son contratados en las diversas fiestas de la región para proporcionar escenarios, bocinas y micrófonos a las bandas contratadas y para regular los volúmenes de los instrumentos (la mezcla). Además, surgieron especialistas en instalaciones de autoestéreos como el acreditado Humberto Barón de Poncitlán—nacido alrededor de 1980. Estudió ingeniería civil, pero le apasionó más el negocio de las modificaciones de los coches que aprendió con un estadounidense de ascendencia coreana en un taller de California, Estados Unidos. Barón inició en la ingeniería acústica en 1994, seis años antes de la popularización de los autos modificados a raíz de la influencia de la primera película *Rápido y Furioso* estrenada en el 2001. Cuando conversamos en el 2019 contaba con veinticinco años de experiencia y conocía profundamente la situación de las amplificaciones.

Me comentó que los sonidos que instala van desde los baratos de diez mil hasta los sofisticados de ochenta mil pesos y más. Sus clientes son obreros de las fábricas del corredor industrial y ricos comerciantes. La marca más buscada en Poncitlán es *Pioneer* (como la empresa de agronegocios) y la configuración preferida por los poncitlenses es el “sonido callejero”, modulación para acrecentar las frecuencias bajas buscando provocar una onda sonora que empuja con violencia el aire. Esta configuración es la que menos disfruta Barón, quien indica que algunos de sus clientes “nada más quieren que se escuche fuerte, sin importarles la calidad y fidelidad”. Le pregunté cuál es el punto de la “cultura del sonido” y me respondió: “Es como un vicio, quieres más y más” (Entrevista. Poncitlán, 27 de abril de 2019). Lo cual soporta la noción de los vínculos de estos sistemas de audio con la subjetividad de los usuarios.

Mi amigo Edgar Cervantes—nacido en 1987—es un aficionado de esta actividad. Me enseñó su automóvil equipado con dos bocinas enormes de doce pulgadas, más otras seis en el espacio donde estaría el asiento trasero. Los altavoces estaban activados por tres amplificadores, dos para las frecuencias medias y agudas y uno más para los bajos. Según Edgar, los amplificadores de agudos son de 2000 mil watts y el de bajos de diez mil watts reales. Para demostrarme lo anterior subió el volumen de su estéreo *Jansen*. La carrocería vibró y sentí un trancazo en el pecho. Las frecuencias debajo de los 20 Hertz no son audibles para el humano, pero las percibí directo en la caja torácica, provocan el mismo efecto que los altavoces en una fiesta patronal. “Se siente el putazo bien machín”

me explicó divertido mi amigo, ese es uno de los efectos preciados, ese “putazo” causado por la onda sonora potenciada.

En su estéreo con carátula digital leí los títulos de las carpetas digitales donde guarda sus canciones en una memoria USB, no me extraño encontrarme con el de “bajos chingones”. De hecho, seleccionaba varias canciones de la lista para enseñarme cómo trepida el sonido con diferentes arreglos musicales. Ha invertido dieciocho mil pesos en esta parafernalia tecnológica. Además, ha “tuneado” su carro, mandó bajar los muelles del auto para “achaparrarlo” y colocó accesorios plata y morado por doquier: rines, luces, cinturones de seguridad de autos de carreras, volante. Le pregunté cuál es el punto de todo esto, con calma voltea y me dice “nomás, para andar despertando gente” (Conversación informal. Poncitlán, 15 de abril de 2019). Luego de la lección, dimos una vuelta por Poncitlán y se notó de inmediato el efecto del sonido en nuestros semejantes. Presenciamos cómo las muchachas y los señores giraban para ser testigos de semejante máquina de escándalo.

Una de las principales diferencias de esta ostentación pública con los antiguos sonidos y sonideros es que ya no abarca en su totalidad a la comunidad, sino se reduce a las actividades de sociabilidad de grupos más pequeños de individuos. Al principio fue importante para la sociabilidad de las pandillas en los barrios y luego se expandió como una práctica colectiva para la juventud poncitlense. Esto no es una individualización del consumo musical conforme se compraban más aparatos personales, es una descripción de cómo las esferas grupales han limitado su influencia. La individualización del consumo musical en solitario vendría en el siglo XXI con la presencia de audífonos personales. Y aun así en mis recorridos por las calles de Poncitlán y San Miguel Zapotitlán fue raro observar a poncitlenses con auriculares y sumamente común oír los sonidos de las camionetas arrojando al espacio público sus músicas.

Al final, el punto principal es presentar a los sonidos como las amarras de la sociabilidad para varias generaciones de poncitlenses desde 1950. Al compartirlos con los demás es como la mayoría de la población accedió a las novedades tecnológicas y las corrientes musicales de su época. Estas tecnologías devienen esferas tecno sociales de la “modernización” cuando entrelazan las posibilidades técnicas con las prácticas puntuales de los humanos, como he argumentado, acontecen esferas que se insertan en una larga tradición local de entretenimientos de alcance colectivo.

VIII.D Pantallas públicas y grupales

Los telerreceptores siguieron un patrón similar a los radios y sonidos al ingresar a la genealogía de divertimentos públicos de Poncitlán. Los primeros televisores aparecieron posiblemente a finales de 1950 en manos de comerciantes ricos de la cabecera, como me aseguró don Francisco Campos—nacido en 1946—quien me dijo que su padre, propietario de los baños y billares Campos, consiguió una en 1955 (Conversación informal. Poncitlán, 11 de abril de 2019); sin embargo, es más factible su avistamiento hasta la década de 1960. Como era lógico, había sucedido con los radorreceptores, estos artefactos a modo de cinemas fueron apropiados por los poncitlenses como uno más de los modos colectivos de entretenimiento que ampliaban la variedad lúdica más allá de la escala temporal agrícola-religiosa.

De manera similar, Anna McCarthy (2001) ha estudiado la relevancia de las televisión en espacios públicos, bares, restaurantes y comercios. Una de las conclusiones a las cuales arribó la autora es que las apropiaciones de un objeto tecnológico superan su uso imaginado y prescriptivo. La TV fue una de las principales embajadoras del imaginario tecno social de la constelación de la “modernización” basado en el consumo de electrodomésticos que fueron diseñados para usarse en el espacio privado de los hogares. Así fue anhelada por sujetos influenciados de Poncitlán, jóvenes y niños, prospectos al matrimonio y recién casados cuya noción de hogar estaba incompleta sin estas cajas televisivas. Sin embargo, como algunas investigaciones históricas apuntan, hay evidencia suficiente para asegurar que también en las ciudades se realizaban prácticas colectivas de espectral televisión idénticas a las descritas por mis interlocutores (Ramírez Bonilla 2015).

En la cabecera, los comerciantes acaudalados compraron las primeras televisiones y las dispusieron para disfrute colectivo. A los primeros les llamaban “las avisperas”, por el tamaño y por el ruido blanco cuando no recibían señal. Los aparatos estaban emplazados en los comercios de estos negociantes, este es el caso del de Javier Becerra, el cual se hallaba en una zona neurálgica comercial a un costado de la entonces carretera federal Ocotlán-Guadalajara, enfrente del Mercado Municipal y a unos metros del Santuario de la Virgen del Rosario y la Plaza de Armas Miguel Hidalgo. Don Salvador—nacido alrededor de 1940—me había platicado con lo siguiente:

La gente decía [ante esas novedades] ¿cómo funciona esa cosa? Y Javier Becerra les explicaba que con una antena y así. Nosotros íbamos al cerro donde teníamos las vacas. De regreso decíamos, mira, por ahí se ve una antena. Unos días después, mira, ya se ven dos antenas. Pasado más tiempo, mira, ya son cuatro antenas en las casas, ya después ni contamos” (Conversación informal. Poncitlán, 23 de marzo de 2019).

Por la tarde, Javier Becerra consentían al populo dejándoles ver los programas televisivos desde las dieciséis y hasta las diecinueve horas. Este horario beneficiaba a los jóvenes y niños de la época quienes fueron capturados por la caja mágica, memoria perdurable que desencadenaría su anhelo de comprar en un futuro sus propios dispositivos. A mi amigo comerciante le impactó el modo en que la televisión acercaba a las personas: “Se juntaban hasta unas cien personas. Todos amontonados ahí para mirar una televisión chiquita. Tardaban en encender como medio minuto y para apagarse también tardaban. Se miraba una raya blanca al final.” (Conversación informal. Poncitlán, 11 de abril de 2019). En otra ocasión me dijo emocionado: “Ya había gente sentada, viejitos, adultos y niños. Nos arrimábamos y nos sentábamos en el suelo o nos recargábamos en los hombros de alguien. En ese tiempo todos nos conocíamos. Nadie decía nada si te acercabas” (Conversación informal. Poncitlán, 24 de mayo de 2018). El cronista poncitlense Pedro Maldonado lo vivenció de la siguiente manera:

Yo me acuerdo cuando estaba chavillo, mi papá compró la televisión y me acuerdo de que allí en el barrio toda la *chiquinada* [chiquillada] supieron que teníamos televisión. Y me acuerdo de que toda la *chiquinada* nos íbamos a ver al *Chavo del 8*, nos sentábamos toda la bola, yo creo que como unos diez o veinte fulanos, y ‘cállate, aplácate’, y todos viendo la televisión. Te estoy hablando de los setentas, entonces Poncitlán tuvo un crecimiento grande (Entrevista. Poncitlán, 23 de junio de 2017).

Una TV pública no necesariamente se localizaba afuera en las calles o en los mostradores comerciales, existen ejemplos de otras que las tenían dentro de casa. Por ejemplo, las hermanas Labra permitían el acceso a los mirones quienes por las tardes se apoltronaban en su sala acondicionada como espacio de entretenimiento televisivo colectivo. Mi amigo comerciante lo cuenta así: “Los niños eran más obedientes y nos quedábamos quitecitos, ahí dentro no hacíamos travesuras. Mirábamos las caricaturas de Disney” (Conversación informal. Poncitlán, 11 de abril de 2019).

Muy pronto, otros propietarios de televisores detectaron la oportunidad de ganar unos cuantos centavos, convirtiendo así a estos dispositivos electrónicos en un tipo de cine local. Don Alberto lo presencié así: “Cuando yo me compré una televisión llegaban unos chiquillos a verla. ‘Tenga un centavo’ me dijeron. ‘¿Por qué les voy a cobrar, si yo no les cobro nada?’ Me contestaron que así andaban en otras casas cobrando por ver la televisión”. Y continúa don Alberto, “se me hacía una injusticia para la gente haber tanto cine y tanta televisión, en la mañana y en la tarde”. Porque

la gente estaba necesitada, pero gastaban para ver las novedades (Entrevista. Poncitlán, 21 de junio de 2017). Cobraban la “entrada” a diez o veinte centavos, como el cinematógrafo, susceptible de pagarse con huevos de gallina. Estos precios son los mismos reportados por “la señora María del Carmen Estela Martínez Zavala” en San Luis Potosí, relato publicado en un libro sobre anécdotas de los primeros avistamientos de telerreceptores (González Victoria y Valles Ruiz 2015:53). El mismo precio de veinte centavos en Acxotla del Monte, Tlaxcala, entre 1973 y 1974 (David Robichaux, comunicación personal 2020). Para el caso de San Miguel Zapotitlán, mi tío Antonio Ramírez me dijo lo siguiente:

Quando don Pedro Enciso se fue pal Norte, luego que regresó, se trajo una televisión. Que ahí veíamos nosotros el juego [fútbol y beisbol], las peleas y todo, y nos cobraba 10 centavos por ir a ver. Nos amontonábamos un friego de gente [muchísima] (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán 8 de octubre de 2019).

Don Pedro Enciso fue uno de los revolucionarios quienes firmaron el acta constitutiva del ejido de San Miguel Zapotitlán y también fue uno de los primigenios fundadores del cine en esta ranchería. Ambos, el cine y las pantallas televisivas a modo de cinema ocupaban el núcleo del ocio sanmiguelense y se entrelazaban en una genealogía de divertimentos públicos de larga data. La casa de don Pedro Enciso se encontraba a unos pasos de la plaza de armas en la calle principal del pueblo, en ese entonces la carretera federal Ocotlán-Guadalajara. Recordando esos años, los viejos amigos de la plaza conversaban entre ellos:

A: Luego llegaron las televisiones, como la de don Maco (Macario Campos), hasta puso unas bancas de madera para sentarnos.

B: Allí asistíamos de chiquillos, que a ver las caricaturas, *Perdidos en el espacio* [serie televisiva de ciencia ficción de 1965], eran las diversiones de antes.

A: Creo que cobraba un diez o un cinco (Diario de campo. San Miguel Zapotitlán, 22 de marzo de 2019).

Don Macario Campos pertenecía a una estirpe de ricos propietarios. La vivienda de don Maco se encontraba cerca de la carretera federal frente al templo de San Miguel Arcángel y a un costado del árbol de El Zalate, un espacio donde se representaba la quema de Judas y se hacían otras actividades lúdicas. Ahí se arremolinaban los grupos de muchachos de la época, en su mayoría varones. En la Imagen VIII.F se admira la calle Juárez—antigua carretera. En la parte centro izquierda se ve El

Zalate, una gran mancha arbórea oscura y a la derecha se alcanza a mirar el campanario del templo. La casa de don Macario Campos se encontraría en la parte izquierda fuera de foco.

Imagen VIII.F El Zalate en la calle Juárez en 2018



Fuente: Trabajo de campo, 2018

Estos espacios han quedado enlazados a las actividades de la “modernización” y en las memorias de mis interlocutores como una parte esencial del modo de vida en los tres decenios entre 1950 y 1980. Las evidencias etnográficas reseñadas son consecuentes con el argumento de este capítulo, el cual sustenta que una de las consecuencias de la presencia espacial de la TV pública fue el que la niñez y la juventud de entonces anhelaran contar con sus televisores personales para disfrute privado. Además, se ve claramente cómo estas esferas tecno sociales fueron fundamentales medios de entretenimiento y sociabilidad en Poncitlán.

Posteriormente, los hijos de la generación de migrantes motivaron a sus padres a “hacerle la lucha” para comprar telerreceptores. En la década de 1970, en San Miguel, mi madre asistía con su madrina, quien era comerciante, para ver la TV en compañía de los hijos de la madrina y los chiquillos de la cuadra, al verla tan entusiasmada mi abuelo le prometió comprarle su propia TV. Una mujer de Poncitlán—nacida en 1974—todavía en 1982 iba con una amiga para acceder a la

televisión. “Mi madre me regañaba y me encerraba en mi cuarto. Pero yo me salía a la casa de mi amiga vecina a mirar las caricaturas”. Viendo la insistencia de la niña cuando pudieron sus padres consiguieron su propio aparato, “hasta cuando cumplí trece años [en 1987] tuve tele en mi casa” (Conversación informal. Poncitlán, 11 de abril de 2019).

La tesis de la predilección de los poncitlenses por el modo de vida futuro se robustece con este recuento en el cual se aprecia cómo esas tecnologías fueron adoptadas ampliamente. Pero lo cierto es que existieron, y todavía los hay, críticos quienes se acongojan por un Poncitlán transformado por estos artilugios electrónicos. El primer libro del cronista local Luis Antonio Franco Acosta—nacido en 1951—fue planteado como un intento de documentar la oralidad posterior a esas transformaciones. A juicio del cronista:

Para muchas personas de las nuevas generaciones, tal vez parezcan extraños estos relatos que en los albores del siglo XX (1900) comenzaron a relatarse en las rústicas banquetas y esquinas, por gente de todas las clases sociales en el marco histórico de un Poncitlán donde aparecían por primera vez la luz eléctrica, los radios y solo hasta mediados de siglo, los primeros receptores de televisión; los cuales fueron sustituyendo poco a poco esta cultura de la comunicación en la cual se transmitían por pláticas en las noches donde se formaban círculos entre padres, hijos, amigos y donde se relataban estas fantásticas leyendas (Franco Acosta 2001 :7).

Resulta impreciso responsabilizar a las sociabilidades mediáticas de la desaparición de la oralidad. Como he registrado, los entretenimientos públicos promovían los vínculos entre personas. No obstante, las narraciones que consumían los poncitlenses ya no eran fabulaciones de la imaginación y creativities nativas, sino representaciones audiovisuales producidas en instituciones mediáticas supralocales como Televisa. Doña Eva me platicó: “Había dos canales, el 4 y el 2, de puras caricaturas y noticias y películas de los años veinte, de Pedro Infante de Javier Solís, El Piporro y Clavillazo y luego programas de Chespirito” (Conversación informal. Poncitlán, 27 de abril de 2019). Estas imágenes reforzaban los anhelos y expectativas de los migrantes quienes imitaban los estilos culturales musicales del Norte de México y los Estados Unidos, como analicé en el capítulo VI. Y la publicidad reafirmaba el avance de marcas comerciales, como Bimbo y Coca Cola aludidos en el capítulo V, las cuales fueron índices materiales de la “modernidad” en Poncitlán.

Conforme los nacidos en la generación de mis padres consiguieron empleos, pensaron en hacerse de dispositivos televisivos para sus hijos—mi generación—quienes crecimos en un

ambiente dentro de sus moradas en lugar de acceder a esta distracción en las calles y viviendas ajenas. Gracias a ellos quienes se socializaron en el anhelo de tecnologías que se encontraban en el exterior, se cumplía la fantasía del imaginario tecno social: cada familia con su artefacto electrónico individual. Hacia finales de 1980 y principalmente en el decenio de 1990 la tele fue considerada un mueble indispensable para cualquier hogar poncitlense.

El arquitecto Juan—nacido alrededor de 1980—rememora de su infancia el haberse formado en un ambiente hogareño tecnológico. Vio a José Ramón Fernández (conductor de noticiarios de Televisa Guadalajara) y los programas de Sixto (un *muppet* tapatío), así como los anime japoneses. Para el arquitecto “Poncitlán se modernizaba en los años 90” con videocaseteras y la TV satelital. Él era entusiasta de las videocaseteras formato beta, con una grabó en casete el primer programa transmitido de los Simpson en el canal mexicano TV Azteca. Lo aprendió de su padre, quien había filmado con una cámara de video el mundial de Seúl de 1988. En su nueva casa colocaron una antena parabólica. “Debíamos salir a la azotea y direccionar el plato de la parabólica en la dirección donde supuestamente orbitaban los satélites Morelos 1 y Morelos 2” (Conversación informal. San Miguel Zapotitlán, 27 de junio de 2017).

En 1990 cuando los miembros de mi generación éramos niños los televisores fueron una esfera de entretenimiento dentro de los hogares. Y si bien ya no existían los divertimentos de alcance colectivo de antaño, todavía realizábamos actividades grupales lúdicas de menor alcance agrupados al abrigo de estos dispositivos. En el caso de mi red de amigos, la habitación de Carlos Cortés Martínez (hijo de Enrique quien introdujo internet a San Miguel y nieto de don Alberto Cortés, uno de los músicos de la banda *San Miguel*, propietario de un sonido) fue para nosotros el punto de acceso limitado a muchas de las novedades musicales y tecnológicas. Nos reuníamos unos tres o cuatro para jugar con la consola de videojuegos *Play Station*, títulos como *Grand Theft Auto 2*, *Rayman* o *FIFA*. Posteriormente, yo pedí a mi padre una consola. La compra no fue inmediata, pero unos años después de mi petición ya reunía en mi propia habitación a un par de mis amigos para jugar.

La televisión sigue reinando en la actualidad, pero comparte el trono con las páginas de internet. Un amigo de San Miguel Zapotitlán diseñó su habitación como un sala impresionante de la sociabilidad tecno mediática: compró una enorme pantalla plana, conectó sus consolas de videojuegos, unos altavoces con configuración Dolby cinematográfica y, además, añadió sus cuentas de YouTube y Netflix. Una generación de sus primos—nacidos en el siglo XXI— se socializaron en

este espacio técnico mediático de videojuegos y videos de YouTube (Díaz Ramírez 2016). Ellos ya no conocieron las teles públicas, pero cuentan con su propio instrumental para la sociabilidad técnica.

Consideraciones finales

En este capítulo he ofrecido evidencia etnográfica para responder a la cuestión de cómo los poncitlenses de escasos recursos accedieron limitadamente a las novedades tecnológicas entre 1950 y 1980 gracias a la praxis pública y colectiva de ver televisión y escuchar radio. Con mis materiales etnográficos he matizado el postulado de que “las ventajas de la vida moderna estaban reservadas a las clases altas y medias, que tenían teléfono, radio y televisión en casa” (Loaeza 2017:685). En ese sentido, la variables económicas, por ejemplo el nivel de ingresos, no son las únicas ni las más relevantes para explicar cómo se difunden las innovaciones técnicas en situaciones concretas. Si bien ciertas personas con solvencia monetaria compraron tecnologías y la migración a los Estados Unidos ayudó a una mejoría relativa de los salarios de algunas familias que pudieron comprar sus aparatos, el panorama general fue uno en el cual, sin consumo colectivo y público de esas novedades técnicas muchos poncitlenses ni siquiera hubieran imaginado el futuro técnico mediático.

Así pues, he insistido en la relevancia de estos dispositivos electrónicos para las sociabilidades lúdicas y la organización del ocio, lo cual manifiesta la tácita adopción de estas nuevas novedades que eran insignias de la “modernización”. Estas transformaciones, junto con la Coronación de la Virgen del Rosario y la instalación del sistema y pozo de agua potable, además de nuevos consumos alimenticios y musicales, representaban un nuevo modo de vida “urbano” para los testigos de la época, como había sucedido en los Estados Unidos en 1920 (Cohen 1989). He argumentado que la eclosión de estas esferas tecno mediáticas explica en parte cómo las nuevas generaciones fueron influidas por el entorno sociotécnico hasta el punto de despertar el anhelo de los poncitlenses electrodomésticos para uso personal en un futuro próximo (Appadurai 2007). Esta situación se materializaría hacia la década de 1980 cuando la mayoría de la población lograba cumplir sus sueños de comprar una TV o un estéreo para el hogar, lo que paradójicamente incentivó un futuro en el cual hubo una disminución de las actividades callejeras.

He sostenido que estas esferas tecno sociales son comprensibles adecuadamente al estudiarlas en paralelo a una añeja genealogía de entretenimientos públicos seculares y religiosos, como la quema de Judas, carnavales y fiestas de santos patronos; circos y cines ambulantes de gitanos y cinemas instituidos (Miquel 2005). Como he mostrado, las nuevas distracciones de la

“modernización” dejaron de estar supeditadas a la escala temporal agrícola-religiosa que pautaba las temporadas de ocio y trabajo anuales antes del arribo de las tecnologías. A finales de 1970 e inicio de 1980, en cuanto desaparecieron las pastorelas y quema de Judas y los carnavales bajaron de intensidad por causas distintas al cambio tecnológico, las esferas tecno sociales fueron los divertimentos comunes callejeros.

Además de tratar los puntos anteriores, he continuado el diálogo con autores como Sloterdijk (2009) y Latour (2012, 2008) quienes hacen notar la labor de actores no humanos y de medios envolventes como agentes indisolubles donde descansa la estabilidad de las relaciones entre personas humanas. Hacia esas premisas teóricas me han dirigido los recuerdos de mis interlocutores poncitlenses para quienes los cines eran momentos de cortejo y sociabilidad y las radionovelas asían la convivencia cotidiana de grupos de mujeres en los barrios de San Francisco y Santa María en la cabecera; posteriormente los sonidos promocionaron una esfera envolvente de audio y música para “estar alegres” que era un fenómeno comunitario incomprensible sin dar cuenta de las potencialidades técnicas de los objetos electrónicos. He dicho también que la amplificación de la música en vivo permitió la emergencia de un tipo de hombría amplificada cuya realización fueron los sonidos ostentosos de las trocas en las calles. Y lo que inició como una práctica de la “cultura de las modificaciones de autos” de grupos relativamente marginales, cholos y pandilleros, se coronó como la distracción esencial de los jóvenes actuales quienes se montan en sus coches con sonidos resonantes y dan vuelta por la plaza.

Las televisiones grupales ya no abrazan a la comunidad como lo hicieron antes, a modo de cinemas. La generación de mi padre—nacidos entre 1950 y 1970—cumplió su expectativa de futuro al hacer de los telerreceptores los mobiliarios fundamentales del espacio doméstico y privado. Para redondear esa idea de la contracción de la vida pública de las tecnologías, he terminado el capítulo con unos breves comentarios sobre las transformaciones de la TV como las vivenciamos los nacidos en la década de 1980. Resta agregar que para nosotros sigue siendo parte de los espacios donde suceden los vínculos entre nuestros amigos, pero para nuestra generación se ha perdido el anhelo que motivaba a nuestros padres, para mis amigos es uno de los dispositivos incuestionables de la vida cotidiana y ni siquiera compite con internet ya que las pantallas sirven de interfaces una vez conectadas correctamente. Aun así, nunca ha adquirido la dimensión comunitaria que tenía en 1960 y tampoco sustenta la arquitectura del imaginario tecno social de mejoramiento de las condiciones de vida como lo fue para nuestros padres y abuelos.

CONCLUSIONES

La tesis principal que he desarrollado en este texto es que los poncitlenses tienen una predilección por el futuro y por eso se valieron de los discursos y prácticas de la constelación de la modernización para guiar sus expectativas en la búsqueda del mejoramiento de las condiciones de vida y para explicar las transformaciones experimentadas. En los ocho capítulos que integran este trabajo he presentado cuáles fueron los discursos y prácticas relacionados a ese tema en la esfera pública en el periodo de 1950-1970, sin limitarme a esos decenios, y las expectativas, antelaciones, anhelos (Bryant y Knight 2019; Appadurai 2016, 2001) y desencantos de la praxis sociotécnica de los poncitlenses en las localidades del municipio de Poncitlán, en específico San Miguel Zapotitlán y la cabecera. Para ello me he valido de una etnografía y de la teoría del imaginario tecno social que postula el entendimiento de las categorías “progreso”, “desarrollo” y “modernización” como visiones colectivas de mejoramiento a futuro postuladas por actores con el poder de difundir sus visiones en discursos e infraestructuras a un público amplio (Jasanoff 2015). A estas tres palabras las he llamado constelación de la modernización.

La implementación que he hecho del concepto de imaginario tecno social me ha exigido prestar atención a cómo los actores con poder dieron forma al modo en que se conjeturaba el mejoramiento de la vida en Jalisco mediante un pseudo proyecto hegemónico de futuro. De esa manera, he iniciado en el capítulo III con el examen de las visiones de las clases altas del estado de Jalisco, en específico, he rastreado el pensamiento de dos gobernadores escritores Agustín Yáñez y Andrés Medina Ascencio, quienes creían en que el “progreso” material, traducido en carreteras y obras públicas, desencadenaría el “progreso” espiritual de sus ciudadanos. Yáñez sostenía la idea de que gobernar era un acto de imaginar escenarios futuros paralelo a la escritura literaria. Su colega Medina Ascencio concibió el corredor industrial que fue tendido en la región central de Jalisco como la única solución a las condiciones cambiantes de la explosión demográfica y la economía del periodo de 1960-1970.

Este corredor transformó para siempre el entorno y la naturaleza de Poncitlán, las condiciones del transporte, los tiempos, el trabajo y el ocio. Sin embargo, el corredor no fue proyecto homogéneo asentado en un documento en concreto, sino una serie de planes técnicos, obras e infraestructuras e imagerías (como las opiniones de varios editorialistas plasmadas en el periódico *El Informador*), que coincidían más o menos con la política nacional de desarrollo regional y descentralización industrial, el “milagro mexicano” y el plan de sustitución de importaciones para

promover la industria mexicana. Esas visiones llegaron a concretarse en forma de infraestructuras y fábricas, probando cómo las representaciones una vez traducidas en materiales estables y duraderos “coproducen” (Jasanoff 2004) el imaginario y la realidad tangible.

La génesis de los elementos importantes del imaginario tecno social del “progreso” remite al liberalismo del siglo XIX y el énfasis en la libre circulación de mercancías y se acentúa en la segunda mitad del siglo XX con la proliferación de teorías de la modernización y políticas del desarrollo, aspectos claves de la geopolítica internacional de la pregonada Guerra Fría. Las características principales de este imaginario son las siguientes:

1. La confianza en la ciencia y la técnica (entendidos desde el punto de vista de los actores involucrados) agentes esenciales del mejoramiento de la humanidad, capaces de controlar el futuro, es decir, la naturaleza.
2. La conjunción de los planes nacionales y regionales (e. desarrollo por regiones, política de sustitución de importaciones, entre otros) y modelos universales de “desarrollo” (e. Plan Truman).
3. La delegación del mejoramiento futuro en las industrias, obras e infraestructuras comunicativas: carreteras, sistemas eléctricos, puentes, presas, etc.
4. La divulgación y concretización de un modelo total de vida “moderno” que organizaría los espacios y tiempos productivos y de ocio para sus participantes.
5. El “aprovechamiento” de “recursos naturales y humanos” de la región poncitlense como insumos para el corredor industrial.
6. El control efectivo del futuro vía el control de la naturaleza por la aplicación efectiva de la técnica y la ciencia.
7. La creación de nuevas sociabilidades y personas “modernas” basadas en el trabajo fabril y el estilo de vida del consumo tecnológico mediático a modo del *American way of life* estadounidense.

En lo general, los poncitlenses aceptaron estas premisas pero reformuladas y adaptadas a su situación. En los capítulos de la tesis que siguen al número III he analizado las nociones poncitlenses de progreso, desarrollo y modernización (junto con sus sinónimos como salir adelante, crecer o irse para arriba) en articulación con el gran imaginario tecno social enumerado anteriormente, al cual he llamado “horizonte de posibilidad”, que es una categoría para hablar de las condiciones de emergencia de realidad y de las limitantes de la acción humana y no humana. Esa dirección da pie a

una conclusión teórico-metodológica: si bien la “matriz ideológica” (Žižek 2003) de este imaginario sigue siendo el capitalismo, cuyo programa o fundamento es la acumulación de capital, los comportamientos de los poncitlenses, o de cualquier otro grupo de humanos, son irreducibles a la única compulsión por acumular plusvalor y por esa razón es imprescindible la etnografía de las situaciones concretas.

Así pues, de la descripción histórico-ideológica del imaginario tecno social he pasado a los capítulos diacrónico etnográficos. En consecuencia, he arribado al hallazgo de que en comparación con lo que las clases altas de Jalisco creían sobre el “desarrollo”, el imaginario del “progreso” en Poncitlán se difundió a través de los escritos de la clase media y alta católica de la cabecera, cuyos miembros prominentes escribieron una narración normativa del “progreso” en 1950, la cual ha sido transmitida a las nuevas generaciones en los libros de los cronistas locales y por medio de la oralidad. Esto no lo supe por la lectura de libros; sino porque cada uno de mis interlocutores de la cabecera refieren a estos textos tenidos como fuente de autoridad histórica, cuestionable, pero normativa.

He planteado que la narración consiste en dos “acontecimientos cumbres”: la construcción de un sistema y pozo de agua potable en 1948 (desencadenado por la Providencia de Dios en conjunción con el dragado del río Santiago) y la Coronación Pontificia de la Virgen del Rosario en 1950, la cual “intensificó” la civilidad y espiritualidad de los poncitlenses de la cabecera. Este futuro todavía mezcla en una sola realidad la religión y la técnica que supuestamente estarían separadas en el futuro hegemónico de la modernización.

Realidad y relato se correspondieron en esos años, probando también la utilidad del concepto de “coproducción” (Jasanoff 2004), porque mientras se estaban realizando las obras también se estaban describiendo los “acontecimientos cumbres”, transmitidos hasta hoy como la historia legendaria de la fundación de la reciente vida del “progreso” en la cabecera. En esa narración se nota la fe puesta en las cosas del futuro, el sistema de agua potable y la Coronación. Este análisis cuestiona las teorías en las cuales la “modernización” supuestamente desencadena la “secularización” de la esfera pública y con ello permite entender la reapropiación de los católicos de las calles luego del episodio de la prohibición de cultos públicos prorrogada por el Estado mexicano posrevolucionario desde el gobierno de Plutarco Elías Calles. Es evidente, en esta región y otras de Jalisco, los curas fueron unos de los principales agentes de las transformaciones técnicas.

He de concluir que los capítulos III y IV son un muestrario de datos históricos y etnográficos sobre cómo las clases altas de Jalisco y de Poncitlán, ligadas por compadrazgos, amistades o lealtades al alto y bajo clero católico, se apropiaron de los discursos del progreso y se apoyaron en

las infraestructuras y comunicaciones “modernas” en su proceso de dominación regional. Los caciques “de antes”—bravos, de pistola—debieron para ascender en la política regional del México “moderno” identificarse con los elementos de la constelación de la modernización. Esa es una de las razones por las cuales los gobernadores se presentaban así mismos como sujetos del progreso y hubo terratenientes quienes abogaron por el industrialismo, como el racista cacique poncitlense José W. Torres, y otros menos controvertidos quienes en su rol de “modernos” comerciantes introducían tecnologías como sonidos y televisiones. A estos últimos les he llamado con el término local “hijos predilectos” y en mis palabras “héroes del progreso” de Poncitlán.

Explícitamente, Jasanoff (2015) delimita el ámbito explicativo del imaginario tecno social al estudio del poder²²⁵ y así lo realizaron la mayoría de los autores del volumen donde aparece publicado (ver por ejemplo Storey 2015; Dennis 2015; Bowman 2015; Moon 2015; Smith 2015). Por eso, a partir del acápite III he abandonado los contornos que precisaba el concepto y me ha parecido preferible usarlo con amplitud, lado a lado con el término general de imaginario de la constelación de la modernización y los específicos “imaginario del progreso”, “de la modernización” y “del desarrollo”.

Es entonces cuando surgen las principales limitantes. Una es que hay imaginarios populares referentes a la ciencia y la tecnología, los cuales son colectivos pero no tienen el alcance de los promovidos por actores poderosos; otra es que si bien se pretende resaltar el factor científico tecnológico, Jasanoff (2015) se olvida de que en países como México, así como en la mayoría de los países del mundo, elementos considerados opuestos a la racionalidad científica occidental (La Providencia o La Virgen) están anudados fuertemente a la praxis tecnocientífica. Este último aspecto ha sido resaltado por antropólogos, principalmente críticos de la condición poscolonial del mundo (Dube 2011; Mitchel 2000; Gupta 2000; Comaroff y Comaroff 1993) y académicos postulantes de la teoría del actor red (Latour 2012, 2008, 1998).

Esto me ha llevado a considerar el segundo argumento relevante de esta tesis: la exposición de la relacionalidad poncitlense, es decir, el modo en que los actores dependen unos de otros para habitar y construir el mundo, ya sean santos, vírgenes, maíces, sistemas de agua potable, automóviles, televisores y personas. incluso, en los usos vernáculos del tiempo, el pasado, presente y futuro son interdependientes. Lejos de la creencia “moderna” en que el futuro es cualitativamente distinto del pasado (Warwick 2020). En esa dirección, he utilizado la noción de “sociedad” como una red heterogénea de asociaciones jerárquicas, armónicas y tensas entre distintos actores humanos y

²²⁵ El subtítulo de la edición es “*sociotechnical imaginaries and the fabrication of power*”.

no humanos (Latour 2012, 2008). Y esta no es una conclusión meramente teórica, sino una confirmación de cómo se ha vivido y se vive en Poncitlán. En esa dirección he discutido las expectativas y prácticas efectivas de los poncitlenses para traer el futuro al presente como un eje para exponer la relacionalidad emergente en ámbitos tan distintos como la alimentación, la música y vestimenta, la agricultura y los pasatiempos públicos. Enseguida desarrollaré las conclusiones de los capítulos y sugeriré preguntas, hipótesis y nuevas líneas de investigación.

En el capítulo V he compuesto un cuadro de la alimentación asociado a la pobreza y el hambre y de cómo los alimentos procesados, altamente calóricos (Bimbo y Coca Cola) y diseñados vistosamente, fueron considerados por los poncitlenses insignias de la “modernización” y de un futuro inesperado. En esta economía, los poncitlenses preferían vender su producción antes que consumirla como alimento. Sin embargo, en ocasiones especiales y momentos indicados la producción alimenticia sí fue elegida para el autoconsumo. Por eso, he hablado de oscilaciones de los alimentos entre regímenes de valor locales o “economía moral” (Kopytoff 1991) y el “régimen de valor mercantil” (Appadurai 1991). Cada uno de estos regímenes de valor es también un filón para el estudio de la relacionalidad. Por ejemplo, el maíz, el principal grano cultivado en la región, hace posibles las tatemias (ocasiones para asar elotes), ocasiones en que los poncitlenses se vinculan comunitariamente. Y en especial las relaciones de amistad, parentesco y de deuda contraídas por los poncitlenses fueron una pericia necesaria para hacer circular mercancías escasas y para compartir el alimento en el contexto de carencia alimentaria. Pero también, el maíz posibilita el comercio hacia el mercado regional y nacional de granos, con lo cual los poncitlenses establecen vínculos con otros sujetos supralocales como intermediarios, empresas de agroquímicos e instituciones estatales.

Un asunto que he enunciado sin demasiado detalle es la cambiante relacionalidad de los poncitlenses con la “naturaleza”. Para paliar el hambre, los humildes cazaban y recolectaban en las serranías y el valle del río Santiago; estas actividades solicitaban de ellos una sensibilidad del entorno y de los ciclos de vida vegetales y animales. Los frutos silvestres como uvalanas y zapotes fueron los primeros en dejarse de consumir cuando arribaron los pastelitos y frituras procesados porque se les asoció con la miseria. En 2020, una artista citadina fue a San Miguel Zapotitlán para enseñar a quien quisiera sobre plantas medicinales. Unas cinco o seis mujeres de la localidad, mayores de cuarenta años, fueron a que les enseñaran un conocimiento que ellas ya no había aprendido de sus madres, quienes sí conocían de remedios herbolarios. Todavía hacen falta

pesquisas enfocadas en usos y clasificaciones de alimentos que ciertamente eran de conocimiento nativo y otros fabricados.

En otro aspecto de esta relacionalidad con la naturaleza, tampoco he ahondado en cómo el arribo de cables de la luz y la aplicación extendida e intensiva de herbicidas a partir de 1950 trastocaron el concepto local de naturaleza, ya que cualquier planta que estorba los cables aéreos del suministro eléctrico o que crece a la vera de las calles y baldíos es considerada “basura”. La concepción de “utilidad” de la agricultura comercial se encuentra ligada a la eliminación sistemática de toda forma de vida que interrumpa o compita con el maíz en la parcela, exterminio que se ha expandido hacia otros ámbitos en que están presentes estos seres vivos.

He propuesto que la preferencia por la Coca Cola y Bimbo es sobre todo una consecuencia de la efectividad de la publicidad y las estrategias de las empresas para inflamar el imaginario colectivo, la curiosidad infantil y por tanto las expectativas de la generación de mis padres quienes crecieron en entornos abundantes de anuncios televisivos y cine gratis de las refresqueras. Ellos fueron los primeros consumidores, quienes encaminaron el consumo de alimentos hacia los procesados y sus padres, mis abuelos, vieron con optimismo el que sus hijos no padecieran hambre y disfrutaran de novedosas golosinas. En la infancia, la generación de mi padre miró cómo los ricos consumían estas novedades y cuando obtuvieron ingresos propios gastaron su dinero en refrescos, Gansitos o Sabritas. En la cabecera se hicieron famosos los establecimientos de la plaza de armas donde la sociabilidad de jóvenes y adolescentes consistía básicamente en asistir a estos espacios “modernos” para tomarse una Coca Cola o una cerveza y escuchar música desde las “rocolas” (máquinas de tocadiscos de paga).

Los publicistas acertaron en la diana de la subjetividad y corporalidades de niños y jóvenes de entonces para forjar el nuevo sujeto consumidor pedido por la “modernización” (Sassatelli 2004). Estos grupos etarios son indispensables para las investigaciones cuyo tema es la difusión de las novedades, pero no en solitario, sino en conjunto con las actividades de adultos y ancianos que también son actores que empujan la aceptación de novedades en Poncitlán. A cada cual les interesaron los nuevos alimentos, estilos musicales culturales y la proliferación de ocios técnico mediáticos.

En ese sentido y continuando con el tema de los nuevos consumos en el capítulo VI he descrito la relevancia de la música, indumentaria y “técnicas corporales” (Mauss 1979) y cómo los ponciltenses imitaron los estilos culturales de los habitantes del Norte de México, al menos como fueron representados en el cine y la música. Para los ponciltenses las maneras corporales y la

vestimenta fueron uno de los parámetros para medir el “atraso”, el “progreso” y la “modernización”. Con el objetivo de exponer este complejo de comportamientos he trasladado el concepto de “estilo cultural” del antropólogo James Ferguson (1999) a la realidad mexicana. Sobre este punto he discutido sobre la capacidad de generar expectativas que tenían los braceros a su regreso a sus terruños y la función imaginativa de la radio, cine y televisión para incitar las modas y comportamientos a partir de 1960. Los medios de difusión masiva son parte del imaginario tecno social de la “modernización” y la migración es una respuesta a la incapacidad de la agricultura y del corredor industrial (pilar del “desarrollo” y el “progreso” para las elites gobernantes) para brindar empleos estables a la población económicamente activa de 1950-1970.

He detallado los estilos culturales (norteños, rancheros, roqueros y cholos) para refutar la noción de que la “modernización” de la indumentaria es un proceso de sustitución de la ropa “tradicional” por otra “urbana” o “moderna” (Manzano 2010). En cambio, resulta más adecuado señalar que estas categorías sociales relacionales fueron usadas por los poncitlenses para adscribirse a grupos y para diferenciarse entre sí. Los migrantes (norteños y cholos) además elegían estos estilos culturales porque les permitía mantener alianzas con otros semejantes en el norte de México y en los Estados Unidos. Por consiguiente, en los decenios de 1950 y 1960 la primera moda fue el taconazo y la música norteña cuyo arquetipo fue El Piporro. Quienes se adscribieron al norteño lo hicieron para “modernizarse”, para diferenciarse de la “gente de antes”, cuya vestimenta se relacionó con la pobreza y la rusticidad corporal. En cambio, en 1970, los roqueros fueron los “modernos” y el norteño pasó a ser alineado con la “tradicción” o lo “ranchero”. No obstante que lo he tratado brevemente, mi análisis de los estilos musicales necesita abundar sobre la relación de consumo y clases sociales (Bourdieu 1998). La adscripción a estos grupos, rancheros y roqueros, reflejó las tensiones entre la clase de comerciantes, propietarios y ejidatarios con acceso a la tierra y jornaleros y obreros del corredor industrial.

Otra línea de investigación sería preguntarse si las dinámicas de la región poncitlense podrían ser consideradas un proceso de “suburbanización” (Silverstone 1994) con los Estados Unidos, porque cada aspecto de la vida cotidiana de Poncitlán parece influido en cierto grado por la construcción del imaginario tecno social del Norte, el trabajo obrero indocumentado en fábricas estadounidenses en lugar de las del corredor industrial de Jalisco; la dependencia de parentelas enteras de las remesas; las visitas periódicas de los ancianos braceros para gozar de sus seguros médicos en hospitales y clínicas norteamericanas; la música y tecnologías estadounidenses y las intrincadas trayectorias de vida de las familias migrantes que han adquirido un carácter

transnacional, con miembros viviendo en ambos lados de la línea fronteriza, quienes se comunicaban en inglés y español; antes mediante cartas, luego con teléfonos colectivos y ahora con medios digitales de internet.

Todo esto habla por un lado de un proceso de imitación de los estilos nortños iniciado en la década de 1950 y promovido por la migración al Norte de México y Estados Unidos, y por otro lado de una profunda afinidad de los poncitlenses con los personajes mediáticos, estrellas de cine y de la música, nacionales y extranjeros. Esta conclusión confirma lo que algunos estudiosos han sentenciado sobre el carácter imaginativo de los mensajes mediáticos (Appadurai 2001; Thompson 1998; Sola Pool 1966) sin dejar de lado el análisis crítico que apunta a sopesar cómo las acciones de mis paisanos estuvieron siempre condicionadas por el horizonte de posibilidad del industrialismo, que debieron bregar entre las posibilidades reales y los anhelos desproporcionados y las tensiones económicas y de clase derivadas de esta cuestión.

En el capítulo VII he saltado de los estilos culturales musicales a un tema distinto relacionado los usos y transformaciones de las temporalidades desde el eje analítico de la agricultura. Esto es así principalmente porque la agricultura mecanizada fue la actividad económica con los mejores réditos para algunos de quienes contaban con acceso a la tierra. Por tanto, la “modernización” del agro, con sus concomitantes mecanizaciones y uso de fertilizantes y pesticidas, fue promovida por el Estado mexicano como una solución para la supuesta carencia alimenticia en el futuro próximo. Y esta promoción en parte funcionó ya que los ejidatarios veían aumentar sus cosechas en años providenciales gracias a los nuevos modos de cultivo. A cambio, se volvieron dependientes en gran medida de la deuda con vendedores de insumos y los bancos agrarios, de los tractores, arados mecánicos y cosechadoras y de una intensa aplicación anual de agroquímicos contaminantes.

Ya se han publicado excelentes estudios sobre las transformaciones agrícolas del campo mexicano enfocados en términos cuantitativos en el área de Sonora para el periodo analizado (ver por ejemplo, Heweitt de Alcántara 1999). Esas obras exponen problemáticas similares a las de Jalisco y por eso he decidido enfocarme en una cuestión enfatizada en las conversaciones con mis parientes e interlocutores agricultores de Poncitlán, la cual ha sido poco estudiada: las transformaciones temporales y climáticas y el futuro descontrolado. Además, este punto es sustancial al imaginario tecno social de la modernización agrícola que ostentó una enorme fe en conseguir el control de las variables que consienten el cultivo de maíz y trigo en el campo mexicano con el objetivo de incrementar la producción. Lejos de la promesas de la época, combatir el

desabasto de alimentos en México, el maíz y trigo de la región poncitlense fueron a triturarse en molinos y fábricas procesadoras de harinas de maíz, aceites y otros derivados del corredor industrial.

Entonces, a los actores involucrados les convenía saber navegar en distintas escalas temporales jerárquicas (Redondi 2010) suprarregionales que coordinaron la comercialización de los granos en el mercado. Los agricultores siempre buscaron conocer los días óptimos para la siembra y cosecha y para ello contaban con una escala temporal agrícola-religiosa que ordenaba los tiempos de trabajo y ocio. Asimismo, los campesinos conocían complejos sistemas de vaticinio climático (cabañuelas, lectura del cerro y el cielo y avistamientos de animales). Por consiguiente, la atención plena de su entorno aprendida desde la infancia forjaba crono-nautas aptos para conocer con más o menos exactitud cuándo sembrar y cuándo cosechar para evitar los riesgos de la sequedad y humedad excesivas. Las labores colectivas del ejido también obligaron a efectuar la siembra, cuidado y cosecha de los cultivos en días propicios.

Es en esos usos temporales en donde los nuevos actores de la década de 1950 incitaron una reorganización de las temporalidades cuyas principales consecuencias fueron la individualización de prácticas que antes fueron labores colectivas (e. las faenas), la creciente alienación y desconocimiento del entorno que conllevó el no saber predecir cómo vendrá el temporal debido a la tendencia errática de las lluvias, vientos, granizos y sequías que azotan cuando no se les espera debido al cambio climático y, por último, la terciarización de los servicios agrícolas que genera dos situaciones. Primero, provoca una especialización que favorece a empresarios capaces de hacer una efectiva administración de los tiempos en función de sus habilidades para reconocer y ajustarse a los calendarios establecidos por las instituciones estatales y comerciales (e. los intermediarios entre la industria y los productores FIRA, Maseca y Sabritas) para la agricultura por contrato y además entienden de dificultosos términos legales, contables y financieros, como las coberturas y las apreciaciones de la Bolsa o Lonja de Chicago estipuladas para determinar el precio de la comercialización de los granos desde inicios del siglo XXI.

En conclusión, el saber bregar las transformaciones temporales es una de las competencias de mayor valía en esta agricultura mecanizada. Los desajustes sucedidos desde 1950, junto con otras variables, desencadenaron una presión intensa en las subjetividades que deriva en la emergencia de un agricultor fuertemente anudado a las posibilidades de manejar el futuro, quien sufre padecimientos relacionados con la ansiedad y las preocupaciones excesivas sobre la cosecha, en la cual descansan las expectativas del ingreso de las familias agrícolas y condiciona los futuros consumos de artículos y servicios el resto del año. Tan es así que una mala cosecha no solo hunde a

un agricultor endeudado; también se resienten otros sectores económicos de la región. En específico, los comercios de la cabecera son afectados porque se juegan parte de su prosperidad en el hecho de que los dependientes del agro cuenten con dinero suficiente para gastar en artículos como ropa, juguetes o tecnologías. Como he argumentado, el edificio del consumo se levanta sobre los cimientos tambaleantes de la cosecha futura y esa es una de las razones por las que los migrantes y no los ejidatarios-agricultores arribaron los primeros al consumo de alimentos procesados, indumentarias y dispositivos tecnológico-mediáticos. Obviamente, en este tipo de evaluación se requiere diferenciar entre ejidatarios pobres y ricos y propietarios con vínculos políticos y otras ventajas económica; estos últimos a la larga constituyeron la clase agraria reconvertida en la clase de “modernos” negociantes de agroquímicos y maquinaria.

Además de las conclusiones presentadas hasta ahora, los informes del capítulo VII sirven para impugnar ciertas premisas del cambio tecnológico arraigadas en el pensamiento común sobre las transformaciones tecnológicas. Los optimistas (tecnófilos), por ejemplo, supondrían la liberación del trabajo humano por la mecanización. Sin embargo, en Poncitlán las máquinas (tractores y trilladoras) aumentaron las horas laborales para sus propietarios y no al revés. Para los pesimistas (tecnófobos) la maquinaria haría prescindible la fuerza humana en la cadena productiva. Por lo menos en San Miguel Zapotitlán las cosas no han sucedido así; las labores del agro siguen necesitando de cuadrillas de operarios, ayudantes y otros jornaleros además de sembradoras de precisión y tractores “modernos”. También, indirectamente, el uso de herbicidas aumentó en algunos años las plagas y para fumigar se solicitan jornaleros, ya que no hay mejor opción para el tipo de suelo arcilloso que un jornalero dispuesto a hundirse en el barro y cargar con una bomba portátil a la espalda usada para aplicar los agroquímicos a las plantas.

Obviamente, el tema de las transformaciones temporales no es suficiente para explicar el campo poncitlense, el cual como ya he explicado es un modo de vida que hunde sus orígenes en la dominación española colonial del siglo XVI. Los españoles introdujeron en la región la ganadería, huertas frutales y el cultivo del trigo. Además, ya existía el modo de vida de los nativos llamados cocas, habituados a la pesca, caza y recolección y en menor medida a la agricultura. Pero sin ir demasiado lejos, se debe prestar atención al siglo XIX, en específico a “las enajenaciones de tierras comunales a raíz de la ley de 1856” (Chevalier 2013: 325) que permitieron el acaparamiento de terrenos que antes usufructuaban a las comunidades indígenas poncitlenses. En el mismo siglo eclosionaron las dinámicas de las haciendas que fueron las primeras unidades económicas prestas a innovar en diversificadas áreas técnicas (máquinas de vapor, ferrocarriles, producción

automatizada, películas). Las haciendas ensamblaron a los habitantes de las comunidades en una gran maquinaria regional del “progreso” unos decenios antes de la Revolución de 1910.

Posteriores investigaciones deberán detallar sobre la época del reparto agrario entre 1920 y 1930 cuando de nueva cuenta se tensan las relaciones entre comunidades indígenas y propietarios por la tenencia de la tierra comunal y privada. Enseguida, desde 1940 en adelante se necesita rastrear cada una de las innovaciones en semillas, técnicas de labranza, sembrado y cosechado, sistemas de riego, fertilización, control de malezas y plagas, siempre en relación con las variables climáticas como sequías e inundaciones. Al respecto es obligatorio un análisis de la organización colectiva e individual de las labores agrícolas y las diversas técnicas practicadas. Y en este último punto es obligatoria una genealogía de los comerciantes-intermediarios de agroquímicos y maquinaria agrícola quienes son los ganadores primarios de la mecanización. Pero este tema no solamente se presta para un recuento económico agrario sino, como ya he mencionado, para uno sobre los reacomodos en las conceptualizaciones locales sobre la persona, las relaciones sociales, la naturaleza y la técnica.

Por fin, en el capítulo VIII me he enfocado en matizar un argumento demasiado atado a la correlación ingreso-consumo, por lo cual, he explicado cómo hacían los poncitlenses en el periodo de 1950 hasta inicios de 1980, en una situación general de pobreza, para acceder a televisores y radiorreceptores siendo tan costosos estos aparatos. La respuesta es simple y se corresponde con el foco explicativo de la antropología: la relacionalidad (Strathern 1999). Inclusive, varios autores han registrado este hecho, sin prestarle suficiente atención, en contextos urbanos (Giglia 2012; McCarthy 2001) y rurales (Jáuregui 2007), desde la historia (Díaz Frene 2016; Ramírez Bonilla 2015) y la etnografía (Ortiz Boza 2016; González y Valles 2015), el que en México y otros lugares del mundo las prácticas tecnológicas grupales y públicas brindaron el acceso limitado a las novedades técnicas (Díaz Ramírez 2016). Por consiguiente, en el capítulo VIII he desarrollado la genealogía de televisores y radios en Poncitlán que me ha servido para exponer la potencialidad de las tecnologías de construir espacios y fomentar los vínculos entre personas. He dicho que el mundo “moderno” de las ciudades fue asociado en el imaginario tecno social a la presencia de estos aparatos vinculados al *American way of life* y los poncitlenses experimentaron la “modernización” conforme vieron aparecer esos artilugios mediáticos, entre vacas y gallinas. Pero lo más importante es cómo desde entonces la sociabilidad de San Miguel Zapotitlán y Poncitlán es incomprendible sin un análisis de esferas tecno sociales de imágenes y sonido (Sloterdijk 2009).

Antes de entrar de lleno a este tema, he mostrado precios de artilugios electrónicos en los comercios de electrodomésticos de Guadalajara y de Poncitlán con el objetivo de iniciar un registro de modelos y precios para posteriores investigaciones, pero también lo he hecho para exponer el punto de que la mayoría de los poncitlenses no podían comprar esos electrónicos. He averiguado que no fue hasta que en la cabecera algunos comerciantes abarataron el mercado de electrodomésticos que algunos hijos de Poncitlán adquirieron sus aparatos electrónicos, y ha quedado pendiente de reconocer cómo fue ese abaratamiento, ya que las radio consolas en las tiendas de prestigio de la capital rondaban arriba de los dos mil pesos y en la cabecera las había en quinientos pesos, por eso es necesario investigar si había tiendas más baratas en la ciudad y si la mercancía vendida en la cabecera era de fayuca o hechiza (ensamblada con partes para hacerla más barata) o tal vez usada.

He sabido que los vendedores ambulantes a crédito de fayuca empujaron el mercado de radios, transportaban las mercancías hasta las rancherías y las dejaban fiadas. No obstante el consumo técnico fue soportado principalmente por los mayores ingresos de los primeros braceros. He discutido que bajo esta situación solamente una decena o menos poncitlenses hubieran tenido radios o televisiones para uso personal antes de 1980; sin embargo las memorias más potentes de mis amigos, parientes e interlocutores son las impresiones causadas por la TV o la radiofonía. De hecho, las sociabilidades lúdicas y el esparcimiento público, ligadas a divertimentos religiosos y seculares (Miquel 2005), quedaron insertas en este complejo sociotécnico y fueron arrancadas de la escala temporal agrícola religiosa que dividía el año en temporadas de trabajo y de ocio.

Las más relevantes de estas esferas tecno sociales fueron los sonidos y los televisores a modo de cinema. He propuesto que los sonidos eran de dos tipos: unos estacionarios instalados en las azoteas de los comercios, los cuales generaban la comunidad sonora entera (ahora solamente operan como medios de información y divulgación de campañas) y otros personales cuyo alcance se reducía a grupos de menor tamaño. Fueron estos últimos los sobrevivientes de las dinámicas del nuevo siglo. Hasta la actualidad las sociabilidades de muchos de los jóvenes y adultos poncitlenses suceden arriba de automóviles y trocas con sonidos instalados (autoestéreos, amplificadores y altavoces) cuya música ameniza las reuniones dionisiacas.

He sostenido que la TV pública se insertaba en espacios ligados a las actividades colectivas, la administración del ocio público y la “modernización” en ambas localidades estudiadas. Los comerciantes y otros actores instalaron televisores públicos en el centro de las poblaciones, junto a la carretera federal y a unos pasos de la plaza y el templo católico, lo cual facilitaba el acceso a la

mayoría de la población ya acostumbrada a congregarse en esos espacios. Estos televisores poco a poco se retiraron de las calles y pasaron a los sitios que sus inventores habían estipulado para ellos: dentro de casa en salas y habitaciones privadas. Lo principal es señalar cómo la generación de mis padres—nacidos entre 1950 y 1970—floreció en ese entorno colmado de esferas tecno sociales y al crecer arropados por teles y radios anhelaron poseer las propias. Cuando en la década de 1980 esa generación logró conseguir empleos entonces se dedicaron a hacer realidad sus anhelos y compraron sus televisiones y estéreos; también sus parientes migrantes les enviaban dispositivos o les ayudaban a pagarlas, ya que la oferta era amplia y los precios habían bajado. Lo cual dio pie a la construcción de un futuro paradójico, la generación de mis padres contaron con sus propias tecnologías, pero ya sin la sociabilidad colectiva y pública de antaño. Mi generación ya desconoció la práctica colectiva y pública de ver la televisión y se socializó dentro de ambientes hogareños y privados donde reinaban las pantallas televisivas.

Para redondear estas ideas, he de llevar la reflexión a una serie de conclusiones teóricas. Primero, la televisión y la radio son potencialmente capaces de hacer emerger esferas tecno mediáticas colectivas. Pero la emergencia de esferas depende de incontables factores como la definiciones locales de estos aparatos, los usos concretos y limitantes técnicas de los dispositivos y los entornos en donde se incorporan. Segundo, el fenómeno tecnológico es plenamente capaz de explicarse desde niveles medios de abstracción. Conceptos como redes de actores, sistemas sociotécnicos, imaginarios tecno sociales (Bijker et al 2012; Hughes 2012; Law 2012) son preferibles a las descomunales generalidades planteadas por las teorías de la “modernización” que tienden a exagerar (determinismo tecnológico) o disminuir (“sonambulismo tecnológico”, ver Pfaffenberger 1998: 238) la relevancia de las tecnologías para las transformaciones del modo de vida. Tercero, por alguna razón, a los investigadores les ha parecido irrelevante u demasiado obvio que las tecnologías sean idóneas para generar vínculos sociales en las comunidades, y quizá esto se debe al énfasis excesivo en ponderar otras instituciones sociales como las responsables de la sociabilidad y a la preponderancia de la teoría tecnológica por resaltar los usos individuales y su adherencia a la teoría de la individualización.

A partir de lo anterior, resulta adecuado concluir en general, junto con otros autores que han hecho lo propio para otros contextos (O’Hara 2018; Appadurai 2016), que la capacidad de construir el futuro en el presente es característica de los pobladores de la región poncitlense. Y por el contrario, es un error atribuir solamente a los “modernos” y “urbanos” la preocupación por el porvenir y a los rurales una insistencia por el pasado (Giddens 1990). Armand Mattelart (2000) se

ha quejado de cómo la razón gerencial o la mercadotecnia arrebataron a otros actores el derecho de inventar una “tecnoutopía”²²⁶ con las visiones de salvación del mundo. Como dice Mattelart: “La elaboración de escenarios futuristas se ha convertido en una profesión lucrativa” (2000:418). Sin embargo, conforme a los resultados de investigación que he presentado en esta tesis surge la duda: ¿no son acaso los imaginarios tecno sociales unas legítimas tecnoutopías no jerárquicas, dispersas, enunciadas y practicadas por las clases desfavorecidas? La respuesta es positiva.

La condición contemporánea de precariedad (Tsing 2015), las arenas complejas de la economía global y el Antropoceno con sus desbarajustes climáticos hicieron y hacen absolutamente necesarias las habilidades de imaginar, prever y planear escenarios futuros socialmente. Pero, sepultada la confianza en los grandes esquemas de salvación como el progreso o el desarrollo, una vez que el Estado mexicano y los partidos políticos han demostrado sistemáticamente la desatención o la imposibilidad de solucionar los problemas reales de las comunidades y han sido ciegos a los desafíos fundamentales del mundo tecnológico, ¿cuáles son las guías que hemos de seguir para brindar a las nuevas generaciones un mundo aceptable, vivible y satisfactorio? Esta no es una cuestión que pueda responderse unilateralmente, ni desde el templete de una academia humanista, desde donde actúa la antropología, propensa a ignorar la técnica como problema fundamental de las visiones a futuro, ni mucho menos desde el fanatismo tecnológico promovido por los magnates digitales como Bill Gates o Marck Zuckerberg; en cambio, una respuesta compleja, matizada y localizada requiere un alianza entre instituciones y personas comunes y entre instituciones tecnocientíficas. Pero es imprescindible que una gran mayoría de las decisiones sean tomadas democráticamente por la ciudadanía informada y no por el Estado y mucho menos por el libre mercado (Nye 2006: 145-146).

En esta tesis he examinado ampliamente las elecciones de soluciones a distintos problemas del mejoramiento de las condiciones de vida en heterogéneos ámbitos de la sociedad regional poncitlense, como fueron la industria (capítulo III), el abastecimiento de agua potable y la espiritualidad (capítulo IV), la alimentación (capítulo V), la indumentaria y consumos musicales (capítulo VI), el uso del tiempo en la producción del agro (capítulo VII), y el esparcimiento técnico mediático bajo el encanto de la “cultura urbana de masas” (capítulo VIII). Estos, según mi etnografía, fueron los asuntos de mayor interés para mis interlocutores quienes vivieron el contexto de

²²⁶ Hay una gran variedad de términos para hablar de la construcción de futuro en la literatura: utopía, distopía, anti-utopía, ucronía, atopía, entre otros. “Tecnoutopía” es empleado por Mattelart (2000) para exponer la tendencia de que las tecnologías sean ponderadas las vías salvíficas de la humanidad por medio de la integración mundial.

transición entre 1950 y 1970. Ese orden, proyectado de los resultados de mi investigación a la estructura de la tesis, me fue sugerido por los temas de las entrevistas realizadas a poncitlenses de la generación de mis abuelos, nacidos entre 1920 y 1940. No obstante la insistencia en este periodo particular de la historia reciente de Poncitlán, estas fechas no deberían dar lugar a confusiones; este no es solo un análisis sobre el pasado, sino uno enfocado en explicar la génesis de la sociedad poncitlense, porque las elecciones de mejoramiento fueron pensadas con la vista puesta en el porvenir tecnológico, y el progreso, modernización y desarrollo fueron signos del advenimiento de un futuro superior.

El análisis transgeneracional resulta fecundo para arribar a la conclusión de que la generación de mis abuelos vivió un precedente de nuestro mundo contemporáneo bajo las penurias económicas de la segunda mitad del siglo XX y por esa razón la única opción para ellos consistió en perseguir una visión puesta en el porvenir. Esa generación de nacidos entre 1920-1940 se está extinguiendo, son los últimos testigos de las mejoras del “progreso” cumplidas: relativa estabilidad económica, aumentos en las cosechas y la alimentación, medicinas y servicios de salud; nuevas músicas y estilos de indumentaria, radios, cinemas, televisores, teléfonos, computadoras, internet y demás artilugios que les empujaban a sentir que efectivamente a cada vuelta de hoja del calendario acontecía una revolución tecnológica de orden cósmico.

Para la generación de mis tíos y mis padres—nacidos entre 1950 y 1970—las cosas fueron distintas: ellos alcanzaron mayores comodidades a diferencia de sus padres, pero experimentaron un desbalance entre las promesas de las “modernizaciones” y “desarrollos” con su situación real presionada por las dinámicas del libre comercio y la transición a la contemporaneidad. “El progreso se detuvo” es una locución frecuente entre los pertenecientes a esa generación, porque el río Santiago se ahoga en basura y contaminantes de las empresas, los salarios no alcanzan para el sustento de las familias; la migración al Norte es cada día más peligrosa; los robos, drogadicción y violencias escalan, los políticos son aún más cínicos y los bálsamos comunitarios de antes parecen inexistentes. No hay un futuro claro en comparación con la generación previa de quienes contaban con el “progreso” o el “desarrollo” como modelos de porvenir.

Mi generación—nacidos entre 1980 y 2000—ha obtenido educación universitaria, desconocemos la miseria y los proverbios de los viejos nos parecen de otro mundo, pero ¿cuáles son nuestras oportunidades más allá de los mismos caminos de siempre?, ¿deberíamos ser obreros en industrias contaminantes?, ¿migrar a Estados Unidos o las ciudades?, ¿ejercer una agricultura con precios inciertos e insumos altos? Las generaciones de hoy volteamos la mirada hacia el pasado

de nuestros padres y abuelos. Hacia allá es donde he concentrado una descripción atenta que pudiera servir a los poncitlenses para reconocer las elecciones óptimas y las perjudiciales a la luz de la indagación de otras visiones de futuro. Entre estas, mis amigos e interlocutores destacan las de carácter religioso, como la Coronación de la Virgen del Rosario y su intensificación espiritual en 1950; las opciones de sociabilidad basadas en el trabajo colectivo y obligatorio, faenas, y en especial las fiestas y entretenimientos públicos de antaño, añorados como balsas de salvamento para la deriva actual. A pesar de las buenas intenciones, nadie sabe cómo reconstruir esos modos de sociabilidad, pocos están dispuestos y ninguno parece comprometido con el carácter religioso u obligatorio de esas actividades.

Bajo esa luz sería menester en otro momento, inscribir esta discusión en las reflexiones que surgen desde la óptica de los pueblos indígenas y oprimidos, las cuales a diferencia de mi tesis sostienen una opinión menos favorable del “progreso”, “desarrollo” y “modernización”. En México, la antropología aplicada ha estado desde 1920 mano a mano con el Estados y las comunidades transformando las teorías antropológicas existentes y las realidades del país, como ha escrito el antropólogo Salomón Nahmad Sittón (2014); lo que debería de hacernos más atentos a quienes hemos sido endoculturados en la tradición antropológica mexicana hacia la operación de “coproducción” de representaciones y realidades concretas (Jasanoff 2004).

Antropólogos quienes han emprendido una larga carrera en la subdisciplina de la antropología aplicada han buscado otras vías menos impositivas de procurar las transformaciones de los pueblos mexicanos. Esteban Krotz ha incitado a la relectura del utopista Tomás Moro en función de la necesidad de contar con nuevas utopías y cita la “pedagogía del oprimido” de Paulo Freire y los estudios de Iván Illich como “formas alternativas de enseñanza-aprendizaje basados en una concepción más digna del ser humano como *forjador de su propio destino*”²²⁷ (2020:101). El mismo Nahmad habla del “etnodesarrollo” o “la capacidad de un pueblo para construir su futuro, aprovechando su experiencia y los recursos reales de su cultura, de acuerdo con un proyecto que se defina según sus propios valores y aspiraciones” (2014:193). El problema es que Nahmad contempla las “culturas” o “sus propios valores” como puros y no contaminados con influencias externas, lo cual no suele ser el caso para la mayoría de nuestras localidades en México. Y además de valores y culturas todavía queda asegurarse de que la economía asegure cierta prosperidad.

El premio nobel Octavio Paz fue lo suficientemente perspicaz para sugerir que “el tema del desarrollo está íntimamente ligado al de nuestra identidad: ¿quién, qué y cómo somos?”

²²⁷ El énfasis es mío.

(2013:238). Al final, Paz incitaba a criticar el modelo de desarrollo imitado de los Estados Unidos, sin abandonar la idea de que la identidad nacional está edificada relacionamente entre la modernización occidental y los mundos indígenas. Esto lo discutía en la década de 1970 incluso antes de que el pensamiento poscolonial y las modernidades múltiples cuestionaran la universalidad de la “modernización occidental”. ¿Podría ser la suburbanización, ni rural, ni urbana, una respuesta? Bajo ese aspecto, como han escrito otros antropólogos, los indígenas han hecho de lo ajeno, “moderno”, un repertorio para la reproducción de las lógicas internas de las comunidades (Magazine 2012). Con estos párrafos no espero zanjar esta discusión, sino sugerir una vía de implicación de mi investigación con categorías planteadas como alternativas al “desarrollo”, como las concepciones del “vivir bien” (Canqui 2011).

La respuesta por el porvenir se encuentra abierta. Así pues, espero haber develado los hilos finos que atan las categorías de progreso, modernización y desarrollo con las prácticas concretas y con los campos heterogéneos de la técnica, religión, economía, política, sociedad y cultura, de modo que iluminen y no oscurezcan las realidades entrelazadas en esta madeja imbricada de actores y procesos. Estos famosos términos de la constelación de la modernización los he encontrado en cada uno de los campos enunciados, lo que me sugiere que este imaginario tecno social es ubicuo, recalcitrante, permeable y duradero.

Hace siglos, los curas agustinos pontificaban sobre el “progreso” de la humanidad y en la actualidad los actores políticos discuten sobre el posdesarrollo o el desarrollo sostenible, estas categorías poli semánticas se fomentan consciente e inconscientemente en los debates públicos y en los académicos, pero han ido más allá para cimentar las realidades de millones de personas, para bien o para mal. Y no me arrepiento de meter en un mismo saco los términos que para sus defensores podrían ser distintos, ya que estas categorías remiten igualmente al imaginario y los comportamientos humanos de proyectar, visualizar, anticipar y construir el futuro. Es así porque un pueblo que mira hacia el futuro y huye de los demonios de la historia requiere forjarse nuevas imágenes y prácticas de construir y morar en el mundo.

APÉNDICES

Apéndice 1. Información matrimonial: indio *tecpontle*, india *ycpontle*

En quatro de Mayo de 1620, a las diez y quatro se representa
con antemio p. efecto de Contraxer Matrimonio, Francisco
Gaspar Yn. *tecpontle* del pu. de Tepic. Niño leg. mo de Juan
Diego de Sebastian Baltaza, y de Antonia Saluadora
Yn. *ycpontle* de dho. pu. Niño leg. mo de Ant. Saluador, de funto
de Maria Beronica, a quien se le tomo Juram. que hicieron
p. D. N. B. de la Señal de la Cruz, a cargo del qual prometieron
de su verdad en lo que supieren. Les fue preguntado, si siendo
con la pregunta que el dho. Oydor, diere, eran el Bay de Ma-
trimonio, i que el que aora se tendien Contraxer, e de su libre
voluntad, p. que no son parientes, ni deudos, ni deudos con-
pelidos, ni aya hecho voto de Castidad, ni dado a otro persona
palabra para e. e. fin, ni tienen entre si parentesco en grado
alguno, de Contraxer amistad, afinidad, o espiritual, ni auer
do examinado, a Ju. Ant. de veintid. a Ju. Acensio de qua-
renta la Ju. Sean de cinquenta, que fueron los test. que pre-

En el último registro son observables los términos referidos, que se anotan luego de los nombres de los contrayentes de matrimonio. La fuente se encuentra citada en las referencias.

Apéndice 2

El párroco del pueblo de Poncitlán solicita respetuosamente de la Sagrada Mitra la coronación pontificia de nuestra Señora del Rosario

Firman: Presbítero Fernando Vargas, presbítero Norberto Salas, Jesús Casillas y J. Jesús Alatorre. Manuel G. Castellanos, A. Rodríguez, Pedro Ruiz, Francisco Becerra, Julio Becerra, M. Aguirre, Ismael Becerra, J. Jesús de la Torre, Dr. Ramón Vargas G., Federico García, Ramón Romo, Filiberto Barajas, Apolinar Cervantes, José Castellanos, J. Jesús Lemus, Pedro Flores, Juan Montaña. Siguen más firmas
Poncitlán, Jal. Diciembre 15 de 1947 (Vargas 1954: 55).

Contestación de la Sagrada Mitra

Asunto: Coronación de la Virgen del Rosario

Sr. Cura Don Fernando Vargas

Poncitlán, Jal.

He recibido su atenta comunicación fechada el día 15 del actual, en que expone su ardiente deseo y el de sus feligreses, de que sea coronada solemnemente la imagen de Nuestra Señora del Rosario que se venera en esa parroquia de Poncitlán, y a ese propósito quiero manifestarle que estoy enteramente de acuerdo, en principio, en que se lleve a cabo la proyectada coronación, aunque quiero observar que de los datos aducidos no se desprende necesariamente que se trate del IV Centenario de estar en esa parroquia la mencionada imagen.

Dios Nuestro Señor Guarde a Ud. Muchos años.

Guadalajara, 16 de diciembre de 1947.

José.

Arzobispo de Guadalajara (Vargas 1954: 56).

Inversiones:

Un transformador que se colocó en el atrio 850.00

Pavimentación del templo con ladrillo de granito 8,500.00

40 bancas para el templo 5400.00

Cuatro blandones de metal 4228.00

Barandilla tallada en cedro para el altar mayor 3,800.00

Dos altares de cantera para los cruceros 6,200.00

En ornamentos 6,724.00

Decoración del interior del templo 6,724.
Púlpito de cedro y nogal 2, 845.00
Capilla de las Hijas de María 5,563
Corona de plata dorada con 60 circones engastados 2,400.00
Corona de oro con piedras finas 18, 000.00
18 emplomados en la cúpula y cuerpo de la iglesia 4,500.00
Una torre de cemento armado en la fachada 9345.00
Reloj público para el frontis del templo 6,000.00
Enjarre y pintura del exterior del templo 2,300.00
Los salones que sirven para escuela (planta alta) 2, 868.00
Órgano eléctrico marca "Espinet" 20, 925.00
Colegio Juana de Arco 70, 000.00
Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe 65, 000.00
Templo y hospital del Señor de Chapitas 145, 000.00
Una campana que se colocó en la torre nueva 3,000.00
100 metros de brocado para adorno del templo 2,000.00
Vestido para la Virgen 2,000.00
12 candeleros de metal 6,000.00
3 pedestales de metal para ciriales y cruz alta 1,500.00
Arreglo y pavimentación del atrio 2,000.00
Algunas modificaciones al Curato 3,400.00
Total: 415,626.00 (Vargas 1954: 61-62).

Apéndice 3

Tabla de frutas y precios del municipio de Poncitlán 1889

Nombre de las frutas	Meses en que se cosechaban	Puntos donde se producen	Precios a que se venden	Total en que se calcula la venta anual
Aguacate chico	agosto-octubre	San Miguel Mezcala	31 es ciento	12 00
Aguacate grande	agosto-octubre	San Miguel Mezcala	62 es ciento	13 00
Ahuilote o uvalana	Junio y Julio	San Sebastián, San Pedro, Mezcala, San José, San Jacinto, Santa Cruz	25 es carga	12 00
Camichín	Noviembre y diciembre	San José, San Jacinto y Santa Cruz	50 centavos fanega	1 00
Capulín	Enero y Febrero	San Martín	37 centavos fanega	20 50
Cidra	Noviembre y diciembre	San Miguel y Mezcala	18 centavos docena	4 00
Ciruelas rojas	En abril y mayo	San Pedro, San Miguel y Mezcala	62 centavos fanega	20 50
Chirimoya	Diciembre y enero	San Miguel y Mezcala	18 centavos docena	5 00
Chayotes	Noviembre y diciembre	San Pedro, San Miguel y Mezcala	50 centavos ciento	5 00
Granada común	Junio y Julio	San Miguel y Santa Cruz	6 centavos docena	6 00
Guayaba de china	Noviembre	Mezcala y San Miguel	10 centavos ciento	1 00
Guamúchil	Mayo y junio	San Miguel y Poncitlán	1 ps carga	3 00
Lima chica	Diciembre a febrero	San Miguel	50 centavos ciento	2 00
Limón agrio	Noviembre a enero	Poncitlán y San Nicolás	10 centavos ciento	10 00
Membrillos	Agosto y septiembre	San Miguel	50 centavos ciento	2 00
Melón zapate (zapote?)	Mayo	San Pedro y Mezcala	25 centavos carga	4 00
Mezquite	Abril y Mayo	Cuitzeo y Naján	25 centavos carga	1 00
Sandía	Abril y Mayo	Mezcala y San Pedro	6 centavos docena	10 00
Tunas chicas	Junio y Julio	En casi todo el municipio	50 centavos carga	3 00
Tunas joconoxtles	Noviembre y diciembre	San Pedro y Hacienda de Guadalupe	50 centavos carga	2 00

Fuente: Elaboración propia a partir de “Catálogo de frutas que produce el estado de Jalisco”, 1889

En la tabla anterior, en la columna “precios a que se venden”: se anota “31 es ciento”, lo cual significa posiblemente que el precio es de 31 centavos cada cien frutas. La tabla es solamente para ilustrar el tipo de frutas y las temporadas de cosecha por localidad; por lo pronto, no me interesan los precios y medidas.

Sin pretender ser exhaustivo, un estudio etnobotánico a mayor profundidad requiere de los nombres de diversos quelites, bayas, hierbas del cerro y de orillas del río Santiago; camote del cerro y frutas como la chirimoya y la naranja agria. Todavía en la década de 1990, mi madre me enseñó a masticar las hojas de anís, que crecían en el campo deportivo, el cual había sido panteón anteriormente. Durante el verano los niños desenterrábamos un tubérculo pequeño y blancuzco de sabor ligeramente dulce que llamábamos *jicamita*. Estas jicamitas nacían hacía la parte norte del campo deportivo en San Miguel Zapotitlán. Ya para los años de mi trabajo de campo, 2018 y 2019, no registré ninguna de estas prácticas de recolección. En general existe un temor real de caer envenado con los agroquímicos que se usan para arrasar cualquier planta que no sea “productiva”. Además, el campo deportivo ha sido sembrado con zacate para empastar las canchas de beisbol y futbol. Posiblemente a este trastocamiento de las ecozonas se debe la desaparición de las luciérnagas del campo deportivo.

VER ES CREER



Reanímese!



Cuando el calor y la fatiga hacen a usted sentirse cansado y sediento, busque el conocido refrigerador rojo que dice: "Coca-Cola". Nada puede substituir a Coca-Cola bien helada

25¢



Embotellado en México con la autorización del dueño de la marca registrada de "Coca-Cola"

© Coca-Cola Derechos de Propiedad Literaria Reservados 1951. Reg. S.O.A. No. 4388 "A" Pags. 8 - 908/50

EMBOTELLADORA "LA FAVORITA", S. A.
Embotelladores Autorizados de Coca-Cola.

REFERENCIAS

- Acuña, René (ed.) (1988). *Relaciones geográficas del siglo XVI: Nueva Galicia*. Ciudad de México: UNAM.
- Ahumada, Jorge (1966). "Necesidades de formación del personal de las instituciones para el desarrollo económico" en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, vol. 28, pp. 7-16.
- Akrich, Madeleine y Latour, Bruno (1992). "A summary of a convenient vocabulary for the semiotics of human and nonhuman assemblies" en Wiebe E. Bijker y John Law (eds.) *Shaping technology/Boulding society. Studies in sociotechnical changes*, pp. 259-264. Cambridge: The MIT Press.
- Adler Lomnitz, Larissa y Pérez Lizaur, Marisol (2001). "Los orígenes de la burguesía industrial en México. El caso de una familia en la ciudad de México", en Larissa Adler Lomnitz; Claudio Lomnitz Adler; Ilya Adler (eds.) *Redes sociales, cultura y poder. Ensayos de antropología latinoamericana*, pp.185-215. México: FLACSO.
- Adler Lomnitz, Larissa; Lomnitz Adler, Claudio; Adler Ilya (2001b). "El fondo de la forma: La campaña presidencial del PRI en 1981" en Larissa Adler Lomnitz; Claudio Lomnitz Adler; Ilya Adler (eds.) *Redes sociales, cultura y poder. Ensayos de antropología latinoamericana*, pp.275-332. México: FLACSO.
- Alba, Víctor (1963). "La planificación y los mitos del desarrollo" en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 25, vol. 1, pp. 67-114.
- Alfaro Uribe, Rodrigo F.; Castañeda Gutiérrez, Saúl B.; García Galván, Alma M.; Herrera Hernández, Claudia C.; Luna Covarrubias; Moreno Huerta, Jorge; Rizo Sandoval, Carolina; Yáñez Rosales, Rosa H. (2018). "Otictlaneuhtique tlali yaxca totlaçnantizin... 'A quien arrendamos la tierra propiedad de Nuestra Señora...' Reclamo de los cofrades de Sayula", en *Letras históricas*, núm. 19, vol. s.n. pp. 47-77.
- Althusser, Louis (2003). "Ideología y Aparatos Ideológicos del Estado. Acerca de la reproducción de las condiciones de producción" en Slavoj Žižek (comp.) *Ideología. Un mapa de la cuestión*, pp.115-155. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Anderson, Mark D. (2007). "Agustín Yáñez's total Mexico and the embodiment of the national subject" en *Bulletin of Spanish Studies: Hispanic studies and researches on Spain, Portugal and Latin America*, núm. 1, vol. 84, pp. 79-99.
- Appadurai Arjun (2016). *El futuro como hecho cultural. Ensayos sobre la condición global*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

- Appadurai, Arjun (2001). *La modernidad desbordada*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Appadurai, Arjun (2005). *Modernity at large. Cultural dimensions of globalization*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Appel, Hannah; Anand, Nikhil; Gupta, Akhil (2018). "Introduction: Temporality, politics and the promise of infrastructure" en Nikhil Anand; Akhil Gupta; Hannah Appel (eds.) *The promise of infrastructure*, pp.1-38 Durham: Duke University Press.
- Bailey, Thomas Bey William (2020). "En el corazón de la audioesfera: una investigación sobre el significado de la audioesfera en la era de las redes" en Alicia Pinteño (coord.) *Audioesfera*, pp.32-43. Madrid: Museo Nacional de Arte Reina Sofía.
- Bak-Geller Corona, Sarah y Moreno, Rocío (2017). *Recetario de Mezcala, Jalisco*. México: Secretaría de Cultura y Dirección General de las Culturas Populares, Indígenas y Urbanas.
- Bartra, Roger (1988). "Crisis agraria y diferenciación social en México" en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, vol. 50, pp. 13-49.
- Bastos, Santiago (2011). "La nueva defensa de Mezcala: un proceso de recomunalización a través de la renovación étnica" en *Relaciones*, núm. 125, vol. XXXII, pp. 87-122.
- Bateson, Gregory [1972] (1992). "Experimentos en el pensar sobre el material etnológico observado", en Bateson, G. *Pasos hacia una ecología de la mente*, pp. 99-113. Buenos Aires: Planeta.
- Becerra Tapia, Francisco y Ibarra Sánchez, Martha Cecilia (1993). *Estudio técnico-económico para el aprovechamiento industrial de los residuos fibrosos de la caña de azúcar en la obtención del furfural*. Instituto Politécnico Nacional: Tesis de ingeniero químico industrial.
- Benedict, Anderson (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Beriain, Josetxo (2005). *Modernidades en disputa*. Barcelona: Anthropos.
- Berman, Marshall (2004) [1985]. "Brindis por la modernidad", en Casullo, Nicolás (ed.) *El debate modernidad-posmodernidad. Primera parte*, pp.87-104. Buenos Aires: Del Búho.
- Boehm, Brigitte (2005). "Agua, tecnología y sociedad en la cuenca Lerma-Chapala: Una historia regional global" en *Revista Nueva Antropología*, núm. 19, vol. s.n., pp. 99-130.
- Bourdieu, Pierre (1998). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Boylestad, Robert L. y Nashelsky, Louis (2009). *Electrónica: teoría de circuitos y dispositivos electrónicos*. México: Prentice Hall.
- Bowman, Warigia (2015). "Imagining a modern Rwanda: sociotechnical imaginaries, information

- technology in Cold War America” en Sheila Jasanoff y Sang-Hyun Kim (eds.) (2015). *Dreamscapes of modernity. Sociotechnical imaginaries and the fabrication of power*, pp.79-102. Chicago: The University of Chicago Press.
- Burke, Peter (2005). *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona: Crítica.
- Bruyn, Eric y Lütticken, Sven (2020). “Introduction” en Eric C.H. de Bruyn y Sven Lütticken (eds.) *Futurity report*, pp.7-17.
- Bryant, Rebecca y Knight, Daniel M. (2019). *The anthropology of the future*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Brushwood, John S. (1970). “Agustín Yáñez: creativity and civic responsibility” en *Topic*, núm. 20, vol. s.n., pp. 44-52.
- Camp, Ai Roderic (1981). “Un intelectual en la política mexicana: Agustín Yáñez”, en *Relaciones*, núm. 7, vol. II, pp. 137-162.
- Canqui Mollo, Elisa (2011). “El buen vivir, una propuesta de los pueblos indígenas a la discusión sobre el desarrollo” en *Obets. Revista de ciencias sociales*, núm. 1, vol. 6, pp. 19-33.
- Calvo, Thomas (1989). *La Nueva Galicia en los siglos XVI y XVII*. México: El Colegio de México.
- Castañeda, Carmen (2006). “Los caminos de México a Guadalajara” en Cramaussel, Chantal (ed.) *Rutas de la Nueva España*, pp. 263-274. Zamora: El Colegio de México.
- Casullo, Nicolás (2004). “Modernidad, biografía del ensueño y la crisis” en Nicolás Casullo (ed.) *El debate modernidad-posmodernidad*, pp.17-48. Buenos Aires: Retórica ediciones.
- Carpenter, Edmund y McLuhan, Marshall (1960). “Acoustic space” en Edmund Carpenter y Marshall McLuhan (eds.) *Explorations in communications*, pp. 65-70. Boston: Beacon Press.
- Chávez Torres, Martha (1998). *Mujeres de rancho, de metate y de corral*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Chevalier, François (2013). *La formación de los latifundios en México. Haciendas y sociedad en los siglos XVI, XVII y XVIII*. México. FCE.
- Chimal, Carlos (2017). *Fábrica de colores. La vida del inventor Guillermo González Camarena*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ciudad Real, Antonio de (1993). *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*.

- Relación breve y verdadera de algunas de las cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes. Tomo II.* México: UNAM.
- Cochet, Hubert (1991). *Alambradas en la sierra. Un sistema agrario en México. La sierra de Coalcomán.* Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Comaroff, Jean y Comaroff John (1993). "Introduction" en Jean Comaroff y John Comaroff, John (eds.) *Modernity and its malcontents. Ritual and power un postcolonial Africa*, pp. xi-xxxvii. Chicago: The University of Chicago Press.
- Csikszentmihalyi, Mihaly (1991). *Flow. The psychology of optimal experience.* Nueva York: Harper Perennial
- Dávila Garibi, Ignacio (1943). *El problema de la clasificación de la lengua coca.* México: Librería San Ignacio Editorial.
- Dalton, David S. (2015). *Embodying modernity in Mexico: race, technology, and the body in the mestizo state.* Tesis de doctorado: University of Kansas.
- De la Torre, Juan (1888). *Historia y descripción del ferrocarril central mexicano. I. Cumplido.*
- De la Torre, Navarro; J. Jesús (1993). *Cosas de ayer y hoy Poncitlán.* Guadalajara: Unidad Editorial.
- De la Peña, Guillermo (1998). "Populismo, poder regional e intermediación política: el sur de Jalisco 1900-1980", en *Estudios de historia moderna y contemporánea*, pp. 115-152, núm. 16, vol. 16.
- De León Meza, C. René (2016). "El cultivo del trigo en Nueva Galicia durante el siglo XVII" en *Secuencia*, núm. 94, vol. s.n., pp. 39-76.
- Dennis, Michael Aaron (2015). "Our monsters, ourselves: reimagining the problem of knowledge in Cold War America", en Sheila Jasanoff y Sang-Hyun Kim (eds.) (2015). *Dreamscapes of modernity. Sociotechnical imaginaries and the fabrication of power*, pp. 56-78. Chicago: The University of Chicago Press.
- Díaz Frene, Jaddiel (2016). "El viento: apuntes para una historia cultural del fonógrafo en México" en *Historia mexicana*, núm. 1, vol. LXVI, pp. 257-298.
- Díaz Ramírez, Rubén C. (2016). *Entre tractores cines y Facebook: transformaciones en la sociabilidad y socialización de un pueblo del Occidente de México, San Miguel Zapotitlán 1950-2015.* Tesis de doctorado: Universidad Iberoamericana.
- Dirección de Promoción Económica Jalisco (DPEJ). *Nueva Imagen de Jalisco.* México:

Helio-México.

Douglas, Mary y Isherwood, Baron (1996) [1979]. *The world of goods. Towards an anthropology of consumption*. Nueva York: Routledge.

Dube, Saurabh (2011). "Otras modernidades introducción" en Saurabh Dube y Ishita Banerjee (coord.) *Otras modernidades. Historias, culturas, identidades*, pp. 11-45. México: El Colegio de México.

Durán Juárez, Juan Manuel; Partida Rocha, Raquel Edith; Torres Rodríguez, Alicia (1999). "Cuencas hidrológicas y ejes industriales: El caso de la cuenca Lerma-Chapala-Santiago" en *Relaciones*, núm. 80, vol. XX, pp. 101-129.

Doménéch, Figueroa J. (1899). *Guía general descriptiva de la República Mexicana. Tomo Primero*. Barcelona: Imprenta de Henrich y Compañía. Consultado de:
http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1020001211_C/1020001211_T1/1020001211_T1.html

Durán Juárez, Juan Manuel; Partida Rocha, Edith Raquel; Torres Rodríguez, Alicia (1999). "Cuencas hidrológicas y ejes industriales: El caso de la cuenca Lerma-Chapala-Santiago" en *Relaciones*, núm. 80, vol. XX, pp. 101-129.

Durand, Gilbert (2004). *Las estructuras antropológicas del imaginario. Introducción a la arquetipología general*. México: FCE.

Elias, Norbert (1989). *Sobre el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Fabian, Tylor (2014). *Time & the Other. How anthropology makes its object*. Nueva York: Columbia University Press.

Farias Martínez, Guillermo (1945). *Informe sobre la exploración sanitaria del municipio de Poncitlán, estado de Jalisco*. Examen profesional de médico cirujano partero: Universidad Autónoma de Guadalajara.

Ferguson, James (1999). *Expectations of modernity. Myth and meanings of urban life on the Zambian Copperbelt*. Los Ángeles: University of California Press.

Fernández Poncela, Ana María (2002). *Pero vas a estar muy triste y así te vas a quedar. Construcciones de género en la canción popular mexicana*. México: INAH.

Friedman, Kajsia Ekhol y Friedman, Jonathan (2008). *Modernities, class, and the contradictions of globalization. The anthropology of global systems*. Nueva York: Altamira Press.

García Canclini, Néstor (2001). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Barcelona: Paidós.

García Corzo, Rebeca Vanesa (2007). "Ingenieros, hacendados y empresarios en conflicto por el

- aprovechamiento del agua del río Lerma en Jalisco a fines del siglo XIX y principios del XX”, en *Letras históricas*, núm. 15, vol. s.n., pp. 145-177.
- García Cubas, Antonio (1904). *El libro de mis recuerdos*. Ciudad de México: Imprenta de Arturo García Cubas, Hermanos sucesores.
- Gell, Alfred (2016). *Arte y agencia. Una teoría antropológica*. Buenos Aires: Sb editorial.
- Giddens, Anthony (1990). *The consequences of modernity*. Cambridge: Polity Press.
- Giglia, Angela C. (2012). *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*. Madrid: Anthropos y UAM Iztapalapa.
- Gobierno del Estado. (1947). *Memoria del poder ejecutivo del Gobierno de Jalisco. 1943-1947*. Guadalajara: Artes Gráficas.
- Gómez- Gavarriato, Aurora (2020). “La construcción del milagro mexicano: El Instituto Mexicano de Investigaciones Tecnológicas, el Banco de México y la Armour Research Foundation” en *Historia Mexicana*, núm. 3, vol. LXIX, pp.1247-1309.
- González Navarro, Moisés (2003c). *Cristeros y agrarista en Jalisco V*. México: El Colegio de México.
- González Navarro, Moisés (2003b). *Cristeros y agraristas en Jalisco IV*. México: El Colegio de México.
- González Navarro, Moisés (2003a). *Cristeros y agraristas en Jalisco III*. México: El Colegio de México.
- González Navarro, Moisés (2001). *Cristeros y agraristas en Jalisco II*. México: El Colegio de México.
- González Navarro, Moisés (2000). *Cristeros y agraristas en Jalisco I*. México: El Colegio de México.
- González Victoria, Rosa María y Valles Ruiz, Rosa María (2015). *La primera vez que vi televisión. Medios, vida cotidiana y memoria colectiva*. México: Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
- Goyas Mejía, Ramón (2012). “La hacienda de Ciénega en la alcaldía mayor de La Barca durante el virreinato, de la ganadería menor al arrendamiento” en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, núm. 131, vol. XXXIII, pp. 245-282.
- Goyas, Mejía, Ramón (2011). “Pueblos de indios y propiedad en la Alcaldía Mayor de La Barca durante el Virreinato” en *Liminar. Estudios sociales y humanísticos*, núm. 2, vol. 19, pp. 165-180.

- Goody, Jack (2004). *Capitalism and modernity: the great debate*. Cambridge: Polity Press.
- Gupta, Akhil (2000). *Postcolonial developments. Agriculture in the making of modern India*. Duke University Press.
- Gutiérrez Núñez, Netzahualcóyotl Luis (2020). "Entre lo inesperado y lo imprevisto: la sequía y los proyectos de mejoramiento de maíz y sorgo en El Bajío, 1943-1970" en *Historia Mexicana*, núm.1, vol.70, pp. 207-258.
- Gutiérrez Ruvalcaba, Ignacio (2016). "Tuercas y arados en el Porfiriato" en *Alquimia*, núm. 56, vol. 19, pp. 22-29.
- Glantz, Margo (2006). "¿De nuevo 'Al filo del agua'?", en *Esguince de cintura*, núm. s.n., vol. s.n., pp. 82-85. Consultado el 21 de enero de 2020. Recuperado de:
http://www.cervantesvirtual.com/portales/letras_mexicanas/obra-visor/de-nuevo-al-filo-del-agua--0/html/ef0079e5-500f-47b9-b56d-a9dc73c9d7c2_2.html#I_0_
- Grubbs, Jim (2010). "Citizens band radio", en Christopher Sterling (ed.), *The concise encyclopedia of the American radio*, pp. 148-150. Nueva York: Routledge.
- Habermas, Jürgen (2002). *Religion and rationality. Essays on reason, God, and modernity*. Cambridge: Polity.
- Harvey, David (2003). *La condición de la posmodernidad. Investigaciones sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Harris, M. (1978) *El Desarrollo De La Teoría Antropológica: Historia De Las Teorías De La Cultura*. Madrid: Siglo XXI.
- Hernández Moreno, Jorge y Nahmad, Salomón (1961). "La política económica del Estado como factor de desarrollo regional" en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, vol. 23, pp. 147-167.
- Heidegger, Martin (2009). *Tiempo e historia*. Madrid: Minima Trotta.
- Hughes, Thomas (2012). "The evolution of large technological systems" en Wiebe E. Bijker; Thomas P. Hughes; Trevor Pinch (eds) *The social construction of technological systems*, pp. 45-76. Cambridge: The MIT Press.
- Heweitt de Alcántara, Cynthia (1999). *La modernización de la agricultura mexicana, 1940-1970*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Huntington, Samuel P. (1971). "The change to change: modernization, development, and politics", en *Comparative Politics*, núm. 3, vol. 3, pp. 283-322.
- Ibáñez González, Luis Antonio (2015). "Las plantas hidroeléctricas construidas a partir de los

- aprovechamientos hidráulicos del río Santiago en el Salto de Juanacatlán, Jalisco” en *III Simposio Internacional de Historia de la Electrificación*. Ponencia: México.
- Ingold, Tim (2011). *Being alive. Essays on movement, knowledge and description*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Ingold, Tim (2000). *The perception of the environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. Londres: Routledge.
- Inkeles, Alex (1966). “The modernization of man”, en Weiner, Myron (ed.) (1966). *Modernization. The dynamics of growth*, pp. 138-150. Nueva York: Basic Books Inc.
- Jameson, Frederic (2004). *Una modernidad singular. Ensayo sobre la ontología del presente*. Barcelona: Gedisa.
- Jasanoff, Sheila (2015). “Future imperfect: science, technology and the imaginations of modernity”, en Sheila Jasanoff y Sang-Hyun Kim (eds.) (2015). *Dreamscapes of modernity. Sociotechnical imaginaries and the fabrication of power*, pp. 1-33. Chicago: The University of Chicago Press.
- Jasanoff, Sheila (2004). “The idiom of co-production”, en Sheila Jasanoff (ed.) *States of knowledge. The co-production of science and social order*, pp. 1-12. Nueva York: Routledge.
- Jauregui, Jesús (2007). *El mariachi. Símbolo musical de México*. México: INAH, Conaculta, Taurus.
- Johnson, Anne Warren (2015). “Introducción. Magia y modernidad” en *Dimensión Antropológica*, núm. 22, vol. 63, pp.7-15.
- Storey, Kelleher William (2015). “Cecil Rhodes and the making of a sociotechnical imaginary for South Africa” en Sheila Jasanoff y Sang-Hyun Kim (eds.) (2015). *Dreamscapes of modernity. Sociotechnical imaginaries and the fabrication of power*, pp.34-55. Chicago: The University of Chicago Press.
- Kehoe, Timothy y Meza, Felipe (2013). “Crecimiento rápido seguido de estancamiento: México (1950-2010)” en *El trimestre económico*, núm. 318, vol. 80, pp. 237-280.
- Kittler, Friedrich A. (2018). *La verdad del mundo técnico. Ensayos para una genealogía del presente*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kopytoff, Igor (1991). “La biografía cultural de las cosas: La mercantilización como proceso” en Appadurai, Arjun (ed.) *Perspectiva cultural de las mercancías*, pp.89-122. México: Grijalbo.
- Kleemann, Frank; Günter, G.; Rieder, Kerstin (2008). “Un(der)paid innovator: the commercial utilization of consumer work through crowdsourcing” en *Science, Technology and Innovation Studies*, núm. 1, vol. 4, pp. 5-26.

- Krotz, Esteban (2020). "América Latina a principios del siglo XXI: entre distopías y utopías" en *Enclaves del pensamiento*, núm. 28, vol. s.n., pp. 86-109.
- Lakoff, George y Johnson, Mark (1980). *Metaphors we live by*. Chicago The University of Chicago Press.
- Larkin, Brian (2018). "Promising forms: the political aesthetic of infrastructure" en Nikhil Anand; Akhil Gupta; Hannah Appel (eds.) *The promise of infrastructure*, pp. 175-202. Durham: Duke University Press.
- Latour, Bruno (2013). *Investigación sobre los modos de existencia. Una antropología de los modernos*. México: Paidós.
- Latour, Bruno (2012). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Latour, Bruno (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor red*. Buenos Aires: Manantial.
- Latour, Bruno (1988). *The pasteurization of France*. Cambridge: Harvard University Press.
- Law, John (2012). "Technology and heterogeneous engineering: the case of Portuguese expansion" en Wiebe E. Bijker; Thomas P. Hughes; Trevor Pinch (eds) *The social construction of technological systems*, pp. 105-128. Cambridge: The MIT Press.
- Law, John (1994). *Organizing modernity*. Oxford: Blackwell.
- Lee Tuveson, Ernest (1968). *Redeemer nation. The idea of America's role*. Chicago: University of Chicago press.
- Leeds, Anthony (1994). *Cities, clases, and the social order*. Londres: Cornell University Press.
- Levine, Robert (2005). *Una geografía del tiempo. O cómo cada cultura percibe el tiempo de manera un poquito diferente*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Loeza, Soledad (2017). "Modernización autoritaria a la sombra de la superpotencia, 1944-1968" en Erik Velásquez García (ed.) *Nueva historia general de México*. México: El Colegio de México.
- Lomnitz, Claudio (1999). *Modernidad indiana. Nueve ensayos sobre nación y mediación en México*. México: Editorial Planeta.
- Manzano, Valeria (2010). "Juventud y modernización sociocultural en la Argentina de los sesenta" en *Desarrollo Económico*, núm. 199, vol. 50, pp. 363-390.
- Magazine, Roger (2012). "El otro como sujeto, la modernidad como conducto: la producción de

- subjetividades en un pueblo mesoamericano” en Pedro Pitarch y Gemma Orobitg (eds.) *Modernidades indígenas*, pp. 115-134. Madrid: Iberoamericana-Vervuert.
- Mauss, Marcel (1979). *Sociología y antropología*. Madrid. Editorial Tecnos.
- May, Jon y Thrift, Nigel (2003). *Timespace. geographies of temporality*. Londres: Routledge.
- Mattelart, Armand (2000). *Historia de la utopía planetaria. De la ciudad profética a la sociedad global*. Barcelona: Paidós.
- Maass, Margarita y González, Jorge A. (2005). “De memorias y tecnologías radio, televisión e internet en México”, en *Estudios sobre culturas contemporáneas*, núm. 22, vol. XI, pp. 193-200.
- Medina Ascencio, Francisco (1988). “La microcefalia municipal” en Instituto Nacional de Administración Pública, *Gaceta Mexicana de Administración Pública Estatal y Municipal*, núm. 26-28, vol. s.n., pp. 113-117.
- Medina, Eden; Costa Marques, Ivan da; Holmes, Christina (2014). “Introduction: beyond imported magic” en Eden Medina; Ivan da Costa Marques, Christina Holmes (eds.) *Beyond imported magic. Essays on science, technology, and society in Latin America*, pp.1-23. Cambridge: MIT Press.
- Mendoza, Vandari M. (2018). *Las patentes de invención mexicanas. Instituciones, actores y artefactos (1821-1911). Volumen I*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Mendoza, Vandari M. (2017). “En constante movimiento. Dos episodios sobre la circulación de saberes tecnológicos a través de la invención de las máquinas desfibradoras de henequén, siglo XIX”, en *Tzintzun. Revista de estudios históricos*, pp. 67-105, núm. 66, vol. s.n.
- Mendoza, Vicente T. (1990). *El corrido de la Revolución mexicana*. México: UNAM.
- Meyer, Jean (2013). *La cristiada. 3 Los cristeros*. México: Siglo veintiuno editores.
- Miller, Daniel (1995). *Acknowledging consumption. A review of new studies*. Nueva York: Routledge.
- Miquel, Ángel (2005). *Disolvencias. Literatura, cine y radio (1900-1950)*. México: CFE.
- Mitchell, Timothy (2000). “Introduction” en Timothy Mitchel (ed.) *Questions of modernity*, pp. xi-xxvii. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Montoya Arias, Luis Omar (2017). “El diseño gráfico en la música nortea mexicana” en *Revista Académica del CINA-ESAY*, núm. 7, vol. s.n., pp. 91-101.
- Moya López, Laura A. (1999). “México: su evolución social. 1900-1902. Aspectos teóricos fundamentales” en *Sociológica*, núm. 41, vol. s.n., pp. 127-156.

- Moon, Sang-Hyun (2015). "Social movements and contested sociotechnical imaginaries in South Korea" en Sheila Jasanoff y Sang-Hyun Kim (eds.) (2015). *Dreamscapes of modernity. Sociotechnical imaginaries and the fabrication of power*, pp. 152-173. Chicago: The University of Chicago Press.
- Morley, David y Silverstone, Roger (1990). "Domestic communication—technologies and meanings" en *Media Culture Society*, núm. 12, vol. 31, pp. 31-55.
- McCarthy, Anna (2001). *Ambient television*. Duke University Press.
- MacCulligh, Cindi Claudia (2017). *Alcantarilla del progreso: industria y Estado en la contaminación del río Santiago en Jalisco*. Tesis de doctorado: CIESAS Occidente.
- Nájera, Jerniffer R. (2015). *The borderlands. Mexican segregation in a South Texas town*. Austin: University of Texas Press.
- Nisbet, Robert (1991). *Historia de la idea de progreso*. Barcelona: Gedisa.
- Nye, David E. (2006). *Technology matters. Questions to live with*. Cambridge: MIT Press.
- Nye, David E. (2003). *American as second creation. Technology and narratives of new beginnings*. Cambridge: The MIT Press.
- Oliver Sánchez, Lilia Victoria (2014). "Historia de las primeras delegaciones regionales de la Cruz Roja en el estado de Jalisco" en *Letras Históricas*, núm. 11, vol. s.n., pp. 221-265.
- Orozco, Luis Enrique (1954). *Iconografía mariana de la Arquidiócesis de Guadalajara. Tomo I*. Ciudad de Guadalajara: Imprenta de José de Jesús Vera.
- Orozco, Luis Enrique (¿?). *Compendio de la historia de Poncitlán, Jal. Y de nuestra Señora del Rosario*. San Juan de los Lagos: Imprenta Alborada.
- Ortega Mata, Rodolfo (1966). "Una metodología para la planificación del desarrollo económico y social regional para México" en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, vol. 28, pp. 551-569.
- Ortiz Boza, María de Lourdes (2016). *De la obscuridad a la red. La historia de los medios y tecnologías de comunicación en una comunidad mazahua en el siglo XX*. Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México.
- O'Hara, Matthew D. (2018). *The history of future in colonial Mexico*. New Haven: Yale University Press.
- Pacheco Urista, Laura (2012). "De tierra, agua y tuercas. La presencia industrial en la hacienda de Atequiza durante el Porfiriato y sus huellas al siglo XXI" en *Boletín de monumentos históricos, tercera época*, núm. 25, vol. s.n., pp.127-146.

- Palerm, Ángel (2008). *Antropología y marxismo*. México: Universidad Autónoma de México y Universidad Iberoamericana.
- Paz, Octavio [1969] (2013). "Postdata", en Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, pp.235-240. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Pérez, Gabriel (2010). *Transformaciones sociodemográficas y culturales del territorio. Corredor industrial Atequiza-Ocotlán. El caso de San Miguel Zapotitlán*. Tesis de maestría: Universidad de Guadalajara.
- Pinch, Trevor y Bijker, E. Wiebe (2012). "The social construction of facts and artifacts: or how the sociology of science and technology might benefit each other" en Wiebe E. Bijker; Thomas P. Hughes; Trevor Pinch (eds.) *The social construction of technological systems*, pp. 11-42. Cambridge: The MIT Press.
- Pinch, Trevor y Bijsterveld, Karin (2012). "New keys to the World of sound", en Trevor Pinch y Karin Bijsterveld (eds.) *The Oxford handbook of sound studies*. Nueva York: Oxford University press.
- Pink, Sarah; Horst, Heather; Postill, John; Hjorth, Larissa; Lewis, Tania y Tacchi, Jo (2016). *Digital ethnography. Principles and practices*. Sage: Los Angeles.
- Pilatowsky, Priscila (2019). "Pan-mexicanism through radio, 1936-1942" en *Oxford Research Encyclopedia Latin American Research history*. Consultado de: <https://oxfordre.com/latinamericanhistory/view/10.1093/acrefore/9780199366439.001.001/acrefore-9780199366439-e-825>
- Pírez, Pedro (1983). "Modalidades para el desarrollo y política regional en México, 1960-1980" en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, vol. 45, pp. 149-168.
- Prieto, Guillermo (1871). *Lecciones de economía política dadas en la escuela de jurisprudencia de México en el curso de 1871*. México: Imprenta del Gobierno, en Palacio.
- Pfaffenberger, Bryan (1988). "Fetishized objects and humanised nature: towards an anthropology of technology" en *Man*, núm. 2, vol. 23, pp. 236-252.
- Ramírez Bonilla, Laura Camila (2015). "La hora de la TV: incursión de la televisión y la telenovela en la vida cotidiana de la ciudad de México" en *Historia Mexicana*, núm. 1, vol. LXV, pp. 289-356.
- Ramírez Cornejo, Marco (2010). *Entre luces, cables y bocinas: el movimiento sonidero*. México: CONACULTA.
- Ramírez Salinas, Concepción y Castro Ramírez, Adriana E. (2000). "El complejo gallina ciega

- (*coleoptera melolonthidae*) en el cultivo de maíz, en el valle Madronal, municipio de Amatenango del Valle, Chiapas, México” en *Acta Zoológica México*, núm: s.n., vol. 79, pp. 17-41.
- Randall, Darrell (1958). “Marco teórico de referencia para la planeación regional en una zona desarrollada” en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 2, vol. 20, pp. 585-586.
- Ragland, Cathy (2009). *Mexican migrants, creating the nation between nations*. Filadelfia: Temple University Press.
- Rangel Guerra, Alfonso (1969). *Agustín Yáñez*. Ciudad de México: Empresas Editoriales.
- Redondi, Pietro (2010). *Historias del tiempo*. Madrid: Editorial Gredos.
- Rist, Gilbert (2008). *The history of development. From Western origins to global faith*. Nueva York: Zed Books.
- Robles, (2012). *Shaping México Lindo: radio, music, and gender in greater Mexico, 1923-1946*. Tesis: Michigan State University.
- Rodríguez Langone, Antonio (1999). “Documento. Problemas de la cuenca Lerma-Chapala-Santiago. Ing. Antonio Rodríguez Langone” en *Relaciones*, núm. 80, vol. XX, pp. 154-192.
- Rodríguez Sala, María Luisa (1960). “La regionalización en México: Importancia sociopolítica y lineamientos metodológicos para su realización” en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, vol. 22, pp. 231-248.
- Rueda Velázquez, Claudia (2019). “La habitación popular moderna en Guadalajara. Permanencias y transformaciones” en *Academia XII. Segunda época*, núm. 20, vol. s.n., pp. 72-89.
- Rueda, Laura (2009). “Corredores de abasto indígena en la Nueva Galicia: un modelo regional de mercado. Sociedad y comercio colonial durante los siglos XVI y XVII” en Janet Long Towell y Amalia Attolini León (coords.) *Caminos y mercados de México*, pp. 327-348. México: UNAM.
- Sandy Ramírez, Bernardo (1998). “El ferrocarril de Chapala a la Capilla, 1920-1926: en la búsqueda de una memoria perdida”, en Mónica Ruiz Hernández; Agustín Hernández Ceja; José Carlos Contreras Espinoza (coord.) *Memorias del ciclo de conferencias sobre la historia de la región Ciénega de Jalisco*, pp. 31-36. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de la Ciénega.
- Sáenz; Moisés (1970). “La estación experimental de Carapan”, en Moisés Sáenz. *Antología de Moisés Saenz*, pp. 109-114. México: Ediciones Oasis.
- Sassatelli, Roberta (2004). *Consumo, cultura y sociedad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Sismondo, Sergio (2010). *An introduction to science and technology studies*. Oxford: Wiley-

Blackwell.

- Silverstone, Roger (2004). *¿Por qué estudiar los medios?* Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Silverstone, Roger (1994). *Television and everyday life*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Sola Pool, Ithiel (1966). "Communications and development" en Myron Weiner (ed.) *Modernization. The dynamics of growth*. Nueva York: Basic Books.
- Scholes, Walter V. (1953). "El liberalismo reformista" en *Historia Mexicana*, núm. 3, vol. 2, pp. 343-352.
- Sloterdijk, Peter (2009). *Esferas I. Burbujas Microesferología*. Madrid: Siruela.
- Standish, Peter (2006). *Companion to mexican studies*. Nueva York: Tamesis.
- Smith, Elta (2015). "Corporate imaginaries of biotechnology and global governance: Syngenta, golden rice, and corporate social responsibility" en Sheila Jasanoff y Sang-Hyun Kim (eds.) (2015). *Dreamscapes of modernity. Sociotechnical imaginaries and the fabrication of power*, pp. 254-276. Chicago: The University of Chicago Press.
- Schwarz, Ronald A. (1976). "Hacia una antropología de la indumentaria: El caso de los guámbianos", en *Revista Colombiana de Antropología*, núm. s.n., vol. 20, pp. 296-334.
- Spengler, Joseph J. (1966). "Breakdowns in modernization", en Myron Weiner (ed.) (1966). *Modernization. The dynamics of growth*, pp. 321-333. Nueva York: Basic Books Inc.
- Spitulnik, Debra (1998). "Mediated Modernities: encounters with the electronic in Zambia", en *Visual Anthropology review*, vol. 14, núm. 2, pp. 63-84.
- Strassler, Karen (2010). *Refracted visions. Popular photography and national modernity in Java*. Durham: Duke University Press.
- Strathern, Marilyn (1999). *Property, substance, and effect. Anthropological essays on persons and things*. Londres: The Athlone Press.
- Tello, Antonio (1891) [1650-1651]. *Libro Segundo de la Crónica Miscelánea en que trata de la conquista espiritual y temporal de la Santa Provincia de Xalisco en el nuevo reino de la Nueva Galicia y Nueva Vizcaya*. Guadalajara: Imprenta de la República Literaria de Ciro I. de Guevara.
- Tenorio Trillo, Mauricio (2019). *Clio's laws. On history and language*. Austin: University of Texas Press.
- Tenorio-Trillo, Mauricio (1999). "Stereophonic scientific modernisms: Social science between Mexico and the United States, 1880-1930s" en *The Journal of American History*, núm. 3, vol. 86, pp. 1156-1187.

- Thompson, John B. (1998). *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.
- Tsing, Anna (2015). *The mushroom at the end of the world. On the possibility of life in capitalism ruins*. Princeton: Princeton University Press.
- Tylor, Burnett, Edward. (1881). *Anthropology. An Introduction to the Study of Man and Civilization*. Londres: McMillan and Co.
- Taylor, Charles (2004). *Modern social imaginaries*. Durham: Duke University Press.
- Taylor, Charles (1996). *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Buenos Aires: Paidós.
- Uribe Villegas, Oscar (1962). "El desarrollo económico-social y las aptitudes psico-sociales" en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 2, vol. 24, pp. 441-461.
- Urista Pacheco, Laura Y. (2012). "De tierra, agua y tuercas. La presencia industrial en la hacienda de Atequiza durante el Porfiriato y sus huellas al siglo XXI" en *Boletín de monumentos históricos*, núm. 25, vol. s.n., pp. 127-146.
- Vaidovitz, Guillermo (1989). "Reseña de la producción de cine en Jalisco durante la época muda", en Sánchez Ruiz, E.E. (comp.) *Medios de difusión en Jalisco. Avances de investigación*, pp. 120-132. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Valerio Ulloa, Sergio (2006). "Empresas, tranvías y alumbrado público. La compañía Hidroeléctrica e Irrigadora del lago de Chapala", en María Eugenia Romero Ibarra, José Mario Contreras Valdez y Jesús Méndez Reyes (coord.) *Poder público y poder privado. Gobiernos, empresarios y empresas, 1880-1980*. México: UNAM.
- Vanderwood, Paul (1984). "El bandidaje en el siglo XIX: una forma de subsistir", en *Historia Mexicana*, núm. 1, vol. 34, pp. 41-73.
- Vargas Cetina, Gabriela (2007). "Tiempo y poder: la antropología del tiempo" en *Revista Nueva Antropología*, núm. 67, vol. XX, pp. 41-64.
- Vargas González, Pablo (1993). *Lealtades de la sumisión. Caciquismo: poder local y regional en la Ciénega de Chapala, Michoacán*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Vogt, Wolfgang (2005). "Agustín Yáñez", en *Estudios Jaliscienses*, núm. 59, vol. s.n., pp. 6-18.
- Wark, McKenzie (2020). "Paradoxical Modernismo [-9088a" en Eric C.H. de Bruyn y Sven Lütticken (eds.) *Futurity report*, pp.21-32.
- Winner, Langdon (1989). *The whale and the reactor. A search for limits in an age of high technology*. Chicago: The University of Chicago Press.

- Winterhalt, Kevin R. (2018). "Truman's new deal: point four and the genesis of modern global development", en *University of Saskatchewan undergraduate research journal*, núm. 2, vol. 4, pp. 1-9.
- Wood, Richard (1979). *La mecanización en el campo mexicano*. Nuevo León: Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Weber, Max (2004). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Yáñez, Agustín (2004). *Antología narrativa*. México: SEP.
- Yáñez, Agustín (1996) [1960]. *La tierra pródiga*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Yáñez, Agustín (1958). *Discursos por Jalisco*. México: Porrúa.
- Žižek, Slavoj (2003). "El espectro de la ideología" en Slavoj Žižek (comp.) *Ideología. Un mapa de la cuestión*, pp.7-42. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Documentos

- Azpeitia Rodríguez (2014). Anuario de liturgia, astronomía y meteorología. Calendario XXIX. Rodríguez Azpeitia para el año 2014. Impreso en Guadalajara, Jalisco.
- Gobierno del Estado de Jalisco (1976). *Jalisco. Quinto informe de gobierno Alberto Orozco Romero. Febrero 1 de 1976*.
- Gobierno del Estado de Jalisco (1970). *Jalisco continuidad y dinámica. Gobierno del Estado. Segundo Trienio 1968-1970. Panorama de un sexenio*.
- Gobierno del Estado de Jalisco (1953). *Informe del estado de la administración pública de Jalisco que rindió el C. Gobernador Constitucional Lic. J. Jesús González Gallo. Guadalajara, Jal. 1 de febrero de 1953*.
- Poncitlán. *Libro de Información matrimonial 1772-1798*, foja 279. Imagen 345. Consultado de: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-KHG1-D?i=344&wc=3J6S-GP6%3A172355701%2C172355702%2C173190803&cc=1874591&cat=296755>
- Poncitlán. *Libro de información matrimonial 1727-1761*, Foja 69, Imagen 274. Consultado de: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-K99W-3H?i=273&wc=3J8F-4WL%3A172355701%2C172355702%2C173179001&cc=1874591&cat=296755>
- Raúl Martínez Arreola (s.n.). *Memorias*. Impreso engargolado.

Páginas web

Bimbo. *Una historia de creer y crear*. Sin fecha. Consultado de: www.mzweb.com.br

Congreso del Estado de Jalisco (2017, 8 de noviembre). *Iniciativa de Acuerdo Legislativo*.

“Exposición de motivos”. Consultado de:

http://congresoweb.congreso.jalisco.gob.mx/infolej/agendakioskos/documentos/sistemaintegral/estados/R_31256.pdf.

Cortés, Jesús (1 de marzo de 2015). *El día en que llegó el progreso*. [Entrada de blog]. Recuperado

de: <http://sanmiguelzapotitlanjal.blogspot.com/2015/03/el-dia-en-que-llego-el-progreso.html>

Fomento de las Artes de Jalisco. A.C. (2016). “Medina Ascencio Francisco”. Consultado de:

<https://www.fomentar.com/Jalisco/Tapatios/index.php?codigo=205&inicio=186>

NNC.MX. “Ojo político”. Consultado de: <http://www.nnc.mx/categoria/portada/ojo-politico/104817>

Gobierno de Jalisco (1889). *Catálogo de Frutas que produce el estado de Jalisco*. Guadalajara:

Imprenta del gobierno. Consultado de:

https://mexicana.cultura.gob.mx/en/repositorio/detalle?id=_suri:DGB:TransObject:5c95763d7a8a0230b7329ed6&r=84&t=515802&sort=relvdes&word=geografia%20de%20jalisco&leap=81

Grupo Bimbo. *Nuestra historia*. Consultado de: <https://grupobimbo.com/es/nuestra-historia>

INAH (2019). *Catálogo Nacional de Monumentos históricos inmuebles. Estación Poncitlán*.

Consultado de: https://catalogonacionalmhi.inah.gob.mx/consulta_publica/detalle/27561

INEGI (1930). *Quinto Censo de Población*.

INEGI (1950). *Séptimo Censo General de Población*. Consultado de:

<https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/1950/>

INEGI (1980). *X Censo General de Población y Vivienda*. Consultado de:

<https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/1980/>

INEGI (1986). *Estadísticas históricas de México*.

Moreno, Rocío; Jacobo, Manuel; Godoy, José (2006). “Los coca de Mezcala siguen vivos” en

Ojarasca, núm. 115. Consultado de:

<https://www.jornada.com.mx/2006/11/13/oja115-loscoca.html>

Pioneer (2015). *Maíz. Crecimiento y desarrollo*. Consultado de: www.pioneer.com